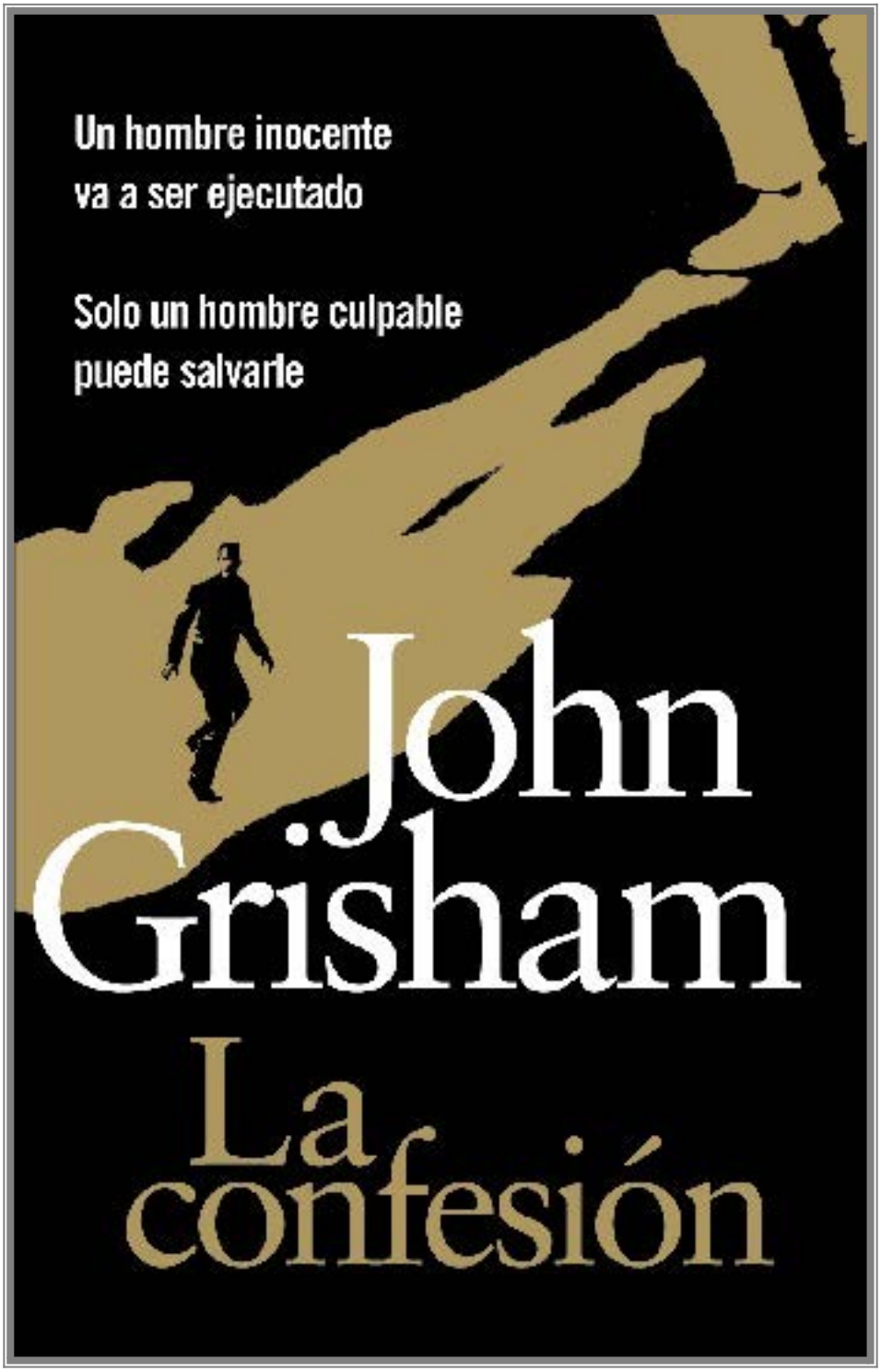

Un hombre inocente
va a ser ejecutado
Solo un hombre culpable
puede salvarle
John
Grisham
La
confesión

JOHN GRISHAM

LA CONFESIÓN

Índice

RESUMEN.....5
PRIMERA PARTE 6
Capítulo 1.....7
Capítulo 2.....18
Capítulo 3.....25
Capítulo 4.....32
Capítulo 5.....41
Capítulo 6.....52
Capítulo 7.....62
Capítulo 8.....73
Capítulo 9.....85
Capítulo 10.....94
Capítulo 11.....101
Capítulo 12.....107
Capítulo 13.....113
Capítulo 14.....123
Capítulo 15.....129
SEGUNDA PARTE 139
Capítulo 16.....140
Capítulo 17.....150
Capítulo 18.....159
Capítulo 19.....168
Capítulo 20.....176
Capítulo 21.....186
Capítulo 22.....196
Capítulo 23.....204
Capítulo 24.....215
Capítulo 25.....225
Capítulo 26.....236
Capítulo 27.....244
Capítulo 28.....254
Capítulo 29.....263
TERCERA PARTE 268
Capítulo 30.....269
Capítulo 31.....281
Capítulo 32.....287
Capítulo 33.....294

Capítulo 34.....301
Capítulo 35.....309
Capítulo 36.....315
Capítulo 37.....321
Capítulo 38.....329
Capítulo 39.....335
Capítulo 40.....343
Capítulo 41.....349
Capítulo 42.....355
Capítulo 43.....361
Epílogo.....364
Nota del autor.....369

RESUMEN

Travis Boyette es un asesino. En 1998, en una pequeña ciudad de Texas, raptó, violó y estranguló a una de las chicas más guapas y más populares del instituto. Enterró el cadáver en un lugar donde nadie lo encontraría nunca y luego esperó. Observó impasible mientras la policía detenía a Donté Drumm, la estrella del equipo de fútbol que nada había tenido que ver con el crimen.

Donté fue acusado, declarado culpable y condenado a muerte. Ahora han transcurrido nueve años y solo faltan cuatro días para la ejecución de Donté. En Kansas, a más de seiscientos kilómetros de la cárcel, Travis también se enfrenta a su destino: un tumor cerebral que le deja muy poco tiempo de vida. Decide hacer lo correcto por primera vez: va a confesar. Pero ¿será capaz un hombre culpable de convencer a los abogados, los jueces y los políticos de que están a punto de ejecutar a un hombre inocente?

PRIMERA PARTE

EL DELITO

Capítulo 1

El hombre del bastón apareció justo después de que el sacristán de St. Mark hubiese retirado diez centímetros de nieve de las aceras. Hacía sol, pero también soplaba un viento huracanado, con temperaturas que no superaban los cero grados. A pesar del frío, aquel hombre solo llevaba un pantalón de peto, una camisa de verano, unas botas de montaña muy gastadas y cazadora ligera que de poco le servía, pero no se le veía incómodo ni apresurado. Avanzaba, cojeando, algo inclinado hacia la izquierda, el lado del bastón. Arrastrando los pies por la acera junto a la iglesia, se paró ante la puerta lateral, donde ponía DESPACHO con pintura de color rojo oscuro. No llamó. No estaba cerrada con llave. Entró justo cuando otra ráfaga de viento chocaba contra su espalda.

La sala era un área de recepción con el desorden y el polvo que cabría esperar en una vieja iglesia. En la mesa del centro, una placa anunciaba la presencia de Charlotte Junger, sentada no muy lejos de su nombre.

—Buenos días —dijo ella con una sonrisa.

—Buenos días —respondió él. Una pausa—. Fuera hace mucho frío.

—Sí, mucho —convino ella al tiempo que lo examinaba rápidamente. Lo que más llamaba la atención era que no llevaba abrigo ni nada para cubrirse las manos y la cabeza.

—Supongo que es usted la señorita Junger —dijo él con los ojos clavados en su nombre.

—No, hoy la señorita Junger no ha podido venir. Tiene la gripe. Yo soy Dana Schroeder, la mujer del pastor, y he venido a suplirla. ¿En qué podemos ayudarle?

Había una silla vacía. El hombre la miró, esperanzado.

—¿Me permite?

—Claro que sí —respondió ella.

El se sentó con precaución, como si tuviera que estudiar todos los movimientos.

—¿Está el pastor? —preguntó, mirando la gran puerta cerrada de la izquierda.

—Sí, pero está reunido.

Era una mujer menuda, de pecho prominente, y llevaba un jersey ceñido. De cintura para abajo la tapaba la mesa. El siempre había

preferido a las menudas. Guapa, de grandes ojos azules, pómulos marcados... Una chica mona y saludable, perfecta como mujercita del pastor.

Hacía tanto tiempo que no tocaba a una mujer...

—Necesito ver al reverendo Schroeder—dijo juntando devotamente las manos—. Ayer fui a la iglesia, oí su sermón *y...* necesito que me orienten, vaya.

—Hoy está muy ocupado —repuso ella con una sonrisa.

Unos dientes francamente bonitos.

—Estoy en una situación comprometida —reveló él.

Dana llevaba bastante tiempo casada con Keith Schroeder para saber que, con cita previa o sin ella, nadie había tenido que irse nunca del despacho con las manos vacías. Además, la mañana de aquel lunes estaba siendo glacial, y Keith tampoco estaba tan ocupado: hacer unas cuantas llamadas por teléfono, atender a una pareja joven que al final había decidido no casarse —en eso estaba, justamente—, y luego visitar hospitales, como siempre. Rebuscó un poco por la mesa hasta que encontró el sencillo formulario que buscaba.

—Bueno, tomaré nota de algunos datos básicos y a ver qué podemos hacer.

Tenía el bolígrafo a punto.

—Gracias —dijo él con una ligera reverencia.

—¿Nombre?

—Travis Boyette. —Se lo deletreó maquinalmente—. Fecha de nacimiento, 10 de octubre de 1963; lugar, Joplin, Missouri; edad, cuarenta y cuatro. Solo, divorciado, sin hijos. Dirección, ninguna. Lugar de trabajo, ninguno. Perspectivas, ninguna.

Dana asimiló aquella información a medida que su bolígrafo buscaba frenéticamente los espacios en blanco que había que cumplimentar. La respuesta generaba muchas más preguntas de las que cabían en aquel pequeño formulario.

—Bueno, veamos, la dirección —dijo sin dejar de escribir—. ¿Dónde se aloja en este momento?

—En este momento soy propiedad de la Dirección General de Prisiones del estado de Kansas. Me han asignado a una casa de reinserción de la calle Diecisiete, a pocas manzanas de aquí. Estoy en pleno proceso de excarcelación, o de «reinserción», como les gusta decir a ellos. Después de algunos meses en el centro, aquí en Topeka, seré un hombre libre, y lo único que me esperará será toda una vida en libertad condicional.

El bolígrafo dejó de moverse, pero Dana no apartó la vista de él. De pronto, su interés por las indagaciones había perdido fuerza. Vaciló en seguir preguntando, pero ya que había empezado el interrogatorio, se

sintió obligada a continuar. ¿Qué más iban a hacer mientras esperaban al pastor?

—¿Le apetece un café? —preguntó, con la seguridad de que era una pregunta inofensiva.

La pausa fue excesivamente larga, como si él no se decidiese.

—Sí, gracias; solo, con un poco de azúcar.

Dana salió rápidamente de la habitación para ir a buscarlo. El la miró sin perder ni un detalle: lo bien formado y redondo del trasero bajo los pantalones de sport, las piernas esbeltas, los hombros atléticos... Incluso la coleta. Uno sesenta, o uno sesenta y cinco, cincuenta kilos a lo sumo.

Dana no se dio prisa. A su regreso, se encontró a Travis Boyette donde lo había dejado, sentado como un monje, haciendo entrechocar suavemente las yemas de la mano derecha y las de la izquierda, con el bastón negro de madera atravesado en las piernas y la mirada perdida en la pared del fondo. Tenía la cabeza totalmente rapada, una cabeza pequeña y lustrosa, de una redondez perfecta. Al darle la taza, Dana se preguntó de manera frívola si se habría quedado calvo a temprana edad o simplemente prefería el *look* rapado. En el lado izquierdo de su cuello mostraba un siniestro tatuaje.

Él cogió el café y le dio las gracias. Dana volvió a su sitio, con la mesa entre ambos.

—¿Es usted luterano? —preguntó, tomando otra vez el bolígrafo.

—Lo dudo. La verdad es que no soy nada. Nunca he visto la necesidad de pertenecer a una Iglesia.

—Pero ayer estuvo aquí. ¿Por qué?

Boyette cogió la taza con las dos manos y se la acercó a la barbilla, como un ratón que mordisqueara algo. Si tardaba diez segundos en responder a una simple pregunta sobre café, el tema de las creencias religiosas podía llevarle toda una hora. Bebió un sorbo y se pasó la lengua por los labios.

—¿Cuánto tiempo cree que tardaré en poder ver al reverendo? —inquirió finalmente.

«Demasiado», pensó Dana, que ya no veía el momento de endosarle aquel asunto a su marido. Echó un vistazo al reloj de la pared.

—Estará al caer —dijo.

—¿Sería posible que esperásemos sentados en silencio? —preguntó él con toda la educación del mundo.

Una vez asimilado el desaire, Dana decidió rápidamente que el silencio no era mala idea. Después se le reavivó la curiosidad.

—Sí, claro; solo una pregunta más. —Miró el cuestionario como si realmente necesitase una pregunta más—. ¿Cuánto tiempo ha estado en la cárcel?

—Media vida —dijo Boyette sin vacilar, dando la impresión de que se lo preguntaban cinco veces al día.

Dana escribió algo. Después se concentró en el teclado del ordenador y empezó a teclear, como si de pronto se le hubiera presentado un asunto urgente. En su correo electrónico para Keith ponía: «Aquí tengo a un ex presidiario que dice que necesita verte. Hasta entonces no se irá. Parece agradable. Se está tomando un café. Ve acortando. Si no se irá».

Cinco minutos más tarde se abrió la puerta del pastor, y por ella se deslizó una chica; se secaba los ojos, seguida por su ex prometido, que lograba estar al mismo tiempo ceñudo y sonriente. Ninguno de los dos le dijo nada a Dana. Tampoco se fijaron en Travis Boyette. Desaparecieron.

—Un segundo —le dijo Dana a Boyette después del portazo.

Entró rápidamente en el despacho de su marido para darle un breve parte informativo.

El reverendo Keith Schroeder tenía treinta y cinco años, hacía diez que estaba felizmente casado con Dana y era padre de tres hijos, que se llevaban entre sí veinte meses. Hacía dos años que era pastor titular de St. Mark, tras haberlo sido de una iglesia en Kansas City. Su padre era pastor luterano jubilado, y Keith nunca había soñado con ninguna otra ocupación. Crecido en un pueblo cerca de St. Louis, y escolarizado en la misma zona, nunca había salido del Medio Oeste, a excepción de un viaje escolar a Nueva York y de su luna de miel en Florida. En general gozaba de la admiración de sus feligreses, no sin algún que otro altercado. El mayor enfrentamiento había estallado el invierno anterior, cuando abrió el sótano de la iglesia a unos vagabundos durante una nevada. Una vez derretida la nieve, algunos de ellos se habían resistido a irse. El ayuntamiento había mandado una notificación por uso no autorizado, y la prensa había publicado un artículo ligeramente embarazoso.

El tema de su sermón de la víspera había sido el perdón: el poder infinito y abrumador de Dios para perdonar nuestros pecados, por muy aborrecibles que hubieran podido ser. Los pecados de Travis Boyette eran atroces, inimaginables, horrendos. Sus crímenes contra la humanidad no podían condenarlo sino a la muerte y al sufrimiento eternos. A aquellas alturas de su triste vida, estaba convencido de que jamás podrían perdonarlo. Pero sentía curiosidad.

—Aquí han venido varios hombres de la casa de reinserción —explicó Keith—. Incluso he ido alguna vez a celebrar el oficio.

Estaban en un rincón de su despacho, apartados de la mesa: dos nuevos amigos charlando en sillas de lona hundidas. Cerca, en la falsa chimenea, ardían falsos troncos.

—No es mal sitio —dijo Boyette—. Mejor que la cárcel, eso seguro.

Era un hombre frágil, con la piel blanquecina de quienes tienen que vivir en lugares sin luz. Sus rodillas huesudas se tocaban, y entre ellas descansaba el bastón negro.

—¿Y en qué cárcel ha estado? —Keith tenía en sus manos un tazón de té muy caliente.

—En varias. Los últimos seis años en Lansing.

—¿Por qué lo condenaron? —preguntó el pastor, ansioso por saber los delitos para conocer mucho mejor al hombre.

¿Violencia? ¿Drogas? Probablemente. Claro que Travis también podía ser culpable de malversación o de evasión fiscal... En todo caso, no parecía de esos que hacen daño a los demás.

—Muchas cosas malas, pastor. No me acuerdo de todas.

Prefería evitar el contacto visual. Su atención se centraba en la alfombra. Keith bebía el té a sorbitos, observando atentamente a su invitado, hasta que reparó en el tic. Cada pocos segundos, Boyette torcía un poco la cabeza hacia la izquierda. Era como un gesto rápido de asentimiento, seguido por una sacudida correctora más radical que la ponía de nuevo en su sitio.

—¿De qué quiere que hablemos, Travis? —dijo Keith tras un momento de silencio absoluto.

—Tengo un tumor cerebral, pastor; maligno, mortal y básicamente incurable. Si tuviera dinero podría combatirlo (radio, quimio, lo típico), y ganar diez meses o un año, pero es un glioblastoma de grado cuatro, o sea que soy hombre muerto. Medio año, un año... La verdad es que da lo mismo. Dentro de unos meses ya no existiré.

Justo entonces, oportunamente, el tumor dio señales de vida: Boyette hizo una mueca, se inclinó y empezó a frotarse las sienes. Su respiración era difícil y pesada. Parecía que le dolía todo el cuerpo.

—Lo siento mucho —dijo Keith, muy consciente de la futilidad de sus palabras.

—Malditos dolores de cabeza —farfulló Boyette sin dejar de apretar los párpados.

Luchó unos minutos contra el dolor, sin que ninguno de los dos dijera nada. Keith lo miró, impotente, mordiéndose la lengua para no soltar ninguna tontería como «¿Le traigo un Tylenol?». Luego el dolor menguó, y Boyette se relajó.

—Perdone —dijo.

—¿Cuándo se lo diagnosticaron? —preguntó Keith.

—No sé, hace un mes. Me empezó a doler la cabeza en Lansing, en verano. Ya se imaginará la calidad de la asistencia sanitaria... Total, que no me hicieron nada. Después de soltarme y de mandarme aquí, me llevaron al hospital St. Francis, me hicieron pruebas y escáneres y me

encontraron un señor huevecito en medio de la cabeza, justo entre las orejas, a demasiada profundidad para operarlo.

Respiró hondo, espiró y consiguió sonreír por primera vez. Le faltaba un diente en la parte superior izquierda. El hueco se notaba mucho. Keith sospechó que en la cárcel los cuidados dentales dejaban mucho que desear.

—Supongo que ya habrá visto a gente como yo —dijo Boyette—, gente que va a morir.

—De vez en cuando. Son gajes del oficio.

—Y supongo que tienden a tomarse muy en serio a Dios, el cielo, el infierno y todo eso.

—La verdad es que sí, mucho. Es la condición humana. Cuando nos vemos frente a frente con nuestra mortalidad, pensamos en el más allá. ¿Y usted, Travis? ¿Cree en Dios?

—Algunos días sí, y otros no; pero soy bastante escéptico, incluso cuando creo. En su caso es fácil creer en Dios, porque ha tenido una vida fácil. Lo mío ya es otra historia.

—¿Quiere contarme su historia?

—La verdad es que no.

—Entonces, ¿para qué ha venido, Travis?

El tic. Cuando su cabeza dejó de moverse, Boyette miró a todas partes y acabó fijando la vista en los ojos del pastor. Se observaron durante un buen rato, sin que ninguno de los dos parpadease.

—Pastor —dijo al final Boyette—, yo he hecho algunas cosas malas; he hecho daño a algunos inocentes, y no estoy seguro de querer llevármelo todo a la tumba.

«Ya estamos en el buen camino», pensó Keith. El peso del pecado sin confesar. La vergüenza de la culpa oculta.

—No estaría de más que me explicase todas esas cosas malas. El mejor punto de partida es la confesión.

—¿Es confidencial?

—Sí, en general sí, aunque hay excepciones.

—¿Qué excepciones?

—Si me confiesa algo, y yo estimo que se pone en peligro a usted mismo o a terceros, la confidencialidad ya no rige. Puedo tomar medidas razonables para protegerlo a usted o a la otra persona. Puedo pedir ayuda, por decirlo de otra manera.

—Parece complicado.

—No tanto.

—Mire, pastor, yo he hecho cosas horribles, pero esta ya hace muchos años que no me deja vivir. Necesito urgentemente hablar con alguien, y

no tengo ningún otro sitio adónde ir. Si le cuento un crimen horrible que cometí hace años, ¿se lo diría a alguien?

Dana entró directamente en la web de la Dirección General de Prisiones del estado de Kansas, y en cuestión de segundos se zambulló en la mísera vida de Travis Dale Boyette. Condenado a diez años en 2001 por intento de agresión sexual. Estado actual: preso.

—Su estado actual es el despacho de mi marido —masculló, mientras seguía tecleando.

Condenado a doce años en 1991 por agresión sexual con circunstancias agravantes en Oklahoma. Libertad condicional en 1998.

Condenado a ocho años en 1987 por intento de agresión sexual en Missouri. Libertad condicional en 1990.

Condenado a veinte años en 1979 por agresión sexual con circunstancias agravantes en Arkansas. Libertad condicional en 1985.

Boyette constaba como culpable de delitos sexuales en Kansas, Missouri, Arkansas y Oklahoma.

«Un monstruo», se dijo Dana.

La foto de la ficha policial correspondía a un hombre mucho más joven y corpulento, con el pelo oscuro y entradas. Dana resumió con presteza los antecedentes, y mandó un correo electrónico al ordenador de Keith. No temía por la integridad de su esposo, pero quería que aquel personaje repulsivo abandonara el edificio.

Tras media hora de conversación tirante, en la que apenas se registraron avances, Keith se empezó a cansar de la entrevista. Boyette no mostraba ningún interés por Dios, y dado que la especialidad de Keith era esa, no parecía poder hacer gran cosa. Él no era neurocirujano, ni tenía trabajo que ofrecer a nadie.

Llegó a su ordenador un mensaje, anunciado suavemente por un timbre de los de antes. Si sonaba dos veces, podía ser cualquiera; tres, en cambio, indicaba un mensaje de la recepción. Fingió ignorarlo.

—¿Y el bastón? —preguntó amablemente.

—La cárcel es muy dura —dijo Boyette—. Me metí en más peleas de la cuenta. Una herida en la cabeza. Probablemente fuera la causa del tumor.

Le pareció gracioso. Se rió de su propio chiste.

Tras una risita cortés, Keith se levantó y se acercó a su escritorio.

—Mire —dijo—, le voy a dar una tarjeta. Puede llamarme cuando quiera. Aquí siempre será bienvenido, Travis.

Al coger la tarjeta, miró de reojo el monitor. Cuatro, ni más ni menos que cuatro condenas, todas vinculadas a agresiones sexuales. Volvió a la silla, le dio a Travis la tarjeta y se sentó.

—La cárcel es especialmente dura para los violadores, ¿verdad, Travis?

Te vas a otra ciudad, y tienes que ir corriendo a la comisaría o al juzgado para inscribirte como agresor sexual. Después de veinte años de lo mismo, ya das por supuesto que lo sabe todo el mundo. Todo el mundo te mira. Boyette no parecía muy sorprendido.

—Muy dura —convino—. Ya no llevo la cuenta de las veces que me han atacado.

—Mire, Travis, no es un tema del que tenga muchas ganas de hablar. Estoy citado con varias personas. Si quiere venir a verme otra vez, por mí perfecto, pero en todo caso llame antes. También vuelvo a invitarlo a que asista a nuestro oficio religioso este domingo.

Keith no estaba seguro de decirlo en serio, pero su tono era sincero.

Boyette sacó un papel doblado de un bolsillo de su cazadora.

—¿Le suena el caso de Donté Drumm? —preguntó al tendérselo a Keith.

—No.

—Un chico negro de una pequeña ciudad del este de Texas, condenado por asesinato en 1999. Dijeron que había matado a una animadora de instituto, blanca. El cadáver no lo han encontrado nunca.

Keith desdobló el papel. Era una copia de un breve artículo del periódico de Topeka, con fecha del domingo anterior. Tras una rápida lectura, miró la foto policial de Donté Drumm. La noticia no tenía nada de especial: otra ejecución rutinaria en Texas, con otro acusado que proclamaba su inocencia.

—La ejecución está prevista para este jueves —dijo al levantar la vista.

—Voy a decirle una cosa, pastor: se equivocaron de hombre. Ese chico no tuvo nada que ver con el asesinato.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—No hay pruebas. Ni una sola. Los polis decidieron que lo había hecho él, lo hicieron confesar a golpes, y ahora lo van a matar. No está bien, pastor, nada bien.

—¿Cómo sabe todo eso?

Boyette se inclinó un poco más, como si fuera a susurrarle algo que jamás había dicho. El pulso de Keith se aceleraba por segundos. Sin embargo, no dijo ni una palabra. Otra larga pausa, durante la cual se miraron fijamente.

—Aquí pone que no encontraron el cadáver —dijo Keith. «Hazle hablar», pensó.

—Exacto. Todo este disparate de que el chico pilló a la chica, la violó, la estranguló y tiró su cadáver al Red River desde un puente se lo inventaron ellos. Todo mentira.

—¿O sea que usted sabe dónde está el cadáver?

Boyette se irguió con los brazos cruzados, y empezó a asentir. El tic. Luego otro. Bajo presión se repetían con mayor frecuencia.

—¿La mató usted, Travis? —preguntó Keith, sorprendiéndose a sí mismo.

Menos de cinco minutos antes, repasaba mentalmente la lista de todos los feligreses a quienes tenía que ir a visitar al hospital, y buscaba la manera de sacar a Travis del edificio por las buenas. Ahora estaban hablando de un asesinato y de un cadáver oculto.

—No sé qué hacer —dijo Boyette, sintiendo otra punzada de dolor. Se encogió como si fuera a vomitar. Después se empezó a presionar la cabeza con las palmas—. Me estoy muriendo, ¿sabe? Dentro de unos meses me habré muerto. ¿Por qué tiene que morir también ese chico, si no ha hecho nada?

Tenía los ojos húmedos y la cara crispada.

Keith percibió cómo temblaba. Le dio un kleenex, y vio que se lo pasaba por la cara.

—El tumor está creciendo —afirmó Boyette—. Cada día presiona más el cráneo.

—¿Toma alguna medicación?

—Sí, pero no sirve de nada. Tengo que irme.

—Creo que no hemos acabado.

—Yo creo que sí.

—¿Dónde está el cadáver, Travis?

—Eso a usted no le interesa.

—Sí que me interesa. Quizá podamos impedir la ejecución.

Boyette se rió.

—Ah, ¿sí? ¿En Texas? Un poco difícil. —Se levantó despacio y dio unos golpes en la alfombra con el bastón—. Gracias, pastor.

Keith no dijo nada. Se limitó a mirar cómo Boyette salía a toda prisa de su despacho arrastrando los pies.

Dana miraba fijamente la puerta, negándose a sonreír.

—Adiós —logró contestar con pocas fuerzas al «gracias» de Boyette.

Luego desapareció. Volvió a la calle, sin abrigo ni guantes, cosa que a ella, la verdad, le daba igual.

Su esposo no se había movido. Seguía apoltronado en la silla, estupefacto, con la mirada extraviada en una pared y la copia del artículo en la mano.

—¿Estás bien? —preguntó Dana.

Keith le dio el artículo. Dana lo leyó.

—No acabo de entenderlo —dijo al acabar.

—Travis Boyette sabe dónde está enterrado el cadáver. Lo sabe porque la mató él.

—¿Ha admitido haberlo hecho?

—Casi. Dice que tiene un tumor cerebral que no se puede operar, y que dentro de unos meses se habrá muerto. Según él, Donté Drumm no tiene nada que ver con el asesinato, y ha insinuado claramente que sabe dónde está el cadáver.

Dana se dejó caer en el sofá, hundiéndose entre cojines y mantas.

—¿Y tú lo crees?

—Me parece que sí.

—¿Cómo puedes creerlo? ¿Por qué?

—Está sufriendo, Dana; y no solo por el tumor. Sabe algo del asesinato y del cadáver; algo no, mucho, y le incomoda sinceramente que haya un inocente esperando a que lo ejecuten.

Como era una persona que pasaba gran parte de su tiempo escuchando problemas delicados de otras personas, y dando consejos y opiniones merecedores de su confianza, Keith se había convertido en un observador astuto y perspicaz, que rara vez se equivocaba. Dana, en cambio, reaccionaba con mayor rapidez; le era mucho más fácil criticar y juzgar, y también equivocarse.

—¿Qué piensas, pastor? —preguntó.

—Vamos a tomarnos una hora solo para investigar. Vamos a comprobar dos cosas: ¿es verdad que está en libertad condicional? Y si lo está, ¿quién es su supervisor? ¿Es paciente de St. Francis? ¿Tiene un tumor cerebral? Y si lo tiene, ¿es terminal?

—Será imposible conseguir el historial médico sin su consentimiento.

—Ya, pero a ver qué podemos confirmar. Llama al doctor Herzlich. ¿Estuvo ayer en la iglesia?

—Sí.

—Ya me lo parecía. Llámalo e indaga un poco. En principio, mañana le toca guardia en St. Francis. Llama a la comisión de libertad condicional, a ver qué averiguas.

—¿Y se puede saber qué harás tú, mientras yo les saco humo a los teléfonos?

—Navegar por internet, tratando de encontrar algo sobre el asesinato, el juicio, el acusado y todo lo demás.

Se levantaron. Ahora tenían prisa.

—¿Y si todo es verdad, Keith? —preguntó Dana—. ¿Y si nos convencemos de que ese mal bicho dice la verdad?

—Pues algo tendremos que hacer.

—¿Como qué?

—No tengo ni la más remota idea.

Capítulo 2

El padre de Robbie Flak compró la antigua estación ferroviaria del centro de Slone en 1972, cuando Robbie aún iba al instituto, justo antes de que el ayuntamiento la derribase. El señor Flak padre había ganado algo de dinero demandando a empresas prospectoras, y necesitaba gastar una parte. Él y sus socios reformaron la estación y se establecieron allí durante veinte años francamente prósperos. No es que fueran ricos, al menos según criterios texanos, pero eran abogados de éxito, y el pequeño bufete tenía buena reputación en la ciudad.

Entonces llegó Robbie. Empezó a trabajar en el bufete antes de cumplir los veinte años, y los demás abogados no tardaron mucho tiempo en descubrir que era distinto. Mostraba poco interés por los beneficios, pero le consumía la injusticia social. Instaba a su padre a aceptar casos de derechos civiles, de discriminación po^{4}r edad o sexo, de especulación inmobiliaria, de brutalidad policial... El tipo de trabajo que en una ciudad pequeña del Sur puede condenar al ostracismo. De gran inteligencia y desparpajo, Robbie se graduó en tres años, en el Norte, y sus estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad de Texas en Austin fueron un paseo. No hizo una sola entrevista de trabajo; ni una sola vez pensó en trabajar en otro sitio que en la estación ferroviaria del centro de Slone, donde había tanta gente a quien quería demandar, tantos clientes maltratados y humillados que lo necesitaban...

Con su padre todo fueron peleas desde el primer día. Los demás abogados, o bien se jubilaron o cambiaron de bufete. En 1990, a los treinta y cinco años, Robbie demandó al ayuntamiento de Tyler, Texas, por discriminación inmobiliaria. El juicio, celebrado en Tyler, duró un mes, y en un momento dado Robbie no tuvo más remedio que contratar guardaespaldas, porque las amenazas de muerte se habían vuelto demasiado verosímiles. El veredicto del jurado —noventa millones de dólares— convirtió a Robbie Flak en una leyenda, un hombre rico y un abogado radical sin cortapisas, que ahora tenía dinero para armar más ruido del que pudiera haberse imaginado. Su padre, para no ser un estorbo, se retiró y se dedicó a jugar al golf. La primera mujer de Robbie no vio la hora de volver a St. Paul con un pellizco del pastel.

El bufete de abogados Flak se convirtió en el principal destino de quienes, en mayor o menor medida, se consideraban desairados por la sociedad. Insultados, acusados, maltratados, heridos: todos acababan recurriendo al señor Flak. Para seleccionar los casos, Robbie contrató a montones de abogados jóvenes y a técnicos legales. Inspeccionaba a diario las redes, cogía las buenas piezas y el resto lo echaba al mar.

Primero el bufete creció, y después sufrió una implosión. Volvió a crecer, y el núcleo se le fundió otra vez. El desfile de abogados era constante. Robbie los demandaba, y ellos a él. El dinero se evaporó, hasta que Robbie ganó una fortuna con otro caso importante. El punto más bajo de su pintoresca trayectoria fue cuando pilló a su contable en un desfalco, y lo golpeó con un maletín. Se salvó de una condena seria negociando una sentencia de treinta días de cárcel por un delito menor. La noticia salió en primera plana, y Slone la siguió hasta el menor detalle. A Robbie, ansioso —cómo no— de publicidad, le preocupó más la mala prensa que ir a la cárcel. El colegio de abogados de su estado hizo pública una reconvención y lo suspendió noventa días del ejercicio de su profesión. Era su tercer rifirrafe con el comité de ética, y se prometió que no sería el último. Su segunda esposa acabó marchándose con un buen cheque.

Su vida era tan caótica y escandalosa como su personalidad, en conflicto constante consigo mismo y con su entorno, pero nunca aburrida. A sus espaldas se le llamaba a menudo «Robbie Flake»,[1] y cuando empezó a beber más de la cuenta pasó a ser «Robbie Flask».[2] Sin embargo, a pesar de su vida tumultuosa, las resacas, mujeres locas, socios hostiles, economía precaria, causas perdidas y burlas de los poderosos, Robbie Flak llegaba cada mañana a primera hora a la estación con la férrea determinación de pasarse el día luchando por la gente corriente. Y no siempre esperaba a que lo buscaran. Si llegaba a sus oídos alguna injusticia, a menudo cogía el coche y salía en su busca. Este celo infatigable lo llevó al proceso judicial que más dio que hablar en toda su trayectoria.

En 1998, Slone quedó traumatizado por el crimen más sonado de su historia. Una alumna de último curso de instituto, Nicole Yarber, desapareció a los diecisiete años y no volvió a ser vista viva ni muerta. Durante dos semanas, la ciudad quedó en suspenso, mientras miles de voluntarios peinaban callejones, campos, zanjas y edificios abandonados. La búsqueda fue en vano.

Nicole era una chica popular, una alumna con buenas calificaciones, miembro de los clubes habituales y asidua al oficio religioso dominical de la Primera Iglesia Baptista, en cuyo coro juvenil cantaba a veces. Sin embargo, su máximo logro era ser animadora en el instituto de Slone. En último curso la habían nombrado capitana del equipo, tal vez el puesto más envidiado de todo el colegio, al menos para las chicas. Salía de modo intermitente con un chico, un jugador de fútbol americano que tenía grandes sueños pero un talento limitado. La noche de su desaparición acababa de hablar por el móvil con su madre, y le había prometido llegar a casa antes de las doce. Era un viernes de principios de diciembre. Los Slone Warriors no tenían más partidos por delante, y la vida había vuelto a la normalidad. Más tarde, la madre de Nicole declaró —y el registro

[1] Término coloquial para referirse a una persona excéntrica. *(N. del T.)*

[2] Es decir, «Robbie Petaca». *(N. del T.)*

telefónico así lo confirmó— que ella y Nicole hablaban como mínimo seis veces al día por el móvil. También se mandaban un promedio de cuatro mensajes de texto. Siempre estaban en contacto, y la idea de que Nicole se escapara sin decirle nada a su madre era inconcebible.

Nicole no tenía antecedentes de problemas emocionales, trastornos alimentarios, conducta desordenada, atención psiquiátrica o consumo de drogas. Sencillamente, desapareció. Sin testigos. Sin explicaciones. Nada. Se sucedieron las vigilias de oración en las iglesias y colegios. Se instauró una línea telefónica especial que tuvo gran afluencia de llamadas, aunque ninguna de ellas resultó ser creíble. También se creó una página web para supervisar la búsqueda y filtrar rumores. Llegaron a la ciudad una serie de expertos, reales y falsos, para dar consejo. Sin que nadie lo llamara apareció un médium, pero se marchó al ver que no conseguía dinero. A medida que se alargaba la búsqueda, la ciudad se convirtió en un hervidero de chismes, y apenas se hablaba de otra cosa. Frente a la casa de Nicole había un coche patrulla las veinticuatro horas del día, al parecer como consuelo para la familia. La única cadena de televisión de Slone contrató a otro reportero novato para que llegara al fondo del asunto. Los voluntarios buscaban debajo de las piedras, mientras la investigación se ampliaba a todo el entorno rural. Se instalaron cerrojos en puertas y ventanas. Los padres dormían con sus armas de fuego en la mesilla de noche. Los niños pequeños eran objeto de una estrecha vigilancia por parte de padres y canguros. Los predicadores reescribían sus sermones para subrayar su oposición al mal. Durante la primera semana, la policía daba partes diarios, pero al advertir que no había ninguna novedad empezó a hacerlo en días alternos. Aguardaban expectantes, a la espera de una pista: una llamada inesperada por teléfono, un delator en busca de la recompensa... Se rezaba por que hubiera alguna novedad.

Y llegó, dieciséis días después de la desaparición de Nicole. A las 4.33 de la madrugada sonó dos veces el teléfono del detective Drew Kerber, que al final lo cogió. Aunque estaba agotado, no había dormido bien. Apretó instintivamente un botón para grabar la llamada. He aquí la grabación, reproducida mil veces desde entonces:

Kerber: ¿Diga?

Voz: ¿Es el detective Kerber?

Kerber: Sí. ¿De parte?

Voz: No tiene importancia. Lo importante es que sé quién la mató.

Kerber: Necesito su nombre.

Voz: De eso nada, Kerber. ¿Quiere que hablemos de la chica?

Kerber: Adelante.

Voz: Salía con Donté Drumm. Un gran secreto. Ella intentaba romper, pero él no la dejaba.

Kerber: ¿Quién es Donté Drumm?

Voz: Vamos, detective, que a Drumm lo conoce todo el mundo. Es el asesino. La pilló a la salida del centro comercial y la tiró por el puente de la carretera 244. Está en el fondo del Red River.

La llamada se cortó. Siguieron su rastro hasta una cabina de una tienda abierta las veinticuatro horas de Slone, donde acababa la pista.

El detective Kerber ya conocía los rumores sordos de que Nicole salía con un jugador negro de fútbol americano, pero nadie había podido verificarlos. El novio de Nicole lo desmentía rotundamente. Según él, llevaban un año saliendo de modo intermitente, y estaba seguro de que Nicole aún no era sexualmente activa. Sin embargo, como tantos rumores demasiado soeces para no escucharlos, aquel no desapareció. Era tan repugnante, y con tanto potencial explosivo, que hasta entonces Kerber no había querido comentárselo a los padres de Nicole.

Kerber se quedó mirando el teléfono. Luego sacó la cinta, fue en coche a la comisaría de Slone, se preparó una cafetera y volvió a escuchar la grabación. Estaba eufórico, impaciente por dar la noticia a su equipo de investigación. Ahora encajaba todo: los amores adolescentes e interraciales —lo cual seguía siendo tabú en el este de Texas—, la tentativa de ruptura por parte de Nicole y la reacción violenta de su amante despechado. Tenía toda la lógica del mundo.

Ya tenían al culpable.

Dos días más tarde, Donté Drumm fue detenido y acusado del secuestro, violación con circunstancias agravantes y asesinato de Nicole Yarber. Confesó, y reconoció haber arrojado el cadáver al Red River.

Robbie Flak y el detective Kerber tenían a sus espaldas una relación rayana en lo violento. A lo largo de los años habían chocado varias veces en casos criminales. El odio de Kerber al abogado era el mismo que sentía por todos los sinvergüenzas que representaban a criminales. Flak, por su parte, consideraba a Kerber un matón, un policía sin escrúpulos y un hombre peligroso con placa y pistola, dispuesto a todo con tal de lograr una condena. Una vez, durante una declaración memorable ante un jurado, Flak pilló a Kerber mintiendo descaradamente, y para subrayar lo evidente le gritó al testigo:

—Usted es un mentiroso de mierda, ¿no, Kerber?

El resultado fue una amonestación, una acusación de desacato, la exigencia de que pidiera disculpas a Kerber y a los miembros del jurado y una multa de quinientos dólares, pero su cliente fue absuelto, que era lo único importante. En toda la historia del Colegio de Abogados del condado de Chester, ninguno de sus miembros había sido acusado tan a menudo de desacato como Robbie Flak, récord del que se enorgullecía claramente.

En cuanto oyó la noticia de la detención de Donté Drumm, empezó a llamar como un loco por teléfono, y salió para el barrio negro de Slone, que conocía bien. Lo acompañaba Aaron Rey, un antiguo pandillero que

había estado en la cárcel por distribución de droga y que ahora tenía un trabajo remunerado para el bufete Flak como guardaespaldas, recadero, chófer, investigador y todo lo que Robbie pudiera necesitar. Rey llevaba como mínimo dos pistolas encima, y otras dos en una cartera; todas legales, ya que Flak le había devuelto sus derechos civiles, y ahora podía incluso votar. Si de algo andaba escaso Robbie Flak en Slone no era precisamente de enemigos, aunque todos ellos conocían a Aaron Rey.

La madre de Drumm trabajaba en el hospital. Su padre era camionero para una serrería del sur de la localidad. El matrimonio y sus cuatro hijos vivían en una casita de madera blanca con luces navideñas en torno a las ventanas y una guirnalda en la puerta. El pastor de la familia llegó poco después de Robbie. Estuvieron varias horas hablando. Los padres estaban desorientados, destrozados, furiosos y con un miedo cerval; también agradecidos por la visita del señor Flak. No sabían qué hacer.

—Puedo intentar que pongan el caso en mis manos —dijo Robbie.

Accedieron.

Nueve años más tarde seguía en las mismas manos.

El lunes 5 de noviembre, Robbie llegó temprano a la estación. Había trabajado el sábado y el domingo, y no se sentía nada descansado a causa del fin de semana. Estaba de un humor taciturno, por no decir de perros. Le esperaban cuatro días de puro caos, una vorágine de acontecimientos, algunos previstos, otros en absoluto. El jueves a las seis de la tarde, pasado el temporal, vio que probablemente tendría que ir a la cárcel de Huntsville y, en una sala de testigos llena a rebosar, cogerle a Roberta Drumm la mano mientras el estado de Texas le inyectaba a su hijo sustancias químicas en cantidad suficiente como para matar a un caballo.

Sería su segunda visita a Huntsville.

Apagó el motor de su BMW, pero no conseguía desabrocharse el cinturón. Con el volante en las dos manos, miraba sin ver por el retrovisor.

Llevaba nueve años peleándose por Donté Drumm. Jamás había librado una guerra tan feroz. Durante el absurdo juicio en el que habían declarado culpable del asesinato a Donté, Robbie había luchado como un loco. Había insultado a los tribunales de apelación, eludido la ética y esquivado la ley; había afirmado la inocencia de su cliente en artículos enervantes, y pagado a expertos para que pergeñasen novedosas teorías que no convencían a nadie. Había importunado al gobernador hasta el punto de que ya no le devolvía nadie sus llamadas, ni siquiera los últimos del escalafón. Había presionado a políticos, grupos pro inocencia,[3] asociaciones religiosas, colegios de abogados, defensores de los derechos

[3] En Estados Unidos y otros países anglosajones existen diversas asociaciones que pugnan por demostrar la inocencia de determinados condenados a muerte, sobre todo mediante pruebas de ADN. (N. *del. T.)*

civiles, la ACLU,[4] Amnistía Internacional, abolicionistas de la pena de muerte y todo aquel que pudiese hacer algo para salvar a su cliente, por remota que fuera la posibilidad; y ni por esas se paraba el reloj, sino que cada día era más fuerte su tictac.

Durante ese tiempo, Robbie Flak se había gastado todo su dinero, quemado todos los puentes e indispuesto con casi todos sus amigos, y estaba al borde del agotamiento y a punto de zozobrar. Llevaba tanto tiempo desgañitándose que ya no lo escuchaba nadie. Para la mayoría de los observadores solo era otro abogado gritón que pregonaba a los cuatro vientos la inocencia de su cliente, lo cual no era precisamente nada raro.

El caso lo había puesto al límite, y cuando se acabase, cuando el estado de Texas lograse al fin ejecutar a Donté, Robbie tenía serias dudas de poder seguir. Sus planes eran irse a vivir a otro lugar, vender sus fincas, jubilarse, mandar a la mierda a Slone y a Texas e instalarse en las montañas, por ejemplo en Vermont, donde en verano hacía fresco y donde estaba abolida la pena de muerte.

Se encendieron las luces de la sala de reuniones. Ya había alguien dentro, haciendo los preparativos para aquella semana infernal. Finalmente, Robbie bajó del coche y entró. Habló con Carlos, uno de sus técnicos legales de toda la vida, y estuvieron unos minutos tomando café. El tema de conversación pasó rápidamente al fútbol americano.

—¿Viste a los Cowboys? —preguntó Carlos.

—No, no pude. He oído que Preston tuvo el día.

—Más de doscientos metros. Tres *touchdown.*

—Yo ya no soy de los Cowboys.

—Yo tampoco.

Un mes antes, Rahmad Preston había estado en la sala de reuniones, firmando autógrafos y posando para las fotos. Primo lejano de un preso ejecutado en Georgia diez años atrás, había adoptado la causa de Donté Drumm y tenía grandes planes de enrolar a otros pesos pesados de los Cowboys y de la Liga Nacional de Fútbol (la NFL) que apoyasen la causa. Pensaba hablar con el gobernador, con la comisión de libertad condicional, con peces gordos del mundo empresarial, con políticos, con un par de raperos a quienes decía conocer bien y tal vez con gente de Hollywood. Encabezaría tal desfile que el estado no tendría más remedio que cambiar de postura. Al final, sin embargo, lo de Rahmad había resultado ser mera palabrería. Enmudeció de golpe; estaba «recluido», al decir de su agente, que lo atribuyó a que la causa distraería demasiado al gran jugador. Robbie, que veía conspiraciones por todas partes, sospechaba que la dirección de los Cowboys y su red de empresas patrocinadoras habían ejercido algún tipo de presión sobre Rahmad.

A las ocho y media toda la plantilla ya estaba en la sala, y Robbie dio por empezada la reunión. En aquel momento no tenía socios —el último

[4] American Civil Liberties Union, asociación sin ánimo de lucro cuya actividad se centra en la defensa de los derechos civiles. (N. *del T.)*

se había ido por diferencias que aún estaban dirimiéndose en los tribunales—, pero sí a dos abogados a sueldo, dos técnicos legales, tres secretarias y Aaron Rey, que nunca se apartaba de su lado y que tras quince años con Robbie sabía más de derecho que la mayoría de los técnicos curtidos. También estaba en la reunión un abogado de Aranesty Now, un grupo pro derechos humanos con sede en Londres que había dedicado miles de horas de personal cualificado a las apelaciones del caso Drumm. Desde Austin participaba por teleconferencia un abogado, un letrado experto en apelaciones proporcionado por el Texas Capital Defender Group, el grupo texano de defensa de los condenados a muerte.

Robbie expuso sus planes para la semana. Quedaron definidos los deberes, distribuidas las tareas y aclaradas las responsabilidades. Intentó parecer optimista, esperanzado y confiado en la inminencia de un milagro.

El milagro se fraguaba lentamente a unos seis mil quinientos kilómetros al norte, en Topeka, Kansas.

Capítulo 3

Algunos datos fueron fáciles de confirmar. Llamando por teléfono desde St. Mark, sin desviarse de su cometido —el seguimiento de quienes tenían la bondad de visitar su iglesia—, Dana conversó con el supervisor de Anchor House, la casa de reinserción, que dijo que Boyette llevaba tres semanas con ellos. La duración prevista de su «estancia» era de noventa días. Después, si nada se torcía, sería un hombre libre, sujeto, eso sí, a una serie de requisitos bastante rigurosos que establecía la libertad condicional. En esos momentos el centro alojaba a veintidós inquilinos, exclusivamente varones, y estaba bajo la jurisdicción de la Dirección General de Prisiones. A Boyette se le pedía lo mismo que a todos: que saliera cada mañana a las ocho y volviera cada tarde a las seis, para cenar. Estaba bien visto que buscasen trabajo. El supervisor solía tenerlos ocupados en el mantenimiento de la casa, y en trabajos esporádicos a tiempo parcial. Boyette trabajaba cuatro horas al día (a siete dólares por hora) mirando cámaras de seguridad en el sótano de un edificio del gobierno. Era responsable, pulcro, hablaba poco y de momento no había dado ningún problema. Por lo general todos se portaban muy bien, ya que cualquier infracción de una regla, o cualquier incidente desagradable, podía devolverlos a la cárcel. Veían, palpaban y olían la libertad, y no tenían ganas de fastidiarla.

Sobre el bastón, el supervisor sabía poco. Boyette ya lo llevaba el primer día, al llegar. Sin embargo, dentro de un grupo de delincuentes aburridos hay poca intimidad, pero cotilleos a raudales; concretamente, circulaba el de que Boyette había recibido una tremenda paliza en la cárcel. En cuanto a su repulsiva trayectoria, la conocían todos, y no se acercaban demasiado a él. Era un hombre raro, reservado, que dormía solo en un cuartito, detrás de la cocina, mientras el resto lo hacía en las literas de la sala principal.

—Aunque aquí tenemos de todo —dijo el supervisor—, desde asesinos hasta carteristas, y no hacemos muchas preguntas.

Dando algún que otro rodeo, o tal vez muchos, Dana aludió de pasada a un problema médico anotado por Boyette en la tarjeta de visita que había tenido la amabilidad de rellenar (una solicitud de oración). En realidad, no había tal tarjeta. Dana pidió rápidamente perdón al Todopoderoso, justificando su mentira (pequeña e inofensiva) por lo que estaba en juego. El supervisor dijo que sí, que al ver que no paraba de hablar de sus migrañas se lo habían llevado al hospital. A aquellos tipos les encantaba la atención médica. En St. Francis le habían hecho un montón de pruebas, pero el supervisor no sabía nada más. El que Boyette

tuviera unas cuantas recetas ya era algo personal, un tema médico que no les competía a ellos.

Dana le dio las gracias y le recordó que St. Mark estaba abierto a todo el mundo, incluidos los hombres de Anchor House.

A continuación llamó al doctor Herzlich, cirujano del tórax en St. Francis y feligrés de St. Mark desde hacía mucho tiempo. Dana no tenía la menor intención de indagar en el estado de salud de Travis Boyette; habría sido pasarse de la raya, y un entremetimiento que seguro que no llevaría a buen puerto. Dejaría que su marido charlase con el doctor a puerta cerrada; tal vez así, con sus voces discretas y profesionales, consiguieran hallar un terreno común. Saltó directamente el contestador, y dejó el recado de que Herzlich telefonease a su marido.

Mientras Dana llamaba por teléfono, Keith estaba pegado al ordenador, enfrascado en el caso de Donté Drumm. La página web era muy completa. Hacer clic aquí para un resumen de diez páginas con los principales datos. Hacer clic allá para una transcripción completa del juicio (mil ochocientas treinta páginas). Hacer clic más allá para los expedientes de apelación, con pruebas y testimonios (otras mil seiscientas páginas, más o menos). Había un historial judicial de trescientas cuarenta páginas, con los veredictos de los tribunales de apelación. También había un anexo sobre la pena de muerte en Texas, y otros para la galería fotográfica de Donté, Donté en el corredor de la muerte, el Fondo de Defensa de Donté Drumm, cómo ayudar, artículos de prensa y editoriales, y condenas y confesiones erróneas. El último correspondía a Robbie Flak, abogado.

Keith empezó por el resumen de los datos. Rezaba así:

> En otros tiempos, la localidad texana de Slone, de cuarenta mil habitantes, estallaba en aplausos cada vez que Donté Drumm corría por el campo como intrépido *linebacker,* pero ahora aguarda nerviosa su ejecución.
>
> Nacido en Marshall, Texas, en 1980, Donté Drumm fue el tercer hijo de Roberta y Riley Drumm. El cuarto nació cuatro años más tarde, poco después de que la familia se instalase en Slone, donde Riley encontró trabajo para una constructora de desagües. Los Drumm se incorporaron a la Iglesia Metodista Africana Bethel, en la que siguen participando activamente. Aquí en esta iglesia Donté fue bautizado a los ocho años. Estudió en los colegios públicos de Slone, y a los doce años destacó como deportista. De buena talla física y una velocidad excepcional, se convirtió en todo un fenómeno en el campo. A los catorce años entró como *linebacker* del primer equipo del instituto de Slone, donde cursaba el primer año. Fue titular tanto en segundo como en tercer curso, y ya tenía apalabrado jugar para la Universidad Estatal del Norte de Texas cuando, durante el primer cuarto del primer partido de su último año de instituto, una lesión grave de tobillo puso fin a su trayectoria deportiva. La operación salió bien, pero ya era demasiado tarde. Le retiraron la oferta de beca. La cárcel le impidió acabar los estudios. Su padre, Riley, murió de una enfermedad cardíaca en 2002, mientras Donté esperaba la ejecución.

A los quince años fue detenido y acusado de agresión. Supuestamente, él y otros dos amigos negros le habían pegado una paliza a otro chico negro detrás del gimnasio del instituto. Un tribunal de menores dirimió el caso. Al final Donté se confesó culpable, y fue puesto en libertad condicional. A los dieciséis años lo detuvieron por simple posesión de marihuana. Para entonces ya era *linebacker* titular, y lo conocía todo Slone. Más tarde se desestimó la acusación.

En 1999, a los diecinueve años, Donté fue hallado culpable de secuestrar, violar y asesinar a una animadora del instituto, Nicole Yarber. Ambos eran alumnos de último curso en el instituto de Slone. Los ligaba la amistad, y el haber crecido juntos en Slone, aunque Nicole (o «Nikki», como la llamaba mucha gente) lo hubiera hecho en las afueras, mientras que Donté vivía en Hazel Park, un barrio más antiguo donde predomina la clase media negra. Un tercio de la población de Slone es negra, y aunque no haya segregación en los colegios, sí existe en las iglesias y las asociaciones.

Nacida en Slone en 1981, Nicole Yarber era hija única de Reeva y Cliff Yarber, que se divorciaron cuando ella tenía dos años. Reeva volvió a casarse, y a Nicole la criaron su madre y su padrastro, Wallis Pike. El matrimonio Pike tuvo dos hijos más. Al margen del divorcio, la infancia de Nicole fue de lo más normal. Cursó la educación elemental y primaria en colegios públicos, y en 1995 entró en el instituto de Slone. (La ciudad tiene uno solo y, aparte de los típicos parvularios vinculados a la Iglesia, carece de escuelas privadas.) Al parecer Nicole, una alumna que tenía una media de notable, frustraba a sus profesores, que la veían desmotivada. Según varios boletines, debería haber sacado sobresalientes. Era una chica que caía bien, con muchos amigos, extravertida y sin antecedentes de mal comportamiento o problemas con la ley. Participaba activamente en la Primera Iglesia Baptista de Slone. Aficionada al yoga, al esquí acuático y a la música country, solicitó plaza en dos universidades: Baylor, en Waco, y Trinity, en San Antonio (Texas).

Tras el divorcio, su padre, Cliff Yarber, se fue de Slone para instalarse en Dallas, donde hizo fortuna con pequeños centros comerciales. Al parecer, trató de compensar su ausencia como padre con regalos caros. Al cumplir dieciséis años, Nicole recibió un BMW Roadster descapotable de color rojo intenso, sin duda alguna el coche más bonito del aparcamiento del instituto de Slone. Los regalos eran fuente de fricciones entre los padres divorciados. El padrastro, Wallis Pike, tenía una tienda de piensos y material agrícola, y le iba bien, pero no podía competir con Cliff Yarber.

Desde un año antes de su desaparición, aproximadamente, Nicole salió con un compañero de clase, Joey Gamble, uno de los chicos más conocidos del instituto. De hecho, en los últimos dos cursos Nicole y Joey fueron votados como los dos alumnos más populares, y posaron juntos para el anuario del centro. Joey era uno de los tres capitanes del equipo de fútbol americano. Más tarde pasó fugazmente por un equipo universitario, y acabó siendo uno de los testigos clave del juicio contra Donté Drumm.

Desde la desaparición, y el juicio subsiguiente, se han hecho muchas conjeturas sobre la relación entre Nicole Yarber y Donté Drumm, sin que se haya averiguado ni confirmado nada con claridad. Donté siempre ha dicho que eran simples conocidos, dos jóvenes que crecieron en la misma ciudad, miembros de una promoción de más de quinientos alumnos. Durante el juicio negó bajo juramento haber mantenido relaciones sexuales con

Nicole, y lo ha seguido negando desde entonces; algo de lo que, por otro lado, sus amistades no han dudado nunca. Sin embargo, hay escépticos que han señalado que sería absurdo admitir una relación íntima con la mujer a quien supuestamente había asesinado. Al parecer, más de un amigo de Donté dijo que en el momento de la desaparición los dos llevaban poco tiempo saliendo juntos. Gran parte de las conjeturas se centran en los actos de Joey Gamble. Durante el juicio, este último declaró haber visto que una camioneta Ford verde se movía lenta y «sospechosamente» por el aparcamiento donde estaba el BMW de Nicole en el momento de su desaparición; una camioneta como la de los padres de Donté Drumm, que la conducía a menudo. Durante el juicio, el testimonio de Gamble fue puesto en duda, y debería haber sido recusado. La teoría es que Gamble estaba al corriente de la relación entre Nicole y Donté, y que se enfadó tanto al ser dejado al margen que ayudó a la policía a inventar sus acusaciones contra Donté Drumm.

Tres años después del juicio, un experto en análisis de voces contratado por la defensa determinó que la voz anónima que llamó al detective Kerber para darle el chivatazo de que el asesino era Donté correspondía efectivamente a la de Joey Gamble, aunque este lo niega vehementemente. En caso de ser cierto, Gamble tendría un papel considerable en la detención, acusación y condena de Donté Drumm.

Le sobresaltó una voz de otro mundo.

—Keith, es el doctor Herzlich —dijo Dana por el interfono.

—Gracias —contestó Keith.

Tras una pausa para despejarse, cogió el teléfono. Empezó por las fórmulas de cortesía habituales, pero, sabiendo que el doctor era un hombre ocupado, fue rápidamente al grano.

—Mire, doctor Herzlich, necesitaría que me hiciera un pequeño favor. Si es demasiado difícil, me lo dice y punto. Durante el oficio de ayer tuvimos un invitado, un preso que ha salido en libertad condicional y está pasando algunos meses en una casa de reinserción. Su alma está realmente atormentada.

Ha venido por aquí esta mañana; de hecho se acaba de ir, y dice sufrir problemas médicos bastante graves. Lo han atendido en St. Francis.

—¿De qué favor se trata, Keith? —preguntó el doctor Herzlich, como si no tuviera mucho tiempo.

—Si tiene prisa, hablamos más tarde.

—No, siga.

—Bueno, pues resulta que dice que le han diagnosticado un tumor cerebral maligno, un glioblastoma. Dice que es mortal, y que no le queda mucho tiempo de vida. Quería saber hasta qué punto podría usted comprobarlo. No le estoy pidiendo un informe confidencial, entiéndame; ya sé que no es paciente suyo, y no quiero infringir ninguna norma. No es lo que le pido. Ya me conoce.

—¿Por qué duda de él? ¿Qué sentido tiene decir que se sufre un tumor cerebral y que eso no sea cierto?

—Es un criminal profesional, doctor; se ha pasado toda la vida entre barrotes, y probablemente no diferencie muy bien entre la verdad y la mentira. Además, yo no he dicho que dude de él. En mi despacho ha tenido dos episodios de dolor de cabeza intenso, y la verdad es que dolía solo de verlo. Lo único que quiero es confirmar lo que me ha dicho. Nada más.

Se produjo una pausa, como si el doctor estuviera comprobando que no hubiera oídos indiscretos.

—No puedo meterme muy a fondo, Keith. ¿Sabe quién es el médico?

—No.

—Bueno, pues dígame un nombre.

—Travis Boyette.

—Me lo apunto. Deme un par de horas.

—Gracias, doctor.

Keith colgó rápidamente y volvió a la historia de Texas. Siguió leyendo el resumen de los hechos:

> Nicole desapareció el viernes 4 de diciembre de 1998 por la noche. Pasó la tarde con unas amigas, en el cine del único centro comercial de Slone. Después de la película, las cuatro cenaron una pizza en un restaurante del propio centro. Al entrar en el restaurante conversaron un rato con dos chicos, uno de los cuales era Joey Gamble. Mientras se comían la pizza, decidieron ir a casa de Ashley Verica para ver la tele hasta tarde. En el momento en que salían las cuatro chicas del local, Nicole dijo que se iba al servicio. Sus tres amigas no la vieron nunca más. Nicole llamó a su madre y le prometió que estaría en casa a las doce, que era su toque de queda. Luego se esfumó. Una hora más tarde llamaron sus amigas, preocupadas. Al cabo de dos horas se halló su BMW rojo en el aparcamiento del centro comercial, donde lo había dejado. Seguía cerrado con llave, sin indicios de forcejeo ni de nada extraño; tampoco de Nicole. En su familia, y entre sus amigos, cundió el pánico, y empezó la búsqueda.
>
> Sospechando de buenas a primeras algo raro, la policía puso en marcha un gran dispositivo para encontrar a Nicole. Hubo miles de voluntarios, y durante varios días y semanas la ciudad y el condado fueron registrados más a fondo que en toda su historia, pero no se encontró nada. Las cámaras de vigilancia del centro comercial no fueron de ninguna ayuda, porque estaban demasiado lejos y les faltaba definición. Nadie comunicó haber visto salir a Nicole del centro comercial y acercarse a su coche. Cliff Yarber ofreció cien mil dólares de recompensa a cambio de cualquier información. En vista de que esa suma resultó ineficaz, la elevó a doscientos cincuenta mil.
>
> El primer avance en la investigación se produjo el 16 de diciembre, a los doce días de la desaparición de Nicole. Dos hermanos estaban pescando en un banco de arena de Red River, cerca de un embarcadero que recibía

el nombre de Rush Point, cuando uno de los dos pisó un trozo de plástico. Era el carnet del gimnasio de Nicole. Al remover el barro y la arena, encontraron otro: el del instituto de Slone, que la acreditaba como alumna. Uno de los hermanos reconoció el nombre. Fueron directamente en coche a la comisaría de Slone.

Rush Point queda a algo más de sesenta kilómetros al norte del límite municipal.

Los investigadores de la policía, con el detective Drew Kerber al mando, tomaron la decisión de reservarse la noticia de los carnets del gimnasio y del instituto, con el argumento de que la mejor estrategia era encontrar el cadáver en primer lugar. Su búsqueda del río hasta varios kilómetros al este y al oeste de Rush Point fue tan exhaustiva como inútil. La policía del estado aportó varios equipos de buzos, pero no apareció nada más. Se puso sobre aviso a las autoridades, hasta casi doscientos kilómetros río abajo, con la petición de que estuvieran alertas.

—Keith, el auditor. Línea dos —anunció Dana por el interfono.

Keith echó un vistazo a su reloj: las once menos diez de la mañana. Sacudió la cabeza. En un momento así, a quien menos ganas tenía de oír era al auditor de la iglesia.

—¿Hay papel en la impresora? —preguntó.

—No lo sé —replicó Dana—. Voy a mirarlo.

—Cárgala, por favor.

—A sus órdenes.

Keith pulsó a regañadientes la línea dos e inició una conversación anodina pero no muy extensa sobre las finanzas de la iglesia a fecha de 31 de octubre. Escuchaba las cifras a la vez que tecleaba, imprimiendo las diez páginas de resumen de los hechos, las treinta de artículos y editoriales de prensa, un resumen de la práctica de la pena de muerte en Texas y el testimonio de Donté sobre la vida en el corredor de la muerte. Ante el aviso de que faltaba papel en la impresora, pulsó sobre la galería fotográfica de Donté y miró las imágenes. Donté de niño, con sus padres, dos hermanos mayores y una hermana pequeña; varias instantáneas de Donté como *linebacker,* una foto policial en primera plana del *Slone Daily News;* Donté esposado, al entrar en el juzgado; más fotos del juicio; y, por último, las fotos anuales de la cárcel, desde la mirada chulesca de la de 1999 hasta el rostro enjuto y ya envejecido a los veintisiete años de la de 2007.

Al acabar de hablar con el auditor, Keith salió del despacho y se sentó delante de su esposa, que ordenaba los papeles de la impresora, mirándolos por encima.

—¿Has leído esto? —preguntó Dana, enseñándole un fajo de papel.

—¿El qué? Hay cientos de páginas.

—Escucha. —Empezó a leer—: «El hecho de que no se haya encontrado el cadáver de Nicole Yarber podría haber entorpecido el proceso en algunas jurisdicciones, pero no en Texas. De hecho, Texas es

uno de los estados donde rige una jurisprudencia bien definida según la cual la acusación de un homicidio puede seguir adelante aunque no existan pruebas claras de que se haya producido el delito en cuestión. No siempre es necesario un cadáver».

—No, no he llegado tan lejos —dijo Keith.

—¿A que parece increíble?

—No sé qué decir.

Sonó el teléfono. Lo cogió Dana, que informó bruscamente a su interlocutor de que el pastor no se podía poner.

—Bueno, pastor —dijo al colgar—, ¿cuál es el plan?

—Ninguno. El paso siguiente, el único que se me ocurre ahora mismo, es volver a hablar con Travis Boyette. Si admite que sabe dónde está o estaba el cadáver, lo presionaré para que reconozca que es el asesino.

—¿Y si lo reconoce?

—No tengo ni idea.

Capítulo 4

El investigador siguió a Joey Gamble durante tres días antes de establecer contacto con él. Gamble ni se escondía ni fue difícil de localizar. Trabajaba como subdirector en un enorme almacén de repuestos de coche a buen precio en Mission Bend, un barrio de las afueras de Houston. Era su tercer trabajo en cuatro años. Tenía a sus espaldas un divorcio, y tal vez otro en el horizonte. Ya no vivía con su segunda mujer; se habían retirado a terreno neutral, donde los abogados permanecían a la espera. No había mucho que disputarse, al menos en términos de bienes. Tenían un solo hijo, un niño pequeño con autismo cuya custodia, en el fondo, no deseaban ni el padre ni la madre, así que de todos modos se peleaban.

La ficha de Gamble era tan antigua como el caso mismo. El investigador se la sabía de memoria. Al salir del instituto jugó durante un año en un equipo universitario de fútbol americano, y luego dejó los estudios. Estuvo unos años en Slone, trabajando en varias cosas y pasando casi todo el tiempo libre en el gimnasio, donde tomaba esteroides y se iba convirtiendo en un coloso. Presumía de querer dedicarse profesionalmente al culturismo, pero al final, cansado del esfuerzo, se casó con una chica de la zona, se divorció, se fue a vivir a Dallas y la vida lo llevó hasta Houston. Según el anuario del instituto de la promoción de 1999, si no le salía bien lo de la NFL pensaba dedicarse a explotar un rancho ganadero.

Ninguna de las dos posibilidades le había salido bien. Cuando el investigador se dio a conocer, Joey tenía un sujetapapeles en la mano, y miraba ceñudo un muestrario de limpiaparabrisas. En el largo pasillo no había nadie. Era lunes, casi mediodía, y la tienda estaba prácticamente vacía.

—¿Tú eres Joey? —preguntó el investigador, con una sonrisa forzada bajo el poblado bigote.

Joey miró la tarjeta de plástico que tenía sobre el bolsillo de la camisa.

—Servidor.

Trató de corresponder a la sonrisa. A fin de cuentas era una tienda, y había que adorar al cliente; claro que aquel tipo no parecía un cliente.

—Me llamo Fred Pryor. —La mano derecha salió disparada como la de un boxeador buscando la barriga del adversario—. Soy investigador

privado. —Joey la cogió casi por instinto de autodefensa. Se las estrecharon durante unos segundos incómodos—. Encantado.

—Mucho gusto —dijo Joey, con el radar a pleno funcionamiento.

Pryor era un individuo de unos cincuenta años, pecho fornido y una cara redonda de hombre duro, cuyo pelo gris requería cuidados matinales. Llevaba una americana azul corriente, pantalones marrones de poliéster de cintura demasiado estrecha y, cómo no, botas en punta, bien abrillantadas.

—¿Investigador de qué tipo? —preguntó Joey.

—No soy poli, Joey; soy investigador privado, debidamente acreditado por el estado de Texas.

—¿Lleva pistola?

—Sí. —Pryor se abrió la americana, dejando a la vista una Glock de nueve milímetros sujeta con arnés bajo la axila izquierda—. ¿Quieres ver el permiso? —preguntó.

—No. ¿Para quién trabaja?

—Para la defensa de Donté Drumm.

Los hombros se le encorvaron un poco, los ojos se le pusieron en blanco, y expulsó aire en un rápido suspiro de contrariedad, como diciendo: «Otra vez no». Pryor, sin embargo, que se lo esperaba, intervino rápidamente.

—Te invito a comer, Joey. Así hablamos. Hay un mexicano a la vuelta de la esquina. Quedamos dentro de media hora, ¿de acuerdo? Es lo único que pido. Comes gratis, y a cambio me dedicas algo de tiempo. Es probable que después nunca vuelvas a verme.

La oferta del día era bufet libre de quesadillas por seis dólares cincuenta. El médico le había aconsejado adelgazar, pero a Joey le podía la comida mexicana, sobre todo en su versión americana, con doble de grasa y frito exprés.

—¿Qué quiere? —preguntó.

Pryor miró a su alrededor, como si le escuchase alguien.

—Media hora. Mira, Joey, no soy poli; no tengo autoridad, orden judicial ni derecho a pedirte nada, pero tú conoces mejor que yo la historia.

Más tarde, Pryor informó a Robbie Flak que en ese instante el chico se desinfló, dejó de sonreír y se le cerraron los ojos a medias, adoptando un aire de sumisión y tristeza. Era como si fuera consciente de que tarde o temprano llegaría aquel día. Entonces Pryor tuvo la certeza de que se les presentaría una oportunidad.

Joey miró su reloj.

—Llegaré en veinte minutos —dijo—. Pídeme un cóctel margarita de la casa.

—Hecho.

Pryor pensó que quizá fuera problemático beber alcohol con la comida (al menos para Joey), aunque también podía ayudar.

Servían la margarita de la casa en una especie de jarra transparente redondeada, con capacidad para dar de beber a varios hombres sedientos. Al ir pasando los minutos se formó condensación en el cristal, y el hielo empezó a derretirse. Entre sorbitos de té helado con limón, Pryor mandó un mensaje a Flak: «He quedado a comer con JG. Hasta luego».

Joey, puntual, logró embutir sus nada desdeñables proporciones entre la mesa y el banco. Se acercó el vaso, cogió la caña y aspiró una cantidad impresionante de bebida alcohólica. Pryor habló de cualquier cosa, hasta que la camarera tomó nota y se fue. Entonces se le acercó y fue al grano.

—El jueves ejecutan a Donté. ¿Lo sabías?

Joey asintió lentamente. Afirmativo.

—Lo vi en el periódico. Además, ayer por la noche hablé con mi madre y me dijo que el pueblo está que arde.

La madre de Joey seguía en Slone. Su padre vivía en Oklahoma. Quizá estuvieran separados. También había un hermano mayor, en Slone, y una hermana pequeña que se había ido a vivir a California.

—Estamos tratando de impedir la ejecución, Joey, y necesitamos que nos ayudes.

—¿Quiénes?

—Trabajo para Robbie Flak.

Joey estuvo a punto de escupir.

—¿Todavía anda por ahí aquel loco?

—Pues claro que sí. En eso no cambiará. Ha representado a Donté desde el primer día, y estoy seguro de que el jueves por la noche estará en Huntsville, a las duras y a las maduras. Eso si no conseguimos impedir la ejecución.

—En el periódico ponía que se han acabado los recursos. Ya no hay nada que hacer.

—Es posible, pero no hay que dar nada por perdido. ¿Cómo vamos a darlo por perdido, habiendo una vida humana en juego?

Dio otra chupada a la caña. Pryor tuvo la esperanza de que fuera un borracho pasivo, de los que beben y es como si se fundieran con el mobiliario, en contraste con los conflictivos, los que se echan dos copas entre pecho y espalda y espantan a la clientela.

Joey hizo ruido con los labios.

—Supongo que tú estás convencido de que es inocente, ¿no? —dijo.

—Pues sí, siempre lo he estado.

—¿Basándote en qué?

—Basándome en la falta total de pruebas físicas, y en que Donté tuviera una coartada y estuviera en otro sitio; basándome en que su confesión es más falsa que un billete de tres dólares; basándome en que ha superado al menos cuatro pruebas del polígrafo; y basándome en que siempre ha negado cualquier implicación. Y ya que ha salido el tema, Joey, basándome en que tu declaración en el juicio no había quien se la creyese. Tú no viste ninguna camioneta verde en el aparcamiento, cerca del coche de Nicole. Era imposible. Saliste del centro comercial por la entrada del cine. Ella había aparcado en el lado oeste, en la otra punta del centro. Te inventaste el testimonio para ayudar a la poli a pillar al sospechoso.

No hubo explosión, ni rabia. Joey lo encajó bien, como un niño a quien pillan in fraganti con una moneda robada y es incapaz de decir nada.

—Sigue —dijo.

—¿Quieres oírlo?

—Seguro que ya lo he oído.

—¡Ya lo creo que sí! Lo oíste hace ocho años en el juicio. Se lo explicó el señor Flak al jurado. Tú estabas colado por Nicole, pero ella por ti no. El típico drama de instituto. Salíais muy de tarde en tarde, pero nada de sexo; una relación bastante tormentosa. En un momento dado, sospechaste que salía con otro. Resultó ser Donté Drumm, lo cual, en Slone y en muchos otros pueblos, podía crear problemas de los gordos.

Nadie estaba seguro, pero los rumores corrían como la pólvora. Es posible que ella buscara algo con él, aunque él lo niega; de hecho, lo niega todo. Luego ella desapareció, y tú viste la oportunidad de cargarte al tío. Y vaya si te lo cargaste: lo mandaste al corredor de la muerte, y ahora estás a punto de ser culpable de que lo maten.

—¿O sea que toda la culpa la tengo yo?

—Pues sí. Tu testimonio lo situaba en el lugar del crimen; al menos el jurado lo interpretó así. Casi era cómico, de tan incoherente, pero el jurado se moría de ganas de creerlo. Tú no viste ninguna camioneta verde. Era mentira. Te lo inventaste. También fuiste tú quien llamó al detective Kerber por teléfono y le dio el falso chivatazo. El resto ya es historia.

—Yo no llamé a Kerber.

—Claro que sí. Lo han demostrado los expertos. Ni siquiera intentaste cambiar la voz. Según nuestros análisis, habías bebido, pero no estabas borracho. Se te atropellaron algunas palabras. ¿Quieres ver el informe?

—No. El tribunal no lo admitió a juicio.

—Eso fue porque no nos enteramos de tu llamada hasta después del juicio, y porque lo escondieron la poli y la acusación, lo cual debería haber bastado para que anulasen el juicio; pero claro, eso aquí en Texas no suele pasar.

Llegó la camarera con una bandeja de quesadillas muy calientes, todas para Joey. Pryor cogió su ensalada de tacos y pidió más té.

—Entonces, ¿quién la mató? —dijo Joey tras algunos mordiscos generosos.

—¡Quién sabe! Ni siquiera hay pruebas de que esté muerta.

—Encontraron su carnet del gimnasio y el del instituto.

—Ya, pero el cadáver no. Que sepamos, podría estar viva.

—Eso tú no lo crees.

Un trago de margarita, para deshacer el nudo.

—No, la verdad es que no. Yo estoy seguro de que está muerta, aunque ahora mismo da igual. Se nos echa el tiempo encima, Joey, y necesitamos que nos ayudes.

—¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Retractarte, retractarte y retractarte. Firmar una declaración con la verdad. Decirnos qué viste realmente aquella noche, o sea: nada.

—Vi una camioneta verde.

—Tu amigo no vio ninguna camioneta verde, a pesar de que salisteis juntos del centro comercial. A él no le comentaste nada. De hecho, no le comentaste nada a nadie durante más de dos semanas, hasta que oíste el rumor de que habían encontrado los carnets del gimnasio y del instituto en el río. Fue cuando inventaste tu historia, Joey; cuando tomaste la decisión de cargarte a Donté. Te indignaba que Nicole prefiriera a un negro. Le diste a Kerber el chivatazo anónimo por teléfono, y se armó la gorda. La poli estaba desesperada, y fue tan estúpida que no vio el momento de seguir con tu ficción. Funcionó perfectamente. Le arrancaron a golpes una confesión. Solo tardaron quince horas. Y luego, ¡bingo! En primera plana: «Donté Drumm confiesa». A partir de ese momento, tu memoria hizo milagros. De repente te acordabas de haber visto una camioneta verde, idéntica a la de los Drumm, que aquella noche se movía sospechosamente por el centro comercial. ¿Cuándo le dijiste a la poli lo de la camioneta, Joey? ¿Al cabo de tres semanas?

—Sí que vi una camioneta verde.

—¿Era una Ford, Joey, o solo decidiste que lo era porque los Drumm tenían una Ford? ¿Viste de verdad que la conducía un negro, o solo fueron imaginaciones tuyas?

Para no contestar, Joey se embutió en la boca media quesadilla y la masticó despacio. Al mismo tiempo observó a los demás clientes, que no podían o no querían mirarlo a los ojos. Pryor comió un poco y siguió. Pronto se le acabaría la media hora.

—Mira, Joey —dijo, suavizando mucho el tono—, podríamos pasarnos varias horas discutiendo sobre el caso, pero no he venido a eso. He venido a hablar de Donté. Erais amigos. Crecisteis juntos, y estuvisteis... ¿cuánto, cinco años en el mismo equipo? Pasasteis muchas horas juntos

en el campo. Ganasteis juntos y perdisteis juntos. ¡Si el último año fuisteis capitanes, caray! Piensa en su familia, en su madre, en sus hermanos; piensa en el pueblo, Joey; piensa en lo mal que acabará todo si lo ejecutan. Tienes que ayudarnos, Joey. Donté no ha matado a nadie. Ha sido una condena injusta desde el primer día.

—No era yo consciente de ser tan poderoso.

—Ya. La cosa está difícil. A los tribunales de apelación no les gustan mucho los testigos que cambian de postura de la noche a la mañana varios años después del juicio y horas antes de la ejecución. Tú nos das la declaración jurada y nosotros corremos a los tribunales y gritamos todo lo que podamos, pero tenemos las de perder. De todos modos, hay que intentarlo. A estas alturas lo intentaremos todo.

Joey removió la margarita con la caña y bebió un poco. Después se limpió la boca con una servilleta de papel.

—¿Sabes que no es la primera vez que tengo esta conversación? —dijo —. Hace unos años me llamó el señor Flak y me pidió que pasara por su despacho. Fue mucho después del juicio. Creo que estaba preparando los recursos. Me suplicó que cambiara mi versión y que contase su versión de lo ocurrido. Yo le dije que se fuera a freír espárragos.

—Ya lo sé. Llevo mucho tiempo trabajando en el caso.

Tras haberse zampado la mitad de las quesadillas, Joey perdió bruscamente su interés por la comida, apartó la bandeja y se puso la margarita delante. La removió despacio, viendo cómo el líquido daba vueltas en el vaso.

—Ahora es muy diferente, Joey —dijo Pryor con suavidad, pero ejerciendo una cierta presión—. Falta poco para que termine el primer cuarto, y a Donté casi se le ha acabado el partido.

La gruesa pluma de color marrón prendida al bolsillo de la camisa de Pryor era en realidad un micrófono. Junto a la pluma, completamente visible, había un bolígrafo de verdad, con su tinta y su bola, por si acaso tenía que escribir algo. Entre el bolsillo de la camisa y el bolsillo izquierdo de delante de los pantalones, donde llevaba el móvil, se ocultaba un fino cable.

A trescientos kilómetros, Robbie era todo oídos. Estaba solo en un despacho, encerrado con llave, escuchando a través de un «manos libres» que al mismo tiempo lo estaba grabando todo.

—¿Tú lo has visto jugar? —preguntó Joey.

—No —contestó Pryor.

Sus voces eran nítidas.

—Era un fenómeno. Corría por el campo como Lawrence Taylor, deprisa y sin miedo, y podía cargarse él solo toda una ofensiva. En

segundo y tercer año ganamos diez partidos, pero con los Marshall nunca pudimos.

—¿Por qué no lo reclutaron los colegios importantes? —preguntó Pryor.

«Tú déjalo hablar», se dijo Robbie.

—Por la altura. A partir de primero de instituto ya no creció más, y no conseguía pasar de los cien kilos de peso, que es demasiado poco para los Longhorns.

—Pues tendrías que verlo ahora —dijo Pryor, sin perder comba—. Pesa menos de setenta kilos, está flaco y demacrado, se rapa la cabeza y se pasa veintitrés horas al día encerrado en una celda diminuta. Yo creo que se le ha ido la chaveta.

—Me escribió algunas cartas. ¿Lo sabías?

—No.

Robbie se acercó al manos libres. Era la primera vez que lo oía.

—Poco después de que se lo llevasen, cuando yo aún vivía en Slone, me escribió; dos o tres cartas, largas. Hablaba del corredor de la muerte, y de lo horrible que es: la comida, el ruido, el calor, el aislamiento y todo eso. Juraba que nunca había tocado a Nikki, y que entre ellos dos nunca había habido nada. Juraba que en el momento de su desaparición él estaba lejos del centro comercial. Me rogaba que dijera la verdad, para ayudarlo a ganar el recurso y salir de la cárcel. Yo no le contesté.

—¿Aún tienes las cartas? —preguntó Pryor.

Joey sacudió la cabeza.

—No, es que he vivido en muchos sitios.

Apareció la camarera, que se llevó la bandeja.

—¿Otra margarita? —preguntó.

Joey le hizo señas de que se fuera. Pryor se apoyó en los codos, hasta que su cara estuvo a unos cincuenta centímetros de la de Joey.

—Mira, Joey —empezó a decir—, llevo años trabajando en este caso; le he dedicado miles de horas, no solo de trabajo, sino pensando, intentando entender qué había pasado, y te voy a explicar mi teoría. Tú estabas colado por Nikki. ¿Por qué no? Era monísima, popular y sexy, el tipo de chica que dan ganas de llevarse para siempre a casa. Sin embargo, te rompió el corazón, y para un chico de diecisiete años no hay nada más doloroso. Estabas hecho polvo, destrozado. Luego desapareció. Fue una conmoción para toda la ciudad, pero a ti, y a los que la queríais, os horrorizó especialmente. Todos querían encontrarla. Todos querían ayudar. ¿Cómo podía haberse esfumado así, sin más? ¿Quién la había raptado? ¿Quién podía hacerle daño a Nikki? Quizá creyeras que Donté tenía algo que ver, o quizá no; en todo caso, estabas emocionalmente por

los suelos, y fue entonces cuando decidiste intervenir. Llamaste al detective Kerber para darle el chivatazo anónimo, y a partir de ahí todo se convirtió en una bola de nieve. Fue el momento en que la investigación tomó un derrotero equivocado, y no hubo manera de pararla. Al enterarte de que había confesado, supusiste que habías hecho lo correcto, y que era el verdadero culpable; luego tuviste ganas de meter cuchara, inventaste lo de la camioneta verde y de repente eras el testigo estrella. Te convertiste en el héroe de toda esa gente estupenda que quería y adoraba a Nicole Yarber. Saliste a declarar durante el juicio, levantaste la mano derecha, y lo que dijiste no era toda la verdad, pero qué más daba; ahí estabas, ayudando a tu amada Nikki. A Donté se lo llevaron esposado, directamente al corredor de la muerte. Tal vez entendieses que algún día lo ejecutarían, o tal vez no. Yo sospecho que en aquella época, siendo aún adolescente, no podías darte cuenta de la gravedad de lo que está pasando ahora.

—Confesó.

—Sí, y su confesión sería tan de fiar como tu testimonio. Hay muchos motivos por los que se dicen cosas que no son ciertas, ¿verdad, Joey?

Hubo un largo paréntesis en la conversación, mientras los dos pensaban qué decir.

En Slone, Robbie esperó pacientemente, aunque no era un hombre que destacase por su paciencia, ni por tomarse momentos de reflexión silenciosa.

A continuación habló Joey.

—¿Qué pone en la declaración?

—La verdad. Declaras bajo juramento que tu testimonio en el juicio fue inexacto, y tal y cual. Lo preparará nuestro bufete. Podemos tenerla lista en menos de una hora.

—No corras tanto. ¿O sea que estaría diciendo que mentí en el juicio?

—Podríamos adornarlo, pero lo esencial es eso. También nos gustaría dejar zanjado lo del chivatazo anónimo.

—¿Y se presentaría la declaración en los tribunales? ¿Acabaría saliendo en el periódico?

—Claro. La prensa sigue el caso. Cualquier moción de último minuto, cualquier recurso, será noticia.

—Vaya, que mi madre leerá en el periódico que ahora digo que mentí en el juicio. Estaré reconociendo que soy un mentiroso, ¿no?

—Sí, Joey, pero ¿qué es más importante, tu reputación o la vida de Donté?

—Pero has dicho que la cosa está difícil, ¿no? Así que lo más probable es que yo reconozca ser un mentiroso y que a él le pongan la inyección de todos modos. Entonces, ¿quién sale ganando?

—Hombre, él no, seguro.

—Me parece que paso. Bueno, tengo que volver a trabajar.

—Venga, Joey...

—Gracias por invitarme. Ha sido un placer.

Salió del reservado y se fue del restaurante a toda prisa.

Pryor respiró hondo, fijando en la mesa una mirada de incredulidad. Justo cuando estaban hablando de la declaración, la charla se cortaba de golpe. Sacó lentamente el móvil y llamó a su jefe.

—¿Lo has grabado todo?

—Sí, palabra por palabra —dijo Robbie.

—¿Se puede usar algo?

—No, nada. Ni de lejos.

—Ya me lo parecía. Lo siento, Robbie. He creído que estaba a punto de ceder.

—Más no podías hacer, Fred. Te felicito. Tiene tu tarjeta, ¿verdad?

—Sí.

—Pues llámalo después de trabajar, salúdalo y recuérdale que puede hablar contigo cuando quiera.

—Intentaré quedar para tomar una copa. Me huelo que tiende a pasarse de la raya. A ver si consigo emborracharlo para que diga algo.

—Asegúrate de grabarlo.

—De acuerdo.

Capítulo 5

En la segunda planta del hospital St. Francis, Aurelia Lindmar se estaba recuperando muy bien de una operación de vesícula. Keith estuvo veinte minutos a su lado, comió dos trozos de chocolate barato y en mal estado que había enviado una sobrina por correo, y consiguió aprovechar la aparición de una enfermera con una jeringuilla para despedirse sin ser maleducado. En el pasillo de la tercera planta consoló a la inminente viuda de Charles Cooper, uno de los pilares de St. Mark, cuyo corazón enfermo ya no daba más de sí. Keith tenía que ver a otros tres pacientes, pero se encontraban en situación estable, y sobrevivirían hasta el día siguiente, cuando él tendría más tiempo. Encontró al doctor Herzlich sentado a solas en una pequeña cafetería de la primera planta, comiendo un bocadillo frío de una máquina a la vez que leía un apretado texto.

—¿Ya ha comido? —preguntó educadamente Kyle Herzlich mientras ofrecía asiento al pastor.

Keith se sentó y miró el raquítico bocadillo (pan blanco a ambos lados de una fina rebanada de carne que parecía muy artificial).

—He desayunado tarde, gracias —dijo.

—Muy bien. Mire, Keith, he conseguido meter un poco la nariz, y la verdad es que he llegado lo más lejos que he podido. ¿Me entiende?

—Claro que sí. Tampoco tenía ninguna pretensión de que se entrometiera en nada íntimo.

—Eso nunca. No puedo hacerlo. Ahora bien, he preguntado un poco y... vaya, que hay maneras de enterarse de alguna que otra cosa. El hombre del que me habló ha venido como mínimo dos veces en el último mes; se ha hecho un montón de pruebas, y lo del tumor es verdad. No tiene buen pronóstico.

—Gracias, doctor.

A Keith no le sorprendió enterarse de que Travis Boyette decía la verdad, al menos sobre el tumor cerebral.

—Más no puedo decirle.

El doctor lograba comer, leer y hablar al mismo tiempo.

—No, claro, tranquilo.

—¿Qué delito cometió?

«Mejor que no lo sepas», pensó Keith.

—Uno muy feo. Es un veterano con un largo historial.

—¿Qué hace en St. Mark?

—Estamos abiertos a cualquiera, doctor. Se nos pide que estemos al servicio de todos los hijos de Dios, aunque tengan antecedentes penales.

—Supongo que sí. ¿Hay algo que temer?

—No, es inofensivo.

«Mientras escondas a las mujeres y las niñas, y puede que a los niños...» Keith le dio otra vez las gracias y se despidió.

—Hasta el domingo —dijo el doctor, sin apartar la vista del informe médico.

Anchor House era un edificio cuadrado de ladrillo rojo, con las ventanas pintadas; el tipo de estructura que sirve un poco para todo y que probablemente haya tenido usos muy diversos en los cuarenta años transcurridos desde su acelerada construcción. El responsable de levantarlo tenía prisa, y no le había parecido necesaria la participación de ningún arquitecto. El lunes, a las siete de la tarde, Keith entró por la acera de la calle Diecisiete y se paró en un mostrador improvisado, desde donde lo vigilaba todo un ex presidiario.

—¿Sí? —dijo este último, sin calidez alguna.

—Tengo que ver a Travis Boyette —anunció Keith.

El vigilante miró a su izquierda, hacia una gran sala abierta donde una docena aproximada de hombres, sentados en diversos grados de relajación, seguían embobados el concurso *La rueda de la fortuna* en un gran televisor con el volumen a tope. Después miró a su derecha, hacia otra sala abierta de grandes dimensiones donde unos diez o doce hombres leían libros de bolsillo muy gastados o jugaban a las damas y al ajedrez. Boyette estaba en un rincón, en una mecedora de mimbre, parcialmente oculto detrás de un periódico.

—Allá —dijo el hombre, señalando con la cabeza—. Firme aquí.

Keith firmó y fue al rincón. Al verlo, Boyette cogió su bastón y se levantó con dificultad.

—No lo esperaba —comentó, claramente sorprendido.

—Estaba por esta zona. ¿Tiene unos minutos para hablar?

Los demás hombres fueron reparando en Keith como si tal cosa. No hubo interrupción en los juegos de damas ni de ajedrez.

—Sí, claro —respondió Boyette, mirando a su alrededor—. Vamos al comedor.

Al seguirlo, Keith vio que su pierna izquierda sufría en cada paso una leve interrupción que era la causa de su cojera. El bastón se clavaba en el suelo, haciendo clic, clic, clic... Keith pensó en lo horrible que debía de

ser vivir cada minuto con un tumor de grado cuatro entre las orejas, un tumor que crecía sin parar hasta que parecía reventar el cráneo, y no pudo evitar compadecerse de aquel hombre, aunque fuera un canalla. Un hombre muerto.

El comedor era una sala pequeña, con cuatro mesas largas plegables, y al fondo un gran hueco que daba a la cocina. El equipo de limpieza armaba un gran escándalo con las ollas y las sartenes, y también con las carcajadas. Una radio emitía rap. Era el escenario perfecto para que no se oyera una conversación en voz baja.

—Aquí podemos hablar —dijo Boyette, señalando una mesa con la cabeza.

La mesa estaba llena de migas, y el aire, muy cargado de olor a aceite de freír. Se sentaron el uno frente al otro. Como no tenían nada en común de que hablar, salvo del clima, Keith decidió ir al grano.

—¿Le apetece un café? —preguntó cortésmente Boyette.

—No, gracias.

—Buena idea. Es el peor café de todo Kansas, peor que el de la cárcel.

—Travis, esta mañana, después de que se fuera, he entrado en internet, he encontrado la web sobre Donté Drumm y me he pasado el resto del día metido en ese mundo. Es fascinante y desolador. Existen serías dudas acerca de su culpabilidad.

—¿Serias? —dijo Boyette, riéndose—. Debería haberlas, sí. Ese chico no tuvo nada que ver con lo que le pasó a Nikki.

—¿Qué le pasó a Nikki?

Una mirada de sorpresa, como un ciervo deslumbrado por unos faros. Silencio. Boyette se cogió la cabeza con las manos y se hizo un masaje en el cuero cabelludo. Sus hombros empezaron a temblar. El tic dio comienzo, paró y volvió a empezar. Al observarlo, Keith casi sintió su sufrimiento. De la cocina salía el ritmo maquinal de la música rap.

Keith introdujo lentamente la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó una hoja doblada, que desplegó y puso sobre la mesa.

—¿Reconoce a esta chica? —preguntó.

Era una impresión de una foto en blanco y negro bajada de la web, una imagen en la que Nicole Yarber, vestida de animadora, posaba con un pompón y sonreía con toda la inocencia de sus dulces diecisiete años.

Al principio Travis Boyette no reaccionó. Era como si nunca hubiera visto a Nikki. Se quedó mirándola un buen rato, y de pronto, sin previo aviso, empezó a llorar. Nada de jadeos, sollozos o disculpas; solo un reguero líquido que corrió por sus mejillas hasta llegar a la barbilla y gotear. No hizo el menor esfuerzo por limpiarse la cara. Miró a Keith. La foto se estaba mojando. Luego gruñó, carraspeó y por fin dijo:

—Quiero morirme, de verdad.

Keith volvió de la cocina con dos cafés solos en vasos de cartón, y papel de cocina. Boyette cogió un trozo y se secó la cara y la barbilla.

—Gracias —dijo.

Keith volvió a sentarse.

—¿Qué le pasó a Nikki? —preguntó.

Pareció que Boyette contara hasta diez antes de contestar.

—Todavía la tengo.

Keith se creía preparado para todas las respuestas posibles, pero no lo estaba. ¿Era posible que Nikki siguiera con vida? No. Boyette se había pasado los últimos seis años en la cárcel. ¿Cómo iba a tenerla encerrada en otro sitio? «Está loco.»

—¿Dónde está? —preguntó con firmeza.

—Enterrada.

—¿Dónde?

—En Missouri.

—Mire, Travis, si sigue contestando con palabras sueltas nos pasaremos toda la vida aquí. Esta mañana ha venido a mi despacho por una razón: confesar. Como le ha faltado valor, aquí me tiene. Adelante.

—¿A usted por qué le importa?

—Es bastante obvio, ¿no? Están a punto de ejecutar a un inocente por algo que hizo usted. Quizá aún haya tiempo de salvarlo.

—Lo dudo.

—¿A Nicole Yarber la mató usted?

—¿Es confidencial, pastor?

—¿Quiere que lo sea?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué no confiesa, lo reconoce todo e intenta ayudar a Donté Drumm? Es lo que debería hacer, Travis. Según lo que me ha dicho esta mañana, tiene los días contados.

—¿Confidencial o no?

Keith se tomó un respiro, y acto seguido cometió el error de beber un poco de café. Travis tenía razón.

—Si quiere que sea confidencial, Travis, lo será.

Una sonrisa y un tic. Boyette miró a su alrededor, aunque de momento nadie se había fijado en ellos, y empezó a asentir.

—Lo hice yo, pastor. No sé por qué. Nunca sé por qué.

—¿La raptó en el aparcamiento?

El tumor, al expandirse, le producía dolores de cabeza insoportables. Boyette volvió a sujetarse la cabeza, y logró capear el temporal. Apretó las mandíbulas, resuelto a seguir adelante.

—La rapté y me la llevé. Iba armado. No se resistió mucho. Salimos de la ciudad, y la retuve unos cuantos días. Tuvimos relaciones. Nos...

—No tuvieron relaciones." Usted la violó.

—Sí, varias veces. Luego hice lo que tenía que hacer y la enterré.

—¿La mató?

—Sí.

—¿Cómo?

—Estrangulándola con su cinturón. Aún lo lleva alrededor del cuello.

—¿Y la enterró?

—Sí.

Boyette miró la foto, y Keith casi le vio sonreír.

—¿Dónde?

—Al sur de Joplin, donde crecí. Muchas colinas, valles, hondonadas, caminos de leñadores, carreteras sin salida... Nunca la encontrarán. Ni siquiera llegaron a acercarse.

Hubo una pausa, durante la cual percibió aquella nauseabunda realidad. Naturalmente, existía la posibilidad de que mintiese, pero Keith fue incapaz de convencerse de ello. ¿Qué ganaba mintiendo, sobre todo en aquella etapa de su triste vida?

En la cocina se apagó la luz, y también la radio. Salieron tres fornidos hombres negros, que al cruzar el comedor saludaron con la cabeza y hablaron educadamente con Keith, mientras que a Travis solo lo miraron de pasada. Al salir cerraron la puerta.

Keith cogió la copia de la foto, la giró, destapó su bolígrafo y escribió algo en ella.

—¿Y si me pusiera en antecedentes, Travis? —dijo.

—Por mí, perfecto. No tengo nada más que hacer.

—¿Qué hacía en Slone, Texas?

—Trabajar para una empresa de Fort Smith, R. S. McGuire and Sons. De construcción. Los habían contratado para hacer una nave en Monsanto, justo al oeste de Slone. Yo estaba contratado de peón, de machaca; un asco de trabajo, pero no encontraba nada más. Me pagaban menos que el salario mínimo, en efectivo y en negro, igual que a los mexicanos. Semana de sesenta horas sin incentivos, ni seguro, ni capacitación, ni nada. No pierda el tiempo en consultarlo con la empresa, porque nunca estuve empleado oficialmente. Vivía de alquiler en una habitación de un motel viejo al oeste de la ciudad, que se llamaba Rebel Motor Inn. Probablemente aún exista. Búsquelo. Cuarenta por semana. El

trabajo duró cinco o seis meses. Un sábado por la noche vi las luces, encontré el campo de detrás del instituto, compré una entrada y me senté entre el público. No conocía a nadie. Estaban mirando un partido de fútbol americano. Bueno, yo miraba a las animadoras. Siempre me han encantado las animadoras. Culitos monos, faldas cortas y mallas negras. Dan brincos, volteretas, saltan de aquí para allí, y se les ven tantas cosas... De hecho, quieren que las veas. Entonces fue cuando me enamoré de Nicole. Me lo enseñaba todo, especialmente a mí. Supe desde el primer momento que era ella.

—Continúe.

—De acuerdo, continuemos. Yo iba al partido cada dos viernes. Nunca me sentaba en el mismo sitio, ni me vestía de la misma manera. Cambiaba de gorra. Son cosas que aprendes cuando sigues a alguien. Nicole se convirtió en todo mi mundo. Yo notaba que mis impulsos se iban haciendo cada vez más fuertes. Sabía lo que iba a pasar, pero no podía parar. Nunca puedo parar. Nunca, nunca.

Tomó un sorbo de café e hizo una mueca.

—¿Vio jugar a Donté Drumm?

—Puede ser. No me acuerdo. Nunca miraba el partido. Solo me fijaba en Nicole. Y de repente ya no la vi. Se había terminado la temporada. Me desesperé. Como ella iba en un BMW muy chulo, pequeño y rojo, el único de toda la ciudad, si sabías dónde buscar no costaba mucho encontrarla. Frecuentaba los mismos sitios que la mayoría. Aquella noche, al ver su coche aparcado en el centro comercial, supuse que estaría en el cine. Esperé y esperé. En caso de necesidad, puedo ser muy paciente. Cuando se liberó la plaza de al lado de su coche, entré en marcha atrás.

—¿Usted en qué coche iba?

—En una furgoneta Chevrolet vieja que había robado en Arkansas. Las matrículas las robé en Texas. Aparqué en marcha atrás para quedar puerta con puerta. Cuando Nicole se metió en la trampa, la asalté. Tenía una pistola y un rollo de cinta americana, que era lo único que necesitaba. No se oyó ni mu.

Desgranaba los detalles con un distanciamiento espontáneo, como si describiera una escena de película. Pasó esto. Lo hice así. No esperes que le vea algún sentido.

Ya hacía rato que no lloraba.

—Fue un mal fin de semana para Nikki. Yo casi la compadecía.

—Esos detalles ya no me interesan, la verdad —dijo Keith, interrumpiéndolo—. ¿Cuánto tiempo se quedó en Slone después de matarla?

—Creo que un par de semanas, hasta después de Navidad. Leía la prensa local y miraba las últimas noticias de la noche. Toda la ciudad estaba histérica. Vi llorar a su madre por la tele. Muy triste. Cada día

salía a buscarla otra brigada, con un equipo de televisión detrás. Qué tontos. Nikki estaba a trescientos kilómetros, durmiendo con los ángeles.

Increíblemente, el recuerdo le hizo reír.

—No creo que le haga gracia.

—Perdone, pastor.

—¿Cómo se enteró de que habían detenido a Donté Drumm?

—Cerca del motel había un bar de mala muerte al que me gustaba ir a tomar café a primera hora. Oí decir que había confesado un jugador de fútbol americano, un chico negro. Entonces compré el periódico, me senté en la furgoneta, leí el artículo y pensé: «¡Pero qué pandilla de idiotas!». Estaba alucinado. No podía creerlo. Salía una foto policial de Drumm, con cara de buen chico. Recuerdo que me quedé mirándola y pensé que le faltaba algún tornillo. Si no, ¿por qué iba a confesar mi crimen? Me cabreó un poco. El chaval tenía que estar loco. Luego, al día siguiente, su abogado montó un cirio en la prensa, diciendo que la confesión era tongo y que los polis habían engañado al chico y se le habían echado todos encima hasta agotarlo, sin dejarle salir en quince horas de la sala. Entonces sí que me cuadró. Nunca he podido fiarme de ningún poli. La ciudad estuvo a punto de explotar. Los blancos querían ahorcarlo en plena calle Mayor. Los negros estaban francamente convencidos de que le habían endosado algo que no había hecho. Estaba todo muy tenso, y en el instituto había muchas peleas. Entonces me despidieron y me fui.

—¿Por qué lo despidieron?

—Por una tontería. Una noche me quedé demasiado tiempo en un bar. Me pilló la poli conduciendo borracho, y luego se dieron cuenta de que la camioneta y las matrículas eran falsas. Me pasé una semana en la cárcel.

—¿En Slone?

—Sí. Compruébelo. Enero de 1999. Acusado de hurto mayor, conducción en estado de ebriedad y todo lo que pudieron encasquetarme.

—¿Drumm estaba en la misma cárcel?

—Yo no lo vi, pero se hablaba mucho de él. Corría el rumor de que lo habían trasladado a otro condado por motivos de seguridad. A mí se me escapaba la risa. Los polis tenían al verdadero asesino, pero no lo sabían.

Keith tomaba notas, aunque le costaba dar crédito a lo que escribía.

—¿Cómo salió? —preguntó.

—Me asignaron un abogado, que consiguió rebajar mi fianza. La pagué, me largué de la ciudad y no volví nunca más. Después de una temporada yendo de aquí para allí, me detuvieron en Wichita.

—¿Se acuerda del nombre del abogado?

—¿Todavía está comprobando datos, pastor?

—Sí.

—¿Cree que miento?

—En absoluto, pero nunca está de más comprobar datos.

—No, del nombre no me acuerdo. En mi vida he tenido muchos abogados, pero no he pagado ni un céntimo.

—La detención de Wichita fue por intento de violación, ¿verdad?

—Más o menos. Tentativa de agresión sexual con secuestro. No hubo sexo. No llegué tan lejos. La chica sabía kárate. La cosa no salió como tenía pensado. Me dio una patada en los huevos, y me pasé dos días vomitando.

—Tengo entendido que lo condenaron a diez años. Cumplió seis, y ahora está aquí.

—Felicidades, pastor. Ha hecho los deberes.

—¿Se ha mantenido al corriente del caso Drumm?

—Bueno, durante unos años me acordaba de vez en cuando. Suponía que al final los abogados y los tribunales se darían cuenta de que se habían equivocado de culpable. Vaya, que hasta en Texas tienen tribunales superiores que revisan los casos, y todo eso... Estaba claro que en algún momento habría alguien que descubriría la evidencia. Supongo que con el paso del tiempo se me olvidó. Tenía mis propios problemas. Cuando estás en una cárcel de máxima seguridad, no te preocupas demasiado por los demás.

—¿Y Nikki? ¿Piensa en ella de vez en cuando?

Boyette no contestó, y el lento transcurso de los segundos dejó de manifiesto que no respondería a la pregunta. Keith seguía escribiendo, apuntes personales sobre el siguiente paso a dar. No había nada seguro.

—¿Siente alguna compasión por su familia?

—A mí me violaron a los ocho años, y no recuerdo ni una palabra compasiva de nadie; de hecho, nadie levantó una mano para impedirlo. Y aquello continuó. Ya ha visto mi historial, pastor: he tenido varias víctimas. No podía parar, ni estoy seguro de poder hacerlo ahora. Obviamente, la compasión no es algo en lo que pierda el tiempo.

Keith sacudió la cabeza, con una mirada de repulsa.

—Entiéndame, pastor: me arrepiento de muchas cosas. Me gustaría no haber hecho tantas barbaridades. He deseado un millón de veces poder ser normal. Me he pasado toda la vida queriendo no hacer daño a los demás, y ponerme en el buen camino, no sé cómo; alejarme de la cárcel, conseguir trabajo y todo eso. Yo no he elegido ser así.

Keith dobló parsimoniosamente la hoja de papel y se la guardó en el bolsillo del abrigo. Después enroscó el tapón del bolígrafo, cruzó los brazos y miró fijamente a Boyette.

—Supongo que su intención será quedarse mano sobre mano, dejando que en Texas todo siga su curso.

—No, me inquieta. Lo que pasa es que no tengo claro qué hacer.

—¿Y si encontrasen el cadáver? Usted me dice dónde está enterrado, y yo intento ponerme en contacto con las personas indicadas.

—¿Seguro que quiere implicarse en el asunto?

—No, pero tampoco puedo ignorarlo.

Boyette se inclinó y empezó a darse golpes otra vez en la cabeza.

—Es imposible que la encuentre nadie —dijo, con un quiebro en la voz. Instantes después el dolor se atenuó—. Yo, ahora, no sé si podría. Ha pasado tanto tiempo...

—Han pasado nueve años.

—No tanto. Fui a verla un par de veces cuando ya estaba muerta.

Keith mostró las palmas de las manos.

—No quiero oírlo —dijo—. ¿Y si llamo al abogado de Drumm y le explico lo del cadáver? No le diría su nombre, pero al menos allá habría alguien que supiera la verdad.

—¿Y luego?

—No lo sé. No soy abogado. Tal vez pueda convencer a alguien. Estoy dispuesto a intentarlo.

—El único que puede encontrarla soy yo, pero no puedo salir del estado de Kansas. ¡Ni siquiera puedo salir de este condado, joder! Me trincarían por incumplir la condicional, y volverían a meterme en la cárcel. Y yo a la cárcel no vuelvo, pastor.

—¿Qué más da, Travis? Según usted mismo, se morirá dentro de pocos meses.

Boyette se quedó muy quieto, sin decir nada. Empezó a entrechocar las puntas de los dedos, mientras miraba fijamente a Keith con ojos duros y secos, sin pestañear.

—Pastor —dijo suavemente pero con firmeza—, yo no puedo reconocer un asesinato.

—¿Por qué no? Lo han condenado al menos cuatro veces por delitos graves, todos relacionados con la agresión sexual. Se ha pasado la mayor parte de su vida adulta en la cárcel. Tiene un tumor cerebral que no se puede operar. Resulta que el asesinato lo cometió usted. ¿Por qué no tiene el valor de admitirlo y salvar así la vida de un inocente?

—Mi madre aún está viva.

—¿Dónde?

—En Joplin, Missouri.

—¿Cómo se llama?

—¿Va a llamarla por teléfono, pastor?

—No, no quiero molestarla. ¿Cómo se llama?

—Susan Boyette.

—Y vivía en la calle Trotter, ¿verdad?

—¿Cómo lo...?

—Su madre murió hace tres años, Travis.

—¿Cómo lo...?

—Google. He tardado unos diez minutos.

—¿Qué es Google?

—Un servicio de búsqueda por internet. ¿Sobre qué otras cosas miente? ¿Cuántas mentiras me ha contado hoy, Travis?

—Si miento, ¿por qué está usted aquí?

—No lo sé. Una buena pregunta. Cuenta usted una bonita historia, y tiene un mal expediente, pero no puede demostrar nada.

Boyette se encogió de hombros, como si no le importase, pero se ruborizó y entornó los ojos.

—Yo no tengo que demostrar nada. No soy el acusado, para variar.

—Encontraron su carnet del gimnasio y el del instituto en un banco de arena del Red River. ¿Cómo encaja eso en su historia?

—Llevaba su teléfono dentro del bolso. En cuanto la tuve a ella, empezó a sonar como un loco y no había manera de pararlo. Al final me enfadé, cogí el bolso y lo tiré por el puente. En cambio, a la chica me la quedé. La necesitaba. Me recuerda a su mujer, muy mona.

—Cállese, Travis —dijo Keith impulsivamente, sin poder evitarlo. Respiró hondo y añadió con paciencia—: Dejemos a mi mujer al margen.

—Perdone, pastor. —Boyette se quitó una cadenita del cuello—. Si quiere pruebas, échele un vistazo a esto.

La cadena tenía un anillo de graduación, de oro, con una piedra azul. Boyette abrió la cadena y tendió el anillo a Keith. Era fino y pequeño; estaba claro que lo había llevado una mujer.

—En un lado pone ANY —dijo Boyette, sonriendo—. Alicia Nicole Yarber. En el otro pone SHS 1999: el Slone High School de nuestros amores.

Keith lo contempló con incredulidad, apretándolo entre el pulgar y el índice.

—Enséñeselo a la madre de ella, y verá cómo llora —dijo Boyette—. La única otra prueba que tengo, pastor, es la propia Nicole, y cuanto más pienso en ella, más convencido estoy de que sería mejor dejarla en paz.

Keith puso el anillo encima de la mesa. Boyette lo cogió. De pronto echó hacia atrás la silla, cogió el bastón y se levantó.

—No me gusta que me llamen mentiroso, pastor. Váyase a su casa y diviértase con su mujer.

—Mentiroso, violador, asesino, y encima cobarde, Travis. ¿Por qué no hace algo bueno en la vida por una vez? Y deprisa, antes de que sea demasiado tarde.

—Déjeme en paz.

Boyette abrió la puerta y dio un portazo al salir.

Capítulo 6

La tesis mantenida por la acusación se había basado parcialmente en la esperanza, contra viento y marea, de que alguien, algún día, encontrase el cadáver de Nicole. No podía quedarse sumergido para siempre, ¿verdad? Tarde o temprano el Red River lo devolvería; lo descubriría un pescador, o un capitán de barco, o un niño que chapotease por los bajos, y pediría ayuda. Una vez identificados los restos, la última pieza del rompecabezas encajaría a la perfección. Quedarían atados todos los cabos sueltos. Adiós a las preguntas y las dudas. Policía y acusación podrían dar un carpetazo discreto y satisfactorio.

A pesar de no haber encontrado el cadáver, no fue muy difícil conseguir la condena. La acusación atacó a Donté Drumm en todos los frentes, y a la vez que presionaba sin descanso por que se le juzgase, confiaba mucho en la aparición del cadáver. Nueve años más tarde, sin embargo, el río seguía sin cooperar. Ya hacía tiempo que se habían esfumado las esperanzas, los rezos y, en algunos casos, los sueños. Tal vez ello alimentase dudas en ciertos observadores, pero no tuvo ningún efecto atenuante en las convicciones de quienes eran responsables de la pena de muerte para Donté. Tras años de ver las cosas con anteojeras, y habiendo tanto en juego, albergaban la absoluta seguridad de que habían pillado al asesino. Habían echado demasiada carne en el asador para poner en duda sus propios actos y teorías. El fiscal del distrito era un tal Paul Koffee, duro fiscal de carrera que llevaba más de veinte años siendo elegido y reelegido sin ninguna oposición seria. Se trataba de un ex marine a quien le gustaba luchar, y que solía vencer. Su alto índice de condenas estaba expuesto en su página web, y en época de elecciones lo pregonaban a los cuatro vientos anuncios chillones por correo directo. Pocas veces manifestaba la menor compasión por el acusado. Como suele ocurrir con la rutina de los fiscales de distrito de localidades pequeñas, el único alivio en la monótona persecución de adictos a la metanfetamina y de ladrones de coches era un asesinato o una violación impactante, o ambas cosas a la vez. Para gran —aunque bien disimulada— contrariedad del propio Koffee, en toda su carrera solo había sido fiscal en dos asesinatos acreedores a la pena de muerte, tibio historial para Texas. El primero, y más famoso, era el de Nicole Yarber. Tres años después, en 2002, conseguía más fácilmente otra condena a muerte en el caso de un negocio de drogas malogrado que había dejado sembrada de cadáveres una carretera rural.

Y de ahí no pasaría. Abandonaba el cargo por culpa de un escándalo. Había prometido a los votantes que dentro de dos años no aspiraría a la

reelección. Su mujer, con quien llevaba veintidós años casado, lo había dejado de la noche a la mañana, armando un gran revuelo. La ejecución de Drumm sería su último momento de gloria.

Su secuaz era Drew Kerber, quien, tras su ejemplar labor en el caso Drumm, había sido ascendido a detective jefe de la policía de Slone, cargo que seguía orgulloso de ostentar. Rondaba los cuarenta y seis años, diez menos que el fiscal, y aunque a menudo trabajaban codo con codo, se movían en círculos sociales diferentes. Kerber era poli, y Koffee, letrado. Slone, como la mayoría de las ciudades pequeñas del Sur, tenía las fronteras bien delimitadas.

Ambos, cada uno por su lado, le habían prometido a Donté Drumm que asistirían al momento del «pinchazo». El primero en hacerlo fue Kerber, durante el brutal interrogatorio del que salió la confesión. Cuando no clavaba el dedo en el pecho del joven, y no le lanzaba todos los insultos imaginables, le prometía una y otra vez que le esperaba la inyección, y que él, el detective Kerber, lo presenciaría.

En el caso de Koffee, la conversación fue mucho más breve. Durante una pausa en el juicio, en ausencia de Robbie Flak, Koffee organizó un encuentro rápido y secreto con Donté Drumm justo a la salida del juzgado, bajo una escalera. Le propuso un trato: declárate culpable y vivirás, sin libertad condicional; de lo contrario, morirás. Donté lo rechazó. Al oírle reiterar su inocencia, Koffee lo insultó y le aseguró que lo vería morir. Al cabo de un momento, ante el ataque verbal de Flak, negó el encuentro.

Hacía nueve años que ambos convivían con el caso Yarber, y se habían visto a menudo en la necesidad, por diversos motivos, de «ir a ver a Reeva». No siempre era una visita agradable, que les apeteciera hacer, pero Reeva era una pieza de tal importancia en el caso que no se podía descuidar de ningún modo.

Reeva Pike era la madre de Nicole, una mujer recia y sin pelos en la lengua cuyo entusiasmo al aceptar el papel de víctima rayaba con frecuencia en lo ridículo. Su implicación en el caso era larga, pintoresca y a menudo polémica. Ahora que la historia entraba en su último acto, en Slone muchos se preguntaban qué sería de ella cuando terminase.

Reeva se había pasado dos semanas dando la lata a Kerber y a la policía, mientras ellos buscaban frenéticamente a Nicole. Había llorado ante las cámaras, y amonestado en público a todos los cargos electos —desde el concejal de su barrio hasta el gobernador— por no haber encontrado a su hija. Tras la detención y supuesta confesión de Donté Drumm, se sometió gustosamente a largas entrevistas en las que no mostraba comprensión alguna con la presunción de inocencia, y en las que exigía cuanto antes la pena de muerte. Sus años de experiencia como profesora de la Biblia para mujeres en la Primera Iglesia Baptista le permitían blandir las escrituras y predicar como si tal cosa sobre la aquiescencia divina al castigo amparado por el estado. Su insistencia en referirse a Donté como «el chico ese» encrespaba a los negros de Slone. También le tenía reservados otros nombres, entre los que sentía

predilección por «monstruo» y «asesino a sangre fría». Durante el juicio estuvo sentada junto a su marido, Wallis, y a sus dos hijos, en primera fila, justo detrás de la acusación, estrechamente rodeada por otros parientes y amigos. Nunca andaban lejos dos agentes armados, que separaban a Reeva y su clan de la familia y los partidarios de Donté Drumm. Durante los descansos circulaban palabras tensas. En cualquier momento podría haber brotado la violencia. Cuando el jurado anunció la condena a muerte, Reeva se levantó de un salto.

—¡Alabado sea Dios! —dijo.

El juez la reconvino de inmediato, amenazándola con la expulsión. Cuando se llevaron esposado a Donté, Reeva ya no pudo contenerse.

—¡Tú has matado a mi nenita! —gritó—. ¡Te veré exhalar el último aliento!

Al cumplirse el primer año de la desaparición de Nicole (y cabía suponer que de su muerte), Reeva organizó una rebuscada vigilia en Rush Point, a orillas del Red River, cerca del banco de arena donde habían encontrado el carnet del gimnasio y el de estudiante. Alguien hizo una cruz blanca y la clavó en el suelo. En torno a ella se dispusieron flores y grandes fotos de Nikki. El predicador ofició una ceremonia en su recuerdo, y dio gracias a Dios por «el veredicto justo y veraz» del jurado. Se encendieron velas, se entonaron himnos y se rezaron oraciones. La vigilia se convirtió en un acto anual, siempre en la misma fecha; un acto al que Reeva siempre asistía, frecuentemente con un equipo de reporteros a su zaga.

Ingresó en un grupo de víctimas, y en poco tiempo ya iba a conferencias e impartía charlas. Compiló una larga lista de quejas contra el sistema judicial, empezando por sus «retrasos interminables y dolorosos», y se volvió toda una experta en contentar a multitudes con sus nuevas teorías. Escribió a Robbie Flak cartas feroces, y hasta intentó escribir a Donté Drumm.

Reeva creó una web, WeMissYouNikki.com, y la llenó con mil fotos de la joven. Llevaba infatigable un blog sobre su hija y el proceso, que a menudo la tenía toda la noche ante el teclado. Robbie Flak la amenazó por dos veces con denunciarla por los textos difamatorios que publicaba, aunque era consciente de que lo mejor era dejarla en paz. Reeva acosaba a los amigos de Nikki para que colgasen sus anécdotas y recuerdos favoritos, y guardaba rencor a los que perdían interés por el asunto.

Su conducta podía ser estrambótica. Cada cierto tiempo protagonizaba viajes en coche río abajo, en busca de su hija. Se la veía con frecuencia mirando el agua desde un puente, perdida en otro mundo. El Red River atraviesa Shreveport, Luisiana, a doscientos kilómetros al sudeste de Slone. Lo de Reeva con Shreveport fue una fijación. Encontró un hotel céntrico con vistas al río, que se convirtió en su refugio. Pasó en él muchos días y muchas noches, paseándose por la ciudad y merodeando por centros comerciales, cines y cualquier otro sitio donde les gustase reunirse a los adolescentes. Sabía que aquello era irracional. Sabía que

era inconcebible que Nikki pudiera haber sobrevivido y se escondiese de ella, pero a pesar de los pesares seguía yendo en coche a Shreveport y fijándose en las caras de las chicas. No podía renunciar a ello. Algo tenía que hacer.

Acudió varias veces a otros estados donde hubieran desaparecido adolescentes. Era la experta, la que tenía una experiencia que comunicar. Su lema, con el que se esforzaba por consolar y serenar a las familias, era «Puedes sobrevivir», aunque en su ciudad muchos se preguntaban hasta qué punto estaba sobreviviendo ella.

Ahora que había empezado la cuenta atrás, andaba loca con los detalles de la ejecución. Los reporteros habían vuelto, y ella tenía mucho que decir. Tras nueve largos años de amargura, por fin tenía la justicia a su alcance.

El lunes al caer la tarde, Paul Koffee y Drew Kerber decidieron que era el momento de ir a ver a Reeva.

Los recibió en la puerta con una sonrisa, e incluso con rápidos abrazos. Koffee y Kerber nunca sabían con qué Reeva se iban a encontrar. Podía ser encantadora o terrorífica. Sin embargo, con la muerte de Donté tan cerca, estuvo educada y vehemente. Atravesando la acogedora casa suburbana de dos plantas, llegaron a una sala grande, un anexo detrás del garaje que con el paso de los años se había convertido en el centro de operaciones de Reeva. Una mitad era un despacho, con archivadores, y la otra, un santuario en honor de su hija. Había grandes ampliaciones enmarcadas en color, retratos hechos póstumamente por admiradores, trofeos, cintas, placas y un premio del concurso científico de octavo curso. Las vitrinas permitían seguir casi toda la vida de Nikki.

Wallis, el segundo marido de Reeva y padrastro de Nicole, no estaba en casa. Con los años se le veía cada vez menos, y corría el rumor de que le estaba resultando muy difícil soportar el duelo y los lamentos constantes de su esposa. Se sentaron en torno a una mesa de centro, donde Reeva les sirvió té helado. Tras un intercambio de cumplidos, salió el tema de la ejecución.

—En la sala de testigos hay cinco plazas —dijo Koffee—. ¿Para quién serán?

—Para Wallis y para mí, claro. Chad y Marie aún no se han decidido, pero es probable que vengan. —Reeva nombró al hermanastro y la hermanastra de Nicole como si no se decidieran a ir a un partido—. La última plaza probablemente sea para el hermano Ronnie. No tiene ganas de ver una ejecución, pero siente la necesidad de acompañarnos.

El hermano Ronnie era el pastor de la Primera Iglesia Baptista. Llevaba unos tres años en Slone, y obviamente no había conocido a Nicole, pero estaba convencido de la culpabilidad de Drumm, y temía disgustar a Reeva.

Hablaron durante unos minutos sobre el protocolo del corredor de la muerte y las normas sobre testigos, horarios y demás.

—Reeva, ¿podríamos hablar sobre mañana? —preguntó Koffee.

—Pues claro.

—¿Aún vas a hacer lo de Fordyce?

—Sí. Ya está en la ciudad. Rodaremos aquí mismo, a las diez de la mañana. ¿Por qué lo preguntas?

—No tengo claro que sea buena idea —dijo Koffee.

Kerber asintió, mostrándose de acuerdo.

—Ah, ya. ¿Y por qué no?

—Es que es un personaje tan incendiario, Reeva... Nos preocupan mucho las reacciones del jueves por la noche. Ya sabes lo disgustados que están los negros.

—Puede haber problemas, Reeva —añadió Kerber.

—Si los negros dan problemas, detenedlos —dijo ella.

—Es justo el tipo de situación al que le gusta lanzarse Fordyce. Es un agitador, Reeva. Lo que quiere es armar follón, para poder estar en el centro. Así suben los índices de audiencia.

—Es lo único que le importa —añadió Kerber.

—Vaya, vaya... Qué nerviosos os veo —los regañó ella.

Sean Fordyce era el presentador de un programa de Nueva York que se había hecho un hueco en la televisión por cable dando una visión sensacionalista de los asesinatos. No tenía complejos en teñirlo todo con un sesgo de derechas, siempre a favor de la última ejecución, o del derecho a llevar armas, o de la detención de inmigrantes ilegales (grupo al que le encantaba atacar por ser objetivos mucho más fáciles que otros de piel oscura). No era un formato muy original, pero Fordyce había encontrado una mina de oro al empezar a filmar el momento en que las familias de las víctimas se preparaban para presenciar las ejecuciones. Se había hecho famoso por una proeza de su equipo: esconder una cámara minúscula en la montura de las gafas del padre de un niño asesinado en Alabama. Era la primera vez que el mundo veía una ejecución, y el dueño de la filmación era Sean Fordyce, que la reprodujo sin descanso, comentando a cada proyección lo sencilla, plácida e indolora que era, demasiado fácil para un asesino tan violento.

Fue encausado en Alabama, previa denuncia por parte de la familia del muerto, y amenazado de muerte y con la censura, pero sobrevivió, y la denuncia quedó en agua de borrajas: no pudieron concretar cuál era su delito. Finalmente, la demanda fue desestimada. Tres años después de aquella maniobra, no solo seguía en pie, sino que estaba en lo más alto del basurero de la televisión por cable. En esos momentos se encontraba en Slone, preparándose para un nuevo episodio. Se rumoreaba que había pagado cincuenta mil dólares a Reeva por la exclusiva.

—Piénsalo, Reeva, por favor —dijo Koffee.

—No, Paul, la respuesta es que no. Lo hago por Nicole, por mi familia y por el resto de las víctimas. Es necesario que el mundo vea lo que nos ha hecho ese monstruo.

—¿Qué se gana con ello? —preguntó Koffee.

Tanto él como Kerber habían ignorado las llamadas telefónicas del equipo de producción de Fordyce.

—Tal vez se puedan cambiar las leyes.

—Pero si en este caso ya funcionan, Reeva. De acuerdo, ha tardado más de lo que queríamos, pero desde un punto de vista general nueve años no está mal.

—Paul, por Dios, parece mentira que digas estas cosas. Tú no has vivido la misma pesadilla que nosotros durante los últimos nueve años.

—No, es verdad, ni pretendo entender lo que has pasado, pero la pesadilla no se acabará el jueves por la noche.

Eso seguro, al menos en lo que de Reeva dependía.

—No sabes de qué hablas, Paul. Estoy alucinada. La respuesta es que no. No, no y no. Iré a la entrevista, y emitirán el programa. Todo el mundo se va a enterar de lo que pasa.

Como no esperaban tener éxito, no se llevaron ninguna sorpresa. Cuando Reeva Pike tomaba una decisión, era irrevocable. Cambiaron de postura.

—Como quieras —dijo Koffee—. ¿Os sentís seguros, tú y Wallis?

Reeva sonrió, y casi se le escapó la risa.

—Pues claro, Paul. Tenemos la casa llena de armas, y los vecinos están pendientes de todo. Cada vez que entra un coche en esta calle, lo vigilan con miras de escopetas. No esperamos tener problemas.

—Hoy han llamado varias veces a la comisaría —comentó Kerber—. Los anónimos de siempre: amenazas vagas sobre tal y cual cosa si ejecutan al chico.

—Seguro que sabréis resolverlo —replicó Reeva, sin la menor inquietud.

Tras librar su propia guerra sin cuartel, ya no se acordaba de lo que era tener miedo.

—Creo que deberíamos tener un coche patrulla aparcado en la calle durante el resto de la semana —dijo Kerber.

—Tú haz lo que quieras; a mí me da igual. Aunque los negros se alboroten, hasta aquí no llegarán. ¿No suelen quemar primero sus propias casas?

Los dos hombres se encogieron de hombros. No tenían experiencia en disturbios. En cuanto a relaciones raciales, el pasado de Slone era de lo

más anodino. Lo poco que sabían lo habían aprendido viendo las noticias por la tele. En efecto, parecía que los disturbios se limitaban a los guetos.

Tras unos minutos conversando sobre el tema, llegó el momento de irse. Se dieron otro abrazo en la puerta de la casa, y prometieron verse tras la ejecución. ¡Qué gran momento! El final del suplicio. Por fin se haría justicia.

Robbie Flak aparcó en la acera de la casa de los Drumm y se preparó para otra entrevista.

—¿Cuántas veces has venido? —le preguntó su acompañante.

—No lo sé. Muchísimas.

Robbie abrió la puerta y bajó. Ella hizo lo mismo.

Se llamaba Martha Handler, y era periodista de investigación por cuenta propia; no trabajaba para nadie, aunque de vez en cuando cobraba de revistas importantes. Su primera visita a Slone se remontaba a dos años atrás, al estallido del escándalo Paul Koffee, momento en el que había empezado su fascinación por el caso Drumm. Ella y Robbie habían pasado muchas horas juntos, profesionalmente, y solo el compromiso de Robbie con su actual compañera, una mujer veinte años menor que él, había impedido que la situación derivase a mayores. Martha, que ya no creía en el compromiso, daba señales contradictorias respecto a si tenía abierta la puerta o no. Había tensión sexual entre los dos, como si ambos resistieran el impulso de decir que sí. De momento lo lograban.

Al principio Martha decía escribir un libro sobre el caso Drumm. Más tarde era un artículo largo jara *Vanity Fair,* y luego para el *New Yorker.* Acto seguido fue el guión de una película que produciría en Los Ángeles uno de sus ex maridos. A juicio de Robbie era una escritora pasable, con muy buena memoria para los datos, pero un desastre en cuanto a organización y planificación. Independientemente del producto final,

Robbie tenía poder absoluto de veto, y si el proyecto de Martha llegaba a traducirse en dinero, una parte sería para Robbie y la familia Drumm. Ahora, tras dos años con ella, ya no esperaba ningún tipo de compensación. De todos modos, le caía bien. De humor malévolo, irreverente, Martha estaba totalmente entregada a la causa, y sentía un odio feroz hacia casi todas las personas que conocía en Texas. Por si fuera poco, le daba al bourbon como una cosaca, y jugaba al póquer hasta mucho después de medianoche.

El pequeño salón estaba lleno de gente, con Roberta Drumm en el sitio de siempre, el taburete del piano. Junto a la puerta de la cocina estaban dos de sus hermanos. Su hijo Cedric, el hermano mayor de Donté, acunaba a un bebé dormido en el sofá. Andrea, la hermana pequeña, ocupaba una silla, y el reverendo Canty, el pastor de Roberta, la otra. Robbie y Martha se sentaron muy juntos, en sillas precarias y frágiles traídas de la cocina. Martha había estado varias veces en la casa, y hasta le había hecho la comida a Roberta cuando tenía gripe.

Tras los saludos, abrazos y café instantáneo de siempre, Robbie empezó a hablar.

—Hoy no ha pasado nada, lo cual es una buena noticia. Mañana a primera hora se hará pública la decisión de la comisión de libertad condicional. No se reúnen; solo se van pasando el caso, y todos votan. No esperamos que aconsejen clemencia. Casi nunca lo hacen. Lo que esperamos es una negativa, que recurriremos ante el gobernador, pidiendo la suspensión. El gobernador tiene potestad para suspender la pena durante treinta días. No es muy probable que nos lo concedan, pero hay que rezar por un milagro.

Robbie Flak no rezaba mucho, pero dominaba la jerga de una zona tan acérrima defensora de su fe como era el este de Texas. Además, estaba en una sala llena de gente que se pasaba las veinticuatro horas del día rezando, con la única excepción de Martha Handler.

—La parte positiva es que hoy nos hemos puesto en contacto con Joey Gamble. Lo hemos encontrado en las afueras de Houston, en un sitio que se llama Mission Bend. Nuestro investigador ha comido con él, le ha planteado la verdad, le ha recalcado la urgencia de la situación, y todo lo demás. Gamble sigue el caso, y es consciente de lo que está en juego. Lo hemos invitado a firmar una declaración en la que se retracte de las mentiras que dijo en el juicio, pero se ha negado. De todos modos, no nos rendimos. No ha sido terminante. Parecía vacilar, y sentirse preocupado por la situación de Donté.

—¿Y si firma la declaración y dice la verdad? —preguntó Cedric.

—Pues de repente tendríamos algo de munición, una o dos balas, algo que presentar ante los tribunales para hacer un poco de ruido. El problema es que cuando los mentirosos empiezan a retractarse de sus testimonios a todo el mundo le da por sospechar, sobre todo a los jueces que dirimen los recursos. ¿Dónde está el límite de las mentiras? ¿Cuándo miente, ahora o antes? La verdad es que está difícil, pero ahora mismo todo está difícil.

Robbie siempre había sido franco, sobre todo en su trato con las familias de los acusados por delitos graves. En aquella fase del caso de Donté, parecía absurdo albergar esperanzas.

Roberta se quedó estoicamente sentada, con las manos debajo de las piernas. Tenía cincuenta y seis años, pero aparentaba muchos más. Desde que su marido, Riley, había muerto, hacía cinco años, ya no se teñía el pelo, y había dejado de comer. Estaba gris, demacrada, y hablaba muy poco; claro que siempre había sido parca. El gran hablador, el bocazas, el lanzado, era Riley; a Roberta le quedaba el papel de suavizar las cosas a espaldas de su marido, poner parches en las desavenencias que creaba. Desde hacía unos días aceptaba lentamente la realidad, que parecía superarla. Ni ella, ni Riley, ni ningún miembro de la familia habían puesto en duda alguna vez la inocencia de Donté. En sus tiempos, el muchacho había intentado lesionar a algún jugador, y en caso de necesidad sabía defenderse muy bien en el patio o en la calle, pero en el fondo era un

bonachón, un chico sensible, incapaz de hacer daño a una persona inocente.

—Mañana iremos Martha y yo a Polunsky, para ver a Donté —dijo Robbie—. Si tenéis alguna carta, se la puedo llevar.

—Yo a las diez de la mañana estoy citado con el alcalde —anunció el reverendo Canty—. Habrá varios pastores más. La intención es transmitirle nuestra inquietud por lo que pueda pasar en Slone si ejecutan a Donté.

—La cosa se pondrá fea —dijo un tipo.

—Ni lo dudes —añadió Cedric—. Por aquí la gente está que trina.

—La ejecución sigue programada para el jueves a las seis de la tarde, ¿no? —preguntó Andrea.

—Sí —confirmó Robbie.

—¿Y cuándo estaremos seguros de que la cumplirán? —preguntó ella.

—Normalmente no se sabe hasta el último momento, más que nada porque los abogados apuran al máximo todas las posibilidades.

Andrea miró a Cedric, nerviosa.

—Pues mira, Robbie —dijo—, que sepas que en esta parte de la ciudad hay mucha gente que piensa salir a la calle en cuanto eso ocurra. Habrá problemas, y yo lo entiendo; pero una vez que empiece, podría descontrolarse.

—Más vale que la ciudad vaya con cuidado —dijo Cedric.

—Es lo que le diremos al alcalde —intervino Canty—. Más le vale hacer algo.

—Lo único que puede hacer es reaccionar —dijo Robbie—. El no tiene nada que ver con la ejecución.

—¿No puede hablar por teléfono con el gobernador?

—Sí, claro, pero no deis por supuesto que el alcalde esté en contra de la ejecución. Si habla con el gobernador, lo más probable es que le presione para que no suspenda la condena. El alcalde es un texano de la vieja escuela. Le encanta la pena de muerte.

Nadie en la sala tenía gran cariño al alcalde, ni al gobernador, dicho fuera de paso. Robbie cambió de tema, para no seguir hablando de posibles brotes de violencia. Tenían detalles importantes que tratar.

—Según el reglamento de la Dirección General de Prisiones, la última visita de la familia será el jueves a las ocho de la mañana, en la Unidad Polunsky, antes de que trasladen a Donté a Huntsville —siguió explicando —. Ya sé lo impacientes que estáis por verlo, y él también se muere de ganas, pero al llegar no os sorprendáis, porque será una visita normal. Habrá una lámina de plexiglás entre él y vosotros, y hablaréis por teléfono. Es ridículo, pero bueno, estamos en Texas.

—¿Ni abrazos ni besos? —dijo Andrea.

—No. Son las normas.

Roberta empezó a llorar, con lagrimones y sollozos sofocados.

—No puedo coger a mi niño —se lamentó.

Uno de los hermanos le dio un kleenex, y unas palmadas en el hombro. Roberta tardó aproximadamente un minuto en recuperar la compostura.

—Lo siento.

—No lo sientas, Roberta —dijo Robbie—. Eres madre, y están a punto de ejecutar a tu hijo por algo que no hizo. Tienes derecho a llorar. Yo estaría llorando a grito pelado, y pegando tiros. Aún no lo descarto.

—¿Y en lo que es la ejecución en sí? —preguntó Andrea—. ¿Quién puede estar?

—La sala de testigos está dividida por una pared, para separar a la familia de la víctima de la del recluso. Todos los testigos están de pie. No hay asientos. A ellos les tocan cinco plazas, y a vosotros otras cinco. El resto es para los abogados, los funcionarios de la cárcel, la prensa y algunas personas más. Yo estaré presente. Roberta, ya sé que piensas ser testigo, pero Donté se niega rotundamente a que vayas. Tu nombre está en la lista, pero él no quiere que lo veas.

—Lo siento, Robbie —dijo ella, sonándose—. Ya lo hemos hablado. Estuve cuando nació, y estaré cuando muera. Aunque no lo sepa, me necesitará. Seré testigo.

Robbie no pensaba discutir. Prometió volver el día siguiente por la tarde.

Capítulo 7

Mucho después de acostar a los niños, Keith y Dana Schroeder estaban en la cocina de la modesta casa parroquial del centro de Topeka, propiedad de la iglesia. Se habían sentado frente a frente, con sendos portátiles, libretas y cafés descafeinados. La mesa estaba llena de materiales de la web, impresos en el despacho del pastor. Habían cenado algo rápido (macarrones con queso), porque los niños tenían deberes y los padres estaban ocupados.

Al consultar fuentes en la red, Dana no había podido corroborar la afirmación de Boyette de que en enero de 1999 lo hubieran detenido y encarcelado en Slone. Los registros judiciales antiguos de la ciudad no estaban disponibles. Según el directorio del Colegio de Abogados, en Slone había ciento treinta y un letrados. Eligió diez al azar y los llamó por teléfono, diciendo que trabajaba en la comisión de libertad condicional de Kansas, y que estaba consultando los antecedentes de un tal Travis Boyette. ¿Ha representado usted alguna vez a alguien que respondiera a ese nombre? No. Pues disculpe la molestia. No tenía tiempo de llamar uno por uno a todos los abogados, ni le veía el sentido. Decidió que el día siguiente, que era martes, llamaría a primera hora al secretario judicial del ayuntamiento.

Después de haber tenido en sus manos el anillo de graduación de Nicole, Keith albergaba pocas dudas de que Boyette dijera la verdad. ¿Y si le habían robado el anillo antes de su desaparición?, preguntó Dana. ¿Y si lo sacaba de una casa de empeños? ¿Y si...? Era poco probable que Boyette se comprase un anillo así en una casa de empeños, ¿no? Se pasaron horas así, poniendo en duda mutuamente sus ideas.

Gran parte del material esparcido por la mesa procedía de dos webs, WeMissYouNikki.com y FreeDonteDrumm.com. La de Donté la administraba el bufete de Robbie Flak, y era mucho más completa, activa y profesional; la web de Nikki la llevaba su madre. Ninguna de las dos hacía el menor esfuerzo por ser neutral.

Entrando en la de Donté, y abriendo la pestaña «Historial judicial», Keith bajó con el ratón hasta el meollo de la tesis de la acusación: «La confesión». El texto empezaba explicando que se basaba en dos versiones muy distintas de lo ocurrido. El interrogatorio, que se produjo en un intervalo de quince horas y doce minutos, sufrió pocas interrupciones. A Donté le dieron permiso para ir tres veces al baño y lo acompañaron dos veces por el pasillo hasta otra sala, para la prueba del polígrafo. Por lo demás, no salió de la habitación, llamada por el personal «sala del coro».

A los policías les gustaba decir que tarde o temprano los sospechosos empezaban a cantar.

La primera versión se basaba en el informe oficial de la policía, compuesto por notas tomadas a lo largo del interrogatorio por el detective Jim Morrissey. Por espacio de tres horas, mientras Morrissey dormía en un camastro del vestuario, las notas habían corrido a cargo del detective Nick Needham. Estaban escritas a máquina en un pulcro informe de catorce páginas, que según declaración jurada de los detectives Kerber, Morrissey y Needham respondía estrictamente a la verdad. El informe no contenía una sola palabra que indicara el uso de amenazas, mentiras, promesas, trucos, intimidación, agresión física o violación de los derechos constitucionales. Es más: todo ello fue reiteradamente negado por los detectives ante el tribunal.

La segunda versión ofrecía un contraste muy marcado con la primera. El día después de que lo detuvieran, estando a solas en una celda de la cárcel, acusado de secuestro, violación con circunstancias agravantes y asesinato, mientras se recuperaba lentamente del trauma psicológico del interrogatorio, Donté se retractó de su confesión y explicó lo sucedido a su abogado, Robbie Flak. Fue este último quien le pidió que escribiera su propia versión del interrogatorio. Dos días después, una vez terminado el texto, lo pasó a máquina una de las secretarias del señor Flak. La versión de Donté tenía cuarenta y tres páginas.

He aquí un resumen de las dos versiones, con algunos análisis intercalados.

LA CONFESIÓN

El 22 de diciembre de 1998, dieciocho días después de la desaparición de Nicole Yarber, los detectives Drew Kerber y Jim Morrissey, de la policía de Slone, fueron en coche al South Side Health Club en busca de Donté. Es un club que frecuentan los deportistas más profesionales de la zona, y en el que se ejercitaba casi cada tarde Donté, al salir del instituto. Hacía pesas y rehabilitación de tobillo. Se encontraba en una forma física estupenda, y pensaba matricularse el verano siguiente en la Universidad Estatal Sam Houston, como paso previo a pedir plaza de jugador no becado en su equipo de fútbol americano.

Más o menos a las cinco de la tarde, cuando salía del club sin compañía, se acercaron a él Kerber y Morrissey, y después de presentarse de manera amistosa le preguntaron si podía hablar con ellos sobre Nicole Yarber. Donté contestó afirmativamente. Entonces Kerber propuso que se vieran en la comisaría, para poder estar más cómodos y relajados. Donté se puso un poco nervioso, pero tenía ganas de cooperar al máximo. Conocía a Nicole (en cuya búsqueda había colaborado), aunque no supiera nada de su desaparición, y pensó que el encuentro en comisaría solo duraría unos minutos. Fue por su propia cuenta, en la vieja camioneta Ford verde de la familia, y aparcó en una plaza de visitante. Al entrar en la comisaría no tenía la menor sospecha de que serían sus últimos pasos como hombre libre. Tenía dieciocho años y nunca se había metido en ningún lío de importancia, ni lo habían sometido a un interrogatorio largo de la policía.

Se registró en el mostrador. Después le quitaron el móvil, la cartera y las llaves del coche, y las guardaron bajo llave en un cajón «por motivos de seguridad».

Los detectives lo llevaron a una sala de interrogatorios del sótano del edificio. Había otros policías. Uno de ellos, negro, uniformado, reconoció a Donté e hizo un comentario sobre fútbol. Una vez dentro de la sala, Morrissey le preguntó si quería beber algo y Donté dijo que no. En el centro había una mesita rectangular. Donté se sentó a un lado, y los dos detectives al otro. Era una sala bien iluminada, sin ventanas. En un rincón había un trípode con una cámara de vídeo, pero a Donté no le pareció que estuviera enfocada hacia él, ni encendida.

Morrissey sacó un papel y explicó que Donté tenía que entender sus derechos según la ley Miranda. Donté preguntó si era testigo o sospechoso. El detective le explicó que, según la normativa, había que informar de sus derechos a todos los interrogados. Era una simple formalidad sin importancia.

Donté empezó a sentirse violento. Había leído la hoja palabra por palabra, y como no tenía nada que esconder, la firmó, renunciando así a su derecho a guardar silencio y también al de disponer de un abogado. Fue una decisión funesta, trágica.

Quienes más probabilidades tienen de renunciar a sus derechos durante un interrogatorio son los inocentes; al saber que lo son, tienen ganas de cooperar con la policía para demostrar su inocencia. Los sospechosos culpables son más propensos a no cooperar. Los delincuentes curtidos se burlan de la policía, y se cierran en banda.

Morrissey tomó notas, empezando por la hora en la que entró en la sala el «sospechoso»: las 17.25.

Quien habló fue casi siempre Kerber. La conversación empezó con un largo resumen de la temporada de fútbol americano: victorias, derrotas, lo que había fallado en las finales, el cambio de entrenador que tantos rumores alimentaba... Kerber parecía sinceramente interesado por el futuro de Donté, y le deseó que se le curase el tobillo para que pudiera jugar en la universidad. Donté se mostró convencido de que así sería.

Kerber mostró un interés muy especial por el programa de pesas que seguía Donté. Le hizo preguntas concretas sobre cuánto levantaba en las modalidades de fuerza en banco, *curl,* sentadillas y peso muerto.

Abundaron las preguntas sobre él y su familia, sus notas en el instituto, su experiencia laboral y su fugaz encontronazo con la ley a los dieciséis años, por lo de la marihuana. Finalmente, cuando parecía haber transcurrido una hora, salió el tema de Nicole, y el tono cambió. Ya no sonreían. Las preguntas se volvieron más incisivas. ¿Desde cuándo la conocía? ¿Cuántos cursos llevaban juntos? ¿Amigos en común? ¿Con quién salía él? ¿Quiénes eran sus novias? ¿Con quién salía ella? ¿Donté había salido alguna vez con Nicole? No. ¿Lo había intentado? No. ¿Había querido? Había querido salir con muchas chicas. ¿Chicas blancas? Sí, claro; querido sí, pero salido no. ¿No había salido con ninguna blanca? No. Se rumorea que tú y Nicole os veíais, intentando que no se enterara nadie. Qué va. Nunca habíamos quedado en privado. Nunca la toqué. Pero ¿reconoces que querías salir con ella? Yo he dicho que quería salir con

muchas chicas, blancas y negras, y hasta con un par de hispanas. ¿O sea que te gustan todas las chicas? Sí, muchas, pero no todas.

Kerber preguntó a Donté si había participado en alguna de las búsquedas de Nicole. Sí, Donté y toda la clase de último curso se habían pasado horas buscándola.

Hablaron de Joey Gamble, y de algunos de los otros chicos con quienes Nicole había salido en el instituto. Kerber repitió varias veces la pregunta de si Donté había salido con ella, o si quedaban a escondidas. Más que preguntas, parecían acusaciones, y Donté empezó a preocuparse.

Roberta Drumm servía la cena cada noche a las siete, y si por alguna razón Donté no estaba, esperaban que llamase. A las siete en punto, Donté preguntó a los detectives si podía irse. Solo unas cuantas preguntas más, dijo Kerber. Entonces pidió permiso para llamar a su madre. No, dentro de la comisaría estaban prohibidos los teléfonos móviles.

Finalmente, tras dos horas en la sala, Kerber soltó una bomba. Informó a Donté de que tenían un testigo dispuesto a declarar que Nicole había contado a sus amigas íntimas que Donté y ella salían juntos, y tenían relaciones sexuales con frecuencia, pero no podía hablar porque era imposible que a sus padres les pareciera bien. Su padre rico de Dallas le retiraría su ayuda y la desheredaría. En su iglesia la mirarían con desprecio, y todas esas cosas.

El testigo en cuestión no existía, pero a la policía se le permite mentir todo lo que quiera durante los interrogatorios.

Donté negó rotundamente cualquier relación con Nicole.

El mismo testigo —siguió Kerber con su relato— les había explicado que Nicole estaba cada vez más preocupada por la relación. Ella quería cortar, pero él, Donté, se negaba a dejarla en paz. Nicole pensaba que la estaba siguiendo. Creía que Donté se había obsesionado con ella.

Donté lo negó todo con vehemencia, y exigió conocer la identidad del testigo, pero Kerber dijo que era confidencial. Su testigo miente, repitió una y otra vez Donté.

Como en todos los interrogatorios, los detectives sabían en qué dirección iban las preguntas, pero no Donté. Kerber cambió bruscamente de tema y lo acribilló a preguntas sobre la camioneta Ford verde, la frecuencia con que la conducía, dónde, etcétera. Hacía años que era de la familia. Los hijos de los Drumm la compartían.

Kerber preguntó con qué frecuencia la cogía Donté para ir al instituto, al gimnasio, al centro comercial y a una serie de lugares frecuentados por los alumnos de secundaria. ¿Había ido con ella al centro comercial el 4 de diciembre por la noche, el viernes en que desapareció Nicole?

No. La noche de la desaparición de Nicole, Donté estaba en casa con su hermana pequeña. Sus padres se habían ido el fin de semana a Dallas, para una reunión de la iglesia. Donté hacía de canguro. Habían cenado pizza y habían mirado algún programa en el cuarto de la tele, cosa que su madre no solía permitirles. Sí, la camioneta verde estaba aparcada en el camino de entrada. Sus padres se habían ido a Dallas con el Buick de la familia. Los vecinos declararon que la camioneta verde estaba donde decía Donté. Nadie la vio alejarse aquella noche. Su hermana declaró que Donté había estado con ella toda la noche, sin ausentarse en ningún momento.

Kerber informó al sospechoso de que tenían un testigo que decía haber visto una camioneta Ford verde en el aparcamiento del centro comercial sobre la hora en que Nicole había desaparecido. Donté dijo que probablemente en Slone hubiera más de una, y empezó a preguntar a los detectives si era sospechoso. ¿Creen que a Nicole la rapté yo?, preguntaba una y otra vez. Cuando quedó de manifiesto que sí lo creían, se puso extremadamente nervioso. La idea de que sospechasen de él también le daba miedo.

Hacia las nueve de la noche, Roberta Drumm se preocupó. Donté casi nunca faltaba a la cena, y solía llevar su móvil en el bolsillo. Al llamarlo, saltó directamente el contestador. Empezó a telefonear a sus amigos, pero nadie estaba al corriente del paradero de su hijo.

Kerber preguntó a Donté sin rodeos si había matado a Nicole y se había desprendido del cadáver. Donté lo negó, enfadado. Negó cualquier relación con el crimen. Kerber dijo que no lo creía. La conversación entre los dos se hizo tensa, y el lenguaje se deterioró: acusaciones, negativas, acusaciones, negativas... A las diez menos cuarto, Kerber echó la silla hacia atrás y salió echando pestes de la sala. Morrissey dejó el bolígrafo y pidió disculpas por la actitud de Kerber. Dijo que estaba muy estresado, porque era el detective principal, y todos querían saber qué le había pasado a Nicole. Aún existía la posibilidad de que estuviera viva. Además, Kerber era un exaltado con ramalazos autoritarios.

Era el típico número del poli bueno y el poli malo. Donté sabía con exactitud lo que estaba pasando, pero ya que Morrissey era educado, conversó con él. No hablaron sobre el caso. Donté pidió un refresco y algo de comer. Morrissey salió a buscarlo.

Donté tenía un buen amigo que se llamaba Torrey Pickett. Jugaban juntos al fútbol americano desde séptimo curso, pero Torrey había tenido problemas con la justicia el verano antes de empezar el tercer curso de instituto. Pillado en una trampa contra el tráfico de crack, lo habían expulsado del colegio. No había acabado los estudios, y en aquel momento trabajaba en una tienda de alimentación de Slone. La policía sabía que Torrey salía a las diez de la noche todos los días laborables, cuando cerraba la tienda. Lo esperaban dos agentes de uniforme, que le preguntaron si estaba dispuesto a seguirlos voluntariamente a la comisaría para contestar a algunas preguntas sobre el caso de Nicole Yarber. Torrey vaciló, lo cual hizo sospechar a la policía. Le dijeron que su amigo Donté ya estaba allí, y que necesitaba su ayuda. Torrey decidió ir a verlo por sí mismo. Fue en el asiento trasero de un coche patrulla. En la comisaría lo metieron en una habitación, a dos puertas de Donté. Tenía una ventana grande con un espejo unidireccional, para que los agentes pudieran ver al sospechoso, pero él a ellos no. También había micrófonos ocultos, que permitían escuchar el interrogatorio en el pasillo, por un altavoz. Trabajando solo, el detective Needham formuló las preguntas genéricas y no invasivas de costumbre. Torrey renunció rápidamente a los derechos de la ley Miranda. Needham no tardó en sacar el tema de las chicas, y de quién salía con quién, o tonteaba con quien no habría tenido que tontear. Torrey dijo que a Nicole casi no la conocía, y que no la había visto en años. La idea de que su colega Donté saliera con ella le hizo reír. Después de media hora de interrogatorio, Needham salió de la sala y Torrey se quedó a la espera, sentado delante de una mesa.

Mientras tanto, en la «sala del coro», Donté recibió otro sobresalto. Kerber le informó de que tenían un testigo dispuesto a declarar que Donté y Torrey Pickett habían raptado a la joven, la habían violado en la parte trasera de la camioneta verde y habían arrojado el cadáver al Red River desde un puente. Aquello era tan demencial que, aunque parezca mentira, Donté se rió, risa que ofendió al detective Kerber. Donté explicó que no se reía de la chica muerta, sino de la fantasía que se estaba montando Kerber. Si era cierto que tenía un testigo, el tonto era él, Kerber, por creer a un mentiroso y un idiota. Entre otras cosas, se llamaron mentirosos. La situación empeoró todavía más.

De pronto Needham abrió la puerta e informó a Kerber y a Morrissey de que tenían «bajo vigilancia» a Torrey Pickett. Era una noticia tan fabulosa, que Kerber se levantó bruscamente y volvió a salir.

Regresó instantes después y, retomando la misma línea de antes, acusó a Donté del asesinato. En vista de que Donté lo negaba todo, Kerber lo acusó de mentir. Dijo tener la certeza de que Donté y Torrey Pickett habían violado y matado a la chica, y observó que si Donté quería demostrar su inocencia lo mejor era empezar con un polígrafo, un detector de mentiras. Era un método infalible que daba pruebas claras, admisibles a juicio. Donté receló inmediatamente de aquel test, pero al mismo tiempo consideró que podía ser buena idea, una manera rápida de poner fin a semejante insensatez. Él se sabía inocente; sabía que podía superar la prueba, con lo que se quitaría de encima a Kerber antes de que empeorase la situación, así que accedió a ser examinado.

Con la presión de un interrogatorio policial, quienes más posibilidades tienen de someterse al polígrafo son los inocentes; no tienen nada que ocultar, pero sí muchas ganas de demostrarlo. Los sospechosos culpables rara vez acceden a la prueba, por razones obvias.

Donté fue llevado a otra sala y presentado a un detective que se llamaba Ferguson. Una hora antes, al recibir la llamada del detective Needham, Ferguson dormía en su casa. Era el experto del cuerpo en la prueba del polígrafo. Insistió en que Kerber, Morrissey y Needham salieran de la habitación. Ferguson estuvo educadísimo y afable, como si pidiera disculpas por someter a Donté a aquel proceso. Se lo explicó todo, rellenó los papeles, conectó el aparato y empezó a hacer preguntas a Donté sobre su papel en el asunto Nicole Yarber. En total, duró cerca de una hora.

Al acabar, Ferguson explicó que tardaría unos minutos en procesar los resultados. Donté fue llevado otra vez a la «sala del coro».

Los resultados demostraban claramente que Donté decía la verdad. Ahora bien, por decisión del Tribunal Supremo de Estados Unidos es legal que la policía recurra a una serie de prácticas engañosas durante los interrogatorios. Pueden mentir todo lo que quieran.

Cuando Kerber volvió a la «sala del coro», tenía en la mano el gráfico del test. Se lo arrojó a Donté a la cara, y le llamó «mentiroso hijo de puta». ¡Ya tenían la demostración de que mentía! Tenían pruebas claras de que había raptado y violado a su ex novia, y de que, tras matarla en un acceso de rabia, la había tirado por un puente. Kerber cogió el gráfico, lo agitó en las narices de Donté y le prometió que cuando el jurado viera el resultado del test lo declararía culpable y lo condenaría a muerte. «Te espera la inyección», decía una y otra vez.

Otra mentira. La poca habilidad de los polígrafos es tan sabida, que sus resultados nunca se admiten a juicio.

Donté se quedó estupefacto. Estaba mareado, demasiado atónito para articular palabra. Kerber se relajó y se sentó al otro lado de la mesa. Dijo que en muchos casos de crímenes horribles, sobre todo cuando los comete buena gente (no criminales), el asesino borra de manera subconsciente la acción de su memoria. La «bloquea», y santas pascuas. Es bastante habitual; con su exhaustiva formación, y su amplia experiencia, él, Kerber, lo había visto muchas veces. Sospechaba que Donté sentía un gran cariño por Nicole, por no decir amor, y que no había tenido la menor intención de hacerle daño. La situación se le había ido de las manos. De repente estaba muerta, casi sin que él se enterase. Donté se había quedado en estado de shock, y como el sentimiento de culpa era tan abrumador, había intentado bloquearlo.

Pero seguía negándolo todo. Exhausto, apoyó la cabeza en la mesa. Kerber estampó su mano con tal fuerza que sobresaltó al sospechoso. Volvió a acusar del crimen a Donté. Dijo que tenían testigos y pruebas, y que en cinco años estaría muerto. Los fiscales de Texas sabían agilizar el sistema para que no se pospusieran las ejecuciones.

Kerber pidió a Donté que se imaginara a su madre sentada en la sala de testigos, despidiéndose por última vez con la mano, deshecha en llanto mientras a él le ponían las correas y le dosificaban las sustancias químicas. «Eres hombre muerto», dijo más de una vez. Sin embargo, existía una alternativa. Si Donté descargaba su conciencia y explicaba lo ocurrido, con una confesión completa, él, Kerber, le garantizaría que el estado no pediría la pena de muerte. Donté sería condenado a cadena perpetua sin libertad condicional; no era poca cosa, pero al menos podría escribir cartas a su madre y verla dos veces al mes.

Estas amenazas de muerte y promesas de indulgencia son anticonstitucionales, y la policía lo sabe. Tanto Kerber como Morrissey negaron haber usado aquella táctica. No es de extrañar que los apuntes de Morrissey no contengan ninguna referencia a amenazas o promesas. Tampoco recogen con exactitud la hora y la secuencia de los hechos. Donté no tuvo acceso a bolígrafo y papel, y al cabo de cinco horas de interrogatorio perdió la noción del tiempo.

Hacia medianoche, el detective Needham abrió la puerta.

—Pickett está hablando —anunció.

Kerber sonrió a Morrissey, y protagonizó otra salida dramática.

Pickett estaba solo, bajo llave, echando chispas por que se hubieran olvidado de él. Llevaba más de una hora sin ver ni hablar con nadie.

Riley Drumm encontró su camioneta verde aparcada en la cárcel de Slone. Después de un buen rato recorriendo las calles en su coche, le alivió encontrarla. Por otra parte, estaba preocupado por su hijo, y por los líos en los que se pudiera haber metido. La cárcel de Slone está justo al lado de la comisaría, con la cual se comunica. Primero Riley fue a la cárcel, y tras unos momentos de confusión le dijeron que su hijo no estaba entre rejas. No lo habían procesado. Dentro había sesenta y dos presos, ninguno de los cuales respondía a Donté Drumm. El carcelero, un joven policía blanco, reconoció el nombre de Donté y estuvo todo lo servicial que pudo. Aconsejó al señor Drumm que preguntara al lado, en la comisaría. Así lo hizo Riley,

pero también esta experiencia le produjo desconcierto y frustración. Era la una menos veinte de la noche, y la puerta principal estaba cerrada con llave. Llamó a su mujer para informarla de la situación. Después pensó en cómo entrar en el edificio. Al cabo de unos minutos aparcó cerca un coche patrulla, del que salieron dos agentes de uniforme. Hablaron con Riley Drumm, y él les explicó la razón de su presencia allí. Los dos agentes salieron en busca de su hijo. Pasó media hora antes de que reapareciesen, con la noticia de que Donté estaba siendo interrogado. ¿Sobre qué? ¿Por qué? Eso no lo sabían. Riley se dispuso a esperar. Al menos no le había pasado nada.

La primera grieta apareció cuando Kerber enseñó una foto en color de Nicole, de veinte por veinticinco. Cansado, solo, asustado, lleno de dudas y superado por la situación, Donté miró una sola vez su cara bonita y se echó a llorar. Kerber y Morrissey sonrieron, confiados.

Tras varios minutos llorando, Donté pidió permiso para ir al baño. Lo acompañaron por el pasillo, y se pararon en la ventana para que viese a Torrey Pickett sentado ante una mesa y escribiendo con bolígrafo en una libreta. Donté no dio crédito a lo que estaba viendo. Sacudió la cabeza, y masculló algo para sus adentros.

Torrey escribía un resumen de una página en el que negaba saber nada de la desaparición de Nicole Yarber. La policía de Slone extravió por alguna razón el resumen, que nunca ha visto nadie.

En la «sala del coro», Kerber informó a Donté de que su amigo Torrey había firmado una declaración en la que afirmaba bajo juramento que Donté salía con Nicole y estaba loco por ella, pero que, temerosa de las consecuencias, Nicole había intentado romper. Donté, desesperado, la seguía, y Torrey temía que le hiciese daño.

Esta última sarta de mentiras la pronunció Kerber leyendo una hoja de papel, como si fuera la declaración de Torrey. Donté cerró los ojos, sacudió la cabeza y trató de entender lo que pasaba, pero ahora pensaba mucho más despacio, y el cansancio y el miedo habían amortiguado sus reflejos mentales.

Preguntó si se podía ir. Entonces Kerber le gritó. El detective lo insultó y le dijo que no, que no se podía ir porque era el principal sospechoso. Ya lo habían pillado. Ya tenían la prueba en sus manos. Donté preguntó si necesitaba un abogado. Claro que no, dijo Kerber. Los abogados no pueden cambiar los hechos. Los abogados no pueden resucitar a Nicole. Los abogados no te pueden salvar la vida, Donté, pero nosotros sí.

Los apuntes de Morrissey no hacen ninguna referencia a que se hablara de abogados.

A las dos y veinte de la madrugada se le permitió a Torrey Pickett marcharse. El detective Needham lo condujo a una puerta lateral, para que no se encontrara con Drumm en el vestíbulo. Los detectives del sótano ya estaban sobre aviso de que el padre del acusado se encontraba en el edificio y quería verlo. Este dato fue negado bajo juramento en varias vistas.

Morrissey empezó a quedarse sin fuerzas, y dejó su puesto a Needham. Durante las tres horas siguientes, mientras Morrissey echaba un sueñecito, fue Needham quien tomó las notas. Kerber no daba muestras de desfallecer. Era como si machacar al sospechoso le diera energías. Estaba

a punto de doblegarlo, resolver el caso y convertirse en un héroe. Brindó a Donté otra tentativa con el polígrafo, que en este caso se reduciría a una pregunta sobre su paradero el viernes 4 de diciembre sobre las diez de la noche. La primera reacción de Donté fue negarse y desconfiar del aparato, pero las ganas de salir de la sala fueron más fuertes que esta sabia decisión. Alejarse de Kerber. Cualquier cosa con tal de quitarse de delante a aquel psicópata.

El detective Ferguson volvió a conectarle al aparato, y le hizo unas preguntas. El polígrafo emitió unos ruidos y expulsó lentamente el papel con el gráfico. Donté se quedó mirándolo sin entender nada, aunque algo le dijo que el resultado no sería bueno.

Una vez más, el resultado demostró que decía la verdad. El viernes había hecho de canguro en su casa, sin salir una sola vez.

Sin embargo, la verdad no tenía importancia. En su ausencia, Kerber movió su silla al rincón más alejado de la puerta, y cuando Donté regresó y se sentó, el detective acercó su silla hasta el punto de que sus rodillas prácticamente tocaban las de Donté. Empezó a insultarlo de nuevo, y le dijo que no solo había suspendido la prueba con el segundo polígrafo, sino que había sacado «una nota fatal». Fue la primera vez en que tocó a Donté, clavándole provocativamente el índice derecho en el pecho. Donté lo apartó de un manotazo, y estaba dispuesto a plantar cara cuando llegó Needham con un Taser, un arma de descarga eléctrica. El detective parecía muerto de ganas de probarlo, pero al final no lo hizo. Los dos policías insultaron y amenazaron al acusado.

Hubo más provocaciones, junto con un sinfín de acusaciones y amenazas. Donté comprendió que no lo dejarían irse hasta que diera a los polis lo que querían. Además, quizá tuvieran razón. Parecían tan seguros de lo ocurrido... No tenían ninguna duda acerca de la implicación de Donté. Su propio amigo estaba diciendo que entre él y Nicole existía una relación. ¿Y los polígrafos? ¿Qué pensaría al jurado al enterarse de que había mentido? Donté dudaba de sí mismo y de su propia memoria. ¿Y si había anulado, borrado del recuerdo aquella atrocidad? Él no quería morir; ni entonces, ni a cinco o diez años vista.

A las cuatro de la madrugada, Riley Drumm salió de la comisaría y se fue a su casa. Intentó dormir, pero no pudo. Roberta hizo café. Esperaron preocupados el amanecer, como si todo fuera a despejarse con la luz del sol.

Kerber y Needham se tomaron un descanso a las cuatro y media.

—Está listo —dijo Kerber, cuando estaban a solas en el pasillo.

Al cabo de unos minutos, Needham abrió la puerta sin hacer ruido y se asomó. Donté lloraba, echado en el suelo.

Le trajeron un donut y un refresco, y reanudaron el interrogatorio. Poco a poco, Donté experimentó una revelación. Puesto que no podía irse hasta haberles dado su versión de los hechos, y puesto que en esos momentos habría confesado hasta el asesinato de su propia madre, ¿por qué no les seguía la corriente? Pronto aparecería Nicole, viva o muerta, y se resolvería el misterio. La policía quedaría en ridículo por haberlo obligado a confesar a golpes. Algún granjero o cazador encontraría los restos, y aquellos payasos quedarían en evidencia. Donté, rehabilitado, saldría en libertad, y todos se compadecerían de él.

Doce horas después de que empezara el interrogatorio, miró a Kerber.

—Si me da unos minutos, se lo diré todo.

A partir de aquel gesto, Kerber lo ayudó a llenar las lagunas. Una vez dormida su hermana, Donté salió de casa sin que lo viera nadie. Se moría de ganas de ver a Nicole, que lo rechazaba e intentaba cortar la relación. Donté sabía que Nicole estaba en el cine, con unas amigas. Fue en la camioneta Ford verde, él solo, y la abordó en el aparcamiento, cerca del coche de ella. Nicole accedió a subir. Primero dieron una vuelta por Slone, y luego salieron al campo. Donté quería sexo; ella dijo que no, que lo suyo había acabado. Él trató de forzarla, y ella se resistió. La obligó a mantener relaciones, pero no disfrutó. Ella lo arañó, e incluso le hizo sangre. La agresión se puso fea. Donté montó en cólera, empezó a estrangularla y ya no pudo parar; no paró hasta que era demasiado tarde. Después le entró pánico. Algo tenía que hacer con Nicole. Empezó a gritarle en la parte trasera de la camioneta, pero Nicole no contestaba. Entonces fue hacia el norte, hacia Oklahoma. Había perdido la noción del tiempo. Se dio cuenta de que faltaba poco para el amanecer. Tenía que irse a casa. Tenía que desembarazarse del cadáver. En el puente sobre el Red River de la carretera 244, aproximadamente a las seis de la mañana del 5 de diciembre, paró la camioneta. Todavía era de noche, y Nicole estaba muerta de verdad. La arrojó por el puente, y esperó el nauseabundo chapuzón. Lloró durante todo el camino de vuelta a Slone.

A lo largo de tres horas, Kerber lo adoctrinó, lo azuzó, lo corrigió, lo insultó y le recordó que dijera la verdad. Los detalles tenían que ser perfectos, decía todo el rato. A las 8.21, finalmente, se encendió la cámara. Un Donté Drumm inexpresivo y hecho polvo aparecía sentado ante la mesa con un nuevo refresco y un nuevo donut delante, muy a la vista, para que se notase la hospitalidad.

Fue un vídeo de diecisiete minutos, que lo envió al corredor de la muerte.

Acusaron a Donté de secuestro, violación con circunstancias agravantes y asesinato. Se lo llevaron a una celda, donde no tardó en quedarse dormido.

A las nueve de la mañana, el comisario jefe y el fiscal del distrito, Paul Koffee, comparecieron en rueda de prensa para anunciar que el caso de Nicole Yarber estaba resuelto. Tristemente, Donté Drumm, quien fuera uno de los héroes futbolísticos de Slone, se había declarado culpable. Había testigos que confirmaban su implicación. Nuestro más sentido pésame a la familia de Nicole.

La confesión recibió ataques inmediatos. Donté se retractó, y su abogado, Robbie Flak, hizo pública una feroz condena de la policía y sus tácticas. Meses más tarde, la defensa instó a que se anulase la confesión, y la correspondiente vista duró una semana. Kerber, Morrissey y Needham declararon largo y tendido, con testimonios que la defensa puso acaloradamente en duda. Los tres fueron rotundos en su negativa de haber utilizado la pena de muerte para asustar a Donté y hacer que cooperase. Negaron haber agredido verbalmente al sospechoso, y haberlo puesto al borde del agotamiento y el desmayo. Negaron que Donté se hubiera referido alguna vez a un abogado, y que quisiera poner fin al interrogatorio e irse a su casa. Negaron tener constancia alguna de la presencia de su padre en la comisaría, y de su deseo de ver a su hijo. Negaron que sus

propios tests con el polígrafo arrojasen pruebas claras de su veracidad; según ellos, al contrario, los resultados «no eran concluyentes». Negaron haber manipulado el supuesto testimonio de Torrey Pickett. Este último declaró en favor de Donté, y negó haber dicho nada a la policía sobre una supuesta relación entre Donté y Nicole.

La jueza expresó serias dudas acerca de la confesión, pero no tan serias como para excluirla del juicio. Se negó a anularla, y más tarde fue mostrada al jurado. Donté la miró como si viera a otra persona. Nadie ha cuestionado nunca seriamente que fuera la base de su condena.

La confesión fue objeto de otro ataque en forma de recurso, pero el Tribunal Penal de Apelación de Texas corroboró unánimemente la condena y la pena de muerte.

Al acabar de leer, Keith se levantó de la mesa y fue al cuarto de baño. Tenía la impresión de que salía de un interrogatorio. Era bastante después de medianoche. Le sería imposible dormir.

Capítulo 8

El martes, a las siete de la mañana, el bufete de abogados Flak bullía con la energía frenética y nerviosa que cabía esperar de un grupo de personas que luchan a la vez contra el reloj y contra probabilidades muy remotas de salvar una vida humana. La tensión era palpable. Nadie sonreía, ni se oían los típicos comentarios sarcásticos de los equipos que trabajan siempre juntos, con total libertad de decirse lo que quieran y cuando quieran. La mayoría ya formaba parte del bufete seis años atrás, cuando Lamar Billups había recibido la inyección letal en Huntsville, y les había impactado lo terminante de su muerte; y eso que Billups era una mala bestia, cuyo pasatiempo favorito consistía en dar palizas en los bares, a poder ser con palos de billar y botellas rotas, hasta que el estado se hartó de él. Sus últimas palabras en el lecho de muerte habían sido: «Nos vemos en el infierno». Y adiós. Era culpable. Jamás mantuvo en serio lo contrario. Su asesinato se produjo en una pequeña localidad, a cien kilómetros de distancia, prácticamente inadvertido para los ciudadanos de Slone. No tenía parientes, ni nadie con quien el bufete pudiera ponerse en contacto. Robbie sentía un enorme desagrado por aquel personaje, pero su certeza de que el estado no tenía derecho a matarlo no flaqueó ni un instante.

Otra cosa muy distinta era el estado de Texas contra Donté Drumm: ahora luchaban por un hombre inocente, cuya familia sentían como suya.

La larga mesa de la sala principal de reuniones era el centro de la tormenta. Fred Pryor, todavía en Houston, resumía a través del altavoz sus últimos esfuerzos por convencer a Joey Gamble. Habían hablado por teléfono el lunes por la noche, y Gamble había estado todavía menos receptivo.

—Me hizo muchas preguntas sobre el perjurio, sobre su gravedad como delito —dijo a todo volumen la voz de Pryor.

—Koffee lo está amenazando —afirmó Robbie, como si le constase—. ¿Le preguntaste si ha hablado con el fiscal del distrito?

—No, aunque se me ocurrió —repuso Pryor—. Al final no se lo dije porque supuse que no lo divulgaría.

—Koffee sabe que el chico mintió en el juicio, y le ha dicho que haríamos una intentona in extremis —dijo Robbie—. Lo ha amenazado con denunciarlo por perjurio si ahora cambia de versión. ¿Te apuestas algo, Fred?

—No, seguramente es así.

—Explícale a Joey que el régimen de prescripción también vale para el perjurio. Koffee no puede hacerle nada.

—Vale.

Apagaron el altavoz. En la mesa aterrizó una bandeja de pastas, que atrajo a una multitud. Los dos abogados que tenía Robbie a sueldo, ambas mujeres, estaban revisando una petición de suspensión de pena para el gobernador. En una punta de la mesa estaba Martha Handler, absorta en el mundo de las transcripciones judiciales. Aaron Rey, sin chaqueta, con ambas pistolas a la vista en el arnés de la camisa, tomaba café en un vaso de cartón, mientras leía el periódico de la mañana. Bonnie, una técnica legal, trabajaba en un portátil.

—Supongamos que Gamble se sincera —le dijo Robbie a su abogada sénior, una señora remilgada, de edad indefinida.

Veinte años antes, Robbie había demandado al cirujano plástico de su colaboradora por no haber obtenido ni remotamente los resultados esperados en un lifting facial, pero en vez de renunciar a las intervenciones correctoras, ella se había limitado a cambiar de cirujano. Se llamaba Samantha Thomas, o Sammie, y cuando no trabajaba en los casos de Robbie demandaba a médicos por negligencia y a empresas por discriminación de edad y raza.

—Ten lista la petición, por si acaso —dijo Robbie.

—Casi la he terminado —repuso Sammie.

La recepcionista, Fanta, alta y esbelta, de raza negra, que había sido una estrella del baloncesto en el instituto de Slone, y que en otras circunstancias se habría graduado a la vez que Nicole Yarber y Donté Drumm, entró en la sala con un puñado de mensajes telefónicos.

—Ha llamado un reportero del *Washington Post* que quiere hablar contigo —le dijo a Robbie, que se fijó enseguida en sus piernas.

—¿Lo conocemos?

—Nunca había oído su nombre.

—Pues no le hagas caso.

—Ayer a las diez y media dejó un mensaje un reportero del *Houston Chronicle.*

—¡No será Spinney!

—Sí.

—Pues mándale a la mierda.

—Yo no uso esas palabras.

—Pues entonces no le hagas caso.

—Ha llamado Greta tres veces.

—¿Aún está en Alemania?

—Sí; no se puede pagar el billete de avión. Quiere saber si puede casarse con Donté por internet.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que no, que no se puede.

—¿Le has explicado que Donté se ha convertido en uno de los mejores partidos del mundo? ¿Que en esta última semana le han hecho como mínimo cinco propuestas matrimoniales, todas desde Europa? ¿Todo tipo de mujeres, jóvenes, viejas, gordas y flacas, cuyo único rasgo en común es que son feas? ¿Y tontas? ¿Le has explicado que Donté tiene bastantes manías a la hora de elegir con quién se casa, y que lo está tomando con calma?

—No he hablado con ella. Ha dejado un mensaje en el contestador.

—Mejor. No le hagas caso.

—La última es de un pastor de una iglesia luterana de Topeka, Kansas. Ha llamado hace diez minutos. Dice que podría tener información sobre la persona que mató a Nicole, pero que no sabe muy bien qué hacer con ella.

—Genial, otro chalado. ¿Cuántos llevamos en lo que va de semana?

—He perdido la cuenta.

—No le hagas caso. Parece mentira la cantidad de pirados que aparecen en el último momento.

Fanta dejó los mensajes sobre la montaña de escombros que había delante de Robbie, y se fue. Robbie siguió su salida de principio a fin, pero no tan boquiabierto como de costumbre.

—A mí no me molesta llamar a los pirados —dijo Martha Handler.

—Tú lo único que buscas es material —replicó Robbie—. Es una pérdida de tiempo valioso.

—Las noticias de la mañana —dijo en voz alta Carlos, el técnico, cogiendo el mando a distancia.

Lo apuntó hacia un televisor de pantalla ancha, colgado en un rincón. Todas las voces se callaron. El reportero estaba frente a los juzgados del condado de Chester, como si en cualquier momento pudiera ocurrir algo dramático. Empezó a declamar:

> Las autoridades guardan un mutismo total sobre sus planes ante el riesgo de disturbios aquí en Slone, tras la prevista ejecución de Donté Drumm. Como saben, Drumm fue condenado en 1999 por violación con circunstancias agravantes y asesinato de Nicole Yarber, y a menos que se produzca una suspensión o un indulto de última hora será ejecutado en la cárcel de Huntsville el jueves a las seis de la tarde. Drumm sigue manteniendo su inocencia, y aquí en Slone hay muchos que no creen que sea culpable. El caso ha tenido un trasfondo racial desde el principio, y nos quedaríamos cortos si dijéramos que la ciudad está dividida. Me acompaña el comisario jefe, Joe Radford.

La cámara se alejó, mostrando la rotunda figura del comisario, de uniforme.

—Comisario, ¿qué podemos esperar si se lleva a cabo la ejecución?

—Pues que se haya hecho justicia, supongo.

—¿Usted prevé disturbios?

—En absoluto. La gente tiene que entender que el sistema judicial funciona, y que es necesario cumplir el veredicto del jurado.

—¿O sea que no prevé problemas para el jueves por la tarde?

—No, pero dispondremos de todos nuestros efectivos. Estaremos preparados.

—Gracias por dedicarnos estos momentos.

La cámara hizo un zoom que dejó fuera al comisario.

Para mañana a mediodía se está organizando una manifestación justo delante del juzgado. Nuestras fuentes nos han confirmado que el ayuntamiento ha autorizado la reunión. Volveremos sobre ello más tarde.

El reportero se despidió. El técnico pulsó un botón para silenciar el volumen. No hubo comentarios por parte de Robbie. Todos siguieron trabajando.

La Comisión de Indultos y Libertad Condicional de Texas constaba de siete miembros, designados por el gobernador. Cualquier recluso que desee clemencia debe dirigir su escrito a dicha comisión. Las peticiones pueden realizarse en una sola página, u ocupar todo un archivador lleno de pruebas, declaraciones juradas y cartas de todo el mundo. La que presentó Robbie Flak en representación de Donté Drumm era una de las más exhaustivas de toda la historia de la comisión. Rara vez se obtiene clemencia. En caso de negativa se puede apelar al gobernador, el cual no puede dispensar clemencia por iniciativa propia, pero sí está facultado para suspender la condena durante treinta días. En las raras ocasiones en que la respuesta de la comisión es positiva, el gobernador tiene derecho a anular su decisión, en cuyo caso el estado sigue adelante con la ejecución.

Cuando se trata de un recluso condenado a muerte, la comisión suele decidirse dos días antes de la ejecución. No hay ninguna reunión para votar, sino que se hace circular por fax una papeleta. Es lo que se llama «muerte por fax».

En el caso de Donté Drumm, la noticia de su muerte por fax se dio el martes a las ocho y cuarto de la mañana. Robbie leyó el fallo en voz alta a su equipo, sin que se produjera la más leve sorpresa. A esas alturas ya habían perdido tantos rounds que la victoria no entraba en sus cálculos.

—Bueno, venga, a pedir la suspensión al gobernador —dijo Robbie, sonriendo—. Seguro que se alegra de volver a tener noticias nuestras.

Entre las toneladas de instancias, peticiones y solicitudes que había elevado el bufete a lo largo del último mes, y que seguiría expidiendo en abundancia hasta que falleciera su cliente, el mayor despilfarro de papel era sin duda pedirle al gobernador de Texas que suspendiera la condena. Durante el último año, el gobernador había hecho por dos veces caso omiso a otros tantos indultos de su comisión de libertad condicional, dando luz verde a las correspondientes ejecuciones. Le encantaba la pena de muerte, sobre todo cuando andaba a la caza de votos. Una de sus campañas tenía como lema «La justicia dura de Texas», e incluía la promesa de «vaciar el corredor de la muerte». Y no se refería a dejar a nadie en libertad condicional.

—Vamos a ver a Donté —anunció Robbie.

El viaje en coche de Slone a la Unidad Polunsky, cerca de Livingston, Texas, suponía tres horas de tedio por carreteras de un solo carril por dirección. Robbie lo había hecho cien veces. Unos años atrás, cuando tenía a tres clientes pendientes de ejecución —Donté, Lamar Billups y un tal Colé Taylor—, se había cansado de las multas por exceso de velocidad, los conductores rurales y los accidentes evitados por los pelos al hablar por teléfono, así que se había comprado una camioneta, larga, voluminosa, sobrada de espacio, y la había llevado a un taller de gama alta de Fort Worth para que le instalasen teléfonos, televisores y todos los aparatitos del mercado, además de tapicería de lujo, butacas de la mejor piel (a la vez giratorias y reclinables), un sofá en la parte trasera (por si tenía que echar una cabezadita) y un minibar (por si le entraba sed). Designó chófer oficial a Aaron Rey. En el asiento de al lado solía ir Bonnie, la otra técnica legal, lista para saltar a la menor orden del señor Flak. Desde entonces los viajes eran mucho más productivos, ya que Robbie podía hacer llamadas, trabajar con el portátil o leer informes de ida o de vuelta a Polunsky, cómodamente instalado en su despacho portátil.

Su asiento estaba justo detrás del asiento del conductor. A su lado iba Martha Handler, y delante, junto a Aaron, Bonnie.

Salieron de Slone a las ocho y media de la mañana, y poco después circulaban entre las colinas del este de Texas.

El quinto miembro del equipo era nuevo: la doctora Kristina Hinze, o Kristi, como se la llamaba en el bufete Flak, donde no había nadie con tantas pretensiones como para llevar título, y donde casi todos los nombres de pila se abreviaban. Era la última de una serie de expertos en los que Robbie había quemado su dinero para salvar a Donté. Era una psiquiatra clínica que había realizado estudios sobre presos y sobre las condiciones carcelarias, y escrito un libro entre cuyas tesis figuraba la de que las celdas incomunicadas eran una de las peores formas de tortura. A cambio de diez mil dólares, se esperaba de ella que hablase con Donté y, tras haberlo evaluado, preparase (deprisa) un informe en el que describiese el deterioro de su estado mental y declarase que 1) ocho años

incomunicado lo habían vuelto loco y que *2)* tales medidas constituyen un castigo cruel e inhabitual.

En 1986, el Tribunal Supremo de Estados Unidos dictaminó que no se ejecutase a ningún loco. La última ofensiva de Robbie sería presentar a Donté como un psicótico esquizoide que no entendía nada.

No era un argumento que tuviera muchas posibilidades. Kristi Hinze solo tenía treinta y dos años, y no hacía mucho que había dejado las aulas. Carecía de experiencia judicial en su currículo, cosa que a Robbie no le preocupaba, ya que su esperanza era que Kristi tuviera la oportunidad de declarar en una vista sobre facultades mentales, dentro de varios meses. A ella le correspondía el sofá de detrás, y trabajaba tan duro como todos, rodeada de papeles.

—¿Podemos hablar? —dijo Martha Handler a Robbie, que acababa de hacer una llamada.

Se había convertido en la fórmula habitual siempre que tenía algo que preguntarle.

—Claro que sí —repuso él.

Martha encendió una de sus muchas grabadoras y la puso delante de Robbie.

—Es sobre el tema del dinero. La jueza te asignó la defensa de Donté, que fue calificado de acusado indigente, pero...

—Sí, Texas no tiene ningún sistema de defensa pública digno de ese nombre —la interrumpió él.

Después de varios meses juntos, Martha había aprendido a perder la esperanza de acabar alguna frase.

—Total, que los jueces de la zona recurren a sus amigotes —siguió diciendo Robbie—, o, si es un caso tan malo que no lo quiere nadie, se traen a algún desgraciado. En mi caso, fui a ver a la jueza y me presenté voluntario. Me lo dio encantada. Los otros abogados de la ciudad no querían verlo ni en pintura.

—Pero los Drumm no son precisamente pobres; los dos...

—Ya, pero funciona así. Pagarse a un abogado para un delito castigable con la pena de muerte solo está al alcance de los ricos, y en el corredor de la muerte no hay ricos. Yo podría haber sacado cinco mil o diez mil dólares a la familia, y hacer que hipotecaran otra vez la casa, o algo por estilo, pero ¿qué sentido tenía? Total, lo iba a pagar la buena gente del condado de Chester... Es una de las grandes ironías de la pena de muerte. La gente quiere pena de muerte (sobre un setenta por ciento, en este estado), pero no tiene ni idea de por cuánto dinero le sale.

—¿Cuánto han pagado? —preguntó Martha, deslizando la pregunta con habilidad antes de que Robbie pudiera seguir hablando.

—Uy, no lo sé, mucho. Bonnie, ¿de momento cuánto nos han pagado?

—Casi cuatrocientos mil —dijo Bonnie sin vacilar ni mirar apenas por encima del hombro.

Robbie siguió hablando prácticamente sin interrupción.

—Incluidos los honorarios de los abogados, a razón de ciento veinticinco dólares la hora, más gastos, sobre todo en investigadores, y un buen pellizco para los testigos periciales.

—Es mucho dinero —dijo Martha.

—Sí y no. Cuando un bufete trabaja por ciento veinticinco dólares la hora, pierde dinero a espuertas. Yo nunca lo volveré a hacer. No puedo permitírmelo; los contribuyentes tampoco, pero al menos yo sé que pierdo la camisa, mientras que ellos no. Ve a la calle Mayor de Slone y pregúntale a fulanito cuánto han pagado él y sus conciudadanos para acusar a Donté Drumm. ¿Sabes qué te dirá?

—¿Cómo voy a saber... ?

—Te dirá que no tiene ni idea. ¿Conoces el caso de los hermanos Tooley, en el oeste de Texas? Es muy famoso.

—Lo siento. Debí de perderme...

—Dos hermanos, los Tooley, un par de idiotas de no sé qué parte del oeste de Texas. ¿Qué condado, Bonnie?

—Mingo.

—Del condado de Mingo. Una zona muy rural. Toda una historia. Escucha. Dos chorizos estaban atracando tiendas de veinticuatro horas y gasolineras. De lo más sofisticado, ya ves. Una noche les sale algo mal y le pegan un tiro a una dependienta. La bala estaba serrada; un asco, vaya. Luego los pillan porque se habían olvidado de las cámaras de vigilancia. El pueblo se indigna. La policía se pavonea. El fiscal promete justicia rápida. Todos quieren un juicio rápido y una ejecución igual de rápida. Con la cantidad de delitos que hay en el condado de Mingo, nunca ha habido ningún tribunal que haya mandado a nadie al corredor de la muerte. Mira, en Texas hay muchas maneras de sentirse olvidado, pero vivir en una comunidad que se ha quedado al margen del tema de las ejecuciones ya es bochornoso. ¿Qué se han creído los parientes de Houston? En Mingo ven llegada su ocasión. Quieren sangre. Los hermanos no quieren pactar una sentencia, porque el fiscal insiste en la pena de muerte, y ¿qué sentido tiene autoinculparse para que te maten? Así que los juzgan a los dos juntos. Condena rápida, y por fin pena de muerte. Durante el recurso, el tribunal encuentra todo tipo de errores. El fiscal había hecho una chapuza. Se anulan las condenas, y se empieza otra vez pero con juicios separados. Dos juicios en vez de uno. ¿Estás tomando apuntes?

—No, estoy buscando qué relación tiene con lo nuestro.

—Es una historia buenísima.

—Y eso es lo único que importa.

—Pasa un año, más o menos. Juzgan por separado a los hermanos. Otros dos veredictos de culpabilidad, y otros dos viajes al corredor de la muerte. El tribunal de apelación ve más problemas, pero de los garrafales, ¿eh? El fiscal era tonto perdido. Anulación y dos nuevos juicios. La tercera vez, un jurado condena por asesinato al que había disparado, y le echa cadena perpetua. Vete tú a saber. Es Texas. O sea que un hermano cumple cadena perpetua. Al otro lo mandaron al corredor de la muerte, donde se suicidó a los pocos meses; sin saber cómo, consiguió una cuchilla de afeitar y se hizo un tajo.

—¿Y por qué lo cuentas?

—Por lo siguiente. El caso, de principio a fin, costó tres millones al condado de Mingo. No tuvieron más remedio que subir varias veces los impuestos sobre la propiedad, lo cual sublevó a la gente. Se recortaron drásticamente los presupuestos para escuelas, mantenimiento de carreteras y sanidad. Cerraron la única biblioteca que había. El condado estuvo varios años al borde de la quiebra. Y todo se podría haber evitado si el fiscal hubiera dejado que los hermanos se declarasen culpables y aceptasen la cadena perpetua sin libertad condicional. He oído que ahora en Mingo la pena de muerte ya no está tan bien vista.

—A mí me interesaba más...

—Entre una cosa y otra, matar legalmente a una persona en Texas cuesta unos dos millones de dólares. Compáralo con los treinta mil que cuesta anualmente tener a alguien en el corredor de la muerte.

—No es la primera vez que oigo eso —dijo Martha.

Y no lo era, en efecto: Robbie tenía una gran facilidad para pontificar, sobre todo si era sobre la pena de muerte, uno de sus muchos temas favoritos.

—De todos modos, ¿qué más da? En Texas nos sobra el dinero.

—¿Podríamos hablar del caso de Donté Drumm?

—Ah, bueno, por qué no...

—El fondo de defensa. Lo...

—... creé hace unos años, como organización sin ánimo de lucro registrada y regida por toda la normativa pertinente que dicta la Agencia Tributaria. Lo administran conjuntamente mi bufete y Andrea Bolton, la hermana pequeña de Donté Drumm. ¿A cuánto ascienden de momento los ingresos, Bonnie?

—Noventa y cinco mil dólares.

—Noventa y cinco mil dólares. ¿Y cuánto hay disponible?

—Cero.

—Ya me lo suponía. ¿Quieres que te detalle en qué se ha gastado?

—Tal vez. ¿En qué?

—En gastos procesales, gastos del bufete, testigos periciales y algo de pasta para que la familia viajara a ver a Donté. No es exactamente una ONG de primera. Francamente, no hemos tenido tiempo ni personal para buscar donativos.

—¿Quiénes son los donantes?

—Sobre todo británicos y europeos. El donativo medio ronda los veinte pavos.

—Dieciocho con cincuenta —puntualizó Bonnie.

—Cuesta mucho recaudar dinero para un reo condenado por asesinato, independientemente de lo que explique él.

—¿Cuánto suman las pérdidas? —preguntó Martha.

La respuesta no fue inmediata. Bonnie, que por una vez no sabía qué decir, se encogió ligeramente de hombros en el asiento delantero.

—No lo sé —dijo Robbie—. Puestos a decir algo, al menos cincuenta mil, o puede que cien mil. Quizá tuviera que haber gastado más.

Dentro de la camioneta sonaban constantemente los teléfonos. Sammie tenía que preguntar algo a su jefe desde el bufete. Kristi Hinze hablaba con otro psiquiatra. Aaron escuchaba a alguien mientras conducía.

La fiesta empezó temprano, con galletas de boniato directamente salidas del horno de Reeva. A ella le encantaba hacerlas y comerlas, y cuando Sean Fordyce reconoció no haberlas probado nunca, Reeva simuló incredulidad. A la hora en que llegó Fordyce —en el centro de una piña compuesta por su peluquera, su maquilladora, su secretaria y su relaciones públicas—, la casa de Reeva y Wallis Pike estaba a reventar de vecinos y amigos. Por la puerta salía un denso vaho de jamón curado frito. En el camino de entrada había dos camiones largos, aparcados de culo, y hasta el equipo de rodaje masticaba galletas.

A Fordyce, un imbécil irlandés de Long Island, le irritó un poco el gentío, pero puso al mal tiempo buena cara y firmó autógrafos. Era la estrella, y ellos, Sus fans. Compraban sus libros, miraban su programa y alimentaban sus índices de audiencia. Fordyce posó para unas cuantas fotos y se comió una galleta con jamón, que pareció gustarle. Era un hombre rechoncho, de rasgos carnosos; poco que ver con el aspecto tradicional de las estrellas, aunque a esas alturas ya daba igual. Llevaba trajes oscuros y gafas modernas que le hacían parecer mucho más inteligente de lo que mostraban sus actos.

El plato estaba en la habitación de Reeva, el gran anexo pegado a la parte trasera de la casa como una excrecencia cancerosa. Reeva y Wallis se situaron en un sofá, con fotos ampliadas en color de Nicole como trasfondo. Wallis, con corbata, parecía recién salido de su dormitorio por obligación, lo cual era cierto. Reeva iba abundantemente maquillada, con el tinte y la permanente recién hechos, y llevaba su mejor vestido negro.

Fordyce se sentó cerca de ellos, en una silla, atendido por sus cuidadores, que le echaban espray en el pelo y le empolvaban la frente. El equipo estaba ocupado con las luces. Había pruebas de sonido en marcha, y monitores en proceso de ajuste. Los vecinos se apretujaban detrás de las cámaras, con severas instrucciones de no hacer ningún ruido.

—¡Silencio! —dijo el productor—. Estamos rodando.

Primer plano de Fordyce dando la bienvenida a sus espectadores a un nuevo episodio. Explicó dónde estaba, a quién iba a entrevistar y lo esencial del delito, la confesión y la condena.

—Si se cumplen las previsiones —dijo con gravedad—, el señor Drumm será ejecutado pasado mañana.

Presentó a la madre y al padrastro, y les dio su pésame por la tragedia, como no podía ser menos. También les dio las gracias por abrirle su casa, a fin de que el mundo, a través de sus cámaras, pudiera presenciar su sufrimiento. Empezó por Nicole.

—Cuéntenos algo de ella —suplicó, o poco menos.

Wallis no hizo el menor esfuerzo por hablar, actitud que mantuvo durante toda la entrevista. Era el espectáculo de Reeva, que, excitada y saturada de estímulos, se echó a llorar a las pocas palabras. Sin embargo, llevaba tanto tiempo llorando en público que ya sabía conversar al mismo tiempo que corrían sus lágrimas. Habló y habló sobre su hija.

—¿La echa de menos? —preguntó Fordyce.

Era una de sus preguntas tontas, especialidad de la casa, cuyo único objetivo era extraer más emoción. Reeva se la dio. Él le ofreció el pañuelo blanco que llevaba en el bolsillo de la americana. De hilo. El hombre irradiaba compasión por todos sus poros.

Finalmente sacó el tema de la ejecución, motor de su programa.

—¿Todavía piensa estar presente? —preguntó, seguro de la respuesta.

—¡Por supuesto! —dijo ella.

Wallis logró asentir con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Qué significará para usted?

—Significa tanto... —dijo ella. La idea de la venganza secó sus lágrimas—. Esa bestia le quitó la vida a mi hija. Se merece morir, y yo quiero verlo; quiero mirarle a los ojos cuando exhale su último aliento.

—¿Cree que él la mirará?

—Lo dudo. Es un cobarde. Dudo que cualquier ser humano capaz de hacer lo que le hizo a mi niña preciosa sea bastante hombre para mirarme.

—¿Y sus últimas palabras? ¿Desea usted una disculpa?

—Sí, pero no la espero. Nunca se ha responsabilizado de lo que hizo.

—Confesó.

—Sí, pero después lo pensó, y desde entonces lo ha negado. Supongo que también lo negará cuando le aten las correas y se despida.

—Adelantémonos un poco en el tiempo, Reeva. Díganos qué cree que sentirá cuando lo declaren muerto.

Reeva sonrió solo de pensarlo, pero se refrenó enseguida.

—Alivio, tristeza... No lo sé. Será cerrar otro capítulo de una historia larga y triste. Pero no será el final.

Wallis frunció un poco el ceño al oírlo.

—¿Cuál es el último capítulo, Reeva?

—Cuando pierdes un hijo, Sean, sobre todo si te lo quitan de manera tan violenta, no hay final.

—No hay final —repitió Fordyce, sombrío. Después se volvió hacia la cámara y repitió, extremando el dramatismo—: No hay final.

Hicieron un descanso rápido, en el que cambiaron algunas cámaras de sitio y añadieron más espray al pelo de Fordyce. Cuando volvieron a rodar, Fordyce consiguió unos cuantos gruñidos de Wallis, un material que no aguantaría ni diez segundos en la fase de montaje.

El rodaje concluyó en menos de una hora. Fordyce se fue rápidamente. También estaba trabajando en una ejecución en Florida. Se aseguró de que todos supieran que le esperaba un avión. Uno de sus equipos de rodaje se quedaría dos días más en Slone, con la esperanza de que hubiera algún acto violento.

El jueves por la noche, Fordyce estaría en Huntsville, buscando el drama y rezando por que no se pospusiera la ejecución. Su parte favorita del programa era la entrevista posterior a la ejecución, en la que hablaba con la familia de la víctima justo después de que salió de la cárcel. Emocionalmente solían estar hechos papilla. Sabía que Reeva iluminaría la pantalla.

Capítulo 9

Dana tuvo que pasarse casi dos horas al teléfono, usando todas sus dotes de persuasión, para encontrar a un subsecretario que estuviera dispuesto a rebuscar en el registro indicado y confirmar que el 6 de enero de 1999 habían detenido a un tal Travis Boyette en Slone, Texas, por conducir borracho. Ya en la cárcel, se habían añadido acusaciones de mayor gravedad. Boyette había pagado la fianza y se había marchado de la ciudad. Más tarde, al ser detenido y condenado a diez años de cárcel en Kansas, se desestimaron los cargos y se archivó la causa. El funcionario explicó que el sistema seguido en Slone era eliminar los casos que no se quisiera o no se pudiera llevar adelante. En el caso de Boyette no había ningún auto pendiente, al menos en Slone y en el condado de Chester.

Keith, que no podía dormir, y que a las tres y media de la madrugada se preparó su primera cafetera, llamó por primera vez al bufete del señor Flak a las siete y media de la mañana. No estaba muy seguro de lo que le diría al abogado si se lo pasaban al teléfono, pero él y Dana habían decidido que no podían quedarse cruzados de brazos. En vista de que la recepcionista de Flak se lo quitaba de encima, llamó a otro abogado.

Matthew Burns era fiscal adjunto, y parroquiano activo de St. Mark. El y Keith tenían la misma edad, y habían entrenado juntos los equipos de béisbol infantil de sus hijos. Por suerte, aquel martes por la mañana Burns no tenía ningún juicio, aunque sí estaba en los juzgados, muy ocupado con comparecencias iniciales y otras cuestiones rutinarias. Keith encontró la sala, una de las muchas del juzgado, y asistió al curso de la justicia desde un asiento de las últimas filas. Después de una hora, empezó a ponerse nervioso y tuvo ganas de salir, pero no sabía muy bien adónde ir. Burns finalizó otra comparecencia ante el juez, se guardó los papeles en el maletín y se dirigió a la puerta. Saludó con la cabeza a Keith, que lo siguió. Encontraron un lugar a salvo del bullicio de los pasillos: un banco de madera muy gastado, junto a una escalera.

—Te veo muy mal —dijo Burns afablemente.

—Gracias. No sé si es una manera muy educada de saludar a tu pastor. Esta noche no he podido dormir, Matthew. Ni un minuto. ¿Has mirado la web?

—Sí, en el bufete, durante unos diez minutos. Drumm no me sonaba de nada, pero bueno, son casos que tienden a confundirse. Por aquí son bastante rutinarios.

—Drumm es inocente, Matthew —dijo Keith, con una convicción que sorprendió a su amigo.

—Bueno, es lo que pone en la web, pero no será el primer asesino que se proclame inocente.

Casi nunca hablaban de cuestiones jurídicas, ni de nada relacionado con la pena de muerte. Keith daba por supuesto que Matthew, como fiscal, era partidario de ella.

—El asesino está aquí, en Topeka, Matthew. El domingo por la mañana estuvo en la iglesia, probablemente a pocos bancos de donde estabais tú y tu familia.

—Soy todo oídos.

—Acaban de concederle la condicional. Está pasando noventa días en la casa de reinserción, y se está muriendo de un tumor cerebral. Ayer pasó por la oficina parroquial para que lo aconsejase. Tiene un largo historial de agresiones sexuales. He hablado dos veces con él, y ha admitido que violó y mató a la chica (confidencialmente, claro). Sabe dónde está enterrado el cadáver. No quiere que ejecuten a Drumm, pero tampoco quiere declarar. Es un desastre, Matthew, un psicópata enfermo de verdad, que en pocos meses también estará muerto.

Matthew espiró y sacudió la cabeza, como si le hubieran dado una bofetada.

—¿Te puedo preguntar por qué estás tan metido en el asunto?

—No lo sé, pero lo estoy. Sé la verdad. La cuestión es qué hay que hacer para impedir la ejecución.

—Santo Dios, Keith.

—Sí, con él también he hablado, y todavía espero que me oriente; pero mientras espero que lo haga, también necesito que tú me orientes un poco. He llamado al bufete de la defensa, en Texas, pero no ha servido de nada.

—¿Estos temas no tienes que guardarlos en secreto?

—Sí, y lo haré, pero ¿y si el asesino decide sincerarse y contar la verdad para que no ejecuten al otro? ¿Entonces qué? ¿Qué hacemos?

—¿«Hacemos»? No tan rápido, colega.

—Ayúdame, Matthew. Yo no entiendo de leyes. He leído la web hasta quedarme bizco, pero cuanto más leo más me desconcierta. ¿Cómo se puede condenar a alguien por un asesinato sin que haya ningún cadáver? ¿Cómo se puede dar crédito a una confesión que está clarísimo que la policía consiguió a la fuerza? ¿Por qué dejan declarar a los chivatos de la cárcel a cambio de rebajarles la condena? ¿Cómo es posible que a un acusado negro le toque un jurado formado solo por blancos? ¿Cómo puede ser tan ciego un tribunal? ¿Dónde están los tribunales de apelación? Tengo una larga lista de preguntas.

—Pues yo no puedo contestar a todas, Keith. De todos modos, parece que la única importante es la primera: ¿cómo impedir la ejecución?

—Es lo que te pregunto, chico; el abogado eres tú.

—Está bien, está bien, déjame pensar un minuto. ¿Verdad que necesitas un café?

—Sí, solo me he tomado cinco litros.

Bajaron por una escalera a un pequeño bar donde encontraron una mesa en un rincón. Keith invitó a café y se sentó.

—Necesitas el cadáver —dijo Matthew—. Si el hombre que dices puede enseñar el cadáver, es probable que los abogados de Drumm consigan un indulto de los tribunales. Si no, la ejecución también podría suspenderla el gobernador. No estoy muy seguro de cómo funciona en Texas; cada estado es diferente, pero sin el cadáver tu amigo parecerá otro loco de los que buscan llamar la atención. Ten en cuenta que habrá peticiones de último minuto, Keith, como siempre. Los abogados expertos en pena de muerte saben utilizar el sistema, y muchas ejecuciones se aplazan. Puede que tengas más tiempo de lo que crees.

—Texas es bastante eficaz.

—En eso tienes razón.

—Hace dos años, a Drumm le faltaba una semana para que lo ejecutasen. Salió bien alguna instancia en un juzgado federal, aunque no me pidas detalles; lo he leído esta noche, y sigo sin tenerlo muy claro. El caso es que, según la web, ahora es poco probable un milagro de última hora. Su milagro, Drumm ya lo ha tenido. Se le ha acabado la suerte.

—Es esencial encontrar el cadáver. Es la única prueba clara de que ese hombre dice la verdad. ¿Tú sabes dónde está? Si lo sabes, no me lo expliques. Dime solo si lo sabes.

—No. Me dijo el estado, la localidad más próxima y la ubicación aproximada, pero también me dijo que lo había escondido tan bien que incluso a él le sería difícil encontrarlo.

—¿Es en Texas?

—En Missouri.

Matthew sacudió la cabeza y bebió un buen sorbo.

—¿Y si es un mentiroso como tantos, Keith? —preguntó—. Yo me encuentro cada día con una docena. Mienten sobre cualquier cosa. Mienten por costumbre. Mienten aunque les beneficiase mucho más la verdad. Mienten en el banquillo de los acusados, y a sus propios abogados; y cuanto más tiempo pasan en la cárcel, más mienten.

—Tiene el anillo de graduación de la chica, Matthew. Lo lleva al cuello, colgado de una cadena barata. La estuvo persiguiendo. Lo tenía obsesionado. Me enseñó el anillo. Yo lo cogí y lo examiné.

—¿Estás seguro de que es auténtico?

—Si lo vieras tú, dirías que es auténtico.

Otro largo sorbo. Matthew miró el reloj.

—¿Tienes que irte?

—Dentro de cinco minutos. ¿Está dispuesto a ir a Texas y proclamar la verdad?

—No lo sé. Dice que si sale de su jurisdicción infringirá la libertad condicional.

—En eso no miente; pero si se está muriendo, ¿qué más le da?

—Se lo pregunté, y me contestó con vaguedades. Además, no tiene dinero ni medios para el viaje. Su credibilidad es nula. Nadie le dará ni la hora.

—¿Por qué has llamado al abogado?

—Porque estoy desesperado, Matthew. Yo a este hombre lo creo, y también creo que Drumm es inocente. Puede que el abogado de Drumm sepa qué hacer. Yo no.

Hubo un paréntesis en la conversación. Matthew asintió con la cabeza y habló con dos abogados de la mesa contigua. Volvió a mirar el reloj.

—Una última pregunta —dijo Keith—, puramente hipotética. ¿Y si lo convenzo de que vaya a Texas cuanto antes y empiece a contar su versión?

—Acabas de decir que no puede ir.

—Ya, pero ¿y si lo llevo yo?

—Ni hablar, Keith. Serías cómplice de infringir el pacto de libertad condicional. Rotundamente no.

—¿Es muy grave?

—No estoy seguro, pero podría ponerte en una situación incómoda, y vete a saber si no te apartarían del sacerdocio. Dudo que fueras a la cárcel, pero doloroso lo sería.

—¿Pues cómo quieres que vaya él a Texas?

—Creía que habías dicho que no tiene decidido ir.

—Pero ¿y si se decide?

—Cada cosa a su tiempo, Keith. —Tercera mirada al reloj—. Oye, me tengo que ir volando. Si te parece, quedamos para almorzar algo rápido y acabamos de hablarlo.

—Buena idea.

—Aquí, a la vuelta de la esquina, la de la calle Siete, hay un sitio que se llama Eppie's. Podríamos hablar tranquilamente en una de las mesas del fondo.

—Ya lo conozco.

—Nos vemos a las doce.

En el mostrador de Anchor House estaba el mismo ex recluso de ceño permanente, enfrascado en un crucigrama. No le gustó mucho que lo interrumpiesen. Dijo secamente que Boyette no estaba. Keith insistió con suavidad.

—¿Está trabajando?

—Está en el hospital. Se lo llevaron ayer por la noche.

—¿Qué tenía?

—Ataques. No sé nada más. El tipo está jodido de verdad, en varios sentidos.

—¿A qué hospital?

—Yo no conducía la ambulancia.

Retomó su crucigrama sin decir nada más. La conversación se había terminado.

Keith encontró al paciente en la segunda planta del hospital St. Francis, en una habitación para dos, junto a la ventana. Las dos camas estaban separadas por una cortina muy delgada. En calidad de pastor visitante —cuyo rostro, además, no era desconocido—, Keith dijo a la enfermera que el señor Boyette había asistido a su iglesia, y que tenía que verlo. No hizo falta más.

Boyette estaba despierto, con una vía intravenosa en la mano izquierda. Al ver a Keith, sonrió y tendió flácidamente su mano derecha para un rápido apretón.

—Gracias por venir, pastor —dijo con voz débil y ronca.

—¿Cómo se encuentra, Travis?

Pasaron cinco segundos. Boyette levantó ligeramente la mano izquierda.

—Estos medicamentos son eficaces —dijo—. Me encuentro mejor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Keith, aunque creyera saberlo.

Boyette desvió la mirada hacia la ventana, aunque solo se viera el cielo gris. Pasaron diez segundos.

—Después de que se fuera usted, pastor, me puse nervioso de verdad. Tuve unos dolores tremendos de cabeza, que no había manera de que se fueran. Luego me quedé inconsciente, y me trajeron aquí, dicen que con temblores y sacudidas.

—Lo siento, Travis.

—La culpa es casi toda suya, pastor. Fue usted quien me estresó.

—Lo siento mucho, pero haga el favor de recordar que vino a verme usted a mí, Travis. Quería que lo ayudase. Fue usted quien me habló de

Donté Drumm y de Nicole Yarber, dos personas que no me sonaban de nada. Dijo lo que dijo. Nuestro contacto no lo empecé yo.

—Es verdad.

Boyette cerró los ojos. Respiraba pesadamente, con dificultad.

Hubo una larga pausa. Keith se inclinó.

—¿Me oye, Travis? —preguntó, casi susurrando.

—Sí.

—Pues escúcheme. Tengo un plan. ¿Quiere oírlo?

—Sí, claro.

—Primero hacemos un vídeo en el que usted cuenta su historia. Reconoce lo que le hizo a Nicole. Explica que Donté no tuvo nada que ver con su rapto y su muerte. Lo cuenta todo, Travis. Y explica dónde está enterrada, con el mayor detalle posible, para que con algo de suerte la puedan encontrar. Hacemos el vídeo ahora mismo, aquí, en el hospital; y una vez que yo lo tenga, lo mandaré a Texas, a los abogados de Donté, al fiscal, al juez, a la policía, a los tribunales de apelación, al gobernador y a todos los periódicos y cadenas de televisión que haya, para que se enteren. Se enterará todo el mundo. Lo haré electrónicamente, para que llegue en cuestión de minutos. Después, para la segunda parte de mi plan, usted me da el anillo. Yo lo fotografío y mando las fotos a toda la gente a la que acabo de nombrar, también por internet. Mandaré el anillo a los abogados de Donté por mensajería exprés; así tendrán la prueba física. ¿Qué le parece, Travis? Así puede contar su historia sin salir de esta cama de hospital.

Los ojos no se abrieron.

—¿Me oye, Travis?

Un gruñido.

—Mmmm.

—Funcionará, Travis. No podemos demorarlo más.

—Es una pérdida de tiempo.

—¿Qué se pierde? Solo la vida de un inocente.

—Anoche me llamó mentiroso.

—Eso fue porque mintió.

—¿Ha encontrado la ficha de mi detención en Slone?

—Sí.

—O sea que no era mentira.

—No, eso no, y lo que dice de Donté Drumm tampoco.

—Gracias. Ahora voy a dormir.

—Vamos, Travis, no tardaremos ni un cuarto de hora en hacer el vídeo. Si quiere, puedo hacerlo ahora mismo, con mi móvil.

—Me está dando otra vez dolor de cabeza, pastor. Noto un ataque. Tiene que irse ahora mismo; y no vuelva, por favor.

Keith se irguió y respiró profundamente. Boyette repitió sus palabras con mucha más fuerza, para asegurarse de que dejaba las cosas claras.

—Tiene que irse, pastor. Y no vuelva, por favor.

Se sentaron al fondo de Eppie's, frente a sendos cuencos grandes de estofado de buey. Matthew sacó unos apuntes del bolsillo y habló con la boca llena.

—No hay ningún punto específico del código penal, pero probablemente te acusasen de obstrucción a la justicia. Que no se te ocurra llevarte a Texas a aquel tipo.

—Acabo de hablar con nuestro hombre. Está...

—¿Nuestro hombre? No era consciente de haber sido reclutado.

—Está en el hospital. Por la noche ha tenido varios ataques. El tumor le está matando muy deprisa. Ha perdido las ganas de ayudar a la causa. Es un mal bicho, un psicópata; probablemente ya estuviera loco antes de que le saliera un tumor en el cerebro.

—¿Para qué fue a la iglesia?

—Probablemente para salir un par de horas de la casa de reinserción. No, eso no debería decirlo. Yo le he visto una emoción sincera, un sentimiento de culpa real, y el deseo fugaz de hacer las cosas bien. Dana ha encontrado a uno de los que supervisaban su libertad condicional en Arkansas. Ha hablado un poco con ella, y le ha dicho que en la cárcel nuestro hombre fue miembro de una especie de pandilla de supremacistas blancos. Donté Drumm es negro, claro, y me pregunto hasta qué punto se compadece de él.

—No comes nada —dijo Matthew, tomando otro bocado.

—No tengo hambre. Se me ocurre otra idea.

—Tú a Texas no te vas. Lo más probable es que te pegaran un tiro.

—Está bien, está bien. Tengo una idea. ¿Y si llamas tú al abogado de Donté Drumm? Yo no he conseguido pasar de la recepcionista. Solo soy un humilde servidor de Dios; en cambio, tú eres abogado, fiscal, y hablas su idioma.

—¿Y qué le digo?

—Podrías decirle que tienes motivos para pensar que el verdadero asesino está aquí, en Topeka.

Matthew masticó un bocado y esperó.

—¿Ya está? —dijo—. Así, como si nada. El abogado recibe una llamada rara. ¿Le digo lo que le digo, que no es gran cosa, y se supone que con eso tendrá nueva munición que presentar ante los tribunales, e impedirá la ejecución? ¿Lo he entendido bien, Keith?

—Sé que puedes ser más convincente que eso.

—A ver qué te parece esta hipótesis. El mal bicho en cuestión es el típico mentiroso patológico que está a punto de morir, el pobre, y decide despedirse a lo grande e intentar vengarse por última vez de un sistema que lo ha machacado. Se entera de este caso en Texas, investiga, se da cuenta de que no han encontrado el cadáver, y listos: ya tiene su historia. Encuentra la web, se aprende los datos hasta dominarlos y ahora juega contigo. ¿Te imaginas la atención que recibiría? Lo malo es que su salud se niega a colaborar. Déjalo correr, Keith. Probablemente todo sea falso.

—¿Cómo podía enterarse del caso?

—Ha salido en la prensa.

—¿ Cómo podía encontrar la web ?

—¿Te suena de algo Google?

—No tiene acceso a ningún ordenador. Los últimos seis años los ha pasado en Lansing. Los presos no tienen acceso a internet. Deberías saberlo. ¿Te imaginas qué pasaría si pudieran navegar? Con tanto tiempo libre... Ningún software del mundo estaría a salvo. En la casa de reinserción no puede acceder a ningún ordenador. Es un hombre de cuarenta y cuatro años, Matthew, y desde que es adulto se ha pasado casi toda la vida en la cárcel. Probablemente le den miedo los ordenadores.

—¿Y la confesión de Drumm? ¿No te preocupa?

—Pues claro que sí, pero según la web...

—Vamos, Keith; la hacen sus abogados. Luego hablan de parcialidad. Es tan tendenciosa que pierde toda credibilidad.

—¿Y el anillo?

—Un anillo de graduación como hay miles de millones. No es que sea muy difícil de hacer o de copiar.

Keith se quedó caído de hombros. De repente estaba muy cansado, sin fuerzas para seguir discutiendo.

—Necesitas dormir, amigo mío —dijo Matthew—. Y necesitas olvidarte de este caso.

—Quizá tengas razón.

—Yo creo que sí. Y si el jueves, al final, hay ejecución, no te flageles. Hay muchas probabilidades de que sea el culpable.

—Hablas como un verdadero fiscal.

—Que resulta que es tu amigo.

Capítulo 10

El 29 de octubre de 1999, dos semanas después de ser condenado, Donté Drumm llegó al corredor de la muerte de la Unidad Ellis de la cárcel de Huntsville, una localidad de treinta y cinco mil habitantes situada a unos ciento cincuenta kilómetros al norte del centro de Houston. Lo procesaron y le entregaron el vestuario estándar, compuesto por dos juegos de camisa blanca y pantalón, dos monos blancos, cuatro calzoncillos bóxer, dos camisetas blancas, unas chanclas de goma para la ducha, una manta fina y una almohada pequeña. También le dieron un cepillo de dientes, un tubo de dentífrico, un peine de plástico y un rollo de papel higiénico. Se le asignó una celda de reducidas dimensiones, con cama de cemento, y váter y lavabo de acero inoxidable. A partir de ese momento quedó convertido en uno de los cuatrocientos cincuenta y dos reclusos de sexo masculino del corredor de la muerte. Otra cárcel, cerca de Gatesville, Texas, alojaba a veintidós mujeres condenadas a la pena capital.

Como no tenía antecedentes de mala conducta en la cárcel, fue clasificado como de nivel I, y como tal gozó de algunos privilegios adicionales. Podía trabajar hasta cuatro horas al día en el taller textil del corredor de la muerte. Podía pasar el tiempo destinado al ejercicio físico en un patio, con algunos reclusos más. Podía ducharse una vez al día, solo, sin vigilancia. Podía participar en ceremonias religiosas, talleres de artesanía y programas educativos. Podía recibir un máximo de setenta y cinco dólares mensuales del exterior. Podía comprarse un televisor, una radio, material de escritura y algo de comida en el economato. También tenía derecho a dos visitas semanales. A los infractores de la normativa se los degradaba al nivel II, donde se recortaban los privilegios. Los de mala conducta quedaban reducidos al nivel III, donde se les quitaban todas las golosinas.

Aunque Donté llevara casi un año en una cárcel de condado, el impacto del corredor de la muerte fue abrumador. El ruido era incesante: radios y teles a todo volumen, las bromas que se hacían constantemente los demás reclusos, los gritos de los vigilantes, los pitidos y borboteos de las viejas tuberías y el abrir y cerrarse de las puertas de las celdas. En una carta a su madre escribió: «La bulla nunca para, nunca. Yo intento ignorarla, y lo consigo más o menos durante una hora, pero luego empieza a gritar alguien, o a desafinar, se pone a berrear un vigilante, y todo el mundo se ríe. Lo mismo a todas horas. A las diez de la noche se apagan las radios y las teles, y es cuando los bocazas empiezan a decir

tonterías. Por si no fuera bastante malo vivir en una jaula como un animal, el ruido me está volviendo loco».

Sin embargo, pronto se dio cuenta de que podía soportar el cautiverio y sus rituales. De lo que no estaba tan seguro era de poder vivir sin su familia y sus amigos. Echaba de menos a sus hermanos y a su padre, pero la idea de verse permanentemente separado de su madre bastaba para hacerle llorar. Lloraba durante horas, siempre boca abajo, a oscuras, y sin hacer ruido.

El corredor de la muerte es una pesadilla para los asesinos en serie y para los que han matado con un hacha. Para un inocente es una vida de tortura mental que el espíritu humano no está en condiciones de superar.

La pena de muerte de Donté adquirió un nuevo sentido el 16 de noviembre, cuando Desmond Jennings fue ejecutado por haber matado a dos personas durante una venta de droga frustrada. El día 17 fue a John Lamb a quien ejecutaron por el asesinato de un viajante al día siguiente de haber salido de la cárcel en libertad condicional. Un día más tarde, el 18 de noviembre, fue ejecutado José Gutiérrez por un robo a mano armada y un asesinato cometidos junto con su hermano. Al hermano lo habían ejecutado cinco años antes. Jennings llevaba cuatro años en el corredor de la muerte; Lamb, dieciséis y Gutiérrez, diez. Un vigilante explicó a Donté que la estancia media en el corredor de la muerte antes de la ejecución era de diez años, la más corta del país, dijo orgulloso. También en esto Texas era el número uno.

—Pero no te preocupes —añadió—. Serán los diez años más largos de tu vida, y los últimos, claro.

Ja, ja.

Tres semanas más tarde, el 8 de diciembre, David Long fue ejecutado por matar a tres mujeres con un hacha en las afueras de Dallas. Durante el juicio dijo al tribunal que si no lo condenaban a muerte volvería a matar. El jurado le hizo caso. El 9 de diciembre ejecutaron a James Beathard por otro triple homicidio. Cinco días más tarde le llegó el turno a Robert Atworth, después de solo tres años en el corredor de la muerte. Al día siguiente ejecutaron a Sammie Felder, tras veintitrés años de espera.

Después de la muerte de Felder, Donté escribió una carta a Robbie Flak donde ponía: «Oye, tío, aquí la cosa va en serio. Siete muertos en cuatro semanas. Sammie era el número ciento noventa y nueve, desde que hace unos años volvieron a dar luz verde. En lo que va de año ha sido el treinta y cinco, y tienen programados a cincuenta para el año que viene. Tienes que hacer algo, tío».

Las condiciones de vida fueron de mal en peor. Los responsables del Departamento de Justicia Criminal de Texas habían iniciado el traslado del corredor de la muerte desde Huntsville a la Unidad Polunsky, cerca de la localidad de Livingston, a unos sesenta kilómetros. Aunque no se diera ninguna razón oficial, el traslado llegó después de una tentativa malograda de fuga por parte de cinco presos condenados. A cuatro los

cogieron dentro de la cárcel. El quinto apareció flotando en el río, sin que se esclareciesen las causas de su muerte. Poco después se tomó la decisión de reforzar la seguridad y de trasladar a los hombres a Polunsky. Tras cuatro meses en Huntsville, Donté fue esposado y subido con veinte presos más a un autobús.

En la nueva cárcel le asignaron una celda que medía menos de dos metros por tres. No había ventanas. La puerta era de metal macizo, con una pequeña abertura cuadrada para que los vigilantes pudiesen controlar el interior. Debajo había una ranura estrecha para una bandeja de comida. Era una celda sin salida al exterior, sin barrotes por los que mirar ni modo alguno de ver a otras personas; un búnker asfixiante de hormigón y acero.

Los gestores de la cárcel decidieron que la mejor manera de controlar a los presos y de evitar fugas y actos violentos eran veintitrés horas diarias de encierro. Se eliminaron prácticamente todas las formas de contacto entre reclusos: nada de programas de trabajo, ni de ceremonias religiosas, ni de recreo en grupo, ni de cualquier otra cosa que permitiera la interrelación humana. Se prohibieron los televisores. Durante una hora diaria Donté era llevado a una «sala de día», un pequeño espacio interior, apenas más grande que su celda, donde en principio debía disfrutar de cualquier pasatiempo que pudiera confeccionar mentalmente, a solas y con la supervisión de un vigilante. Dos veces por semana, si lo permitía el clima, lo sacaban a una zona pequeña y medio cubierta de hierba que recibía el nombre de «la caseta del perro», y podía mirar el cielo durante una hora.

Por curioso que parezca, en poco tiempo empezó a añorar el incesante ruido que tanto despreciaba en Huntsville.

Tras un mes en Polunsky, escribió en una carta a Robbie Flak: «Estoy encerrado veintitrés horas al día en este armario. La única vez que hablo con alguien es cuando los vigilantes traen la comida, o lo que aquí llaman comida; o sea que solo veo a vigilantes, no al tipo de gente que elegiría yo. Estoy rodeado de asesinos, de asesinos de verdad, pero preferiría hablar con ellos que con los vigilantes. Aquí todo está pensado para que se viva lo peor posible. Las comidas, por ejemplo. Nos dan el desayuno a las tres de la madrugada. ¿Por qué? Nadie lo sabe, ni lo pregunta. Nos despiertan para darnos de comer una bazofia que haría salir corriendo a la mayoría de los perros. La comida es a las tres de la tarde, y la cena a las diez de la noche. De desayuno, huevos fríos y pan blanco, y a veces compota de manzana y creps. Para comer, bocadillos de mantequilla de cacahuete, y a veces mortadela de la mala; para cenar, pollo de goma y puré de paquete. Un juez de no sé dónde dijo que tenemos derecho a dos mil doscientas calorías al día (seguro que lo sabes), y si les parece que se han quedado un poco cortos lo único que hacen es añadir pan blanco, que siempre está en mal estado. Ayer me dieron para comer cinco rebanadas de pan blanco, judías con tocino frías y un trozo de queso cheddar mohoso. ¿Podemos poner una demanda por la comida? Seguro que ya lo ha hecho alguien. De todos modos, la comida todavía la soporto, y que me

cacheen a todas horas; creo que puedo soportarlo todo, Robbie, pero el aislamiento me resulta insoportable. Haz algo, por favor».

Dormía doce horas al día, aún más deprimido y desanimado que antes. Para luchar contra el aburrimiento, repasaba mentalmente todos los partidos de su época del instituto. Hacía ver que era un locutor de radio que describía las jugadas de manera pintoresca, siempre con el gran Donté Drumm como estrella. Desgranaba los nombres de sus compañeros de equipo, con la única excepción de Joey Gamble, y ponía nombres ficticios a sus adversarios. Doce partidos en segundo curso, y trece en tercero; y aunque en ambas ocasiones Marshall hubiera ganado a Slone en las finales, dentro de la cárcel Donté no aceptaba eso. Aquellos partidos los habían ganado los Slone Warriors, que seguían en su progresión hasta arrasar con el Odessa Permian en la gran final del estadio de los Cowboys, ante setenta y cinco mil hinchas. Donté era nombrado mejor jugador de Texas esos dos años, algo sin precedentes.

Después de los partidos, y tras poner punto final a las retransmisiones, escribía cartas; su objetivo diario era escribir al menos cinco. Leía la Biblia durante horas, y se aprendía de memoria versículos de las Escrituras. Cuando Robbie presentó otro grueso escrito ante otro tribunal, Donté leyó hasta la última coma. Lo demostraba escribiendo a su abogado largas cartas de agradecimiento.

Sin embargo, después de un año de aislamiento, empezó a tener miedo de perder la memoria. Se le escapaban los resultados de sus antiguos partidos. Los nombres de sus compañeros de equipo caían en el olvido. Ya no podía recitar de un tirón los veintisiete libros del Nuevo Testamento. Estaba somnoliento, y no conseguía superar la depresión. Se le desintegraba el cerebro. Dormía dieciséis horas al día, y solo comía la mitad de lo que le traían.

El 14 de marzo de 2001 ocurrieron dos cosas que casi pudieron con él. La primera fue una carta de su madre: tres páginas escritas con la letra que él tanto quería. Después de leer la primera página, no siguió adelante. Era incapaz de leer toda una carta. Quería hacerlo, era consciente de tener que hacerlo, pero la vista se le desenfocaba y su cerebro no asimilaba las palabras de su madre. Al cabo de dos horas recibió la noticia de que el Tribunal Penal de Apelación de Texas había confirmado su condena. Lloró durante mucho rato. Luego se estiró en la cama y se quedó mirando al techo, en una bruma medio catatónica. No se movió en varias horas. Se negó a comer.

Durante el último partido de tercer curso, en las finales contra Marshall, un defensa de ciento cuarenta kilos le había pisado la mano izquierda, aplastándolo y fracturándole tres dedos. El dolor fue inmediato, y tan intenso que casi lo hizo desmayarse. Un entrenador le juntó los dedos con cinta adhesiva, y en la siguiente serie Donté volvió a jugar. Jugó como un salvaje casi toda la segunda mitad. El dolor lo enloquecía. Entre jugada y jugada, miraba estoicamente el pelotón ofensivo sin sacudir la mano ni tocarla una sola vez, negándose a

reconocer el dolor que empañaba sus ojos. De algún lugar sacó la voluntad de hierro y la increíble dureza necesarias para acabar el partido.

Aunque de aquella puntuación tampoco se acordara ya, juró buscar de nuevo en lo más hondo de sus entrañas, en los estratos subconscientes de un cerebro que le estaba fallando, y encontrar la voluntad necesaria para no caer en la demencia. Logró levantarse de la cama, y al caer al suelo hizo veinte flexiones. Después hizo abdominales hasta que le dolió la barriga. Corrió sin moverse de su sitio hasta que ya no pudo levantar los pies. Sentadillas, levantamientos de piernas y más flexiones y abdominales. Empapado de sudor, se sentó a preparar un horario. Cada mañana, a las cinco, iniciaría una serie exacta de ejercicios, y la practicaría sesenta minutos sin parar. A las seis y media escribiría dos cartas. A las siete memorizaría un nuevo versículo de las Escrituras. Y así el resto del día. Su objetivo era mil flexiones y mil abdominales diarios. Escribiría diez cartas, sin limitarse a su familia y a sus mejores amigos. Se buscaría nuevas amistades por correspondencia. Leería como mínimo un libro al día. Reduciría las horas de sueño a la mitad. Empezaría un diario.

Estos objetivos, pulcramente anotados, recibieron el título de «La Rutina», y quedaron pegados a la pared, junto al espejo de metal. Donté encontró el entusiasmo necesario para ceñirse a ese régimen que emprendía cada mañana. Al cabo de un mes hacía mil doscientas flexiones y otros tantos abdominales al día, y el endurecimiento de sus músculos le procuraba bienestar. El ejercicio hizo que la sangre volviera a circular por su cerebro. La lectura y la escritura le abrieron nuevos mundos. Una chica de Nueva Zelanda le escribió una carta, a la que él respondió inmediatamente. Se llamaba Millie; tenía quince años y sus padres le daban permiso para escribir a Donté, aunque leían su correspondencia. Cuando Millie mandó una pequeña foto, Donté se enamoró. Pronto llegó a las dos mil flexiones y abdominales, azuzado por el sueño de conocer alguna vez a Millie. Su diario estaba lleno de escenas eróticas muy gráficas de la pareja viajando por todo el mundo. Millie le escribía una vez al mes, y por cada carta que echaba al correo recibía un mínimo de tres.

Roberta Drumm tomó la decisión de no contarle a Donté que su padre se estaba muriendo de una enfermedad cardíaca. Durante una de sus muchas visitas habituales, cuando le dijo que su padre había muerto, el frágil mundo de Donté empezó a resquebrajarse de nuevo. Saber que su padre había fallecido antes de que él pudiera salir de la cárcel, libre de cualquier acusación, resultó demasiado para él. Se permitió infringir su rígida rutina. Primero se la saltó un día, y luego otro. No paraba de llorar y temblar.

Después lo dejó Millie. Sus cartas llegaban hacia el día 15, todos los meses, durante más de dos años, sin contar las postales de cumpleaños y de Navidad, hasta que se interrumpieron por razones que Donté nunca supo. El siguió mandando cartas y más cartas, pero no recibía nada a cambio. Acusó a los celadores de esconderle el correo, y hasta convenció a Robbie de que amenazara a las autoridades de la cárcel; sin embargo,

poco a poco aceptó el hecho de que Millie ya no daba señales de vida, y cayó en una oscura y larga depresión en la que perdió todo interés por la Rutina. Empezó una huelga de hambre: estuvo diez días sin comer, pero en vista del desinterés general, renunció. Estuvo semanas sin hacer ejercicio, sin leer ni escribir en su diario; sus únicas cartas eran para su madre y para Robbie. No tardó mucho en volver a olvidar los resultados de viejos partidos, y solo se acordaba de algunos versículos bíblicos, los más famosos. Se quedaba durante horas con la vista clavada en el techo, murmurando sin parar:

—Dios mío, se me va la cabeza.

La sala de visitas de Polunsky es un espacio grande, abierto, lleno de mesas, sillas y máquinas expendedoras en las paredes. En el centro hay una larga hilera de cabinas, separadas por cristales. Los reclusos se sientan a un lado, y las visitas al otro, y todas las conversaciones son por vía telefónica. Detrás de los reclusos siempre hay guardias vigilando. En un lado hay tres cabinas que se usan para las visitas de abogados; también tienen divisorias de cristal, y todas las consultas son asimismo telefónicas.

Durante los primeros años, a Donté le entusiasmaba ver a Robbie Flak sentado ante el pequeño mostrador del otro lado del cristal. Robbie era su abogado, su amigo, su entregado defensor, y el hombre que resolvería aquel inaudito error. Robbie era un luchador encarnizado y sin pelos en la lengua, que amenazaba con el fuego eterno a todo el que maltratase a su cliente. Gran parte de los condenados tenían malos abogados en el exterior, o ninguno. Sus apelaciones habían seguido su curso, y el sistema ya se los había ventilado. Fuera no había nadie que abogase por ellos. En cambio, Donté tenía a Robbie Flak, y sabía que siempre, en algún momento del día, su abogado pensaba en él y buscaba nuevas maneras de sacarlo de allí.

Tras ocho años en el corredor de la muerte, sin embargo, Donté ya había perdido la esperanza. No es que hubiera perdido la fe en Robbie, sino que se había dado cuenta de que los sistemas de Texas eran mucho más poderosos que un solo abogado. Solo un milagro podía evitar que aquella injusticia siguiera su curso. Robbie le había explicado que elevarían una petición tras otra hasta el final, pero también era realista.

Hablaron a través del teléfono, contentos de verse. Robbie le dio recuerdos de toda la familia Drumm. Había estado en su casa la noche anterior, y se lo explicó en detalle. Donté escuchaba sonriendo, pero apenas dijo nada. Sus facultades para la conversación se habían deteriorado, como todo lo demás. Físicamente era un hombre de veintisiete años flaco y encorvado. Mentalmente estaba hecho un desastre. Perdía la noción del tiempo, nunca sabía si era de noche o de día, y se saltaba a menudo las comidas, las duchas y su hora diaria de recreo. No quería decir ni una palabra a los celadores, y a menudo le costaba seguir sus órdenes más básicas. Ellos le tenían cierta compasión,

sabedores de que no era peligroso. A veces dormía entre dieciocho y veinte horas al día, y cuando no dormía era incapaz de hacer otra cosa. Llevaba años sin hacer ejercicio. Nunca leía, y aunque consiguiera escribir una o dos cartas por semana, solo eran para su familia y para Robbie. Eran cartas breves, en muchos casos incoherentes, y llenas de palabras mal escritas y errores garrafales de gramática. La letra era tan torpe que daba lástima. No era agradable abrir un sobre con una carta de Donté.

La doctora Kristi Hinze había analizado centenares de cartas escritas por Donté durante sus ocho años en el corredor de la muerte, y estaba convencida de que estar incomunicado lo había alejado mucho de la realidad. Se sentía deprimido, somnoliento, con ideas delirantes, paranoico, esquizofrénico y con impulsos suicidas. Oía voces, concretamente las de su difunto padre y de su entrenador de fútbol americano en el instituto. Por decirlo en lenguaje de la calle: se le había secado el cerebro. Estaba loco.

Tras un par de minutos dedicados a resumir el estado de los recursos de última hora, y a exponer lo que estaba programado para los dos días siguientes, Robbie le presentó a la doctora Hinze. Ella se sentó, cogió el teléfono y saludó. Robbie se quedó muy cerca de ella, a sus espaldas, con una libreta y un bolígrafo. Durante más de una hora, la doctora le hizo preguntas sobre la rutina diaria de Donté, sus hábitos, sueños, pensamientos, deseos e ideas acerca de la muerte, y Donté la sorprendió al decir que mientras él estaba en el corredor de la muerte habían ejecutado a doscientos trece hombres. Robbie confirmó la exactitud del dato. Sin embargo, ya no hubo más sorpresas, ni más concreciones. Ella indagó exhaustivamente en las razones por las que estaba preso, y por las que iban a ejecutarlo. Donté no lo sabía, ni entendía que le estuvieron haciendo todo aquello. Sí, estaba seguro de que estaban a punto de ejecutarlo. Solo había que ver a los otros doscientos trece.

La doctora Hinze tuvo bastante con una hora. Devolvió el teléfono a Robbie, que se sentó y empezó a exponer los detalles para el jueves. Le dijo a Donté que su madre estaba decidida a presenciar la ejecución. Fue un disgusto para el joven, que se echó a llorar, y finalmente dejó el teléfono para limpiarse la cara. Luego ya no quiso cogerlo y, al dejar de llorar, cruzó los brazos en el pecho y fijó la vista en el suelo. Por fin se levantó y fue hacia la puerta que tenía detrás.

El resto del equipo esperaba fuera, dentro de la camioneta, ante la mirada indiferente de un celador. Cuando Robbie y la doctora Hinze regresaron al vehículo, Aaron saludó al celador con la mano y se alejó al volante. Pararon en una pizzería que había en el límite de la ciudad, donde comieron deprisa. Justo cuando se habían instalado en la camioneta y salían de Livingston, sonó el teléfono. Era Fred Pryor. Había llamado Joey Gamble, y quería que fueran a tomar algo al salir del trabajo.

Capítulo 11

En una semana normal, el reverendo Schroeder se pasaba casi toda la tarde del martes encerrado en su despacho, con los teléfonos desconectados, buscando el tema de su siguiente sermón. Analizaba las últimas noticias, pensaba en las necesidades de sus feligreses, rezaba mucho y, si no se le ocurría nada, acudía a su archivo y leía sermones antiguos. Finalmente, cuando saltaba la chispa, redactaba un bosquejo, y a continuación empezaba el texto definitivo. En ese momento ya no estaba bajo presión, y podía practicar y ensayar hasta el domingo. Así y todo, había pocas cosas tan ingratas como despertarse el miércoles por la mañana sin tener la menor idea de lo que diría el domingo.

Sin embargo, teniendo a Travis Boyette en la cabeza, no podía concentrarse en nada más. El martes, después de comer, echó una larga siesta de la que se despertó con la cabeza turbia, casi atontado. Dana se había ido del despacho para ocuparse de los niños. Keith hizo algunas cosillas por la iglesia, sin poder dedicarse a nada productivo. Finalmente se fue. Se le ocurrió ir en coche al hospital, a ver cómo estaba Boyette, con la esperanza de que el tumor hubiera remitido y él se lo hubiera repensado, aunque era improbable.

Mientras Dana preparaba la cena, y los niños estaban ocupados con los deberes, Keith se fue al garaje para estar solo. Su último proyecto era ordenarlo, pintarlo y mantenerlo siempre en perfecto estado. Normalmente disfrutaba con las tareas rutinarias de limpieza, pero incluso eso logró estropearlo Boyette. Al cabo de media hora desistió, se llevó su portátil al dormitorio y cerró con llave. La web de Drumm era como un imán, un suculento novelón del que aún le quedaba mucho por leer.

EL ESCÁNDALO KOFFEE-GRALE

La acusación contra Donté Drumm estaba encabezada por Paul Koffee, fiscal de distrito de Slone y el condado de Chester. La jueza presidenta de la sala en el juicio de Donté era Vivian Grale. Ambos cargos eran electos. En el momento del juicio, Koffee llevaba trece años en el suyo, y Grale, cinco como juez. Koffee y su esposa, Sara, tenían (y siguen teniendo) tres hijos. Grale y su marido, Frank, tenían (y siguen teniendo) dos.

Actualmente los Koffee están divorciados, al igual que los Grale.

La única petición de cierta importancia que concedió la jueza Grale a la defensa fue la de que el juicio se celebrase en otro sitio. Teniendo en cuenta su impacto informativo, en Slone era imposible hacer un juicio

justo. Los abogados de Donté querían trasladarlo muy lejos, y propusieron Amarillo o Lubbock, ambos a unos ochocientos kilómetros de Slone. La jueza Grale acordó la petición —según todos los expertos, en el fondo no tuvo más remedio, ya que celebrar el juicio en Slone habría provocado necesariamente errores revocables—, y decidió que Donté fuera juzgado en París, Texas. El juzgado de París dista exactamente setenta y nueve kilómetros del de Slone. Después de la condena, los abogados de Donté alegaron con vehemencia durante la apelación que celebrar el juicio en París era lo mismo que hacerlo en Slone; tanto es así, que durante el proceso de selección del jurado más de la mitad de los candidatos reconocieron haber oído algo sobre el caso.

Aparte del cambio de ubicación, la jueza Grale se mostró muy poco receptiva a la defensa. Su resolución más decisiva fue aceptar la confesión forzosa de Donté. Sin eso, la acusación no habría tenido base ni prueba alguna. Lo fiaba todo en la confesión.

Pero también hubo otras resoluciones casi igual de perjudiciales. La policía y la acusación recurrieron a una de sus tácticas favoritas al presentar a un chivato de la cárcel, un tal Ricky Stone. Estaba preso por tráfico de drogas, y había aceptado cooperar con el detective Kerber y la policía de Slone. Durante cuatro días lo pusieron en la misma celda que a Donté Drumm, y luego lo sacaron de ella. Donté no volvió a verlo hasta el día del juicio. Stone declaró que Donté hablaba abiertamente de la violación y el asesinato de Nicole, y que decía haberse vuelto loco después de su ruptura. Se veían en secreto desde hacía varios meses, y estaban enamorados, pero ella tenía miedo de que su padre rico dejara de darle dinero al enterarse de que salía con un negro. Stone declaró que el fiscal no le había prometido nada a cambio de su testimonio. Dos meses más tarde de que Donté fuera condenado, Stone se declaró culpable de un delito menor y salió de la cárcel.

Stone tenía muchos antecedentes penales, y una credibilidad nula. Era el típico preso chivato que se inventa una declaración a cambio de una sentencia más leve. La jueza Grale le permitió que testificara.

Más tarde, Stone se retractó y dijo que el detective Kerber y Paul Koffee lo habían presionado para que mintiera.

La jueza Grale también aceptó testimonios que en muchas jurisdicciones llevaban muchos años desacreditados. Durante la búsqueda de Nicole, la policía usó sabuesos para que encontraran pistas con su olfato. Primero les dejaron husmear el coche de Nicole y algunos de los objetos que contenía, y después los dejaron sueltos. El rastro no llevaba a ninguna parte, al menos hasta la detención de Donté, momento en que la policía dejó que los sabuesos olfateasen la camioneta Ford verde de la familia Drumm. Según el encargado de los perros, se pusieron nerviosos y agitados, y dieron claras muestras de reconocer el rastro de Nicole dentro de la camioneta. Este testimonio tan poco fiable se reprodujo por primera vez en una vista preliminar. Incrédulos, los abogados de Donté exigieron saber cómo debían interrogar a un sabueso. El letrado Robbie Flak se indignó tanto que a uno de los perros, un sabueso de nombre Yogi, lo trató de «estúpido hijo de perra». La jueza Grale lo acusó de desacato y le impuso una multa de cien dólares. Lo curioso es que, a pesar de todo, en el juicio se permitiera declarar al principal cuidador de los perros, quien sostuvo ante el jurado que después de treinta años de experiencia con sabuesos tenía la «seguridad absoluta» de que Yogi había reconocido el

rastro de Nicole en la camioneta verde. Durante el turno de repreguntas, su testimonio fue completamente desmontado por Robbie Flak, que en un momento dado exigió que se trajese el perro a la sala, se le prestara juramento y se le pusiera en el banquillo de los testigos.

La jueza Grale se mostró hostil con los abogados de la defensa, sobre todo con Robbie Flak. Con Paul Koffee estuvo mucho más agradable.

Tenía motivos para ello. Seis años después del juicio se supo que la jueza y el fiscal estaban enzarzados en amoríos extraconyugales desde hacía mucho tiempo. La aventura salió a relucir cuando una antigua secretaria del bufete de Koffee, resentida con él, interpuso una demanda por acoso sexual y presentó correos electrónicos, registros telefónicos y hasta grabaciones de llamadas que revelaban la relación de su jefe con la jueza Grale. Ello dio pie tanto a denuncias como a divorcios.

La jueza Grale, desacreditada, renunció a la magistratura y se marchó de Slone, mientras se resolvía su divorcio. Paul Koffee fue reelegido sin oposición en 2006, pero solo después de prometer que dejaría el cargo cuando finalizara el mandato.

Los abogados de Donté solicitaron una reparación, dado el manifiesto conflicto de intereses entre la jueza y el fiscal. El Tribunal Penal de Apelación de Texas dijo que si bien su relación era «inoportuna» y que «podría dar la imagen de una incorrección», no infringía el derecho del acusado a un juicio justo. Igualmente infructuosas fueron las solicitudes de reparación ante los tribunales federales.

En 2005, Paul Koffee interpuso una demanda por difamación contra Robbie Flak, por las declaraciones de este último en una entrevista acerca de las relaciones íntimas de Koffee con la jueza. Flak contraatacó demandando a Koffee por un sinfín de infracciones. El litigio aún no se ha resuelto.

Horas después, cuando ya estaban apagadas las luces, y la casa en silencio, Keith y Dana miraron fijamente el techo y discutieron sobre si era conveniente tomar somníferos. Los dos estaban exhaustos, pero parecía imposible conciliar el sueño. Estaban cansados de leer cosas sobre el caso, analizarlo y preocuparse por un joven inquilino negro del corredor de la muerte de quien no sabían nada hasta hacía dos días. Les contrariaba especialmente la llegada a sus vidas del tal Travis Boyette. Keith estaba seguro de que Boyette decía la verdad. Dana se inclinaba a pensar lo mismo, aunque todavía era escéptica, dados los repulsivos antecedentes penales de aquel hombre. Estaban cansados de discutir al respecto.

Si Boyette decía la verdad, ¿podían ser ellos dos las únicas personas del mundo que tenían constancia de que Texas estaba a punto de ejecutar a un inocente? Y en tal caso, ¿qué podían hacer? ¿Cómo podían intervenir, si Boyette rehusaba admitir la verdad? Y si Boyette lo pensaba mejor y decidía admitir la verdad, ¿qué se suponía que debían hacer ellos? Slone quedaba a más de seiscientos kilómetros, y ellos no conocían a nadie de allí. ¿Por qué iba a ser de otra manera, si hasta el día anterior ni siquiera habían oído nombrar la ciudad?

Las preguntas no perdieron virulencia en toda la noche, mientras las respuestas no aparecían por ningún lugar. Decidieron mirar el reloj digital hasta la medianoche y, si aún estaban despiertos, tomarían finalmente los somníferos.

A las 23.04 sonó el teléfono, que los sobresaltó. Dana apretó el interruptor de la luz. La identificación de la llamada era «Hospital St. Fran.».

—Es él —dijo Dana.

Keith cogió el teléfono.

—¿Diga?

—Perdone que llame tan tarde, pastor —dijo Boyette en voz baja, con dificultad.

—No pasa nada, Travis. No dormíamos.

—¿Cómo está esa mujer tan mona que tiene?

—Muy bien. Bueno, Travis, seguro que llama por alguna razón.

—Sí, pastor, perdone; es que tengo ganas de volver a ver a la chica, ¿me entiende?

Keith orientó el teléfono para que Dana pudiera escuchar con el oído izquierdo. No quería tener que repetírselo todo luego.

—Pues creo que no, Travis —contestó.

—A la chica, Nicole, mi pequeña Nikki. No me queda mucho tiempo en este mundo, pastor. Sigo en el hospital, con el brazo entubado y la sangre llena de medicamentos, y los médicos me han dicho que no me queda mucho. Ya estoy medio muerto, pastor, y no me gusta la idea de irme al otro barrio sin hacer una última visita a Nikki.

—Pero si lleva nueve años muerta...

—¡No me diga! Le recuerdo que yo estaba allí. Fue horrible, lo que le hice fue horrible, y ya me he disculpado varias veces cara a cara, pero tengo que volver y decirle por última vez cuánto lamento lo que pasó. ¿Entiende lo que quiero decir, pastor?

—No, Travis, no tengo la menor idea de lo que quiere decir.

—Aún está en el mismo sitio, ¿de acuerdo? Sigue donde la dejé.

—Usted me dijo que probablemente ya no pudiera encontrarla.

Travis se tomó un largo respiro, como si hiciera un esfuerzo por recordar.

—Sé dónde está —dijo.

—Perfecto, Travis, pues vaya a buscarla; desentiérrela, mire sus huesos y dígale que lo siente. ¿Y luego qué? ¿Se sentirá mejor consigo mismo? Mientras tanto, van a ponerle la inyección letal a un inocente por algo que hizo usted. Se me ocurre una cosa, Travis. Cuando le haya dicho

por última vez a Nicole que lo siente, ¿por qué no va a Slone, pasa por el cementerio, busca la tumba de Donté y también le dice que lo siente?

Dana se giró y lanzó una mirada desaprobadora a su marido. Travis hizo otra pausa.

—Yo no quiero que el chico muera, pastor.

—La verdad es que me cuesta creerlo, Travis. Durante nueve años, mientras a él lo acusaban y lo procesaban, usted no ha dicho nada. Ha desperdiciado el día de ayer y el de hoy, y como siga mareando la perdiz se acabará el tiempo y Drumm ya habrá muerto.

—Yo no puedo impedirlo.

—Pero puede intentarlo. Puede ir a Slone y explicarles a las autoridades dónde está enterrado el cadáver. Puede admitir la verdad, enseñarles el anillo y armar un escándalo. Seguro que las cámaras y los reporteros estarían encantados con usted. Quizá se fije un juez, o el gobernador, vaya usted a saber. Yo en estas cosas no tengo demasiada experiencia, Travis, pero tal vez les costaría ejecutar a Donté Drumm al mismo tiempo que saliera usted por la tele diciendo que mató a Nicole y que lo hizo solo.

—No tengo coche.

—Alquile uno.

—Hace diez años que no tengo carnet.

—Coja el autobús.

—No tengo dinero para un billete de autobús, pastor.

—Ya se lo presto yo. No, le doy lo que cueste el viaje de ida a Slone.

—¿Y si me da un ataque en el autobús, o me quedo inconsciente? ¡A ver si me dejan tirado en Podunk, Oklahoma!

—Está jugando conmigo, Travis.

—Tiene que llevarme usted, reverendo. Los dos solos. Si me lleva en coche, explicaré la verdad. Los llevaré a donde está el cadáver. Podemos evitar la ejecución, pero tiene que venir usted conmigo.

—¿Por qué yo?

—Ahora mismo no tengo a nadie más, pastor.

—Se me ocurre algo mejor: mañana por la mañana vamos juntos a la oficina del fiscal. Tengo un amigo. Usted se lo cuenta todo. Quizá podamos convencerlo de que llame al fiscal de Slone, y al comisario jefe, y al abogado defensor, y... no sé, hasta puede que a algún juez. A él lo escucharán mucho antes que a un pastor que no sabe nada del sistema judicial penitenciario. Podemos filmar en vídeo su declaración y mandársela inmediatamente a las autoridades texanas, y también a la prensa. ¿Qué le parece, Travis? Así no infringe la condicional, ni yo me meto en líos ayudándolo.

Dana asentía ahora con la cabeza. Pasaron cinco segundos. Diez...

—Puede que funcione —dijo finalmente Travis—. Puede que podamos evitar la ejecución, pero a ella es imposible que la encuentren. Para eso tengo que estar yo.

—Centrémonos en evitarlo.

—Mañana a las nueve de la mañana me sueltan.

—Allá estaré, Travis. La fiscalía no queda muy lejos.

Cinco segundos, diez.

—De acuerdo, pastor. Hagámoslo.

A la una de la madrugada Dana encontró el frasco de somníferos sin receta, pero al cabo de una hora los dos seguían despiertos, ocupados en el viaje a Texas. Ya lo habían hablado una vez por encima, pero les daba tanto miedo que no habían seguido discutiéndolo. La idea era absurda: Keith en Slone, con un violador en serie de dudosa credibilidad, tratando de que alguien prestase oídos a una historia estrambótica mientras la ciudad contaba las últimas horas de Donté Drumm. Formaban una pareja improbable, que sería objeto de burlas, quizá incluso de un atentado. Por si fuera poco, a su regreso a Kansas el reverendo Keith Schroeder podía verse acusado de un delito para el que no habría defensa posible. Podían peligrar su trabajo y su carrera, y todo por un canalla como Travis Boyette.

Capítulo 12

Miércoles por la mañana. Seis horas después de salir del bufete a medianoche, Robbie volvía a estar en la sala de reuniones, preparándose para otro día frenético. La noche no había dado buenos frutos. La sesión de copas entre Fred Pryor y Joey Gamble había tenido un único resultado: el reconocimiento por parte de Joey de que Koffee lo había llamado para recordarle la pena por perjurio. Robbie había escuchado toda la sesión. Pryor, que con los años se había vuelto un maestro de los aparatos de grabación, había usado la misma pluma-micro para transmitir la conversación por un teléfono móvil. La calidad de sonido era notable. Robbie los había acompañado con un par de copas, desde su despacho, mientras Martha Handler tomaba sorbitos de bourbon y Carlos, el técnico, bebía cerveza v controlaba el «manos libres». En todos los casos, los placeres del alcohol habían durado dos horas: para Joey y Fred, en un falso *saloon* de las afueras de Houston, y para el bufete Flak (inmerso en el trabajo), en su oficina de la antigua estación de trenes. Sin embargo, al cabo de dos horas, Joey ya no quería más (ni siquiera cerveza), y dijo estar cansado de que lo presionasen. No podía aceptar que una declaración de última hora, firmada de su puño y letra, revocase su testimonio en el juicio. No quería llamarse a sí mismo mentiroso, aunque hubiera estado a punto de reconocer que había mentido.

—Donté no debería haber confesado —dijo varias veces, como si una falsa confesión fuera base suficiente para una condena a muerte.

Pero Pryor estaba decidido a no despegarse de él durante todo el miércoles y el jueves, si hacía falta. Aún veía un resquicio de esperanza, que aumentaba con el paso de las horas.

A las siete de la mañana el bufete se congregó en la sala de reuniones para el informe diario. Estaban todos, exhaustos, con ojos de cansancio, listos para el esfuerzo final. Después de trabajar toda la noche, la doctora Kristi Hinze tenía su informe a punto. Hizo un breve resumen, mientras los demás tomaban café y pastas a espuertas. Era un informe de cuarenta y cinco páginas, más de las que leería el tribunal, pero tal vez suficientes para que alguien se fijara. Las conclusiones no sorprendieron a nadie, al menos entre los componentes del bufete Flak. La doctora describió su examen de Donté Drumm. Había consultado el historial médico y psicológico correspondiente a su estancia en la cárcel, y leído doscientas sesenta cartas escritas por Drumm durante los ocho años que llevaba en el corredor de la muerte. Sufría esquizofrenia, psicosis, ideas delirantes y depresión, y no entendía lo que le pasaba. La doctora procedió a

condenar la incomunicación como modalidad de encarcelamiento, que volvió a calificar de forma cruel de tortura.

Robbie pidió a Sammie Thomas que mandase la petición de indulto al bufete de Austin con el que colaboraban, adjuntando el informe completo de la doctora Hinze. Durante los ocho años del proceso de apelación, el bufete de Robbie había recibido el apoyo del Texas Capital Defender Group, más conocido como Defender Group, una organización sin ánimo de lucro que representaba aproximadamente al veinticinco por ciento de los reclusos del corredor de la muerte. El Defender Group se dedicaba en exclusiva a las apelaciones de condenados a muerte, y lo hacía con gran conocimiento del tema y enorme diligencia. Las instrucciones de Sammie eran enviar la petición y el informe por vía electrónica. A las nueve de la mañana, el Defender Group mandaría copias impresas al Tribunal Penal de Apelación.

Al faltar tan poco para la ejecución, el tribunal estaba sobre aviso, listo para zanjar con rapidez las peticiones de última hora. Si eran denegadas —como solía ser el caso—, Robbie y el Defender Group podrían acudir al tribunal federal y seguir cuesta arriba con la esperanza de que en algún momento se produjese un milagro.

Robbie analizó estas estrategias y se cercioró de que todos sabían qué hacer. El día siguiente sería Carlos quien se ocupase de la familia Drumm, aunque sin salir de Slone: se aseguraría de que llegasen a Polunsky a tiempo para su última visita. Ahí estaría Robbie, para acompañar a su cliente en sus últimos pasos y para presenciar la ejecución. Sammie Thomas y la otra abogada se quedarían en el bufete, coordinando las peticiones con el Defender Group. Bonnie, la técnica legal, se mantendría en contacto con las oficinas del gobernador y del fiscal general.

La solicitud de suspensión ya se había presentado en la oficina del gobernador. Ahora esperaban una negativa. La petición de Kristi Hinze estaba lista para ser cursada. Mientras Joey Gamble no cambiara de idea (si es que lo hacía), no habría nuevas pruebas que anunciar a bombo y platillo. A medida que se alargaba la reunión, quedó de manifiesto que quedaba poco sustancial por hacer. La conversación se fue apagando. El frenesí empezaba a decaer. De repente, todos estaban cansados. Empezaba la espera.

En 1994, el año de su elección como jueza, Vivían Grale había centrado su campaña en una serie de puntos: tener criterios morales elevados, anteponer las leyes de Dios a todo lo demás, encarcelar durante más tiempo a los delincuentes y, cómo no, hacer un uso más eficaz de la sala de ejecución de Huntsville. Ganó por treinta votos, derrotando a un tal Elias Henry, juez sabio y veterano; una derrota que obtuvo seleccionando una serie de casos en los que el juez Henry había osado mostrarse compasivo con el acusado, y aireándolos mediante anuncios que lo presentaban como indulgente con los pedófilos.

Después de que salió a la luz pública la relación de Grale y Koffee, después del divorcio de la jueza y de su dimisión y deshonrosa salida de Slone, los votantes se arrepintieron y volvieron a confiar en el juez Henry, que fue elegido sin oposición. Ahora tenía ochenta y un años, y algunos problemas de salud. Corrían rumores de que quizá no pudiera llegar hasta el final de su mandato.

El juez Henry había sido amigo íntimo del padre de Robbie, fallecido en 2001. Esta amistad lo convertía en uno de los pocos jueces del este de Texas cuya presión sanguínea no sufría un brusco aumento cada vez que Robbie Flak entraba en la sala. A su vez, Henry era prácticamente el único juez del que se fiaba Robbie, quien aceptó su invitación de reunirse con él en su despacho el miércoles a las nueve de la mañana. Del objetivo de la reunión no se trató por teléfono.

—Este caso me preocupa mucho —dijo el juez Henry, una vez despachadas las formalidades de rigor.

Estaban solos, en un despacho viejo que apenas había cambiado en los cuarenta años que llevaba Robbie visitándolo. La sala de vistas estaba al lado, vacía.

—No me extraña.

Ambos tenían botellines de agua sin abrir delante de ellos, en una mesa de trabajo. El juez iba vestido como siempre, con traje oscuro y corbata naranja. Tenía un buen día, y sus ojos brillaban con intensidad. Las sonrisas destacaban por su ausencia.

—He leído la transcripción, Robbie —dijo—. Empecé la semana pasada, y lo he leído todo. También he leído la mayoría de los expedientes de apelación, y desde mi perspectiva de juez me parece increíble que la jueza Grale aceptase la confesión como prueba. Era una confesión forzada, y descaradamente anticonstitucional.

—Lo era y lo sigue siendo, juez. No seré yo quien defienda a la jueza, pero no tenía alternativa. No había ninguna otra prueba creíble. Si hubiera rechazado la confesión, Koffee se habría quedado sin nada: ni condena, ni acusado, ni sospechoso, ni cadáver. Donté habría salido de la cárcel y la prensa lo habría puesto en titulares. Ya sabe que la jueza Grale se debía a sus votantes, y en el este de Texas no reeligen a los jueces que ponen la ley por encima de la política.

—A mí me lo vas a decir.

—Cuando supo que la confesión sería presentada ante el tribunal, Koffee pudo fabricar otras pruebas. Con ruido y muchos aspavientos, convenció al jurado de que el asesino era Donté. Lo señaló con el dedo, y lloró nada más oír el nombre de Nicole. Toda una actuación. ¿Cómo es aquel dicho, juez? «Si no tienes datos, grita.» Pues él gritó lo suyo; el jurado lo creyó encantado, y ganó Koffee.

—Tú diste mucha guerra, Robbie.

—Debería haber dado más.

—¿Y estás convencido de que es inocente? ¿Sin la menor duda?

—¿A qué viene esta conversación, juez? A estas alturas parece un poco inútil.

—A que voy a llamar por teléfono al gobernador para pedirle que suspenda la ejecución. No sé, tal vez me escuche. El juicio no lo presidí yo; entonces estaba retirado, ya se sabe, pero tengo un primo en Texarkana que dio mucho dinero al gobernador. Lo veo bastante difícil, pero ¿qué se pierde con ello? ¿Qué tiene de malo retrasarla treinta días más?

—Nada. ¿Tiene dudas sobre su culpabilidad, juez?

—Dudas de mucho peso. Yo no habría admitido la confesión; habría metido al chivato en la cárcel, por mentir, y al payaso de los perros no le habría dejado declarar. Y a aquel chico. .., ¿cómo se llamaba...?

—Joey Gamble.

—Ese, el novio blanco. Su testimonio probablemente hubiera llegado hasta el tribunal, pero era demasiado incoherente para tener peso. Ya lo dijiste tú mejor que nadie en un escrito, Robbie: la condena se basa en una falsa confesión, en un perro que se llama Yogi, en un chivato mentiroso que luego se retractó y en un novio despechado que quería vengarse. No se puede condenar a nadie con esta basura. La jueza Grale era parcial, y creo saber por qué. A Paul Koffee le cegaba su estrechez de miras y el miedo a poder equivocarse. Es un caso espantoso, Robbie.

—Gracias, juez. Llevo nueve años conviviendo con él.

—Y también peligroso. Ayer estuve reunido con dos abogados negros que conoces, buena gente. Están indignados con el sistema, pero también les asustan las consecuencias. Según ellos, si ejecutan a Drumm habrá problemas.

—Eso dicen.

—¿Qué se puede hacer, Robbie? ¿Hay alguna manera de impedirlo? Yo no soy experto en la pena de muerte, ni sé en qué fase están tus recursos ahora mismo.

—Casi se ha vaciado el depósito, juez. Estamos alegando enajenación mental.

—¿Con qué posibilidades?

—Muy escasas. Hasta ahora Donté no tenía ningún historial de enfermedades psíquicas. Estamos alegando que ocho años en el corredor de la muerte lo han vuelto loco. Ya sabe que los tribunales de apelación suelen ver con malos ojos las tesis que surgen a última hora.

—¿Está loco el chico?

—Tiene problemas graves, pero sospecho que sabe lo que pasa.

—O sea que no eres optimista.

—Yo soy abogado penalista, juez. El optimismo no está en mi ADN.

Finalmente, el juez Henry desenroscó el tapón del botellín de plástico y bebió un poco de agua sin apartar la mirada de Robbie.

—De acuerdo, pues llamaré al gobernador —dijo, como si fuera la llamada salvadora.

No lo sería. En esos momentos, el gobernador recibía muchas llamadas. Robbie y su equipo las estaban generando en grandes cantidades.

—Gracias, juez, pero no espere gran cosa. Este gobernador nunca ha frenado ninguna ejecución. De hecho, quiere acelerarlas. Le tiene puesto el ojo a un escaño en el Senado, y ya cuenta los votos antes de elegir qué desayunará. Es un hipócrita sin escrúpulos ni dos dedos de frente, un mierdecilla cobarde y rastrero con mucho porvenir en la política.

—¿O sea que tú no lo votaste?

—No, pero llámelo, por favor.

—Lo llamaré. Dentro de media hora me reúno con Paul Koffee para hablar sobre el tema. No quiero que se lleve una sorpresa. También charlaré un poco con el del periódico. Quiero que conste que me opongo a la ejecución.

—Gracias, juez, pero ¿por qué ahora? Esta conversación podríamos haberla tenido hace un año, o cinco. Es muy tarde para posicionarse.

—Hace un año casi nadie pensaba en Donté Drumm. La ejecución no era inminente. Existía la posibilidad de que lo indultase un tribunal federal, o de que anulasen el juicio y volvieran a juzgarlo. No sé, Robbie; puede que haya hecho mal en no implicarme más, pero el caso no es mío. He estado ocupado en mis propios asuntos.

—Lo entiendo, juez.

Se dieron la mano y se despidieron. Robbie bajó por la escalera trasera, para no encontrarse a ningún abogado o secretario con ganas de cháchara. Al caminar deprisa por el pasillo vacío, intentó pensar en algún otro cargo electo de Slone o del condado de Chester que se hubiese pronunciado en defensa de Donté Drumm, y se le ocurrió uno solo: el único concejal negro del ayuntamiento de Slone.

Llevaba nueve años librando una batalla larga y solitaria, que ahora estaba a punto de perder. Era imposible que una llamada del primo que había dado mucho dinero al gobernador detuviera una ejecución en Texas. La maquinaria era eficiente, y estaba bien engrasada. Una vez puesta en marcha, no había manera de frenarla.

Una brigada del ayuntamiento erigía un estrado provisional en el césped de delante del juzgado. Algunos policías conversaban nerviosos, viendo vaciarse el primer autobús de una iglesia. Bajaron diez o doce negros, que tras haber cruzado el césped, y dejando atrás los monumentos a los caídos, encontraron el lugar que buscaban, desplegaron sillas y se dispusieron a esperar. La concentración, o

manifestación, o como hubiera que llamarla, estaba convocada para mediodía.

A Robbie le habían pedido que hablara, pero él no había querido. No se le ocurría nada que no exaltase los ánimos, y no deseaba que lo acusaran de incitar a la multitud. Bastantes alborotadores habría.

Según Carlos, el encargado de administrar la web, los comentarios y los blogs, el tráfico se estaba incrementando de manera drástica. Se planeaban manifestaciones para el jueves en Austin, Huntsville y Slone; también en los campus de dos de las universidades negras de Texas como mínimo.

«Dadles caña», pensó Robbie al irse en coche.

Capítulo 13

Keith llegó temprano al hospital e hizo su ronda. En aquel momento eran media docena los feligreses de St. Mark que se encontraban en diversas fases de tratamiento o recuperación. Saludó a los seis, les dirigió unas breves palabras de consuelo, les juntó las manos para rezar y salió en busca del señor Boyette para lo que prometía ser un día movido.

Movido de formas imprevistas. El señor Boyette ya se había ido. Según una enfermera, al pasar a verlo a las seis se habían encontrado su cama vacía y muy bien hecha, su bata de hospital doblada junto a la almohada y el tubo del gotero pulcramente enrollado en torno al soporte que había junto a la cama. Una hora más tarde había llamado alguien de Anchor House con el mensaje de que Travis Boyette había vuelto, y quería decirle a su médico que se encontraba bien. Keith fue en coche a Anchor House, pero Boyette no estaba. Según un supervisor, los miércoles no le tocaba trabajar. Nadie tenía la menor idea de dónde se encontraba, ni de cuándo volvería. Durante el viaje a St. Mark, Keith se aconsejó a sí mismo tener tranquilidad y no caer en el pánico; Boyette ya daría señales de vida. Después se llamó idiota por haber depositado siquiera un ápice de confianza en un asesino confeso, violador en serie y mentiroso compulsivo. Se dio cuenta, mientras sucumbía al pánico, de que su costumbre de intentar ver el lado bueno de todas las personas a quienes conocía y con quienes hablaba le había hecho ser demasiado bondadoso con Boyette. Se había esforzado demasiado en ser comprensivo, y hasta compasivo. ¡Pero si aquel hombre había asesinado a una chica de diecisiete años solo para saciar su lujuria, y ahora no parecía molesto por el hecho de que otro hombre pagase el crimen con su vida! A saber a cuántas otras mujeres habría violado.

Entró enfadado en el despacho parroquial.

—Buenos días, pastor —lo saludó animadamente Charlotte Junger, recién restablecida de la gripe.

Keith a duras penas se mostró cortés.

—Estoy encerrado en mi despacho, ¿de acuerdo? Que no me llame nadie a excepción de un tal Travis Boyette.

—De acuerdo.

Cerró la puerta, se quitó el abrigo y llamó a Dana para darle las últimas noticias.

—¿Anda suelto por la calle? —preguntó ella.

—Pues... sí, le están tramitando la libertad condicional. Ya ha cumplido su condena, y está a punto de quedar en libertad. Supongo que se podría decir que anda suelto.

—Suerte del tumor.

—Me parece mentira que hables así.

—Perdona, a mí también. ¿Qué planes tienes?

—Solo podemos esperar. Tal vez se presente.

—Mantenme al corriente.

Keith llamó a Matthew Burns a la fiscalía, y lo puso al día del retraso. Al principio, Burns se había mostrado tibio ante la idea de verse con Boyette y filmar en vídeo su declaración, pero al final se había dejado convencer; también había accedido a hacer un par de llamadas a Texas después de haber oído a Boyette, siempre y cuando creyera sus palabras. La noticia de su desaparición le decepcionó.

Keith entró en la web de Donté Drumm para ponerse al día, como llevaba haciendo prácticamente cada hora (salvo las de sueño) desde el lunes por la mañana. Fue a los archivadores y sacó carpetas de sermones viejos. Después volvió a llamar a Dana, pero había salido a tomar café con sus amigas.

A las diez y media en punto llamó al bufete de Robbie Flak. La joven que cogió el teléfono le explicó que el señor Flak no se podía poner. Keith dijo que lo entendía, pero que había llamado el día anterior, martes, y aunque había dejado sus números de teléfono seguía sin saber nada de nadie.

—Tengo información sobre el asesinato de Nicole Yarber —dijo.

—¿Qué tipo de información? —preguntó ella.

—Necesito hablar con el señor Flak —respondió Keith con firmeza.

—Le pasaré el mensaje —dijo ella con idéntica resolución.

—Por favor, no soy un pirado. Es muy importante.

—Sí, señor, gracias.

Decidió quebrantar el voto de confidencialidad. Preveía que eso tendría dos consecuencias posibles. En primer lugar, Boyette podía demandarlo por daños y perjuicios, aunque eso a Keith ya no le preocupaba. Ya se encargaría el tumor cerebral de cualquier futuro litigio; y si, por alguna razón, Boyette sobrevivía, le pedirían que demostrase que el quebrantamiento del voto le había causado algún perjuicio. Keith sabía poco de derecho, pero le parecía difícil que algún juez o algún miembro del jurado pudiera sentir lástima por semejante desgraciado.

La segunda consecuencia era una posible medida disciplinaria por parte de la Iglesia, pero a la luz de los hechos, sobre todo de las

inclinaciones liberales del sínodo, no se imaginaba nada peor que un tirón de orejas.

«A la mierda —se dijo—. Voy a hablar.»

Escribió un e-mail a Robbie Flak. Empezaba presentándose a sí mismo, con todos los números de teléfono y direcciones posibles. A continuación describía su encuentro con un recluso anónimo en libertad condicional que había vivido en Slone en la época de la desaparición de Nicole Yarber. Tenía un largo historial delictivo, de índole violenta, y en cierta ocasión lo habían detenido y encarcelado en Slone. Keith lo había verificado. Aquel hombre había confesado ser autor de la violación y muerte de Nicole Yarber, con profusión de detalles. El cadáver estaba enterrado en lo más recóndito de las colinas del sur de Joplin, Missouri, donde el recluso en cuestión había pasado su infancia. La única persona en situación de hallar el cadáver, le decía, es el propio recluso. Llámame, por favor. Keith Schroeder.

Una hora más tarde salió de su oficina y fue otra vez en coche a Anchor House. A Boyette no lo había visto nadie. Fue al centro, para otro almuerzo rápido con Matthew Burns. Tras una cierta oposición, Matthew se dejó engatusar, sacó su móvil y llamó al bufete de Flak.

—Sí, hola —lo oyó decir Keith—, me llamo Matthew Burns. Soy fiscal en Topeka, Kansas. Quisiera hablar con el señor Robbie Flak.

El señor Flak no se podía poner.

—Tengo información sobre el caso de Donté Drumm, concretamente sobre la identidad del verdadero asesino.

El señor Flak seguía sin poder ponerse. Matthew dio sus números, el del móvil y el del despacho, e invitó a la recepcionista a entrar en la web de la fiscalía del ayuntamiento de Topeka para comprobar su legitimidad. Ella le dijo que lo haría.

—No soy ningún loco, ¿de acuerdo? Que me llame el señor Flak lo antes posible, por favor. Gracias.

Acabaron de comer y quedaron en avisarse mutuamente si recibían alguna llamada de Texas. Durante el camino de vuelta a su oficina, a Keith lo alivió tener un amigo dispuesto a echarle una mano, y además fiscal.

A mediodía, las calles del centro de Slone estaban cerradas con barreras, y el tráfico habitual se desviaba hacia otras zonas. Alrededor del juzgado había decenas de autobuses de iglesias aparcados en doble fila, pero la policía no ponía multas; tenía órdenes de mantener su presencia, preservar el orden y evitar a toda costa cualquier acción que pudiera provocar a alguien. Los ánimos estaban exaltados. La situación era tensa. La mayoría de los comerciantes habían cerrado sus tiendas, y la mayoría de los blancos había desaparecido.

La multitud, negra en su totalidad, seguía creciendo. Cientos de alumnos del instituto de Slone hicieron novillos y llegaron en manada, alborotados y con muchas ganas de hacerse oír. Los obreros de las fábricas traían sus fiambreras y comían en el césped del juzgado. Los reporteros hacían fotos y tomaban notas. Varios equipos de rodaje de Slone y de Tyler se agolparon junto al estrado de la escalinata del juzgado. A las doce y cuarto se acercó a los micrófonos Oscar Betts, presidente del capítulo local de la NAACP,[5] y tras agradecer a todos su presencia fue rápidamente al grano. Proclamó la inocencia de Donté Drumm y dijo que su ejecución no era otra cosa que un linchamiento legal; fustigó a la policía en una feroz condena, tildándola de «racista» y acusándola de estar «resuelta a matar a un inocente»; ridiculizó a un sistema judicial capaz de permitir que un jurado íntegramente blanco emitiese un veredicto sobre un inocente negro; y no se pudo resistir a preguntar a la multitud:

—¿Cómo va a haber un juicio justo si el fiscal se acuesta con la jueza? ¿Y al tribunal de apelación le pareció bien? ¡Eso solo pasa en Texas! —exclamó.

Luego describió la pena de muerte como un oprobio, un instrumento de venganza desfasado que no disuadía a los delincuentes, ni se usaba de manera justa, y del que habían prescindido todos los países civilizados. Prácticamente todas sus frases fueron recibidas con aplausos y gritos por una multitud cada vez más enfervorecida. Exhortó al sistema judicial a que pusiera fin a aquella locura. Se burló de la Comisión de Indultos y Libertad Condicional de Texas. Tachó al gobernador de cobarde por no impedir la ejecución. Avisó de que habría disturbios en Slone y en el este de Texas, y quizá en todo el país, si el estado seguía adelante con la ejecución de un negro inocente.

Betts estuvo magistral a la hora de despertar emociones y elevar la tensión. Finalmente bajó el ritmo y, dando un giro a su discurso, pidió a la gente que se comportase y que no saliera a la calle ni aquella noche ni la siguiente.

—Con la violencia no ganamos nada —les rogó.

Al acabar presentó al reverendo Johnny Canty, pastor de la Iglesia Metodista Africana Bethel, a la que desde hacía más de veinte años pertenecía la familia Drumm. El reverendo Canty empezó con un mensaje de la familia. Agradecían el apoyo. Se mantenían firmes en su fe, y rezaban por un milagro. Roberta Drumm estaba bien, dentro de lo que cabía. Sus planes eran ir el día siguiente al corredor de la muerte y quedarse hasta el final. Acto seguido, el reverendo Canty pidió silencio y se embarcó en una oración larga y elocuente, que se inició con una súplica de compasión por la familia de Nicole Yarber, una familia que había soportado la pesadilla de la muerte de una muchacha inocente.

[5] La National Association for the Advancement of Colored People (Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color), fundada en 1909, cuyo activismo se centra en la lucha contra la discriminación de los ciudadanos de raza negra. *(N. del T.)*

Igual que la familia Drumm. Dio gracias al Todopoderoso por el don de la vida y la promesa de la eternidad para todas las gentes. Dio gracias a Dios por sus leyes, las más básicas e importantes de las cuales eran los Diez Mandamientos, con su prohibición «no matarás». Rezó por los «otros cristianos» que tomaban la misma Biblia, la tergiversaban y la usaban como arma para matar al prójimo.

—Perdónalos, Padre, pues no saben lo que hacen.

Canty había trabajado mucho tiempo en su oración, que pronunció despacio, con un perfecto sentido del tempo, sin usar apuntes. La multitud canturreaba, se balanceaba y emitía calurosos «amén», mientras él seguía laboriosamente sin que se vislumbrase el final. Aquello tenía mucho más de discurso que de oración. Canty saboreaba el momento. Tras rezar por la justicia, rezó por la paz; no la que elude la violencia, sino la que todavía no se ha hallado en una sociedad en la que el número de jóvenes negros encarcelados alcanza cifras récord, en la que son ejecutados con mucha más frecuencia que los de otras razas, y en la que se consideran más graves los crímenes cometidos por negros que los cometidos por blancos. Imploró misericordia, perdón y fortaleza. Pero, como la mayoría de los pastores, se alargó demasiado y empezó a perder la atención de su público, hasta que de repente la encontró de nuevo. Empezó a rezar por Donté, «nuestro hermano perseguido», un joven arrebatado a su familia hacía nueve años y lanzado a un «infierno» del que nadie escapaba con vida. Nueve años sin su familia y sus amigos, nueve años encerrado como un animal en su jaula. Nueve años cumpliendo condena por un delito que había cometido otra persona.

Desde la ventana de una pequeña biblioteca de la segunda planta, el juez Elias Henry miraba y escuchaba. Mientras el reverendo rezase, la multitud estaría controlada; era la agitación lo que le daba miedo.

En el transcurso de las décadas, Slone había conocido pocos episodios de disturbios raciales, algo cuyo mérito se atribuía el juez principalmente a sí mismo, aunque no se lo dijera a nadie más. Cincuenta años antes, cuando era un abogado joven con dificultades para pagar las facturas, había entrado a trabajar como reportero y editorialista a tiempo parcial en el *Slone Daily News*, que entonces era un semanario próspero, leído por todos. Ahora era un diario con problemas para subsistir y escasos lectores. A principios de los años sesenta era uno de los pocos diarios del este de Texas que reconocía que una parte considerable de la población era negra. De vez en cuando, Elias Henry escribía artículos sobre equipos deportivos negros e historia negra y, aunque no fueran bien recibidos, tampoco eran objeto de una condena abierta. En cambio, sus editoriales sí lograban irritar a los blancos. Explicaba en términos legos el verdadero sentido del pleito entre Oliver Brown y el Departamento de Educación,[6] y

[6] Este histórico juicio (1954) fue decisivo para el final de la segregación educativa en Estados Unidos. *(N. del T.)*

criticaba las escuelas segregadas de Slone y el condado de Chester. Gracias a la influencia cada vez mayor de Elias, y a los problemas de salud del propietario del periódico, este tuvo la audacia de posicionarse a favor del derecho de voto de los negros y de la equidad en sueldos y vivienda. Los argumentos de Henry eran convincentes; su razonamiento, sólido, y la mayoría de quienes leían sus opiniones se daban cuenta de que era mucho más inteligente que ellos. En 1966, Elias compró el periódico, del que fue dueño durante diez años. También adquirió una gran habilidad como abogado y como político, y se erigió en líder de su comunidad. Muchos blancos discrepaban de Elias, pero eran pocos quienes lo cuestionaban de manera pública. Cuando por fin terminó la segregación escolar, por imposición del estado central, la resistencia blanca en Slone ya se había suavizado por varios años de habilidosa manipulación por parte de Elias Henry.

Tras ser elegido juez, vendió el periódico y ocupó un lugar más elevado, desde el que con discreción no exenta de firmeza controlaba un sistema judicial que tenía fama de duro con los violentos, de estricto con quienes precisaban orientación y de compasivo con quienes necesitaban otra oportunidad. Su derrota ante Vivían Grale le produjo una crisis nerviosa.

Durante su judicatura no se habría producido la condena de Donté Drumm. Elias se habría enterado de la detención poco después de que ocurriese, habría analizado la confesión y las circunstancias que la rodeaban, y habría requerido a Paul Koffee para que los dos solos, a puerta cerrada, celebrasen una reunión extraoficial en la que el fiscal del distrito habría sido informado de que su tesis era una porquería. La confesión era claramente anticonstitucional. No llegaría hasta el tribunal. Sigue buscando, Koffee, porque aún no has encontrado al asesino.

El juez Henry miró la multitud que se arremolinaba ante el juzgado. Ni un solo rostro blanco, salvo los de los reporteros. Era una muchedumbre negra airada. Los blancos se escondían, y no simpatizaban con la causa. Era algo que Henry no había pensado ver jamás: su ciudad dividida.

—Que Dios nos coja confesados —masculló para sus adentros.

El siguiente orador fue Palomar Reed, alumno de último año en el instituto y vicepresidente del cuerpo estudiantil. Empezó con la obligada condena de la pena de muerte de Donté y luego se embarcó en una diatriba ampulosa y técnica contra la pena capital en sí, con gran énfasis en su versión texana. La multitud estuvo atenta, aunque el orador carecía del dramatismo de sus predecesores, más experimentados. Sin embargo, pronto dio pruebas de una capacidad increíble para lo teatral. Mientras miraba una hoja de papel, empezó a recitar los nombres de los jugadores negros del equipo de fútbol americano del instituto de Slone. Todos acudieron corriendo al estrado, uno por uno, y se colocaron en fila sobre el escalón más alto. Llevaban la camiseta oficial de los Slone Warriors, de

color azul real. Una vez que los veintiocho estuvieron hombro con hombro, Palomar hizo un anuncio impactante:

—Estos jugadores se presentan aquí en unión con su hermano Donté Drumm. Un Slone Warrior. Un guerrero africano. Si la gente de esta ciudad, de este condado, de este estado se sale con la suya en sus esfuerzos ilegales y anticonstitucionales por matar a Donté Drumm mañana por la noche, estos guerreros no jugarán en el partido del viernes contra Longview.

La multitud estalló en una ovación masiva que hizo temblar las ventanas del juzgado. Palomar miró a los jugadores, que justo entonces, como si fuera una señal, se cogieron los faldones y se quitaron las camisetas de un tirón, para arrojarlas al suelo. Debajo llevaban camisetas idénticas de color blanco, con la inconfundible imagen del rostro de Donté sobre una palabra en mayúsculas: INOCENTE. Los jugadores hinchieron el pecho, puño en alto. La multitud los inundó en su adoración.

—¡Mañana boicotearemos las clases! —vociferó Palomar por el micrófono—. ¡Y el viernes también! ¡Y ese día por la noche no habrá partido!

La concentración era emitida en directo por la televisión local, y la mayoría de los blancos de Slone estaban pegados al televisor. En bancos, colegios, casas y oficinas se oía murmurar lo mismo:

—Eso no pueden hacerlo, ¿verdad que no?

—Pues claro que pueden. ¿Cómo se lo impides?

—Han ido demasiado lejos.

—No, somos nosotros los que hemos ido demasiado lejos.

—¿O sea que tú crees que es inocente?

—No estoy seguro. No lo está nadie. Ese es el problema: hay demasiadas dudas.

—Confesó.

—No han encontrado el cadáver.

—¿Por qué no pueden retrasarlo unos días? No sé, una suspensión o algo así...

—¿Para qué?

—Que esperen a que se haya acabado la temporada de fútbol americano.

—Yo preferiría que no hubiera disturbios.

—Si los hay, intervendrá la justicia.

—No estés tan seguro.

—Esto va a explotar.

—Que los echen del equipo.

—¿Suspender el partido? Pero ¿qué se han creído?

—Tenemos a cuarenta chicos blancos que podrían jugar.

—¡Hombre, pues claro!

—Tendría que expulsarlos el entrenador.

—Y al que haga novillos, que lo arresten.

—Genial. Eso es echar gasolina al fuego.

En el instituto, el entrenador del equipo miraba la manifestación en el despacho del director. El entrenador era blanco, y el director, negro. Estaban en silencio, pendientes del televisor.

En la comisaría, a tres manzanas del juzgado por la calle Mayor, el comisario Joe Radford miraba la tele en compañía del comisario adjunto. El cuerpo tenía a cuatro docenas de agentes de uniforme en plantilla, treinta de los cuales vigilaban nerviosos la concentración desde los márgenes.

—¿Habrá ejecución? —preguntó el comisario adjunto.

—Que yo sepa, sí —contestó Radford—. He hablado hace una hora con Paul Koffee y él lo ve claro.

—Puede que necesitemos ayuda.

—Qué va. Tirarán un par de piedras, pero ya se les pasará.

Paul Koffee miraba el espectáculo a solas, desde su escritorio, con un bocadillo y unas patatas chips. Su despacho estaba detrás del juzgado, a dos manzanas. Se oían los bramidos de la multitud. Él consideraba aquellas manifestaciones como un mal necesario en un país que daba un gran valor a la Declaración de Derechos. La gente tenía derecho a reunirse —con autorización, por supuesto— y a expresar sus sentimientos. Las leyes que velaban por aquel derecho eran las mismas que regían el curso ordenado de la justicia. El trabajo de Koffee era encausar a delincuentes y encerrar a los culpables; y cuando un delito era lo suficientemente grave, las leyes de su estado le pedían obtener venganza y solicitar la pena de muerte. Era lo que había hecho en el caso Drumm. Sus decisiones, su táctica en el juicio o la culpabilidad de Drumm no le merecían el menor arrepentimiento, duda o desazón. Su labor había sido ratificada en más de una ocasión por jueces bregados en apelaciones, por decenas de eminentes juristas que, tras examinar palabra por palabra el juicio a Drumm, habían confirmado la condena. Koffee no tenía el menor remordimiento de conciencia. Claro que se arrepentía de su relación con la jueza Vivian Grale, y del sufrimiento y la vergüenza que eso había originado, pero jamás había puesto en duda el acierto de los veredictos de la magistrada.

La echaba de menos. Su amor había sucumbido a la tensión de toda la publicidad negativa que había generado. Ella había salido huyendo, y

rechazaba cualquier tipo de contacto. A Koffee le faltaba poco para terminar su carrera de fiscal y, aunque odiara reconocerlo, dejaría el cargo bajo una nube de sospecha. Sin embargo, la ejecución de Drumm marcaría su cénit, y le reivindicaría; sería un momento de esplendor, que sabrían valorar los habitantes de Slone, por lo menos los blancos.

Mañana sería su mejor día.

Los miembros del bufete Flak vieron la concentración en el televisor de gran formato instalado en la sala principal de reuniones. Al final, Robbie se retiró a su despacho con medio bocadillo y una Coca-Cola light. La recepcionista había dispuesto con esmero una docena de papeles con mensajes telefónicos sobre la mesa. Le llamaron la atención los de Topeka. Había algo que le sonaba. Olvidándose del bocadillo, cogió el teléfono y llamó al móvil del reverendo Keith Schroeder.

—Con Keith Schroeder, por favor —respondió cuando alguien se puso al otro lado de la línea.

—Yo mismo.

—Soy Robbie Flak, abogado de Slone, Texas. He recibido su mensaje, y creo que hace unas horas vi un correo electrónico suyo.

—Sí, gracias, señor Flak.

—Llámeme Robbie.

—De acuerdo, Robbie. Yo soy Keith.

—Estupendo, Keith. ¿Dónde está el cadáver?

—En Missouri.

—No tengo tiempo que perder, Keith, y algo me dice que esta llamada es una absoluta pérdida de tiempo.

—Es posible, pero deme cinco minutos.

—Hable deprisa.

Keith expuso los hechos: sus encuentros con un preso anónimo en libertad condicional, la investigación de sus antecedentes, su trayectoria delictiva, su precario estado de salud y todo lo que fue capaz de embutir en cinco minutos sin interrupciones.

—Evidentemente, no le preocupa saltarse la confidencialidad —dijo Robbie.

—Sí que me preocupa, pero hay demasiado en juego. Además, aún no le he dicho su nombre.

—¿Dónde está él?

—Ha pasado la noche en un hospital. Ha salido por su propio pie, y desde entonces le he perdido la pista. En principio, tiene que volver a la casa de reinserción a las seis en punto de la tarde. Iré a verlo.

—¿Y lo han condenado cuatro veces por delitos sexuales?

—Como mínimo.

—Pastor, ese hombre no tiene ninguna credibilidad. Con esto yo no puedo hacer nada. No hay por dónde cogerlo. Dese cuenta de que estas ejecuciones siempre atraen a chalados,

Keith. La semana pasada se presentaron dos pirados: uno dijo que sabía dónde vive Nicole, que por cierto es *stripper,* y el otro dijo que la había matado él en un ritual satánico. Sobre la situación del cadáver, ni idea. El primero quería dinero, y el segundo, salir de la cárcel en Arizona. Los tribunales desprecian estas fantasías de última hora.

—Él dice que el cadáver está al sur de Joplin, Missouri, en las colinas donde vivió de niño.

—¿Cuánto tardaría en encontrarlo?

—Eso ya no lo sé.

—Vamos, Keith, cuénteme algo que me sirva.

—Tiene el anillo de graduación de Nicole. Yo lo he visto, lo he tenido en las manos y lo he examinado: SHS 1999, con sus iniciales: ANY. Es de piedra azul, y su talla la doce aproximadamente.

—Eso ya está mejor, Keith. Me gusta. Pero ¿dónde está el anillo?

—Supongo que colgando de su cuello.

—¿Y a él no lo tiene localizado?

—Pues... efectivamente, ahora mismo no sé dónde está.

—¿Quién es Matthew Burns?

—Un amigo mío, fiscal.

—Mire, Keith, le agradezco el esfuerzo. Ha llamado dos veces, ha mandado un correo electrónico y ha hecho llamar a un amigo. Muchísimas gracias. Ahora mismo estoy muy ocupado, o sea que haga el favor de dejarme en paz.

Al colgar, Robbie cogió el bocadillo.

Capítulo 14

Gilí Newton llevaba cinco años como gobernador de Texas, y aunque las encuestas arrojasen índices de aceptación muy envidiables entre su electorado, se quedaban cortas ante la opinión del propio Newton sobre su popularidad. Era de Laredo, lo más al sur de Texas. Había crecido en un rancho propiedad de su abuelo, antiguo sheriff, y tras un arduo paso por el instituto y la Facultad de Derecho, en vista de que no había ningún bufete dispuesto a contratarlo se había hecho ayudante de fiscal en El Paso. A los veintinueve años le habían nombrado fiscal de distrito, la primera de muchas campañas coronadas por el éxito; de hecho, nunca había perdido ninguna. A los cuarenta ya había mandado a cinco hombres al corredor de la muerte. A dos de ellos los había visto morir como gobernador, alegando que era su deber, puesto que de la acusación se había ocupado él mismo. Aunque los archivos no fuesen muy fiables, tenía fama de ser el único gobernador de Texas que había asistido a una ejecución durante el ejercicio de su cargo, cosa que, ciñéndose a la época contemporánea, era verdad. En las entrevistas afirmaba que verlos morir le había dado la sensación de que pasaba página. «Recuerdo a las víctimas —decía—. Pensaba todo el rato en las víctimas. Eran crímenes horrendos.»

Casi nunca desaprovechaba la oportunidad de ser entrevistado.

Descarado, gritón, vulgar (en privado), su enorme popularidad se debía a su retórica antigubernamental, al encastillamiento en sus ideas, a los comentarios escandalosos por los que nunca pedía perdón y a su amor a Texas y a su historia de independencia a toda costa. La gran mayoría de los votantes también compartían su cariño por la pena de muerte.

Ahora que Newton tenía asegurada su segunda y última legislatura, su mirada se proyectaba más allá de las fronteras de Texas, hacia una etapa de mayor trascendencia. Se le necesitaba.

El viernes a última hora de la tarde se reunió con sus dos asesores de mayor confianza, dos viejos amigos de la facultad que lo habían ayudado en todas sus decisiones importantes y en la mayoría de las secundarias. Wayne Wallcott era el abogado, o primer letrado, según proclamaba su membrete; Barry Ringfield era el portavoz, o director de comunicaciones. Un día de rutina en Austin, coincidieron los tres en el despacho del gobernador exactamente a las cinco y cuarto: se quitaron los abrigos, despidieron a las secretarias, cerraron la puerta con llave, y a las cinco y media sirvieron el bourbon, tras lo cual fueron al grano.

—Mañana se podría liar lo de Drumm —dijo Barry—. Los negros están cabreados, y tienen previstas manifestaciones en todo el estado para mañana mismo.

—¿Dónde? —preguntó el gobernador.

—Pues mira, aquí, para empezar, en el césped sur del Capitolio. Corre el rumor de que® vendrá el reverendo Jeremiah Mays en ese pedazo de avión que tiene, para alborotar a los indígenas.

—Me encanta —dijo el gobernador.

—Ya está presentada y tramitada la solicitud de suspensión —anunció Wayne, mirando unos papeles.

Bebió un poco. El bourbon, un Knob Creek, corría por pesados vasos de cristal Waterford que llevaban el sello del estado.

—Se nota que esta vez hay más interés —dijo Barry—. Montones de llamadas, cartas y correos electrónicos.

—¿Quién llama? —preguntó Newton.

—Los de siempre: el Papa, el presidente de Francia, dos parlamentarios holandeses, el primer ministro de Kenia, Jimmy Cárter, Amnistía Internacional, aquel bocazas de California que encabeza el grupo negro del Congreso en "Washington. .. Mucha gente.

—¿Alguien importante?

—A decir verdad, no. Ha llamado dos veces el juez titular del condado de Chester, Elias Henry, y ha enviado un e-mail. Está a favor de suspender la ejecución. Dice que duda seriamente del veredicto del jurado. En Slone, de todos modos, la mayor parte del ruido son proclamas favorables a la ejecución. Allí al chico lo consideran culpable. Ha llamado el alcalde, preocupado por el hecho de que mañana por la noche pueda haber follón en esa localidad. Dice que es posible que llame para pedir ayuda.

—¿La Guardia Nacional? —preguntó Newton.

—Supongo.

—Me encanta. —Bebieron. El gobernador miró a Barry, que además de su portavoz era también su asesor de mayor confianza, y el más taimado—. ¿Tienes algún plan?

Barry siempre tenía alguno.

—Sí, claro, pero aún no está acabado. Me gusta lo de la manifestación de mañana. Esperemos que venga el reverendo Jeremiah a atizar el fuego. Una gran multitud, con africanos a patadas; una situación tensa de las de verdad. Entonces tú subes al podio, te quedas con ellos y hablas del curso ordenado de la justicia en este estado; el papel de siempre, vaya. Luego, ahí mismo, en los escalones, con las cámaras filmando, mientras la gente te silba y te abuchea, y a lo mejor hasta te tira alguna piedra, rechazas la solicitud de suspensión. La gente se exalta, y tú sales huyendo. Se necesitan huevos, pero la cosa no tiene precio.

—Uau —dijo Newton.

Wayne se rió en voz alta.

Barry siguió hablando.

—A las tres horas se lo cargan, pero en titulares saldrá una multitud de negros furiosos. Que conste que tú tienes el cuatro por ciento del voto negro, gobernador; el cuatro por ciento. —Una pausa y un trago, aunque aún no había terminado—. A mí también me gusta el toque de la Guardia Nacional. Un poco más tarde, pero antes de la ejecución, das una rueda de prensa y anuncias que mandarás a la Guardia para sofocar los disturbios en Slone.

—¿Estadísticas del condado de Chester?

—Tienes el setenta y uno por ciento, Gilí. Les encantas. Mandando a la Guardia los proteges.

—Pero ¿es necesaria la Guardia? —preguntó Wayne—. Si exageramos, se nos puede ir de las manos.

—Depende. Será cuestión de controlar la situación, y ya decidiremos.

—Sí, eso haremos —dijo el gobernador. La decisión ya estaba tomada —. ¿Hay alguna posibilidad de que el tribunal lo aplace en el último momento?

Wayne echó unos papeles sobre la mesa del gobernador.

—Lo dudo —dijo—. Esta mañana los abogados de Drumm han presentado una apelación, diciendo que está loco y que no advierte la gravedad de lo que va a pasar, pero son tonterías; hace una hora he hablado con Baker en la fiscalía, y él no ve nada en perspectiva. Tenemos luz verde en todas partes.

—Parece divertido —comentó el gobernador.

Por sugerencia, o insistencia, de Reeva se canceló la reunión del miércoles por la noche para rezar en la Primera Iglesia Baptista. Eso solo había pasado tres veces en la historia de la iglesia: la primera por una tormenta de hielo, la segunda por un tornado y la tercera por un apagón. Ante la incapacidad del hermano Ronnie de usar la palabra «cancelado», lo que hubo fue una mera reclasificación del acto como «vigilia de oración», y su «traslado» a otro lugar. También colaboró el tiempo, con cielos despejados y temperaturas superiores a los veinte grados.

Quedaron al anochecer en un pabellón reservado del Parque Nacional de Rush Point, a orillas del Red River, lo más cerca posible de Nicole. El pabellón estaba en un pequeño acantilado, con el río a sus pies, a unos cien metros del banco de arena, que aparecía y desaparecía en función del nivel del agua. Era donde habían encontrado los carnets del gimnasio y de estudiante de Nicole. Ya hacía tiempo que sus seres queridos lo consideraban el lugar de descanso de la chica.

En sus numerosas visitas a Rush Point, Reeva siempre había avisado previamente a todos los medios de comunicación con los que pudiera contactar en Slone, pero el paso de los años había mitigado el interés de los reporteros, y a menudo Reeva iba sola a sus visitas, a veces con Wallis tras de ella; nunca faltaba el día del cumpleaños de su hija, y casi nunca el 4 de diciembre, el de su desaparición. Aquella vigilia, sin embargo, era muy diferente. Había algo que celebrar. En representación de *Fordyce - ¡A por todas!* había un equipo de dos hombres con una cámara pequeña, el mismo que ya llevaba dos días siguiendo a Reeva y a un Wallis un poco harto. También había dos equipos de noticias de la tele, y media docena de reporteros de la prensa escrita. Tanta atención inspiró a los fieles, y al hermano Ronnie le satisfizo lo nutrido de la concurrencia. ¡A sesenta kilómetros de casa!

Mientras se ponía el sol cantaron unos cuantos himnos. Después encendieron velitas y se las pasaron unos a otros. Sentada en primera fila, Reeva lloraba sin cesar. El hermano Ronnie no pudo resistirse a la oportunidad de hacer un sermón. Su grey, por otra parte, no tenía prisa en irse. Se explayó acerca de la justicia, y recurrió a un alud de citas bíblicas en apoyo del mandato de Dios de que vivamos como ciudadanos respetuosos de la ley.

Rezaron varios diáconos, y no faltaron testimonios de amigos de Nicole; el propio Wallis —previo codazo en las costillas— logró ponerse en pie y pronunciar unas palabras. A modo de remate, el hermano Ronnie se embarcó en una larga súplica de compasión, misericordia y fortaleza. Pidió a Dios que acompañase hasta el final a Reeva, a Wallis y a su familia, y estuviera a su lado en la dura prueba de la ejecución.

Al salir del pabellón, se trasladaron en solemne procesión al sepulcro provisional; y ahí, más cerca de la orilla, depositaron flores al pie de una cruz blanca. Algunos se pusieron de rodillas y volvieron a rezar. Todos se desahogaron llorando.

El miércoles a las seis de la tarde Keith cruzó la puerta de Anchor House resuelto a acorralar a Travis Boyette, y a plantarle cara. Faltaban exactamente veinticuatro horas para la ejecución, y Keith pensaba hacer todo lo posible por impedirla. Parecía totalmente imposible, pero al menos lo intentaría. De la cena del miércoles en St. Mark se ocupaba un pastor subalterno.

Boyette parecía jugar al escondite, a menos que estuviera muerto. A lo largo del día no se había presentado a su supervisor, ni había vuelto a ser visto en Anchor House. No estaba obligado a ninguna de estas dos cosas, pero era preocupante que no diera señales de vida. Sin embargo, sí tenía la obligación de presentarse a las seis para pasar la noche y de no irse sin autorización expresa antes de las ocho de la mañana. A las seis de la tarde seguía sin aparecer. Keith esperó una hora, pero no había ni rastro de Boyette. El mostrador de la entrada estaba a cargo de un tal Rudy, ex presidiario.

—Más vale que salgas a buscarlo, tío —masculló.

—No sé por dónde empezar —dijo Keith.

Le dejó a Rudy su número de móvil y empezó por los hospitales. Conducía despacio, matando el tiempo en espera de una llamada de Rudy, y entre una y otra visita miraba la calle por si veía a algún blanco raro de unos cuarenta años, cojo y con bastón. Ninguno de los hospitales del centro tenía registrado a nadie con el nombre de Travis Boyette. Tampoco merodeaba por la estación de autobuses, ni bebía con los borrachos del río. A las nueve de la noche Keith regresó a Anchor House y se sentó en una silla del mostrador de la entrada.

—Ha desaparecido —dijo Rudy.

—¿Y ahora qué? —inquirió Keith.

—Si llega durante la noche lo pondrán de vuelta y media pero lo dejarán pasar, menos si está borracho o drogado, y entonces salta la liebre. Te dejan cagarla una vez. En cambio, si está fuera toda la noche lo más seguro es que le revoquen la condicional y lo manden otra vez a la cárcel. Estos tipos no se andan con bromas. ¿Qué le pasa a Boyette?

—A saber. Le cuesta decir la verdad.

—Me suena. Ya tengo su número. Si se presenta, lo llamo.

—Gracias.

Keith se quedó media hora más antes de irse en coche a su casa. Dana calentó lasaña. Comieron en la habitación de la tele, con bandejas. Los niños ya dormían. La tele estaba silenciada. Apenas hablaron. Hacía casi tres días que su vida estaba consumida por Travis Boyette, y estaban un poco cansados de él.

Ya de noche, quedó claro que no había nadie que quisiera salir de la estación de trenes. No había mucho trabajo jurídico que hacer, y a aquellas horas pocas cosas de peso se podían realizar en ayuda de Donté Drumm. El Tribunal Penal de Apelación de Texas no se había pronunciado sobre la alegación de trastorno mental. Fred Pryor seguía rondando por las afueras de Houston con la esperanza de tomarse alguna copa más con Joey Gamble, lo cual parecía dudoso. Podía ser perfectamente la última noche en la vida de Donté Drumm, y los miembros de su equipo jurídico necesitaban consolarse mutuamente.

Mandaron a Carlos por pizza y cerveza, y a su regreso usaron la mesa larga de la sala de reuniones para cenar. Más tarde llegó Ollie, y se montó una partida de póquer. Ollie Tufton, muy amigo de Robbie, era de los pocos abogados negros de Slone. Su cuerpo era redondo como una pelota, y aseguraba pesar ciento ochenta kilos, sin que estuviera clara su razón para querer presumir de ello. Era gritón, muy divertido y con apetitos desmesurados: comida, whisky, póquer y, por desgracia, cocaína. Robbie lo había salvado dos veces cuando estaban a punto de expulsarlo del colegio de abogados. De vez en cuando se ganaba un pellizco con

accidentes de coche, pero el dinero casi siempre desaparecía. Cuando Ollie estaba en la sala, casi todo el ruido procedía de él. Se hizo con el control de la partida de póquer, encargó a Carlos dar la mano, fijó las reglas y contó sus últimos chistes verdes, sin dejar ni un momento de beber cerveza y de zamparse la pizza fría. Los jugadores eran Martha Handler (que solía ganar), Bonnie (la otra técnica), Kristi Hinze (que aún tenía miedo de jugar, y todavía más miedo de Ollie) y un investigador que también hacía de recadero a tiempo parcial llamado Ben Shoots.

Dentro de la chaqueta de Shoots, colgada en la pared, había una pistola. Robbie tenía otras dos en su despacho, ambas cargadas. Aaron Rey, siempre armado, se movía sin hacer ruido por la estación de trenes, atento a las ventanas y al aparcamiento. Como se habían recibido varias amenazas telefónicas durante el día, el bufete estaba en alerta máxima.

Robbie se llevó una cerveza a su despacho, dejó la puerta abierta y llamó a DeDe, la mujer con quien vivía; estaba haciendo yoga, y sentía una bendita indiferencia ante la ejecución que se avecinaba. Después de tres años juntos, Robbie casi estaba convencido de que la cosa tenía posibilidades. DeDe apenas manifestaba interés por las actividades de Robbie en el despacho, lo cual era beneficioso. La búsqueda de amor sincero por parte de Robbie estaba plagada de mujeres incapaces de aceptar que la convivencia estuviera muy sesgada en favor de él. La de ahora iba a la suya, y coincidían en la cama. Robbie le llevaba veinte años, y seguía loco por ella.

Llamó a un reportero de Austin, pero no dijo nada que pudiera citarse. Después habló con el juez Elias Henry y le dio las gracias por haber llamado al gobernador. Se desearon suerte, sabiendo que las siguientes veinticuatro horas tardarían mucho tiempo en olvidarse. El reloj de la pared parecía parado a las nueve y diez. Robbie siempre recordaría que fue exactamente a esa hora cuando entró Aaron Rey en su despacho y le dijo:

—Se ha incendiado la Primera Iglesia Baptista.

La batalla de Slone había empezado.

Capítulo 15

Keith no tenía conciencia de haberse quedado dormido. Hacía tres días que dormía tan poco, y a horas tan anómalas, que tenía los hábitos y los ritmos desincronizados. Cuando sonó el teléfono, habría jurado que estaba totalmente despierto. Sin embargo, fue Dana quien lo oyó primero, y tuvo que dar un golpecito a su marido. Finalmente Keith se puso, a la cuarta o la quinta.

—¿Diga? —contestó, aturdido, mientras Dana encendía una lámpara.

Eran las doce menos veinte de la noche. No hacía ni una hora que se habían acostado.

—Eh, pastor, soy yo, Travis —dijo la voz.

—Hola, Travis —contestó Keith. Dana buscó rápidamente un albornoz —. ¿Dónde está?

—Aquí, en Topeka, en uh bar del centro, cerca de Anchor House.

Hablaba despacio, con voz pastosa. Lo segundo o tercero que pensó Keith fue que Boyette había bebido.

—¿Por qué no está en Anchor House?

—Eso da igual. Oiga, pastor, tengo mucha hambre; no he comido nada desde esta mañana, y estoy aquí sentado solo con un café porque no tengo dinero. Estoy hambriento, pastor. ¿Se le ocurre algo?

—¿Ha bebido, Travis?

—Un par de cervezas. Estoy bien.

—¿Se ha gastado dinero en cerveza, pero no en comida?

—No lo he llamado para que nos peleemos, pastor. ¿Puede ayudarme a conseguir algo de comida?

—Sí, claro, Travis, pero tiene que volver a Anchor House. Lo esperan. He hablado con Rudy y dice que lo sancionarán, pero nada grave. Primero come usted algo, y luego lo llevo a donde tiene que estar.

—Ni hablar, pastor, yo no vuelvo. Quiero ir a Texas, ¿de acuerdo? Ahora mismo, digo. Tengo muchas ganas de ir. Le contaré a todo el mundo la verdad, incluido dónde está el cadáver. Tenemos que salvar al chico.

—¿Tenemos?

—¿Quién si no, pastor? Nosotros sabemos la verdad. Si vamos los dos, podremos impedir la ejecución.

—¿Quiere que lo lleve ahora mismo a Texas? —preguntó Keith, mirando a los ojos a su mujer, que empezó a sacudir la cabeza.

—No hay nadie más, pastor. Tengo un hermano en Illinois, pero no nos hablamos. Supongo que podría llamar a mi supervisor, pero dudo que tuviera algún interés en ir a Texas. También conozco a un par de tipos de la casa de reinserción, pero no tienen coche. Cuando te pasas la vida en la cárcel, pastor, no sueles tener muchas amistades fuera.

—¿Dónde está, Travis?

—Ya se lo he dicho: en un bar. Con hambre.

—¿Qué bar?

—El Blue Moon. ¿Lo conoce?

—Sí. Pida algo de comer, que llego en un cuarto de hora.

—Gracias, pastor.

Keith colgó y se quedó sentado al borde de la cama, junto a su mujer. Estuvieron unos minutos sin decirse nada. No tenían ganas de pelearse.

—¿Está borracho? —preguntó ella finalmente.

—No creo. Se ha tomado unas cervezas, pero parece sobrio. No sé.

—¿Qué vas a hacer, Keith?

—Pagarle la cena, o el desayuno, o lo que sea. Esperaré a que cambie otra vez de idea. Si lo dice en serio, no tendré más remedio que llevarlo en coche a Texas.

—Sí que tienes remedio, Keith. No estás obligado a llevar a Texas a ese pervertido.

—¿Y el chico del corredor de la muerte, Dana? Piensa en cómo estará en este momento la madre de Donté Drumm. Será el último día que vea a su hijo.

—Boyette te está tomando el pelo, Keith. Es un mentiroso.

—Puede que sí y puede que no, pero piensa en lo que está en juego.

—¿En juego? Podría estar en juego tu trabajo. Tu reputación, tu carrera..., todo podría estar en juego. Tenemos tres hijos en los que pensar.

—Yo no voy a poner en peligro mi carrera, Dana, ni mi familia; como máximo me tirarán de las orejas. Sé lo que estoy haciendo.

—¿Estás seguro?

—No.

Keith se quitó rápidamente el pijama y se puso unos vaqueros, unas zapatillas deportivas, una camisa y una gorra roja de béisbol de los

Cardinals. Dana lo vio vestirse sin decir nada más. Él le dio un beso en la frente y salió de casa.

Cuando Keith se sentó delante de él, Boyette estaba inspeccionando una bandeja de comida impresionante. El local estaba medio lleno, con policías de uniforme en varias mesas, todos comiendo pastel, aunque ninguno de ellos pesara menos de ciento treinta kilos. Keith pidió café, sensible a la ironía de que un asesino no convicto, infractor de la libertad condicional, se diera un festín a diez metros de un pequeño escuadrón de policías.

—¿Dónde ha estado todo el día? —le preguntó.

El tic. Un gran bocado de huevos revueltos.

—La verdad es que no me acuerdo —respondió Boyette, masticando.

—Hemos perdido todo un día, Travis. Nuestro plan era hacer el vídeo, mandárselo a las autoridades y a la prensa de Texas y esperar un milagro. Su desaparición ha desbaratado el plan.

—Ya se ha acabado el día, pastor; no le dé más vueltas. ¿Me lleva a Texas o no?

—¿O sea que se salta la condicional?

El tic y un sorbo de café, con la mano temblando. Todo parecía afectado por un temblor constante, desde la voz hasta los ojos, pasando por los dedos.

—Ahora mismo, lo que menos me preocupa es la condicional, pastor. La mayor parte de mi tiempo lo ocupa morirme. También me preocupa el chico, en Texas. He intentado olvidarlo, pero no puedo. Y la chica. Necesito verla antes de morirme.

—¿Por qué?

—Necesito decir que lo siento. Yo he hecho daño a mucha gente, pastor, pero solo he matado a una persona. —Miró a los policías y bajó un poco la voz—. Y no sé por qué. Era mi favorita. Quería quedármela para siempre, y al darme cuenta de que no podía ser..., pues...

—De acuerdo, Travis, ya lo he entendido; vamos a hablar de la logística. Slone queda a seiscientos cincuenta kilómetros a vuelo de pájaro, pero en coche son más bien novecientos, con muchas carreteras de un solo carril. Es medianoche. Si salimos antes de una hora, y corremos como locos, podríamos llegar a mediodía. Faltarían seis horas para la ejecución. ¿Tiene alguna idea de lo que haríamos cuando lleguemos?

Boyette pensó en la pregunta mientras masticaba un trozo de salchicha, totalmente impermeable a cualquier sensación de urgencia. Keith se había fijado en que comía bocados muy pequeños y los masticaba mucho, antes de dejar el tenedor y beber un poco de café o de agua. No parecía excesivamente hambriento. Lo importante no era la comida.

—Se me había ocurrido —dijo Boyette tras otro sorbo de café— que podríamos ir a la televisión local; así cuento mi historia en directo, acepto mi responsabilidad, les digo a aquellos idiotas que se han equivocado de culpable, y ellos no lo matan.

—¿Así de fácil?

—No sé, pastor. Es la primera vez que lo hago. ¿Y usted? ¿Qué plan tiene?

—Ahora mismo es más importante encontrar el cadáver que su confesión. Francamente, Travis, teniendo en cuenta su largo historial, y lo repugnante de sus delitos, pondrán en duda su credibilidad. Desde que nos vimos, el lunes por la mañana, he estado investigando y me he enterado de varias anécdotas sobre los chiflados que aparecen cuando hay ejecuciones y empiezan a decir de todo.

—¿Me está llamando chiflado?

—No, pero seguro que en Slone, Texas, pueden llamarlo muchas cosas. No lo creerán.

—¿Usted me cree, pastor?

—Yo sí.

—¿Quiere un poco de huevos con beicon? Paga usted.

—No, gracias.

El tic. Otra mirada rápida a la poli. Boyette se puso las puntas de los índices en las sienes y se hizo masajes en pequeños círculos, a la vez que hacía muecas, como si gritara. Al final se le pasó el dolor. Keith miró su reloj.

Boyette empezó a sacudir ligeramente la cabeza.

—Encontrar el cadáver tardará más tiempo, pastor. Hoy no se puede hacer.

A falta de experiencia en tales menesteres, Keith se limitó a encogerse de hombros, sin decir nada.

—O vamos a Texas, o vuelvo a la casa de reinserción a que me griten. Usted decide, pastor.

—No tengo demasiado claro por qué me corresponde decidir a mí.

—Muy sencillo: es quien tiene el coche, la gasolina y el permiso de conducir. Yo lo único que tengo es la verdad.

El coche era un Subaru todoterreno con trescientos mil kilómetros recorridos, y al menos veinte mil desde el último cambio de aceite. Dana lo usaba para llevar a los niños por todo Topeka, y el desgaste del coche con tanto trajín era más que visible. El otro coche de los Schroeder era un Honda Accord con la luz del aceite defectuosa y los neumáticos traseros de mala calidad.

—Disculpe que el coche esté tan sucio —dijo Keith, casi avergonzado, cuando entraron y cerraron las puertas.

Al principio Boyette permaneció en silencio. Se puso el bastón entre las piernas.

—Ahora es obligatorio el cinturón —dijo Keith al abrocharse el suyo.

Boyette no se movió. Durante un momento de silencio, Keith se dio cuenta de que el viaje había empezado. Tenía a Boyette dentro del coche, para un recorrido de horas o días, sin que ninguno de los dos supiera adónde los llevaría aquel pequeño viaje.

Mientras el coche se ponía en movimiento, Boyette se abrochó despacio el cinturón. La distancia entre los codos de ambos era de centímetros. Keith recibió la primera ráfaga de aliento a cerveza.

—Oiga, Travis, ¿y qué me dice de su historial con el alcohol?

Boyette respiraba profundamente, como si le tranquilizase la seguridad del coche, y también el que no se pudieran abrir las puertas desde fuera. Tardó un mínimo de cinco segundos en contestar, como era típico en él.

—Nunca me lo he planteado como un historial. No es que beba mucho. Tengo cuarenta y cuatro años, pastor, y me he pasado veintitrés y pico de ellos encerrado en varios complejos que en ningún caso tenían cantina, taberna, bar musical, club de striptease o autoservicio de veinticuatro horas. En la cárcel no te sirven copas.

—Pero hoy ha bebido.

—Tenía un par de billetes. He ido al bar de un hotel y me he tomado unas cervezas. El bar tenía tele. He visto que hablaban sobre la ejecución de Drumm en las noticias. Salía una foto del chico. Me ha afectado mucho, pastor, se lo aseguro. La verdad es que ya estaba bastante blando, como sentimental, y al ver la cara del chico casi me he atragantado. He bebido un poco más, y cuando he advertido que el reloj se iba acercando a las seis de la tarde he decidido saltarme la condicional, ir a Texas y cumplir con mi deber.

Keith tenía el móvil en la mano.

—Tengo que llamar a mi mujer.

—¿Cómo está?

—Muy bien. Gracias por preguntar.

—Es que es tan mona...

—Tiene que olvidarse de ella. —Incómodo, Keith masculló unas cuantas frases por teléfono y lo cerró de golpe. Conducía despacio por las calles desiertas del centro de Topeka—. Bueno, Travis, estábamos planeando un largo viaje a Texas, donde usted irá a ver a las autoridades, les contará la verdad e intentará impedir la ejecución. Por mi parte, doy por supuesto que en algún momento, muy pronto, le pedirán que lleve a las autoridades hasta el cadáver de Nicole. Naturalmente, todo ello hará

que lo detengan y lo encarcelen en Texas. Lo acusarán de crímenes de todo tipo, y nunca más saldrá de allí. ¿Es este el plan, Travis? ¿Estamos en sintonía?

El tic. La pausa.

—Sí, pastor, estamos en sintonía. Da igual. Para cuando me puedan encausar como Dios manda, ya estaré muerto.

—No he querido decir eso.

—Ni falta que hace. Nosotros lo sabemos, pero prefiero que en Texas nadie sepa lo de mi tumor. Darles la satisfacción de procesarme es lo que me corresponde. Me lo merezco. Yo estoy en paz, pastor.

—¿En paz con quién?

—Conmigo mismo. Cuando haya vuelto a ver a Nicole, y le haya dicho que lo siento, estaré preparado para todo, incluida la muerte.

Keith conducía en silencio. Le esperaba un viaje maratoniano con aquel individuo, prácticamente hombro con hombro durante las diez o doce horas siguientes, y tenía la esperanza de no llegar a Slone tan loco como Boyette.

Aparcó en el camino de entrada, detrás del Accord.

—Travis —dijo—, supongo que no tiene dinero, ropa ni nada.

Aquello parecía de una obviedad dolorosa. Travis se rió entre dientes y levantó las manos.

—Aquí me tiene, pastor —dijo—, con todos mis bienes materiales.

—Ya me lo imaginaba. Espéreme aquí, vuelvo en cinco minutos.

Keith dejó el motor en marcha y entró corriendo en la casa.

Dana estaba en la cocina, preparando bocadillos, patatas chips, fruta y todo lo que encontraba.

—¿Dónde está? —inquirió en cuanto Keith cruzó la puerta.

—Dentro del coche. No quiere entrar.

—Keith, esto no puede ir en serio.

—¿Qué alternativas hay, Dana? —El ya tenía su decisión tomada, por desazonadora que fuese. Estaba dispuesto a pelearse duramente con su esposa, y a correr los riesgos que pudiese entrañar el viaje—. No podemos quedarnos sentados sin hacer nada, sabiendo quién es el verdadero asesino. Está aquí fuera, en el coche.

Dana envolvió un bocadillo y lo metió en una cajita. Keith sacó de la despensa una bolsa doblada de la compra y entró en el dormitorio. Para su nuevo amigo Travis encontró unos chinos viejos, un par de camisetas, calcetines, ropa interior y un jersey Packers que nunca se había puesto nadie. Se cambió de camisa, se puso su alzacuellos y una americana azul

marino y metió algunas de sus cosas en una bolsa de deporte. Minutos después estaba en la cocina, donde Dana, apoyada en el fregadero, cruzaba los brazos de manera desafiante.

—Es una equivocación tremenda —declaró ella.

—Tal vez. No lo hago voluntariamente. Es Boyette el que nos eligió.

—¿A nosotros?

—Bueno, está bien, a mí. No tiene ninguna otra manera de llegar a Texas; al menos es lo que dice, y yo lo creo.

Dana puso los ojos en blanco. Keith echó un vistazo al reloj del microondas. Estaba impaciente por marcharse, pero también se daba cuenta de que su mujer tenía derecho a algunas réplicas finales.

—¿Cómo puedes creer algo de lo que dice? —exigió saber ella.

—Ya lo hemos hablado, Dana.

—¿Y si en Texas te detienen?

—¿Por qué? ¿Por intentar impedir una ejecución? Dudo que sea un delito, ni siquiera en Texas.

—Estás ayudando a un hombre a saltarse la libertad condicional, ¿no?

—Sí, en Kansas. En Texas no me pueden detener por eso.

—Pero no estás seguro.

—Oye, Dana, no me detendrán, te lo prometo. Igual me pegan un tiro, pero detenerme no me detendrán.

—¿Tengo que tomarlo como un chiste?

—No. En absoluto. Vamos, Dana, míralo desde una perspectiva amplia. Yo creo que Boyette mató a la chica en 1998; creo que escondió el cadáver, y sabe dónde está; y creo que, si conseguimos llegar a Texas, existe la posibilidad de un milagro.

—Yo creo que estás loco.

—Quizá, pero prefiero arriesgarme.

—Piensa en el riesgo, Keith.

Él, que se había acercado poco a poco, le puso las manos en los hombros. Dana estaba rígida, y seguía con los brazos cruzados.

—Mira, Dana, yo no me he arriesgado nunca en toda mi vida.

—Ya lo sé. Es tu gran momento, ¿no?

—No, no se trata de mí. En cuanto lleguemos, me quedaré en la sombra, sin llamar la atención…

—Esquivando balas.

—Lo que sea. Estaré al margen. Es el show de Travis Boyette. Yo me limito a hacerle de chófer.

—¿Chófer? Eres un sacerdote con familia.

—Y el sábado estaré de vuelta. El domingo diré un sermón, y por la tarde nos iremos de picnic. Te lo prometo.

Los hombros de Dana se encorvaron. Sus brazos cayeron a los lados. Keith la estrechó con fuerza, y a continuación la besó.

—Intenta entenderlo, por favor.

Ella asintió animosamente.

—Está bien —dijo.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Ten cuidado, por favor.

Despertaron a Robbie por teléfono a las doce y media de la noche. Cuando sonó, llevaba menos de una hora en la cama con DeDe. Ella, que se había dormido sin la ayuda del alcohol, fue la primera en dar un respingo.

—¿Diga?

Tendió el teléfono a su pareja, que intentaba abrir los ojos, embotado.

—¿Quién es? —gruñó.

—Despierta, Robbie, soy Fred. Tengo algo interesante.

Robbie logró despejarse, al menos hasta la siguiente fase.

—¿Qué pasa, Fred?

DeDe ya se estaba dando la vuelta. Robbie sonrió al ver su magnífico trasero bajo las sábanas de raso.

—Me he tomado otra copa con Joey —dijo Fred—. Me lo he llevado a un club de *strippers.* La segunda noche consecutiva, ¿eh? No estoy seguro de que mi hígado aguante mucho más este proyecto; el suyo, seguro que no. Bueno, el caso es que lo he puesto como una cuba, y ha acabado reconociéndolo todo. Ha dicho que era mentira lo de que había visto la camioneta verde de las narices, y que la condujese un negro y todo lo demás. Ha reconocido que fue él quien llamó a Kerber con el falso chivatazo sobre Donté y la chica. Ha sido estupendo. Se desahogaba llorando mientras se tomaba cervezas, un gordo fofo pegando el rollo a las *strippers.* Ha dicho que él y Donté fueron amigos, en noveno y décimo curso, cuando eran dos estrellas del deporte. Ha añadido que siempre pensó que acabarían resolviéndolo los fiscales y los jueces. Le parece mentira que se haya llegado a esto. Siempre había pensado que no lo ejecutarían, que algún día saldría de la cárcel. Ahora que ya se ha convencido de que van a matarlo, tiene un dilema enorme. Piensa que es culpa de él. Yo le he dicho que sí, que lo es. Tendrá las manos manchadas de sangre. Lo he machacado a conciencia. Ha sido magnífico.

Robbie estaba en la cocina, buscando agua.

—Genial, Fred —dijo.

—Sí y no. Se niega a firmar una declaración.

—¡Qué dices!

—No quiere. Al salir del club de *strippers* hemos ido a un café y le he rogado que firmase una declaración, pero es como hablar con una piedra.

—¿Por qué no quiere?

—Por su madre, Robbie; por su madre y por su familia. No puede digerir la idea de admitir que es un mentiroso. Con la cantidad de amigos que tiene en Slone, y tal y cual... Yo he hecho todo lo que podía, pero el chico no está dispuesto a firmar.

Robbie se bebió todo un vaso de agua del grifo y se secó la boca con la manga.

—¿Lo has grabado?

—Claro. He escuchado la cinta una vez, y estaba a punto de volver a escucharla. Hay mucho ruido de fondo. ¿Has estado alguna vez en un club de *strippers?*

—No me lo preguntes.

—Música a tope, mucho rap y porquerías así, pero la voz se oye. Se entiende lo que dice. Tendremos que mejorarlo.

—No hay tiempo.

—De acuerdo. ¿Qué plan tienes?

—¿Cuánto tardarías en coche?

—Bueno, a esta hora tan bonita del día apenas hay tráfico. Puedo llegar a Slone en cuatro horas.

—Pues venga, mueve el culo y a la carretera.

—Oído, jefe.

Una hora más tarde, Robbie estaba en la cama, boca arriba, y las sombras del techo le sugerían raros pensamientos. DeDe ronroneaba como un gatito, ajena al resto del mundo. Al oírla respirar pesadamente, Robbie se preguntó cómo podían inquietarla tan poco las preocupaciones de él. Le dio envidia. Horas más tarde, cuando se despertase, su prioridad número uno sería una hora de Hot Yoga con algunas de sus horrendas amigas. Él estaría en la oficina, pegando gritos por teléfono.

Así que al final todo paraba en eso: Joey Gamble borracho, confesando sus pecados y abriendo su corazón en un club de *strippers* a un hombre con un micro oculto que generaba una grabación con ruido a frito, a la que no haría caso ni un solo tribunal del mundo civilizado.

La frágil vida de Donté Drumm dependería de que un testigo sin ninguna credibilidad se retractara in extremis.

SEGUNDA PARTE

EL CASTIGO

Capítulo 16

El tema del dinero se perdió en el frenesí de la partida. Al pagar seis dólares por el festín de Boyette en el Blue Moon, Keith se dio cuenta de que andaba mal de efectivo, pero después se le olvidó. Volvió a acordarse cuando ya iban por la carretera y necesitaban repostar. Pararon en una gasolinera de camioneros de la interestatal 335, a la una y cuarto de la madrugada. Era el jueves 8 de noviembre.

Mientras llenaba el depósito, Keith era consciente de que faltaban unas diecisiete horas para que Donté Drumm fuera atado con correas a la camilla de Huntsville; y aún lo era más de que el hombre a quien habría correspondido pasar por el trance de aquellas últimas horas estaba tranquilamente sentado a un par de metros de él, en la comodidad del coche, con los fluorescentes reflejándose en su cabeza blanca y lisa. Estaban justo al sur de Topeka. Texas quedaba a un millón de kilómetros. Pagó con tarjeta, y al hacer el recuento del dinero en efectivo, de su bolsillo delantero izquierdo salieron treinta y tres dólares. Se reprochó no haber utilizado el fondo de emergencia que guardaban él y Dana en un armario de la cocina. Dentro de la caja de puros solía haber unos doscientos dólares.

Una hora al sur de Topeka, el límite de velocidad aumentó hasta ciento diez kilómetros por hora, y Keith y el viejo Subaru fueron incrementando la suya hasta casi ciento veinte. Hasta entonces Boyette no había dicho nada; parecía a gusto, con las manos en las rodillas y la mirada perdida en la ventanilla derecha. Keith opto por ignorarlo. Prefería el silencio. En circunstancias normales ya era una lata estar sentado doce horas seguidas al lado de un desconocido; pero hacerlo codo a codo con alguien tan violento y raro como Boyette convertiría el viaje en algo tenso y aburrido.

Justo cuando Keith se instalaba en un silencio confortable, le acometió una oleada de sopor y se le cerraron de golpe los párpados, que se reabrieron de inmediato por una sacudida de cabeza. Su visión era borrosa, confusa. El Subaru se fue aproximando al arcén. Keith giró otra vez hacia la izquierda. Se pellizcó las mejillas. Parpadeó con toda la fuerza que pudo. Si hubiera estado solo, se habría dado bofetadas. Travis no se fijó.

—¿Ponemos un poco de música? —dijo Keith.

Con tal de espabilar su cerebro... Travis se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Algo en especial?

—El coche es suyo.

En efecto. La emisora de radio favorita de Keith era la de rock clásico. Subió el volumen, y poco después aporreaba el volante, daba golpes en el suelo con el pie izquierdo y movía la boca sin cantar. El ruido despejó su cabeza. Aun así, seguía atónito por la rapidez con la que había estado a punto de quedarse grogui.

Solo faltaban once horas. Pensó en Charles Lindbergh, y en su vuelo a París en solitario: treinta y tres horas y media seguidas, sin haber dormido la noche antes de despegar de Nueva York. Más tarde, Lindbergh escribió que había estado sesenta horas despierto. Al hermano de Keith, que era piloto, le encantaba contar anécdotas.

Pensó en su hermano, en su hermana y en sus padres, y cuando ya empezaba a vencerle el sueño, habló.

—¿Usted cuántos hermanos tiene, Travis?

«Hable conmigo, Travis. Diga lo que sea para mantenerme despierto. A conducir no puede ayudarme, porque no tiene carnet, ni seguro; el volante no lo va a tocar, o sea que ayúdeme antes de que nos estrellemos.»

—No lo sé —dijo Travis, tras el obligatorio período de ensimismamiento.

La respuesta tuvo más eficacia para mantenerlo despierto que cualquier canción de Springsteen o de Dylan.

—¿Cómo que no lo sabe?

Un ligero tic. La mirada de Travis se había desplazado desde la ventanilla lateral hasta el parabrisas.

—Bueno... —contestó. Una pausa—. Poco después de que naciera yo, mi padre abandonó a mi madre y no he vuelto a verlo. Mi madre se enrolló con un tal Darrell, y al ser el primer hombre del que me acordaba, supuse que era mi padre. Mi madre me dijo que lo era. Yo lo llamaba papá. Tenía un hermano mayor que también lo llamaba así. Darrell era buen tío; nunca me pegó, ni nada, pero tenía un hermano que abusó de mí. La primera vez que me llevaron a juicio (creo que a los doce años), me di cuenta de que Darrell no era mi padre de verdad, y me sentó fatal. Me quedé hecho polvo. Luego Darrell desapareció.

Como tantas respuestas de Boyette, suscitaba más misterios de los que resolvía. También sirvió para poner a pleno rendimiento el cerebro de Keith. De pronto estaba completamente despejado, y resuelto a descifrar el enigma de aquel psicópata. ¿Qué otra cosa tenía que hacer

durante las doce horas siguientes? Estaban en su coche. Podía preguntar lo que quisiera.

—O sea que tiene un hermano.

—Más de uno. Mi padre, el de verdad, se fue a Florida y se lió con otra mujer. Tenían la casa llena de niños, o sea que supongo que tengo medios hermanos y medias hermanas. También se ha rumoreado siempre que mi madre tuvo un hijo antes de casarse con mi padre. Me ha preguntado cuántos. Elija un número, pastor.

—¿Con cuántos tiene contacto?

—Yo no lo llamaría contacto, aunque a mi hermano le he escrito algunas cartas. Está en Illinois. En la cárcel.

Qué sorpresa.

—¿Por qué está en la cárcel?

—Por lo mismo que están en la cárcel todos los demás: drogas y alcohol. Como necesitaba dinero para su adicción, entró a robar, se equivocó de casa y acabó dando una paliza a un hombre.

—¿Él le contesta?

—A veces. Nunca saldrá.

—¿De él también abusaron?

—No, era mayor, y que yo sepa mi tío lo dejó en paz. Nunca hemos hablado del tema.

—¿Era el hermano de Darrell?

—Sí.

—¿O sea que no era su tío de verdad?

—Yo creía que sí. ¿Por qué hace tantas preguntas, pastor?

—Intento pasar el rato, Travis, y no quedarme dormido. Desde que lo conocí, el lunes por la mañana, he dormido muy poco. Estoy agotado, y aún nos queda mucho camino.

—No me gustan tantas preguntas.

—¿Y qué cree que oirá en Texas? Llegamos, usted se presenta como el verdadero asesino y luego anuncia que no le gustan nada las preguntas. Vamos, Travis.

Pasaron varios kilómetros en completo silencio. Travis miraba fijamente a su derecha, donde solo había oscuridad, mientras daba golpecitos con los dedos en el bastón. Llevaba como mínimo una hora sin manifestar ningún dolor intenso de cabeza. Al mirar el indicador de velocidad, Keith cayó en la cuenta de que iba a ciento treinta, veinte más de la cuenta: motivo de multa en cualquier lugar de Kansas. Frenó un poco, y para mantener su actividad mental se imaginó una escena en que lo paraba un policía, examinaba su documento de identidad, luego miraba

el de Boyette y pedía refuerzos. Un delincuente prófugo, ayudado por un pérfido pastor luterano. La carretera llena de luces azules. Esposas. Una noche en la cárcel, quizá en la misma celda que su amigo, un hombre a quien no le molestaría para nada otra noche entre barrotes. ¿Qué les diría Keith a sus muchachos?

Volvió a asentir con la cabeza. Tenía pendiente una llamada, y no encontraba el momento de hacerla. Era una llamada que indiscutiblemente pondría su cerebro a tantas revoluciones que por un momento se le olvidaría el sueño. Se sacó el móvil del bolsillo y marcó la tecla abreviada para llamar a Matthew Burns. Casi eran las dos de la madrugada. Evidentemente, Matthew tenía el sueño pesado, porque no se puso hasta el octavo pitido.

—Ojalá valga la pena —gruñó.

—Buenos días, Matthew. ¿Has dormido bien?

—Estupendamente, padre. ¿Por qué demonios me llamas por teléfono?

—No seas malhablado, hijo. Escucha. Voy en coche para Texas con un tal Travis Boyette, un señor muy amable que vino a nuestra iglesia el pasado domingo. Puede que lo vieras. Va con bastón. El caso es que Travis tiene que confesar algo a las autoridades de Texas, en un pueblecito que se llama Slone, y que vamos pitando para impedir una ejecución.

La voz de Matthew se despejó enseguida.

—¿Te has vuelto loco, Keith? ¿Tienes dentro del coche al tío ese?

—Pues sí, hará una hora que salimos de Topeka. La razón de que te llame, Matt, es que necesito tu ayuda.

—Voy a ayudarte, Keith, con un consejo gratis: da media vuelta y arrea para aquí.

—Gracias, Matt, pero es que necesito que dentro de un par de horas hagas unas llamadas a Slone, Texas.

—¿Qué dice Dana de todo esto?

—Muy bien, muy bien. Necesito que llames a la policía, al fiscal y quizá a un abogado defensor. Yo también los llamaré, Matt, pero quizá a ti te hagan más caso, por algo eres fiscal.

—¿Aún estás en Kansas?

—Sí, en la interestatal 35.

—No cruces la frontera, Keith, por favor.

—Bueno, es que entonces sería un poco difícil llegar a Texas, ¿no te parece?

—¡No cruces la frontera del estado!

—Duerme un poco. Te llamo otra vez a las seis y empezamos con los teléfonos, ¿de acuerdo?

Keith cerró su móvil, activó el buzón de voz y esperó. Sonó a los diez segundos. Era Matthew.

Habían cruzado Emporia, e iban lanzados hacia Wichita.

El relato surgió por sí solo. Quizá a Boyette también le hubiera dado sueño, o simplemente se aburriese, aunque cuanto más lo oía hablar Keith, más se daba cuenta de que estaba oyendo la retorcida autobiografía de un moribundo, un hombre consciente de que su vida no había tenido ningún sentido, pero que aun así deseaba intentarlo.

—El hermano de Darrell, lo llamábamos tío Chett, me llevaba con él a pescar; eso era lo que les decía a mis padres. No llegué a pescar el primer pez, ni a mojar el primer anzuelo. Nos íbamos a la casita que tenía en el campo, con un estanque detrás, que era donde se suponía que estaban todos los peces, aunque hasta ahí nunca llegamos. Me daba un cigarrillo y me dejaba probar su cerveza. Yo al principio no sabía qué hacía. Ni la menor idea. Era un niño de ocho años. Tenía demasiado miedo para moverme o resistirme. Recuerdo que me dolía mucho. Tenía porno infantil a montones: revistas, películas... Porquerías que tenía la generosidad de dejarme ver. Si a un niño le metes toda esa basura en la cabeza, no tarda mucho en aceptarla. Pensé que eso debía de ser lo que hacían los niños; mejor dicho, lo que les hacían los adultos a los niños. Parecía legítimo, normal. No me trataba mal; de hecho me compraba helados y pizzas, y todo lo que quisiera. Después de ir a pescar, siempre me llevaba en coche a casa, y justo antes de llegar se ponía muy serio, en plan malo y amenazador. Me decía que era muy importante que yo guardase nuestro pequeño secreto. Hay cosas que son privadas. Dentro de la camioneta tenía un arma, una pistola que brillaba mucho; más tarde me enseñó a utilizarla, pero al principio la sacaba, la dejaba encima del asiento y me explicaba que le encantaban sus secretos, y que si alguna vez llegaban a revelarse no tendría más remedio que hacerle daño a alguien. Yo incluido. Si yo se lo decía a alguien, él no tendría más remedio que matarme, y luego a cualquier persona a quien se lo hubiera dicho, incluidos Darrell y mi madre. La treta era muy eficaz. Nunca se lo dije a nadie.

»Seguimos pescando. Yo creo que mi madre lo sabía, pero tenía sus propios problemas, sobre todo con la bebida. Se pasaba casi todo el tiempo borracha. No lo dejó hasta mucho después, cuando ya era demasiado tarde para mí. Yo tendría unos diez años cuando mi tío me dio un porro, y empezamos a fumar los dos juntos. Luego pastillas. No estaba del todo mal. Yo me veía muy enrollado: un gamberrillo que fumaba cigarrillos y porros, bebía cerveza y miraba porno. La otra parte nunca fue agradable, pero tampoco duraba mucho. Entonces vivíamos en Springfield, y un día mi madre me dijo que teníamos que irnos. Mi padre,

su marido o quien narices fuera había encontrado trabajo cerca de Joplin, Missouri, donde nací yo. Hicimos las maletas en un santiamén, lo cargamos todo en un camión de alquiler y nos fugamos en plena noche. Yo estoy seguro de que tuvo algo que ver con que no habían pagado el alquiler, y probablemente con muchas otras cosas: facturas, demandas, órdenes de arresto, autos de procesamiento... A saber.

El caso es que por la mañana me desperté en una caravana de doble ancho, muy chula. El tío Chett se quedó atrás. Seguro que se le partió el alma. Al final nos encontró, cuando hacía más o menos un mes que nos habíamos ido. Me preguntó si quería ir a pescar, y yo le dije que no. Como no tenía adónde llevarme, se quedó por la casa, sin quitarme la vista de encima. Los adultos bebían, y al cabo de un rato se empezaron a pelear por dinero. El tío Chett se fue, echando pestes. No volví a verlo, pero el daño estaba hecho. Ahora, si lo viera, cogería un bate de béisbol y le esparcería los sesos por los aires. De niño me dejó bien jodido, y supongo que aquello no lo he superado nunca. ¿Puedo fumar?

—No.

—Entonces, ¿podemos parar al menos un minuto para que fume?

—Sí, claro.

Lo hicieron unos kilómetros más adelante, en un área de descanso. Durante la pausa sonó otra vez el teléfono de Keith: otra llamada perdida de Matthew Burns. Boyette se fue a dar un paseo. Keith lo vio por última vez entre los árboles, detrás de los lavabos, seguido por una nube de humo. Keith daba vueltas por el aparcamiento, tratando de hacer circular la sangre mientras vigilaba a su pasajero. Cuando Boyette desapareció en la oscuridad, Keith llegó a pensar que se había marchado. Estaba cansado del viaje. ¿Qué más daba una fuga en aquel punto? Volvería a casa, en deliciosa soledad, y aguantaría el rapapolvo de Dana y los reproches de Matthew. Con algo de suerte, nadie se enteraría de la frustrada misión. Boyette haría lo que siempre había hecho: ir de un lado para otro hasta que se muriese o volvieran a detenerlo.

Pero ¿y si le hacía daño a alguien? ¿Compartiría Keith la responsabilidad criminal?

Pasaron los minutos sin que se moviera nada entre los árboles. En un extremo del aparcamiento había una docena de tráilers aparcados, juntos, con los generadores zumbando y los camioneros dormidos.

Apoyado en su coche, Keith esperó. Estaba acobardado, con ganas de irse a casa. Deseó que Boyette se quedara en el bosque, que se adentrase entre los árboles hasta que ya no hubiera vuelta atrás y desapareciese tal cual. Entonces pensó en Donté Drumm.

De entre los árboles salió una bocanada de humo. Su pasajero no se había escapado.

Estuvieron varios kilómetros sin hablar. Boyette parecía contento de olvidarse del pasado, pese a que minutos antes se hubiera prodigado en detalles. Al primer asomo de modorra, Keith insistió.

—Estaba usted en Joplin. El tío Chett había venido y se había ido.

El tic, y diez segundos.

—Sí... Mmm... Vivíamos en una caravana, en un barrio pobre de las afueras. Siempre vivíamos en barrios pobres, aunque recuerdo que yo estaba orgulloso de tener una caravana bonita; de alquiler, aunque entonces no lo supiera. Al lado del cámping de caravanas había una carretera pequeña y asfaltada que recorría durante kilómetros las colinas del sur de Joplin, en el condado de Newton. Había riachuelos, valles y caminos de tierra; el paraíso para un niño. —Nos pasábamos horas yendo en bicicleta por los caminos, donde no podía encontrarnos nadie. A veces robábamos cerveza y alcohol de la caravana, o incluso de alguna tienda, y nos íbamos de fiesta a las colinas. Una vez, un niño que se llamaba Damian se trajo una bolsa de costo que había robado a su hermana mayor, y nos flipamos tanto que no nos aguantábamos sobre las bicicletas.

—¿Es donde está enterrada Nicole?

Keith contó hasta once antes de oír la respuesta de Boyette.

—Supongo. Está en algún sitio de por ahí. Si quiere que le diga la verdad, no estoy seguro de poder acordarme. Estaba bastante borracho, pastor. He intentado hacer memoria, y el otro día hasta traté de hacer un mapa, pero será difícil. Eso si llegamos tan lejos.

—¿Por qué la enterró allí?

—No quería que la encontrase nadie, y funcionó.

—¿Cómo sabe que funcionó? ¿Cómo sabe que no han encontrado su cadáver? La enterró hace nueve años, y los últimos seis los ha pasado en la cárcel, sin enterarse de lo que ocurría en el exterior.

—Pastor, le aseguro que no la han encontrado.

Keith se tranquilizó. Él creía a Boyette; de hecho era frustrante creer hasta ese punto a un criminal empedernido. Llegó a Wichita totalmente despierto.

Boyette se había retirado a su triste caparazón. De vez en cuando se frotaba las sienes.

—¿Fue a juicio a los doce años? —le preguntó Keith.

El tic apareció de nuevo.

—Algo así. Sí, tenía doce. Me acuerdo de que el juez hizo algún comentario en el sentido de que era demasiado joven para embarcarme en una nueva carrera como delincuente. Qué sabría él...

—¿Por qué delito fue?

—Entramos en una tienda y nos llevamos todo lo que pudimos: cerveza, cigarrillos, caramelos, embutidos, patatas chips... Luego nos pegamos un banquete en el bosque y nos emborrachamos. Todo fue bien, hasta que a alguien se le ocurrió mirar el vídeo. Como era mi primer delito, quedé en libertad vigilada. El otro acusado era Eddie Stuart, que tenía catorce años. Pero para él no era su primer delito, así que lo mandaron al reformatorio y no lo he vuelto a ver. Era un barrio duro, con gamberros por todas partes. Cuando no armábamos alguna, nos metíamos en líos. Darrell me gritaba, pero no siempre estaba con nosotros. Mi madre hacía lo que podía, pero no conseguía dejar de beber. A mi hermano lo encerraron a los quince años. A mí, a los trece. ¿Ha estado alguna vez en un reformatorio, pastor?

—No.

—Ya me lo parecía. Son los niños que no quiere nadie. La mayoría no son malos, al menos al entrar; es una cuestión de falta de oportunidades. Primero estuve cerca de Saint Louis. Era como todos los reformatorios, una cárcel para niños y punto. Me asignaron la litera de arriba de una sala larga, repleta de niños de las calles de Saint Louis. La violencia era brutal. Nunca había bastantes vigilantes o supervisores. Íbamos a clase, pero la educación era de chiste. Para sobrevivir tenías que entrar en alguna pandilla. Alguien miró mi ficha y vio que había sufrido abusos sexuales, así que fui presa fácil de los vigilantes. Después de dos años de infierno, me soltaron. Dígame usted, pastor, qué puede hacer un quinceañero al volver a la calle después de dos años de tortura...

Miró a Keith, como si esperase una respuesta. Keith se encogió de hombros, con la vista al frente.

—El sistema de justicia para menores solo es un caldo de cultivo de delincuentes profesionales. La sociedad quiere encerrarnos para siempre, pero es demasiado estúpida para darse cuenta de que algún día acabaremos saliendo; y cuando salimos no es nada bonito. Fíjese en mí, por ejemplo. Me gusta pensar que a los trece años, cuando entré, no era un caso perdido. Ahora bien, deje pasar otros dos años llenos de violencia, odio, palizas y abusos, y a los quince, cuando salga, la sociedad tendrá un problema. Las cárceles son fábricas de odio, pastor, y la sociedad siempre quiere que haya más. Eso no funciona.

—¿Está culpando a otros por lo que le pasó a Nicole?

Boyette espiró, apartando la vista. Era una pregunta cuyo peso lo hizo flaquear.

—No lo entiende, pastor —contestó por fin—. Lo que hice estuvo mal, pero no pude evitarlo. ¿Y por qué no lo pude evitar? Pues por lo que soy. Yo no nací así. No me convertí en un hombre con muchos problemas por mi ADN, sino por las exigencias de la sociedad: encerradlos, castigadlos hasta que se queden tiesos, y si de paso os salen unos cuantos monstruos, pues mala suerte.

—¿Y el otro cincuenta por ciento?

—¿A quiénes se refiere?

—La mitad de los presos que salen en libertad condicional no vuelven a meterse en líos, ni vuelven a ser detenidos.

A Boyette no le gustó la estadística. Cambió de postura, y clavó la vista en el retrovisor de la derecha. Se metió en su caparazón, y ya no dijo nada más. Se durmió cuando iban por el sur de Wichita.

A las 3.40 de la madrugada volvió a sonar el teléfono. Era Matthew Burns.

—¿Dónde estás, Keith? —quiso saber.

—Duerme un poco, Matthew. Perdona que te haya molestado.

—Me está costando dormir. ¿Dónde estás?

—A unos cincuenta kilómetros de la frontera de Oklahoma.

—¿Aún llevas a tu amigo?

—Sí, sí. Ahora duerme. Yo solo echo cabezaditas.

—He hablado con Dana y está muy preocupada, Keith. Yo también. Nos parece que estás perdiendo la cabeza.

—Es probable. Eso me conmueve. Relájate, Matthew, estoy haciendo lo que tengo que hacer, y pase lo que pase sobreviviré. Ahora mismo, en quien pienso es en Donté Drumm.

—No cruces la frontera del estado.

—Ya te había oído.

—Me alegro. Solo quería que constase en acta que te aviso otra vez.

—Me lo apunto.

—Bueno, Keith, escúchame. No tenemos ni idea de lo que puede pasar cuando lleguéis a Slone y tu colega empiece a soltar la lengua. Doy por supuesto que atraerá a las cámaras como los bichos muertos de la carretera llaman a los cuervos. Tú quédate al margen, Keith. No llames la atención, ni hables con ningún periodista. Está claro que pasará una de dos cosas. Primera hipótesis: la ejecución se hará tal como está previsto. En ese caso habrás hecho todo lo posible, y será el momento de volver corriendo a casita. Boyette tiene la opción de quedarse o buscar a alguien que lo traiga. A ti, en el fondo, no te importa. Vuelve y ya está. Hay bastantes posibilidades de que nadie se entere de tu aventurilla en Texas. Segunda hipótesis: que se posponga la ejecución. En ese caso habrás ganado, pero no lo celebres. Mientras las autoridades cogen a Boyette, tú te vas disimuladamente y vuelves a casa. En ambos casos, es mejor que no te dejes ver. ¿Queda claro?

—Creo que sí. Una pregunta: ¿adónde voy cuando lleguemos a Slone? ¿A la fiscalía, a la policía, a la prensa, a la defensa...?

—A ver a Robbie Flak, que es el único que quizá te haga caso. Ni la policía ni el fiscal tienen ningún motivo para escuchar a Boyette. Ellos ya tienen al culpable, y solo esperan la ejecución. El único que podría creeros es Flak, y parece muy capaz de armar follón, eso está claro. Si Boyette cuenta una buena historia, Flak ya se ocupará de la prensa.

—Es lo que había pensado. Pienso llamar a Flak a las seis. Dudo que esté durmiendo mucho.

—Antes de empezar a hacer llamadas, habla conmigo.

—De acuerdo.

—Ah, Keith. Sigo pensando que estás loco.

—No lo dudo, Matthew.

Keith se guardó el teléfono en el bolsillo. Pocos minutos más tarde, el Subaru salió de Kansas y entró en Oklahoma. Keith iba a ciento treinta por hora. Por otra parte, llevaba su alzacuellos, y se había convencido de que ningún policía decente haría demasiadas preguntas a un clérigo cuyo único delito era el exceso de velocidad.

Capítulo 17

La familia Drumm pasó la noche en un motel económico de las afueras de Livingston, a menos de siete kilómetros en coche del correccional Alian B. Polunsky, donde llevaba más de siete años encerrado Donté. El motel hacía un negocio moderado con las familias de los presos, incluido un culto bastante curioso como era el de las extranjeras casadas con reclusos del corredor de la muerte. En todo momento había unos veinte condenados que se casaban con europeas a quienes no podían ni tocar. No eran bodas a las que el estado otorgase validez, pero las parejas se consideraban casadas y lo llevaban lo más lejos posible. Ellas se carteaban entre sí, y a menudo viajaban juntas a Texas para ver a sus maridos. Todas se alojaban en el mismo motel.

Por la noche cuatro de ellas habían cenado en una mesa cerca de los Drumm. Normalmente se las reconocía por su fuerte acento y su manera sugerente de vestir. Les gustaba llamar la atención. En sus países eran famosas de segunda fila.

Donté había rechazado todas las propuestas de matrimonio. Durante sus últimos días había desestimado ofertas de libros, peticiones de entrevistas, propuestas matrimoniales y la posibilidad de aparecer en *Fordyce - ¡A por todas!* No había querido reunirse ni con el capellán de la cárcel ni con su propio pastor, el reverendo Johnny Canty. Había renunciado a la religión. No quería saber nada de aquel Dios a quien con tanto fervor adoraban los devotos cristianos que se empeñaban en matarlo.

Roberta Drumm se despertó a oscuras en la habitación 109. Durante el último mes había dormido tan poco que ahora la mantenía despierta el cansancio. El médico le había dado somníferos, pero el efecto era el contrario: la ponían nerviosa. En la habitación hacía calor. Apartó las sábanas. En la otra cama, a un par de metros, estaba su hija Andrea, que parecía dormida. Sus hijos Cedric y Marvin estaban en la habitación de al lado. Las normas de la cárcel les permitían visitar a Donté desde las ocho de la mañana hasta la medianoche de aquel día, que para él sería el último. Tras la despedida final, se lo llevarían a la cámara de ejecuciones de la cárcel de Huntsville.

Faltaban varias horas para las ocho de la mañana.

Se seguía un horario fijo, en el que todos los movimientos los dictaba un sistema célebre por su eficacia. A las cinco de la tarde la familia se

presentaba en un despacho de la cárcel de Huntsville; desde ahí, un breve trayecto en furgón los llevaba a la cámara de ejecuciones, donde se los conducía a una exigua sala de testigos, justo antes de que se administrasen las sustancias químicas. Veían al condenado sobre la camilla, ya con los tubos en los brazos; oían sus últimas palabras, esperaban unos diez minutos a que se le declarase oficialmente muerto y se iban rápidamente. Desde ahí se trasladaban a una funeraria de la zona, a recoger el cadáver para llevárselo a casa.

¿Era un sueño, una pesadilla? ¿Estaba realmente ahí, despierta, a oscuras, pensando en las últimas horas de su hijo? Pues claro. Ya hacía nueve años que vivía con la pesadilla, desde el día en que le habían dicho que Donté no solo estaba detenido, sino que había confesado. La pesadilla era un libro del grosor de su Biblia, en el que cada capítulo era otra tragedia, y cada página estaba llena de tristeza e incredulidad.

Andrea hizo crujir y temblar la cama barata al desplazarse de un lado a otro. Después se quedó quieta, respirando profundamente.

Para Roberta, aquello había sido una sucesión de horrores: el terrible impacto de ver por primera vez a su hijo en la cárcel, con mono naranja y los ojos desorbitados de miedo; el dolor de barriga al imaginárselo en prisión, lejos de su familia, rodeado de delincuentes; la esperanza de un juicio justo, antesala de la impresión que le produjo entender que de justo no tenía nada; su llanto en voz alta, desatado, al anunciarse la condena a muerte; la última imagen de su hijo cuando se lo llevaban de la sala los agentes, corpulentos, orgullosos de hacer aquel trabajo; el sinfín de apelaciones y esperanzas desvanecidas; las incontables visitas al corredor de la muerte, donde había asistido al lento deterioro de un joven fuerte y sano. Durante el proceso Roberta había perdido amigos, pero no le importaba, francamente. Algunos se tomaban con escepticismo las proclamas de inocencia; otros se cansaban de que hablase tanto sobre su hijo. Roberta, sin embargo, estaba consumida, y tenía poco más que decir. ¿Cómo podía saber alguien lo que era aquello para una madre?

Y la pesadilla no se acabaría nunca; ni hoy, cuando lo ejecutase finalmente el estado de Texas, ni la semana siguiente, cuando ella lo enterrase; tampoco en algún momento del futuro en que llegara a saberse la verdad, si se sabía.

Los horrores suman, y había muchos días en los que Roberta Drumm dudaba de tener la fuerza necesaria para levantarse de la cama. Estaba tan cansada de fingirse fuerte...

—¿Estás despierta, mami? —le preguntó Andrea en voz baja.

—Ya sabes que sí, cielo.

—¿Has dormido algo?

—No, creo que no.

Andrea apartó las sábanas con los pies y estiró las piernas. La habitación estaba muy oscura. No se filtraba ninguna luz de fuera.

—Son las cuatro y media, mami.

—Yo no veo nada.

—Es que mi reloj brilla en la oscuridad.

Entre los hijos de la familia Drumm, la única con título universitario era Andrea, maestra de parvulario en una localidad cercana a Slone. Estaba casada, y quería estar en su casa, en su cama, muy lejos de Livingston, Texas. Cerró los ojos, tratando de dormirse, pero a los pocos segundos ya miraba nuevamente el techo.

—Mami, tengo que decirte algo.

—¿Qué, cielo?

—Nunca se lo he contado, ni se lo contaré a nadie. Hace mucho, mucho tiempo que lo tengo en la conciencia, y quiero que lo sepas antes de que se lleven a Donté.

—Te escucho.

—Después del juicio, cuando ya se lo habían llevado, hubo un momento en que empecé a dudar de su versión. Creo que buscaba una razón para dudar de él. Lo que decían tenía cierta lógica. Yo me imaginaba a Donté tonteando con aquella chica, con miedo a que lo pillasen, y me la imaginaba a ella intentando romper sin que él quisiera. Aquella noche, mientras yo dormía, Donté podía haber salido sin que nadie lo notase. Luego, cuando oí su confesión durante el juicio, reconozco que me incomodó. Nunca llegaron a encontrar el cadáver. Quizá la razón de que no pudieran localizarlo fue que él lo tiró al río. Yo intentaba encontrar alguna lógica a todo lo que había pasado, y por eso me convencí de que probablemente fuera culpable, de que probablemente no se habían equivocado de persona. Le seguí escribiendo, y visitando, y todo eso, pero estaba convencida de que era culpable. Curiosamente, durante una temporada eso hizo que me sintiera mejor. Duró meses. Puede que todo un año.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Robbie. ¿Te acuerdas de cuando fuimos a Austin para la vista de apelación directa?

—Perfectamente.

—Fue un año después del juicio, más o menos.

—Yo estaba allí, cielo.

—Estábamos sentados en aquella sala tan grande, mirando a aquellos nueve jueces, todos blancos, con aspecto de importantes con sus togas negras y sus rostros imperturbables, y esos aires que se daban; al otro lado de la sala estaba la familia de Nicole, y la bocazas de su madre, y Robbie se levantó a hablar en nuestro favor. Lo hizo tan bien... Repasó el juicio, recalcando lo débiles que eran las pruebas. Se burló del fiscal y del juez. No tenía miedo de nada. Atacó la confesión, y por primera vez sacó

a relucir el hecho de que la policía no le hubiera dicho nada sobre la persona anónima que había llamado por teléfono para acusar a Donté. Me quedé impactada. ¿Cómo podían reservarse pruebas la policía y el fiscal? En cambio, al tribunal aquello no le quitó el sueño. Recuerdo que, al ver la pasión que ponía Robbie en su argumentación, caí en la cuenta de que él, el abogado, el blanco rico de la parte rica de la ciudad, no tenía ninguna duda de que mi hermano era inocente. Y en ese mismo momento le creí. Qué vergüenza tuve por haber dudado de Donté...

—No pasa nada, cielo.

—No se lo digas a nadie, por favor.

—Descuida. Ya sabes que te puedes fiar de tu madre.

Se incorporaron, cada una al borde de su cama, y se cogieron de las manos, con las frentes en contacto.

—¿Quieres llorar o rezar? —dijo Andrea.

—Rezar lo podremos hacer luego, pero llorar no.

—Es verdad. Vamos a llorar como Dios manda.

El tráfico de las horas previas al alba fue aumentando a medida que se aproximaban a Oklahoma City. Boyette tenía la frente apoyada en la ventanilla derecha, y la boca abierta, en una mueca de baboso patetismo. Entraba en su segunda hora de sueño. Keith se alegraba de estar solo. Había parado cerca de la frontera del estado para comprar un café «para llevar», un mejunje de máquina espantoso que en circunstancias normales habría arrojado a la cuneta. Sin embargo, compensaba de sobra en cafeína sus carencias de sabor: Keith estaba a tope, con la cabeza dándole vueltas, y el indicador de velocidad exactamente trece kilómetros por hora encima del límite.

En la última parada, Boyette había pedido una cerveza. En vez de eso, Keith le había comprado una botella de agua. Encontró una emisora de *bluegrass* de Edmonton y la escuchó a bajo volumen. A las cinco y media llamó a Dana, que no dijo gran cosa. Al sur de Oklahoma City, Boyette se despertó de golpe.

—Creo que me he quedado dormido —dijo.

—La verdad es que sí.

—Pastor, estas píldoras que tomo afectan mucho a la vejiga. ¿Podemos hacer una parada?

—Sí, claro —convino Keith.

¿Qué iba a decirle? Estuvo pendiente del reloj. En algún punto al norte de Dentón, Texas, saldrían de la autopista y se dirigirían al este por carreteras de dos carriles. No tenía ni idea de cuánto tardarían. Según

sus cálculos, llegarían a Slone entre las doce y la una del mediodía. Como era lógico, las paradas no los hacían ir más deprisa.

Pararon en Norman, y compraron más café y agua. Boyette logró quemar dos cigarrillos, chupando y soplando con la misma rapidez que si fueran los últimos, mientras Keith echaba gasolina a toda prisa. Un cuarto de hora más tarde volvían a estar en la interestatal 35, rumbo al sur por las llanuras de Oklahoma.

Como religioso, Keith se sintió obligado a explorar como mínimo el tema de la fe. Empezó con ciertos titubeos.

—Ya ha hablado de su niñez, Travis —dijo—. No hace falta volver sobre el tema, pero tenía curiosidad por saber si de pequeño tuvo algún contacto con una iglesia o un predicador.

Había vuelto el tic. También la reflexión.

—No —dijo Boyette. Al principio no parecía que fuera a decir más—. A mi madre nunca la vi ir a la iglesia. Casi no tenía familia. Yo creo que no venían porque se avergonzaban de ella. Está claro que Darrell no era religioso. Al tío Chett le habría ido bien una buena dosis de religión, pero estoy seguro de que a estas horas está en el infierno.

Keith vio una pequeña posibilidad.

—¿O sea que cree en el infierno?

—Supongo. Creo que después de morir vamos todos a algún sitio, y no me imagino que sea el mismo para usted y para mí. ¿Usted sí, pastor? Vaya, me he pasado casi toda la vida en la cárcel, y le aseguro que hay un tipo de humanidad que es subhumano. Es gente que nace mala. Son hombres crueles, desalmados y locos, a los que es imposible ayudar. A algún sitio malo tienen que ir cuando se mueran.

La ironía era casi cómica: un asesino confeso y violador en serie condenando a los hombres violentos.

—¿En su casa había una Biblia? —preguntó Keith, procurando no entrar en el tema de los crímenes abyectos.

—Yo nunca vi ninguna. Libros tampoco es que viera muchos. Me crié con porno, pastor, el que me daba el tío Chett, y el que tenía Darrell debajo de su cama. Mis lecturas infantiles no van más allá.

—¿Cree usted en Dios?

—Mire, pastor, no pienso hablar de Dios, Jesús, la salvación y todo eso. En la cárcel lo oía sin parar. Muchos, cuando los encierran, se exasperan y empiezan a darle mamporros a la Biblia. Supongo que algunos lo hacen en serio, pero también queda muy bien en las vistas para la condicional. La verdad es que yo nunca me he tragado eso.

—¿Está preparado para la muerte, Travis?

Se produjo una pausa.

—Mire, pastor, tengo cuarenta y cuatro años y mi vida ha sido un enorme choque de trenes. Estoy cansado de vivir en la cárcel. Estoy cansado de vivir con la culpa de lo que he hecho. Estoy cansado de oír las voces lastimeras de las personas a quienes he hecho daño. Estoy cansado de mucha mierda, ¿de acuerdo, pastor? Y perdone que hable tan mal. Estoy cansado de ser un degenerado que vive al margen de la sociedad. Estoy tan harto de todo... Estoy orgulloso de mi tumor, ¿queda claro? Aunque parezca mentira, cuando no me parte el cráneo me gusta, el condenado. Me dice lo que me queda por delante. Tengo los días contados, y eso no me preocupa. Así no le haré daño a nadie más. Nadie me echará en falta, pastor. Sin el tumor, me tomaría un frasco de pastillas y una botella de vodka y me iría flotando para siempre. Puede que aún lo haga.

En eso quedó la aguda conversación sobre el tema de la fe. Pasaron quince kilómetros.

—¿De qué le gustaría hablar, Travis? —dijo Keith.

—De nada. Solo quiero estar aquí, sentado, mirando la carretera sin pensar en nada.

—Me parece perfecto. ¿Tiene hambre?

—No, gracias.

Robbie salió de su casa a las cinco de la mañana, y dio un rodeo para ir al bufete. Tenía la ventanilla del coche bajada, para poder oler el humo. Ya hacía tiempo que habían apagado el incendio, pero el olor a madera recién chamuscada flotaba sobre Slone como una densa nube. No había viento. En el centro de la ciudad, policías nerviosos cerraban calles y desviaban el tráfico hacia la Primera Iglesia Baptista. Robbie solo pudo atisbar sus ruinas humeantes, iluminadas por el parpadeo de las luces de los vehículos de bomberos y de rescate. Fue por calles secundarias, y al aparcar en la antigua estación de tren y salir del coche el olor seguía tan punzante y fresco como antes. Al despertarse, todo Slone se encontraría con el ominoso vapor de un sospechoso incendio; y la pregunta sería obvia: ¿habrá más?

Fueron llegando sus empleados, todos faltos de sueño y con muchas ganas de ver si el día se apartaba drásticamente de la dirección en la que iba. Se congregaron en la sala principal de reuniones, en torno a la mesa larga, que aún estaba cubierta por los restos de la noche anterior. Carlos recogió las cajas de pizza vacías y las botellas de cerveza, mientras Samantha Thomas servía café y *bagels.* Robbie, que se esforzaba por mostrarse animado, les reprodujo su conversación con Fred Pryor sobre la grabación furtiva del club de *strippers.* Pryor aún no había llegado.

Empezó a sonar el teléfono. Nadie quería cogerlo. Todavía no había llegado la recepcionista.

—Que alguien active el «No Molesten» —dijo Robbie de malas maneras.

El teléfono dejó de sonar.

Aaron Rey iba de sala en sala, mirando por las ventanas. El televisor estaba encendido, pero sin volumen.

Bonnie entró en la sala de reuniones.

—Robbie —dijo—, acabo de escuchar los mensajes telefónicos de las últimas seis horas. Nada importante, solo un par de amenazas de muerte y uno o dos paletos felices de que por fin haya llegado el gran día.

—¿Ninguna llamada del gobernador? —preguntó Robbie.

—Todavía no.

—Qué sorpresa. Seguro que le ha costado dormir, como a nosotros.

Con el tiempo, Keith enmarcó la multa por exceso de velocidad, gracias a la cual siempre sabría exactamente qué había hecho el martes 8 de noviembre de 2007 a las seis menos diez de la mañana. La ubicación no estaba clara, porque no había ninguna población a la vista; solo un tramo largo y vacío de la interestatal 35 al norte de Ardmore, Oklahoma.

El policía estaba escondido entre unos árboles de la mediana. Nada más verlo, y tras echar un vistazo al indicador de velocidad, Keith supo que tenía problemas. Pisó el freno, redujo considerablemente la velocidad y esperó unos segundos.

—Mierda —dijo Boyette cuando aparecieron las luces azules.

—No sea malhablado.

Keith pisó a fondo el freno y se apresuró a arrimarse al arcén.

—Eso es lo último que debería preocuparle. ¿Qué le va a decir?

—Que lo siento.

—¿Y si pregunta qué estaba haciendo?

—Ir por la carretera; puede que un poco demasiado deprisa, pero no pasa nada.

—Creo que voy a decirle que me estoy saltando la condicional, y que usted me ayuda a fugarme.

—Vale ya, Travis.

A decir verdad, Travis parecía exactamente el tipo de personaje capaz de saltarse la condicional. Como salido de un casting. Keith paró el coche, apagó el motor y se levantó el alzacuellos, verificando que su visibilidad fuera máxima.

—Usted ni palabra, Travis —dijo—. Déjeme hablar a mí.

Mientras esperaban a un policía muy calmoso y resuelto, Keith logró divertirse a sí mismo admitiendo que estaba al lado de la carretera, practicando no una sino dos actividades delictivas, y que por alguna razón inconcebible había elegido como cómplice a un violador en serie y asesino. Miró a Travis.

—¿Se podría tapar el tatuaje? —le preguntó.

Lo tenía en la parte izquierda del cuello: un diseño en espiral que solo un anormal podía entender y llevar con orgullo.

—¿Y si le gustan los tatuajes? —dijo Travis, sin el menor ademán de tocarse el cuello de la camisa.

El policía se acercó con precaución, con una linterna larga.

—Buenos días —dijo hoscamente aunque sin apreciar peligro.

—Buenos días —respondió Keith, levantando la vista.

Le entregó el carnet de conducir, los documentos del coche y la tarjeta del seguro.

—¿Es usted sacerdote?

Parecía más bien una acusación. Keith dudó que hubiera muchos católicos en el sur de Oklahoma.

—Soy pastor luterano —dijo con una cálida sonrisa, viva imagen de la paz y los buenos modales.

—¿Luterano? —gruñó el policía, como si eso aún fuera peor que ser católico.

—Sí.

Enfocó el carnet con la linterna.

—Pues iba usted a ciento treinta y seis por hora, reverendo Schroeder.

—Sí, lo siento.

—Aquí el límite está en ciento veinte. ¿Qué prisa tiene?

—La verdad es que ninguna. Es que no me había fijado.

—¿Adónde va?

Keith tuvo ganas de replicar «¿A usted qué le importa?», pero en vez de eso dijo rápidamente:

—A Dallas.

—En Dallas vive un hijo mío —dijo el policía, como si eso tuviera alguna relevancia.

Volvió a su coche, entró, dio un portazo y empezó con el papeleo. Las luces azules chispeaban en la oscuridad, que se iba disipando.

Cuando se le asentó la adrenalina, y se aburrió de esperar, Keith decidió aprovechar el tiempo. Llamó a Matthew Burns, que debía de tener el móvil en la mano, y le explicó dónde estaba y qué le pasaba en aquel momento. Le costó convencerle de que era una simple y rutinaria multa por exceso de velocidad. Superando la exagerada reacción de Matthew, convinieron en empezar a llamar de inmediato al bufete de Robbie Flak.

Finalmente regresó el policía. Keith firmó la multa, recuperó su documentación y se disculpó de nuevo. Al cabo de veintiocho minutos volvieron a la carretera. La presencia de Boyette había pasado inadvertida.

Capítulo 18

En algún momento de su borroso pasado, Donté había sabido el número exacto de días que llevaba en la celda número 22F del corredor de la muerte de la Unidad Polunsky. Era un recuento practicado por la mayoría de los presos. Sin embargo, con el tiempo había perdido la cuenta, por la misma razón por la que había perdido por completo el interés en leer, escribir, hacer ejercicio, comer, cepillarse los dientes, afeitarse, ducharse, intentar comunicarse con los otros presos y obedecer a los guardias. Podía dormir, soñar, y en caso de necesidad usar el váter; aparte de eso, ni podía ni quería esforzarse mucho más.

—Ha llegado el gran día, Donté —dijo el celador al introducir en la celda la bandeja del desayuno: otra vez creps con salsa de manzana—. ¿Cómo estás?

—Bien —masculló él.

Hablaban por una estrecha rendija en la puerta metálica. El celador era Mouse,[7] un negro muy menudo, de los más amables. Se fue, dejando a Donté con la vista clavada en la comida (que no tocó). Volvió al cabo de una hora.

—Vamos, Donté, tienes que comer.

—No tengo hambre.

—¿Y tu última comida? ¿Ya lo tienes pensado? El encargo tendrás que hacerlo dentro de un par de horas.

—¿Qué hay de bueno? —preguntó Donté.

—No estoy muy seguro de que haya algo bueno como última comida, pero me han dicho que la mayoría comen como limas. Bistec, patatas, bagre, gambas, pizza… Todo lo que quieras.

—¿Y fideos fríos y cuero hervido, como cualquier otro día?

—Lo que tú quieras, Donté. —Mouse se acercó unos centímetros más, bajó la voz y dijo—: Pensaré en ti, Donté, ¿me oyes?

—Gracias, Mouse.

—Te echaré de menos, Donté. Eres un buen tipo.

[7] En inglés, «Ratón». *(N. del T.)*

A Donté le hizo gracia la idea de que alguien fuese a echarlo de menos en el corredor de la muerte. No contestó. Mouse se fue.

Donté estuvo mucho tiempo sentado al borde de su catre, contemplando una caja de cartón que habían traído el día anterior. Dentro había dispuesto ordenadamente todas sus pertenencias: una docena de libros de bolsillo, que no leía desde hacía años, dos blocs, sobres, un diccionario, una Biblia, un calendario de 2007, una bolsa con cremallera donde guardaba su dinero (dieciocho dólares con cuarenta), dos latas de sardinas y un paquete de galletas saladas y ya rancias de la cantina, además de una radio que solo captaba una emisora cristiana de Livingston y otra de country de Huntsville. Cogió un bloc y un lápiz, y empezó a hacer cálculos. Tardó un poco, pero al final llegó a un total que le pareció bastante exacto.

Siete años, siete meses y tres días en la celda 22F: total, dos mil setecientos setenta y un días. Antes de eso había pasado unos cuatro meses en el antiguo corredor de la muerte de Ellis. Lo habían detenido el 22 de diciembre de 1998, y llevaba en la cárcel desde entonces.

Casi nueve años entre rejas. Era una eternidad, pero no un número impresionante. A cuatro puertas de distancia de su celda, Oliver Tyree, de sesenta y cuatro años, llevaba treinta y un años en el corredor de la muerte, sin fecha de ejecución en el calendario. Había varios veteranos que pasaban de los veinte, aunque la situación empezaba a cambiar: a los recién incorporados les esperaban otras reglas. Había plazos más rigurosos para las apelaciones. Para los condenados después de 1990, la espera media antes de la ejecución era de diez años, la más corta del país.

Durante sus primeros años en la 22F, Donté esperaba continuamente noticias de los tribunales, que al parecer iban a paso de tortuga. Después, nada: ni más peticiones que cursar, ni más jueces y magistrados que atacar por parte de Robbie. En retrospectiva, parecía que las apelaciones hubieran pasado volando. Se estiró en la cama y trató de dormir.

Cuentas los días, y ves pasar los años. Te dices que preferirías estar muerto, y te lo crees. Prefieres mirar a la muerte a los ojos, valientemente, y te dices que estás preparado porque lo que te espera al otro lado forzosamente tiene que ser mejor que envejecer en una jaula de dos por tres, sin nadie con quien hablar. En el mejor de los casos, te consideras medio muerto. Llevaos la otra mitad, por favor.

Has visto irse a docenas que no han vuelto, y aceptas que algún día vendrán a por ti. Tú no eres más que una rata en su laboratorio, un cuerpo desechable que usarán como prueba de que su experimento funciona. Ojo por ojo: hay que vengar todas las muertes. Si matas bastante, te convences de que matar es bueno.

Cuentas los días, hasta que ya no queda ninguno. En tu última mañana te preguntas si estás realmente preparado. Buscas coraje, pero el valor se diluye.

En realidad, cuando de verdad llega el final, nadie quiere morirse.

También era un gran día para Reeva, y para mostrar al mundo que sufría volvió a invitar a su casa, a la hora del desayuno, a los de *Fordyce - ¡A por todas!* Vestida con su más elegante traje pantalón, preparó huevos con beicon y se sentó a la mesa con Wallis y los dos hijos del matrimonio, Chad y Marie, ambos en la fase final de la adolescencia. A ninguno de los cuatro les hacía falta un desayuno abundante. Deberían haberse abstenido de comer, pero las cámaras estaban en marcha, y así, mientras comía, la familia charló sobre el incendio que había destruido su querida iglesia, y de cuyos rescoldos aún salía humo. Estaban atónitos y enfurecidos. Tenían la certeza de que había sido un incendio provocado. Aun así, lograron contenerse y no formular acusaciones contra nadie; eso para las cámaras, porque fuera de ellas estaban seguros de que el incendio lo habían provocado unos golfos negros. Reeva era miembro de la iglesia desde hacía más de cuarenta años. Allí se había casado con sus dos maridos, y allí habían sido bautizados Chad, Marie y Nicole. Wallis era diácono. Aquello era una tragedia. Poco a poco pasaron a temas más importantes. Todos estuvieron de acuerdo en que era un día triste, una ocasión triste; triste, pero muy necesaria. Llevaban casi nueve años esperando aquel día, para que a su familia le llegara finalmente la justicia, a su familia y a todo Slone, sí.

Sean Fordyce aún andaba liado con una ejecución complicada en Florida, pero había dejado claros sus planes: por la tarde llegaría en avión privado al aeropuerto de Hunstville, para hacerle a Reeva una entrevista rápida antes de que ella asistiese a la ejecución; y estaría presente, cómo no, cuando todo hubiera acabado.

En ausencia del presentador, el desayuno se alargaba. Fuera de cámara, un ayudante de producción incitaba a la familia con perlas como esta: «¿Creen que la inyección letal es demasiado humana?». Reeva respondió que sí, con toda seguridad.

Wallis se limitó a gruñir. Chad siguió masticando su beicon. Marie, tan parlanchina como su madre, dijo entre bocados que Drumm debería sufrir un dolor físico intenso mientras agonizaba, igual que Nicole.

—¿Les parece que habría que hacer públicas las ejecuciones?

Reacciones diversas en la mesa.

—El condenado tiene derecho a una declaración final. Si ustedes pudieran hablar con él, ¿qué le dirían?

Reeva se echó a llorar mientras masticaba, y se tapó los ojos.

—¿Por qué? Pero ¿por qué? —gimió—. ¿Por qué mataste a mi nenita?

—Esto a Sean le encantará —susurró el ayudante de producción al cámara.

Los dos disimulaban la sonrisa.

Reeva recuperó la compostura, y, mal que bien, la familia siguió desayunando.

—¡Wallis! —espetó Reeva en un momento dado a su marido, que apenas hablaba—. ¿En qué piensas?

Wallis se encogió de hombros, como si no pensara en nada.

Justo al final del desayuno se presentó por casualidad el hermano Ronnie. Se había pasado toda la noche viendo arder su iglesia, y necesitaba dormir, pero la familia de Reeva también lo necesitaba a él. Le preguntaron por el incendio. Se le veía claramente angustiado. Fueron al fondo de la casa, a la habitación de Reeva, donde se sentaron muy juntos en torno a una mesita de centro. Mientras se cogían todos de la mano, el hermano Ronnie dirigió la oración. Haciendo un esfuerzo de dramatismo, con la cámara a poco más de medio metro de su cabeza, imploró fortaleza y valor para que la familia soportase lo que le esperaba en aquel día tan difícil. Dio gracias a Dios por la justicia. Rezó por su iglesia, y por sus miembros.

No mencionó a Donté Drumm ni a su familia.

Tras unas diez incursiones en el buzón de voz, por fin respondió una persona de carne y hueso.

—Bufete de abogados Flak —dijo rápidamente.

—Con Robbie Flak, por favor —respondió Keith, animándose.

Boyette se volvió a mirarlo.

—El señor Flak está reunido.

—Claro, claro. Mire, es que es muy importante. Me llamo Keith Schroeder. Soy pastor luterano en Topeka, Kansas. Ayer hablé con el señor Flak. Ahora mismo voy para Slone, y tengo en mi coche a un hombre que se llama Travis Boyette. El señor Boyette violó y mató a Nicole Yarber, y sabe dónde está enterrado el cadáver. Lo llevo a Slone para que pueda explicar su versión. Es imprescindible que hable con Robbie Flak. Ahora mismo.

—Ah, de acuerdo. ¿Puedo dejarlo en espera?

—Yo no se lo puedo impedir.

—Un momentito.

—Dese prisa, por favor.

Lo puso en espera, salió de detrás del mostrador, junto a la puerta principal, y corrió por la estación de trenes, reuniendo al personal. Robbie estaba en su despacho, con Fred Pryor.

—Robbie, tienes que oír esto —dijo ella.

Su expresión y su voz eran inequívocas: había que oírlo. Todos fueron a la sala de reuniones y se apiñaron en torno a un teléfono con altavoz. Robbie pulsó un botón.

—Soy Robbie Flak —dijo.

—Señor Flak, soy Keith Schroeder. Hablamos ayer por la tarde.

—Sí. El reverendo Schroeder, ¿verdad?

—Sí, pero ahora Keith a secas.

—Le he puesto por el altavoz. ¿Le importa? Está conmigo todo mi bufete, y algunas personas más. Unas diez en total. ¿Le importa?

—No, tranquilo.

—Y está encendida la grabadora. ¿Le importa?

—No, no. ¿Algo más? Mire, es que llevamos toda la noche de viaje. Deberíamos llegar a Slone hacia mediodía. Traigo a Travis Boyette, que está dispuesto a contar su historia.

—Háblenos de Travis —dijo Robbie.

En torno a la mesa no se movía nadie. Todos contenían la respiración.

—Tiene cuarenta y cuatro años. Nació en Joplin, Missouri, se ha pasado la vida delinquiendo y está fichado por delitos sexuales como mínimo en cuatro estados. —Keith echó un vistazo a Boyette, que miraba por la ventanilla como si estuviese en otra parte—. El último sitio donde ha estado es una cárcel de Lansing, Kansas. Ahora se halla en libertad condicional. En la época de la desaparición de Nicole Yarber vivía en Slone, en el Rebel Motor Inn. Seguro que lo conocen. En enero de 1999 lo detuvieron en Slone por conducir borracho. Hay copia de su arresto.

Carlos y Bonnie tecleaban como locos en sus portátiles, rastreando internet a toda prisa para encontrar información sobre Keith Schroeder, Travis Boyette y el arresto en Slone.

Keith siguió hablando.

—De hecho, estuvo encarcelado en Slone mientras tenían detenido a Donté Drumm. Boyette pagó la fianza, salió y se escapó de la ciudad. De ahí pasó a Kansas, donde lo pillaron tras haber intentado violar a otra mujer. Ahora está acabando la condena.

En la mesa hubo miradas tensas. Todos respiraron.

—¿Y ahora por qué ha decidido hablar? —preguntó Robbie, acercándose más al altavoz.

—Se está muriendo —respondió Keith sin rodeos. A esas alturas ya no tenía ningún sentido suavizar las cosas—. Dice que tiene un tumor cerebral, un glioblastoma de grado cuatro que no se puede operar. Según él, los médicos le han dicho que le queda menos de un año de vida. Asegura que quiere cumplir con su deber. Cuando estaba en la cárcel perdió de vista el caso Drumm. Dice que suponía que las autoridades de

Texas acabarían dándose cuenta de que se habían equivocado de persona.

—¿Está en el coche, con usted?

—Sí.

—¿Puede oír nuestra conversación?

Keith conducía con la mano izquierda, y tenía el móvil en la derecha.

—No —dijo.

—¿Tú desde cuándo lo conoces, Keith?

—Desde el lunes.

—¿Y le crees? Si es verdad que es violador en serie, y que ha delinquido toda la vida, preferirá mentir a decir la verdad. ¿Cómo sabes que tiene un tumor cerebral?

—Lo he comprobado. Es verdad. —Keith miró a Boyette, que seguía con la mirada perdida en la ventanilla—. Yo creo que todo es verdad.

—¿Qué quiere?

—De momento, nada.

—¿Dónde estáis ahora?

—En la interestatal 35, no muy lejos de la frontera con Texas. ¿Cómo funciona eso, Robbie? ¿Hay alguna posibilidad de impedir la ejecución?

—Sí, hay una posibilidad —dijo Robbie, mirando a los ojos a Samantha Thomas, que se encogió de hombros, asintió y pronunció un débil «quizá».

Robbie se frotó las manos.

—Está bien, Keith —dijo—, te cuento lo que tenemos que hacer: reunirnos con Boyette y hacerle muchas preguntas. Si sale bien, prepararemos una declaración jurada para que la firme y la presentaremos junto con una petición. Tenemos tiempo, pero no demasiado.

Carlos dio a Samantha una foto de Boyette, recién impresa de una web de la Dirección General de Prisiones de Kansas. Ella señaló la cara.

—Que se ponga —susurró.

Robbie asintió con la cabeza.

—Keith —dijo—, me gustaría hablar con Boyette. ¿Me lo podrías pasar?

Keith bajó el móvil.

—Travis —dijo—, es el abogado. Quiere hablar con usted.

—Yo no —contestó Boyette.

—¿Por qué? Estamos yendo a Texas para hablar con él. Pues aquí lo tenemos.

—No. Ya hablaremos al llegar.

La voz de Boyette se oía claramente por el altavoz. A Robbie y los demás les alivió saber que Keith iba efectivamente acompañado. Quizá no fuera un loco que les tomaba el pelo en el último momento.

Robbie insistió.

—Si pudiéramos hablar con él ahora, empezaríamos a trabajar en su declaración; así ahorraríamos tiempo, que no es algo que nos sobre.

Keith se lo comunicó a Boyette, cuya reacción fue sorprendente: lanzó el tronco bruscamente hacia delante, a la vez que se cogía la cabeza con las manos. Intentó sofocar un grito, pero se le escapó un «¡Aaahhh!» muy fuerte, seguido por arcadas guturales, como si estuviera muriéndose entre horrendos dolores.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Robbie.

Keith conducía, hablaba al mismo tiempo por teléfono, y ahora de repente le distraía otro ataque de Boyette.

—Ya te llamaré —dijo.

Dejó el teléfono.

—Voy a vomitar —anunció Boyette, buscando la manilla de la puerta.

Keith pisó el freno y llevó el Subaru hasta el arcén. Detrás, un tráiler lo esquivó e hizo sonar el claxon. Finalmente se pararon. Boyette tiró del cinturón. Al soltarse, se inclinó por el resquicio de la puerta y empezó a vomitar. Keith salió y se acercó al parachoques trasero, decidido a no mirar. Boyette estuvo un buen rato vomitando. Al final, Keith le tendió una botella de agua.

—Tengo que acostarme —dijo Boyette. Subió a la parte trasera—. No mueva el coche —ordenó—, que aún estoy mareado.

Keith se apartó un par de metros y llamó a su mujer.

Después de otro ruidoso acceso de arcadas y vómitos, pareció que Boyette se serenaba. Volvió al asiento trasero, dejando abierta la puerta de la derecha y los pies fuera.

—Tenemos que seguir, Travis. Slone no vendrá a nosotros.

—Un momento, ¿de acuerdo? Aún no estoy preparado para seguir.

Boyette se frotaba las sienes. Su reluciente cráneo parecía a punto de partirse. Keith lo observó un minuto, pero como le violentaba presenciar tanto dolor, rodeó el vómito y se apoyó en el capó del coche.

Sonó su teléfono. Era Robbie.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Seguía en la mesa de reuniones, pero sentado. Casi no se había ido nadie. Carlos ya estaba preparando una declaración. Bonnie, que había encontrado la ficha del arresto de Boyette en Slone, trataba de averiguar qué abogado lo había representado. Hacia las siete y media llegó Kristi Hinze, que no tardó en darse cuenta de que echaba en falta una cierta emoción. Martha Handler tecleaba como una posesa: otro episodio en su cambiante artículo sobre la ejecución. Aaron Rey y Fred Pryor merodeaban por la estación de trenes, tomando una taza de café tras otra mientras miraban nerviosos todas las puertas y ventanas. Por suerte ya había salido el sol, y en el fondo no esperaban nada grave, al menos en el bufete.

—Es que tiene ataques —dijo Keith, justo cuando pasaba un tráiler que le alborotó el pelo—. Supongo que es el tumor, pero dan bastante miedo. Lleva veinte minutos vomitando.

—¿El coche avanza, Keith?

—No. Saldremos dentro de un minuto.

—Los minutos van pasando, Keith. Lo entiendes, ¿verdad? A Donté lo ejecutarán a las seis de la tarde.

—Sí, eso ya lo sé. Acuérdate de que ayer intenté hablar contigo y me mandaste a freír espárragos.

Robbie respiró hondo, viendo cómo lo miraban todos los de la mesa.

—¿Ahora te oye?

—No; está tumbado en el asiento de atrás, frotándose la cabeza y con miedo a moverse. Yo estoy sentado en el capó, esquivando tráilers.

—Explícanos por qué le crees.

—Pues... A ver por dónde empiezo. Sabe mucho del crimen. Estaba en Slone cuando pasó. Obviamente, es capaz de tanta violencia. Se está muriendo. La única prueba contra Donté Drumm es la confesión. Y Boyette lleva colgado del cuello el anillo de graduación de Nicole. A más no llego, Robbie; y reconozco que hay alguna posibilidad de que todo sea una gran mentira.

—Pero lo estás ayudando a saltarse la condicional. Estás cometiendo un delito.

—No me lo recuerdes, ¿entendido? Acabo de hablar con mi mujer, y resulta que también lo ha comentado.

—¿Cuánto tardarás en llegar?

—No lo sé; puede que tres horas. Hemos parado dos veces a tomar café porque llevo tres noches sin dormir. Me han multado por exceso de velocidad, y la multa me la ha puesto el policía más lento de Oklahoma.

Ahora Boyette está vomitando, y prefiero que lo haga en la cuneta, no dentro de mi coche. No sé, Robbie. Hacemos lo que podemos.

—Date prisa.

Capítulo 19

Ahora que había salido el sol, y que la ciudad se despertaba ansiosa, la policía de Slone estaba en alerta máxima, con las pistoleras preparadas, las radios encendidas y un desfile de coches patrulla por las calles, mientras todos los agentes buscaban indicios de los siguientes problemas. Se esperaba que los hubiera en el instituto. El jefe, por si acaso, envió a media docena de hombres el jueves a primera hora. Cuando llegaron los alumnos para entrar en clase, vieron coches de la policía aparcados cerca de la entrada principal, una señal de mal agüero.

Todo Slone sabía que los jugadores negros habían boicoteado el entrenamiento del miércoles, y se habían comprometido a no jugar el viernes. No cabía mayor insulto para una población muy apegada a su equipo de fútbol americano. Los hinchas se sentían traicionados, cuando solo una semana antes eran el colmo del fervor y de la lealtad. Reinaba una gran exaltación, y en todo Slone las emociones estaban en carne viva. Del lado blanco de la ciudad, la amargura tenía como causa el fútbol, y ahora el incendio de una iglesia; del lado negro, todo era por la ejecución.

Como ocurre con la mayoría de los conflictos súbitos y violentos, nunca se sabría cómo empezaron exactamente los disturbios. En el aluvión de explicaciones posteriores quedaron claras dos cosas: que los alumnos negros echaban la culpa a los alumnos blancos, y que los blancos se la echaban a los negros. Cronológicamente, estaba algo más claro. A los pocos segundos de que sonara el primer timbre, el de las ocho y cuarto, pasaron varias cosas a la vez. Explotaron bombas de humo en los lavabos de chicos de la planta baja y del primer piso. Se lanzaron petardos, de los redondos, en el pasillo principal, y explotaron como obuses bajo las taquillas metálicas. Cerca de la escalera central explotó una traca que hizo cundir el pánico en todo el instituto. La mayoría de los alumnos negros salieron de clase y se reunieron en los pasillos. En un aula de tercero se armó una pelea porque dos exaltados, uno negro y otro blanco, se insultaron y empezaron a darse puñetazos. No tardaron en formarse dos bandos. El profesor salió corriendo del aula, pidiendo ayuda a gritos. Una pelea desencadenó otras varias, y en poco tiempo los alumnos salían corriendo del colegio para ponerse a salvo. Algunos gritaban «¡Fuego, fuego!», a pesar de que no se veían llamas. La policía pidió refuerzos y camiones de bomberos. Por toda la planta baja y el primer piso explotaban petardos. El humo se hizo cada vez más denso a medida que cundía el pánico. Cerca de la entrada del gimnasio, una

pandilla de blancos sorprendió a unos chicos negros saqueando las vitrinas de trofeos, y estalló otra pelea que se propagó por el aparcamiento contiguo al gimnasio. El director se quedó en su despacho, gritando por megafonía sin parar, pero nadie hacía caso de sus advertencias, que solo sirvieron para agravar la confusión. A las ocho y media anunció que se suspendían las clases durante todo aquel día y el siguiente. Al final la policía, que había pedido refuerzos, puso orden y evacuó el instituto. No había fuego, solo humo, y un olor punzante de explosivos baratos. Todo quedó en cristales rotos, váteres embozados, taquillas volcadas, mochilas robadas y el destrozo de una máquina expendedora de refrescos. Tres alumnos —dos blancos y uno negro— tuvieron que ser llevados al hospital, donde los atendieron por cortes. Hubo muchas heridas y morados de los que no se informó. Como suele ocurrir en estas refriegas, fue imposible determinar quién era el causante de los problemas y quién trataba de escapar, por lo cual de momento no hubo detenciones.

Muchos de los mayores, tanto negros como blancos, se fueron a casa a buscar sus pistolas.

En el control de seguridad del edificio de entrada de Polunsky dejaron pasar a Roberta, Andrea, Cedric y Marvin, que fueron llevados por un supervisor a la sala de visitas, proceso —y recorrido— que habían soportado muchas veces durante los últimos siete años; y aunque siempre hubieran odiado la cárcel, en todos sus aspectos, comprendieron que pronto formaría parte de su pasado. Polunsky, como mínimo, era el lugar donde vivía Donté. Faltaban pocas horas para que dejara de serlo.

En la zona de visitas hay dos salas privadas para uso de los abogados. Son algo más amplias que las cabinas para visitas, y al ser espacios totalmente cerrados nadie puede escuchar lo que se dice, ni los vigilantes, ni el personal de la cárcel, ni otros presos o letrados. El último día, los condenados tienen derecho a ver a su familia y a sus amigos en una de las salas de abogados. También hay una separación de plexiglás, y todas las conversaciones se realizan mediante los teléfonos negros dispuestos a ambos lados. Imposible tocarse.

Los fines de semana, en la sala de visitas hay mucho ruido y ajetreo; en cambio, los laborables tienen poco movimiento. Los miércoles están reservados a los medios de comunicación. Lo típico es que un hombre «con fecha» sea entrevistado por un par de reporteros de la localidad en la que se produjo el asesinato. Donté había rechazado todas las peticiones para entrevistarlo.

A las ocho de la mañana, cuando la familia entró en la zona de visitas, había una sola persona, una tal Ruth, vigilante. La conocían mucho. Era una persona atenta, que tenía simpatía por Donté. Les dio la bienvenida y les hizo saber cuánto lo sentía.

Cuando entraron Roberta y Cedric, Donté ya estaba en la cabina de abogados. Detrás de él, por la ventana de una puerta, se veía a un vigilante. Como siempre, Donté aplicó la palma izquierda al plexiglás y Roberta hizo lo mismo al otro lado. Aunque el contacto nunca llegara a producirse, ellos lo veían como un abrazo largo y afectuoso. Donté no había tocado a su madre desde el último día de su juicio, en octubre de 1999, cuando un vigilante les había permitido un breve abrazo mientras a él se lo llevaban de la sala de vistas.

Donté cogió el teléfono con la mano derecha.

—Hola, mamá —dijo, sonriendo—. Gracias por venir. Te quiero.

Sus manos seguían juntas, presionando el cristal.

—Yo también te quiero, Donté —dijo Roberta—. ¿Cómo estás hoy?

—Igual. Ya me he duchado y afeitado. Todos me tratan muy bien. Me he puesto ropa limpia y calzoncillos nuevos. Es todo muy bonito. Aquí, justo antes de matarte, se ponen de lo más simpáticos.

—Te veo muy bien, Donté.

—Yo a ti también, mamá. Estás tan guapa como siempre.

Durante una de sus primeras visitas, Roberta había llorado tanto que no podía parar. Después Donté le había explicado por carta lo angustioso que era verla tan destrozada. En la soledad de su celda, Donté lloraba horas y horas, pero no soportaba ver a su madre en la misma situación. Quería que lo visitase siempre que fuera posible, pero el llanto le resultaba más perjudicial que beneficioso. Ya no había habido más lágrimas, ni por parte de Roberta, Andrea, Cedric y Marvin, ni de ningún otro pariente o amigo. Roberta se lo dejaba bien claro a cada visitante: si no te puedes controlar, vete.

—Esta mañana he hablado con Robbie —dijo Roberta—, y tiene uno o dos planes más para las últimas apelaciones. Además, el gobernador aún no se ha pronunciado sobre tu petición de aplazamiento, o sea que aún hay esperanza, Donté.

—No hay ninguna esperanza, mamá; no te engañes.

—No podemos rendirnos, Donté.

—¿Por qué? No podemos hacer nada. Cuando Texas quiere matar a alguien, lo hace. La semana pasada mataron a uno, y tienen a otro en capilla para este mismo mes. Lo de aquí es una cadena de montaje. No hay quien lo pare. De vez en cuando, si tienes suerte, lo aplazan; a mí hace dos años me pasó, pero tarde o temprano se te acaba el tiempo. A ellos les da igual que seas culpable o inocente, mamá; lo único que les importa es demostrarle al mundo lo duros que son. En Texas no se andan con tonterías. Con Texas no se juega. ¿Te suena?

—No quiero que te enfades, Donté —dijo ella suavemente.

—Lo siento, mamá, pero moriré enfadado. No puedo evitarlo. Aquí algunos se van de manera pacífica, cantando himnos, recitando la Biblia y suplicando perdón. La semana pasada un tipo dijo: «Padre, te encomiendo mi espíritu». Otros no dicen ni mu; solo cierran los ojos y esperan el veneno. Luego hay algunos que se van dando guerra. Todd Willingham, que murió hace tres años, siempre repitió que era inocente. Decían que había quemado a sus tres hijas pequeñas incendiando la casa, pero él también estaba dentro, y sufrió quemaduras. Era un luchador. Aprovechó sus últimas palabras para ponerlos de vuelta y media.

—Tú no hagas eso, Donté.

—No sé qué haré, mamá. Puede que nada. Puede que me quede tumbado, con los ojos cerrados, empiece a contar y, al llegar a cien, me vaya flotando. Pero tú no estarás allí, mamá.

—Ya lo hemos hablado, Donté.

—Pues volvemos a hacerlo. No quiero que lo veas.

—Yo tampoco quiero, te lo aseguro, pero sí estaré.

—Voy a hablar con Robbie.

—Ya he hablado yo con él, Donté. Sabe cómo me siento.

Donté apartó lentamente su mano izquierda del cristal, lo mismo que Roberta, que dejó el teléfono en la repisa y se sacó del bolsillo una hoja de papel. A partir del mostrador de entrada estaba prohibido llevar bolso. Desdobló el papel y cogió el teléfono.

—Donté —dijo—, esto es una lista de las personas que han llamado o han pasado preguntando por ti. Les había prometido que te lo comunicaría.

Donté asintió con la cabeza e intentó sonreír. Roberta leyó los nombres: vecinos, amigos de toda la vida, de la misma calle, compañeros de clase, feligreses queridos y algunos parientes lejanos. Donté escuchaba en silencio, aunque se le veía distraído. Roberta siguió leyendo. Añadía a cada nombre un comentario o una anécdota sobre la persona.

La siguiente fue Andrea. Cumplido el ritual de las manos, describió el incendio de la iglesia baptista, la tensión en Slone y los temores de que la situación empeorase. Donté parecía contento con la idea de que los suyos ofrecieran pelea.

Hacía años que la familia había aprendido que era importante llegar a la sala de visitas con los bolsillos llenos de monedas. Había máquinas expendedoras por todas las paredes, y los vigilantes entregaban la comida y la bebida a los presos durante las visitas. Donté había perdido mucho peso en la cárcel, pero le volvían loco unos bollos de canela muy glaseados. Mientras Roberta y Andrea se ocupaban de la primera tanda de visitas, Marvin compró dos bollos y un refresco, y Ruth se los llevó a Donté. La comida basura lo animó.

Mientras Cedric leía el periódico cerca de la sala de abogados, el director salió a saludarlo amablemente. Quería comprobar que todo funcionaba bien, y que en su cárcel todo iba sobre ruedas.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó, como si se acercaran las elecciones.

Se esforzaba mucho por dar una imagen comprensiva. Cedric se levantó, reflexionó un poco y luego exteriorizó su enfado.

—¿Me toma el pelo? Está a punto de acabar con la vida de mi hermano por algo que no hizo y ahora me viene con la chorrada de que quiere ayudar.

—Nos limitamos a hacer nuestro trabajo.

Ruth se estaba acercando.

—Mentira, a menos que su trabajo les permita matar a gente inocente. Si quiere ayudar, pare esa ejecución de mierda.

Marvin se interpuso entre los dos.

—No perdamos la calma —dijo.

El director se apartó y dijo algo a Ruth, con quien habló en tono serio al ir hacia la puerta. No tardó en irse.

El Tribunal Penal de Apelación de Texas (TPAT) tiene competencia exclusiva en los casos de asesinato castigados con la muerte, y es el tribunal de última instancia en ese estado antes de que un preso pase a la justicia federal. Tiene nueve miembros, todos electos, y todos con el requisito de presentarse en el ámbito estatal. En 2007 aún se ceñía a una regla tan arcaica como que todas las alegaciones, peticiones, apelaciones, documentos y demás tuvieran que presentarse en papel. De presentación electrónica, nada de nada: tinta negra sobre papel blanco, a toneladas. Cada presentación de un documento tenía que incluir doce copias, una por juez, una para el escribano, otra para el secretario y otra para el archivo oficial.

Era un trámite extraño y farragoso. El tribunal federal del distrito oeste de Texas, situado a pocas manzanas del TPAT, adoptó la presentación electrónica de documentos a mediados de la década de 1990. Con el cambio de siglo, y los avances tecnológicos consiguientes, las presentaciones en papel se estaban quedando rápidamente obsoletas. En el ámbito jurídico, tanto el de los tribunales como el de los bufetes, el archivo electrónico adquirió una popularidad mucho mayor que la del papel.

El jueves a las nueve de la mañana se notificó al bufete Flak y a los letrados del Defender Group que el TPAT había desestimado la alegación de demencia. El tribunal no consideraba que Donté estuviera mentalmente enfermo. Era lo previsto. Minutos después de que se

recibiera la notificación, la petición idéntica fue archivada electrónicamente en el juzgado federal del distrito este de Texas, en Tyler.

A las nueve y media, una letrada del Defender Group, Cicely Avis, entró en el despacho del secretario del TPAT con el último alegato de los abogados de Donté Drumm. Era una petición de inocencia nada menos, basada en las declaraciones de Joey Gamble grabadas en secreto. Cicely, como era de rigor, se presentó con alegatos similares. Ella y el secretario se conocían bien.

—¿Qué falta ahora? —preguntó el segundo al procesar la petición.

—Seguro que algo habrá —dijo Cicely.

—Suele haberlo.

Una vez terminado el papeleo, el escribano devolvió a Cicely una copia sellada y le dio los buenos días. En vista de la evidente urgencia del asunto, entregó a mano una copia de la petición en los despachos de los nueve jueces. Resultó que tres de ellos se encontraban en Austin, mientras que los otros seis estaban desperdigados por el resto del estado. El juez presidente, un tal Milton Prudlowe, llevaba mucho tiempo formando parte del tribunal y, aunque viviera la mayor parte del año en Lubbock, tenía un pequeño apartamento en Austin.

Prudlowe y su pasante leyeron el alegato, prestando especial atención a las ocho páginas de grabación transcrita del desahogo que había tenido Joey Gamble la noche anterior, la del club de *strippers* de Houston. Entretenida lo era, pero distaba mucho de constituir un testimonio bajo juramento, y apenas cabía duda de que Gamble negaría haber hecho tales declaraciones al ser confrontado con ellas. Se habían grabado sin ningún tipo de consentimiento, y todas ellas olían a sordidez. Se notaba que el joven bebía mucho. Además, aunque se pudieran presentar sus declaraciones, y aunque fuera cierto que había mentido durante el juicio, ¿qué demostraba eso? En opinión de Prudlowe, casi nada. Donté Drumm había confesado. Así de fácil y sencillo. A Milton Prudlowe nunca le había preocupado el caso Drumm.

Siete años antes, él y sus colegas habían sido los primeros en estudiar la apelación directa de Donté Drumm. Se acordaban muy bien, no por la confesión, sino porque el cadáver no había aparecido. Aun así, se confirmó la sentencia con el parecer unánime del tribunal. Ya hacía tiempo que la jurisprudencia de Texas tenía zanjado el tema de los juicios por asesinato sin pruebas claras de este último. Algunos de los elementos habituales no eran necesarios, y punto.

Prudlowe y su pasante estuvieron de acuerdo en que aquel último alegato carecía de valor. Acto seguido, el pasante consultó a los de los otros jueces, y en una hora ya se hizo circular una denegación preliminar.

Boyette estaba en el asiento trasero, donde llevaba casi dos horas. Se había tomado una pastilla, que evidentemente surtía un magnífico efecto. No se movía, ni hacía el menor ruido, aunque la última vez que Keith lo había mirado parecía respirar.

Para no dormirse, y para hacer hervir su sangre, Keith llamó dos veces a Dana. Discutieron, y ninguno de los dos se retractó ni pidió disculpas por haberse pasado de la raya. Después de cada conversación, Keith se sintió muy despierto, echando chispas. Llamó a Matthew Burns, que estaba en su despacho del centro de Topeka, con muchas ganas de ayudar. Pero poco podía hacer él.

Keith se despertó de golpe en el momento en que el Subaru empezaba a deslizarse por el arcén derecho de una carretera de dos carriles, cerca de Sherman, Texas. Estaba furioso. Paró en la primera tienda de veinticuatro horas y pidió un vaso grande de café bien cargado. Echó tres sobres de azúcar y dio cinco vueltas a la tienda. Al regresar al coche, vio que Boyette no se había movido. Se bebió rápidamente el café caliente y salió disparado. Su móvil empezó a sonar. Lo cogió del asiento del copiloto.

Era Robbie Flak.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—No sé. En la carretera 82, yendo hacia el oeste, en las afueras de Sherman.

—¿Por qué tardas tanto?

—Hago lo que puedo.

—¿Qué posibilidades tengo de hablar ahora mismo por teléfono con Boyette?

—Pocas. Está roque en el asiento trasero, y sigue muy mareado. Además, ha dicho que no hablará antes de llegar.

—Es que no puedo hacer nada hasta que hable con él, ¿sabes, Keith? Tengo que saber lo que está dispuesto a decir. ¿Reconocerá haber matado a Nicole Yarber? ¿Tú me puedes contestar?

—Pues mira, Robbie, la cosa está así. Hemos salido de Topeka en plena noche. Estamos corriendo como locos para llegar a tu bufete, y el único objetivo de Boyette, según dijo al salir de Topeka, era descargar su conciencia, reconocer la violación y el asesinato e intentar salvar a Donté Drumm. Eso es lo que ha dicho. Ahora bien, con este tipo no hay nada previsible. Que yo sepa, ahora mismo podría estar en coma.

—¿Y si le tomaras el pulso?

—No, no le gusta que lo toquen.

—Bueno, pues date prisa, puñeta.

—No digas palabrotas, por favor. Soy pastor, y no me gustan.

—Perdón. Date prisa, por favor.

Capítulo 20

Los rumores sobre la manifestación circulaban desde el lunes, pero los detalles aún no estaban ultimados. Al principio de la semana faltaban varios días para la ejecución, y en la comunidad negra existía la ferviente esperanza de que algún juez se despertase y la impidiera. A medida que se aproximaba la hora, los negros de Slone no pensaban quedarse cruzados de brazos, y menos los más jóvenes. El cierre del instituto les había infundido vigor y libertad para buscar el modo de armar ruido. Hacia las diez de la mañana la gente empezó a congregarse en el parque Washington, en la esquina de la calle Diez y el Martin Luther King Boulevard. Con la ayuda de los móviles y de internet, el gentío fue aumentando, y en poco tiempo eran un millar los negros que se arremolinaban inquietos, con la seguridad de que algo iba a pasar, pero sin saber exactamente qué. Llegaron dos coches de la policía, que aparcaron algo más lejos, a una distancia prudencial de la multitud.

Trey Glover era el *tailback* titular del instituto de Slone. Tenía un todoterreno con las lunas tintadas, unos neumáticos exageradamente grandes, unos tapacubos de cromo relucientes y un equipo de sonido capaz de romper cristales de las ventanas. Lo aparcó en la calle, abrió las cuatro puertas y puso *White Man's Justice,* una airada canción rap de T. P. Slik. La canción electrizó a la multitud. Acudieron muchos otros, alumnos de instituto en su mayor parte, aunque el acto también atrajo a los parados, a algunas amas de casa y a unos cuantos jubilados. Con la llegada de cuatro miembros de la banda de los Warriors, con dos tambores y dos bombos, se formó un conjunto de percusión. Empezó a sonar a coro «Liberad a Donté Drumm», que fue propagándose por el barrio. Lejos del parque, en la distancia, alguien tiró petardos, y durante unas décimas de segundo todos pensaron que podían ser disparos. Se lanzaron bombas de humo, y la tensión creció en cuestión de minutos.

El ladrillo no fue arrojado desde el parque Washington, sino de detrás de los coches de la policía, al otro lado de una valla de madera contigua a una casa cuyo propietario, Ernie Shylock, veía caldearse los ánimos desde su porche. Shylock dijo que no sabía quién lo había lanzado. El ladrillo se empotró en el cristal trasero de un coche patrulla, puso al borde del pánico a los dos policías y provocó una ruidosa oleada de aprobación en la multitud. Durante unos segundos, los policías corrieron con las pistolas en la mano, listos para disparar a todo lo que se moviera, incluido el señor Shylock, el primer blanco posible. Shylock levantó las manos.

—¡No disparen! —gritó—. No he sido yo.

Un policía corrió detrás de la casa como si estuviera persiguiendo al agresor, pero a los cuarenta metros, al quedarse sin aliento, desistió. Minutos más tarde llegaron refuerzos. Al ver más coches de la policía, la muchedumbre se exaltó.

La marcha, finalmente, empezó cuando los percusionistas se metieron por el Martin Luther King Boulevard, rumbo al norte, más o menos hacia el centro. Trey Glover los seguía en su todoterreno, con las ventanillas bajadas y música rap a todo volumen. Detrás iban los otros, una larga fila de manifestantes, muchos con carteles que exigían que se hiciera justicia, que se impidiera aquel asesinato y que se dejara en libertad a Donté. Varios niños en bicicleta se sumaron a la fiesta. La comitiva iba creciendo a medida que avanzaba lentamente, al parecer sin destino determinado.

Nadie se había molestado en pedir una autorización, tal como requerían las ordenanzas de Slone. El acto del día anterior delante del juzgado se había hecho legalmente. Aquella marcha no. Aun así, la policía mantuvo la serenidad. Que protestasen. Que gritasen. Aquella misma noche, si las cosas iban bien, se acabaría todo. Bloquear el recorrido del desfile, o intentar dispersar a la multitud, o incluso arrestar a unos cuantos sería visto como una provocación y no haría más que empeorar las cosas. En consecuencia, la policía se mantuvo al margen, siguiendo en algunos casos a los manifestantes, y en otros yendo delante de ellos y desviando el tráfico para abrir paso.

Un policía negro frenó su moto al lado del todoterreno.

—¿Adónde vas, Trey? —vociferó.

—Volvemos al juzgado —respondió Trey, que al parecer era el cabecilla no oficial del acto.

—Si es de manera pacífica, no habrá problemas.

—Lo intentaré —dijo Trey, encogiéndose de hombros.

Tanto él como el policía eran conscientes de que en cualquier momento se podía complicar la situación.

El desfile torció por Phillips Street. Avanzaba despacio, como una multitud escasamente organizada de ciudadanos preocupados, orgullosos de su libertad de expresión y encantados con su protagonismo. Los percusionistas repetían una y otra vez los mismos ritmos, precisos e impactantes. El rap hacía vibrar el suelo con sus aturdidoras letras. Los estudiantes brincaban y se descoyuntaban a su aire, a la vez que entonaban diversos cantos de batalla. El ambiente era al mismo tiempo festivo y airado. Los chicos estaban orgullosos del vertiginoso aumento de sus efectivos, pero querían hacer algo más. Frente a ellos, la policía bloqueó la calle Mayor e hizo correr la voz entre los comerciantes del centro de que se acercaba una manifestación.

La llamada al 911 fue registrada a las 11.27. Se estaba quemando la Iglesia de Dios en Cristo de Mount Sinai, cerca del parque Washington. Según la persona que llamaba, detrás de la iglesia había una camioneta blanca con un logo y varios números de teléfono, y dos hombres blancos con uniformes como de fontaneros o de electricistas habían salido corriendo del edificio y se habían marchado en la camioneta. Al cabo de unos minutos ya había humo. La respuesta de primeros auxilios a la llamada había provocado un estallido de sirenas, mientras varios camiones de bomberos salían rugiendo de dos de los tres cuarteles de Slone.

Al llegar a la esquina de Phillips y la calle Mayor, la marcha se detuvo. Los percusionistas dejaron de tocar. El rap bajó de volumen. Vieron pasar los camiones de bomberos en dirección a sus barrios. El mismo policía negro de antes detuvo su moto al lado del todoterreno e informó a Trey de que ahora se estaba quemando una de sus iglesias.

—Vamos a dispersar ese pequeño desfile, Trey —dijo.

—Ni hablar.

—Pues habrá follón.

—Ya lo hay —repuso Trey.

—Tenéis que iros, antes de que todo esto se salga de madre.

—No, los que os tenéis que largar sois vosotros.

A quince kilómetros al oeste de Slone había una tienda, el Trading Post, donde vendían de todo un poco. Su dueño, Jesse Hicks, un hombre corpulento, locuaz y gritón, era primo segundo de Reeva. Hacía cincuenta años que su padre había abierto el Trading Post, y Jesse nunca había trabajado en ningún otro sitio. El Post —como lo llamaba la gente— era un criadero de rumores, al que se iba a comer, e incluso había acogido a algún político en barbacoas de campaña. El jueves estaba más animado que de costumbre. Pasaba mucha gente para ponerse al día de la ejecución. En la pared de detrás del mostrador, junto a los cigarrillos, Jesse tenía una foto de su sobrina favorita, Nicole Yarber, y hablaba sobre el caso con todos los que le escuchaban. Técnicamente era su prima en tercer grado, pero desde que era famosa, por decirlo de algún modo, él la llamaba sobrina. Jesse no veía la hora de que llegasen las seis de la tarde del jueves 8 de noviembre.

La tienda estaba en la parte delantera del edificio. Al fondo había un pequeño comedor, con una vieja estufa panzuda, y alrededor media docena de mecedoras, que cuando se acercaba la hora de comer estaban todas ocupadas. Jesse estaba en la caja, cobrando gasolina y vendiendo cerveza, mientras hablaba sin parar con su pequeña parroquia. Las pocas horas transcurridas desde los disturbios del instituto, el hecho de que los rescoldos de la Primera Iglesia Baptista aún echasen humo y, por

supuesto, la inminencia de la ejecución alimentaban una conversación muy agitada, plagada de chismorreos. Entró un tal Shorty, y dio una noticia.

—Los africanos vuelven a manifestarse por el centro. Uno ha reventado el cristal de un coche de la policía con un ladrillo.

Sumada a todas las demás historias, aquella desencadenó poco menos que un alud informativo que urgía debatir, analizar y poner en perspectiva. Shorty gozó de unos minutos de protagonismo, pero no tardó en ser eclipsado por Jesse, que siempre dominaba las conversaciones. Se expusieron diversas opiniones sobre lo que debería hacer la policía, aunque nadie adujo que estuviera haciendo bien las cosas.

Jesse llevaba varios años jactándose de que presenciaría la ejecución de Donté Drumm, de que estaba impaciente por verla, y de que, si le dieran la oportunidad, él mismo habría pulsado el botón. Había dicho muchas veces que su querida Reeva insistía en su presencia, debido al cariño y la estrecha relación que lo unían a Nicole, su adorada sobrina. Todos los hombres, en sus mecedoras, lo habían visto emocionarse y secarse los ojos al hablar de la muchacha, pero finalmente un error burocrático de última hora le impediría ir a Huntsville. Había tantos periodistas, funcionarios de prisiones y otros peces gordos con ganas de ver la ejecución, que Jesse se había quedado sin plaza. Era lo más buscado del momento, y por alguna razón, pese a estar en la lista aprobada, él se quedaba fuera.

Entró un tal Rusty.

—¡Se está quemando otra iglesia.—anunció—. Una de las negras, las de Pentecostés.

—¿Dónde?

—En Slone, cerca del parque Washington.

Al principio, la idea de un incendio corno represalia les resultó inconcebible. Hasta Jesse se quedó de piedra. Sin embargo, cuanto más lo discutían y lo analizaban, más les gustaba la idea. ¿Por qué no? Ojo por ojo, y diente por diente. Si quieren guerra, la tendrán. Todos estuvieron de acuerdo en que Slone era un polvorín, y en que les espera una noche muy larga. Resultaba turbador, pero también estimulante. Todos los hombres sentados alrededor de la estufa llevaban como mínimo dos armas de fuego en sus camiones, y tenían algunas más en casa.

Dos desconocidos entraron en el Trading Post. Uno era un clérigo con alzacuellos y americana a azul marino, y el otro un lisiado de cabeza lisa que cojeabas con bastón. El pastor se acercó a una vitrina y sacó dos botellines de agua. El otro fue al baño.

Keith puso los dos botellines sobre el mostrador.

—Buenos días —le dijo a Jesse.

Detrás de él, todos los expertos de las mecedoras hablaban al mismo tiempo, sin que entendiera nada.

—¿Es de por aquí? —preguntó Jesse mientras le cobraba el agua.

—No, estoy de paso —dijo Keith.

Tenía una dicción clara y precisa, sin ningún acento. Yanqui.

—¿Es predicador?

—Sí. Soy pastor luterano —confirmó Keith, justo cuando un olor de aros de cebolla recién sacados de la grasa caliente asaltaba su nariz.

Le dio una punzada de hambre, que hizo flaquear sus rodillas. Estaba famélico y exhausto, pero no tenía tiempo de comer. Boyette se estaba acercando. Keith le tendió una botella.

—Gracias —dijo a Jesse, girándose hacia la puerta.

Boyette saludó con la cabeza.

—Que paséis buen día, chicos —les deseó Jesse.

Y así fue como habló con el asesino de su sobrina.

En el aparcamiento, un Audi frenó en seco al lado del Subaru, y bajaron dos hombres: Aaron Rey y Fred Pryor. Las presentaciones fueron rápidas. Aaron y Fred miraron atentamente a Boyette para hacerse una idea, preguntándose si era un mentiroso o no. Robbie querría saberlo en cuanto subieran otra vez al coche y lo llamaran.

—De aquí al despacho hay un cuarto de hora, más o menos —dijo Aaron—. Tendremos que dar un rodeo para no cruzar el centro, porque hay jaleo. No se separe de nosotros, ¿eh?

—Vamos —dijo Keith, con muchas ganas de poner punto final a aquel interminable viaje.

Salieron los dos coches, el Subaru pegado al Audi. Boyette parecía tranquilo, por no decir indiferente. Tenía el bastón entre las piernas, y dio golpes en el puño con los dedos, como llevaba haciendo durante las últimas diez horas.

—Creía que nunca volvería a ver este sitio —comentó al pasar junto al indicador del límite municipal de Slone.

—¿Lo reconoce?

El tic y la pausa.

—La verdad es que no. He visto muchos de estos sitios, pastor. Villorrios los hay por todas partes. Llega un momento en el que se confunden.

—¿Slone tiene algo especial?

—Nicole. La maté.

—¿Y es la única a la que ha matado?

—Yo no he dicho eso, pastor.

—¿O sea que hay otras?

—Tampoco lo he dicho. Vamos a cambiar de tema.

—¿De qué le apetece hablar, Travis?

—¿Cómo conoció a su mujer?

—Ya le he dicho que no la meta en esto, Travis. Le preocupa demasiado mi mujer.

—Es que es tan mona…

En la mesa de reuniones, Robbie pulsó el botón del interfono.

—Dime, Fred.

—Los hemos conocido. Ahora van detrás de nosotros, y tienen pinta de ser un sacerdote de verdad y un tipo raro donde los haya.

—Descríbeme a Boyette.

—Blanco. Muy guapo no es que sea. Alrededor de metro ochenta, unos setenta kilos, rapado al cero, con un tatuaje muy feo en el lado izquierdo del cuello y otros en los brazos. Parece un bicho raro que se ha pasado toda la vida entre rejas. Ojos verdes, huidizos, que apenas parpadean. Después de estrecharle la mano, me han dado ganas de lavarme la mía. Un apretón fofo, como de trapo de cocina.

Robbie respiró hondo.

—O sea que ya están aquí —dijo.

—Pues sí. Llegaremos dentro de unos minutos.

—Daos prisa. —Se volvió hacia el teléfono con altavoz y miró a su equipo, que lo observaba en torno a la mesa—. A Boyette podría intimidarle un poco entrar aquí y ver que le están mirando fijamente diez personas —observó—. Haremos como si fuera un día de trabajo normal. Yo me lo llevaré a mi despacho y le haré las primeras preguntas.

El expediente de Boyette se iba engrosando. Habían encontrado constancia de sus condenas en cuatro estados, y algunos detalles sobre sus etapas en la cárcel. También habían encontrado al abogado de Slone que se había ocupado de su defensa después de su arresto en la ciudad; se acordaba vagamente de él, y les había enviado su ficha. Por lo demás, tenían una declaración jurada de la dueña del Rebel Motor Inn; se llamaba Inez Gaffney, y no se acordaba de Boyette, pero sí encontró su nombre en un libro de registro viejo, de 1998. Por último, tenían el expediente de construcción de la nave de Monsanto en la que Boyette decía haber trabajado a finales de otoño del mismo año.

Carlos despejó la mesa de reuniones. Esperaron.

Al aparcar en la estación de trenes, y abrir la puerta, Keith oyó sirenas a lo lejos, olió a humo e intuyó problemas.

—Esta noche se ha quemado la Primera Iglesia Baptista —dijo Aaron al subir por la escalera del antiguo andén—. Ahora hay un incendio en una iglesia negra de por allá.

Señaló con la cabeza hacia la izquierda, como si Keith pudiera orientarse.

—¿Están quemando iglesias?

—Sí.

Boyette se apoyó en el bastón para subir los escalones con dificultad. Accedieron al vestíbulo. Fingiéndose ocupada con un procesador de textos, Fanta apenas levantó la vista.

—¿Dónde está Robbie? —preguntó Fred Pryor.

Ella señaló con la cabeza hacia el fondo.

Robbie los recibió en la sala de reuniones. Las presentaciones fueron algo violentas. Boyette era reacio a hablar o a dar la mano.

—Yo de usted me acuerdo —le dijo bruscamente a Robbie—. Lo vi en la tele después de que arrestaron al chico. Estaba tan disgustado que casi le gritaba a la cámara.

—Sí, era yo. ¿Usted dónde estaba?

—Aquí, señor Flak, viéndolo todo sin poder creer que se hubieran equivocado de persona.

—Exacto, se equivocaron.

Para alguien tan nervioso e irascible como Robbie Flak era difícil mantener la calma. Tuvo ganas de dar una bofetada a Boyette, de cogerle el bastón, pegarle hasta que se desmayase e insultarle por una larga lista de delitos. Tuvo ganas de matarlo con sus propias manos. En vez de eso, fingió serenidad y desapego. No ayudarían a Donté con malas palabras.

Salieron de la sala de reuniones para ir al despacho de Robbie. Aaron y Fred Pryor se quedaron fuera, preparados para lo que pudiera pasar. Robbie acompañó a Keith y a Boyette hacia una mesita del rincón. Se sentaron los tres.

—¿Quieren café, o algo de beber? —preguntó Robbie, casi con amabilidad.

Miró fijamente a Boyette, que no pestañeó ni se inmutó al sostener su mirada.

Keith carraspeó.

—Mira, Robbie —dijo—, no me gusta nada pedir favores, pero es que llevamos mucho tiempo sin comer y nos estamos muriendo de hambre.

Robbie cogió el teléfono, llamó a Carlos y pidió una bandeja de sándwiches y agua.

—No tiene sentido andarse por las ramas, señor Boyette. Oigamos lo que tiene que decir.

El tic, la pausa. Boyette cambió de postura, inquieto. De repente no podía mirar a los ojos.

—Bueno, lo primero que quiero saber es si hay alguna recompensa en dinero sobre la mesa.

Keith bajó la cabeza.

—Ay, Dios mío —dijo.

—No lo dirá en serio, ¿verdad? —preguntó Robbie.

—Yo diría que ahora todo va en serio, señor Flak —contestó Boyette —. ¿No le parece?

—Es la primera vez que se habla de una recompensa —dijo Keith, completamente exasperado.

—Yo tengo mis necesidades —replicó Boyette—. No dispongo de un chavo ni de perspectivas de ganarlo. Lo pregunto por pura curiosidad.

—¿Pura curiosidad? —repitió Robbie—. Faltan menos de seis horas para la ejecución, y tenemos poquísimas posibilidades de impedirla. Texas está a punto de ejecutar a un inocente, y yo aquí sentado, con el verdadero asesino, que de repente quiere que le paguen por lo que hizo.

—¿Quién dice que sea el verdadero asesino?

—Usted —soltó Keith—. Me dijo que la había matado, y que sabe dónde está enterrado el cadáver porque lo enterró usted mismo. No juegue con nosotros, Travis.

—Si no recuerdo mal, cuando intentaban encontrarla, el padre de la chica ofreció un buen pellizco; algo así como doscientos mil dólares, ¿no, señor Flak?

—De eso hace nueve años. Si cree que van a pagarle la recompensa, se equivoca del todo.

Robbie midió sus palabras, pero la explosión era inminente.

—¿Para qué quiere dinero? —preguntó Keith—. Según dijo usted mismo, dentro de unos meses se habrá muerto. El tumor, ¿se acuerda?

—Gracias por recordármelo, pastor.

Robbie fulminó a Boyette con una mirada de odio incontrolado. La verdad era que en aquel momento habría comprometido todos sus bienes a cambio de una buena declaración jurada que explicase la verdad y le permitiera salvar a su cliente. Durante un largo silencio, los tres meditaron sus siguientes pasos. Boyette hizo una mueca y empezó a frotarse el cuero cabelludo. Después se puso una palma en cada sien y

apretó con todas sus fuerzas, como si una presión del mundo externo pudiera aliviar la que sentía dentro.

—¿Le está dando un ataque? —preguntó Keith, sin recibir respuesta —. Es que le dan ataques —dijo a Robbie, como si la explicación sirviera de algo—. Se los alivia la cafeína.

Robbie se levantó de un salto y salió de la sala.

—Quiere dinero, el muy hijo de puta —les dijo a Aaron y a Pryor fuera del despacho.

Fue a la cocina, cogió una cafetera que de fresca no tenía nada, encontró dos vasos de cartón y regresó a su despacho. Sirvió un vaso a Boyette, que estaba doblado por la cintura, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos, gimiendo.

—Tenga, un poco de café.

Silencio.

—Voy a vomitar —anunció finalmente Boyette—. Necesito estirarme.

—Póngase en el sofá —dijo Robbie, señalando al otro lado de la habitación.

Boyette se levantó con dificultad, y con la ayuda de Keith llegó al sofá, donde se envolvió la cabeza con los brazos y pegó las rodillas al pecho.

—¿Podría apagar la luz? —pidió—. Se me pasará en un minuto.

—¡No tenemos tiempo! —dijo Robbie, a punto de perder los estribos.

—Solo un minuto, por favor —suplicó Boyette con patetismo, mientras le temblaba todo el cuerpo y respiraba con dificultad.

Keith y Robbie salieron del despacho y fueron a la sala de reuniones. Pronto se formó todo un grupo. Robbie hizo las presentaciones entre Keith y los demás. Trajeron la comida, que despacharon rápidamente.

Capítulo 21

Pasaron a buscar a Donté a las doce del mediodía, ni un minuto antes ni uno después: todo exacto y bien ensayado. Se oyeron golpes en la puerta metálica que tenía a su espalda. Tres impactos fuertes. Estaba hablando con Cedric, pero al saber que era la hora pidió ver a su madre. Roberta estaba detrás de Cedric, de pie, entre Andrea y Marvin: los cuatro cabían a duras penas en aquella salita, y los cuatro lloraban sin hacer el menor esfuerzo por contener las lágrimas. Llevaban cuatro horas mirando el reloj, y ya no quedaba nada por decir. Cedric cambió de sitio con Roberta, que cogió el teléfono y puso la palma sobre el plexiglás. Donté hizo lo mismo por su lado. Sus tres hermanos se abrazaron por detrás de su madre, formando un grupo de cuatro muy unido, con Andrea en medio, a punto de desmayarse.

—Te quiero, mamá —dijo Donté—. Y siento mucho lo que pasa.

—Yo también te quiero, hijo. Y no digas que lo sientes, porque tú no has hecho nada malo.

Donté se pasó una manga por las mejillas.

—Siempre deseé haber salido de la cárcel antes de que se muriera papá. Quería que me viese libre. Quería que supiera que yo no había hecho nada malo.

—Ya lo sabía, Donté. Tu padre nunca dudó de ti. Murió sabiendo que eras inocente. —Roberta se secó la cara con un kleenex—. Yo tampoco he dudado nunca de ti, hijo.

—Ya lo sé. Supongo que a papá voy a verlo muy pronto.

Roberta asintió con la cabeza, pero no fue capaz de contestar. En ese momento se abrió la puerta de detrás de Donté y apareció un celador alto y corpulento. Donté colgó el teléfono, se levantó y puso las dos palmas en el plexiglás. Su familia hizo lo mismo. Después del último abrazo se fue.

Se lo llevaron del ala de visitas, nuevamente con las manos esposadas, y cruzando una serie de puertas de metal que se abrían con un chasquido salieron del edificio a un césped surcado por un zigzag de caminitos. Desde ahí entraron en un ala donde lo condujeron por última vez a su celda. Ahora todo era la última vez, y al sentarse en su catre y mirar fijamente la caja de sus pertenencias, Donté estuvo a punto de convencerse de que irse sería un alivio.

A su familia le dejaron cinco minutos para reponerse. Al salir con ellos de la sala, Ruth les dio un abrazo, y dijo que lo sentía. Ellos le agradecieron su amabilidad.

—¿Vais para Huntsville? —dijo justo cuando cruzaban una puerta metálica.

Sí, claro que sí.

—Pues igual sería mejor ir tirando. Dicen que podría haber problemas en las carreteras.

Asintieron sin saber muy bien qué contestar. Después pasaron por el control de seguridad del pabellón de entrada, recogieron los carnets de conducir y los bolsos y salieron por última vez de Polunsky.

Los «problemas en las carreteras» mencionados por Ruth eran una conspiración clandestina por Facebook que impulsaban dos alumnos negros de la Universidad Estatal Sam Houston de Huntsville. El nombre en clave era Desvío, y el plan era tan simple y tan inteligente que atrajo a decenas de voluntarios.

En 2000, poco después de que Donté llegase al corredor de la muerte, los reclusos fueron trasladados de Hunstville a Polunsky; fueron trasladados ellos, pero no la cámara de ejecuciones. Durante siete años —y doscientas ejecuciones—, hubo que llevar a los condenados desde Polunsky hasta Huntsville. Se planearon y se pusieron en práctica desplazamientos enrevesados, pero después de unas cuantas decenas de traslados sin emboscadas, ni esfuerzos heroicos por rescatar a los condenados, ni ningún otro indicio sospechoso, las autoridades se dieron cuenta de que no había observadores. En el fondo, aquello no le importaba a nadie. Desde entonces, prescindiendo de complicaciones, se usó la misma ruta para cada traslado: salían de la cárcel a la una del mediodía, giraban a la izquierda por la 350, luego otra vez a la izquierda por la 190 (una carretera de cuatro carriles, con mucho tráfico), y en una hora se acababa el viaje.

A los reclusos los metían en la parte trasera de un furgón sin identificar, rodeados por una cantidad de músculos y de armamento digna de la protección que se dispensa a un presidente; y como escolta, por si acaso, añadían otro furgón idéntico con otra escuadra de vigilantes aburridos, cuya esperanza era encontrar animación.

La última inyección letal la había recibido Michael Richard el 25 de septiembre. Diez estudiantes, todos ellos miembros de la operación Desvío, usaron cinco vehículos y una gran cantidad de teléfonos móviles para rastrear los movimientos de los dos furgones blancos desde Polunsky hasta Huntsville. Los estudiantes no fueron detectados. Nadie sospechaba de ellos. Nadie los buscaba. A principios de noviembre ya tenían ultimado el plan, y sus operativos se morían de ganas de armar bronca.

A la una menos diez del mediodía, un vigilante, negro y que sentía simpatía por Donté, dio un chivatazo a un miembro de la operación Desvío. Estaban cargando los dos furgones blancos; había empezado el traslado. A la una en punto, las camionetas salieron de la cárcel por una vía de servicio, cerca de la unidad de máxima seguridad, y se metieron en la carretera 350 en dirección a Livingston. Había poco tráfico. A tres kilómetros de la cárcel, el tráfico se hizo más denso, hasta que se paralizó por completo. Un coche se había quedado parado en el carril derecho, delante de los furgones. Curiosamente, también había otro coche parado en el carril izquierdo, y uno más en el arcén. Los tres coches no dejaban pasar a nadie. Los conductores estaban fuera, mirando el motor. A esos tres coches se añadieron otros tres, igualmente parados, dispuestos en hilera de un lado a otro de la carretera. Los furgones no se movían. No parecían tener prisa. Tras ellos, se paró otro coche en el carril derecho. La conductora, una chica negra, hizo abrirse el capó, salió y fingió exasperación por haberle fallado su Nissan. Justo al lado, en el carril izquierdo, un Volkswagen Beetle sufrió una avería de lo más oportuna, y se le levantó el capó. Fueron apareciendo de la nada otros vehículos, que se acumularon por detrás de la primera serie, bloqueando por completo la carretera, los arcenes y todas las entradas y salidas. En cinco minutos se había formado un atasco de veinte vehículos como mínimo. Los furgones blancos estaban rodeados de coches y todoterrenos averiados, todos con el capó levantado, mientras los conductores perdían el tiempo, conversaban entre ellos, se reían y hablaban por el móvil. Varios de los estudiantes varones iban de coche en coche para dejarlos inutilizados arrancando los cables de la tapa del delco.

En cuestión de minutos llegó la policía, la del estado y la local: decenas de coches patrulla con las sirenas a tope, seguidos por una brigada de grúas formada en Livingston a toda prisa. La operación Desvío había dado buenas instrucciones a sus voluntarios. Todos los conductores juraron y perjuraron que se les había calado el coche, lo cual, en Texas, no era ningún delito. Estaba claro que se mandarían órdenes judiciales por bloquear el tráfico, pero la operación Desvío había encontrado a un abogado dispuesto a contestarlas en los tribunales. Los policías no tenían derecho a coger por sí mismos las llaves para verificar el estado de los motores; y si lo intentaban, se encontrarían los motores muertos. Los estudiantes tenían instrucciones de resistirse a que les registrasen los vehículos, oponerse pacíficamente a cualquier tentativa de arresto, anunciar medidas legales si eran detenidos y, en caso de arresto, considerarlo un honor, una medalla en el combate contra la injusticia. La operación Desvío tenía a dos abogados que se ocuparían de todas las denuncias. A los estudiantes les encantaba la idea de ser encarcelados; la veían como un acto de desafío, algo de lo que podrían hablar durante años.

Mientras los coches de la policía y las grúas aparcaban sin orden ni concierto en las inmediaciones del atasco, y mientras los primeros policías se acercaban a los estudiantes, empezó a funcionar a la

perfección la segunda fase del plan. Otra oleada de estudiantes en coche llegó a la carretera 350 desde Livingston, y no tardó en aproximarse al tumulto. Aparcaron detrás de las grúas, de tres en tres, a lo ancho y a lo largo. Se abrieron todos los capós: más averías en medio de la carretera. Como estaba previsto que los conductores de las grúas pudieran reaccionar con enfado —y quizá con violencia— al hecho de verse inmovilizados, la segunda oleada de conductores se quedó en sus coches, con las ventanillas subidas y los seguros puestos. La mayoría de los coches estaban llenos de estudiantes, y gran parte de ellos eran jóvenes sanos, muy capaces de defenderse. No les importaría tener que pelear. Ya venían previamente dispuestos a ello.

El conductor de una grúa se acercó al primer coche aparcado tras él, y al darse cuenta de que estaba lleno de negros empezó a decir palabrotas y a proferir amenazas. Un policía estatal lo hizo callar a gritos. Era el sargento Inman, y se encontraba al frente de una situación realmente excepcional, en la que de momento estaban implicados ocho coches de la policía, siete grúas, al menos treinta vehículos «averiados» y dos furgones de prisiones, uno de los cuales llevaba a un hombre hacia la muerte. Para empeorar las cosas, la gente de la zona acostumbrada a usar la carretera 350 estaba dando marcha atrás, sin saber que habían elegido el peor momento para ir de un sitio a otro. La carretera estaba embotellada sin remedio.

Inman era un profesional que no perdía los papeles, y que sabía algo que los estudiantes ignoraban. Al cruzar el atasco hacia los furgones, saludaba amablemente con la cabeza a los estudiantes y les preguntaba sonriendo si lo estaban pasando bien. Mientras tanto, de los furgones bajaron los destacamentos de seguridad para Donté, hombres fornidos con uniformes azules como los de las fuerzas especiales, y dotados de armas automáticas. La mayoría de los estudiantes se estaban aproximando a los furgones. Había uno que parecía el cabecilla. Inman se le acercó con la mano tendida.

—Soy el sargento Inman —dijo educadamente—. ¿Me puede decir su nombre?

—Quincy Mooney.

Mooney le dio la mano a regañadientes.

—Siento que se le haya averiado el coche, señor Mooney.

—No me hable.

Inman miró a su alrededor, sonriendo a los demás estudiantes.

—¿Todas estas personas son amigos suyos?

—No los conozco de nada.

Inman sonrió.

—Mire, señor Mooney, es que necesitamos sacar estos coches de la carretera. Se está acumulando el tráfico. Está todo bloqueado.

—Pues habrá que llamar a los mecánicos, supongo.

—No, Quincy, habrá que remolcarlos, a menos que quieran ahorrarse cien billetes, arrancar y marcharse. Si optasen por eso, no estaríamos obligados a poner tantas multas. Cien billetes más por coche.

—Ah, ¿acaso es ilegal que se te averíe el coche?

—No, pero usted sabe tan bien como yo por qué está aquí, y el juez también lo sabrá.

—Yo ya lo sé. ¿Y usted por qué está?

—Estoy haciendo mi trabajo, Quincy: controlar el tráfico y mantener la paz. —Inman asintió con la cabeza—. Acompáñeme.

Quincy lo siguió hasta el primer furgón. La doble puerta lateral estaba abierta. Inman miró por ella e invitó a Quincy a hacer lo propio. El furgón estaba vacío. Fueron al segundo y miraron; también estaba vacío. Los vigilantes de seguridad se aguantaban la risa. Se oía el ruido sordo y rítmico de un helicóptero.

—¿Dónde está Donté Drumm? —inquirió Quincy, estupefacto.

—¿Verdad que no está aquí? —preguntó Inman con una sonrisita.

Quincy se quedó mirando las ventanas tintadas del furgón vacío. Volvieron delante del primero. Inman miró el cielo en dirección a Polunsky. Todos esperaron a ver qué ocurría. Al cabo de unos segundos oyeron por encima de sus cabezas el estruendo de un helicóptero.

Inman señaló hacia él.

—Ahí va Donté.

Quincy se quedó boquiabierto, con los hombros caídos. Entre los estudiantes corrió la voz, y hubo miradas de sorpresa e incredulidad. Se había puesto en jaque una operación perfecta. Donté Drumm llegaría a la cámara de ejecuciones antes de lo estipulado.

—Demasiado rollo de internet —dijo Inman—. Te explico el trato, Quincy: tenéis un cuarto de hora para despejar la carretera y marcharos. Dentro de un cuarto de hora empezaremos a poner multas y a remolcar coches. Y para que lo sepas, no habrá detenciones, o sea que no nos provoquéis. ¿Me explico?

Quincy se alejó, completamente derrotado.

Después de un sándwich y tres vasos de café, Boyette se encontraba mejor. Estaba sentado delante de la mesa, con la luz encendida y las persianas levantadas. Robbie y Keith lo miraban fijamente. Nadie sonreía. Evidentemente, Boyette había dejado de lado el tema del dinero, al menos por el momento.

—Bueno, y si le cuento qué le pasó a Nicole, ¿a mí qué me pasará? —preguntó, mirando a Robbie.

—Nada, al menos durante mucho tiempo. La policía y los fiscales ya tienen a su hombre. Si esta noche lo matan, nunca se plantearán la posibilidad de acusar a nadie más. En cambio, si Donté consigue un aplazamiento, no estoy seguro de lo que harán, pero tardarán mucho en reconocer que a Nicole la mató otra persona. Se juegan demasiado con su condena injusta.

—¿O sea que no me detendrán ni hoy, ni mañana, ni pasado mañana?

—Yo de estos payasos no puedo responder, señor Boyette. No sé qué harán. Aquí, por norma general, los policías son tontos, y el detective Kerber es un gilipollas, pero detenerlo a usted sería reconocer que se han equivocado con Donté, y eso no lo harán. Si entrase ahora mismo en la comisaría, jurase sobre la Biblia y les explicase hasta el último detalle del rapto, violación y asesinato, lo tomarían enseguida por un loco. No tienen ningunas ganas de creerlo, señor Boyette. Su confesión los destroza.

El tic y la pausa. Robbie se inclinó y miró a Boyette con cara de enfado.

—Se ha acabado el tiempo, señor Boyette. Quiero oírlo. Dígame la verdad. ¿Mató a la chica?

—Sí, ya se lo dije a Keith: la rapté, la violé durante dos días, la estrangulé y escondí el cadáver.

—¿Dónde está el cadáver? Le aseguro que encontrarlo evitaría la ejecución. ¿Dónde está?

—En las colinas del sur de Joplin, Missouri. Lejos de todo.

—De aquí a Joplin hay como mínimo cinco horas.

—Más. Yo fui en coche con Nicole.

—O sea que al salir de Texas estaba viva.

El tic y la pausa.

—Sí, la maté en Missouri. De camino la violé.

—¿Sería posible llamar a las autoridades de Joplin y explicarles cómo encontrar el cadáver?

Boyette logró reírse de aquella insensatez.

—¿Se cree que soy tonto? ¿Por qué la iba a enterrar donde pudieran encontrarla? Después de tantos años, ni siquiera estoy seguro de poder encontrarla yo.

Robbie, que se lo esperaba, no se inmutó.

—Pues entonces tenemos que tomarle declaración, por vídeo y cuanto antes.

—De acuerdo. Estoy preparado.

Fueron a la sala de reuniones, donde Carlos esperaba con una cámara y una taquígrafa. Pusieron a Boyette en una silla, frente a la cámara. La taquígrafa se sentó a su derecha, y Robbie a su izquierda. La cámara la manejaba Carlos. De golpe aparecieron los otros miembros del bufete —a quienes Robbie quería como testigos— y se sentaron a tres metros, con Keith. De pronto, al mirarlos, Boyette se puso nervioso. Se sentía como si estuviera ante su propia ejecución, con un nutrido público. La taquígrafa le pidió que levantase la mano derecha y jurase decir la verdad. Boyette lo hizo. Robbie empezó con las preguntas. Nombre, lugar de nacimiento, dirección, ocupación, situación actual como preso en libertad condicional y antecedentes penales. Le preguntó si declaraba voluntariamente. No le habían prometido nada. ¿Vivía en Slone en diciembre de 1998? ¿Por qué? ¿Cuánto tiempo?

Las preguntas de Robbie eran amables, pero eficaces. Boyette miraba directamente a la cámara, sin flaquear ni pestañear, como si fuera cogiéndole el gusto. Curiosamente, el tic desapareció.

Háblenos de Nicole.

Tras pensarlo un segundo, se embarcó en su relato: los partidos de fútbol americano, la fascinación por Nicole, la obsesión, el seguimiento y por último el rapto fuera del centro comercial sin un solo testigo. En el suelo de su furgoneta le puso una pistola en la cabeza y la amenazó con matarla si hacía ruido. Después le ató las muñecas y los tobillos con cinta americana. También le puso cinta en la boca. Salió con ella al campo, no sabía muy bien dónde, y después de violarla por primera vez estuvo a punto de dejarla en una zanja, herida pero no muerta. Sin embargo, quiso volver a violarla. Salieron de Slone. Como el móvil del bolso de ella no dejaba de sonar, al final Boyette paró en un puente sobre el Red River, sacó el dinero, la tarjeta y el carnet de conducir y tiró el bolso por el puente. Condujo sin rumbo por el sudeste de Oklahoma. Justo antes del amanecer, cerca de Fort Smith, vio un motel barato donde ya había estado a solas. Pagó una habitación en efectivo e hizo entrar a Nicole sin que la vieran, apuntándola en la cabeza. Volvió a ponerle cinta en las muñecas, los tobillos y la boca, y le dijo que se durmiera. El durmió un par de horas, pero no estaba seguro de que ella hubiera hecho lo mismo. Pasaron un largo día en el motel. Boyette la convenció de que la soltaría si cooperaba, si le daba lo que quería, pero ya sabía la verdad. Después de oscurecer siguieron hacia el norte. El domingo, al salir el sol, estaban al sur de Joplin, en una zona aislada, de bosques densos. Pese a las súplicas de Nicole, la mató. No fue fácil. Ella se resistió mucho, y le hizo sangre con sus arañazos.

Boyette embutió el cadáver en una caja de herramientas grande, y lo enterró. Nunca la encontraría nadie. Después volvió en coche a Slone y se emborrachó.

Robbie tomaba notas. La taquígrafa pulsaba las teclas de su estenotipo. Nadie más se movía. Parecía que nadie respirase.

Concluido su relato, Boyette se quedó en silencio. Su manera distante de contar las cosas, y su dominio del detalle, ponían los pelos de punta. Más tarde, Martha Handler escribió: «Al ver los ojos y la cara de Boyette mientras hablaba de sus crímenes, desaparecía cualquier duda de que estábamos en presencia de un asesino despiadado. Lo que nunca sabremos, y tal vez prefiramos no saber, es la historia de lo que sufrió la pobre chica durante su suplicio».

Robbie, tranquilo, pero también impaciente por llegar al final del testimonio, insistió.

—¿Hacia qué hora del domingo la mató?

—Casi no había salido el sol. Esperé a poder distinguir las cosas, ver dónde estaba y encontrar el mejor sitio para esconderla.

—¿Y era el domingo 6 de diciembre de 1998?

—Si usted lo dice... Sí.

—¿O sea que el sol debió de salir hacia las seis y media?

—Yo diría que sí.

—¿Y adónde fue al volver a Slone?

—Me fui a mi habitación del Rebel Motor Inn, después de haberme comprado una caja de cervezas con el dinero que le quité a Nicole.

—¿En el Rebel Motor Inn se emborrachó?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo vivió en Slone después del asesinato?

—No lo sé; puede que un mes y medio. Me detuvieron en enero. Ya tiene usted la ficha. Al salir de la cárcel, me fui.

—Después de matarla, ¿cuándo se enteró de que habían detenido a Donté Drumm?

—Exactamente no lo sé. Lo vi en la tele. Le vi a usted gritar ante las cámaras.

—¿Qué pensó cuando lo arrestaron?

Boyette sacudió la cabeza.

—Pensé que vaya pandilla de memos. El chico no tenía nada que ver. Se habían equivocado de tipo.

Era el momento perfecto para dejarlo.

—Ya está —dijo Robbie.

Carlos acercó la mano a la cámara.

—¿Cuánto tardaremos en tener la transcripción? —preguntó Robbie a la taquígrafa.

—Diez minutos.

—Muy bien. Dese prisa.

Robbie se amontonó con los demás en torno a la mesa de reuniones. Hablaron todos a la vez, y por unos instantes Boyette quedó olvidado, aunque Fred Pryor no le quitaba ojo de encima. Boyette pidió agua, y Pryor le dio un botellín. Keith salió a llamar a Dana y Matthew Burns, y a respirar aire fresco, pero el aire no era precisamente refrescante, sino que estaba cargado de humo y de tensión.

Se oyó un fuerte impacto, seguido por un grito: Boyette se había caído de la silla, chocando con el suelo. Se cogió la cabeza y, con las rodillas contra el pecho, empezó a temblar, presa de un ataque. Fred Pryor y Aaron Rey se arrodillaron a su lado sin saber qué hacer. Robbie y los demás formaron un corro y asistieron horrorizados a un ataque tan virulento que parecía hacer temblar el viejo suelo de madera. Hasta se compadecieron de él. Al oír el ruido, Keith se sumó al grupo.

—Necesita un médico —dijo Sammie Thomas.

—¿Verdad que lleva medicinas, Keith? —preguntó Robbie en voz baja.

—Sí.

—¿Tú ya lo habías visto alguna vez?

Boyette seguía retorciéndose, entre gruñidos lastimeros.

Seguro que se estaba muriendo. Fred Pryor le daba palmaditas en el brazo.

—Sí—dijo Keith—, hace unas cuatro horas, en alguna parte de Oklahoma. Primero se ha pasado un siglo vomitando, y luego se ha quedado inconsciente.

—¿Deberíamos llevarlo al hospital? Bueno, Keith, lo digo porque... Quizá se esté muriendo.

—No lo sé, no soy médico. ¿Qué más necesitáis de él?

—Nos hace falta su firma en la declaración, y que lo haga bajo juramento. —Robbie se apartó y llamó a Keith por señas. Hablaron en voz baja—. Luego está el tema de encontrar el cadáver. Esta declaración no garantiza que el tribunal pare la ejecución. El gobernador seguro que no. En todo caso, hay que encontrar el cadáver, y pronto.

—Vamos a ponerlo en el sofá de tu despacho —dijo Keith—, con las luces apagadas. Le daré un calmante. Quizá no se esté muriendo.

—Buena idea.

Era la una y veinte del mediodía.

Capítulo 22

El primer viaje en helicóptero de Donté estaba pensado para ser el último. Por cortesía del Departamento de Seguridad Pública de Texas se movía por los aires a ciento cincuenta kilómetros por hora, mil metros por encima de un paisaje ondulado, y no veía el suelo. Estaba encajado entre dos vigilantes, unos chicos recios que miraban muy serios por las ventanillas, como si la operación Desvío pudiera tener en su arsenal uno o dos misiles tierra-aire. Delante había dos pilotos, muchachos de gesto adusto, entusiasmados por tener una misión tan emocionante. Durante el viaje, lleno de ruido y sobresaltos, Donté sintió náuseas; cerró los ojos, apoyó la cabeza en el plástico duro y procuró pensar en algo agradable. Pero no pudo.

Practicó sus últimas palabras, articulándolas en silencio, aunque el estruendo del helicóptero le habría permitido gritarlas sin que nadie se diera cuenta. Pensó en otros reclusos (algunos de ellos amigos, otros enemigos, casi todos culpables, excepto alguno que otro que proclamaba su inocencia), y en cómo habían afrontado la muerte.

El trayecto duró veinte minutos. Cuando el helicóptero aterrizó en la cárcel de Huntsville, en la antigua pista de rodeo, al preso le esperaba un pequeño ejército. Donté, cargado de cadenas y grilletes, prácticamente fue llevado en volandas a una furgoneta por sus celadores. Al cabo de unos minutos, la furgoneta se metió por un camino bordeado de tela metálica, recubierta por un grueso cristal y con una reluciente alambrada en lo alto. Hicieron salir a Donté de la furgoneta y lo acompañaron por una verja y un camino corto que llevaba al pequeño edificio de ladrillo de una planta donde Texas mata a los condenados.

Una vez dentro aguzó la vista, intentando captar lo antes posible su nuevo entorno. A su derecha había ocho celdas, cada una de las cuales desembocaba en un pasillo corto. También había una mesa con varias Biblias, una de ellas en español, y un puñado de guardias que en algunos casos, mientras daban vueltas, hablaban sobre el tiempo, como si en un momento así tuviera alguna importancia. Pusieron a Donté delante de una cámara y lo fotografiaron. Después le quitaron las esposas, y un técnico le informó que a continuación le tomarían las huellas dactilares.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Puro trámite —fue la respuesta.

El técnico le cogió un dedo y lo hizo rodar sobre el tampón.

—No entiendo por qué tienen que tomarle las huellas a un hombre antes de matarlo.

El técnico no contestó.

—Ya lo entiendo —dijo Donté—: quieren asegurarse de que no se equivocan de persona, ¿verdad?

El técnico le mojó otro dedo en la tinta.

—Pues esta vez sí que se han equivocado, se lo aseguro.

Después de tomarle las huellas, se lo llevaron a la celda de detención, una de las ocho que había. Las otras siete no estaban en uso. Donté se sentó al borde del catre, fijándose en lo brillante que estaba el suelo, lo limpias que estaban las sábanas y lo agradable que era la temperatura. Al otro lado de los barrotes, en el pasillo, había varios funcionarios de prisiones. Uno de ellos se acercó a los barrotes.

—Donté —dijo—, soy Ben Jeter, el director de Huntsville.

Donté asintió con la cabeza, pero no se levantó. Siguió mirando fijamente al suelo.

—Nuestro capellán se llama Tommy Powell. Está aquí, y se quedará toda la tarde.

—No necesito capellán —dijo Donté sin levantar la vista.

—Como usted quiera. Ahora escúcheme, porque voy a explicarle cómo funciona todo.

—Creo que ya sé cómo funciona.

—Bueno, pero se lo diré de todos modos.

Tras una serie de discursos, cada uno más estridente que el anterior, la manifestación perdió algo de gas. Delante del juzgado, los negros eran tantos que ocupaban parte de la calle Mayor, cerrada al tráfico. En vista de que nadie más cogía el megáfono, se despertó otra vez el cuerpo de tambores, y la muchedumbre siguió a la música por la calle Mayor, hacia el oeste, entre cánticos, despliegue de carteles y notas de *We Shall Overcome.* Asumiendo el papel de cabecilla de la marcha, Trey Glover maniobraba su todoterreno por delante de los percusionistas. El rap hacía temblar las tiendas y los bares del centro, cuyos dueños, dependientes y clientes se asomaban a las puertas y los escaparates. ¿Por qué estaban tan indignados los negros? El chico había confesado. Había matado a Nicole, según dijo él mismo. Ojo por ojo.

No hubo conflictos, pero la ciudad parecía a punto de explotar.

Al llegar a Sisk Avenue, Trey y los percusionistas no giraron a la izquierda, sino a la derecha. Girar a la izquierda habría encaminado la manifestación hacia el sur, que era aproximadamente su punto de partida. El giro a la derecha significaba que iban hacia la parte blanca. A

pesar de todo, seguían sin verse objetos arrojadizos, y tampoco se oían amenazas. Algunos coches de la policía los seguían a bastante distancia, mientras otros vigilaban la manifestación desde las calles paralelas. Dos manzanas al norte de la calle Mayor, llegaron a la parte residencial más antigua. El ruido hacía salir a la gente a los porches, y lo que veían les hacía entrar de nuevo para ir directamente al armario de las armas. También cogían sus teléfonos para llamar al alcalde y al comisario jefe. Estaban perturbando la paz, eso estaba claro. ¿Qué indignaba tanto a toda aquella gente? El muchacho había confesado. Que hicieran algo.

El parque Civitan era un complejo de campos de baloncesto y *softball* para jóvenes, a cinco manzanas al norte de la calle Mayor, en Sisk Avenue. Trey Glover decidió que ya habían caminado bastante. La manifestación llegó a su fin, y el ruido de los tambores cesó. Ahora era una reunión, una mezcla volátil de juventud, rabia y la sensación de no tener nada mejor que hacer durante el resto de la tarde y la noche. Un capitán de la policía calculó que había unas mil doscientas personas, casi todas menores de treinta años. La mayoría de los negros de mayor edad habían vuelto a sus casas. Los móviles confirmaron los detalles, y coches llenos de más jóvenes negros salieron hacia el parque Civitan.

En la otra punta de la ciudad, otra multitud de negros airados asistía al salvamento por parte de las brigadas de bomberos de lo que quedaba de la Iglesia de Dios en Cristo de Mount Sinai. Gracias a la inmediatez de la llamada al 911, y a la rapidez de la respuesta, los daños no eran tan graves como los que había sufrido la Primera Iglesia Baptista, pero el interior del santuario estaba prácticamente destruido. Aunque las llamas se hubieran apagado, seguía saliendo humo por las ventanas, un humo que la ausencia de viento dejaba flotando sobre la ciudad, como otra capa adicional de tensión.

La partida de Reeva hacia Huntsville se grabó, como era de rigor. Invitó a algunos parientes y amigos a otra interpretación desgarradora, y todos pudieron disfrutar de sus llantos ante las cámaras. En ese momento, Sean Fordyce venía en avión desde Florida. Se reunirían en Huntsville para la entrevista previa a la ejecución.

Contando a Wallis, sus otros dos hijos y el hermano Ronnie, formaban un grupo de cinco, lo cual podía ser incómodo para un viaje de tres horas en coche, así que Reeva no solo persuadió a su pastor de que tomase prestada una de las camionetas de la iglesia, sino que además le insinuó que condujera él. Pese a sentirse agotado y emocionalmente sin fuerzas, el hermano Ronnie no estaba en situación de llevar la contraria a Reeva en un momento así, «el día más importante de su vida». En consecuencia, subieron todos y emprendieron el viaje, con el hermano Ronnie al volante de una camioneta de diez plazas en cuyos dos lados se leía en grandes letras PRIMERA IGLESIA BAPTISTA DE SLONE, TEXAS. Todos saludaron con la

mano a sus amigos y a quienes les deseaban suerte. Todos saludaron a la cámara.

Reeva ya lloraba antes de llegar a las afueras.

Tras un cuarto de hora en el silencio y la penumbra del despacho de Robbie, Boyette, ya recuperado, se quedó en el sofá, aturdido de dolor, todavía con algunos temblores en los pies y las manos.

—Estoy aquí, pastor —dijo cuando Keith miró por la rendija de la puerta—. Aún estoy vivo.

Keith se acercó.

—¿Cómo se encuentra, Travis? —preguntó.

—Mucho mejor, pastor.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Un café. Parece que alivia el dolor.

Keith se fue y cerró la puerta. Al encontrarse con Robbie, le informó de que Boyette aún estaba vivo. En esos momentos, la taquígrafa estaba transcribiendo la declaración. Sammie Thomas y los dos técnicos legales, Carlos y Bonnie, pergeñaban a toda prisa una instancia que ya se conocía como «la petición Boyette».

El juez Elias Henry entró en el bufete y fue a la sala de reuniones, pasando junto a la recepcionista.

—Aquí—dijo Robbie.

Llevó al juez a una pequeña biblioteca, cerró la puerta y cogió un mando a distancia.

—Tiene que verlo —dijo.

—¿Qué es? —preguntó el juez Henry, dejándose caer en una silla.

—Un momento. —Robbie enfocó el mando en la pantalla que había en una pared. Apareció Boyette—. Es el hombre que mató a Nicole Yarber. Lo acabamos de filmar.

El vídeo duraba catorce minutos. Lo miraron en silencio.

—¿Dónde está? —preguntó el juez Henry cuando la pantalla volvió a quedarse negra.

—En mi despacho, tumbado en el sofá. Tiene un tumor maligno en el cerebro, o eso dice, y se está muriendo. El lunes por la mañana entró en el despacho de un pastor luterano de Topeka, Kansas, y descargó su conciencia. Al principio se resistía, pero al final el pastor ha conseguido que subiera a un coche, y hace un par de horas que han llegado a Slone.

—¿Lo ha traído el pastor conduciendo hasta aquí?

—Sí. Un momento. —Robbie abrió la puerta y llamó a Keith. Se lo presentó al juez Henry—. Aquí lo tiene —dijo, dándole una palmada en la espalda—. Siéntate. El juez Henry es el juez titular de nuestro distrito. Si hubiera presidido el juicio de Donté Drumm, ahora no estaríamos aquí.

—Mucho gusto en conocerlo —dijo Keith.

—En buena aventura se ha metido, por lo que me han dicho.

Se rió.

—No sé dónde estoy ni qué hago —dijo.

—Pues entonces ha acertado con el bufete —comentó el juez Henry.

Se rieron un momento. Después el buen humor se disipó de golpe.

—¿Qué le parece? —preguntó Robbie al juez Henry, que se rascó la mejilla.

—La cuestión —dijo después de pensarlo a fondo— es lo que le parecerá al tribunal de apelación. Nunca se sabe. Odian a estos testigos sorpresa que aparecen en el último momento y empiezan a cambiar hechos con diez años de antigüedad. Además, un hombre que ha convertido la violación con agravantes en su modo de vida no tiene muchas posibilidades de que lo tomen en serio. Creo que tenéis pocas posibilidades de conseguir un aplazamiento.

—Es mucho más de lo que teníamos hace dos horas —repuso Robbie.

—¿Cuándo lo presentarás? Casi son las dos.

—En menos de una hora. Lo que quería preguntarle es si quiere que hablemos a la prensa del señor Boyette. Voy a mandar el vídeo al juzgado y al gobernador. También se lo podría entregar a la tele de aquí, o mandárselo a todas las cadenas de Texas. O mejor aún: organizar una rueda de prensa aquí o en el juzgado, y dejar que todo el mundo escuche cuál es la versión de Boyette.

—¿De qué serviría?

—Quizá quiero que el mundo se entere de que Texas está a punto de ejecutar a la persona equivocada. Mirad, el asesino es este. Escuchad lo que dice.

—Pero el mundo no puede parar la ejecución. Eso solo está en manos de los tribunales o del gobernador. Yo iría con cuidado, Robbie; ahora mismo el ambiente está muy cargado, y si la gente ve a Boyette responsabilizándose del crimen por la tele, podría saltar todo por los aires.

—Saltará igualmente.

—¿Quieres una guerra racial?

—Si matan a Donté, sí. No me molestaría una guerra racial. A pequeña escala.

—Vamos, Robbie, eso es jugar con dinamita. Piensa estratégicamente, no emocionalmente; y ten en cuenta que lo que dice ese hombre podría ser mentira. No sería la primera ejecución en la que un farsante se proclama culpable. La prensa no se puede resistir, el loco sale por la tele y todos quedan como tontos.

Robbie daba vueltas: cuatro pasos en una dirección y cuatro en la otra. Estaba inquieto, e incluso frenético, pero mantenía la claridad mental. Sentía una gran admiración por el juez Henry, y era bastante inteligente para saber que en esos momentos necesitaba que lo aconsejaran.

Dentro de la habitación, todo era silencio. Al otro lado de la puerta las voces se oían tensas, y sonaban los teléfonos.

—Supongo que no se podría buscar el cadáver —dijo el juez Henry.

Robbie sacudió la cabeza y cedió la palabra a Keith.

—Ahora no. Hace dos días, creo que el martes, aunque no estoy seguro (tengo la sensación de llevar todo un año viviendo con ese hombre, pero bueno, el martes), dije que la mejor manera de impedir la ejecución era encontrar el cadáver, y Boyette contestó que sería difícil. La enterró hace nueve años en una zona aislada, llena de bosques. También dijo que ha vuelto varias veces a visitarla, aunque no sé muy bien qué significa eso, ni he tenido muchas ganas de averiguarlo, la verdad. Después perdí el contacto con él. Lo estuve buscando sin descanso. Tenía decidido acorralarlo, e insistir en que lo notificásemos a las autoridades, las de aquí y las de Missouri, si es allí donde está enterrada Nicole, pero él no accedió. Después volvimos a perder el contacto. Es un tipo raro, rarísimo. Esta medianoche me ha llamado por teléfono. Yo ya estaba en la cama, profundamente dormido. Me ha dicho que quería venir a contar su historia y parar la ejecución, y me ha parecido que yo no tenía alternativa. Le aseguro que es la primera vez que hago algo así. Ya sé que está mal ayudar a un presidiario a infringir la libertad condicional, pero bueno, qué se le va a hacer. El caso es que hemos salido de Topeka a la una de la madrugada de hoy. Yo le he vuelto a proponer que lo notificásemos a las autoridades, y que empezásemos a buscar el cadáver, como mínimo, pero él se ha cerrado en banda.

—No habría servido de nada, Keith —dijo Robbie—. Las autoridades de aquí son un caso perdido. Se reirían de ti. Ellos ya tienen al culpable. El caso ya está resuelto; supongo que casi cerrado. En Missouri nadie movería un dedo, porque no hay ninguna investigación en activo. No se puede llamar a un sheriff así como así y aconsejarle que vaya al bosque con sus chicos para empezar a cavar en un barranco. Las cosas no funcionan así.

—Pues entonces, ¿quién buscará el cadáver? —preguntó Keith.

—Nosotros, supongo.

—Me voy a casa, Robbie. Mi mujer me ha dicho de todo. Tengo un amigo abogado que se cree que estoy loco. Yo también lo creo. Más no puedo hacer. Quédate tú con Boyette; a mí me tiene harto.

—Relájate, Keith. Ahora te necesito.

—¿Para qué?

—Tú quédate, ¿entendido? Boyette se fía de ti. Además, ¿cuándo habías tenido entradas de primera fila para un disturbio racial?

—No tiene gracia.

—Resérvate el vídeo, Robbie —dijo el juez Henry—. Enséñaselo al tribunal y al gobernador, pero no lo hagas público.

—Puedo controlar el vídeo, pero no al señor Boyette. Si quiere hablar con la prensa, yo no se lo puedo impedir. Cliente mío no es, eso está claro.

A las dos y media de la tarde del jueves, todas las iglesias de Slone, negras y blancas, estaban vigiladas por predicadores, diáconos y catequistas, todos ellos varones, armados hasta los dientes y bien visibles. Se sentaban en la escalinata y hablaban nerviosos, con las escopetas sobre las rodillas. Se sentaban a la sombra de los árboles, cerca de la calle, y saludaban con la mano a los coches que pasaban, recibiendo muchos bocinazos de solidaridad. Patrullaban las puertas traseras y las fincas colindantes, fumando, mascando chicle y prestando atención a cualquier movimiento. En Slone no habría más incendios de iglesias.

La algodonera llevaba dos décadas abandonada, desde que la habían sustituido por otra nueva al este de la ciudad. Era una ofensa a la vista, un edificio viejo y muy deteriorado, cuyo incendio, en circunstancias normales, habría sido aplaudido. La llamada al 911 se registró a las 14.44. Una adolescente que pasaba por allí vio mucho humo, y llamó con el móvil. Los atribulados bomberos salieron a toda prisa hacia la algodonera, y cuando llegaron las llamas ya atravesaban el tejado. Al tratarse de un edificio vacío y abandonado, que en ningún caso constituía una gran pérdida, lo tomaron con calma.

El humo negro subía en remolinos hacia el cielo. Lo vio el alcalde desde su despacho del primer piso, cerca de los juzgados, y tras una consulta al comisario jefe llamó a la oficina del gobernador. La situación en Slone tenía pocos visos de mejorar. Los ciudadanos corrían peligro. Necesitaban a la Guardia Nacional.

Capítulo 23

Acabaron la instancia justo antes de las tres. Contando la declaración de Boyette, sumaba treinta páginas. Boyette juró haber dicho la verdad por escrito, y Sammie Thomas envió la petición por correo electrónico al Defender Group de Austin, cuyo personal ya la esperaba. Fue impresa, copiada doce veces y entregada a Cicely Avis, que salió volando del despacho, montó en su coche y fue disparada al Tribunal Penal de Apelación de Texas. La instancia se tramitó a las 15.35.

—¿Qué es? —preguntó el secretario, con un disco en la mano.

—Un vídeo de una confesión del verdadero asesino —contestó Cicely.

—Qué interesante. Supongo que querréis que los jueces lo vean bastante pronto.

—Ahora mismo, por favor.

—Pongo manos a la obra.

Tras unos segundos de conversación, Cicely salió del despacho. El secretario entregó inmediatamente la solicitud a las oficinas de los nueve jueces. En la del juez titular, habló con el pasante.

—Quizá sea mejor empezar por el vídeo. Un tipo acaba de confesar el asesinato.

—¿Y dónde está ese tipo? —preguntó el pasante.

—Según la letrada del Defender Group, en Slone, en el bufete del abogado de Donté Drumm.

—¿O sea que Robbie Flak ha encontrado un nuevo testigo?

—Eso parece.

Al salir de la sede del tribunal de apelación, Cicely Avis dio un rodeo de dos manzanas y pasó junto al Capitolio del estado. En el césped sur, la «Manifestación por Donté» estaba siendo todo un éxito de concurrencia. Había policías por todas partes. El acto estaba autorizado, y parecía que la Primera Enmienda era respetada.

Cada vez llegaba más gente, casi toda negra. La autorización tenía validez para tres horas, desde las tres de la tarde hasta las seis (la hora de la ejecución), pero saltaba a la vista que todo iba todo retrasado; en Austin, pero no en Huntsville, en absoluto.

El gobernador estaba en una reunión, una reunión importante que no tenía nada que ver con Donté Drumm. A las 15.11 había recibido el vídeo una auxiliar que tramitó las peticiones de aplazamiento, y que lo vio entero antes de decidir qué hacía. Hasta cierto punto, la confesión de Boyette le parecía verosímil y escalofriante, pero al mismo tiempo su historial —y lo oportuno de su súbito deseo de limpiar su conciencia— le producía un cierto escepticismo. Fue en busca de Wayne Wallcott, el abogado (y amigo íntimo) del gobernador, y le describió el vídeo.

Tras escuchar atentamente, Wallcott cerró la puerta de su despacho y le dijo que se sentara.

—¿Quién ha visto el vídeo? —preguntó.

—Solo yo —contestó la auxiliar—. Lo han mandado por e-mail del bufete del señor Flak, con una contraseña. Lo he mirado enseguida, y aquí estoy.

—¿Lo confiesa todo?

—Sí, sí, con muchos detalles.

—¿Y usted se cree lo que dice?

—Yo no he dicho eso. He dicho que parece que sabe de qué habla. Es un violador en serie, y estaba en Slone cuando desapareció la chica. Lo confiesa todo.

—¿Habla de Drumm?

—¿Por qué no mira el vídeo?

—¿Le he pedido consejo? —replicó Wallcott—. Limítese a contestar.

—Perdone. —La auxiliar respiró hondo. De pronto estaba nerviosa e incómoda. Wallcott escuchaba, pero al mismo tiempo maquinaba—. Solo habla de Drumm para decir que él no lo conoce, y que no tiene nada que ver con el crimen.

—Es obvio que es un mentiroso. No pienso molestar al gobernador con esto. Guárdese el vídeo. Yo no tengo tiempo de mirarlo, y el gobernador tampoco. ¿Me entiende?

No, no lo entendía, pero asintió con la cabeza.

Wallcott frunció el ceño, con mirada suspicaz.

—Me entiende, ¿no? —preguntó, muy serio—. El vídeo se queda en su ordenador.

—Sí, señor.

En cuanto se fue la auxiliar, Wallcott corrió prácticamente a las oficinas de Barry Ringfield, principal portavoz del gobernador, y su mejor amigo. Salieron a dar una vuelta por el pasillo, porque los despachos estaban a rebosar de personal, fijo o en prácticas.

Después de hablar unos minutos sobre las posibilidades que tenían, acordaron que el gobernador no viese el vídeo. Si Boyette mentía, la grabación sería irrelevante, y se estaría ejecutando al auténtico culpable; en cambio, si Boyette decía la verdad —cosa de la que ellos dudaban mucho—, y se estaba ejecutando a la persona equivocada, las consecuencias podían ser muy graves. La única manera de proteger al gobernador Gilí Newton era que uno de los dos, o la auxiliar, cargase con la culpa reconociendo haber retenido el vídeo o incluso haberlo perdido. Gilí Newton nunca había aplazado una sentencia de muerte, y con el revuelo que estaba armando el caso Drumm difícilmente daría su brazo a torcer. Aunque mirase el vídeo, aunque diera crédito a Boyette, no se retractaría.

Wayne y Barry fueron al despacho del gobernador, donde se los esperaba a las cuatro, cuando todavía faltaban dos horas para la ejecución. Del vídeo no le dirían nada.

A las tres y media, los miembros del bufete Flak se sentaron de nuevo en torno a la mesa de reuniones. No se echaba a nadie en falta, ni siquiera a Keith, a quien, aunque estaba muy cansado, le resultaba inverosímil haber conseguido entrada para aquel circo. El y el juez Henry se sentaron apartados de la mesa, contra una pared. Aaron Rey y Fred Pryor leían la prensa en la otra punta de la sala. Travis Boyette seguía vivo, descansando a oscuras en el sofá de Robbie.

Ya iba siendo hora de que Robbie saliese para Huntsville, y se le notaba la tensión. Pero aún no se podía ir; la «petición Boyette» había revigorizado al equipo, infundiéndole nuevas esperanzas.

Robbie fue tachando cosas de una lista; en un bloc amarillo, como siempre. Sammie Thomas y Bonnie harían el seguimiento de la «petición Boyette» en el tribunal de apelación, además de seguir presionando a la oficina del gobernador sobre la suspensión de la pena capital. Gilí Newton aún no se había decantado por el sí o por el no. Solía esperar hasta el último momento. Le encantaba el dramatismo, y ser el centro de atención. De seguir la alegación de demencia, que aún estaba en el Distrito Quinto judicial, en Nueva Orleans, se ocuparía Carlos. Si se la denegaban, apelarían ante el Tribunal Supremo de Estados Unidos. Fred Pryor se quedaría en el bufete, cuidando a Boyette, que no parecía tener intenciones de marcharse, aunque nadie supiera qué hacer con él. Aaron Rey acompañaría a Robbie a Huntsville, como siempre. También iría Martha Handler, para observar y tomar nota. Robbie daba órdenes a grito pelado, contestaba preguntas y arbitraba conflictos. De repente miró al reverendo.

—Keith —dijo—, ¿podrías venir a Huntsville con nosotros?

El reverendo tardó unos segundos en poder hablar.

—¿Por qué, Robbie? —consiguió preguntar.

—Le podrías hacer falta a Donté.

Se quedó boquiabierto, sin palabras. Todos estaban en silencio, mirándolo.

—Ha ido a la iglesia desde muy pequeño —insistió Robbie—, pero ahora reniega de la religión. En su jurado había cinco baptistas, dos de la iglesia de Pentecostés y uno de la de Cristo. Los otros supongo que estarían perdidos. Desde hace unos años, se ha convencido de que la razón de que esté en el corredor de la muerte son los cristianos blancos. No quiere saber nada de su Dios. Yo veo difícil que cambie de postura, pero es posible que al final de todo se alegre de poder rezar con alguien.

Lo que quería Keith era una buena cama en un motel limpio, y dormir doce horas, pero como religioso no podía negarse. Asintió lentamente.

—De acuerdo.

—Muy bien. Saldremos dentro de cinco minutos.

Keith cerró los ojos y se frotó las sienes, diciéndose a sí mismo: «Pero ¿qué hago aquí, Dios mío? Ayúdame».

Fred Pryor se levantó bruscamente de su silla, con el móvil a una distancia prudencial, como si estuviese al rojo vivo.

—¡Caray! —dijo en voz alta—. Es Joey Gamble. Quiere firmar la declaración y retractarse de su testimonio.

—¿Está al teléfono? —inquirió Robbie.

—No, es un mensaje de texto. ¿Lo llamo?

—¡Pues claro! —replicó Robbie.

Pryor se acercó al centro de la mesa y apretó los botones del interfono. El teléfono sonó varias veces, sin que nadie se moviera. Por fin, alguien respondió tímidamente:

—¿Diga?

—Joey, soy Fred Pryor. Te llamo de Slone. Acabo de oír tu mensaje. ¿Qué narices pasa?

—Pues que quiero que me ayude, señor Pryor. Estoy muy angustiado.

—Si tú estás angustiado, imagínate Donté. Le quedan dos horas y media de vida y tú te despiertas ahora con ganas de ayudar.

—Estoy muy desorientado —dijo Joey.

Robbie se inclinó, tomando el mando.

—Joey, soy Robbie Flak. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí, claro.

—¿Dónde estás?

—En Mission Bend, en mi piso.

—¿Estás dispuesto a firmar una declaración en la que admitas que mentiste en el juicio de Donté?

—Sí —dijo Joey sin vacilar.

Robbie cerró los ojos y bajó la cabeza. La mesa se llenó de puñetazos silenciosos, rezos rápidos de gratitud y muchas sonrisas cansadas.

—Muy bien, pues te explico el plan. En Houston hay una abogada que se llama Agnes Tanner. Tiene el bufete en el centro, en Clay Street. ¿Conoces la ciudad?

—Supongo.

—¿Sabrías localizar un bufete del centro?

—Tengo mis dudas. No sé si debería coger el coche.

—¿Estás borracho?

—Borracho no, pero he bebido.

Robbie miró instintivamente su reloj. Aún no eran ni las cuatro, y a Joey ya le costaba hablar.

—Coge un taxi, Joey. Ya te lo pagaré. Es crucial que llegues lo antes posible al bufete de Tanner. Enviaremos una declaración jurada por correo electrónico. Tú la firmas, y nosotros la presentamos en Austin. ¿Te ves capaz de hacerlo, Joey?

—Lo intentaré.

—Es lo mínimo que puedes hacer, Joey. Ahora mismo Donté está en la celda de detención de Huntsville, a diez metros de la salita donde matan a la gente, y tus mentiras han ayudado a que esté donde está.

—Lo siento mucho.

La voz de Joey temblaba.

—El bufete está en el 118 de Clay Street. ¿Lo has pillado, Joey?

—Creo que sí.

—Pues vete para allá. Los papeles te estarán esperando. No hay ni un minuto que perder, ¿lo entiendes, Joey?

—Está bien, está bien.

—Llámanos dentro de diez minutos.

—Tranquilo.

Después de colgar, Robbie vociferó unas cuantas órdenes, y todos se pusieron en marcha.

—Vamos, Keith —dijo al ir hacia la puerta.

Subieron a la camioneta. Martha Handler tuvo que correr para no quedarse atrás en el momento en que Aaron Rey salía pitando. Robbie llamó a Agnes Tanner a Houston, y le confirmó con urgencia los detalles.

Keith se inclinó para mirar a Aaron por el retrovisor.

—Alguien ha dicho que Huntsville queda a tres horas en coche.

—Sí —respondió Aaron—, pero nosotros no vamos en coche.

El aeropuerto municipal de Slone estaba a unos tres kilómetros al este de la ciudad. Tenía una sola pista, de oeste a este, dos hangares pequeños, la típica colección de Cessnas viejos alineados en la pista y un bloque metálico que era la terminal. Aparcaron, cruzaron corriendo el pequeño vestíbulo y, tras saludar con la cabeza al mozo de detrás del mostrador, salieron a la pista, donde los esperaba un reluciente bimotor King Air, propiedad de un abogado rico, amigo de Robbie y gran amante de los aviones, que los hizo subir a bordo, cerró la portezuela, les pidió que se abrocharan los cinturones, hizo lo propio y empezó a accionar interruptores.

Keith llevaba varias horas sin hablar con su mujer, y todo ocurría tan deprisa que no sabía muy bien por dónde empezar. Dana contestó a la primera, como si hubiera estado contemplando el móvil. Los motores se pusieron en marcha. De repente había mucho ruido en la cabina, que temblaba.

—¿Dónde estás? —preguntó Dana.

—En un avión, saliendo de Slone para Huntsville con el fin de conocer a Donté Drumm.

—Casi no te oigo. ¿De quién es el avión?

—De un amigo de Robbie Flak. Oye, Dana, yo tampoco te oigo. Ya te llamaré cuando aterricemos en Huntsville.

—Ten cuidado, Keith, por favor.

—Te quiero.

Keith estaba sentado hacia delante, con las rodillas casi pegadas a las de Martha Handler. Vio que el piloto hacía las últimas comprobaciones durante el trayecto hasta la pista de despegue. Tanto Robbie como Martha y Aaron hablaban por teléfono. A Keith le pareció mentira que pudieran sostener una conversación con semejante estruendo. Al final de la pista, el King Air giró ciento ochenta grados y quedó mirando al oeste. El piloto dio potencia a los motores. El avión temblaba cada vez más, como si fuera a explotar.

—¡Agarraos! —gritó el piloto al soltar los frenos.

Zarandeados, los cuatro pasajeros cerraron los ojos a la vez, y en cuestión de segundos estaban en el aire. Se oyó el impacto del tren de aterrizaje al replegarse, pero Keith no tenía ni idea de qué oía. En plena confusión, cayó en la cuenta de que nunca había volado en un avión pequeño.

Tampoco había estado nunca en Texas, ni había hecho de chófer para un violador y asesino en serie, ni había oído su escalofriante confesión, ni

había asistido al caos de un bufete de abogados que intentaba salvar a un inocente, ni se había pasado cuatro días sin apenas dormir, ni le habían multado por exceso de velocidad en Oklahoma, ni había accedido a rezar con un hombre pocos minutos antes de su muerte.

Sobrevolaron Slone a dos mil pies, en ascenso. De la algodonera, que aún estaba incendiada, brotaba un humo denso, que iba formando una nube.

Keith volvió a cerrar los ojos, e intentó convencerse de que estaba donde estaba y hacía lo que hacía. Pero no lo logró. Rezó, y pidió a Dios que lo tomase de la mano y lo guiase, porque él no tenía ni idea de lo que había que hacer. Dio las gracias a Dios por aquella situación tan peculiar, reconociendo que solo podía deberse a la intervención divina. A cinco mil pies, con la barbilla apoyada en el pecho, el cansancio, finalmente, pudo más que él.

Normalmente, el bourbon era Knob Creek, pero en ocasiones especiales sacaban del cajón el bueno de verdad. Un chupito de Pappy Van Winkle para cada uno. Al beber, los tres hicieron ruido con los labios. Era un poco temprano para empezar, pero el gobernador había dicho que necesitaba un trago a palo seco, y Barry y Wayne nunca se negaban. Iban sin americana, arremangados, con la corbata floja: hombres ocupados, con muchas cosas en que pensar. De pie en un rincón, junto a la cajonera, bebían mirando la manifestación en un pequeño televisor. Abriendo una ventana habrían oído el ruido. Se sucedían oradores, a cual más prolijo en sus ataques a la pena de muerte, al racismo y al sistema judicial texano. Se usaba a mansalva la expresión «linchamiento judicial». De momento, todos los oradores habían exigido que el gobernador detuviese la ejecución. El equipo de seguridad del Capitolio calculaba una asistencia de diez mil personas.

A espaldas del gobernador, Barry y Wayne se miraron nerviosos. Si la multitud veía el vídeo, habría disturbios. ¿Le decían algo? No; quizá más tarde.

—Gilí, tenemos que tomar una decisión sobre la Guardia Nacional —dijo Barry.

—¿Qué está pasando en Slone?

—Hasta hace media hora habían incendiado dos iglesias, una blanca y otra negra. Ahora se está quemando un edificio abandonado. Esta mañana han suspendido las clases en el instituto a causa de las peleas. Los negros se están manifestando, y van buscando guerra por la calle. Han reventado el cristal trasero de un coche de la policía con un ladrillo, pero de momento no ha habido más violencia. El alcalde tiene miedo; según él, después de la ejecución la ciudad podría explotar.

—¿Quién está disponible?

—Se está preparando la unidad de Tyler, que podría desplegarse en una hora. Seiscientos guardias. Debería ser suficiente.

—Pues adelante, y convocad una rueda de prensa.

Barry salió del despacho a toda prisa. Wayne bebió otro sorbo.

—Gilí —dijo sin vacilar—, ¿no nos tendríamos que plantear al menos lo de los treinta días de aplazamiento? Para que todo se enfríe un poco.

—¡Qué va! No podemos dar marcha atrás solo porque los negros se hayan molestado. Si damos señales de debilidad, la próxima vez harán más ruido. Si esperamos treinta días, volverán a empezar con toda esta mierda. Yo ni me inmuto. Ya me conoces.

—De acuerdo, de acuerdo. Solo quería comentártelo.

—Pues no vuelvas a hacerlo.

—Bueno.

—Aquí está —dijo el gobernador, acercándose al televisor.

El reverendo Jeremiah Mays fue aclamado al subir al podio. Era el radical negro que más se hacía oír en el país, y tenía el don de incrustarse —sin saber muy bien cómo— en todos los conflictos o episodios que tuvieran tintes raciales. Con las manos en alto, pidió silencio y se embarcó en una florida oración en la que rogaba a Dios todopoderoso que volviera la vista hacia las pobres almas erradas que administraban el estado de Texas, les abriera los ojos, les infundiese sabiduría y les tocara el corazón, a fin de que se pudiera poner coto a tamaña injusticia. Solicitó la intervención divina, un milagro en rescate de su hermano Donté Drumm.

Cuando Barry volvió, sus manos temblaban ostensiblemente al llenar los vasos de chupito.

—Ya está bien de tonterías —dijo el gobernador. Pulsó el botón de silencio—. Lo quiero ver una vez más.

Ya «lo» habían visto varias veces juntos, y a cada visionado se les borraban los últimos residuos de incertidumbre. Fueron al otro lado del despacho, donde había un segundo televisor. Barry cogió el mando a distancia.

Donté Drumm, 23 de diciembre de 1998. Estaba situado frente a la cámara, con una lata de Coca-Cola y un donut intacto sobre la mesa. No se veía a nadie más. Estaba apagado, cansado y temeroso. Hablaba con voz lenta y monocorde, sin mirar directamente a la cámara.

—Se te han leído tus derechos según la ley Miranda. ¿Correcto? —dijo la voz en off del detective Drew Kerber.

—Sí.

—Y esta declaración la haces por tu propia voluntad, sin ningún tipo de amenaza ni promesa, ¿verdad?

—Verdad.

—Bueno, pues explícanos qué pasó el viernes 4 de diciembre por la noche, hace diecinueve días.

Donté se apoyó en los codos, como si fuera a desmayarse, y se quedó mirando un punto de la mesa, al que se dirigió al hablar.

—Bueno, Nicole y yo habíamos estado haciendo el tonto sin que nadie lo supiera, acostándonos juntos y pasándolo bien.

—¿Desde cuándo?

—Tres o cuatro meses. Ella a mí me gustaba, y yo a ella también. La cosa se empezaba a poner seria, y ella tuvo miedo de que los demás se enterasen. Nos empezamos a pelear; ella quería romper, pero yo no. Creo que estaba enamorado. Luego ya no quiso verme, y me puse como un loco. Solo pensaba en ella, en lo estupenda que era. La quería más que nada en el mundo. Estaba obsesionado. Estaba loco; no soportaba la idea de que pudiera tenerla otro, así que el viernes por la noche fui a buscarla. Sabía a qué sitios le gustaba ir. Vi su coche en el centro comercial, en el lado este del centro.

—Perdona, Donté, pero creo que antes has dicho que su coche estaba aparcado en el lado oeste del centro comercial.

—Sí, eso, el oeste. Estuve esperando un buen rato.

—¿Conducías una camioneta Ford verde de tus padres?

—Exacto. Serían sobre las diez del viernes por la noche, y…

—Perdona, Donté —dijo Kerber—, pero antes has dicho que ya iban para las once.

—Sí, eso, las once.

—Sigue. Estabas en la camioneta verde, buscando a Nicole, y viste su coche.

—Sí, eso, tenía muchas ganas de verla. Total, que íbamos buscando su coche y...

—Perdona, Donté, pero acabas de decir «íbamos», y antes has dicho...

—Sí, íbamos Torrey Pickett y yo...

—Pero antes has dicho que ibas solo, y que a Torrey lo dejaste en casa de su madre.

—Sí, eso; lo siento. Exacto, en casa de su madre. Total, que iba yo solo por el centro comercial, y al ver el coche de ella aparqué y me quedé esperando. Cuando salió Nicole, vi que estaba sola. Hablamos un minuto. Le pedí que subiera, y se montó en la camioneta. La habíamos usado un par de veces, cuando salíamos a escondidas. Total, que hablamos mientras yo conducía. Nos disgustamos los dos. Ella estaba decidida a romper, y yo a seguir. Hablamos de fugarnos, de salir de Texas e ir a California, donde no nos molestaría nadie, ¿de acuerdo?, pero ella no quería escucharme. Se puso a llorar, y me hizo llorar a mí. Aparcamos detrás de la iglesia de Shiloh, en Travis Road, uno de nuestros sitios favoritos. Yo le dije que quería que nos acostásemos una última vez. Al principio no pareció que la idea le

disgustase. Empezamos a enrollarnos. Luego ella se apartó y dijo que ya estaba bien, que no, que quería volver porque sus amigas estarían buscándola, pero yo ya no podía parar. Empezó a empujarme, y yo me enfadé, me enfadé de verdad; de repente la odié porque me rechazaba, porque no podía tenerla. Siendo blanco habría podido, pero como soy negro no doy la talla, ¿sabe? Nos empezamos a pelear, y en un momento dado ella se dio cuenta de que yo no pararía. No se resistió, pero tampoco se entregó. Al acabar se enfadó, pero de verdad; me dio una bofetada, y me dijo que la había violado. Entonces pasó algo; me dio un ataque, o no sé qué, pero el caso es que me volví loco. Aún la tenía debajo, y... mmm... le pegué, varias veces; me parecía mentira que estuviera dando golpes a aquella cara tan bonita, pero si no podía tenerla yo, entonces nadie podría tenerla. Me dio un ataque de rabia, como si fuera un salvaje, y sin darme cuenta le agarré el cuello con las dos manos. Empecé a sacudir, una y otra vez, hasta que se quedó inmóvil. Estaba todo muy quieto. Al recuperar el juicio me quedé mirándola, y en un momento dado me di cuenta de que no respiraba. [Donté bebió el primer y único trago de la lata de Coca-Cola.] Empecé a conducir, sin tener ni idea de adónde iba. Esperaba que Nicole se despertase, pero no se despertó. Yo la llamaba, pero no contestaba. Supongo que me dio pánico. No sabía la hora que era. Fui hacia al norte, y al darme cuenta de que salía el sol volví a tener pánico. Vi un cartel del Red River. Yo iba por la carretera 344, y...

—Perdona, Donté, pero antes has dicho que era la 244.

—Sí, eso, la 244. Me acerqué al puente. Aún era de noche. No se veía ningún faro, ni se oía nada. La saqué de la parte trasera de la camioneta y la eché al río. Al oírla chocar con el agua, sentí náuseas. Recuerdo que me pasé todo el viaje de vuelta llorando.

El gobernador se acercó al televisor y lo apagó.

—Chicos, a mí no me hace falta ver nada más.

Los tres se arreglaron las corbatas, se abrocharon los puños, se pusieron las americanas y salieron del despacho. En el pasillo los recibió un destacamento de seguridad reforzado para la ocasión. Subieron por la escalera hasta el nivel de la calle y caminaron deprisa hacia el Capitolio, donde esperaron sin ser vistos por la multitud a que el reverendo Jeremiah Mays pusiera término a su soflama incendiaria. Su despedida, en la que prometió venganza, fue aclamada por la muchedumbre. Cuando de pronto apareció en el podio el gobernador, los ánimos sufrieron un cambio radical. Al principio los presentes quedaron confundidos, pero al oír las palabras «Soy Gilí Newton, gobernador del gran estado de Texas» lo sepultaron en un alud de abucheos.

—Gracias por venir —vociferó él como respuesta—, y expresar el derecho de reunión que os confiere la Primera Enmienda. Que Dios bendiga a América. —Abucheos aún más fuertes—. Lo que hace grande a nuestro país es nuestro amor a la democracia, el mejor sistema del mundo. —Sonoros abucheos a la democracia—. Hoy estáis aquí reunidos porque creéis que Donté Drumm es inocente; pues bien, yo he venido a deciros que no lo es. Se le condenó en un juicio justo. Tuvo un buen

abogado, y confesó el crimen. —Los abucheos y silbidos ya no cesaban, y Newton se vio obligado a gritar por el micrófono—. Su caso lo han revisado decenas de jueces de cinco tribunales distintos, estatales y federales, y todas las sentencias contra él han sido unánimes.

Cuando el vocerío ya era demasiado fuerte para continuar, Newton se irguió y sonrió con suficiencia: un hombre con poder frente a otros hombres desprovistos de él. Un gesto con la cabeza fue el acuse de recibo del odio que le tenían. Cuando el ruido remitió ligeramente, Newton se acercó al micrófono y, con todo el dramatismo el que fue capaz, y con plena conciencia de que sus palabras serían reproducidas en todas las noticias vespertinas y nocturnas de Texas, dijo:

—Me niego a conceder el indulto a Donté Drumm. Es un monstruo. ¡Es culpable!

La multitud se adelantó con un nuevo clamor. Antes de irse, el gobernador saludó con la mano a las cámaras. Su equipo de seguridad lo rodeó y se lo llevó a un lugar seguro. Tras él fueron Barry y Wayne, que no pudieron disimular una sonrisa. Su jefe acababa de coronar otro espléndido número circense, que sin la menor duda le haría ganar todas las elecciones venideras.

Capítulo 24

La última comida, el último paseo, las últimas declaraciones. Donté nunca había entendido la importancia de aquellos detalles finales. ¿A qué venía tanta fascinación por lo que consumía un hombre justo antes de morir? Ni que los alimentos consolasen, o fortaleciesen el cuerpo, o pospusieran lo inevitable... Pronto, tanto la comida como los órganos serían barridos e incinerados. ¿De qué servía aquello? Tras décadas de dar rancho a un hombre, ¿a qué venía mimarlo con algo que pudiera disfrutar, justo antes de matarlo?

Recordaba vagamente los primeros tiempos en el corredor de la muerte, y su horror a lo que le pedían que comiese. A él lo había criado una mujer que valoraba la cocina y disfrutaba con ella, y aunque a Roberta se le fuera la mano con las grasas y la harina, también tenía huerto propio y era cuidadosa con los alimentos que tenían ingredientes procesados. Le encantaba usar hierbas, especias y pimientos, y sus pollos y carnes eran ricos en sazón. Supuestamente, la primera comida servida a Donté en el corredor de la muerte era un tajo de cerdo, totalmente desprovisto de sabor. Perdió el apetito la primera semana, y no volvió a recuperarlo.

Ahora, al final, esperaban que pidiera un festín, y agradeciese aquel único y último favor. Por tonto que pudiera parecer, prácticamente todos los condenados pensaban mucho su última comida. Tenían tan poco en que pensar... Donté ya había decidido días atrás que no quería que le sirviesen nada remotamente parecido a los platos que le preparaba su madre en otros tiempos, así que pidió una pizza de pepperoni y un vaso de zarzaparrilla. Se lo trajeron a las cuatro, en un carrito que dos vigilantes empujaron hasta la celda de detención. Se fueron sin que Donté les dirigiera la palabra. Llevaba toda la tarde dando cabezaditas, en espera de la pizza y de su abogado; de un milagro, aunque a las cuatro de la tarde ya lo daba por perdido.

En el pasillo, justo al otro lado de los barrotes, su público observaba en silencio: un celador, un funcionario judicial y el capellán que había intentado hablar con él dos veces, las mismas que Donté había rechazado la ayuda espiritual que le ofrecía. Sin estar muy seguro de por qué lo observaban tan atentamente, Donté supuso que era para evitar un suicidio. No estaba muy claro cómo podía matarse en aquella celda de detención. De haber querido, se habría suicidado hacía meses. Ahora se

arrepentía de no haberlo hecho. Así ya no existiría, y su madre no lo vería morir.

Para un paladar neutralizado por pan blanco insípido, compota de manzana sosa y una interminable sucesión de carnes inidentificables, la pizza le resultó sorprendentemente deliciosa. Se la comió despacio.

Ben Jeter se acercó a los barrotes.

—¿Qué tal la pizza, Donté? —preguntó.

Donté no miró al celador.

—Muy buena —dijo en voz baja.

—¿Necesitas algo más?

Sacudió la cabeza. Necesito muchas cosas, muchacho, pero ninguna que tú puedes darme; y si pudieras, no me la darías, qué narices. Déjame en paz.

—Creo que está a punto de llegar tu abogado.

Donté asintió y cogió otro trozo de pizza.

A las 16.21, el tribunal de apelación del Distrito Quinto, con sede en Nueva Orleans, rechazó la petición de indulto por trastorno mental de Donté. El bufete de abogados Flak solicitó inmediatamente al Tribunal Supremo de Estados Unidos una providencia de remisión, es decir, que el tribunal atendiese la apelación y estudiase el valor de la solicitud. En caso de respuesta positiva, la ejecución se detendría y pasaría algún tiempo mientras la polvareda se asentaba y se tramitaban los papeles; en caso de respuesta negativa, la reclamación quedaría tan muerta como —con toda probabilidad— el reclamante. Ya no quedaban más instancias a las que apelar.

En Washington, en la sede del Tribunal Supremo, el «secretario de muertes» —como se le llamaba— recibió electrónicamente la solicitud, que distribuyó a las oficinas de los nueve jueces.

Sobre la petición Boyette, pendiente de que la resolviese el Tribunal Penal de Apelación de Texas, no se sabía nada.

Cuando el King Air tocó tierra en Huntsville, Robbie llamó al bufete, donde lo informaron del fallo adverso del Distrito Quinto. Joey Gamble todavía no había encontrado el bufete de Agnes Tanner en Houston. El gobernador había rechazado espectacularmente la suspensión de la pena. En esos momentos no había nuevos incendios en Slone, aunque la Guardia Nacional estaba en camino; una llamada deprimente, aunque Robbie no esperaba mucho más.

Él, Aaron, Martha y Keith subieron a un monovolumen conducido por un investigador que ya había colaborado antes con Robbie. Salieron disparados. La cárcel quedaba a un cuarto de hora. Keith llamó a Dana e intentó explicarle lo que le estaba pasando, pero la explicación se complicó, y había más personas escuchando. Dana, perpleja—por decirlo

suavemente—, tenía la seguridad de que su marido cometía una estupidez.

Keith prometió llamarla en breve. Aaron telefoneó al bufete, y habló con Fred Pryor. Boyette estaba levantado, y caminaba, aunque despacio. Se quejaba de no haber hablado con ningún periodista. Se había creído que le contaría a todo el mundo su versión, pero no parecía haber nadie con ganas de escucharlo. Robbie andaba loco, tratando de localizar sin éxito a Joey Gamble. Martha Handler llenaba páginas de apuntes, como siempre.

A las cuatro y media, Milton Prudlowe, presidente del Tribunal Penal de Apelación de Texas, convocó a este último por teleconferencia para dirimir la petición Boyette en el caso de Donté Drumm. Boyette no había impresionado al tribunal. Según el parecer general, lo que buscaba era publicidad, y tenía graves problemas de credibilidad. Tras un breve debate, Prudlowe llamó a votar, y el resultado fue unánime: ni un solo juez votó a favor de conceder el indulto a Donté Drumm. El secretario del tribunal mandó la decisión por correo electrónico a la oficina del fiscal general (donde se combatían las apelaciones de Donté), a Wayne Wallcott (el abogado del gobernador) y al bufete de Robbie Flak.

Cuando Robbie recibió la llamada de Carlos, el monovolumen casi había llegado a la cárcel. Aunque había recordado durante toda la tarde que el indulto era improbable, se lo tomó muy mal.

—¡Hijos de puta! —espetó—. No han creído a Boyette. Desestimado, desestimado, desestimado, y asilos nueve. Hijos de puta.

—¿Y ahora qué? —preguntó Keith.

—Corriendo al Tribunal Supremo. Que vean ellos a Boyette, y a rezar por un milagro. Se nos están acabando las oportunidades.

—¿Han dado alguna razón? —preguntó Martha.

—No, no hace falta. El problema es que nosotros nos morimos de ganas de creer a Boyette, y a ellos, los nueve elegidos, no les interesa creerlo. Creer a Boyette trastocaría el sistema. Perdonad, es que tengo que llamar a Agnes Tanner. Seguro que Gamble está en un club de *strippers* pillando una curda mientras se lo camela una bailarina.

No fue cuestión de *strippers*, paradas ni rodeos; solo de equivocarse un par de veces de camino. Joey entró en el bufete de Agnes Tanner a las cinco menos veinte, y la encontró esperándolo en la puerta. Era una abogada dura, especialista en divorcios, que de vez en cuando, casi por aburrimiento, se ofrecía voluntaria para defender a un condenado a muerte. Conocía mucho a Robbie, aunque llevaban un año sin hablar.

Tenía la declaración en las manos. Después de un tenso saludo, llevó a Joey a una pequeña sala de reuniones. Tenía ganas de preguntarle de dónde venía, por qué había tardado tanto, si estaba borracho y si se daba cuenta de que se les acababa el tiempo; también por qué había mentido nueve años atrás, y desde entonces no había movido un dedo. Tenía ganas de someterlo a una hora de interrogatorio, pero no había tiempo; además, según Robbie era un chico temperamental e imprevisible.

—O lo lees, o te explico yo lo que pone —dijo agitando la declaración.

Joey se sentó en una silla, con la cara en las manos.

—Explíquemelo —dijo.

—Sale tu nombre, dirección y todo el rollo. Pone que en tal y cual fecha de octubre de 1999 testificaste en el juicio de Donté Drumm, que tu testimonio fue básico para el fiscal y que en ese testimonio le dijiste al jurado que la noche de la desaparición de Nicole, más o menos a la misma hora, viste que en el aparcamiento donde estaba estacionado el coche de ella pasaba una camioneta Ford verde sospechosa, que el conductor parecía un hombre negro y que la camioneta era muy semejante a la de Donté Drumm. Hay muchos más detalles, pero no tenemos tiempo. ¿Me sigues, Joey?

—Sí.

Se tapaba los ojos. Parecía que lloraba.

—Ahora te retractas de dicho testimonio, y juras que no es verdad. Estás diciendo que mentiste en el juicio. ¿Lo has pillado, Joey?

Movió afirmativamente la cabeza.

—Luego pone que fuiste tú quien hizo al detective Kerber la llamada anónima en la que le informabas de que el asesino era Donté Drumm. Otro montón de detalles, pero te los ahorro. Creo que lo entiendes, ¿no, Joey?

Se destapó la cara y se secó las lágrimas.

—Hace mucho tiempo que lo llevo encima —dijo.

—Pues arréglalo, Joey. —Tanner estampó la declaración sobre la mesa y acercó un bolígrafo a Joey—. Página cinco, abajo a la derecha. Deprisa.

Gamble firmó la declaración, que una vez autenticada se escaneó y mandó por correo electrónico a la oficina del Defender Group en Austin. Agnes Tanner esperó la confirmación, pero el mensaje rebotó. Llamó por teléfono a un abogado del Defender Group: no lo habían recibido. Tenían problemas con el servidor de internet. Agnes lo mandó otra vez, y tampoco lo recibieron. Pegó cuatro gritos a un secretario, que empezó a mandar las cinco páginas por fax.

Joey, a quien de pronto no hacían caso, salió del bufete sin que nadie se fijara en él. Había esperado que al menos alguien le diera las gracias.

A la cárcel de Huntsville la llaman la Unidad de las Paredes. Es la cárcel más antigua de Texas, y está construida a la antigua, con paredes altas y gruesas de ladrillo que justifican su apodo. Entre los reclusos de su accidentada historia hay varios forajidos y pistoleros que en su día gozaron de gran fama. Su cámara de ejecuciones se ha usado para ajusticiar a más hombres y mujeres que en cualquier otro estado. La Unidad de las Paredes está orgullosa de su historia. Se ha conservado un bloque de las celdas más antiguas, que permite retroceder en el pasado. Se pueden concertar visitas.

Robbie ya había estado allí dos veces, siempre con prisa, agobio y nulo interés por la historia de la Unidad de las Paredes. Al cruzar la puerta, él y Keith fueron recibidos por Ben Jeter, que logró sonreír.

—Hola, señor Flak —dijo.

—Hola, director —contestó Robbie muy serio, aferrado al maletín—. Le presento al consejero espiritual de Donté, el reverendo Keith Schroeder.

El director les estrechó la mano con cautela.

—No tenía constancia de que Drumm tuviera un consejero espiritual.

—Pues ahora lo tiene.

—Está bien. Denme algún documento.

Le entregaron sus permisos de conducir, que él dio a un vigilante, detrás de un mostrador.

—Síganme —dijo.

Jeter llevaba once años al frente de la Unidad de las Paredes, y le correspondían todas «las ejecuciones, deber que aceptaba sin haberlo pedido, como una parte más de su trabajo. Se caracterizaba por el distanciamiento y la profesionalidad. Los movimientos eran siempre precisos, y los detalles se seguían sin ninguna variación. Texas era tan eficaz administrando la muerte que venían funcionarios de prisiones de otros estados para que los asesorasen; y si alguien podía enseñarles con exactitud el procedimiento era Ben Jeter.

Había preguntado a doscientos noventa y ocho hombres y tres mujeres si querían hacer alguna declaración final. Un cuarto de hora más tarde, los había declarado a todos muertos.

—¿Y las apelaciones? —inquirió mientras precedía un paso a Robbie y dos a Keith, todavía aturdido.

Iban lanzados por un pasillo con fotos desvaídas, en blanco y negro, de antiguos directores y gobernadores muertos.

—No tiene buena pinta —dijo Robbie—. Un par de globos en el aire, pero poca cosa.

—¿O sea que prevé que empezaremos a las seis?

—No lo sé —contestó Robbie, con pocas ganas de hablar.

«Empezar a las seis», se dijo Keith. Como quien coge un vuelo, o espera que empiece un partido.

Se pararon frente a una puerta. Jeter aplicó una tarjeta, y la puerta se abrió. Entraron, y seis metros más adelante penetraron en el pabellón de ejecuciones. A Keith le latía con fuerza el corazón, y estaba tan mareado que necesitaba sentarse. Dentro vio barrotes, hileras de barrotes en un bloque de celdas poco iluminado. Había celadores, dos hombres con trajes baratos y el director, todos con la mirada en la celda de detención.

—Donté, ha venido tu abogado —anunció Jeter como si le hiciera un regalo.

Donté se levantó y sonrió. La puerta se deslizó con un ruido metálico. Donté dio un paso. Robbie lo agarró, lo abrazó y le susurró algo al oído. Donté estrechó a su abogado: su primer contacto humano de verdad en casi una década. Al separarse, los dos lloraban.

Al lado de la celda de detención estaba la de visitas, un espacio idéntico a excepción de una pared de cristal detrás de los barrotes, que otorgaba intimidad a la última reunión entre abogado y cliente. El reglamento permitía una hora de visita. La mayoría de los condenados reservaban algunos minutos para su última oración con el capellán de la cárcel. Según el reglamento, la hora de visita era de cuatro a cinco, y al final el recluso se quedaba solo. Aunque era muy puntilloso con las normas, el director Jeter sabía cuándo tenía que flexibilizarlas. También sabía que Donté Drumm había sido un preso modelo, a diferencia de muchos, y eso en su oficio era muy importante.

Dio unos golpecitos en su reloj.

—Son las cinco menos cuarto, señor Flak; tiene sesenta minutos.

—Gracias.

Donté entró en la celda de visitas y se sentó al borde de la cama. Después entró Robbie, que lo hizo en un taburete. Un vigilante cerró la puerta de cristal y volvió a poner los barrotes en su sitio.

Estaban solos, con las rodillas en contacto. Robbie puso una mano en el hombro de Donté, y se esforzó por no perder la compostura. Le había costado mucho decidir si le hablaba de Boyette o no. Por un lado, Donté probablemente ya hubiera aceptado lo inevitable, y con una sola hora por delante estaba preparado para lo que viniera después. Desde luego, se le veía sereno. ¿De qué servía alterarlo con una historia nueva y disparatada? Por otro lado, quizá se alegrase de saber que al final se sabría la verdad. Sería rehabilitado, aunque fuese de manera póstuma. La verdad, sin embargo, distaba de estar clara, así que Robbie decidió no mencionar a Boyette.

—Gracias por venir, Robbie —susurró Donté.

—Te prometí que estaría aquí hasta el final. Siento no haber podido impedirlo, Donté; lo siento de verdad.

—Venga, Robbie, has hecho todo lo que has podido. Seguís luchando, ¿verdad?

—¡Por supuesto! Todavía circulan algunas apelaciones de última hora, o sea que hay posibilidades.

—¿Como cuántas, Robbie?

—Alguna. Joey Gamble ha reconocido que mintió en el juicio. Anoche se emborrachó en un club de *strippers*, y lo admitió todo. Nosotros lo grabamos en secreto, y esta mañana hemos cursado una petición, aunque el tribunal la ha desestimado. Luego, hacia las tres y media de esta tarde, Joey se ha puesto en contacto con nosotros, y dice que quiere reconocerlo.

La única reacción de Donté fue sacudir un poco la cabeza, en un gesto de incredulidad.

—Estamos intentando cursar otra petición, que incluye su declaración jurada, y eso nos da alguna posibilidad.

Susurraban, tan inclinados que sus cabezas casi se tocaban. Había tanto y tan poco que decir... Robbie estaba resentido con el sistema, rabioso hasta extremos violentos y agobiado por no haber tenido éxito en la defensa de Donté, pero en aquel momento la tristeza era lo que predominaba en él.

Para Donté, la breve estancia en la celda de detención tuvo efectos desorientadores. Delante, a menos de diez metros, había una puerta que llevaba a la muerte, y que él prefería no abrir. Detrás quedaba el corredor de la muerte y una vida exasperante de aislamiento en una celda que prefería no ver nunca más. Se creía preparado para la puerta, pero no lo estaba. Tampoco tenía ganas de volver a ver Polunsky.

—No te flageles, Robbie, no pasa nada.

Keith salió con permiso e intentó respirar. El lunes por la mañana había nevado en Topeka; ahora, en Texas, la temperatura parecía superar los veinticinco grados. Se apoyó en una valla y contempló la alambrada que tenía encima.

Llamó a Dana y le explicó dónde estaba, qué hacía y qué pensaba. Dana parecía tan estupefacta como él.

Resuelto lo de Drumm, el juez Milton Prudlowe salió de su despacho y se dio prisa en llegar al Rolling Creek Country Club, en el centro-oeste de Austin. A las cinco tenía un partido de tenis con un contribuyente de primera a sus campañas, las pasadas y las futuras. Mientras conducía, sonó su móvil. El secretario del tribunal le informó que habían recibido

una llamada del Defender Group, y de que se fraguaba una nueva petición.

—¿Usted qué hora tiene? —quiso saber Prudlowe.

—Las cuatro cuarenta y nueve.

—Me agotan tantas chorradas —dijo Prudlowe—. Cerramos a las cinco. Lo sabe todo el mundo.

—Sí, señor —dijo el secretario, que conocía perfectamente la mala opinión del juez Prudlowe sobre las avemarías de última hora que arrojaban abogados defensores desesperados.

Los casos se arrastran durante años con poca actividad, y de pronto, cuando faltan pocas horas, van los abogados y se ponen las pilas.

—¿Tienes alguna idea de lo que piden? —preguntó Prudlowe.

—Creo que es lo mismo que han presentado esta mañana: un testigo presencial que se retracta. Tienen problemas informáticos.

—¡Vaya, qué original! Cerramos a las cinco. Yo a las cinco quiero la puerta cerrada, ni un minuto más tarde. ¿Me explico?

—Sí, señor.

A las cinco menos cuarto, Cicely Avis y dos técnicos legales salieron de las oficinas del Defender Group con la petición y la declaración jurada de Gamble, en doce copias. Mientras sorteaban el tráfico, Cicely llamó al secretario para avisar de que estaban en camino. Él le comunicó que las oficinas cerrarían a las cinco, la hora normal en días laborables.

—Es que tenemos una petición con una declaración jurada del único testigo presencial del juicio —insistió ella.

—Creo que ya la hemos visto —dijo el secretario.

—¡No, qué va! Esta es jurada.

—Acabo de hablar con el presidente. Cerramos a las cinco.

—¡Pero si solo llegaremos unos minutos tarde!

—Cerramos a las cinco.

Sentado junto a una ventana de la sala de reuniones, con el bastón en las rodillas, Travis Boyette asistía al caótico desfile de gente enloquecida que se hablaba a gritos. Otro que miraba era Fred Pryor, cerca de él.

Como no entendía nada, Boyette se levantó y se acercó a la mesa.

—¿Alguien puede decirme qué pasa? —preguntó.

—Sí, que estamos perdiendo —replicó Carlos.

—¿Y mi declaración? ¿Alguien me escucha?

—La respuesta es que no. Al tribunal no le ha impresionado.

—¿Creen que miento?

—Sí, Travis, creen que mientes. Lo siento. Nosotros te creemos, pero no tenemos voz ni voto.

—Quiero hablar con la prensa.

—Creo que están ocupados con los incendios.

Sammie Thomas miró su portátil, anotó algo y se lo dio a Boyette.

—Tenga, el número de móvil de uno de los idiotas de la tele local. —Señaló una mesa, cerca del televisor—. Aquello es un teléfono. Haga lo que quiera, señor Boyette.

Travis arrastró los pies hasta el teléfono, marcó los números y esperó, observado por Sammie, Carlos, Bonnie y Fred Pryor.

Se quedó mirando al suelo, con el teléfono en la mano. Luego dio un respingo.

—¿Oiga? ¿Es Garrett? Ah, de acuerdo. Mire, me llamo Travis Boyette y estoy en el bufete de Robbie Flak. Estuve implicado en el asesinato de Nicole Yarber, y me gustaría salir en directo y confesar. —Una pausa. El tic—. Quiero confesar que asesiné a la chica. Donté Drumm no tuvo nada que ver. —Pausa. Nuevo tic—. Sí, quiero decirlo en directo; esto y otras muchas cosas.

Los demás casi oían temblar de emoción la voz de Garrett. ¡Qué noticia!

—Conforme —dijo Boyette. Colgó y paseó la mirada por la sala de reuniones—. Llegarán en diez minutos.

—Fred —dijo Sammie—, ¿por qué no te lo llevas a la parte delantera, cerca de la plataforma, y buscas un buen sitio?

—Si quiero puedo irme, ¿no? —preguntó Boyette—. No tengo que quedarme aquí.

—Por lo que a mí respecta, es usted libre —respondió Sammie—. Haga lo que quiera. La verdad es que no me importa.

Boyette y Pryor salieron de la sala de reuniones y esperaron fuera de la estación de trenes.

Carlos cogió la llamada de Cicely Avis, que le explicó que al llegar al juzgado a las 17.07 se habían encontrado cerradas las puertas y las oficinas. Al llamar por teléfono al secretario, este le había dicho que no estaba en el trabajo, sino en el coche, de camino a casa.

La última petición de Donté no llegaría a tramitarse.

Según el registro del club, el juez Milton Prudlowe y su invitado jugaron al tenis en la pista ocho durante una hora, a partir de las 17.00.

Capítulo 25

La cabaña de Paul Koffee estaba a orillas de un pequeño lago, a unos quince kilómetros al sur de Slone; la tenía desde hacía años, y la usaba como refugio, escondite y para ir de pesca. También la había empleado como nido de amor durante su aventura con la jueza Vivian Grale, desafortunado episodio cuyo fruto —un divorcio muy reñido— había estado a punto de arrebatarle la cabaña. En vez de eso, su ex mujer se había quedado con la casa.

El jueves, después de comer, salió de su despacho y fue en coche a la cabaña. La ciudad era un polvorín que empezaba a dar sensación de peligro; el teléfono sonaba a todas horas, y en su oficina no había nadie que hiciera el menor esfuerzo por parecer productivo. Huyendo del frenesí, llegó enseguida a la paz del campo, donde se preparó para la fiesta que había organizado la semana anterior: metió la cerveza en hielo, surtió el bar, hizo arreglillos en la cabaña y esperó a sus invitados. Empezaron a llegar antes de las cinco de la tarde; la mayoría habían salido pronto del trabajo, y todos querían beber algo. Se reunieron en una plataforma, casi al borde del agua: abogados jubilados y en activo, dos ayudantes de fiscal del despacho de Koffee, un investigador y amigos varios, vinculados prácticamente todos con la justicia.

También estaban Drew Kerber y otro detective. Todos querían hablar con Kerber, el policía que había resuelto el caso. Sin su hábil interrogatorio de Donté Drumm, no habría condena. Suyo era el mérito de encontrar a los sabuesos que habían reconocido el rastro de Nicole en la camioneta Ford verde, y el de manipular hábilmente a un chivato de la cárcel hasta obtener una confesión más de su sospechoso: trabajo policial serio, del bueno. El caso Drumm suponía un momento de gloria para Kerber, que estaba decidido a saborear sus instantes finales.

No por ello se desatendía a Paul Koffee, que no iba a ser menos. Le faltaban pocos años para jubilarse. Ahora tendría algo de lo que presumir en su vejez. Enfrentados a la feroz defensa orquestada por Robbie Flak y su equipo, Koffee y sus chicos habían luchado sin descanso, por la justicia y por Nicole. El hecho de que Koffee hubiera conseguido su preciada condena a muerte sin haber encontrado el cadáver era una razón de más para jactarse.

El alcohol limó tensiones, y todos se partieron de risa al oír cómo su querido gobernador se había enzarzado a gritos con la chusma negra y llamado monstruo a Drumm. Menor fue el bullicio cuando Koffee

describió la petición, cursada no hacía ni dos horas, en la que un chiflado decía ser el asesino. Pero añadió que podían estar tranquilos, pues no había nada que temer: el tribunal de apelación ya había denegado el indulto. Solo quedaba una apelación pendiente, falsa («Como todas, qué leches»), aunque condenada a no prosperar en el Tribunal Supremo. Koffee tuvo el placer de asegurar a sus invitados que la justicia estaba a punto de vencer.

Intercambiaron anécdotas sobre los incendios de las iglesias, el de la algodonera, la manifestación del parque Civitan y la llegada de la caballería. Se esperaba a la Guardia Nacional a las seis de la tarde. No faltaron opiniones sobre si su presencia era necesaria o no.

Koffee hacía barbacoa, con pechugas y patas de pollo acompañadas de una salsa espesa, pero anunció que el plato estrella de la noche serían *Drumm sticks.*[8] Las risas resonaron por el lago.

También está en Huntsville la Universidad Estatal Sam Houston, cuyo número de alumnos asciende a mil seiscientos: ochenta y uno por ciento blancos, doce por ciento negros, seis por ciento hispanos y uno por ciento de otras etnias.

El jueves, a última hora de la tarde, muchos alumnos negros fueron hacia la cárcel, que quedaba en el centro de Huntsville, a unas ocho manzanas. Aunque la operación Desvío había fracasado en su tentativa de bloquear las carreteras, sí había conseguido armar un poco de jaleo. Las calles adyacentes a la cárcel estaban tomadas por la policía del estado y la municipal. Las autoridades preveían problemas, y en torno a la Unidad de las Paredes las medidas eran de alta seguridad.

Los estudiantes negros se reunieron a tres manzanas de la cárcel y empezaron a hacer ruido. Al salir del pabellón de ejecuciones para hablar por teléfono, Robbie oyó a lo lejos un coro organizado de mil voces.

—¡Donté! ¡Donté!

Él solo veía los muros exteriores y el perímetro de tela metálica del pabellón de ejecuciones, pero se dio cuenta de que estaban cerca.

¿Qué más daba? Ya era demasiado tarde para manifestaciones y desfiles. Escuchó un segundo antes de llamar al bufete. Sammie Thomas le soltó la respuesta a bocajarro.

—No nos han dejado tramitar la petición de Gamble. Han cerrado las puertas a las cinco en punto, Robbie, y nosotros hemos llegado siete minutos más tarde. De hecho, sabían que íbamos.

[8] Juego de palabras entre *drumstick* (muslo de pollo) y el apellido de Donté Drum (*N. de T.*)

El primer impulso de Robbie fue estampar el teléfono contra el muro de ladrillo más cercano y verlo hacerse mil pedazos, pero estaba demasiado atónito para moverse.

—El Defender Group ha llamado al secretario pocos minutos antes de las cinco —añadió Sammie—. Ya estaban en el coche, yendo a toda pastilla para tramitar la petición. El secretario ha dicho que era una lástima, pero que había hablado con Prudlowe y las oficinas cerraban a las cinco. ¿Me oyes, Robbie?

—Sí. No. Sigue.

—Lo único que queda es la providencia de remisión que hemos solicitado al Supremo. Aún no han dicho nada.

Robbie intentó calmarse, apoyado en la tela metálica. De nada serviría enrabietarse. Mañana ya podría tirar cosas, y decir palabrotas, y quizá presentar alguna demanda. Ahora tenía que pensar.

—Yo del Tribunal Supremo no espero ninguna ayuda. ¿Y tú? —preguntó.

—No, la verdad es que no.

—Pues entonces casi hemos llegado al final.

—Sí, Robbie, por aquí es la sensación que se tiene.

—¿Sabes qué, Sammie? Solo necesitábamos veinticuatro horas. Si Travis Boyette y Joey Gamble nos hubieran dado veinticuatro horas, podríamos haber impedido esta barbaridad, y habría muchas posibilidades de que Donté saliera algún día de aquí. Veinticuatro horas.

—Estoy de acuerdo; y hablando de Boyette, ahora mismo está fuera, esperando a un equipo de televisión. Los ha llamado él, no nosotros, aunque yo le he dado el número. Quiere hablar.

—Pues que hable, coño. Que se lo diga a todo el mundo, a mí ya me da igual. ¿Carlos tiene el vídeo listo?

—Creo que sí.

—Pues que suelte la bomba. Quiero que ahora mismo reciban el vídeo todos los periódicos y las televisiones importantes del estado. Vamos a hacer todo el ruido que podamos. Si nos estrellamos, que sea a lo grande.

—Oído, jefe.

Robbie escuchó un instante los cánticos lejanos, con la mirada fija en el teléfono. ¿A quién podía llamar? ¿Había alguien en el mundo que pudiera ayudarlo?

Al cerrarse a sus espaldas los barrotes de metal, Keith se estremeció. No era la primera vez que iba a una cárcel, pero sí la primera que lo encerraban en una celda. Le costaba respirar, y se le hizo un nudo en el

estómago, pero había rezado para tener fuerzas. Una oración muy corta: Dios, por favor, dame valor y sabiduría, y luego sácame de aquí, por favor.

Cuando Keith entró en la celda de visitas, Donté no se levantó, pero sí sonrió y le tendió la mano. Su apretón fue blando y pasivo.

—Soy Keith Schroeder —dijo, sentándose en el taburete con la espalda en la pared y los zapatos a pocos centímetros de los de Donté.

—Me ha dicho Robbie que es usted un buen tipo —respondió Donté.

Pareció fijarse en el alzacuellos, como si buscase la confirmación de estar en presencia de un clérigo.

Keith se quedó sin voz, pensando qué decir. Un solemne «¿Cómo estás?» parecía risible. ¿Qué se le dice a un joven que en menos de una hora estará muerto, cuya muerte es segura aunque se podría evitar?

Se le habla de la muerte.

—Robbie me ha dicho que no has querido hablar con el capellán de la cárcel —dijo.

—Trabaja para el sistema. El sistema lleva nueve años persiguiéndome, y pronto tendrá lo que quiere. Por eso yo no hago concesiones al sistema.

«Tiene toda la lógica del mundo», pensó Keith. Donté estaba más erguido, con los brazos cruzados, como si agradeciese un buen debate sobre religión, fe, Dios, el cielo, el infierno o cualquier otro tema que quisiera abordar Keith.

—No es usted de Texas, ¿verdad? —preguntó.

—De Kansas.

—Por el acento. ¿Usted cree que el estado tiene derecho a matar a alguien?

—No.

—¿Cree que a Jesús le parecería bien matar a presos como castigo?

—Claro que no.

—¿«No matarás» vale para todo el mundo, o es que a Moisés se le olvidó eximir de esta obligación a los gobiernos y sus instituciones?

—El gobierno es de la gente. El mandamiento vale para todo el mundo.

Donté sonrió y se relajó un poco.

—De acuerdo, aprobado. Podemos hablar. ¿En qué piensa?

Keith respiró con algo menos de dificultad, contento de haber superado el examen de ingreso. En parte había esperado encontrarse a un joven no del todo en sus cabales, pero se equivocaba. La afirmación de

Robbie de que el corredor de la muerte había enloquecido a Donté parecía errónea.

Siguió adelante.

—Robbie me ha dicho que has tenido una educación religiosa, que te bautizaron de pequeño, que tenías mucha fe y que tus padres eran muy devotos.

—Todo eso es verdad. Yo estaba cerca de Dios, señor Schroeder, hasta que Dios me abandonó.

—Llámame Keith, por favor. Me acuerdo de un artículo sobre un hombre que estuvo justo aquí, en esta celda; se llamaba Darrell Clark, un chico del oeste de Texas, creo que de Midland. Mató a unos cuantos en un enfrentamiento relacionado con las drogas, y después de condenarlo lo mandaron al corredor de la muerte, en la unidad antigua, la de Ellis. Estando en el corredor de la muerte, alguien le dio una Biblia, y otro le explicó un testimonio sobre el cristianismo. Clark se hizo cristiano, y se acercó mucho a Dios. Se le agotaron las apelaciones, y quedó fijada la fecha de su ejecución. Y aceptó el final. Tenía ganas de morir, porque sabía el momento exacto en el que entraría en el reino de los cielos. No se me ocurre ninguna historia comparable a la de Darrell Clark.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Pues que estás a punto de morir, y que sabes cuándo será. Eso lo sabe muy poca gente. Aunque los soldados en combate se sientan como muertos, siempre tienen posibilidades de sobrevivir. Supongo que las víctimas de crímenes horribles saben que les queda poco, pero lo saben con tan poca antelación... En cambio, tú conoces la fecha desde hace meses. Ahora que se acerca la hora, no es un mal momento para reconciliarse con Dios.

—Ya conocía la leyenda de Darrell Clark. Sus últimas palabras fueron estas: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»; Lucas, 23, versículo 46, las últimas palabras de Jesús antes de morir en la cruz, al menos según san Lucas. Pero te olvidas de algo, Keith: Clark mató a tres personas, como si fuera una ejecución, y desde que lo condenaron no dijo nunca en serio que fuera inocente. Él era culpable; yo no. Clark se merecía un castigo; no la pena de muerte, pero sí la cadena perpetua. Yo soy inocente.

—Sí, es verdad, pero la muerte es la muerte, y al final lo único que importa es tu relación con Dios.

—Vaya, intentas convencerme de que en el último minuto vuelva corriendo a Dios y me olvide de los últimos nueve años.

—¿Le echas a Dios la culpa de los últimos nueve años?

—Sí. A mí me ha pasado lo siguiente, Keith. Tenía dieciocho años, y era cristiano de toda la vida. Seguía participando en la iglesia, pero también hacía lo que la mayoría de los chavales: nada malo, pero cuando

creces en un hogar tan estricto como el mío siempre te rebelas un poco, qué caray. Yo era buen alumno; lo del fútbol lo había dejado, pero no traficaba con drogas ni pegaba a nadie. Tampoco rondaba por las calles. Tenía ganas de entrar en la universidad. De repente, por alguna razón que supongo que nunca entenderé, un rayo me golpeó en la cabeza. Luego llevaba esposas, y estaba en la cárcel. Mi foto salía en las portadas. Me declararon culpable mucho antes del juicio. Doce blancos, la mayoría baptistas de bien, determinaron mi destino. El fiscal era metodista, y la jueza, presbiteriana, o al menos salían sus nombres en algún registro de la iglesia; estaban enrollados, aunque debilidades carnales supongo que las tenemos todos. O casi todos. Estaban enrollados, pero fingieron darme un juicio justo. Los del jurado eran un montón de paletos. Recuerdo que durante el juicio, al mirarles la cara mientras me condenaban a muerte (caras duras, implacables, cristianas), pensé: «No adoramos al mismo Dios». Y es verdad. ¿Cómo puede ser que Dios permita que los suyos maten tan a menudo? Contéstame, por favor.

—Los hijos de Dios se equivocan con frecuencia, Donté, pero el que no se equivoca nunca es Dios. No puedes echarle la culpa a él.

Se le pasaron las ganas de discutir. Volvió a sentir el peso del momento. Donté apoyó los codos en las rodillas, y bajó la cabeza.

—Yo era un fiel servidor, Keith, y mira qué recibo a cambio.

Robbie se acercó por fuera, y se quedó junto a la celda de visitas. A Keith se le había acabado el tiempo.

—¿Quieres rezar conmigo, Donté?

—¿Por qué? Ya recé durante los tres primeros años de cárcel, y lo único que pasó fue que las cosas empeoraron. Aunque hubiese rezado diez veces al día, seguiría aquí sentado, hablando contigo.

—Está bien. ¿Te importa que rece?

—Como quieras.

Keith cerró los ojos. En aquellas circunstancias —la mirada fija de Donté, la espera nerviosa de Robbie, el tictac cada vez más estruendoso del reloj—, le costaba rezar. Pidió a Dios que diera fuerza y valor a Donté, y que se apiadase de su alma. Amén.

Al acabar, se levantó y dio una palmada en el hombro a Donté. Seguía sin creer que le faltaba menos de una hora para morir.

—Gracias por venir —dijo Donté.

—Ha sido un honor conocerte, Donté.

Volvieron a darse la mano. Luego un ruido metálico y se abrió la puerta. Keith salió y entró Robbie. El reloj de la pared —el único importante, en realidad— marcaba las 17.34.

La ejecución inminente de alguien que proclamaba su inocencia suscitaba poco interés en los medios de comunicación nacionales. Ya era un lugar común. En cambio, el «ojo por ojo» que había atizado los incendios de iglesias en vísperas de la ejecución despertó el instinto de unos cuantos productores. Los tumultos en el instituto echaron algo más de leña al fuego, pero la posibilidad de disturbios raciales... eso ya era demasiado bueno para ignorarlo. Solo faltaba el dramatismo de la Guardia Nacional para que, al caer la tarde, Slone fuera un hormiguero de vistosas camionetas de televisión —llegadas desde Dallas, Houston y otras ciudades—, que en la mayoría de los casos transmitían en directo para canales en abierto y de pago. Cuando corrió la voz de que un hombre que se presentaba como el verdadero asesino quería confesar ante las cámaras, la estación de trenes se convirtió instantáneamente en un imán para los medios de comunicación. Con Fred Pryor al frente de todo —o como mínimo intentando mantener el orden—, Travis Boyette se colocó en el último escalón del andén y miró a los reporteros y a las cámaras. Lo apuntaron con micrófonos, como si se tratara de bayonetas. A su derecha, Fred llegó a empujar físicamente a algún reportero.

—¡Silencio! —les gritó, antes de hacerle una señal con la cabeza a Travis—. Adelante.

Travis estaba rígido como un ciervo ante los faros de un coche, pero tragó saliva y se lanzó.

—Me llamo Travis Boyette, y maté a Nicole Yarber. Donté Drumm no tuvo nada que ver con el asesinato. Lo hice yo solo. La rapté, la violé varias veces y la estrangulé hasta matarla. Luego me desprendí de su cadáver, que no está en el Red River.

—¿Dónde está?

—En Missouri, donde lo dejé.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque no lo puedo evitar. He violado a otras mujeres, a muchas. A veces me han pillado, y otras no.

Aquello fue una sorpresa para los reporteros. La siguiente pregunta tardó unos segundos.

—¿O sea que es un violador convicto?

—Pues sí. Con cuatro o cinco condenas.

—¿Es de Slone?

—No, pero vivía aquí cuando maté a Nicole.

—¿La conocía?

Dana Schroeder llevaba dos horas inmóvil en el cuarto de la tele, pegada a la CNN en espera de nuevas noticias sobre Slone. De momento

habían emitido dos reportajes, dos flashes sobre la agitación y la Guardia Nacional, y Dana había visto hacer el ridículo al gobernador, pero la noticia iba cobrando fuerza.

—Aquí está —dijo en voz alta al ver la cara de Travis Boyette en la pantalla.

Su marido estaba en el corredor de la muerte, consolando al hombre condenado por el asesinato, y ella contemplando a quien lo había cometido de verdad.

Joey Gamble se encontraba en un bar, el primero que había visto al salir del bufete de Agnes Tanner. Estaba borracho, pero consciente de lo que ocurría. Había dos televisores colgados del techo, uno en cada punta del local. En el primero estaba sintonizado SportsCenter, y en el segundo la CNN. Al ver el reportaje sobre Slone, se acercó más al aparato y oyó hablar a Boyette sobre la muerte de Nicole.

—Hijo de puta —masculló.

El encargado lo miró, extrañado.

Luego, sin embargo, Joey se sintió a gusto consigo mismo. Al final había dicho la verdad, y ahora salía a la palestra el auténtico asesino. Donté se salvaría. Pidió otra cerveza.

El juez Elias Henry estaba sentado con su esposa en el cuarto de la tele de su casa, que no quedaba lejos del parque Civitan. Tenían las puertas cerradas con llave, y las escopetas de caza cargadas y a punto. Cada diez minutos pasaba un coche de la policía. Un helicóptero lo vigilaba todo desde arriba. El aire olía mucho a humo, procedente de los petardos del parque y de los edificios destruidos. Se oía gritar a la gente. Durante la tarde no habían hecho más que aumentar los incansables tambores, el rap a todo volumen y los cantos estridentes. El juez y la señora Henry se habían planteado pasar la noche fuera. Tenían un hijo en Tyler, a una hora de camino. Él les aconsejaba huir, aunque solo fuera un par de horas. Pero al final habían decidido quedarse, más que nada porque eso habían hecho los vecinos, y en grupo eran más fuertes. Durante una charla con el juez, el comisario le había asegurado con cierto nerviosismo que la situación estaba controlada.

Tenían encendido el televisor: otra última hora desde Slone. El juez cogió el mando a distancia y subió el volumen. Apareció el hombre a quien había visto en el vídeo hacía menos de tres horas. Travis Boyette hablaba y daba detalles, con la mirada fija en un racimo de micrófonos.

—¿Conocía a la chica? —preguntó un reportero.

—Personalmente no, pero la había seguido. Sabía quién era, una animadora. La elegí.

—¿Cómo la raptó?

—Encontré su coche, aparqué al lado y esperé a que saliera del centro comercial. Usé una pistola, y ella no discutió. Ya lo había hecho otras veces.

—¿Lo han condenado alguna vez en Texas?

—No. Pero sí en Missouri, Kansas, Oklahoma y Arkansas. Puede comprobar los registros, si quiere. Estoy diciendo la verdad, y la verdad es que el crimen lo cometí yo, no Donté Drumm.

—¿Por qué confiesa ahora y no un año antes?

—Debería haberlo hecho, pero supuse que al final los tribunales de aquí se darían cuenta de que se habían equivocado. Acababa de salir de la cárcel, en Kansas, y hace unos días vi en el periódico que se estaban preparando para ejecutar a Drumm. Me sorprendió, y aquí estoy.

—Ahora mismo, la ejecución solo puede impedirla el gobernador. ¿Qué le diría usted?

—Le diría que está a punto de matar a un inocente. Si me da veinticuatro horas, le llevaré hasta el cadáver de Nicole Yarber. Solo veinticuatro horas, señor gobernador.

El juez Henry se rascó el mentón con los nudillos.

—La noche ya era mala, pero acaba de empeorar —dijo.

Barry y Wayne estaban en el despacho del gobernador, viendo a Boyette por la CNN. El gobernador estaba en el pasillo, donde era entrevistado por quinta o sexta vez desde su valeroso enfrentamiento con los exaltados.

—Más vale que vayamos a buscarlo —dijo Wayne.

—Ya voy yo. Tú mira esto.

Cinco minutos más tarde, el gobernador volvió a ver las imágenes de Boyette.

—Es evidente que está loco —espetó al cabo de unos segundos—. ¿Dónde está el bourbon?

Llenaron los vasos, y entre sorbos de licor oyeron hablar a Boyette sobre el cadáver.

—¿Cómo mató a Nicole?

Estrangulándola con su propio cinturón, uno negro, de cuero, con la hebilla redonda y plateada, que aún le rodeaba el cuello. Boyette metió la mano por debajo de su camisa, sacó un anillo y lo puso delante de las cámaras.

—Es de Nicole. Lo tengo desde la noche en que me la llevé. Salen sus iniciales y todo.

—¿Cómo se desprendió del cadáver?

—Digamos que está enterrado.

—¿A qué distancia de aquí?

—No sé, cinco o seis horas. Repito que si el gobernador nos diera veinticuatro horas lo podríamos encontrar. Así se demostraría que digo la verdad.

—¿Quién es este tipo? —preguntó el gobernador.

—Un violador en serie con unos antecedentes que resultan interminables.

—Parece mentira que siempre consigan presentarse justo antes de la ejecución —dijo Newton—. Probablemente cobre de Flak.

Los tres se rieron, nerviosos.

Las risas de los invitados a la reunión del lago se interrumpieron cuando uno de ellos pasó junto a un televisor, dentro de la cabaña, y vio lo que ocurría. Rápidamente entraron todos, y treinta personas se aglomeraron frente a la pequeña pantalla. Nadie decía nada. Era como si no respirasen, mientras Boyette, totalmente dispuesto a responder cualquier pregunta sin rodeos, hablaba sin cesar.

—¿Conoces de algo a este tipo, Paul? —preguntó uno de los abogados jubilados.

Paul sacudió la cabeza.

—Está en el bufete de Flak, la estación de trenes.

—Otra vez Robbie con sus trucos.

Ni una sola sonrisa, mueca burlona o risa forzada. Cuando Boyette sacó el anillo de Nicole, y lo enseñó tranquilamente a las cámaras, una ola de miedo pasó por la cabaña, y Paul Koffee buscó una silla.

La noticia no llegó a todos los oídos. En la cárcel, Reeva y los suyos estaban reunidos en un pequeño despacho, donde esperaban ser llevados en furgón hasta la cámara de ejecuciones. No estaba lejos la familia de Donté, que también esperaba. Durante la hora siguiente, los dos grupos de testigos se encontrarían a muy poca distancia, aunque escrupulosamente separados. A las seis menos veinte se hizo subir a los familiares de la víctima a un furgón blanco de la cárcel, sin identificar, que los llevó al pabellón de ejecuciones en un trayecto que duraba menos de diez minutos. Una vez allí, cruzando una puerta sin rótulo, accedieron a una salita cuadrada, de unos cuatro metros por cuatro. No había sillas,

ni bancos. Tampoco había nada en las paredes. Tenían delante una cortina cerrada. Les habían dicho que la cámara de ejecuciones propiamente dicha estaba al otro lado. A las seis menos cuarto, la familia Drumm hizo el mismo recorrido y entró en su sala de testigos por otra puerta. Las dos salas de testigos eran contiguas. Una tos persistente se podía oír al otro lado.

Esperaron.

Capítulo 26

A las seis menos veinte, el Tribunal Supremo de Estados Unidos desestimó, por cinco votos contra cuatro, la alegación de demencia de Donté. Diez minutos más tarde, por otros cinco votos contra cuatro, denegó la providencia de remisión de la petición Boyette. Robbie respondió al teléfono fuera de la celda de detención. Apagó el móvil y se aproximó al director de la cárcel.

—Ya está. No hay más apelaciones —susurró.

Jeter asintió, muy serio.

—Tiene dos minutos —dijo.

—Gracias.

Robbie entró otra vez en la celda de detención y dio la noticia a Donté. Ya no había nada más que hacer. La lucha se había acabado. Donté cerró los ojos y respiró profundamente, tratando de asimilar la realidad. Hasta ese momento siempre había existido una esperanza, por lejana, remota e improbable que fuera.

A continuación tragó saliva, logró sonreír y se acercó un poco más a Robbie. Tenían las rodillas en contacto, y las cabezas a pocos centímetros.

—Oye, Robbie, ¿tú crees que pillarán alguna vez al que mató a Nicole?

Robbie volvió a tener ganas de hablarle de Boyette, pero la conclusión de aquella historia aún quedaba muy lejos. La verdad distaba mucho de estar clara.

—No lo sé, Donté. No puedo predecirlo. ¿Por qué?

—Voy a decirte lo que tienes que hacer, Robbie. Si no lo encuentran nunca, la gente siempre pensará que lo hice yo, pero si lo encuentran, tienes que prometerme que limpiarás mi nombre. ¿Me lo prometes, Robbie? Me da igual lo que tardes, pero tienes que limpiar mi nombre.

—Lo haré, Donté.

—Tengo la visión de que algún día mi madre y mis hermanos estarán al lado de mi tumba, celebrando que soy inocente. ¿A que será genial, Robbie?

—Yo también estaré allí, Donté.

—Montad una gran fiesta en el propio cementerio. Invitad a todos mis amigos, armadla bien gorda y que se entere todo el mundo de que Donté es inocente. ¿Lo harás, Robbie?

—Te doy mi palabra.

—Será genial.

Robbie cogió lentamente las dos manos de Donté y se las apretó.

—Tengo que irme, grandullón. No sé qué decir, salvo que para mí ha sido un honor ser tu abogado. Te he creído desde el primer día, y hoy te creo todavía más. Siempre he sabido que eras inocente, y odio a los hijos de puta que hacen que ocurra todo esto. Seguiré luchando, Donté. Te lo prometo.

Sus frentes se tocaron.

—Gracias por todo, Robbie —dijo Donté—. No te preocupes.

—Nunca te olvidaré.

—Cuida de mi madre, ¿de acuerdo, Robbie?

—Ya sabes que lo haré.

Se levantaron y se dieron un abrazo, largo, doloroso, al que ninguno de los dos quería poner fin. Ben Jeter esperaba al lado de la puerta. Al final, Robbie salió de la celda de detención y fue a la otra punta del corto pasillo, donde Keith, sentado en una silla plegable, rezaba con fervor. Robbie se sentó a su lado y empezó a llorar.

Ben Jeter preguntó por última vez a Donté si quería ver al capellán. No, no quería. El pasillo empezó a llenarse de vigilantes de uniforme, mozos altos y sanos, de cara seria y brazos gruesos: habían llegado los refuerzos, por si el recluso se negaba a ir pacíficamente a la cámara de ejecuciones. En unos instantes de ajetreo, todo quedó lleno de gente.

Jeter se acercó a Robbie.

—Vámonos —dijo.

Robbie se levantó despacio, dio un paso y se paró a mirar a Keith.

—Vamos, Keith —dijo.

Keith miró hacia arriba inexpresivamente, sin saber muy bien dónde estaba, con la seguridad de que pronto se acabaría su pequeña pesadilla y se despertaría en la cama, con Dana.

—¿Qué?

Robbie lo cogió del brazo y le dio un tirón.

—Vamos, es la hora de asistir a la ejecución.

—Pero...

—El director ha dado su permiso. —Otro tirón—. Al ser el consejero espiritual del condenado, cumples los requisitos para ser testigo.

—Creo que no, Robbie. Oye, no, prefiero esperar...

La discusión divirtió a varios de los vigilantes. Keith era consciente de sus sonrisitas, pero no le importaron.

—Vamos —dijo Robbie, arrastrando al clérigo—. Hazlo por Donté. Qué coño, hazlo por mí. Tú vives en Kansas, uno de los estados que aún tiene la pena de muerte. Ven a ver un poco de democracia en acción.

Keith se movía, y todo era borroso. Dejando atrás a las filas de vigilantes, y la celda de detención donde Donté miraba el suelo mientras volvían a esposarlo, llegaron a una puerta estrecha y sin letrero en la que Keith no se había fijado antes. Se abrió, y se cerró a su paso. Estaban en una habitación pequeña y cuadrada, con una iluminación tenue. Finalmente Robbie lo soltó y se acercó a la familia Drumm para repartir abrazos.

—Se acabaron las apelaciones —comunicó en voz baja—. Ya no hay nada que hacer.

Fueron los diez minutos más largos de la extensa carrera de Gilí Newton como funcionario. Desde las seis menos diez hasta las seis, vaciló como nunca. Por un lado —literalmente uno de los de su despacho—, Wayne insistía cada vez más en los treinta días de aplazamiento, alegando que la ejecución se podía posponer solo esos días mientras se asentaba la polvareda y se investigaban las afirmaciones del payaso de Boyette. Si decía la verdad, y se lograba hallar el cadáver, el gobernador sería un héroe; si resultaba ser un fiasco, como sospechaban ellos, Drumm viviría treinta días más antes de recibir la inyección letal. Políticamente, no habría daños a largo plazo. El único perjuicio se produciría si ignoraban a Boyette, ejecutaban a Drumm y aparecía el cadáver justo donde los llevase Boyette, cosa que sería fatal, y no solo para Drumm.

El clima era tan tenso que no se acordaban del bourbon.

Del otro lado, Barry alegaba que una marcha atrás, del tipo que fuera, solo sería una demostración de debilidad, sobre todo a la luz de la actuación del gobernador hacía menos de tres horas, ante los manifestantes. Las ejecuciones atraen a todo tipo de personas que buscan la atención, sobre todo si son ejecuciones de relieve. Boyette era un ejemplo perfecto. Saltaba a la vista que buscaba los focos, su cuarto de hora de escenario, y por ello permitir que desbaratase una ejecución con todas las de la ley era un error desde el punto de vista jurídico y aún más desde el político. Drumm había confesado ser el asesino, repetía Barry una y otra vez. No dejemos que empañe la verdad un pervertido en serie. ¡Había sido un juicio justo! ¡Las apelaciones, todas las apelaciones, habían confirmado la sentencia!

Wayne replicó que había que jugar sobre seguro. Solo treinta días. Quizá averiguasen algo nuevo sobre el caso.

Barry le rebatió diciendo que ya habían pasado nueve años, tiempo más que suficiente.

—¿Hay algún periodista fuera? —preguntó Newton.

—Sí, claro —dijo Barry—. Llevan todo el día rondando.

—Que hagan cola.

El último paseo fue corto: unos diez metros desde la celda de detención hasta la cámara de ejecuciones, por un camino bordeado todo él de vigilantes, algunos de los cuales miraban con el rabillo del ojo para ver la cara del muerto, mientras otros no apartaban la vista del suelo, como centinelas de un paso solitario. De un condenado se podían esperar tres caras: la más habitual era el ceño muy fruncido y los ojos muy abiertos, con una expresión de miedo e incredulidad; la segunda más frecuente era de rendición pasiva, con los ojos entreabiertos, como si las sustancias químicas ya estuvieran haciendo su efecto; la tercera, la menos habitual, era una expresión de rabia, la de alguien que, si tuviera un arma, se cargaría a todos los vigilantes a su alcance. Donté Drumm no se resistió, cosa que raramente ocurre. Con dos vigilantes sujetándolo por los codos, caminó con expresión serena, mirando al suelo. Ni estaba dispuesto a dejar que sus carceleros vieran el miedo que sentía, ni quería reconocer en modo alguno su presencia.

Para una sala tan famosa, la cámara de ejecuciones de Texas destaca por lo pequeña que es: una caja casi cuadrada de unos cuatro metros de anchura y de profundidad, con el techo bajo y una camilla metálica permanente en el centro, adornada para cada ocasión con sábanas blancas limpias. La camilla ocupa toda la sala.

La falta de espacio dejó atónito a Donté. En cuanto se sentó al borde de la camilla, acudieron raudos cuatro vigilantes que le giraron las piernas, se las extendieron y sujetaron metódicamente su cuerpo con cinco gruesas correas de cuero: una en el pecho, otra en el abdomen, otra en la entrepierna, otra en los muslos y otra en las pantorrillas. Los brazos se los colocaron sobre unas extensiones, en un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto al cuerpo, y se los fijaron con más correas de cuero. Mientras lo preparaban, Donté cerró los ojos y escuchó y percibió el urgente trajín que le envolvía. Se oían gruñidos, y alguna palabra, pero eran hombres que conocían su trabajo. Era la última etapa de la cadena de montaje del sistema, cuyos operarios tenían experiencia.

Después de tensar todas las correas, los vigilantes se retiraron, y se acercó un técnico sanitario que olía a antiséptico.

—Voy a buscar la vena, primero en el brazo izquierdo y luego en el derecho —dijo—. ¿Lo ha entendido?

—No faltaría más —replicó Donté, abriendo los ojos.

El técnico le estaba haciendo fricciones de alcohol en el brazo. ¿Para impedir una infección? Qué atento. Tenía detrás una ventana oscura, y debajo una abertura por la que salían hacia la camilla dos tubos de mal agüero. A la derecha de Donté, lo observaba todo atentamente el director, viva imagen de la autoridad. Detrás del director había dos ventanas idénticas (las salas de testigos), cerradas con cortinas. De haber querido, y si no lo hubieran impedido las malditas correas, Donté podría haber alargado el brazo hasta tocar la más cercana de las dos.

Los tubos ya estaban en su sitio, uno en cada brazo, aunque solo utilizarían uno. El segundo era de refuerzo, por si acaso.

A las 17.59, el gobernador Gilí Newton se apresuró a colocarse ante las tres cámaras situadas fuera de su despacho, y dijo sin notas:

—Me reafirmo en mi negativa a un aplazamiento. Donté Drumm confesó este crimen atroz, y debe pagar el precio. Hace ocho años tuvo un juicio justo por un jurado popular; su caso lo han revisado cinco tribunales distintos y decenas de jueces, y todos han confirmado la sentencia. Sus protestas de inocencia no tienen credibilidad, como no la tiene esta intentona sensacionalista de última hora con la que sus abogados pretenden sacarse de la manga a un nuevo asesino. El sistema judicial de Texas no puede ser secuestrado por un criminal ávido de atención y por un abogado que, en su desesperación, estaría dispuesto a decir cualquier cosa. Que Dios bendiga a Texas.

Volvió a su despacho, sin prestarse a ningún turno de preguntas.

Bruscamente se abrieron las cortinas, y Roberta Drumm estuvo a punto de desmayarse al ver a su hijo pequeño fuertemente atado a la camilla, con tubos en los brazos. Se tapó la boca con las manos, sofocando un grito, y si no la hubieran sostenido Cedric y Marvin se habría caído al suelo. Nadie pudo sustraerse al impacto. Se juntaron aún más. Robbie se sumó a la piña, como muestra de apoyo.

Keith estaba demasiado impresionado para moverse. Se quedó a un par de metros. Tenía detrás a unos cuantos desconocidos, testigos que en algún momento habían entrado y que se acercaban poco a poco para ver mejor. Era jueves, el segundo de noviembre. En esos momentos, en la sacristía de la iglesia luterana de St. Mark, la clase bíblica para mujeres proseguía su estudio del Evangelio según San Lucas y, una vez finalizado, cenarían pasta en la cocina. Keith, Dana y los niños siempre estaban invitados a la cena, y solían ir. Keith echaba muchísimo de menos a su iglesia y a su familia. No supo muy bien por qué pensaba en ello al contemplar la oscurísima cabeza de Donté Drumm, en marcado contraste con la camisa blanca y las sábanas inmaculadas. Las correas de cuero eran de color marrón claro. Roberta sollozaba ruidosamente; Robbie murmuraba, y los testigos desconocidos de detrás de Keith se

apretujaban para ver mejor. Tuvo ganas de gritar. Estaba cansado de rezar; de todos modos, sus oraciones no servían para nada.

Se preguntó si habría sentido otra cosa en caso de que Donté fuera culpable, pero lo dudó. Seguro que la culpabilidad habría mermado en algo su compasión por el joven, pero a medida que los preliminares iban avanzando le impresionaron la frialdad, la eficacia despiadada y la pulcritud aséptica de todo el proceso. Se parecía al sacrificio de un perro viejo, de un caballo cojo o de una rata de laboratorio. ¿Quién nos da derecho a matar, exactamente? Si está mal matar, ¿por qué lo tenemos permitido? Al mirar fijamente a Donté, Keith supo que jamás se le borraría aquella imagen. Y supo que él nunca sería el mismo.

También Robbie miraba a Donté (en el lado derecho de su cara), pensando en todo lo que habría cambiado. En cualquier juicio, el abogado toma una serie de decisiones inmediatas, y él las había revivido todas. Habría contratado a otro testigo pericial, habría llamado a testificar a otras personas, habría moderado su actitud hacia el juez y habría sido más amable con el jurado. Siempre se lo reprocharía, aunque no lo hiciese nadie más. No había podido salvar a un inocente. Era un peso demasiado grande. También estaba a punto de dejar atrás toda una etapa de su vida. Dudó que algún día pudiera ser el mismo.

En la estancia contigua, Reeva lloraba al ver tendido boca arriba al asesino de su hija, desvalido, desahuciado, esperando respirar por última vez e irse al infierno. Su muerte —rápida y más bien agradable— no era nada en comparación con la de Nicole. Reeva quería más sufrimiento, más dolor del que estaba a punto de presenciar. Wallis le prestaba el apoyo de un brazo en el hombro. Los dos hijos de Reeva la sostenían. Quien no estaba presente era el padre biológico de Nicole, algo que ella jamás le perdonaría.

Donté se giró mucho a la derecha, hasta que vio enfocarse la imagen de su madre. Entonces sonrió y levantó los pulgares, antes de volver a acostarse y cerrar los ojos.

A las 18.01, el director de la cárcel se acercó a una mesa y cogió un teléfono que tenía línea directa con la fiscalía general de Austin. Le informaron que todos los recursos de apelación habían sido desestimados, y que no había motivos para detener la ejecución. Jeter colgó el auricular y descolgó otro, idéntico al primero. Tenía línea directa con la oficina del gobernador. El mensaje fue el mismo: luz verde en todos los aspectos. A las 18.06 se acercó a la camilla.

—Señor Drumm —dijo—, ¿desea hacer alguna declaración?

—Sí —respondió Donté.

El director levantó una mano hacia el techo, cogió un pequeño micrófono y lo colocó a treinta centímetros del rostro de Donté.

—Adelante —dijo.

Había cables que lo conectaban a un pequeño altavoz en cada sala de testigos.

Donté carraspeó y se quedó mirando el micrófono.

—Quiero a mi madre y a mi padre —dijo—, y me entristece mucho que mi padre muriese sin haber podido despedirnos. El estado de Texas no me permitió asistir a su entierro. Cedric, Marvin, Andrea: os quiero. Ya nos encontraremos. Siento haberos hecho pasar por todo esto, pero no ha sido culpa mía. Robbie: te quiero, chico. Eres el mejor. A la familia de Nicole Yarber: siento muchísimo lo que le pasó. Era una chica encantadora, y espero que encuentren algún día al que la mató. Supongo que entonces tendréis que volver y hacer otra vez lo mismo.

Cerró los ojos para hacer una pausa.

—¡Soy inocente! —gritó—. ¡El estado de Texas me ha perseguido nueve años por un crimen que no cometí! Nunca toqué a Nicole Yarber, ni sé quién la mató. —Respiró, abrió los ojos y prosiguió—: Al detective Drew Kerber, a Paul Koffee, a la jueza Grale, a todos los fanáticos del jurado, a los cegatos de los tribunales de apelaciones y al gobernador Newton: se acerca el día del Juicio. Cuando encuentren al auténtico asesino, os perseguiré desde la tumba.

Se volvió y miró a su madre.

—Adiós, mamá. Te quiero.

Tras unos segundos de silencio, Ben Jeter empujó el micrófono hacia el techo, dio un paso atrás y le hizo una señal con la cabeza al farmacéutico sin rostro que estaba escondido detrás de la ventana negra de la izquierda de la camilla. Dio comienzo la inyección letal: tres dosis distintas, administradas en rápida sucesión. Cada una de ellas ya era mortal por sí misma. La primera era de tiopental sódico, un sedante muy potente. Donté cerró los ojos, para no volver a abrirlos. Dos minutos después, una dosis de bromuro de pancuronio, un relajante muscular, detuvo su respiración. La tercera inyección era de cloruro de potasio, y le paró el corazón.

Con tantas correas de cuero era difícil ver cuándo se detenía la respiración de Donté, pero en todo caso se detuvo. A las 18.19 apareció el técnico sanitario y examinó el cadáver con un estetoscopio. Hizo una señal con la cabeza al director, que a las 18.21 anunció que Donté Drumm estaba muerto.

Capítulo 27

Se cerraron las cortinas. La cámara de ejecuciones desapareció.

Reeva abrazó a Wallis, y Wallis a Reeva, y ambos a sus hijos. Se abrió la puerta de su sala de testigos, y un funcionario de prisiones les hizo cruzarla a toda prisa. Dos minutos después de que se anunciara la muerte, Reeva y su familia estaban otra vez en el furgón, que se los llevó con una eficacia sorprendente. Después de que se fueran, la familia Drumm fue acompañada por otra puerta, pero siguiendo la misma ruta.

Robbie y Keith se quedaron a solas durante unos segundos en la sala de testigos. Robbie tenía los ojos empañados y la cara pálida. Estaba completamente vencido, exhausto, pero al mismo tiempo buscaba a alguien a quien enfrentarse.

—¿Te alegras de haberlo visto? —preguntó.

—No.

—Yo tampoco.

En la estación de trenes, la noticia de la muerte de Donté fue recibida en silencio. Estaban demasiado estupefactos para hablar. En la sala de reuniones contemplaban el televisor y oían las palabras, pero seguían sin dar crédito a que el milagro se les hubiera escapado de las manos. Tres horas antes, solo tres, estaban trabajando como locos en las peticiones Boyette y Gamble, dos regalos de última hora caídos del cielo, que tan prometedores parecían; pero el Tribunal Penal de Apelación de Texas había desestimado la de Boyette, y a la de Gamble le había dado literalmente con la puerta en las narices.

Ahora Donté estaba muerto.

Sammie Thomas lloraba silenciosamente en un rincón. Carlos y Bonnie miraban fijamente la pantalla, como si la noticia pudiera tener un final feliz. Travis Boyette se frotaba la cabeza, encorvado, mientras Fred Pryor lo observaba. Estaban preocupados por Robbie.

De repente, Boyette se levantó.

—No entiendo nada —dijo—. ¿Qué ha pasado? No me han escuchado. Lo que explico es la verdad.

—Has llegado tarde, Boyette —replicó Carlos.

—Con nueve años de retraso —dijo Sammie—. Te pasas nueve años rascándote la barriga, encantado de que otro cumpla condena por ti, y de repente, cuando faltan cinco horas, te presentas y esperas que te escuche todo el mundo.

Carlos se acercó a Boyette, señalándolo con el dedo.

—Solo necesitábamos veinticuatro horas, Boyette. Si hubieras llegado ayer, podríamos haber buscado el cadáver; y encontrando el cadáver no habría habido ejecución. No la habría habido porque se habían equivocado de culpable. Y se habían equivocado de culpable porque son idiotas, pero también porque tú eres demasiado cobarde para dar la cara. Donté está muerto por tu culpa, Boyette.

Boyette se puso muy rojo. Quiso coger su bastón, pero Fred Pryor, más rápido, le cogió la mano y miró a Carlos.

—Tranquilos. Que se calme todo el mundo.

Sammie echó un vistazo a su móvil, que estaba sonando.

—Es Robbie —dijo.

Carlos se dio la vuelta. Boyette se sentó, con Pryor al lado. Tras escuchar unos minutos, Sammie dejó el teléfono y se secó una lágrima.

—Para variar, los medios no se han equivocado —dijo—. Está muerto. Dice que ha sido fuerte hasta el final, que ha proclamado su inocencia y que ha estado muy convincente. Ahora Robbie está saliendo de la cárcel. Cogerán un avión de vuelta y estarán aquí hacia las ocho. Le gustaría que lo esperásemos.

Hizo una pausa, y se secó otra vez las lágrimas.

Justo después de que la Guardia Nacional se desplegase por las inmediaciones de los parques Civitan (en la parte blanca) y Washington (en la negra), llegó la noticia de que habían ejecutado a Donté. En el parque Civitan, la multitud no había dejado de crecer durante toda la tarde, ocupando cada vez más espacio, y después fue avanzando y comenzó a empujar a la Guardia Nacional. Los soldados fueron objeto de provocaciones, palabrotas e insultos, y llegó a caer alguna piedra, pero la violencia latente no llegó a estallar. Oscurecía, y casi nadie dudaba de que la situación se deterioraría por la noche. En el parque Washington, la multitud era de edad más avanzada, y se componía esencialmente de vecinos. Los más jóvenes y belicosos cruzaron la ciudad dirigiéndose hacia allí donde había más posibilidades de disturbios.

Las casas se cerraron a cal y canto, y empezaron los turnos de vigilancia en los porches, con las armas a punto. Los centinelas redoblaron sus patrullas en todas las iglesias de Slone.

A unos quince kilómetros al sur, en la cabaña, reinaba un ambiente mucho más festivo. Juntos frente al televisor, con nuevas copas en la

mano, todos acogieron la confirmación de la muerte con sonrisas de suficiencia. Paul Koffee brindó por Drew Kerber, y Drew Kerber por Paul Koffee. Los vasos entrechocaban. El titubeo desazonador que habían sentido con lo de Boyette quedó rápidamente en el olvido. Por lo menos de momento.

Al final se había impuesto la justicia.

Jeter acompañó a Robbie y Keith hasta la entrada de la cárcel, les dio la mano y se despidió. Robbie le dio las gracias por haber sido tan atento. Keith no sabía muy bien si darle las gracias o insultarle —su autorización de último minuto de Keith como testigo había desembocado en una experiencia horrible—, aunque, fiel a su manera de ser, acabó manteniendo los modales. Al cruzar la puerta principal vieron de dónde procedía el ruido. A tres manzanas a la derecha, más allá de un muro de policías locales y del estado, había una aglomeración de estudiantes que gritaban, agitando pancartas en medio de una calle acordonada. Detrás había una retención de tráfico. Una oleada de coches había intentado llegar a la cárcel, y al ver que no se podía pasar, los conductores se habían limitado a salir y unirse a la multitud. La operación Desvío había planeado taponar la cárcel a base de gente y de vehículos, y se estaba cumpliendo su objetivo. No se había alcanzado la meta de impedir la ejecución, pero al menos se había movilizado a los defensores de Donté, que se hacían oír.

Aaron Rey, que esperaba en la acera, llamó por señas a Keith y Robbie.

—Hemos encontrado una vía de escape —dijo—. Esto está a punto de explotar.

Corrieron al monovolumen, que se puso en marcha. El conductor empezó a cruzar una callejuela tras otra, esquivando coches aparcados y a estudiantes furiosos. Martha Handler escrutaba el rostro de Robbie, que no la miró en ningún momento.

—¿Podemos hablar? —preguntó ella.

Robbie sacudió la cabeza. Keith también. Los dos cerraron los ojos.

El contrato lo tenía una funeraria de Huntsville. Dentro de la Unidad de las Paredes, donde no podía verlo nadie, estaba uno de sus coches fúnebres, que cuando ya no quedaron testigos ni autoridades en el pabellón de ejecuciones cruzó la misma puerta por donde habían entrado y salido los furgones. Sacaron una camilla plegable, la extendieron y la llevaron rodando al interior de la cámara de ejecuciones, donde fue arrimada a la camilla en la que yacía inmóvil Donté, ya sin correas. Le habían quitado los tubos, que volvían a estar enrollados en la habitación oscura donde el farmacéutico, tan invisible como antes, cumplimentaba los formularios. Al contar hasta tres, cuatro vigilantes levantaron suavemente el cadáver y lo depositaron en la camilla plegable, donde volvió a quedar sujeto con correas, aunque algo más sueltas que la vez

anterior. Le echaron encima una manta, propiedad de la funeraria, y cuando todo estuvo en su sitio empujaron la camilla hacia el coche fúnebre. Veinte minutos después de que se certificara la defunción, el cadáver salió de la Unidad de las Paredes por un recorrido distinto, a fin de esquivar a los manifestantes y a las cámaras.

Al llegar a la funeraria, el cadáver fue llevado a una sala de preparación. Allí lo esperaban Hubert Lamb y su hijo Alvin, dueños de la funeraria Lamb & Hijo de Slone, Texas, que al llegar a esta última localidad procederían a embalsamarlo en la misma mesa donde cinco años antes habían preparado a Riley Drumm. La diferencia era que Riley, en el momento de su defunción, era un hombre mayor, de cincuenta y cinco años, con el cuerpo encogido y deteriorado, y su muerte entraba dentro de lo previsto. Se podía explicar. La de su hijo no.

Como hombres que trataban con la muerte, y que manipulaban cadáveres constantemente, los Lamb creían haberlo visto todo, pero los impactó ver a Donté plácidamente tumbado en la camilla, con cara de satisfacción y el cuerpo intacto de un joven de veintisiete años. Lo conocían desde pequeño. Lo habían jaleado en el campo de fútbol, y le vaticinaban una larga y gloriosa trayectoria, como todo Slone. Después de su detención, habían participado en los susurros y las habladurías del resto de la ciudad. Su confesión los había dejado atónitos, y su retractación los había convencido enseguida. En aquel lado de la ciudad nadie se fiaba de la policía de Slone, y menos del detective Kerber. Al chico le habían tendido una trampa; lo habían hecho confesar a golpes, como en los viejos tiempos. Los Lamb habían asistido contrariados a su juicio y condena por un jurado blanco, y cuando ya estaba en la cárcel conservaban cierta esperanza —compartida con el resto de la ciudad— de que apareciese el cadáver de la joven, o la propia joven.

Con ayuda de dos empleados, levantaron a Donté de la camilla y lo depositaron suavemente en un bonito ataúd de roble, elegido el lunes por su madre. Roberta había dejado un poco de dinero a cuenta —tenía un seguro de entierro—, que los Lamb tenían pensado devolverle si al final no hacía falta el ataúd. Ellos se habrían alegrado de no tener que usarlo. Habían rezado por no estar donde estaban en aquel momento, por no recoger el cadáver, llevarlo a Slone y prepararlo para un velatorio, servicio fúnebre y entierro de lo más doloroso.

Los cuatro hombres cargaron con dificultad el ataúd en el coche fúnebre de Lamb & Hijo, y a las 19.02 Donté salió de Huntsville rumbo a su ciudad natal.

El plato de *Fordyce - ¡A por todas!* ocupaba la pequeña «sala de baile» de un motel barato perteneciente a una cadena, justo en el límite de Huntsville. Mientras preparaban para las cámaras a Reeva y Wallis, sentados en sillas de director, Sean Fordyce se paseaba de un lado a otro con la exaltación que lo caracterizaba. Acababa de llegar en avión de una

ejecución en Florida, y aunque estuviera en Huntsville de milagro, se alegraba mucho, porque el caso de Nicole Yarber se había convertido en uno de los mejores de su vida. Durante la charla previa, mientras los técnicos trabajaban como posesos en el sonido, la iluminación, el maquillaje y el guión, Fordyce se dio cuenta de que Reeva aún no estaba al corriente de la aparición de Travis Boyette. La noticia la había pillado dentro de la cárcel, mientras se preparaba para el gran momento. Siguiendo su intuición, decidió no contárselo. Se lo reservaría para otro momento.

La entrevista posterior a la ejecución era la parte más dramática del programa. Si los abordabas a los pocos minutos de haber visto morir al cabrón, eran capaces de decir cualquier cosa. Fordyce gritó a un técnico, insultó a un cámara y bramó que estaba listo para empezar. Un último toque de polvos en la frente, y un cambio instantáneo de actitud al mirar a la cámara, sonreír y convertirse en un hombre de lo más compasivo. Con la cinta en marcha, explicó dónde estaba, dio la fecha y hora, subrayó la gravedad del momento y se acercó a Reeva.

—Ya se ha acabado, Reeva —dijo—. Cuéntanos qué has visto.

Reeva, con un kleenex en cada mano —desde la comida había gastado una caja entera—, se secó los ojos.

—Le he visto a él —dijo—. Por primera vez en ocho años he visto al hombre que mató a mi hija. Le he mirado a los ojos, pero él a mí no.

Hablaba con fuerza, sin venirse abajo, al menos de momento.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que lo sentía, lo cual se agradece.

Fordyce se acercó un poco más, frunciendo el ceño.

—¿Ha dicho que sentía haber matado a Nicole?

—Algo así—dijo ella.

Wallis, sin embargo, sacudió la cabeza y lanzó una mirada a su mujer.

—¿No está de acuerdo, señor Pike?

—Ha dicho que sentía lo ocurrido, no que se arrepintiera de algo —rezongó Wallis.

—¿Estás seguro? —le espetó Reeva a su marido.

—Estoy seguro.

—Pues eso no es lo que he oído yo.

—Cuéntenos cómo ha sido la ejecución y la muerte —le rogó Fordyce.

Reeva, que aún estaba enfadada con Wallis, sacudió la cabeza y se sonó con un kleenex.

—Demasiado fácil. Se ha dormido y ya está. Cuando han abierto las cortinas, ya estaba encima de la camilla, con todas las correas, y se le

veía muy tranquilo. Ha hecho su última declaración y ha cerrado los ojos. Nosotros no hemos visto nada de nada, ninguna señal de que le hubieran administrado los fármacos ni nada. Se ha dormido y ya está.

—¿Y usted pensaba en Nicole, y en lo horrible que debió de ser su muerte?

—¡Sí, exacto! Ay, Dios mío... Mi pobre niña... Sufrió tanto... Un horror...

La voz de Reeva se quebró. La cámara hizo un zoom aún más pronunciado.

—¿Ha tenido ganas de que él sufriera? —preguntó Fordyce, pinchándola, azuzándola.

Reeva asintió enérgicamente, con los ojos cerrados.

—¿Qué ha cambiado, señor Pike? —preguntó Fordyce a Wallis—. ¿Qué significa esto para su familia?

Wallis reflexionó unos instantes.

—Significa mucho saber que está muerto —se lanzó Reeva mientras él reflexionaba—, y que lo han castigado. Yo creo que esta noche dormiré mejor.

—¿Ha dicho que se consideraba inocente?

—Sí, sí—contestó Reeva, que por un momento dejó de llorar—. El mismo rollo que oímos desde hace años. «¡Soy inocente!» Pues ahora está muerto. Es lo único que puedo decir.

—¿Se le ha ocurrido alguna vez que pudiera ser inocente, que a Nicole pudiera haberla matado otra persona?

—No, ni un segundo. El monstruo confesó.

Fordyce se apartó un poco.

—¿Le suena de algo el nombre de Travis Boyette?

Cara de perplejidad.

—¿Quién?

—Travis Boyette. Esta tarde, a las cinco y media, ha salido por la tele de Slone diciendo que él es el asesino.

—Tonterías.

—Aquí está la grabación —dijo Fordyce, señalando una pantalla de veinte pulgadas situada a su derecha.

Apareció inmediatamente el vídeo de Travis Boyette. El volumen estaba alto, y en el resto del plato reinaba el más absoluto silencio. Mientras Boyette hablaba, Reeva lo miraba atentamente, ceñuda, casi burlona. Sacudió la cabeza. Un idiota, un falsario. Ella sabía quién era el asesino. Sin embargo, en el momento en que Boyette sacó el anillo de

graduación y lo enseñó ante las cámaras, diciendo que lo tenía desde hacía nueve años, Reeva palideció y se quedó boquiabierta, con los hombros caídos.

Aunque Sean Fordyce fuera un defensor acalorado de la pena de muerte, coincidía con la mayoría de sus colegas del amarillismo televisivo en no dejar nunca que la ideología fuera en detrimento de una historia sensacionalista. La posibilidad de que acabaran de ejecutar a un inocente supondría un duro golpe contra la pena de muerte, de ello no cabía duda, pero a Fordyce le daba completamente igual. Él tenía en sus manos la noticia más candente del momento —número dos en la página inicial de la CNN—, y pensaba exprimirla al máximo.

Por otro lado, no veía ningún inconveniente en tender una trampa a su propia invitada; no era la primera vez, ni —en aras del dramatismo— sería la última.

Boyette desapareció de la pantalla.

—¿Ha visto el anillo, Reeva? —tronó Fordyce.

Parecía que Reeva acabara de ver un fantasma. Luego se rehízo, y se acordó de que lo estaban filmando todo.

—Sí —logró decir.

—¿Y es el de Nicole?

—Bueno, vaya usted a saber. ¿Quién es ese tipo? ¿De dónde sale?

—Un violador en serie con una lista de antecedentes interminable. Eso es lo que es.

—Pues vaya. ¿Quién lo va a creer?

—¿O sea que usted no lo cree, Reeva?

—Claro que no. —Sin embargo, ya no le quedaban lágrimas ni fuerza. Se la veía confusa, desorientada y muy cansada. Cuando Fordyce se disponía a hacerle otra pregunta, ella le dijo—: Sean, ha sido un día muy largo. Nos vamos a casa.

—Claro, Reeva, no faltaba más. Solo una pregunta: ahora que ha visto una ejecución, ¿cree que deberían televisarlas?

Reeva se arrancó el micro de la chaqueta y se levantó de un salto.

—Vamos, Wallis. Estoy cansada.

Se había acabado la entrevista. Reeva, Wallis y sus dos hijos salieron del motel, seguidos por el hermano Ronnie. Se apretujaron en la furgoneta de la iglesia y se fueron a Slone.

En el aeropuerto, Keith llamó a Dana para ponerla al día de su viajecito. Ahora estaba en caída libre, sin la menor idea de adónde iba, ni un recuerdo claro de dónde había estado. Cuando explicó a Dana

suavemente que acababa de asistir a la ejecución, ella se quedó sin palabras. Tampoco Keith las tenía. Dana le preguntó si estaba bien. Él contestó que no, en absoluto.

El King Air despegó a las siete y cinco, y no tardó en meterse entre nubarrones. Daba tantos bandazos como un camión viejo en una carretera llena de baches. «Turbulencias moderadas», había anunciado el piloto en el momento de embarcar. Entre el ruido de los motores, la sensación de vaivén y el caos visual y mental de las dos últimas horas, a Keith no le costó mucho cerrar los ojos y refugiarse en su burbuja.

También Robbie se encerró en sí mismo. Inclinado hacia delante, con los codos en las rodillas, la mano en la barbilla y los ojos cerrados, se abstrajo en recuerdos dolorosos. Martha Handler quería hablar, tomar notas y captar al máximo la densidad del momento, pero no había nadie a quien entrevistar. Aaron Rey miraba nerviosamente por la ventanilla, como si esperase que se rompiera un ala.

A cinco mil pies, el vuelo se suavizó un poco, y el ruido de la cabina disminuyó. Robbie se reclinó en su asiento y sonrió a Martha.

—¿Cuáles han sido sus últimas palabras? —preguntó ella.

—Que quiere a su madre y que es inocente.

—¿Ya está?

—Es bastante. Hay una web sobre el corredor de la muerte en Texas, una web oficial donde cuelgan todas las últimas declaraciones. Mañana a mediodía estará la de Donté. Ha sido muy bonito. Ha insultado a los malos: Kerber, Koffee, la jueza Grale, el gobernador... Precioso, precioso de verdad.

—¿O sea que ha luchado hasta el final?

—Luchar no podía, pero no ha cedido ni un centímetro.

El coche era un Buick viejo, propiedad de una anciana viuda, Nadine Snyderwine, y estaba aparcado frente a su modesto hogar, en una plataforma de cemento, al pie de un roble sauce. La señora Snyderwine lo cogía a lo sumo tres veces por semana, y era consciente de que le quedaban pocos días como conductora, porque ya no tenía buena vista. Nunca había trabajado fuera de casa, ni conocía a mucha gente, ni había provocado a nadie. Eligieron su coche porque era accesible, pero sobre todo porque estaba aparcado en una calle oscura y poco transitada, en una parte muy blanca de la ciudad. El Buick no estaba cerrado con llave; de todos modos, habría dado igual. Abrieron la puerta del lado del conductor, encendieron un cóctel Molotov y lo arrojaron dentro. Después los pirómanos desaparecieron en la noche sin dejar rastro. Un vecino vio un coche incendiado, y la llamada al 911 quedó registrada a las 19.28.

Si existía alguna posibilidad de un cortocircuito en el Buick, de una combustión espontánea del vehículo, quedó descartada a las 19.36, hora de la segunda llamada al 911. Otro coche incendiado, un Volvo familiar aparcado en una calle a medio camino entre el juzgado y el parque Civitan. Cinco camiones de bomberos ululaban de punta a punta de la ciudad, por el camino que les abría la policía. Las sirenas recibieron los aplausos de la multitud reunida en el parque, que iba creciendo a medida que avanzaba la noche, pero aparte de consumo de alcohol y posesión de marihuana entre menores no se cometían delitos. De momento. Si acaso, alteración del orden público, pero, dada la tensión del momento, la policía prefería no entrar en el parque para aguar la fiesta. Los ánimos beligerantes de la multitud se alimentaban con la noticia de la muerte de Donté, con las declaraciones de Travis Boyette, con el rap airado que escupían los equipos de los coches y con algo de droga y alcohol.

La policía lo observaba todo, valorando sus opciones. Formando piña con la Guardia Nacional, urdía su estrategia. Un paso equivocado podía provocar una reacción imprevisible, más que nada porque a aquellas alturas la multitud carecía de un auténtico líder, y no sabía adónde la llevaría la noche. Aproximadamente cada media hora, algún payaso encendía una traca, y durante unas décimas de segundo los policías y la Guardia Nacional se quedaban muy quietos, intentando distinguir si eran disparos. De momento, solo tracas.

La tercera llamada quedó registrada a las 19.40, y fue la más alarmante de las tres. De hecho, cuando el comisario jefe recibió los datos, se planteó la posibilidad de salir pitando de la ciudad. Al oeste de Slone, el aparcamiento de grava del bar de Big Louie estaba tan lleno como todos los jueves por la noche, que era cuando se iniciaba extraoficialmente el fin de semana. Para que empezara la marcha, Louie proponía toda una serie de ofertas en las copas, y los chavales respondían con entusiasmo. Prácticamente todos los vehículos aparcados frente al edificio de metal barato eran camionetas, Ford y Chevrolet, al cincuenta por ciento. Los pirómanos eligieron una de cada marca, reventaron los cristales, lanzaron los cócteles y desaparecieron en la oscuridad. A un cliente que llegó tarde en camioneta le pareció ver a «un par de chicos negros» que se iban corriendo, agachados, muy sospechosos. Pero no estaba cerca, ni les vio la cara; de hecho, ni siquiera estaba seguro de que fueran negros.

Al salir en estampida, y ver brotar llamas de las dos furgonetas, todos corrieron en busca de las suyas, y como huían del fuego como locos, cada uno por su cuenta, se organizó un lío enorme, poco menos que un concurso destinado a destrozar coches. Muchos de ellos, que obviamente ya no tenían sed, sino unas ganas enormes de llegar a casa, cerrar las puertas con llave y cargar las armas de fuego, se marcharon. Cada camioneta de las del bar de Big Louie tenía como mínimo una pistola debajo del asiento o en la guantera, y en muchos casos escopetas de caza en la parrilla de la luna trasera.

No era ese el mejor grupo al que buscar las pulgas. Si le quemas a alguien la camioneta, tendrá ganas de guerra.

Capítulo 28

A las ocho ya no quedaban patas de pollo, se había consumido demasiado alcohol y la mayoría de los invitados de Koffee estaban impacientes por volver a la ciudad y enterarse de la gravedad de la situación. Los equipos de televisión iban de un lado para otro, tratando de seguir el ritmo a los pirómanos, y fueron los incendios los que, en definitiva, pusieron fin a la celebración que tenía lugar en el lago. Drew Kerber se quedó, matando el tiempo en espera de que se fuera todo el mundo.

—Tenemos que hablar —le dijo a Paul Koffee, abriendo otra cerveza.

Se acercaron al borde del estrecho embarcadero, lo más lejos posible de la cabaña, aunque no quedara nadie. También Koffee tenía una botella de cerveza. Apoyados en la baranda, miraron el agua a sus pies.

Kerber escupió y bebió un traguito de cerveza.

—¿A ti te preocupa ese tal Boyette? —preguntó.

Koffee se mostró sorprendido, o al menos lo intentó.

—No, pero es evidente que a ti sí.

Otro trago largo y lento de cerveza.

—De niño, yo vivía en Dentón —dijo Kerber—, y en el barrio había unos cuantos Boyette. Tenía un amigo que se llamaba Ted Boyette. Acabamos juntos el instituto. Luego entró en el ejército y desapareció. Oí que se había metido en líos, pero cambié de casa, acabé aquí y ya no me acordé más de él. Bueno, ya sabes lo que pasa con los amigos de la infancia: nunca te olvidas del todo, pero tampoco los ves. El caso es que en enero de 1999 (me acuerdo del mes porque es cuando encerramos a Drumm) estaba en comisaría cuando algunos de los chicos se empezaron a reír de un chorizo al que habían pillado en una camioneta robada. Consultaron su ficha: lo habían condenado tres veces por agresión sexual. Fichado por delitos sexuales en tres estados, y solo tenía treinta y cinco años. Los polis se preguntaban cuál era el récord, quién era el pervertido fichado en mayor número de estados. Alguien quiso saber cómo se llamaba, y otro dijo: «T. Boyette». Yo no abrí la boca, pero tuve curiosidad por saber si era el chico de nuestro barrio. Consulté su ficha policial y vi que se llamaba Travis, pero seguí teniendo curiosidad. Un par de días más tarde, lo llevaron al juzgado para que compareciera un momento ante el juez. Yo no quería que me viese, para no incomodarlo si resultaba ser mi

viejo amigo. En la sala había mucha gente; costaba poco pasar inadvertido, pero no era él: era Travis Boyette, el mismo que ahora está en la ciudad. Lo he reconocido nada más verlo en la tele, por la cabeza rapada y el tatuaje en la izquierda del cuello. Estuvo aquí, Paul, en Slone; en la cárcel, aproximadamente cuando desapareció la chica.

Koffee reflexionó intensamente por espacio de unos segundos.

—De acuerdo —dijo—, supongamos que estuvo aquí. Eso no quiere decir que sea verdad que la mató.

—¿Y si dice la verdad?

—¡No lo preguntarás en serio!

—Sígueme la corriente, Paul. ¿Y si la dice? ¿Y si Boyette cuenta la verdad? ¿Y si es cierto que tiene el anillo de la chica? ¿Y si Boyette los lleva hasta el cadáver? ¿Entonces qué, Paul? Ayúdame, el abogado eres tú.

—Me estoy quedando alucinado.

—¿Nos podrían acusar?

—¿De qué?

—¿Homicidio, por ejemplo?

—¿Estás borracho, Kerber?

—He bebido demasiado.

—Pues duerme aquí, y no cojas el coche. ¿Por qué no estás en la ciudad, con todos los demás polis?

—Soy detective, no poli de calle; y me gustaría no quedarme sin trabajo, Paul. Hipotéticamente, ¿qué pasaría si Boyette estuviera diciendo la verdad?

Koffee se acabó la botella y la tiró al lago. Después encendió un cigarrillo y exhaló un largo rastro de humo.

—No pasaría nada. Tenemos inmunidad. Como yo controlo al gran jurado, también puedo controlar a quién se acusa de qué. Nunca ha habido ningún caso de detective o fiscal acusados por una mala condena. Somos el sistema, Kerber. Podrían demandarnos en un tribunal civil, pero tampoco es muy probable. Además, el ayuntamiento nos tiene asegurados. Así que no te preocupes, porque estamos muy protegidos.

—¿A mí me despedirían?

—No, porque te perjudicaría a ti y al ayuntamiento en la demanda civil, pero probablemente te ofreciesen una jubilación anticipada. Ya se ocuparía de ti el ayuntamiento.

—¿O sea que no nos pasará nada?

—Nada. Y haz el favor de callarte, ¿de acuerdo?

Kerber sonrió, respiró hondo y se bebió otro largo trago.

—Solo era curiosidad —dijo—. Nada más. No es que me preocupe de verdad.

—Pues lo parecía.

Estuvieron unos instantes contemplando el agua, ensimismados, pero pensando en lo mismo.

—Boyette estuvo encarcelado aquí —dijo finalmente Koffee—, en libertad condicional de otro estado, ¿no?

—Sí, creo que de Oklahoma, o puede que de Arkansas.

—Entonces, ¿cómo se escapó?

—No me acuerdo de todo, pero ya consultaré el expediente mañana por la mañana. Parece que pagó la fianza y desapareció. Yo no tenía nada que ver con el caso, y en cuanto vi que era otro Boyette, me olvidé. Hasta hoy.

Otra pausa en la conversación.

—Tranquilo, Kerber —dijo Koffee—. Tú construiste bien la acusación; él tuvo un juicio justo, y todos los tribunales refrendaron su culpabilidad. ¿Qué más podemos esperar? El sistema ha funcionado. ¡Caramba, Drew, el chico confesó!

—Pues claro, pero yo me he preguntado muchas veces qué habría pasado sin la confesión.

—No te preocupará la confesión, ¿verdad?

—No, no. Seguí las reglas al pie de la letra.

—Oye, Drew, no le des más vueltas, eso se ha acabado; se ha acabado del todo. Es demasiado tarde para cuestionar lo que hicimos. El chico va de camino a casa en una caja.

El aeropuerto de Slone estaba cerrado. El piloto encendió las luces de aterrizaje por señal de radio, desde sus controles, y no hubo sobresaltos al tocar la pista. Rodaron hasta la pequeña terminal, y en cuanto se pararon las hélices salieron rápidamente del avión. Robbie dio las gracias al piloto, y prometió llamarlo. El piloto le dio el pésame. Cuando subieron a la camioneta, Aaron ya había hablado por teléfono con Carlos y estaba informado de todo.

—Hay incendios por toda la ciudad —dijo—. Están quemando coches. Carlos dice que en el aparcamiento del bufete hay tres equipos de televisión. Quieren hablar contigo, Robbie, y ver otra vez a Boyette.

—¿Por qué no queman las furgonetas de la tele? —preguntó Robbie.

—¿Piensas hablar con ellos?

—No lo sé. Que esperen. ¿Qué hace Boyette?

—Ver la tele. Carlos dice que está cabreado porque no le hicieron ni caso, y se niega a contar nada más a los reporteros.

—¿Me harás el favor de no dejar que lo mate si lo ataco con un bate de béisbol?

—No —dijo Aaron.

Al entrar en el término municipal, los cuatro se esforzaron en buscar señales de disturbios. Aaron evitaba las calles principales, y también las del centro. Al cabo de unos minutos llegaron a la estación de tren. Todas las luces estaban encendidas, y el aparcamiento, lleno, con tres camionetas de la tele, efectivamente. Cuando Robbie salió, lo esperaban los reporteros. Él les preguntó educadamente de dónde eran y qué querían. Uno de los equipos era de Slone, otro de un canal de Dallas y el otro de Tyler. Había varios reporteros de prensa, incluido uno de Houston. Robbie les propuso un trato: si él organizaba una rueda de prensa fuera, en el andén, y respondía a sus preguntas, ¿se irían de una vez por todas? Les recordó que estaban en una propiedad privada, y que en cualquier momento podían pedirles que se fueran. Ellos aceptaron el trato. Nadie rechistó.

—¿Qué pasa con Travis Boyette? —preguntó un reportero.

—Yo no soy responsable del señor Boyette —respondió Robbie—. Tengo entendido que sigue dentro, y que no quiere decir nada más. Voy a hablar con él, a ver qué intenciones tiene.

—Gracias, señor Flak.

—Vuelvo dentro de media hora.

Subió por la escalera, seguido por Keith, Aaron y Martha. Al entrar en la sala de reuniones, y ver a Carlos, Bonnie, Sammie Thomas, Kristi Hinze, Fanta y Fred Pryor, las emociones se desbordaron, con abrazos, palabras de pésame y lágrimas.

—¿Dónde está Boyette? —preguntó Robbie.

Fred Pryor señaló la puerta cerrada de un pequeño despacho.

—Muy bien. Que no salga. Vamos a la mesa de reuniones. Quiero explicarlo mientras aún lo tengo fresco. Quizá quiera ayudarme el reverendo Keith, que también estaba. Ha pasado un rato con Donté y lo ha visto morir.

Keith ya estaba sentado en una silla, contra la pared, exhausto, sin fuerzas y hecho polvo. Lo miraron con incredulidad. Él asintió sin sonreír.

Robbie se quitó la americana y se aflojó la corbata. Bonnie trajo una bandeja de bocadillos, que le puso delante. Aaron cogió uno, al igual que Martha. Keith los rechazó por señas. Había perdido el apetito. Cuando estuvieron todos listos, Robbie empezó a hablar.

—Ha estado muy valiente, pero esperaba un milagro en el último minuto. Supongo que todos lo esperan.

Y, como un profesor de historia de tercero, les explicó la última hora de la vida de Donté. Al final, todos lloraban otra vez.

Empezaron a llover piedras, que en algunos casos eran arrojadas por adolescentes escondidos detrás de grupos de otros adolescentes, y en otros por personas invisibles. Las piedras caían por Walter Street, donde la policía y la Guardia Nacional formaban una línea defensiva. La primera lesión le tocó a un policía de Slone, que recibió una pedrada en la boca y, para regocijo de la multitud, se cayó al suelo. Ver caerse a un policía motivó nuevos lanzamientos de piedras. Ahora sí que explotaba el parque Civitan. Un sargento de la policía tomó la decisión de dispersar a la gente, y amenazó por megáfono con realizar detenciones si no se marchaban. Se produjo una reacción airada, con nuevos lanzamientos de piedras y escombros. La multitud se burlaba de la policía y de los soldados, y les lanzaba palabras malsonantes y amenazas, sin dar muestras de acatar la orden. Policías y soldados, con cascos y escudos, formaron una barrera, cruzaron la calle y penetraron en el parque. Varios estudiantes —entre ellos Trey Glover, el *tailback* que había sido el primer cabecilla de la manifestación— se adelantaron con las manos tendidas, ofreciéndose voluntariamente a ser detenidos. Mientras Trey era esposado, una piedra rebotó en el casco del policía que lo estaba arrestando. El agente gritó, dijo unas cuantas palabrotas y, olvidándose de Trey, salió en persecución del chico que había tirado la piedra. Algunos manifestantes se dispersaron y corrieron por las calles, pero la mayoría de ellos persistieron en la lucha, arrojando todo lo que encontraban. Las casetas de uno de los campos de béisbol eran de bloques de hormigón, perfectos para ser desmenuzados y para lanzar los trozos a los uniformados de ambos sexos. Un estudiante envolvió un palo con una traca, encendió la mecha y lo tiró todo contra la barrera policial. Las explosiones hicieron que los policías y soldados rompieran filas y se pusieran a cubierto. La multitud estaba enfervorizada. Desde algún punto de detrás de la barrera cayó del cielo un cóctel Molotov, que aterrizó en el techo de un coche de la policía vacío y sin identificar, aparcado al borde de Walter Street. Las llamas se propagaron con rapidez, prendiendo en la gasolina derramada por todo el vehículo. El resultado fue otra salva de gritos por parte de la multitud, que jaleaba, presa del delirio. Al caldearse los ánimos, llegó una furgoneta de la tele. La reportera, una rubia circunspecta que debería haber seguido presentando el tiempo, se apeó como pudo micro en mano, pero se encontró con un policía enfadado que le exigió volver a la furgoneta y salir pitando. La furgoneta, pintada de blanco, con grandes letras rojas y amarillas, era un blanco fácil, y pocos segundos después de que frenase ya la acribillaban con piedras y escombros. De pronto, el cogote de la reportera recibió el impacto de un trozo afilado de hormigón, que le hizo un buen tajo y la

dejó inconsciente. Más hurras y obscenidades. Mucha sangre. El cámara la arrastró a un lugar seguro, mientras la policía pedía una ambulancia. Para mayor diversión y frenesí, empezaron a tirar bombas de humo a la policía y a los soldados, y fue entonces cuando se tomó la decisión de contraatacar con gases lacrimógenos. El lanzamiento de los primeros botes hizo cundir el pánico entre la multitud, que empezó a dispersarse. La gente se escapaba corriendo por el barrio. En las calles adyacentes al parque Civitan, los vecinos habían salido al porche para escuchar el caos y ver si había señales de movimiento o disturbios. Con las mujeres y los niños dentro, a salvo, montaban guardia con sus escopetas y rifles, en espera de que apareciese algún negro. Cuando Hermán Grist, del 1485 de Benton Street, vio ir por el medio de la calle a tres negros jóvenes, desde el porche disparó dos tiros de escopeta al aire, y les gritó que volvieran a su parte de la ciudad. Los chicos se fueron corriendo. Los disparos reverberaron en la noche, como grave señal de que las patrullas vecinales habían entrado en la reyerta. Por suerte, Grist no volvió a disparar.

La multitud seguía dispersándose, mientras algunos arrojaban piedras en plena retirada. A las nueve de la noche el parque estaba controlado, y la policía y los soldados caminaban entre los escombros: latas y botellas vacías, envases de comida rápida, colillas, envoltorios de petardos y basura como para llenar todo un vertedero. De las dos casetas de béisbol no quedaba nada salvo los bancos de metal. Habían forzado el puesto de comida y bebida, pero no había nada que llevarse. El rastro de los gases lacrimógenos había dejado varios vehículos abandonados, entre ellos el todoterreno de Trey Glover. Este, y una docena más, ya estaban en la cárcel. Cuatro se habían dejado detener, y al resto los habían pillado. También había varias personas en el hospital, a causa de los gases lacrimógenos, y tres policías heridos, aparte de la reportera.

El parque estaba impregnado del olor penetrante de los gases. Cerca, sobre los campos de deporte, flotaba una nube gris, causada por las bombas de humo. Parecía un campo de batalla, pero sin bajas.

El hecho de que la manifestación se hubiera dispersado implicaba que en aquel momento había sobre un millar de negros airados que vagaban por Slone sin la menor intención de irse a sus casas ni de hacer nada constructivo. Estaban indignados por que la policía había recurrido a los gases lacrimógenos. Habían crecido viendo los vídeos en blanco y negro de los perros de Selma, las mangueras de Birmingham y el gas lacrimógeno de Watts. Aquella lucha épica formaba parte de su educación, de su ADN; era un capítulo glorificado de su historia, y de repente ellos estaban en la calle, manifestándose, luchando y siendo gaseados, igual que sus antepasados. No tenían ninguna intención de detener la lucha. Si los polis querían jugar sucio, allá ellos.

El alcalde, Harris Rooney, supervisaba el deterioro de la situación de su pequeña ciudad desde la comisaría, convertida en el centro de mando. Él y el comisario jefe, Joe Radford, habían tomado la decisión de dispersar a la gente en el parque Civitan para despejar la zona, y habían estado de acuerdo en el uso de gases lacrimógenos. Ahora, por radio y por móvil, llegaban partes de que los manifestantes recorrían la ciudad en pandillas, rompiendo ventanas, amenazando a gritos a los conductores que pasaban, tirando piedras y escombros y comportándose como gamberros.

A las nueve y cuarto, Rooney llamó al reverendo Johnny Canty, pastor de la Iglesia Metodista Africana Bethel, con quien ya se había reunido el martes. Entonces el reverendo Canty le había rogado al alcalde que intercediese ante el gobernador en defensa de un aplazamiento de la ejecución, y el alcalde se había negado. Rooney no conocía al gobernador, ni tenía la menor influencia sobre él; además, con Gilí Newton era una pérdida de tiempo suplicar la suspensión de una pena de muerte. Canty había advertido al alcalde del riesgo de disturbios si tenía lugar la ejecución de Donté. El alcalde lo había tomado con escepticismo.

Ahora, todo el escepticismo se había convertido en miedo.

Se puso al teléfono la señora Canty, que explicó que su marido no estaba en casa, sino en la funeraria, aguardando el regreso de la familia Drumm. Dio al alcalde un número de móvil. Al final contestó el reverendo Canty.

—Hombre, señor alcalde, buenas noches —dijo suavemente, con su voz sonora de predicador—. ¿Cómo va todo?

—Ahora mismo la cosa está muy animada, reverendo. ¿Y usted qué tal?

—He tenido días mejores. Estamos aquí, en la funeraria, esperando a que vuelva la familia con el cadáver, o sea que ahora mismo no es que esté muy bien. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Tenía usted razón sobre los disturbios, reverendo. Me arrepiento de no haberlo creído. Debería haberle hecho caso, pero no se lo hice. Ahora parece que la cosa va de mal en peor. Ha habido ocho incendios, creo, unos diez arrestos y media docena de heridos, y no hay motivos para prever que esas cifras no vayan en aumento. Se ha dispersado a la multitud del parque Civitan, pero la del parque Washington crece por momentos. No me sorprendería que pronto matasen a alguien.

—Ya han matado a alguien, señor alcalde. Yo estoy esperando el cadáver.

—Lo siento.

—¿Para qué me llamaba, señor alcalde?

—Usted es un líder muy respetado en su comunidad. Es el pastor de los Drumm. Me gustaría que fuera al parque Washington e hiciera un

llamamiento a la calma. A usted lo escucharán. Esta violencia y estos disturbios no conducen a nada.

—Le haré una pregunta, señor alcalde: ¿su policía ha usado gases lacrimógenos contra los chicos del parque Civitan? Acabo de oír el rumor hace unos minutos.

—Pues sí. Se ha considerado necesario.

—No, no era necesario; ha sido un error garrafal. Gaseando a nuestros chicos, la policía ha empeorado aún más la situación. Ahora no espere que yo vaya corriendo a arreglar lo que han estropeado ustedes. Buenas noches.

La llamada se cortó.

Robbie, con Aaron Rey a un lado y Fred Pryor al otro, respondía preguntas delante de los micrófonos y las cámaras de televisión. Explicó que Travis Boyette seguía en el edificio, pero que no quería hablar con nadie. Un reportero le pidió permiso para entrar en el bufete y entrevistar a Boyette. Solo si quiere que lo detengan, y tal vez que le peguen un tiro, fue la brusca respuesta de Robbie. No se acerque al edificio. Le preguntaron por la última comida de Donté Drumm, la visita, las declaraciones y todo eso. ¿Quiénes habían sido los testigos? ¿Algún contacto con la familia de la víctima? Preguntas inútiles, en opinión de Robbie, aunque en esos momentos parecía que nada tenía valor.

Después de veinte minutos les dio las gracias, y ellos a él. Robbie les pidió que se fuesen y que no volvieran. En caso de que Boyette cambiara de opinión y quisiera hablar, él, Robbie, le daría un teléfono y un número.

Keith presenció la rueda de prensa desde un punto oscuro del andén, fuera del bufete pero dentro de la galería. Mientras hablaba por teléfono con Dana, y le explicaba lo sucedido ese día, ella, de repente, le dijo que en la tele salía Robbie Flak. Dana tenía puestas las noticias por cable, y ahí estaba Flak, en directo desde Slone, Texas.

—Yo estoy detrás, en la sombra, a unos quince metros —dijo Keith, bajando la voz.

—Se le ve cansado —comentó ella—; cansado y no sé si un poco loco.

—Las dos cosas. El cansancio va y viene, pero sospecho que loco siempre lo está un poco.

—Parece un hombre desesperado.

—Está para que lo encierren, pero debajo de la superficie hay una persona tierna.

—¿Dónde está Boyette?

—En una habitación, dentro del edificio, con un televisor y algo de comer. Prefiere no salir. Mejor. Esta gente conocía a Donté, y lo quería. Por aquí Boyette no tiene amigos.

—Hace unos minutos han enseñado los incendios y han hablado con el alcalde. Parecía un poco nervioso. ¿Tú estás a salvo, Keith?

—Sí, claro. Oigo sirenas a lo lejos, pero no se acercan.

—Ten cuidado, por favor.

—No te preocupes, estoy bien.

—Bien no estás; estás hecho polvo, y se te nota. Duerme un poco. ¿Cuándo volverás?

—Tengo la intención de salir por la mañana.

—¿Y Boyette? ¿El también volverá?

—De eso no hemos hablado.

Capítulo 29

En Slone había tres funerarias: dos para los blancos —de gama alta y baja— y una para los negros. En algunos aspectos importantes de la vida se había alcanzado la integración (educación, política, empleo y actividad comercial), pero en otros nunca se produciría, porque en el fondo no lo deseaba ninguna de las dos razas. La misa dominical estaba segregada por propia voluntad de los interesados. Algunos negros, pocos, iban a las grandes iglesias blancas de la ciudad, donde eran bien recibidos. Todavía eran menos los blancos a quienes se podía encontrar en las iglesias negras, donde se los trataba como a todo el mundo. Pero la gran mayoría se quedaba con los suyos, y en eso tenía poco que ver el fanatismo; más bien era cuestión de tradición y de preferencias. Para el domingo por la mañana, los blancos preferían un ritual más ordenado y comedido: una primera oración a las once, Seguida por algo de música bonita; luego un buen sermón, sin aspavientos, y a las doce todos a la calle, no más tarde de las doce y diez, eso nunca, porque para entonces se morían de hambre. En las iglesias negras el tiempo no era tan importante. El espíritu fluía con mayor libertad, dando pie a un estilo de culto más espontáneo. Nunca se oía el toque de las doce. A menudo comían allí mismo, a la hora que fuese, y nadie tenía prisa por marcharse.

¡Y qué distinto era morir! Para enterrar a una persona negra nunca había prisa, mientras que los blancos solían querer zanjar el asunto como máximo en tres días. En la funeraria negra había mayor actividad, con más visitas, velatorios más largos y despedidas también más largas. Lamb & Hijo tenía a sus espaldas varias décadas de digno servicio a su parte de la ciudad. Cuando llegó el coche fúnebre, pocos minutos después de las diez de la noche, lo esperaba una solemne multitud en el césped que había delante de la pequeña capilla. Mudos, cabizbajos y cariacontecidos, vieron cómo Hubert y Alvin abrían la puerta trasera del coche y daban indicaciones a los portadores del féretro —ocho amigos de Donté, casi todos antiguos jugadores de los Slone Warriors—, que tras llevar el ataúd algunos metros, siguiendo a Hubert Lamb, se metieron por una puerta lateral. La funeraria estaba cerrada. No abriría hasta la mañana siguiente, cuando Donté estuviera debidamente preparado, y listo para que lo vieran.

A lo lejos aullaban las sirenas. El ambiente era tenso y cargado, lleno de humo y miedo. Quienes no daban problemas estaba claro que los esperaban.

Entró en el aparcamiento un vehículo que estacionó junto al coche fúnebre. Roberta Drumm salió con Marvin, Cedric y Andrea, y los cuatro caminaron lentamente hacia la entrada principal, donde los recibieron sus amigos. Hubo abrazos, susurros y lágrimas. Al final, la familia entró, pero los amigos no se fueron. Apareció otro coche, que aparcó cerca del de la funeraria. Era Robbie, con Aaron Rey. Pasando al lado de la gente, entraron por la puerta lateral. Robbie se reunió con la familia en el salón. Sentados juntos, se abrazaron y lloraron como si llevaran meses sin verse. Pocas horas antes habían visto morir a Donté, pero ahora aquel momento y aquel lugar estaban muy, muy lejos.

Durante el viaje de regreso desde Huntsville, la familia Drumm había escuchado la radio, y había hablado por los móviles. Preguntaron a Robbie por el tal Boyette, y él les dio todos los datos que tenía. Por otra parte, sabían que en Slone la situación era desastrosa, y preveían que empeorase. Roberta dijo varias veces que quería que cesara la violencia. Robbie le aseguró que eso no estaba en sus manos. La situación se había descontrolado.

Hubert Lamb entró en la sala.

—Roberta —dijo—, Donté está preparado.

Entró sola en la sala de preparación y cerró la puerta con pestillo. Su hermoso niño yacía en una mesa estrecha, cubierta provisionalmente con sábanas blancas. Llevaba la misma ropa con la que lo habían matado: una camisa blanca barata, unos chinos gastados y unos zapatos de saldo, cortesía del estado de Texas. Roberta le puso suavemente las manos en las mejillas, y le besó la cara: la frente, los labios, la nariz, la barbilla... Lo besó repetidas veces, mientras las lágrimas caían como la lluvia. No lo había tocado en ocho años; su último abrazo, rápido y furtivo, se remontaba a cuando se lo habían llevado de la sala de vistas, el día en que lo habían sentenciado a muerte. Mientras lloraba, recordó la indecible angustia de ver cómo se lo llevaban a rastras, haciendo ruido con las cadenas de las piernas, rodeado de policías gordos, como si pudiera matar a alguien más; y la dureza y suficiencia de los semblantes de los fiscales, del jurado y de la jueza, orgullosos de su labor.

«Te quiero, mamá», le había dicho él por encima del hombro, antes de cruzar la puerta a empujones.

Tenía la piel ni fría ni caliente. Roberta tocó la pequeña cicatriz de debajo de la barbilla, pequeño premio de consolación de una pelea de barrio a pedradas que había perdido a los ocho años. La primera de muchas. Había sido un niño de armas tomar, y más aún con las provocaciones constantes de Cedric, su hermano mayor; de armas tomar, pero dulce. Le tocó el lóbulo de la oreja derecha, donde apenas se veía el diminuto agujero. A los quince se había comprado un pendiente, un pequeño brillante falso que llevaba cuando salía con los amigos. En cambio, a su padre se lo escondía. Riley le habría castigado.

Su hermoso niño, tan plácidamente tumbado, y tan sano. Muerto, pero no enfermo. Muerto, pero no herido. Muerto, pero no lisiado. Al examinar sus brazos, no encontró ni rastro de los pinchazos de las inyecciones. No había indicios de que lo hubieran matado. Nada externo. Parecía descansar, en espera de que le administrasen el siguiente fármaco: un fármaco que lo despertaría y le permitiría volver a casa con su madre.

Tenía las piernas rectas, y los brazos pegados al cuerpo. Hubert Lamb había dicho que no tardaría en ponerse rígido, así que no había tiempo que perder. Sacó de su bolso un pañuelo de papel, para secarse las mejillas, y unas tijeras para cortar la ropa de preso. Podría haber desabrochado la camisa, pero lo que hizo fue cortarla, primero por delante y después por las mangas, para retirarla pedazo a pedazo, dejando caer los jirones al suelo. Aún corrían lágrimas por sus mejillas, pero ahora cantaba en voz baja: una antigua canción gospel, *Take my hand, precious Lord.* Se paró a frotar la barriga plana, el pecho suave y los hombros, sorprendida de que se hubiera encogido tanto dentro de la cárcel. Nada quedaba del atleta vigoroso, que había sido sustituido por un preso roto. En la cárcel se había muerto lentamente.

Desabrochó el cinturón barato de tela y, por si fuera poco, lo cortó por la mitad, dejándolo caer en el montón. Mañana, cuando estuviera sola, quemaría los jirones de la cárcel en el jardín de su casa, en una ceremonia privada a la que solo asistiría ella. Deshizo los cordones de aquellos zapatos tan horribles, los quitó y retiró los calcetines blancos de algodón. Tocó las cicatrices del tobillo izquierdo, recordatorios permanentes de la lesión que había puesto fin a su carrera como jugador. Cortó los chinos, siguiendo las costuras con cuidado, de abajo arriba, y luego, delicadamente, la entrepierna. De sus tres hijos, el mejor vestido era Cedric, un obseso por la ropa dispuesto a tener dos trabajos a media jornada para poder comprarse mejores marcas. Donté prefería llevar tejanos y jersey, y todo le quedaba bien; todo menos los monos que llevaban los presos en la cárcel. Roberta fue cortando, y dejando caer los retales del chino en el montón. De vez en cuando paraba para secarse las mejillas con el dorso de la mano, pero tenía que darse prisa. El cadáver se estaba poniendo rígido. Se acercó a una pila y abrió el grifo.

Los calzoncillos, tipo bóxer, eran blancos y demasiado grandes. Los recortó como una costurera y se los quitó. El montón ya estaba completo. Donté, desnudo, se iba del mundo tal como había llegado. Roberta echó jabón líquido en la pila, removió el agua, ajustó la temperatura y cerró el grifo. Después mojó un trapo y empezó a bañar a su hijo. Le lavó los genitales, preguntándose cuánto nietos le habría dado. A Donté le encantaban las chicas, y él a ellas. Le lavó con cuidado el pecho, los brazos, el cuello y la cara, secándolos a medida que se los limpiaba.

Finalizado el baño, pasó a la última parte de sus preparativos, la más difícil. Antes de que la familia saliera para Huntsville, Cedric había pasado por la funeraria con un traje nuevo, comprado y arreglado por

Roberta. Estaba colgado en una pared, con una camisa blanca nueva y una corbata dorada muy elegante. Supuso que lo más difícil serían la camisa y la chaqueta, y lo más fácil de manipular los pantalones y los zapatos. Tenía razón. Ahora los brazos de Donté ya no se doblaban. Le deslizó con cuidado la camisa por el brazo derecho, y luego, suavemente, colocó a Donté sobre su lado izquierdo. Pasó la camisa por detrás, volvió a acostarlo, se la encajó en el brazo izquierdo y abrochó rápidamente los botones. Luego hizo lo mismo con la americana, gris oscuro, de mezcla de lana, y al envolverle en ella se paró un segundo para darle un beso en la mejilla. Donté tenía las piernas rígidas. Metódicamente, centímetro a centímetro, fue subiendo unos calzoncillos bóxer de algodón negro, talla L, demasiado grandes; debería haber comprado una M. Con los pantalones tardó bastante. Estiraba suavemente hacia los lados, e hizo un esfuerzo al levantar un momento a Donté por la cintura para acabar la tarea. Una vez que los pantalones estuvieron por la cintura, metió el faldón, cerró la cremallera, pasó un cinturón y lo abrochó. Los pies estaban rígidos, y no había manera de doblar los tobillos. Los calcetines le plantearon más dificultades de lo previsto. Los zapatos eran los negros, de piel y con cordones, que se ponía Donté en su adolescencia para ir a la iglesia.

Los había cogido de su armario, el que Donté compartía con Marvin cuando eran pequeños, y que después de la boda de su hermano se había quedado para él solo. Ahora hacía nueve años que no lo tocaba prácticamente nadie. Roberta lo limpió, quitó el polvo de la ropa, mató los insectos y lo dejó todo más o menos en orden. Horas antes, al sacar los zapatos, se había quedado mucho tiempo delante de la puerta, preguntándose: ¿y ahora qué?

Después de que arrestaron a Donté, Roberta había vivido varios años con la ferviente esperanza de que algún día lo soltarían; un día glorioso, en que la pesadilla llegaría a su fin y él volvería a casa. Dormiría en su cama, comería lo que le hiciera su madre, haría la siesta en el sofá y utilizaría las cosas de su armario. Un día, algún juez o abogado, o cualquier otra persona enzarzada en el impenetrable laberinto del sistema judicial, descubriría la verdad. Entonces llegaría la llamada telefónica del cielo, y ellos lo celebrarían. Sin embargo, las apelaciones habían seguido su curso sin que se obrara ningún milagro, y con el lento paso de los años se habían desvanecido las esperanzas de Donté y también las de muchos otros. Las camisas, tejanos, jerséis y zapatos del armario ya no se usarían nunca; y ella no sabía qué hacer con ellos.

Se dijo que ya tendría tiempo de pensarlo.

Ató los cordones, ajustó los calcetines y bajó el dobladillo de los pantalones. Ahora que estaba vestido, ella ya podía relajarse. Cedric había hecho un nudo de corbata perfecto. Lo pasó por la cabeza, y al conseguir meterlo por debajo del cuello apretó el nudo y toqueteó la corbata hasta que estuviera perfecta. Después de varios retoques, y tras alisar algunas arrugas de los pantalones, retrocedió para admirar su

obra. Qué joven tan guapo. Traje gris, camisa blanca y corbata dorada. Había elegido bien.

Se inclinó para darle otro beso. Levántate, Donté, que hay que ir a la iglesia. Allá encontrarás mujer, y tendrás diez hijos. Deprisa, que te has perdido muchas cosas. Por favor. Venga, a lucir tu traje nuevo tan bonito. Vamos, date prisa.

Roberta era consciente de los aspectos más truculentos de la muerte, del embalsamamiento, los fluidos y demás, y sabía que dentro de pocas horas el señor Lamb y su hijo calentarían el cuerpo, quitarían la ropa y procederían a sus indescriptibles tareas. Por eso deseaba tanto aquellos momentos, escasos pero de un valor incalculable, con su hijo, mientras siguiera entero, intacto.

Mañana haría los planes del entierro y se ocuparía de los otros detalles. Sería fuerte y valiente. Ahora quería estar a solas con su hijo, para sufrir, tener partido el corazón y llorar a lágrima viva, como cualquier madre.

TERCERA PARTE

LA ABSOLUCIÓN

Capítulo 30

El viernes, antes del amanecer, una pequeña comitiva de vehículos salió de la ciudad en dirección al este. La encabezaba la camioneta personalizada de Robbie, con Aaron Rey al volante y Carlos como copiloto. Robbie, en su asiento favorito, tomaba café, echaba un vistazo a la prensa y no le hacía mucho caso a Martha Handler, que bebía café a espuertas, mientras tomaba notas e intentaba despertarse del todo. Detrás de ellos iba el Subaru, donde además de Keith, el conductor, estaba Boyette, aferrado a su bastón, con la mirada perdida en la oscuridad. Tras el Subaru iba una camioneta con capacidad para unos ochocientos kilos, conducida por Fred Pryor. Sus pasajeros eran dos vigilantes de seguridad privados que llevaban unos años trabajando a temporadas en la protección del bufete y el domicilio de Robbie. La camioneta, que era de Fred, transportaba palas, linternas y otros utensilios. Iba seguida por otra, blanca y sin rotular, propiedad de la cadena de televisión de Slone, y conducida por un director de informativos que tenía por nombre Bryan Day y por apodo *Hairspray Day,* por motivos obvios.[9] Le acompañaba un cámara llamado Buck.

Los cuatro vehículos se habían reunido en el largo camino de entrada de la casa de Robbie a las cinco en punto de la mañana, y habían conseguido salir a hurtadillas, con sigilo, por calles secundarias. El bufete había recibido bastantes llamadas y correos electrónicos para convencer a Robbie de que podía haber gente curiosa por saber adónde se dirigiría el viernes.

Él había dormido cinco horas, y aun esas con somníferos. Estaba más que exhausto, pero quedaba mucho por hacer. A la salida de Lamb & Hijo, tras ver brevemente el cadáver, se había llevado a todos sus acompañantes a su casa, donde DeDe había conseguido sacar bastante comida para alimentarlos a todos. Keith y Boyette habían dormido en el sótano, en un par de sofás, mientras una criada les lavaba y planchaba la ropa.

Todos estaban agotados, pero a nadie le costó saltar de la cama.

Carlos, al móvil, escuchaba más que hablaba. Al final de la llamada dio una noticia.

[9] *Hairspray* significa «laca de pelo». *(N. del T.)*

—Era mi contacto en la emisora de radio. Ha habido unas cuarenta detenciones y más de veinte heridos, pero ninguna víctima mortal, lo cual es un milagro. Tienen cerrado casi todo el centro. De momento la cosa se ha calmado. Hay muchos incendios, tantos que no se pueden ni contar. Han venido camiones de bomberos de Paris, Tyler y otros sitios. Como mínimo han tirado cócteles Molotov (que se ha vuelto el arma favorita) a tres coches de la policía. También le han pegado fuego a la tribuna de prensa del campo de fútbol americano, que aún se está quemando. La mayoría de los incendios son en edificios vacíos. Por ahora no se ha quemado ninguna casa. Se rumorea que el gobernador va a enviar a más efectivos de la Guardia Nacional, aunque no hay nada confirmado.

—¿Y si encontramos el cadáver? —preguntó Martha.

Robbie sacudió la cabeza, y reflexionó unos instantes.

—Pues entonces lo de esta noche habrá sido un juego de niños.

Habían discutido las múltiples combinaciones y preparativos para el viaje. Para asegurarse de que Boyette no se esfumara, Robbie lo quería en su camioneta, a buen recaudo, ante la atenta mirada de Aaron Rey y Fred Pryor, pero la idea de compartir durante varias horas un espacio pequeño con aquella mala bestia le resultaba insoportable. Keith no estaba dispuesto a prescindir de su Subaru, más que nada por su firme decisión de estar en Topeka el viernes a última hora de la tarde, con Boyette o sin él. Tenía tan pocas ganas como Robbie de estar sentado al lado de él, pero como ya lo había hecho antes, le aseguró a Robbie que podía volver a hacerlo.

Fred Pryor había propuesto meter a Boyette en el asiento trasero de su camioneta y apuntarlo con pistolas. En el equipo de Robbie había muchas ganas de venganza, y si era cierto que Boyette los conducía hasta el cadáver, costaría poco convencer a Fred Pryor y a Aaron Rey de que se lo llevasen a algún sitio entre los árboles y pusieran fin a sus dolores. Así lo intuía Keith, cuya presencia inspiraba respeto. No habría violencia.

La incorporación de Bryan Day había sido compleja. Robbie no se fiaba de los reporteros. Así de claro. Ahora bien, si encontraban lo que buscaban sería necesario grabarlo debidamente por alguien ajeno a su círculo. Day, como era lógico, tenía muchas ganas de acompañarlos, pero lo obligaron a aceptar toda una lista de condiciones, básicamente para impedir que informase de nada hasta que se lo indicase Robbie Flak. Si lo intentaba, él y Buck, el cámara, tendrían muchas posibilidades de recibir una paliza, un tiro o ambas cosas. Day y Buck se daban cuenta de que había mucho en juego. Las normas serían respetadas. Como Day era el director de informativos de la cadena, logró irse sin dejar ninguna pista en el estudio.

—¿Podemos hablar? —preguntó Martha.

Llevaban media hora de camino, y al fondo el cielo se empezaba a teñir de naranja.

—No —respondió Robbie.

—Ya hace casi doce horas que se ha muerto. ¿En qué piensas?

—Estoy para el arrastre, Martha. No me funciona el cerebro. No pienso en nada.

—¿Pues en qué pensaste al ver su cadáver?

—Muy enfermo tiene que estar el mundo para que matemos a alguien partiendo del supuesto de que tenemos derecho a matarlo. He pensado que tenía muy buen aspecto ese chico tan guapo allí dormido, sin heridas visibles ni señales de haberse resistido; sacrificado como un perro viejo por unos fanáticos y unos idiotas demasiado vagos y tontos para darse cuenta de lo que hacen. ¿Sabes qué pienso de verdad, Martha?

—Dímelo tú.

—Te lo voy a decir: estoy pensando en Vermont. Veranos frescos, nada de humedad y sin ejecuciones. Un sitio civilizado. Una cabaña al borde de un lago. Aprendería a quitar la nieve con una pala. Si lo vendo todo, y cierro el bufete, puede quedarme un millón neto. Me retiraré a Vermont y escribiré un libro.

—¿Sobre qué?

—No tengo ni idea.

—Eso no se lo cree nadie, Robbie. Tú nunca te irás. Quizá te tomes un descanso para recobrar el aliento, pero no tardarás en encontrar otro caso, indignarte y poner una demanda, o diez. Lo harás hasta los ochenta años, y luego te sacarán de la estación en camilla.

—A los ochenta no llegaré. Voy por los cincuenta y dos y ya me siento un viejo.

—A los ochenta estarás poniendo demandas.

—No sé.

—Yo sí. Te leo el corazón.

—Ahora mismo, el corazón lo tengo partido, y lo que me apetece es no seguir adelante. Hasta el abogado más inútil podría haber salvado a Donté.

—¿Y qué podría haber hecho de otra manera ese abogado tan inútil?

Robbie enseñó las palmas.

—Ahora no, Martha, por favor —dijo.

En el coche de detrás se pronunciaron las primeras palabras.

—¿De verdad que asistió a la ejecución? —preguntó Boyette.

Keith bebió café y esperó un poco.

—Sí. No lo tenía planeado. Fue en el último momento. Yo no quería asistir.

—¿Preferiría no haberlo visto?

—Muy buena pregunta, Travis.

—Gracias.

—Por un lado, me gustaría no haber visto morir a un hombre, y menos a alguien que se proclamaba inocente.

—Es inocente, o lo era.

—Intenté rezar con él, pero no quiso; dijo que no creía en Dios, aunque antes sí que había creído. Para un pastor es muy difícil estar con alguien que se va a morir y no cree en Dios, o en Cristo, o en el cielo. Yo he estado en camas de hospital, y he visto morir a feligreses míos, y siempre es reconfortante saber que a sus almas les espera un más allá glorioso. No es el caso de Donté.

—Ni el mío.

—Por otro lado, en la cámara de ejecución vi algo que debería ver todo el mundo. ¿Qué sentido tiene esconder lo que hacemos?

—¿O sea que vería otra ejecución?

—Yo no he dicho eso, Travis.

Era una pregunta a la que Keith no podía contestar. Aún estaba asimilando lo de su primera ejecución, y no podía imaginarse la siguiente. Pocas horas antes, a falta de segundos para conciliar el anhelado sueño, se le había aparecido la imagen de Donté atado con correas a su lecho de muerte. La reprodujo otra vez a cámara lenta. Recordó haber mirado fijamente el pecho de Donté, que se levantaba un poco y luego bajaba. Arriba y abajo, de manera casi imperceptible. Hasta pararse. Acababa de ver exhalar el último suspiro a una persona. Keith sabía que la imagen jamás se le iría de la cabeza.

Al este, el cielo estaba más luminoso. Entraron en Oklahoma.

—Supongo que es mi último viaje a Texas —dijo Boyette.

A Keith no se le ocurrió nada como respuesta.

El helicóptero del gobernador aterrizó a las nueve en punto de la mañana. Dada la gran antelación con que se había avisado a los medios, que esperaban impacientes, el gobernador, Barry y Wayne discutieron a fondo los detalles del aterrizaje. Finalmente, de camino, se decidieron por el aparcamiento contiguo al campo de fútbol americano. Puestos al corriente, los medios de comunicación acudieron a toda prisa al instituto de Slone para cubrir aquella noticia de última hora. La tribuna de prensa estaba en muy mal estado, quemada y chamuscada. Aún había bomberos que limpiaban los escombros. Al salir de su helicóptero, Gilí Newton fue recibido por la policía del estado, varios coroneles de la Guardia Nacional y algunos bomberos especialmente elegidos, y también cansados. Les dio

efusivamente la mano, como si fueran marines de vuelta del combate. Barry y Wayne inspeccionaron el terreno sin perder ni un segundo, y organizaron la rueda de prensa de modo que el telón de fondo fuera el campo de fútbol, y sobre todo la tribuna de prensa quemada. El gobernador iba en tejanos y botas de vaquero, sin corbata y con cazadora: un auténtico trabajador.

Con cara de preocupación, pero con el ánimo entusiasta, se puso ante las cámaras y ante los reporteros para condenar la violencia y los disturbios. Prometió proteger a los ciudadanos de Slone y anunció que traería a más efectivos de la Guardia Nacional; si hacía falta, movilizaría a toda la de Texas. Habló de la justicia, tal como se entendía en ese estado. Recurrió a ciertas dosis de provocación racial exhortando a los líderes negros a contener a los vándalos, mientras en ese sentido no decía nada sobre los alborotadores blancos. Despotricó de lo lindo, y al acabar se apartó de los micrófonos sin aceptar preguntas. Ni él, ni Barry ni Wayne tenían ganas de pronunciarse sobre el tema de Boyette.

Se pasó una hora yendo y viniendo por Slone en un coche patrulla, entre pausas para tomar café con los soldados y los policías, charlar con los vecinos y contemplar muy serio, dolorido el semblante, las ruinas de la Primera Iglesia Baptista; todo ello con las cámaras en marcha, grabándolo por la importancia del momento, pero también para futuras campañas.

Finalmente, después de cinco horas, la caravana se detuvo en una tienda al norte de Neosho, Missouri, a unos treinta kilómetros al sur de Joplin. Tras una pausa para ir al baño y tomar más café, pusieron rumbo al norte, ahora con el Subaru en cabeza, seguido de cerca por los otros vehículos.

El nerviosismo de Boyette era patente, y su tic estaba más activo. Sus dedos daban golpes en el bastón.

—Nos estamos acercando al desvío —dijo—. Es a la izquierda.

Estaban en la 59, una carretera muy transitada del condado de Newton que tenía dos carriles. Giraron a la izquierda al pie de una colina, junto a una gasolinera.

—Parece que vamos bien —decía Travis, que obviamente estaba inquieto por el sitio donde los llevaba.

Iban por una carretera de condado, con puentes sobre riachuelos, curvas muy marcadas y cuestas empinadas. La mayoría de las viviendas eran caravanas, con alguna que otra casa cuadrada de ladrillo rojo de los años cincuenta.

—Parece que vamos bien —comentó Boyette.

—¿Y por aquí vivió usted, Travis?

—Sí, aquí mismo.

Justo después de asentir con la cabeza, Boyette empezó a frotarse las sienes. «No, por favor, otro ataque no —pensó Keith—; ahora no.» Pararon en un cruce, en medio de un pequeño asentamiento.

—Siga todo recto —dijo Boyette. Un centro comercial, con un colmado, una peluquería y un videoclub. El aparcamiento era de grava—. Parece que vamos bien.

Keith quería formular unas preguntas, pero apenas dijo nada. ¿Cuándo Nicole pasó en coche por aquí aún estaba viva, Travis? ¿O ya le había quitado la vida? ¿En qué pensaba usted hace nueve años, al pasar por aquí con esa pobre chica atada, amordazada y llena de moratones, traumatizada por un largo fin de semana de agresiones sexuales?

Doblaron a la izquierda por otra carretera, asfaltada pero más estrecha, y al cabo de casi dos kilómetros pasaron junto a una casa.

—Aquí tenía una tienda el viejo Deweese —dijo Travis—. Me imagino que no estará. Cuando yo era pequeño, ya tenía noventa años.

Se pararon en una señal de stop, delante de la tienda de Deweese.

—Una vez entré a robar aquí —comentó Travis—. Creo que no tenía más de diez años. Me metí por una ventana. Lo odiaba, al muy cabrón. Siga recto.

Keith siguió sus indicaciones sin decir nada.

—La última vez que estuve era de grava —precisó Boyette, como quien evoca un agradable recuerdo de infancia.

—¿Y eso cuándo fue? —preguntó Keith.

—No lo sé, pastor; en mi última visita para ver a Nicole.

«Tío asqueroso», pensó Keith. La carretera tenía curvas muy pronunciadas, tanto que a veces Keith creyó que darían una vuelta completa y harían un trombo. Las tres camionetas los seguían de cerca.

—Busque un riachuelo con un puente de madera —dijo Boyette—. Parece que vamos bien. —Cien metros después del puente, volvió a hablar—: Ahora más despacio.

—Vamos a quince por hora, Travis.

Boyette miraba a su izquierda, donde la carretera estaba rodeada por una densa maleza.

—Por aquí hay un camino de grava —advirtió—. Más despacio.

Los parachoques casi se tocaban.

—Vamos, Travis, sabandija —dijo Robbie dentro de su camioneta—, no nos dejes como unos mentirosos.

Keith giró a la izquierda por un camino de grava, con robles y álamos que se enlazaban por encima, dándole sombra. Era estrecho y oscuro como un túnel.

—Es aquí —dijo Boyette, aliviado (de momento)—. Este camino sigue más o menos el riachuelo. Un poco más lejos, a la derecha, hay una zona de acampada, o la había.

Keith miró el cuentakilómetros. Condujeron casi a oscuras durante cerca de dos kilómetros, viendo de vez en cuando el agua. No había tráfico, ni sitio para que lo hubiera; tampoco señales de vida humana en las proximidades. La zona de acampada solo era una explanada con espacio para pocas tiendas y coches, y parecía abandonada. Las hierbas llegaban hasta la rodilla. Había dos mesas de picnic de madera rotas y volcadas.

—Cuando era pequeño acampábamos aquí —puntualizó Boyette.

A Keith casi le dio lástima. Intentaba recordar algo agradable y normal de su desdichada infancia.

—Creo que deberíamos parar aquí—dijo Boyette—. Ahora se lo explico.

Los cuatro vehículos frenaron. Todos se reunieron delante del Subaru. Boyette usó el bastón como puntero.

—Hay un camino de tierra que sube por aquella colina —explicó—. Desde aquí no se ve, pero está, o estaba. Solo puede subir la camioneta. Los otros vehículos tendrán que quedarse aquí.

—¿Está muy lejos? —preguntó Robbie.

—No miré el cuentakilómetros, pero diría que a unos cuatrocientos metros.

—¿Y qué encontraremos al llegar, Boyette? —preguntó Robbie.

Boyette se apoyó en su bastón, contemplando la maleza que tenía a sus pies.

—Es donde está la tumba, señor Flak. Es donde encontrarán a Nicole.

—Explíquenos algo de la tumba —insistió Robbie.

—Está enterrada en una caja de metal, una caja de herramientas grande que me llevé de la obra donde trabajaba. La tapa de la caja está a más de medio metro de la superficie. Como han pasado nueve años, todo está muy crecido, y será difícil de localizar, pero creo que podré acercarme. Ahora que estoy aquí me viene todo a la memoria.

Tras discutir sobre la logística, decidieron que Carlos, Martha Handler, Day, Buck y uno de los vigilantes de seguridad, que iba armado, se quedasen en la zona de acampada. El resto se apretujaría en la camioneta de Fred y asaltaría la colina con una cámara de vídeo.

—Una cosa más —dijo Boyette—: hace años, a este terreno lo llamaban «Roop's Mountain», y los dueños, la familia Roop, eran de armas tomar. No les gustaban nada los intrusos ni los cazadores, y tenían fama de echar a los que hacían acampada. Es una de las razones de que eligiese este sitio, porque sabía que estaría poco transitado. —Se produjo una pausa, en la que hizo muecas y se frotó las sienes—. Bueno, el caso es que los Roop eran muchos, o sea que me imagino que el terreno todavía será de la familia. Si nos encontramos a alguien, mejor que estemos preparados para lo peor.

—¿Dónde viven? —preguntó Robbie con cierto nerviosismo.

Boyette señaló en otra dirección con el bastón.

—Bastante lejos. No creo que nos oigan ni nos vean.

—Vamos —dijo Robbie.

Allí estaba el fruto de lo que había empezado el lunes por la mañana con una entrevista pastoral que parecía de rutina: Keith montado en la parte trasera de una camioneta y dando brincos por la ladera de Roop's Mountain —poco más que una colina de medianas dimensiones, densamente poblada de kudzu, hiedra venenosa y bosque espeso—, con la perspectiva nada irreal de un conflicto armado con unos terratenientes que tenían malas pulgas y seguro que Hipados de meta, dentro del esfuerzo final por averiguar si Travis Boyette decía realmente la verdad. Si no encontraban los restos de Nicole, Boyette sería un falsario, Keith un tonto, y Texas acabaría de ejecutar con toda probabilidad al auténtico culpable, Donté.

Ahora bien, si encontraban el cadáver..., a Keith se le escapaba lo que pasaría. La certeza se había convertido en un concepto borroso. Aun así, estaba razonablemente seguro de que a alguna hora de esa misma noche estaría en su casa. No se imaginaba ni remotamente qué sucedería en Texas, pero estaba seguro de que él no lo vería de cerca, sino por la tele, a una distancia prudencial. Estaba bastante seguro de que los hechos causarían sensación, y probablemente fueran históricos.

Boyette iba en el asiento delantero frotándose la cabeza mientras se esforzaba por ver algo que le resultara conocido. Señaló a su derecha. (Estaba seguro de que la tumba quedaba a la derecha del camino.)

—Creo que esto me suena —dijo.

Era una zona de hierbas y arbolillos muy tupidos. Frenaron, bajaron y cogieron dos detectores de metales. Durante un cuarto de hora barrieron el denso sotobosque en busca de pistas, y esperando que sonaran los detectores. Tras ellos cojeaba Boyette, dando golpes de bastón a las hierbas, seguido por Keith y observado por todos.

—Busquen un neumático viejo, de tractor —repitió varias veces.

Sin embargo, por allí no había ningún neumático, y los detectores tampoco emitían ningún ruido. Volvieron a ocupar sus puestos en la camioneta y subieron muy despacio por la cuesta, siguiendo un camino de leñadores que no mostraba indicios de haber sido transitado durante décadas. Primer intento.

El camino desapareció. Fred Pryor hizo avanzar la camioneta unos veinte metros a través de la vegetación, haciendo muecas cada vez que las ramas y las zarzas la rascaban. Los de la parte trasera se agacharon para protegerse de los latigazos de las ramas. Justo cuando Fred estaba a punto de parar, reapareció el camino, vagamente.

—Siga —dijo Boyette.

Después se bifurcaba. Fred paró, mientras Boyette inspeccionaba la bifurcación y sacudía la cabeza. «No tiene ni idea», se dijo Fred. En la parte de atrás, Robbie miró a Keith y meneó la cabeza.

—Por aquí—dijo Boyette, señalando a la derecha.

Fred siguió aquella dirección.

El bosque se volvía más espeso, y los árboles más jóvenes, muy apretados. Como un sabueso, Boyette levantaba la mano y señalaba. Fred Pryor apagó el motor. La partida se esparció por el terreno en busca de un neumático de tractor, o lo que fuera. Una lata de cerveza hizo saltar uno de los detectores, y por unos instantes la tensión sufrió un aumento brusco. Pasó un pequeño avión, volando bajo. Todos se quedaron muy quietos, como si alguien los vigilase.

—Boyette —dijo Robbie—, ¿recuerda si la tumba está debajo de los árboles o en una zona despejada?

Parecía una pregunta razonable.

—Creo que más bien despejada —contestó Boyette—, pero en nueve años han crecido los árboles.

—Genial —masculló Robbie, antes de seguir pisoteando hierba con la mirada fija en el suelo, como si tuviera la pista perfecta a un solo paso.

—No es aquí —dijo Boyette después de media hora—. Sigamos.

Segundo intento.

Keith se encogió en la parte trasera de la camioneta. Robbie y él se miraban, como si ambos dijeran: «Hemos hecho el tonto», pero ninguno de los dos habló. No hablaban porque no había absolutamente nada que decir. Mil pensamientos les rondaban por la cabeza.

El camino giraba. En la siguiente recta, Boyette volvió a señalar.

—Es aquí —dijo, abriendo la puerta de golpe antes de que se apagase el motor.

Se lanzó a un claro de hierba que le llegaba hasta la cintura, mientras los demás lo seguían corriendo. Keith dio unos cuantos pasos y se cayó al

tropezar con algo. Al ponerse en pie y limpiarse de bichos y de hierbajos, vio qué le había hecho tropezar: los restos de un neumático de tractor, prácticamente hundido en la vegetación.

—Aquí hay un neumático —anunció.

Los otros dejaron de avanzar. Boyette estaba a pocos metros.

—Vayan a por los detectores de metales —dijo.

Fred Pryor tenía uno, que en cuestión de segundos chasqueó y zumbó, con claras señales de mucha actividad. Aaron Rey sacó dos palas.

El terreno estaba lleno de pedruscos, pero la tierra era blanda y húmeda. Después de diez minutos cavando como un loco, la pala de Fred Pryor chocó con algo que sonaba claramente a metal.

—Vamos a parar un segundo —decidió Robbie.

Tanto Fred como Aaron necesitaban un respiro.

—Bueno, Boyette —dijo Robbie—, explíquenos qué vamos a encontrar.

El tic, y la pausa.

—Es una caja de metal para herramientas hidráulicas, que pesa una barbaridad, la muy jodida; casi me destrozo la espalda al arrastrarla hasta aquí. Es de color naranja, con el nombre de la empresa, R. S. McGuire and Sons, Fort Smith, Arkansas, pintado en la parte de delante. Se abre por arriba.

—¿Y dentro?

—Ahora, solo huesos. Han pasado nueve años. —Boyette hablaba con aires de autoridad, como si no fuera su primera tumba secreta—. La ropa la tenía doblada, al lado de la cabeza. Tiene un cinturón alrededor del cuello. Debería estar intacto.

Se le apagó la voz, como si de alguna manera aquello le doliese. Durante la pausa, los otros se miraron. Luego Travis carraspeó y siguió hablando.

—Dentro de la ropa deberíamos encontrar su carnet de conducir y una tarjeta de crédito. No quise que me pillaran con eso encima.

—Describa el cinturón —dijo Robbie.

El vigilante de seguridad le pasó una cámara de vídeo.

—Negro, de unos cinco centímetros de ancho, con la hebilla redonda y plateada. Es el arma del crimen.

Siguieron cavando, mientras Robbie lo grababa con la cámara.

—Tendrá un metro y medio de largo —dijo Boyette señalando la silueta de la caja.

Ahora que su forma estaba clara, cada paletada de tierra revelaba algún detalle más. Era naranja, en efecto. Al profundizar se hizo visible el nombre «R. S. McGuire and Sons, Fort Smith, Arkansas».

—Ya está bien —dijo Robbie. Dejaron de cavar. Aaron Rey y Fred Pryor sudaban, y les costaba respirar—. No vamos a sacarla.

La caja de herramientas planteaba un claro reto, que se había hecho cada vez más evidente. La tapa superior estaba fijada con un pestillo, y este con un candado de los de combinación, de esos baratos que se encuentran en todas las ferreterías. Fred carecía de las herramientas necesarias para cortar el candado, pero no cabía duda de que al final conseguirían forzarlo. Habiendo llegado tan lejos, no se quedarían sin ver el interior. Los seis hombres, muy juntos, contemplaron la caja de herramientas naranja y el candado de combinación.

—Bueno, Travis —dijo Robbie—, ¿cuál es la combinación?

Aunque pareciera mentira, Travis sonrió, como si por fin fueran a darle la razón. Se agachó al borde de la tumba, tocó la caja como si fuera un altar y, suavemente, cogió la cerradura y sacudió la tierra. Después giró un par de veces el disco para poner el mecanismo a cero, lo giró lentamente a la derecha, hasta el 17, luego a la izquierda, hasta el 50, otra vez a la derecha, hasta el 4, y por último a la izquierda, hasta el 55. Después de un titubeo, bajó la cabeza, como si escuchase algo, y estiró con fuerza. Se oyó un suave clic, y el candado se abrió.

Robbie lo filmaba a un metro y medio de distancia. A pesar de donde estaba, y de lo que estaba haciendo, a Keith se le escapó una sonrisa.

—No lo abráis —dijo Robbie.

Pryor fue rápidamente a la camioneta, de la que trajo un paquete. Distribuyó guantes y mascarillas médicas, y cuando se los hubo puesto todo el mundo, Robbie dio la cámara a Pryor con instrucciones de que empezara a rodar. Después indicó a Aaron que bajase y abriese lentamente la tapa. Aaron lo hizo. No había ningún cadáver, solo huesos: los restos de una persona, supusieron que Nicole. Tenía las manos y los dedos entrelazados por debajo de las costillas, pero los pies estaban cerca de las rodillas, como si Boyette no hubiera tenido más remedio que doblarla para que cupiese en la caja de herramientas. En la calavera, intacta, solo faltaba un molar. Tenía una dentadura perfecta. Lo sabían por las fotos. Alrededor del cráneo había largas hebras de pelo rubio, y entre el cráneo y el hombro una tira de cuero negro, supusieron que el cinturón. Junto al cráneo, en una esquina de la caja, se veía algo que parecía ropa.

Keith cerró los ojos y rezó.

Robbie también cerró los suyos y lanzó una maldición.

Boyette retrocedió y se sentó al borde del neumático de tractor, entre las hierbas, donde empezó a frotarse la cabeza.

Mientras Fred seguía rodando, Robbie dio instrucciones a Aaron de que sacara con cuidado el rollo de ropa. Los artículos estaban intactos, si bien desgastados en algunos bordes, y con cierto número de manchas. Una blusa azul y amarilla, con algún tipo de fleco, y un agujero grande y feo, obra de los insectos o de la carne en putrefacción. Una falda blanca corta, muy manchada. Sandalias marrones. Sostén y bragas a juego, azul oscuro. Y dos tarjetas de plástico: el carnet de conducir y una MasterCard. Las cosas de Nicole fueron depositadas ordenadamente junto a su tumba.

Boyette volvió a la camioneta y se sentó en el asiento delantero, dándose un masaje en la cabeza. Robbie estuvo dando órdenes y haciendo planes durante diez minutos. Hicieron decenas de fotos, pero no tocaron nada más. Ahora era un lugar del delito, del que se ocuparían las autoridades locales.

Aaron y el vigilante de seguridad se quedaron, mientras el resto bajaba otra vez de Roop's Mountain.

Capítulo 31

A las diez de la mañana, el aparcamiento de la funeraria Lamb & Hijo estaba lleno, y la calle, bordeada de coches. El cortejo fúnebre, con sus mejores galas de domingo, formaba una hilera que empezaba en la puerta principal y, en fila de a tres o de a cuatro, cruzaba el pequeño césped, seguía por la calle y daba la vuelta a la esquina. Tristes y enojados, cansados y nerviosos, no sabían muy bien qué les pasaba, ni qué estaba ocurriendo en su tranquila ciudad. Finalmente, poco antes del amanecer, habían cesado las sirenas, los petardos, los disparos y el griterío en las calles, dejando unas horas de margen para descansar, aunque nadie esperaba que la normalidad volviese a las calles, ni el viernes ni durante el fin de semana.

Habían visto por la tele el inquietante rostro de Travis Boyette; habían oído su venenosa confesión, y la creían, porque siempre habían creído a Donté. Quedaban más cosas por contar, y si era cierto que a la chica la había matado Boyette, alguien lo pagaría muy caro.

En la policía de Slone había ocho agentes negros, todos los cuales se presentaron voluntarios para la misión. Aunque la mayoría llevara muchas horas sin dormir, estaban resueltos a rendir homenaje al difunto. Despejaron la calle de delante de la funeraria y desviaron el tráfico, pero lo que más les costó fue mantener a raya a los reporteros, que eran legión: todos en su sitio detrás del cordón policial, a una manzana de distancia.

Tras abrir con llave la puerta principal, Hubert Lamb saludó a la primera tanda de asistentes y les pidió que firmasen en el libro de visitas. La multitud empezó a moverse despacio, sin prisas. Se tardaría una semana en enterrar a Donté. Habría tiempo de sobra para presentarle los debidos respetos.

Donté estaba expuesto en la sala principal, con el ataúd abierto y cubierto de flores. Al pie del féretro, encima de un trípode, había una ampliación de su foto de último año de instituto: un chico de dieciocho años con americana y corbata, bien parecido. El retrato se lo habían hecho un mes antes de la detención. Sonreía, soñando aún con jugar a fútbol americano. Sus ojos estaban llenos de esperanza y ambición.

Su familia estaba cerca del ataúd, donde llevaban una hora tocándolo, llorando y tratando de ser fuertes por los invitados.

En la zona de acampada, Robbie describió la escena a Carlos y a los demás. Bryan Day quería ir a la tumba sin dilación, y filmarlo todo antes de que llegase la policía, pero Robbie no lo veía muy claro. Discutieron, aunque los dos eran conscientes de que la decisión final correspondía a Robbie. Fred Pryor estaba llamando por su móvil, tratando de localizar al sheriff del condado de Newton. Martha Handler hablaba con Aaron por móvil y tomaba notas. De repente se oyó un grito, un grito de angustia, a la vez que Boyette se caía al suelo y empezaba a temblar intensamente. Keith se arrodilló a su lado. Los otros acudieron a ver qué pasaba, impotentes. Hubo miradas de extrañeza. Al cabo de un minuto, aproximadamente, pareció que el ataque se le fuera pasando, y se atenuaron los temblores y las sacudidas. Boyette se cogió la cabeza con las manos, gimiendo de dolor. Después pareció que se moría. Se le quedó el cuerpo flácido, completamente inmóvil. Keith esperó. Después le tocó el hombro.

—¿Me oye, Travis? —preguntó.

Evidentemente, no lo oía. No hubo respuesta.

Keith se levantó.

—Se suele desmayar unos minutos.

—Vamos a ayudarlo a que no sufra —dijo Robbie—. Un tiro en la cabeza y listos. Cerca de aquí hay una tumba a punto de quedarse vacía.

—Vamos, Robbie —insistió Keith.

Pareció que a los demás les gustaba la idea. Se apartaron, y no tardaron mucho en encontrar otras ocupaciones. Pasaron cinco minutos. Boyette seguía sin moverse. Keith se arrodilló para tomarle el pulso. Era regular, pero débil.

—Robbie —dijo unos minutos más tarde—, creo que es grave. Está inconsciente.

—Yo no soy neurocirujano, Keith. ¿Qué quieres que haga?

—Necesita atención médica.

—Lo que necesita es un funeral, Keith. ¿Por qué no te lo llevas otra vez a Kansas, y lo entierras?

Keith se levantó y dio unos pasos hacia donde estaba Robbie.

—Eso es demasiado duro, ¿no te parece? —replicó.

—Perdona, Keith. Por si no te has dado cuenta, están pasando muchas cosas, y la salud de Boyette no forma parte de mis prioridades.

—Tampoco podemos dejar que se nos muera aquí.

—¿Por qué no? Total, ya está prácticamente muerto, ¿no?

Boyette gruñó y sufrió una convulsión de los pies a la cabeza, como si le atravesase una réplica. Después volvió a quedarse inmóvil.

Keith tragó saliva.

—Necesita un médico —dijo.

—Está bien, pues ve a buscar uno.

Los minutos pasaban lentamente, y Boyette no reaccionaba. A los demás les daba igual. Keith barajaba la posibilidad de irse solo en su coche, pero no era capaz de desatender a un moribundo. El vigilante de seguridad lo ayudó a subir a Boyette a la parte trasera del Subaru. Fred Pryor llegó del riachuelo.

—Era el sheriff —dijo—. Al final he conseguido hablar con él y convencerlo de que va en serio, que hemos encontrado un muerto en su jurisdicción. Viene para aquí.

Mientras Keith abría la puerta de su coche, Robbie se acercó.

—Llámame al llegar a un hospital —dijo—, y ten vigilado a Boyette; seguro que las autoridades de aquí quieren hablar con él. De momento no hay ninguna investigación abierta, pero podría haberla muy pronto, sobre todo si reconoce que mató a la chica en este estado.

—Casi no tiene pulso —informó el vigilante de seguridad desde el asiento trasero.

—No pienso montar guardia, Robbie —dijo Keith—. Yo ya he terminado. Me voy. Lo dejo en el hospital, sea donde sea, y me voy pitando a Kansas.

—Tienes nuestros números de móvil. Con que nos mantengas al corriente ya está bien. Seguro que en cuanto el sheriff vea la tumba enviará a alguien a ver a Boyette.

Se dieron la mano, sin saber si volverían a verse. La muerte crea extraños vínculos. Tenían la impresión de que se conocían desde hacía años.

Cuando el Subaru desapareció en el bosque, Robbie miró el reloj. Había tardado unas seis horas en venir desde Slone y encontrar el cadáver. Si Travis Boyette no se hubiera retrasado tanto, Donté Drumm estaría vivo, y a punto de que lo absolviesen. Escupió al suelo, y en su fuero interno deseó a Boyette una muerte lenta y dolorosa.

Durante los tres cuartos de hora en coche desde la zona de acampada —incluidas como mínimo cuatro paradas para preguntar por el camino—, Boyette no se había movido, ni había hecho ningún ruido. Parecía que estaba muerto. En la entrada de urgencias, Keith explicó a un médico que Boyette tenía un tumor, pero no entró en más detalles. El médico tuvo curiosidad por saber por qué un pastor de Kansas pasaba por Joplin con un enfermo grave que no era pariente ni feligrés suyo. Keith le dijo que era una historia muy larga, y que estaría encantado de contársela cuando tuviera tiempo. Ambos sabían que nunca lo tendrían, y que la historia

quedaría sin contar. Tras colocar a Boyette en una camilla, con su bastón, se lo llevaron por el pasillo para que lo examinasen. Keith lo vio desaparecer al otro lado de una puerta basculante. Después buscó asiento en la sala de espera y llamó a Dana para dar señales de vida. La incredulidad de su mujer había aumentado con cada parte informativo, a cuál más impactante. Parecía insensible a cualquier novedad. Muy bien, Keith. Sí, Keith. Claro, Keith. Ven a casa, Keith, por favor.

A continuación, llamó a Robbie, para decirle dónde estaban. Boyette seguía vivo, y lo estaban examinando. Robbie aún esperaba que llegase el sheriff. Tenía muchas ganas de dejar el lugar del crimen en manos de profesionales, aunque era consciente de que tardarían un poco.

Keith llamó a Matthew Burns.

—Hombre, Matt, buenos días —dijo alegremente al oír su voz—. Ahora estoy en Missouri, donde hace una hora hemos abierto la tumba y hemos visto los restos de Nicole Yarber. No está mal esa noticia un viernes por la mañana...

—¿Qué otras novedades hay? ¿Cómo estaba ella?

—En los huesos, pero la identificación es terminante. Boyette dice la verdad. Se han equivocado de persona. Es increíble, Matt.

—¿Cuándo vuelves?

—Antes de comer. No tardaré, porque Dana ya está desesperada.

—Tenemos que vernos mañana a primera hora. He visto todas las noticias, sin perderme ni un minuto, y tú no salías ni una sola vez. Tal vez hayas pasado inadvertido. Tenemos que hablar. ¿Dónde está Boyette?

—En un hospital de Joplin, creo que muñéndose. Yo estoy con él.

—Déjalo, Keith. Quizá se muera. Que se preocupen otros. Tú sube al coche y arreando.

—Es lo que pienso hacer. Me quedaré hasta que me digan algo, y luego a conducir. Kansas queda a unos minutos.

Pasó una hora. Robbie llamó a Keith para informarle de que había llegado el sheriff, y de que ahora Roop's Mountain estaba llena de policías. Dos agentes de la policía del estado iban de camino al hospital, para detener a Boyette. Keith accedió a esperarlos y a irse cuando llegasen.

—Gracias por todo, Keith —dijo Robbie.

—No ha sido suficiente.

—No, pero había que tener valor. Te has esforzado. Más no podías hacer.

—Seguimos en contacto.

Los policías del estado, Weshler y Giles, eran los dos sargentos. Después de las presentaciones, muy escuetas, preguntaron a Keith si

estaba dispuesto a aclararles unas cuantas cosas. Por supuesto, cómo no. ¿Qué más se podía hacer en una sala de espera de urgencias? Era casi la una del mediodía. Compraron bocadillos en una máquina, y encontraron una mesa. Giles tomaba notas. De casi todas las preguntas se encargaba Weshler. Keith empezó por el lunes por la mañana, y desgranó los puntos culminantes de aquella semana tan inusual. A veces parecían dudar de su veracidad. Ellos no habían seguido el caso Drumm, pero desde que Boyette se había declarado públicamente culpable, y había comentado que el cadáver estaba enterrado cerca de Joplin, habían empezado a sonar los teléfonos. Entonces ellos se habían puesto al día, viendo más de una vez la cara y las declaraciones de Boyette. La aparición de un cadáver los situaba en pleno centro de una noticia que no dejaba de agrandarse.

Fueron interrumpidos por un médico, que explicó que Boyette estaba estable, descansando. Sus constantes vitales eran normales. La radiografía que le habían hecho en la cabeza confirmaba la presencia de un tumor del tamaño de un huevo. El hospital necesitaba ponerse en contacto con algún familiar. Keith trató de explicar lo poco que sabía sobre los parientes de Boyette.

—Lo único que sé es que tiene a un hermano en la cárcel, en Illinois —dijo.

—Bueno —respondió el médico, rascándose la mandíbula—, ¿cuánto tiempo quieren que nos lo quedemos?

—¿Cuánto tendrían que quedárselo?

—Hasta mañana. Más allá de eso, no estoy seguro de que podamos ayudarlo.

—Mío no es, doctor —dijo Keith—. Yo solo lo llevo en coche.

—¿También forma parte de esa historia tan larga?

Tanto Giles como Weshler asintieron. Keith propuso al médico que se pusiera en contacto con los médicos del hospital St. Francis de Topeka. Quizá el pequeño grupo pudiera idear algún plan para Travis Boyette.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Weshler.

—En una habitación pequeña de la segunda planta —contestó el médico.

—¿Podríamos verlo?

—Ahora no. Tiene que descansar.

—¿Y quedarnos a la puerta de la habitación? —preguntó Giles—. Tenemos previsto que se le acuse de un asesinato, y nos han ordenado que lo vigilemos.

—De aquí no va a salir.

Weshler se molestó. El doctor intuyó que era inútil discutir.

—Síganme —dijo.

—Eh, vosotros —dijo Keith cuando empezaban a alejarse—, yo puedo irme, ¿no?

Weshler miró a Giles; Giles escrutó a su compañero, y ambos miraron al doctor.

—Pues claro —dijo Weshler—, ¿por qué no?

—Es todo vuestro —dijo Keith, que ya se iba, caminando hacia atrás.

Cruzó la entrada de urgencias y apretó el paso hacia su coche, que estaba cerca, en un aparcamiento. Tras buscar seis dólares en sus menguantes reservas de dinero en efectivo, pagó al encargado y pisó el acelerador para salir a la calle. «Por fin, libre», se dijo. Nada más estimulante que mirar el asiento vacío y saber que con un poco de suerte nunca volvería a estar cerca de Travis Boyette.

A Weshler y Giles les dieron unas sillas plegables. Se apostaron en el pasillo, junto a la puerta de la habitación número ocho. Tras llamar a su superior, y ponerlo al corriente del estado de Boyette, empezaron a matar el tiempo leyendo revistas. Al otro lado de la puerta había seis camas, separadas entre sí por finas cortinas. Al fondo había una ventana grande que daba a un solar vacío y, junto a la ventana, una puerta que usaba a veces el personal de servicio.

Al cabo de un rato volvió el médico, que habló con los agentes y entró para echarle un vistazo a Boyette. Al apartar la cortina de la cama cuatro, se quedó de piedra.

Los tubos colgaban sueltos. Sobre la cama, muy bien hecha, había un bastón negro. Boyette había desaparecido.

Capítulo 32

Robbie Flak y su pequeño equipo se pasaron dos horas observando el circo. Poco después de que llegara el sheriff, y comprobase la existencia de una tumba, Roop's Mountain atrajo a toda la policía de cien kilómetros a la redonda: la local, la del estado, el forense del condado, investigadores de la policía de tráfico del estado de Missouri, y por último un experto de la científica.

Ruido de radios, gritos, y por encima de todo un helicóptero. Al saberse que Boyette se había esfumado, los policías lo insultaron como si lo conociesen de toda la vida. Robbie marcó el número del móvil de Keith, para darle la noticia. Keith le explicó lo ocurrido en el hospital. No creía que en aquellas condiciones físicas pudiera ir muy lejos. Coincidieron en que lo cogerían, más pronto que tarde.

A las dos del mediodía, Robbie se cansó de estar allí. Él ya lo había contado todo, y había contestado a mil preguntas de los investigadores. No quedaba nada que hacer. Habían encontrado a Nicole Yarber, y estaban listos para regresar a Slone, donde les esperaban muchos temas por zanjar. Bryan Day tenía imágenes suficientes para una miniserie, aunque no tendría más remedio que guardárselas durante algunas horas. Robbie informó al sheriff que se marchaban. La caravana, de la que ya no formaba parte el Subaru, fue esquivando coches hasta volver a la carretera y poner rumbo al sur. Carlos envió decenas de fotos al bufete por correo electrónico, además del vídeo. Estaban montando una presentación.

—¿Podemos hablar? —preguntó Martha Handler después de unos minutos de camino.

—No —contestó Robbie.

—Ya has hablado con la policía. ¿Y ahora qué?

—Dejarán los restos en la caja de herramientas y se lo llevarán todo a Joplin, a un laboratorio móvil de criminología. Harán su trabajo, y luego ya veremos.

—¿Qué buscarán?

—Bueno, primero intentarán identificar el cadáver con el historial dental, que debería ser fácil; probablemente no tarden más que unas horas. Es posible que esta noche ya digan algo.

—¿Tienen el historial dental de Nicole?

—Yo les he dado una copia. Con anterioridad al juicio de Donté, la acusación nos dejó varias cajas de pruebas una semana antes de que seleccionásemos al jurado. El caso es que la fastidiaron, lo cual no tiene nada de raro, y que en una carpeta había unos rayos equis de los dientes de Nicole. Durante los primeros días de la investigación circulaban varias copias, y una la tenía Koffee, que nos la dio sin querer. No es que fuera gran cosa, porque en el juicio no se habló de su historial dental. Ya sabes que no había cadáver. La carpeta se la envié otra vez a Koffee un año más tarde, pero antes me hice una copia. Nunca se sabe lo que puedes necesitar.

—¿Él sabía que te habías quedado una copia?

—No me acuerdo, pero lo dudo. Tampoco es muy importante.

—¿No hay vulneración de la intimidad?

—Pues claro que no. ¿Qué intimidad, la de Nicole?

Martha tomaba notas, con la grabadora encendida. Robbie cerró los ojos, intentando no mostrar preocupación.

—¿Qué más buscarán? —preguntó Martha.

Robbie frunció el ceño, pero no abrió los ojos.

—Después de nueve años es imposible establecer la causa de la muerte en un estrangulamiento. Buscarán restos de ADN, tal vez en la sangre seca, o en el pelo. Nada más; ni semen, ni piel, ni saliva, ni cerumen, ni sudor. Nada de eso aguanta tanto tiempo en un cadáver en descomposición.

—¿El ADN es importante? Lo digo porque como sabemos quién la mató...

—Sí, lo sabemos, pero a mí me encantaría tener la prueba del ADN. Si la conseguimos, será el primer caso en toda la historia del país en que sepamos con pruebas de ADN que se ha ejecutado a un inocente. Hay unos diez casos en los que tenemos la firme sospecha de que el estado se equivocó al ejecutar al culpable, pero ninguno con pruebas biológicas claras. ¿Quieres beber algo? A mí me hace falta.

—No.

—¿Algo de beber, Carlos?

—Sí, para mí una cerveza.

—¿Aaron?

—Estoy conduciendo, jefe.

—Era broma.

Robbie sacó de la nevera dos cervezas, y le tendió una a Carlos. Después de echar un largo trago, volvió a cerrar los ojos.

—¿En qué piensas? —preguntó Martha.

—En Boyette, en Travis Boyette. Nos ha faltado tan poco... Si nos hubiera dado veinticuatro horas más, podríamos haber salvado a Donté. Ahora solo quedan las secuelas.

—¿Qué le pasará a Boyette?

—Lo acusarán de asesinato, aquí en Missouri; y si vive lo suficiente, lo encausarán.

—¿Y en Texas? ¿También lo encausarán?

—Claro que no. No reconocerán nunca en la vida haber matado a un inocente. Koffee, Kerber, la jueza Vivían Grale, el jurado, los jueces de apelación, el gobernador... Ni uno solo de los culpables de esta farsa admitirá alguna vez haberse equivocado. Mira cómo corren. Mira cómo señalan a otros. Quizá no nieguen sus errores, pero lo que está muy claro es que no los reconocerán. Sospecho que se estarán quietecitos y escondidos hasta que pase el temporal.

—¿Podrán?

Otro trago de la botella. Robbie sonrió a la cerveza, y se pasó la lengua por los labios.

—Nunca han enjuiciado a ningún poli por la condena de un inocente. Kerber debería ir a la cárcel, y Koffee lo mismo. Son directamente responsables de la condena de Donté, pero Koffee controla al gran jurado; es el que manda en el sistema, y así es difícil que haya algún encausamiento penal, a menos que yo pueda convencer al Departamento de Justicia de que investigue, claro. Intentarlo, claro que lo intentaré. Y aún nos quedan los tribunales civiles.

—¿Demandas?

—¡Por supuesto! Muchas. Demandaré a todo el mundo. Ya estoy impaciente.

—Creía que te ibas a vivir a Vermont.

—Eso quizá tenga que dejarlo para más tarde. Aún no he acabado del todo con el tema.

El viernes, a las dos del mediodía, el consejo escolar municipal de Slone celebró una reunión de emergencia. El orden del día tenía un solo punto: el partido. Estaba previsto que el equipo de Longview llegara a las cinco de la tarde, y que a las siete y media se pusiera en movimiento la pelota. La dirección y los entrenadores de Longview temían por la seguridad tanto de sus jugadores como de sus hinchas, y no les faltaba razón: ahora los disturbios de Slone recibían por sistema el calificativo de «raciales», una descripción sensacionalista tan inexacta como contagiosa.

Las llamadas amenazadoras a la comisaría de Slone y al instituto habían sido incesantes. Si intentaban jugar el partido, habría problemas, y muchos. El comisario jefe, Joe Radford, pidió al consejo que lo cancelase o que lo pospusiera. Cinco mil personas juntas, casi todas blancas, serían un blanco demasiado goloso para quienes buscaban trifulca. No menos inquietante era la perspectiva de que todas las casas de los espectadores se quedaran vacías y desprotegidas durante el partido. El entrenador reconocía que en el fondo tampoco quería jugar. Los chicos estaban demasiado inquietos; no solo eso, sino que sus mejores jugadores, negros todos ellos, hacían boicot. Su *tailback* estrella, Trey Glover, aún estaba en la cárcel. Ambos equipos contaban seis victorias y dos derrotas, y confiaban llegar a las finales del estado. El entrenador sabía que con un equipo blanco al cien por cien sus posibilidades eran nulas, pero no jugar equivalía a perder, lo cual le tenía tan perplejo como a todos los demás ocupantes de la sala.

El director describió la tribuna de prensa quemada, la tensión de los últimos dos días, la cancelación de clases y las amenazas telefónicas que había recibido su despacho durante todo el día. Estaba agotado, nervioso, y prácticamente suplicó al consejo que cancelase el partido.

En la reunión había un mando de la Guardia Nacional, que habría preferido estar en otro sitio. A él le parecía posible controlar la zona del estadio, y que se jugara el partido sin incidentes, pero compartía la preocupación del jefe por lo que pudiera pasar durante aquellas tres horas en el resto de la ciudad. Ante la insistencia en que se pronunciara, reconoció que lo más seguro era cancelarlo.

Entre ansias y desasosiegos, los miembros del consejo se pasaban papelitos. Para ellos, tratar de presupuestos, currículos, disciplina y otros muchos temas importantes era pura rutina, pero nunca se habían enfrentado a algo tan trascendental como anular un partido de instituto. Se presentaban a las elecciones cada cuatro años, y la perspectiva de enajenarse al electorado pesaba mucho. Si votaban a favor de la cancelación, y el equipo de Slone se veía obligado a no jugar, darían la imagen de ceder a los boicoteadores y los alborotadores. Si en cambio votaban por jugar, y pasaba algo malo, con heridos, sus adversarios les echarían la culpa.

Alguien sugirió un acuerdo, y la idea se impuso rápidamente. Una rápida serie de llamadas convirtió dicho acuerdo en realidad. En vez de jugarse aquella noche en Slone, el partido se disputaría el día siguiente, en alguna localidad próxima, sin que se concretase el lugar exacto. Longview accedió. Su entrenador, que estaba al corriente del boicot, olía sangre. La ubicación del terreno neutral se mantendría en secreto hasta dos horas antes del comienzo del partido. Tras una hora de viaje, aproximadamente, los dos equipos se enfrentarían sin espectadores y todo volvería a la normalidad. El acuerdo fue del agrado de todos salvo del primer entrenador, que apretó animosamente la mandíbula y pronosticó una victoria. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Durante toda la mañana, y parte de la tarde, la estación de trenes fue un imán para los reporteros. Era el último lugar donde había sido visto Boyette, un personaje que ahora era el centro de la atención. Su escalofriante confesión casi llevaba un día entero en el bucle de las cadenas de noticias, con la novedad de que ahora se añadía su pasado. Su pintoresco historial delictivo estaba en el candelero, y su credibilidad, en entredicho. Salían en directo expertos de todo pelaje, que emitían opiniones acerca de su infancia, su perfil y sus motivos. Un charlatán lo tachó directamente de mentiroso, y no se cansó de decir que «aquellos asquerosos» buscaban un cuarto de hora de fama y que disfrutaban torturando a las familias de las víctimas. Un ex fiscal de Texas opinó sobre la ecuanimidad del juicio y las apelaciones de Drumm, y aseguró a todos sus oyentes que el sistema funcionaba de maravilla. Evidentemente, Boyette estaba de psiquiatra.

La historia, al prolongarse, perdió cierta capacidad de impacto. Ya no estaba Boyette para añadir nuevos detalles, ni para defenderse. Tampoco estaba Robbie Flak. Los reporteros sabían que su coche no se encontraba en el bufete. ¿Adónde había ido?

Dentro de la estación, Sammie Thomas, Bonnie y Fanta adoptaron una mentalidad de asedio e intentaron trabajar, pero era imposible. Los teléfonos sonaban sin descanso, y cada hora, aproximadamente, alguno de los reporteros más osados estaba a punto de llegar hasta la puerta, antes de que se lo impidiera uno de los vigilantes de seguridad. Con el paso del tiempo, la multitud empezó a entender que Boyette no estaba dentro, ni tampoco Robbie.

Al final los reporteros se fueron, por aburrimiento, y recorrieron Slone en busca de algún incendio o pelea. En su deseo de llegar al fondo del asunto, entrevistaron a soldados de la Guardia Nacional que patrullaban por las calles, y filmaron varias veces las iglesias y edificios chamuscados. También hablaron con jóvenes negros indignados, frente a salas de billar y bares, y metieron sus micros en más de una camioneta para obtener jugosos comentarios de los vecinos que habían salido de patrulla. Después, como volvían a aburrirse, regresaron a la estación de trenes y esperaron noticias de Boyette. ¿Dónde narices estaba?

Al caer la tarde empezó una concentración en el parque Washington. La noticia circuló entre los medios de comunicación, que acudieron raudos. Su presencia atrajo a más jóvenes negros, y en poco tiempo el rap lo atronaba todo y saltaban los petardos. Era un viernes por la noche: día de cobro y de cerveza, principio del fin de semana, y momento de desfogarse un poco.

La tensión iba en aumento.

Unas cuarenta horas después de salir de la casa del pastor en compañía no deseada, Keith volvió a ella en solitario. Tras apagar el

motor, se quedó un instante sentado en el coche, para situarse. Dana, que lo esperaba en la cocina, lo recibió con un abrazo y un beso.

—Pareces cansado —le dijo con dulzura.

—Estoy bien —respondió él—. Lo único que necesito es dormir toda la noche. ¿Dónde están los niños?

Los niños estaban en la mesa, comiendo raviolis, y se lanzaron encima de su padre como si llevase fuera todo un mes. Clay, el mayor, llevaba puesto su equipo de fútbol americano, listo para un partido. Tras un largo abrazo, la familia se sentó para acabar de cenar.

En el dormitorio, Keith, tras darse una ducha rápida, se vistió.

Dana lo observaba, sentada al borde de la cama.

—Aquí nadie ha hecho ningún comentario —dijo—. He hablado un par de veces con Matthew. Hemos estado mirando las noticias y llevamos horas en internet, pero tu nombre no ha salido en ningún sitio. Mil fotos, pero de ti ni rastro. La iglesia cree que has tenido que salir por alguna urgencia, o sea que por ese lado no hay sospechas. Quizá tengamos suerte.

—¿Qué noticias hay de Slone?

—No gran cosa. Han aplazado el partido de esta noche, y han dado la noticia como si se hubiera estrellado un avión de pasajeros.

—¿Ninguna noticia de Missouri?

—Nada.

—Ya saldrá dentro de poco. No puedo imaginarme la conmoción que habrá cuando anuncien que han encontrado el cadáver de Nicole Yarber. La ciudad explotará.

—¿Cuándo será?

—No lo sé. No tengo claro cuáles son los planes de Robbie.

—¿Robbie? Lo dices como si fuerais amigos de toda la vida.

—Es que lo somos. Lo conocí ayer, pero hemos hecho un largo viaje juntos.

—Estoy orgullosa de ti, Keith. Has hecho una locura, pero también has sido muy valiente.

—Yo no me siento valiente. Ahora mismo no estoy seguro de cómo me siento; más que nada, en estado de shock. Creo que aún me dura el aturdimiento. Ha sido una aventura bastante excepcional, pero hemos perdido.

—Al menos lo has intentado.

Keith se puso un jersey y se metió la camiseta por dentro del pantalón.

—Lo que espero es que cojan a Boyette. ¿Y si encuentra otra víctima?

—Vamos, Keith, se está muriendo.

—Pero se ha dejado el bastón, Dana. ¿Cómo explicas eso? Yo llevo cinco días paseándome con él, como si fuera un año, y le costaba caminar sin bastón. ¿Por qué iba a dejarlo?

—Tal vez haya pensado que con bastón lo reconocerían antes.

Keith se apretó el cinturón y lo abrochó.

—Tenía una fijación contigo, Dana. Te ha nombrado varias veces, diciendo algo así como «esa mujer tan mona que tiene».

—A mí no me preocupa Travis Boyette. Tendría que ser muy tonto para volver a Topeka.

—Cosas más tontas ha hecho. Fíjate en cuántas veces lo han detenido.

—Tenemos que irnos. El partido es a las seis y media.

—Ya tengo ganas de verlo. Necesito alguna distracción. ¿Tenemos alguna botella de vino de misa por aquí?

—Creo que sí.

—Me alegro. Necesito beber algo. Vamos a ver un poco de fútbol, y luego nos pasamos el resto de la noche poniéndonos al día.

—Quiero que me lo cuentes todo.

Capítulo 33

La reunión la organizó el juez Elias Henry, que aunque carecía de autoridad para mover a la gente un viernes por la noche, tenía una capacidad de persuasión más que suficiente. Paul Koffee y Drew Kerber llegaron puntualmente a su despacho, a las ocho de la tarde. El siguiente en llegar fue Joe Radford. Los tres se sentaron juntos en un lado de la mesa de trabajo del juez. Robbie ya llevaba media hora en la sala, en compañía de Carlos, y el ambiente estaba cargado. No hubo saludos, apretones de manos ni cumplidos. Al cabo de un momento llegó el alcalde Rooney, que se sentó a solas, lejos de la mesa.

El juez Henry, con el traje negro, la camisa blanca y la corbata naranja de siempre, empezó hablando con solemnidad.

—Ya están todos aquí. El señor Flak tiene información.

Robbie estaba sentado enfrente de Kerber, Koffee y Radford, quietos y sumisos los tres como si esperasen una sentencia de muerte.

—Hemos salido de Slone hacia las cinco de la mañana —empezó a explicar—, y hemos ido al condado de Newton, Missouri. Nos acompañaba Travis Boyette. El viaje ha durado casi seis horas. Con las indicaciones de Boyette, hemos llegado a una zona apartada del condado, primero por carreteras secundarias y luego por caminos de tierra, hasta un sitio que los de allí llaman Roop's Mountain; un sitio aislado, apartado y lleno de maleza. A ratos Boyette no se acordaba muy bien, pero al final nos ha llevado a donde dice que enterró a Nicole Yarber. —Hizo una señal con la cabeza a Carlos, que apretó una tecla de su ordenador portátil. Al fondo de la sala, en una pizarra, apareció una foto del claro lleno de hierbas. Robbie siguió hablando—. Hemos encontrado el punto exacto, y hemos empezado a cavar. —En la siguiente foto salían Aaron Rey y Fred Pryor con unas palas—. Cuando Boyette estuvo en Slone, en otoño de 1998, trabajó para una empresa de Fort Smith que se llamaba R. S. McGuire and Sons. En la parte trasera de su camioneta llevaba una caja grande de metal que había servido para guardar herramientas hidráulicas. Fue lo que usó para enterrarla. —Siguiente foto: la tapa de la caja de herramientas naranja—. El suelo no era duro. En diez o quince minutos encontramos esto. —Siguiente foto: la mitad superior de la caja de herramientas, con la inscripción R. S. MCGUIRE AND SONS—. Como ven, la caja se abría por arriba y tenía un pestillo lateral. En el pestillo había un candado de esos de combinación, que Boyette decía haber comprado en una ferretería de Springdale, Arkansas. Como se acordaba de la

combinación, la abrió. —Siguiente foto: Boyette de rodillas al lado de la tumba, manipulando el candado. La cara de Koffee se puso muy pálida. Kerber tenía la frente sudada—. Al abrir la caja, encontramos esto. —Siguiente foto: el esqueleto—. Antes de abrirla, Boyette nos dijo que tenía que haber ropa doblada al lado de la cabeza. —Siguiente foto: la ropa junto al cráneo—. También nos dijo que dentro de la ropa encontraríamos el carnet de conducir y una tarjeta de crédito de Nicole, y tenía razón. —Siguiente foto: un primer plano de la MasterCard, donde se leía el nombre sin dificultades, a pesar de las manchas—. Boyette nos dijo que la mató estrangulándola con su propio cinturón, de cuero negro y con la hebilla plateada. —Siguiente foto: una tira de cuero negro parcialmente descompuesta, pero con una hebilla plateada—. Les he preparado un juego completo de las fotos, para que se las lleven a casa y las miren esta noche. En ese momento hemos llamado al sheriff del condado de Newton y hemos dejado el sitio en sus manos. —Siguiente foto: el sheriff y tres de sus ayudantes boquiabiertos ante los restos óseos—. El lugar se ha convertido enseguida en un hormiguero de policías e investigadores, y han tomado la decisión de dejar los restos en la caja y llevarla al laboratorio de criminología de Joplin, que es donde está ahora. Yo he dado a las autoridades una copia de las radiografías dentales de Nicole, una copia del mismo juego que entregaron ustedes sin darse cuenta cuando hacían truquitos con las pruebas, antes del juicio. He hablado con el laboratorio, y el caso tiene prioridad. Prevén acabar la identificación preliminar esta noche. Esperamos que nos llamen en cualquier momento. Examinarán todo el contenido de la caja de herramientas, y con algo de suerte encontrarán pruebas para los tests de ADN. No es muy probable, pero el ADN no es crucial. Está bastante claro a quién enterraron en la caja, y no hay dudas sobre la identidad del asesino. Boyette tiene un tumor mortal en el cerebro (es una de las razones de que diera la cara), y sufre ataques muy fuertes. Cuando estábamos allá se ha desmayado, y se lo han llevado a un hospital de Joplin. Se las ha arreglado para largarse del hospital sin llamar la atención, y ahora mismo nadie sabe dónde está. Se le considera sospechoso, aunque en el momento de desaparecer no estaba bajo arresto.

Durante su relato, Robbie miró fijamente a Koffee y Kerber, pero ellos eran incapaces de sostener su mirada. Koffee se pellizcaba el puente de la nariz, mientras Kerber se arrancaba pieles de las uñas. En el centro de la mesa había tres carpetas negras idénticas. Robbie las empujó con suavidad: una para Koffee, otra para Kerber y una tercera para Radford. Después siguió hablando.

—Aquí dentro hay un juego completo de fotos para cada uno de ustedes, y algunas cosillas más: la ficha de cuando arrestaron a Boyette en Slone, que demuestra que estaba aquí en el momento del asesinato. De hecho, lo tuvieron ustedes en la cárcel al mismo tiempo que a Donté. También hay una copia de su largo historial delictivo y carcelario. Está su declaración jurada, pero en el fondo no hace falta que lean eso. Es una relación detallada del rapto, las agresiones sexuales, el asesinato y el

entierro, la misma historia que seguro que ya han visto unas cuantas veces por la tele. También hay una declaración jurada, firmada ayer por Joey Gamble, donde dice que mintió durante el juicio. ¿Alguna pregunta?

Silencio.

Siguió hablando.

—He decidido proceder de este modo por respeto a la familia de Nicole. Dudo que alguno de ustedes tenga agallas para ir a ver a Reeva esta noche y contarle la verdad, pero al menos tienen esa opción. Sería una pena que se enterase por terceros. Alguien tiene que explicárselo esta noche. ¿Algún comentario? ¿Algo que decir?

Silencio.

El alcalde carraspeó.

—¿Cuándo se hará público? —preguntó en voz baja.

—He pedido a las autoridades de Missouri que se lo reserven hasta mañana. A las nueve de la mañana daré una rueda de prensa.

—Robbie, por Dios, ¿es necesario? ¿De verdad? —preguntó el alcalde.

—Llámeme señor Flak, señor alcalde; sí, es totalmente necesario. Hay que contar la verdad. Lleva nueve años enterrada por la policía y el fiscal, así que es hora de contarla, sí. Por fin quedarán en evidencia las mentiras. Después de nueve años, y de la ejecución de un inocente, el mundo se enterará de que la confesión de Donté era una falsedad, y yo explicaré los métodos brutales que usó el detective Kerber para conseguirla. Pienso describir con todo detalle las mentiras que se usaron en el juicio (la de Joey Gamble, y el chivato de la cárcel al que acorralaron Kerber y Koffee, y con quien hicieron un pacto). Describiré todas las tácticas sucias empleadas en el juicio. Probablemente tenga la oportunidad de recordarle a todo el mundo que durante el juicio el señor Koffee se acostaba con la jueza, por si alguien lo ha olvidado. Lástima que el sabueso ya no esté vivo. ¿Cómo se llamaba?

—Yogi —dijo Carlos.

—¿Cómo se me puede haber olvidado? Lástima que el viejo Yogi no esté vivo, porque así podría enseñárselo al mundo, y volver a llamarle estúpido hijo de perra. Calculo que será una rueda de prensa larga. Están ustedes invitados. ¿Alguna pregunta? ¿Algún comentario?

Paul Koffee abrió un poco la boca, como si intentara decir algo, pero siguió en silencio. Robbie estaba lejos de haber terminado.

—Y para que sepan ustedes qué esperar de los próximos días, el lunes por la mañana presentaré como mínimo dos demandas: una aquí, en el juzgado del estado, que los identifica a ustedes como demandados, junto con el ayuntamiento, el condado y medio estado; y la otra, que presentaré en el juzgado federal, una acción de derechos civiles con una larga lista de alegaciones. También aparecerán sus nombres. Es posible que

presente una o dos más, si encuentro base jurídica. Pienso ponerme en contacto con el Departamento de Justicia y solicitar una investigación. Por lo que a Usted respecta, Koffee, pienso presentar una queja al colegio de abogados del estado por violación de la ética; no es que espere que el colegio muestre gran interés, pero la maquinaria lo devorará. Quizá le convenga empezar a pensar en dimitir. En cuanto a usted, Kerber, habrá que plantear muy seriamente la jubilación anticipada. Deberían expulsarlo, pero dudo que el alcalde y el gobierno municipal tengan huevos para eso. Comisario, usted era comisario adjunto cuando esta investigación se salió de madre. También será nombrado entre los demandados, pero no lo tome como nada personal, porque voy a denunciar a todo el mundo.

El comisario se levantó despacio y fue hacia la puerta.

—¿Se marcha, señor Radford? —preguntó el juez en un tono que no dejaba dudas de que aquella repentina salida sería vista con malos ojos.

—Mi cargo no me exige quedarme sentado escuchando a gilipollas pretenciosos como Robbie Flak —replicó el comisario.

—La reunión aún no ha acabado —dijo, muy serio, el juez Henry.

—Yo que usted me quedaría —intervino el alcalde.

El comisario decidió quedarse. Se colocó junto a la puerta.

Robbie miró fijamente a Kerber y a Koffee.

—Anoche hicieron una fiestecita junto al lago, para celebrarlo —afirmó a continuación—. Supongo que ya ha terminado.

—Siempre habíamos pensado que Drumm tuvo un cómplice —logró articular de sopetón Koffee, aunque se le apagó la voz bajo el peso de la propia absurdidad de sus palabras.

Kerber asintió rápidamente, dispuesto a lanzarse sobre cualquier teoría nueva que pudiera salvarlos.

—¡Pero Paul, por Dios! —bramó incrédulo el juez Henry.

Robbie se reía. El alcalde se había quedado boquiabierto de sorpresa.

—¡Genial! —exclamó Robbie—. Maravilloso, brillante. De golpe una nueva teoría que nunca se había mencionado. Una teoría sin ninguna relación con la verdad. ¡Que empiecen las mentiras! Tenemos una página web, Koffee, y mi ayudante Carlos, aquí presente, llevará la cuenta de las mentiras: las de ustedes dos, las del gobernador, las de los tribunales y quizá hasta de la buena de la jueza Grale, si es que llegamos a encontrarla. Llevan nueve años mintiendo para matar a un inocente, y ahora que sabemos la verdad, ahora que quedarán en evidencia sus mentiras, insisten justamente en lo que siempre han hecho: ¡mentir! Me da ganas de vomitar, Koffee.

—¿Podemos irnos, señor juez? —preguntó Koffee.

—Un momento.

Sonó un teléfono. Lo cogió Carlos.

—Es del laboratorio de criminología, Robbie.

Robbie tendió la mano y lo cogió. La conversación fue breve, sin sorpresas.

—Identificación concluyente —dijo Robbie al acabar—: es Nicole.

La sala quedó en silencio, mientras pensaban en la joven.

—Señores, me preocupa la familia de Nicole —dijo finalmente el juez Henry—. ¿Cómo le damos la noticia?

Drew Kerber estaba sudoroso, como al borde de algún tipo de ataque. Él no pensaba en la familia de Nicole. Tenía mujer, la casa llena de niños, muchas deudas y una reputación. Paul Koffee no se imaginaba ni remotamente una conversación con Reeva sobre aquel pequeño giro de la situación. No, él no lo haría. Prefería huir como un cobarde que tratar con aquella mujer. En esos momentos, reconocer que habían encausado y ejecutado a un inocente superaba con mucho los límites de su imaginación.

No hubo ningún voluntario.

—Conmigo obviamente no hay que contar, señor juez —dijo Robbie—. Tengo que hacer otro viaje: a casa de los Drumm, para darles la noticia.

—¿Señor Kerber? —preguntó el juez.

Kerber sacudió la cabeza.

—¿Señor Koffee?

Otro tanto.

—Bueno, pues yo mismo llamaré a la madre para comunicarle la noticia.

—¿Hasta cuándo puede esperar, señor juez? —preguntó el alcalde—. Si esto llega a la calle esta noche, que Dios nos coja confesados.

—¿Quién está enterado, Robbie? —preguntó el juez.

—Mi bufete, los siete que estamos en la sala y las autoridades de Missouri. También nos hemos llevado a un equipo de la tele, pero no emitirán nada hasta que yo se lo diga. Ahora mismo somos pocos.

—Esperaré dos horas —dijo el juez Henry—. Queda aplazada la reunión.

Roberta Drumm estaba en su casa, con Andrea y unos cuantos amigos. La mesa y los mármoles de la cocina estaban llenos de comida: cazuelas, fuentes de pollo frito, pasteles dulces y salados... Comida suficiente para cien personas. Robbie, que se había olvidado de cenar,

picó algo mientras él y Martha esperaban a que se fuesen los amigos. Roberta estaba completamente agotada. Después de un día recibiendo a invitados en la funeraria, y llorando con la mayoría de ellos, estaba emocional y físicamente en el límite.

Por eso la noticia tuvo el efecto de empeorar mucho las cosas, aunque Robbie no tenía elección. Empezó por el viaje a Missouri y acabó con la reunión en el despacho del juez Henry. El y Martha ayudaron a Andrea a acostar a Roberta, que hacía un gran esfuerzo por estar consciente. Saber que Donté estuvo a punto de ser absuelto, y antes del entierro, era demasiado.

No se oyeron sirenas hasta las once y diez de la noche. Las hicieron saltar tres rápidas llamadas al 911. La primera informaba de un incendio en un centro comercial al norte de la ciudad; alguien, obviamente, había arrojado un cóctel Molotov por el escaparate de una tienda de ropa, y un motorista había visto llamas al pasar. La segunda llamada, anónima, informaba que se estaba quemando un autobús escolar detrás de la escuela de secundaria. La tercera, la más alarmante de las tres, procedía de un sistema de alarma antiincendios de una tienda de productos para el campo cuyo dueño era Wallis Pike, el marido de Reeva. La policía y la Guardia Nacional, que ya estaban en alerta máxima, reforzaron las patrullas y la vigilancia, y por tercera noche consecutiva Slone tuvo que soportar sirenas y humo.

Mucho después de que los niños se fueran a dormir, Keith y Dana, sentados a oscuras en el cuarto de la tele, bebían vino en tazas de café. Los detalles surgían en abundancia a medida que Keith contaba su historia, recordando hechos, sonidos y olores por primera vez. Le sorprendieron algunos detalles: los jadeos de Boyette en la hierba, junto a la carretera interestatal, la flema del policía al proceder a redactar la multa por exceso de velocidad, los montones de papeles sobre la larga mesa de la sala de reuniones de Robbie, las miradas de miedo de sus empleados, el olor antiséptico de la celda de detención del pabellón de ejecuciones, el pitido en sus propios oídos al ver morir a Donté, los vaivenes del avión al sobrevolar Texas y muchas cosas más. Dana lo acribillaba a preguntas, hechas al azar, pero con perspicacia. La aventura la intrigaba tanto como a Keith, y a veces la escuchaba con incredulidad.

Ya vacía la botella, Keith se tendió en el sofá y cayó en un profundo sueño.

Capítulo 34

Con permiso del juez Henry, la rueda de prensa se celebró en la sala principal del juzgado del condado de Chester, en la calle Mayor del centro de Slone. Los planes de Robbie eran realizarla en su bufete, pero cambió de idea al darse cuenta de que la asistencia sería multitudinaria. Quería asegurarse de que cupieran absolutamente todos los reporteros, pero no estaba dispuesto a que un montón de curiosos merodeasen por su estación.

A las nueve y cuarto de la mañana, Robbie subió al podio situado frente al banco del juez Henry y contempló a la multitud. Las cámaras disparaban sin cesar. Las grabadoras se encendían para recoger palabra por palabra sus declaraciones. Robbie llevaba un terno oscuro, el mejor que tenía, y, aunque agotado, estaba en ascuas. Fue al grano sin perder tiempo.

—Buenos días, y gracias por venir —dijo—. Ayer por la mañana se encontraron los restos óseos de Nicole Yarber en una zona apartada del condado de Newton, Missouri, al sur mismo de la localidad de Joplin. Estábamos presentes algunos de mis empleados y yo, acompañando a un tal Travis Boyette. Boyette nos llevó a donde había enterrado a Nicole, hace casi nueve años, dos días después de raptarla aquí, en Slone. Anoche, gracias al historial dental, el laboratorio de criminología de Joplin hizo una identificación concluyente. Ahora están trabajando contrarreloj en el examen de los restos, y deberían terminarlo en un par de días. —Hizo una pausa y bebió un poco de agua, observando a la gente. El silencio era absoluto—. Mirad, yo no tengo prisa. Pienso entrar en bastantes detalles, y después responderé a todas vuestras preguntas.

Hizo una señal con la cabeza a Carlos, sentado cerca, con su ordenador portátil. Al lado del podio había una gran pantalla en la que apareció una foto de la tumba. Robbie se embarcó en una descripción metódica de lo que habían encontrado, ilustrándola con una sucesión de fotos. Los restos óseos no los mostró, en cumplimiento de un acuerdo con las autoridades de Missouri. Estaban tratando la zona como un lugar del crimen. Sí utilizó las fotos del carnet de conducir y la tarjeta de crédito de Nicole, y las del cinturón usado por Boyette para estrangularla. Habló de este último, y explicó su desaparición en pocas palabras. Aún no había orden de detención, así que no era prófugo.

Saltaba a la vista que Robbie disfrutaba del momento. Estaban emitiendo en directo su actuación. Tenía al público en el bolsillo,

hipnotizado y sediento de detalles. No podían interrumpirlo, ni cuestionarlo en ningún punto. Era su rueda de prensa, y por fin tenía la última palabra. Aquella circunstancia era el sueño de cualquier abogado.

Durante la mañana hubo variad ocasiones en las que Robbie se explayó sobre algún tema, empezando por sus sentidas divagaciones acerca de Donté Drumm, pero el público no sucumbía al aburrimiento. Finalmente llegó al crimen, haciendo aparecer una foto de Nicole como alumna de instituto, muy guapa y con aspecto saludable.

Reeva lo estaba mirando. La habían despertado las llamadas telefónicas. En la tienda de material agrícola llevaban toda la noche en vela, apagando el incendio, que tardó poco en estar controlado y que podría haber sido mucho más grave. Era un incendio provocado, sin la menor duda; un delito cometido con certeza por gamberros negros que querían vengarse de la familia de Nicole Yarber. Wallis todavía estaba en la tienda, y Reeva se encontraba a solas.

Lloró al ver la cara de su hija, mostrada por un hombre a quien odiaba. Lloró, rabió y lo pasó mal. Estaba confusa, atormentada y presa del mayor desconcierto. La llamada telefónica de la noche anterior, la del juez Henry, había provocado un brusco aumento de su tensión arterial, por lo que tuvo que ir a urgencias. Solo faltaba el incendio para que Reeva estuviera a punto de delirar.

Al juez Henry le hizo muchas preguntas. ¿La tumba de Nicole? ¿Sus restos óseos? ¿Su ropa, su carnet de conducir, su cinturón y su tarjeta de crédito, todo en Missouri? ¿No la habían tirado al río cerca de Rush Point? Y lo peor de todo: ¿Drumm no era el asesino?

—Es verdad, señora Pike —dijo pacientemente el juez—. Todo es verdad. Lo siento. Me doy cuenta de que para usted es un shock.

¿Un shock? Reeva no podía creerlo. Se negó a creerlo durante muchas horas. Durmió poco, no comió nada, y aún buscaba a tientas las respuestas cuando, al poner la tele, vio al gallito de Flak hablando en directo de su hija por la CNN.

Fuera, en el camino de entrada, había reporteros, pero la casa estaba cerrada con llave, las cortinas corridas, las persianas bajadas, y en el porche delantero estaba un primo de Wallis con una escopeta de calibre doce. Reeva se había hartado de los medios. No tenía nada que comentar. Atrincherado en un motel al sur de la ciudad, Sean Fordyce echaba humo porque Reeva se negaba a hablar con él ante las cámaras, pero ya la había dejado una vez en ridículo.

—Pues denúncieme, Fordyce —contestó Reeva cuando él le recordó el acuerdo que tenían y el contrato firmado.

Por primera vez, al ver a Robbie Flak, se permitió pensar lo impensable: ¿y si Drumm era inocente? ¿Y si ella se había pasado los

últimos nueve años odiando a quien no tenía que odiar? ¿Y si había visto morir a la persona equivocada?

¿Y el funeral? Ahora que habían encontrado a su niña, habría que enterrarla como estaba mandado. Pero la iglesia ya no existía. ¿Dónde se celebraría el funeral? Se secó la cara con un trapo húmedo y masculló algo para sus adentros.

Finalmente, Robbie llegó al tema de la confesión. En ese momento se embaló, consumido por una rabia controlada. Fue muy eficaz. El silencio de la sala era absoluto. Carlos proyectó una foto del detective Drew Kerber, mientras Robbie hacía un anuncio de gran dramatismo:

—Y aquí está el principal responsable de la condena equivocada.

Drew Kerber lo veía desde la oficina. Había pasado una noche espantosa en su casa. A la salida del despacho del juez Henry había dado una larga vuelta en coche, mientras trataba de imaginarse un final más feliz para aquella pesadilla, pero no se le ocurría ninguno. Hacia medianoche se sentó con su mujer a la mesa de la cocina y se confesó: la tumba, los huesos, la identificación, la idea innombrable de que «evidentemente» se habían equivocado de individuo... También Flak, y sus demandas, y sus amenazas de justiciero sobre una denuncia que lo seguiría hasta la tumba, a él, Kerber, que tantas probabilidades tenía de quedarse en paro, recibir autos judiciales y ser juzgado... Kerber descargó en su pobre esposa la inmensa pena que sentía, pero no le contó toda la verdad. El detective Kerber no había reconocido nunca, ni reconocería jamás, haber obtenido a la fuerza la confesión de Donté.

Como detective jefe con dieciséis años de experiencia, ganaba cincuenta y seis mil dólares al año. Tenía tres hijos adolescentes y otro de nueve años, una hipoteca, dos coches a plazos, un plan de pensiones de unos diez mil dólares y una cuenta de ahorro de ochocientos. Si lo echaban, o lo jubilaban, tendría derecho a una pequeña pensión, pero no sobreviviría económicamente. Y ya podía despedirse de seguir en la policía.

—Drew Kerber es un policía sin principios, con varias confesiones falsas a sus espaldas —dijo Robbie con vigor.

Kerber se estremeció. Estaba delante de su mesa, en un despacho pequeño cerrado con llave, completamente solo. Su mujer tenía instrucciones de apagar todas las teles de la casa, como si se pudiera esconder de algún modo la noticia a sus hijos. Tras insultar a Flak, Kerber vio horrorizado que aquella sanguijuela le explicaba al mundo entero cómo había conseguido la confesión.

La vida de Kerber se había acabado. Tal vez él personalmente se encargase del final.

Robbie pasó a hablar del juicio, y presentó a otros personajes: Paul Koffee y la jueza Vivían Grale. Fotos, por favor. Carlos las proyectó una al lado de otra en la gran pantalla, como si aún estuvieran juntos, y Robbie atacó a ambos por su relación. Se burló de la «brillante decisión de trasladar el juicio a Paris, Texas, a setenta y nueve kilómetros de aquí». Remachó que él había intentado valerosamente que la confesión no llegase a manos del jurado, mientras Koffee ponía el mismo empeño en sacarla a la luz. La jueza Grale se había puesto del lado de la acusación y de «su amante, el honorable Paul Koffee».

Paul Koffee lo contemplaba todo, indignado. Cuando vio su cara junto a la de Vivían se encontraba completamente a solas en la cabaña del lago, asistiendo a la «cobertura exclusiva en directo» del show de Robbie Flak por la cadena local. Flak despotricaba contra un jurado tan blanco como una reunión del Ku Klux Klan, porque Paul Koffee había usado sistemáticamente su derecho de veto para eliminar a los negros, y su novia en la judicatura, como era de esperar, le había seguido el juego. «Justicia al estilo de Texas», se lamentaba una y otra vez Robbie.

Al final, dejó los temas más escabrosos de la relación entre la jueza y el fiscal, y se encontró en su salsa al clamar contra la falta de pruebas. El rostro de Grale desapareció de la pantalla, y el de Koffee aumentó de tamaño. Ni pruebas tangibles, ni cadáver; solo una confesión trucada, un chivato de cárcel, un sabueso y un testigo mentiroso, de nombre Joey Gamble. Entretanto, Travis Boyette estaba libre, y seguro que no tenía ningún miedo de que lo cogieran. Con aquellos payasos...

Koffee llevaba toda la noche tratando de idear una teoría renovada que vinculase de algún modo a Donté Drumm y a Travis Boyette, pero le falló la ficción. Se sentía fatal. Le dolía la cabeza por exceso de vodka, y le latía muy deprisa el corazón, mientras hacía el esfuerzo de respirar bajo el peso insoportable de una carrera en ruinas. Estaba acabado, cosa que le preocupaba mucho más que la idea de haber ayudado a matar a un joven inocente.

Tras cebarse en el preso chivato y en el sabueso, Robbie atacó a Joey Gamble y su testimonio fraudulento. Con un sentido perfecto del tiempo, Carlos hizo aparecer la declaración jurada de Gamble, la que había firmado el jueves en Houston una hora antes de la ejecución. Las frases en las que Joey admitía haber mentido en el juicio, y haber sido el primero en insinuar que el asesino era Donté Drumm, estaban resaltadas.

Joey Gamble lo veía. Estaba en casa de su madre, en Slone. Su padre se había ido. Su madre lo necesitaba. Joey ya le había contado la verdad, que fue mal acogida. Ahora recibía el impacto de ver y oír sus infracciones en directo, de aquella manera tan alarmante. Él había supuesto que después de dar la cara sentiría cierto grado de vergüenza, pero no hasta aquel extremo.

—Joey Gamble mintió repetidamente —anunció Flak, lanzado. Joey estuvo a punto de coger el mando a distancia—. ¡Y ahora lo reconoce!

La madre de Joey estaba arriba, en su dormitorio, demasiado disgustada para quedarse con él.

—Has ayudado a matar a aquel chico —le había dicho más de una vez, como si fuera necesario recordárselo.

Robbie siguió con sus declaraciones.

—Ahora, para no hablar más de la investigación incompetente, del simulacro de juicio y de la condena injusta, me gustaría hacer algunos comentarios sobre el Tribunal Penal de Apelación de Texas. Fue el tribunal que dirimió la primera apelación de Donté en febrero de 2001, cuando aún no había aparecido el cadáver de Nicole Yarber. El tribunal hizo constar la falta de pruebas físicas durante el juicio. Se manifestó ligeramente inquieto por las mentiras del chivato de la cárcel. También dio unos cuantos mordisquitos a la confesión de Donté, pero se negó a criticar a la jueza Grale por haber permitido que la oyese el jurado. Por otra parte, al comentar el uso del testimonio del sabueso, dijo que quizá no fuera la «mejor prueba» para un juicio serio, pero en resumidas cuentas no vio nada malo en ello. La votación fue de nueve a favor de corroborar la sentencia y cero a favor de revocarla.

El presidente del tribunal, Milton Prudlowe, era uno de los espectadores de la rueda de prensa, de la que le había puesto al corriente una llamada angustiada de su pasante. Estaba con su esposa, en su pequeño apartamento de Austin, pegado a la CNN. Si era cierto que Texas había ejecutado a un inocente, Prudlowe sabía que a su tribunal le esperaría un alud de críticas feroces. Flak parecía dispuesto a encabezar el ataque.

—El jueves pasado —dijo Robbie—, exactamente a las 15.35, los abogados de Donté Drumm presentamos una solicitud de aplazamiento a la que adjuntamos un vídeo recién filmado en el que Travis Boyette confesaba la violación y el asesinato. Fue dos horas y media antes de la ejecución. Supongo que el tribunal tomó el asunto en consideración, y que ni el vídeo ni la declaración jurada causaron gran impresión en él, ya que una hora más tarde desestimó el aplazamiento y se negó a parar la ejecución. También en este caso fue por nueve a cero. —Carlos hizo aparecer oportunamente las horas y los actos del tribunal. Robbie siguió adelante—. El tribunal interrumpe sus actividades cada día a las cinco de la tarde, aunque haya una ejecución en espera. Nuestra última instancia fue la declaración jurada y la retractación de última hora de Joey Gamble. En Austin, los abogados de Donté llamaron por teléfono al secretario judicial, cuyo nombre es Emerson Pugh, y le informaron que iban de camino con la petición. Él dijo que el tribunal cerraría a las cinco, y no mentía: a las cinco y siete minutos, cuando llegaron los abogados, la puerta estaba cerrada. No se pudo tramitar la petición.

La mujer de Prudlowe lo miró con cara de pocos amigos.

—Espero que sea mentira.

A Prudlowe le habría gustado poder asegurarle que sí, que aquel abogado bocazas mentía, por supuesto, pero titubeó. Flak era demasiado astuto para hacer unas declaraciones tan comprometidas en público sin que lo respaldasen los hechos.

—Milton, dime que ese hombre está mintiendo.

—Pues mira, cariño, ahora mismo no estoy seguro.

—¿No estás seguro? ¿Qué sentido tenía cerrar el tribunal si los abogados intentaban presentar algo?

—Pues... esto...

—Tartamudeas, Milton, señal de que te cuesta decir algo que quizá sea toda la verdad, o no. ¿Viste el vídeo de Boyette dos horas antes de la ejecución?

—Sí, me lo pasaron...

—¡Dios mío, Milton! ¿Y por qué no lo paraste un par de días? Tú eres el presidente del tribunal, Milton; puedes hacer lo que quieras. Las ejecuciones se aplazan constantemente. ¿Por qué no les diste treinta días más, por no decir un año?

—Aquello nos pareció falso. Es un violador en serie, sin ninguna credibilidad.

—Pues ahora mismo tiene bastante más credibilidad que el Tribunal Penal de Apelación de Texas. El asesino confiesa y, como nadie lo cree, enseña el sitio exacto donde enterró el cadáver. A mí me suena muy creíble.

Robbie hizo una pausa para beber agua.

—En cuanto al gobernador, su oficina recibió una copia del vídeo de Boyette a las tres y once minutos de la tarde del jueves. No estoy seguro de que él viera el vídeo. Lo que sabemos es que a las cuatro y media dirigió la palabra a un grupo de manifestantes y negó públicamente un aplazamiento a Donté.

El gobernador estaba delante de la tele, en su despacho de la Mansión del Gobernador, vestido para una partida de golf que no llegaría a jugar, con Wayne a un lado y Barry al otro.

—¿Es verdad? —exigió saber durante una pausa de Robbie—. ¿Teníamos el vídeo a las tres y once?

El primero en mentir fue Wayne.

—No lo sé. Estaban pasando tantas cosas... Presentaban basura a toneladas.

La segunda mentira la dijo Barry.

—Es la primera vez que lo oigo.

—¿Cuando llegó el vídeo, lo vio alguien? —preguntó el gobernador, cuya irritación creía por momentos.

—No lo sé, jefe, pero lo averiguaremos —dijo Barry.

El gobernador no apartaba la vista de la pantalla. Le dio vueltas la cabeza al tratar de aprehender la gravedad de lo que estaba oyendo.

—Aunque ya hubiera denegado clemencia —decía Robbie—, el gobernador seguía con derecho a replanteárselo y parar la ejecución, pero no quiso.

El gobernador susurró la palabra «gilipollas».

—¡Llegad ahora mismo hasta el fondo! —gritó a continuación.

Carlos cerró su ordenador portátil, dejando la pantalla en blanco. Robbie hojeó su libreta para cerciorarse de que lo había dicho todo. Después bajó la voz.

—En suma —dijo en tono grave—, está claro que al final lo hemos hecho. Los que estudian la pena de muerte, y los que luchamos contra ella, temíamos desde hace tiempo que llegaría el día en que ocurriría esto, en que nos daríamos cuenta de algo tan horrible como haber ejecutado a la persona equivocada, con pruebas claras y convincentes del error. No es la primera vez que se ejecuta a un inocente, pero hasta ahora las pruebas no estaban claras. En el caso de Donté no existen dudas. —Una pausa. La sala seguía en silencio—. Lo que verán durante los siguientes días será un juego patético de acusaciones mutuas, mentiras y elusión de responsabilidades. Yo acabo de darles los nombres, y algunas de las caras, de los culpables. Vayan a buscarlos, y oigan sus mentiras. Esto no tenía por qué pasar. No era un error inevitable. Ha sido un desprecio intencionado a los derechos de Donté Drumm. Que en paz descanse. Gracias.

Antes del aluvión de preguntas, Robbie se acercó a la baranda y cogió la mano de Roberta Drumm, que se levantó y fue al podio con paso rígido, acompañada por él. Bajó un poco el micrófono.

—Me llamo Roberta Drumm —dijo—. Donté era hijo mío. En este momento tengo poco que decir. Mi familia está de luto. Nos hemos quedado conmocionados, pero les ruego, suplico a la gente de esta ciudad, que pare la violencia. Basta de incendios, piedras, peleas y amenazas. Basta, por favor. Eso no sirve de nada. Estamos rabiosos, sí; estamos dolidos, sí, pero la violencia no sirve de nada. Apelo a los míos a que depongan las armas, respeten a todo el mundo y abandonen la calle. La violencia solo sirve para perjudicar el honor de mi hijo.

Robbie la acompañó de vuelta a su asiento, y sonrió a la multitud.

—Bueno —dijo—, ¿alguien quiere preguntar algo?

Capítulo 35

Matthew Burns se sumó a la familia Schroeder para desayunar tarde a base de creps y salchichas. Los niños comieron deprisa porque querían seguir jugando a la consola. Dana preparó más café y empezó a quitar la mesa. Hablaron de la rueda de prensa, de la brillantez con la que Robbie había expuesto el caso y de los conmovedores comentarios de Roberta. Matthew tenía curiosidad por Slone, por los incendios y la violencia, pero Keith apenas la había visto. El había palpado la tensión, había intuido el alcance de lo que ocurría y había oído el helicóptero en el cielo, pero de la ciudad en sí no había visto gran cosa.

Los tres se sentaron a la mesa, con café recién hecho, y hablaron sobre el descabellado viaje de Keith y el paradero de Travis Boyette. Keith, sin embargo, empezaba a cansarse de los detalles. Él tenía otras cosas en las que pensar, y Matthew estaba dispuesto a abordarlas.

—Bueno, señor asesor, ¿en qué problemas me puedo haber metido? —preguntó Keith.

—La verdad es que la ley es muy poco clara. No existe ninguna prohibición específica que impida ayudar a un delincuente convicto en su tentativa de infringir la libertad condicional. La parte del código aplicable trata sobre la obstrucción a la justicia, un paraguas enorme que abarca toda una serie de conductas que de lo contrario serían difíciles de clasificar. Sacando en coche a Boyette de esta jurisdicción, a sabiendas de que infringía su libertad condicional, infringiste la ley.

—¿Con qué gravedad?

Matthew se encogió de hombros, hizo una mueca y removió el café con una cucharilla.

—Es un delito mayor, pero no muy grave. Tampoco es el tipo de infracción que nos exaspere.

—¿Nos...?

—A los fiscales. La jurisdicción la tendría el fiscal del distrito, que es otra instancia. Yo pertenezco al ayuntamiento.

—¿Un delito mayor? —preguntó Keith.

—Probablemente. Aquí, en Topeka, parece que tu viaje a Texas ha pasado inadvertido. Has conseguido esquivar a las cámaras, y yo aún no he visto tu nombre en letra impresa.

—Pero lo sabes, Matthew —dijo Dana.

—Sí, y supongo que debería informar a la policía y delatarte, pero las cosas no funcionan así. Solo podemos procesar una cantidad limitada de delitos. Nos vemos obligados a elegir. No es el tipo de infracción que pueda seducir a los fiscales.

—Pero ahora Boyette es famoso —replicó Dana—. Tarde o temprano, algún reportero de aquí retomará la noticia. Se saltó la libertad condicional, se fue a Texas y ahora hace tres días que le vemos la cara.

—Sí, pero ¿quién puede vincular a Keith y Boyette?

—Varias personas de Texas —dijo Keith.

—Es verdad, pero dudo que les importe lo que pasa aquí; además, están de nuestro lado, ¿no?

—Supongo.

—Pues eso. ¿Quién puede relacionaros? ¿Alguien te vio con Boyette?

—¿Y el de la casa de reinserción? —preguntó Dana.

—Es una posibilidad —dijo Keith—. Fui varias veces a buscar a Boyette. Firmé en el libro de registro, y en el mostrador había un tal Rudy, creo, que sabía mi nombre.

—Pero ¿te vio salir en coche con Boyette el miércoles por la noche?

—No nos vio nadie. Era pasada la medianoche.

Matthew se encogió de hombros, satisfecho. Los tres se concentraron un momento en el café.

—Yo mismo puedo establecer la relación, Matthew —dijo Keith—. Yo era consciente de que infringía la ley al irme con Boyette, porque me lo dejaste muy claro. Tomé una decisión. En aquel momento sabía que estaba haciendo lo correcto. No me arrepiento de nada, mientras encuentren a Boyette antes de que le haga daño a otra persona; pero si no lo encuentran, y le hace daño a alguien, tendré mucho de que arrepentirme. No pienso vivir con la posibilidad de una infracción criminal colgando sobre mi cabeza. Nuestra intención es resolver el asunto ahora mismo.

Tanto Dana como Keith miraban a Matthew.

—En el fondo me lo suponía —dijo este.

—No pienso huir —dijo Keith—. Tampoco podemos vivir con la amenaza de que llame un policía a nuestra puerta. Resolvámoslo ya.

Matthew sacudió la cabeza.

—De acuerdo, pero necesitarás un abogado.

—¿Tú mismo? —preguntó Dana.

—Un abogado defensor, de defensa penal —especificó Matthew—. ¿Yo? Ahora estoy del otro lado y, la verdad, es donde más podré ayudarte.

—¿Hay alguna posibilidad de que Keith vaya a la cárcel? —preguntó Dana.

—Directa al grano, ¿eh? —dijo Keith, sonriendo.

Ella no sonreía; tenía los ojos empañados. Matthew estiró los brazos sobre la cabeza y apoyó los codos en la mesa.

—Lo peor que puedo imaginarme es lo siguiente. No es ninguna predicción, ¿eh? Es el peor de los casos. Si reconoces haber participado en llevarlo a Texas, prepárate para que hablen de ti. Luego, si Boyette viola a otra mujer, será el acabose. Me imagino al fiscal del distrito ensañándose contigo. Donde no te veo, en ninguna de las hipótesis, es en la cárcel. Es posible que tengas que declararte culpable, lograr la libertad condicional y pagar una pequeña multa, aunque lo dudo.

—¿Iría a juicio y me declararía culpable ante un juez?

—Es lo que suele pasar.

Keith cogió la mano de Dana encima de la mesa. Hubo un largo momento de reflexión.

—¿Tú qué harías, Matthew? —preguntó ella.

—Buscar un abogado, y rezar por que Boyette esté muerto o demasiado enfermo para atacar a nadie.

A mediodía, los cuarenta y un integrantes del equipo de fútbol americano del instituto de Slone se congregaron en el aparcamiento de una pequeña escuela primaria al borde de la población, donde subieron rápidamente a un autobús especial y salieron de la ciudad. Llevaban sus cosas en una furgoneta de alquiler, detrás del autobús. Una hora más tarde llegaron a Mount Pleasant, localidad de quince mil habitantes desde donde el autobús siguió a un coche de la policía hasta el campo de fútbol americano del instituto. Los jugadores se vistieron deprisa, y salieron rápidamente al campo para iniciar el calentamiento previo al partido. Se les hizo raro hacerlo sin luces ni espectadores. La seguridad era férrea. Todas las vías de acceso al campo estaban bloqueadas por la policía. Los Lobos del instituto de Longview salieron al campo pocos minutos más tarde. No hubo animadoras, grupo de música, himno nacional, oración previa al partido ni locutor. Cuando echaron la moneda al aire, el entrenador de Slone miró al otro lado del campo, a los Lobos, y se preguntó hasta dónde llegaría la escabechina. Ellos tenían a ochenta jugadores, en una plantilla negra en un setenta por ciento, como mínimo. Slone no había ganado a Longview desde la época de Donté Drumm, y hoy los Warriors no tenían ninguna posibilidad.

Los sucesos de Slone estaban teniendo repercusiones en todo el este de Texas, aunque no mucho más lejos.

La moneda dio vencedor a Slone, que eligió recibir. En el fondo daba igual, pero el entrenador de Slone quería evitar que el otro equipo marcase siete puntos de buenas a primeras. Sacó a sus atacantes al campo. Los Lobos se alinearon para sacar: diez chicos negros y un blanco al saque. Al toque del silbato, el jugador más cercano a la pelota avanzó bruscamente y la cogió. Era un movimiento que nunca había visto nadie, y durante unos segundos todo el mundo se quedó desconcertado. Luego los diez miembros negros del equipo que sacaba se quitaron los cascos y los dejaron en la hierba. Los árbitros pitaron, los entrenadores gritaron, y durante unos instantes la confusión fue total. Los otros jugadores de Longview salieron puntualmente al campo, arrojando sus cascos y sus camisetas. Los jugadores de Slone que estaban en el campo retrocedieron, incrédulos. El partido se había acabado antes de empezar.

Los jugadores negros formaron un estrecho círculo y se sentaron juntos en el medio campo, como una versión moderna de una sentada. El cuadro arbitral —cuatro blancos y dos negros— se reunió un momento, sin perder la calma. Ninguno de los seis se ofreció voluntario para tratar de coger la pelota. El entrenador de Longview se acercó al medio campo.

—¿Qué narices pasa aquí? —dijo.

—Se ha acabado el partido, entrenador —dijo el número 71, un *tackle* y cocapitán de ciento cincuenta kilos.

—No vamos a jugar —dijo el número 2, el otro cocapitán.

—¿Por qué?

—Es una protesta —dijo el número 71—. Estamos con nuestros hermanos de Slone.

El entrenador dio una patada al césped, sopesando sus opciones. Estaba claro que la situación no cambiaría, o no lo haría pronto.

—Bueno, pues para que entendáis lo que estáis haciendo, quiere decir que tendremos que rendirnos, lo cual nos saca de las finales, y probablemente nos caiga algún tipo de sanción. ¿Es eso lo que queréis?

—¡Sí! —dijeron al unísono los cerca de sesenta jugadores.

El entrenador echó las manos hacia arriba, se fue del campo y se sentó en el banquillo. El entrenador de Slone llamó a sus jugadores fuera del campo. Los jugadores blancos observaban a los negros desde los dos márgenes. El campo estaba sembrado de camisetas y cascos verdes de los Lobos. El cuadro arbitral se retiró a observar a una zona del fondo. Para ellos el día se había acabado.

La situación tardó unos minutos en ser asimilada. Luego, en la banda de Longview, un *fullback* blanco de refuerzo entró en el campo, se quitó el casco y la camiseta y tomó asiento en la línea de las cuarenta yardas, cerca de sus compañeros negros de equipo. Los demás jugadores lo

siguieron uno por uno, hasta que los únicos que quedaron en la banda fueron los entrenadores.

El entrenador de Slone no sabía muy bien qué hacer. Empezaba a pensar que podían haberle concedido una victoria, arrancada de milagro a una derrota segura. Justo cuando iba a decirles a sus jugadores que salieran del campo, el número 88, Denny Weeks, *tight end* titular e hijo de un policía de Slone, salió al campo, tiró su casco y se quitó la camiseta. Después se sentó con los jugadores de Longview, uno de los cuales le dio la mano. Los Warriors siguieron a Weeks, hasta que no quedó ninguno en la banda.

A las tres de la tarde, la oficina del gobernador emitió un comunicado de prensa. La versión final del esbozo de Barry Ringfield, reescrito por Wayne Wallcott y el propio gobernador, decía:

> El gobernador Gill Newton está profundamente preocupado por los últimos acontecimientos relacionados con Donté Drumm, Las acusaciones de que esta oficina recibió una grabación en vídeo que contenía una confesión del presunto asesino justo antes de la ejecución son rotundamente falsas. El gobernador no vio el vídeo hasta ayer viernes, aproximadamente dieciséis horas después de la ejecución. El gobernador estará disponible el lunes para más comentarios.

Finalmente, la estación de trenes cerró el sábado por la tarde. Aaron Rey puso a dos vigilantes armados en la plataforma, con órdenes de amenazar a todo el que se acercase. El bufete Flak se reunió en casa de Robbie para una fiesta improvisada. Acudieron todos, junto con sus cónyuges. DeDe contrató a una empresa de cátering especializada en barbacoas, y el patio se llenó de un denso olor a costillares a la brasa. Del bar se ocupaba Fred Pryor, y corría el alcohol. Todos estaban en la caseta de la piscina, intentando relajarse. El televisor, con un partido de los Longhorns, despertaba cierto interés. Robbie trató de prohibir que se hablase del caso Drumm, pero aun así la conversación derivó hacia él. No podían evitarlo. Estaban exhaustos, derrotados, en las últimas, pero lograron relajarse. La bebida ayudó lo suyo.

Había empezado a circular la noticia del partido contra Longview. Brindaron por la sentada.

A la vez que se ocupaba del bar, Fred Pryor seguía las conversaciones policiales por su radio. En las calles de Slone reinaba una calma llamativa, que atribuyeron a la emocionada súplica de Roberta Drumm. También se habían enterado de que Roberta, Marvin, Cedric y Andrea habían ido al parque Washington para pedir a la gente que se fuera a casa y que no hubiera más violencia.

Aunque Robbie hubiera ordenado apagar todos los móviles, la llamada llegó de todos modos. La recibió Carlos, que transmitió la noticia a un

público callado. Las autoridades de Joplin habían acelerado el examen, y tenían noticias interesantes: habían encontrado una muestra significativa de semen en la ropa interior de Nicole. Las pruebas de ADN la atribuían a Travis Boyette, cuya muestra de ADN figuraba en la base de datos de Missouri debido a una condena previa en dicho estado.

Había motivos de celebración y motivos de llanto. Con emociones encontradas, decidieron tomarse otra copa.

Capítulo 36

Domingo. Lo que el jueves era probable, el viernes todavía más probable y el sábado prácticamente seguro se convirtió a lo largo de la noche en una verdad abrumadora que hizo que el domingo por la mañana todo el país se despertara frente a la impactante realidad de que se había ejecutado a un inocente. Los grandes periódicos, con el *New York Times* y el *Washington Post* al frente, echaban pestes y despotricaban, llegando a la misma conclusión: ya es hora de que dejemos de matar. La noticia apareció en primera plana de ambas publicaciones, y en decenas de otras, desde Boston hasta San Francisco. La historia del caso quedó reflejada en largos artículos, y sus personajes recibieron mucha publicidad, que en el caso de Robbie igualó a la atención dedicada a Donté. Varios editoriales destemplados pedían una moratoria de las ejecuciones. Se publicaron un sinfín de artículos de opinión firmados por expertos en leyes, abogados defensores, abolicionistas de la pena de muerte, profesores, activistas religiosos e incluso un par de reclusos del corredor de la muerte, y la conclusión era siempre la misma: ahora que tenemos pruebas irrefutables de que se ha producido una ejecución errónea, lo único justo y sensato es detenerlas para siempre o, si no es posible hacerlo, como mínimo frenarlas hasta que se pueda estudiar y revisar el sistema de la pena de muerte.

En Texas, el *Houston Chronicle*, periódico que había ido abandonando gradualmente la pena de muerte, pero que no había llegado a pedir su abolición, dedicó toda la portada a presentar el caso a lo grande. Era una versión condensada de la rueda de prensa, con grandes fotos de Donté, Nicole y Robbie en la página uno, y unas diez más en la cinco. Los artículos —seis en total— se cebaban en los errores cometidos y despellejaban a Drew Kerber, Paul Koffee y la jueza Vivian Grale. La identidad de los malos estaba clara. Las culpas eran ineludibles. Un reportero seguía el rastro del Tribunal Penal de Apelación de Texas, y era evidente que sus miembros no tendrían donde esconderse. Su presidente, Milton Prudlowe, no estaba localizable, ni hacía comentario alguno, al igual que los ocho jueces restantes. El secretario, Emerson Pugh, se negaba a hacer declaraciones. En cambio, quien tenía mucho que decir era Cicely Avis, la abogada del Defender Group que había intentado entrar en el despacho de Pugh el jueves a las cinco y siete de la tarde. Poco a poco iban conociéndose los detalles, y era previsible que apareciesen más novedades. Otro reportero del *Chronicle* pisaba los talones al gobernador y de su personal, todos ellos en plena retirada, evidentemente.

Las reacciones variaban a lo largo y a lo ancho del estado. Los periódicos que por norma general tenían fama de políticamente moderados —los de Austin y San Antonio— pedían una abolición sin reservas de la pena de muerte. El periódico de Dallas pidió públicamente una moratoria. En cuanto a los periódicos firmemente alineados a la derecha, se mostraban moderados en sus editoriales, pero no podían resistirse a informar largo y tendido sobre los sucesos de Slone.

Por televisión, todos los programas de entrevistas del domingo por la mañana hallaron espacio para la noticia, aunque el tema principal siguiera siendo la campaña de las presidenciales. Por cable, Donté Drumm llevaba veinticuatro horas siendo la principal noticia, desde la rueda de prensa de Robbie, y no daba muestras de bajar al segundo puesto. Como mínimo, una de las subtramas se había considerado bastante importante como para tener su propio título: cada media hora se podía ver «La búsqueda de Travis Boyette». En internet, la noticia hacía estragos y el número de visitas que recibía era cinco veces superior a cualquier otro tema. Los *bloggers* en contra de la pena de muerte despotricaban sin mesura.

Por trágica que fuese, la noticia supuso un regalo descomunal para la izquierda. En la derecha, como era de prever, reinaba la calma. Quienes apoyaban la pena de muerte era difícil que cambiasen de criterio, al menos de la noche a la mañana, aunque parecía imperar la sensación general de que lo mejor en aquel momento era no decir nada. Los programas por cable y los comentaristas de emisoras de onda media de la derecha pura y dura se limitaban a ignorar la noticia.

En Slone, el domingo seguía siendo día de culto. En la Iglesia Metodista Africana Bethel, el toque de las ocho de la mañana congregó a mucha más gente de lo habitual para una serie de actos que incluían catequesis, desayuno de oración para los hombres, prácticas de coro, clases de Biblia, café con donuts, y en último término la hora de culto, que se prolongaría mucho más allá de los sesenta minutos. Unos venían con la esperanza de ver a alguno de los Drumm, preferiblemente a Roberta, y darle —en la medida de lo posible— un pésame discreto, pero la familia Drumm necesitaba descansar, y se quedó en su casa. Otros acudían por necesidad de hablar, oír los cotilleos y prestar o recibir apoyo.

Motivos al margen, cuando el reverendo Johnny Canty subió al púlpito y dio una afectuosa bienvenida a los presentes, el santuario estaba a reventar. No tardó mucho en salir el tema de Donté Drumm. Habría sido fácil agitar a los fieles y atizar el fuego, disparando contra todas las dianas a su alcance, pero no era eso lo que deseaba el reverendo Canty. Lo que hizo fue hablar de Roberta, del buen talante con que había resistido la presión, de su angustia al ver morir a Donté, de su fortaleza y de su amor a sus hijos. Habló de la sed de venganza, y de la otra mejilla

que ofreció Jesús. Rezó pidiendo paciencia, tolerancia y la sensatez propia de la gente de bien como respuesta a lo ocurrido. Habló también de Martin Luther King, y de su valor al desencadenar el cambio mediante el rechazo de la violencia. Contraatacar es algo natural en el ser humano, pero el segundo golpe lleva al tercero, y al cuarto. Agradeció a sus feligreses que hubieran depuesto las armas y hubieran abandonado las calles.

La noche, en Slone, había sido de una calma sorprendente. Canty recordó a los suyos que ahora el nombre de Donté Drumm era famoso, todo un símbolo que haría cambiar las cosas.

—No lo ensuciemos con más sangre ni violencia.

Tras media hora de calentamiento, los fieles se distribuyeron por la iglesia para realizar las actividades propias de cualquier mañana de domingo.

A menos de dos kilómetros, los miembros de la Primera Iglesia Baptista empezaron a llegar para una ceremonia anómala. Seguía habiendo cinta amarilla de la policía en los escombros de su santuario, donde no habían terminado aún las pesquisas. La novedad era una gran carpa blanca en un aparcamiento, bajo la que se alineaban las sillas plegables y las mesas llenas de comida. La gente iba vestida de manera informal, y el ambiente, por lo general, era optimista. Tras un desayuno rápido, entonaron himnos, viejas melodías religiosas cuyo ritmo y letra sabían de memoria. El presidente de los diáconos habló sobre el incendio, y de algo más importante: la nueva iglesia que edificarían. Tenían un seguro, tenían fe, y si era necesario pedirían préstamos, pero de las cenizas surgiría un santuario nuevo y hermoso, todo para gloria del Señor.

Reeva no estaba presente. No había salido de su casa, y a decir verdad no se la echó mucho de menos. Sus amigos eran conscientes de cuánto sufría ahora que habían encontrado a su hija, aunque en el caso de Reeva los nueve últimos años habían sido un sufrimiento constante. Como no podía ser de otra manera, se acordaron de las vigilias junto al Red River, de las sesiones maratonianas de oración, de las filípicas interminables en la prensa y de la aceptación entusiasta de la condición de víctima, todo lo cual formaba parte de un esfuerzo por vengarse del «monstruo» de Donté Drumm. Ahora que se habían equivocado de monstruo en la ejecución, y que Reeva había disfrutado viéndolo morir, pocos feligreses de su iglesia tenían ganas de verla. Por suerte, ella tampoco quiso verlos.

El hermano Ronnie estaba sumido en la desesperación. Había presenciado sin culpa alguna el incendio de su iglesia, pero también había visto morir a Donté, no sin cierto grado de satisfacción. Algo de pecaminoso tenía que haber en ello. Él era baptista, una rama que destacaba por su creatividad en la búsqueda de nuevas versiones del pecado, y necesitaba que lo perdonasen. Así se lo dijo a su congregación:

les desnudó su alma, reconociendo haberse equivocado, y les pidió que rezasen por él. Se lo veía sinceramente humillado y angustiado.

Los preparativos del funeral de Nicole seguían en marcha. El hermano Ronnie explicó que había hablado por teléfono con Reeva —la cual no aceptaba visitas—, y que ya se colgarían los detalles en la web de la iglesia cuando lo decidiera la familia. Nicole seguía en Missouri, cuyas autoridades no habían dicho cuándo la entregarían.

La carpa estaba sometida a una estrecha vigilancia. Al otro lado de la calle, en un solar que no era propiedad de la iglesia, merodeaban más de veinte reporteros, la mayoría con cámaras. De no ser por la presencia de varios policías bastante suspicaces, los reporteros habrían estado dentro de la tienda, grabando todo lo que se dijera, y molestando.

Slone nunca estuvo más dividida que aquel domingo por la mañana, pero incluso en horas tan bajas se consiguió cerrar filas. Desde el jueves, el número de reporteros y de cámaras había aumentado gradualmente, y en la ciudad todos palpaban cierto ambiente de asedio. El hombre de la calle ya no hablaba con los periodistas. «Sin comentarios», era la única respuesta de las autoridades. A los funcionarios judiciales fue imposible sonsacarles ni una sola palabra; y en algunos sitios, la policía reforzó su presencia y endureció su actitud. Cualquier reportero que intentase acercarse al domicilio de los Drumm se exponía a ser tratado sin contemplaciones. La funeraria donde reposaba Donté era un territorio estrictamente prohibido. La casa de Reeva la vigilaban varios primos y amigos, aunque también la policía andaba cerca, por si se entrometía algún payaso con cámara. En cuanto a Robbie Flak, sabía cuidarse solo de sobra, pero en su casa y en su bufete había patrullas cada hora. Por eso el domingo por la mañana los cristianos devotos que participaron en el culto de la Iglesia Metodista Africana Bethel y en el de la Primera Iglesia Baptista pudieron hacerlo sin intrusos. De ello se ocupó la policía de Slone.

En la iglesia luterana de St. Mark, el reverendo Keith Schroeder subió al púlpito y sorprendió a sus feligreses con un sermón cuyo principio fue el más trepidante de su historia.

—El jueves pasado, el estado de Texas ejecutó a un inocente. Es casi imposible que se os haya pasado por alto la noticia. La mayoría ya conocéis los hechos, pero lo que no sabéis es que el verdadero asesino estuvo aquí el domingo pasado, sentado entre nosotros. Se llama Travis Boyette, y tiene más de una condena a sus espaldas; hace unas semanas salió de la cárcel de Lansing y fue asignado a una casa de reinserción de la calle Diecisiete, aquí, en Topeka.

De los doscientos asistentes, ni uno solo parecía respirar. Quienes venían con la intención de echar una cabezadita se despertaron de golpe. A Keith lo divirtieron las miradas raras que le dirigían.

—No, no es broma —prosiguió—. Y aunque me gustaría poder decir que lo que atrajo al señor Boyette a nuestra iglesia fue su fama de ofrecer buenos sermones, lo cierto es que vino porque estaba preocupado. Estuvo en mi despacho a primera hora del lunes para hablar de sus problemas. Después viajó a Texas, y trató de impedir la ejecución de Donté Drumm, pero no pudo. Luego, de alguna manera, se escapó.

El propósito inicial de Keith había sido describir sus aventuras en Texas, pronunciando sin duda el más fascinante de los sermones habidos y por haber. A él no le daba miedo la verdad. Quería contarla. Suponía que tarde o temprano su iglesia lo averiguaría, y estaba resuelto a dar la cara. Sin embargo, Dana había sostenido que lo más sensato era esperar a haberse reunido con un abogado. Reconocer un delito sin el asesoramiento de un letrado, sobre todo de manera tan pública, parecía arriesgado. Al final se salió con la suya, y Keith se decidió por un mensaje diferente.

Como pastor, se negaba en redondo a mezclar la política y la religión. En el púlpito se había mantenido al margen de cuestiones como los derechos de los homosexuales, el aborto y la guerra. Prefería transmitir las enseñanzas de Jesús: amar al prójimo, ayudar a los menos afortunados, perdonar a los demás porque se ha sido perdonado y acatar las leyes divinas.

Ahora bien, tras presenciar la ejecución Keith era una persona distinta, o en todo caso un predicador distinto. De pronto era mucho más importante abordar la injusticia social que hacer que sus feligreses se encontrasen a gusto cada domingo. Empezaría a tratar todos los temas, siempre desde la perspectiva cristiana, no la de los políticos, y si alguien se molestaba, peor para él. Estaba cansado de jugar sobre seguro.

—¿Jesús presenciaría una ejecución sin tratar de evitarla? —preguntó —. ¿Le parecerían bien a Jesús unas leyes que nos permiten matar a quienes han matado?

En ambos casos, la respuesta era no. Keith se pasó toda una hora explicando los motivos, en el sermón más largo de toda su carrera.

El domingo, antes de que anocheciera, Roberta Drumm salió con sus tres hijos, las parejas de estos y sus cinco nietos y caminó unas cuantas manzanas hacia el parque "Washington. Era el mismo recorrido que habían hecho el día anterior, con la misma intención. Al llegar, y encontrarse con los jóvenes reunidos en el parque, les hablaron de la muerte de Donté, en conversaciones de tú a tú, y del efecto que estaba teniendo sobre todos. El rap dejó de sonar. La gente guardó un silencio respetuoso. En un momento dado, unas cuantas personas rodearon a Roberta y escucharon cómo pedía civismo.

—Por favor —dijo Roberta con voz fuerte y elocuente, señalando algunas veces con el dedo, para mayor énfasis—, no profanéis el recuerdo

de mi hijo con más sangre derramada. No quiero que se recuerde el nombre de Donté Drumm como causante de disturbios raciales en Slone. Nada de lo que hagáis aquí en la calle ayudará a nuestra gente. La violencia engendra más violencia, y al final perderemos. Por favor, marchaos a casa y abrazad a vuestras madres.

Donté Drumm ya era una leyenda para los suyos. La valentía de su madre los impulsó a marcharse a sus casas.

Capítulo 37

El lunes por la mañana, el instituto de Slone no abrió sus puertas. Aunque la tensión parecía remitir, la dirección del centro y la policía seguían nerviosas. Podía haber nuevas peleas y bombas de humo, que al extenderse a la calle rompieran la frágil tregua. Los alumnos blancos estaban dispuestos a volver a clase y reintegrarse a la rutina y las actividades normales. En términos generales, lo ocurrido durante el fin de semana los había impactado, e incluso horrorizado; estaban tan estupefactos por la ejecución de Drumm como sus amigos negros, y con muchas ganas de hablar de ella e intentar dejarla atrás. En toda la ciudad se comentaba la incorporación de los jugadores blancos a la sentada del partido contra Longview, una sencilla manifestación de solidaridad que se consideraba un acto de disculpa de proporciones colosales. Se había cometido un error gigantesco, pero la culpa la tenían otros. Veámonos, démonos la mano y zanjemos el tema. A la mayoría de los alumnos negros no les seducía la idea de seguir con la violencia. Ellos tenían las mismas rutinas y actividades que sus amigos blancos, y también querían volver a la normalidad.

La dirección del instituto volvió a reunirse con el alcalde y con la policía. Una de las palabras más socorridas para describir el ambiente en Slone era «polvorín». El número de exaltados era suficiente en ambos bandos para causar problemas. Seguían grabándose llamadas anónimas. Había amenazas de violencia en cuanto reabriese el instituto, y al final se decidió que lo más seguro era esperar hasta después del funeral de Donté Drumm.

A las nueve de la mañana, el equipo de fútbol americano se reunió con sus entrenadores en el vestuario del campo. Fue una reunión a puerta cerrada a la que acudieron los veintiocho jugadores negros, así como sus compañeros blancos, sumando un total de cuarenta y uno. La idea de la reunión era de Cedric y de Marvin Drumm, ex jugadores de los Warriors (aunque a un nivel muy inferior al de su hermano). Juntos, dirigieron unas palabras al equipo. Agradecieron a los jugadores blancos la valentía de haberse unido a la protesta de los de Longview. Hablaron de su hermano con cariño, emocionados, y dijeron que no le habría parecido bien ninguna división. El equipo era el orgullo de la ciudad, y si lograba curar sus heridas habría esperanza para todos. Ambos apelaron a la unidad.

—Os pido que vengáis todos al entierro de Donté —dijo Cedric—. Será muy importante para nuestra familia, y también para el resto de nuestra comunidad.

Denny Weeks, hijo de un policía de Slone, y el primer jugador que se había quitado el casco y la camiseta para sentarse con los de Longview, pidió permiso para hablar. Colocándose frente al equipo, empezó por describir lo asqueado que estaba por la ejecución y por sus consecuencias. Tanto él como la mayoría de sus conocidos blancos siempre habían creído que Donté era culpable, y que se llevaría su merecido. ¡Qué error tan increíble! Siempre se sentiría culpable. Se disculpó por haberlo creído, y por haber estado a favor de la ejecución. Luego se emocionó, aunque intentase no perder la compostura, y acabó diciendo que esperaba que Cedric y Marvin, el resto de la familia y sus compañeros negros de equipo tuvieran fuerzas para perdonarlo. Fue la primera de varias confesiones, que convirtieron la reunión en un esfuerzo largo y fructífero de reconciliación. Formaban un equipo; un equipo con sus rencillas y sus rivalidades enconadas, pero la mayoría de los chicos habían jugado juntos desde los doce o los trece años, y se conocían mucho. No ganaban nada con dejar que se enquistase la amargura.

Las autoridades del estado aún no habían resuelto las dudas turbadoras que planteaba el empate con Longview. La previsión más extendida era que se daría por perdedores a los dos equipos, pero que la temporada seguiría con normalidad. Al calendario le quedaba un solo partido. El entrenador lo planteó en términos de todo o nada: si no eran capaces de unirse como equipo, renunciarían al último partido. Con Cedric y Marvin delante, los jugadores no tuvieron elección. No podían decirles que no a los hermanos de Donté Drumm. Al cabo de dos horas, se dieron la mano y decidieron quedar por la tarde para realizar un largo entrenamiento.

El espíritu de reconciliación no había llegado al bufete Flak, ni lo haría ya probablemente. Revigorizado por un domingo tranquilo, y enfrentado a una montaña de trabajo, Robbie exhortó a sus tropas a prepararse para un asalto en varios frentes. La prioridad número uno era el litigio civil. Robbie estaba resuelto a presentar aquel mismo día una demanda, tanto en los tribunales del estado como en los federales. La demanda al estado, alegando muerte por negligencia, sería una andanada contra el ayuntamiento de Slone, su policía, el condado, el fiscal del distrito, el estado, sus jueces, sus autoridades penitenciarias y los jueces de su tribunal de apelación. Pese a la inmunidad de que gozaban los miembros de la judicatura, Robbie pensaba denunciarlos. También denunciaría al gobernador, cuya inmunidad era absoluta. Gran parte de la demanda acabaría desmontada, y en último término desestimada, pero a él le daba igual; quería vengarse, y le encantaba la idea de poner en evidencia a los culpables, obligándolos a contratar abogados. Era un amante del litigio a puñetazo limpio, sobre todo si los daba él, y tenía a la

prensa como público. Sus clientes, los Drumm, se oponían con sinceridad a que siguiera habiendo violencia por las calles, y Robbie también, pero él sabía crearla en los tribunales. El litigio se prolongaría varios años, y lo consumiría, pero confiaba en que acabaría ganando.

La demanda ante la justicia federal sería por derechos civiles, y en gran parte con los mismos acusados. En aquel caso no perdería el tiempo en demandar a los jueces y al gobernador, sino que se cebaría en el ayuntamiento de Slone, su policía y Paul Koffee. Por lo que había quedado de manifiesto, preveía un acuerdo lucrativo, pero a largo plazo. El ayuntamiento, el condado, y sobre todo sus compañías de seguros, no se expondrían jamás a que en un caso de tal notoriedad se aireasen trapos sucios delante de un jurado. Una vez al desnudo, los actos de Drew Kerber y Paul Koffee dejarían aterrados a los abogados de las aseguradoras, que cobraban lo suyo. Robbie estaba obsesionado con la venganza, pero también olía a dinero.

Entre las otras estrategias puestas sobre la mesa estaba una querella contra Paul Koffee por falta de ética profesional. En ese caso, ganar implicaba su expulsión del colegio de abogados y una nueva humillación, aunque Robbie no era demasiado optimista. También había pensado interponer una demanda ante la Comisión Estatal de Conducta Judicial contra Milton Prudlowe, el presidente del tribunal de apelación, aunque eso le llevaría más tiempo. Aún se conocían muy pocos hechos sobre las razones de no haber tramitado la instancia, aunque todo indicaba que irían surgiendo, y pronto: el Tribunal Penal de Apelación de Texas ya sufría el ataque de algo similar a un avispero de periodistas. Robbie se conformaba con quedarse sentado, viendo cómo la prensa sacaba la verdad a relucir.

Se puso en contacto con el Departamento de Justicia, en Washington. Recibió llamadas de gente que se oponía a la pena de muerte de todo el país. Conversó con reporteros. Su bufete era un caos, en el que Robbie se crecía.

El bufete en el que entraron Keith y Dana el lunes por la mañana se parecía muy poco al último que había visto Keith. El de Flak estaba lleno de gente, tensión y actividad. El de Elmo Laird era pequeño y tranquilo. El informe previo de Matthew describía a Elmo como un profesional que trabajaba a solas, un sesentón veterano de los juzgados penales que daba consejos acertados, aunque rara vez iba a juicio. Era amigo de Matthew, pero lo más importante era que jugaba al golf con el fiscal del distrito.

—Nunca había tenido un caso así —reconoció tras escuchar a Keith unos minutos.

Había hecho los deberes y, como todos los que disfrutan leyendo el periódico por la mañana, conocía lo esencial del lío que había montado el caso Drumm, allá en Texas.

—Bueno, para mí también es bastante nuevo —dijo Keith.

—No hay ninguna ley clara al respecto. Usted prestó ayuda a un hombre que estaba decidido a infringir la libertad condicional saliendo de esta jurisdicción. No es lo que se dice un delito mayor, pero podrían juzgarlo por obstrucción a la justicia.

—Hemos leído el código —intervino Dana—. Nos lo ha enviado Matthew, con unos cuantos casos de otros estados, y no hay nada claro.

—Yo no he sabido encontrar ninguno parecido en Kansas —dijo Laird —, aunque eso tampoco quiere decir nada. Si el fiscal del distrito decide actuar, diría que tiene buenos elementos. Usted lo reconoce todo, ¿no?

—Sí, claro —convino Keith.

—Pues entonces le aconsejo que nos planteemos la conformidad del imputado, y cuanto antes mejor. Boyette anda suelto. Podría volver a atacar o no; esta misma semana o nunca. A usted le beneficia llegar a un acuerdo, un buen acuerdo, antes de que Boyette se meta en nuevos líos. Si le hace daño a alguien, usted sería más culpable, y se complicaría un caso que es sencillo.

—¿Qué es un buen acuerdo? —preguntó Keith.

—No ir a la cárcel y un tirón de orejas —dijo Elmo, encogiéndose de hombros.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No gran cosa. Presentarse un momento en el juzgado, pagar una pequeña multa, y nada de cárcel, esto está claro.

—Esperaba que lo dijera —dijo Dana.

—Y yo, pasado un tiempo, probablemente pudiera borrar sus antecedentes penales —añadió Elmo.

—Pero quedaría constancia pública de la condena, ¿no? —preguntó Keith.

—Sí, eso ya es más preocupante. Esta mañana, aquí en Topela, ha salido Boyette en primera plana, y sospecho que se seguirá hablando de él algunos días. Es nuestro pequeño vínculo con un episodio que ha causado sensación. Si viniera husmeando un reportero, podría toparse con la condena. Bien pensado, la noticia no está mal: pastor local ayuda al verdadero asesino, y bla-bla-bla. Yo me imagino que eso salpicaría mucho a la prensa, pero dudo que el perjuicio fuera permanente. Lo más gordo se publicaría si Boyette cometiera otro delito. Entonces el fiscal ya se acaloraría un poco más, y sería más difícil tratar con él.

Keith y Dana se miraron, dudando. Era su primera visita en común a un bufete de abogados, y esperaban que fuese la última.

—[1]Mire, señor Laird —dijo Keith—, la verdad es que no quiero tenerlo sobre mi cabeza. Soy culpable de lo que hice. Si he cometido un delito, aceptaré el castigo. Nuestra pregunta es muy sencilla: ¿ahora qué?

—Déjenme unas horas para que hable con el fiscal del distrito. Si él está dispuesto, llegaremos enseguida a un acuerdo, y no habrá más que hablar. Con algo de suerte, pasará usted inadvertido.

—¿Cuándo podría ser eso?

Elmo se encogió de hombros nuevamente.

—Esta semana.

—¿Y me promete que Keith no irá a la cárcel? —preguntó Dana, casi en tono de súplica.

—Prometerlo no, pero es muy poco probable. Nos vemos mañana a primera hora y lo hablamos.

Sentados en el coche, ante el bufete de Laird, Keith y Dana contemplaron el lateral del edificio.

—Me parece mentira que tú y yo estemos aquí, hablando de declararte culpable y preocupados por que te puedan meter en la cárcel —dijo ella.

—¿A que es genial? A mí me encanta.

—¿Cómo dices?

—Mira, Dana, tengo que decirte que, aparte de nuestra luna de miel, esta última semana ha sido la más genial de mi vida.

—Tú estás enfermo. Has pasado demasiado tiempo con Boyette.

—La verdad es que echo un poco de menos a Travis.

—Conduce, Keith. Estás perdiendo la chaveta.

Oficialmente, el gobernador estaba enfrascado en los presupuestos del estado, y tenía demasiado trabajo para hacer comentarios sobre el caso Drumm; por lo que a él respectaba, era un caso cerrado.

Extraoficialmente estaba encerrado en su despacho con Wayne y Barry, los tres aturdidos y con resaca, devorando analgésicos y rezongando sobre las decisiones a tomar. La prensa había acampado frente al edificio, hasta el punto de filmar su salida de la Mansión del Gobernador a las siete y media de la mañana, junto a su brigada de seguridad —cosa que hacía cinco días por semana—, como si ahora aquel movimiento fuera un notición. En la oficina estaban hasta arriba de llamadas, faxes, correos electrónicos, cartas, gente y hasta paquetes.

—Estamos con la mierda hasta el cuello —dijo Barry—, y la cosa empeora sin parar. Ayer, treinta y un editoriales de costa a costa, y hoy diecisiete más. A este ritmo, habrá salido uno en todos los periódicos del

país. Por cable se pasan el día de cháchara. Salen expertos en cantidad, dando consejos sobre lo que hay que hacer ahora.

—¿Y qué hay que hacer ahora? —preguntó el gobernador.

—Moratorias, moratorias. Renunciar a la pena capital, o como mínimo estudiarla a fondo.

—¿Y las encuestas?

—Según las encuestas estamos jodidos, pero aún es demasiado pronto. Deja que pasen unos días y que se diluya el impacto, y nos meteremos otra vez en el mercado, poco a poco. Yo sospecho que perderemos unos cuantos puntos, pero calculo que al menos el sesenta y cinco por ciento sigue a favor de la inyección letal. ¿Wayne?

Wayne estaba enfrascado en su portátil, pero no perdía palabra.

—Sesenta y nueve, que sigue siendo mi número favorito.

—Ni uno ni otro —dijo el gobernador—: sesenta y siete. ¿Todos de acuerdo?

Barry y Wayne levantaron enseguida los pulgares. Ya estaba en marcha la apuesta estándar: cada uno de los tres ponía cien dólares.

El gobernador se acercó por enésima vez a su ventana favorita, pero no vio nada.

—Tengo que hablar con alguien. Aquí dentro, ignorando a la prensa, parece que me esconda.

—Es que te escondes —dijo Barry.

—Concertadme una entrevista con alguien de confianza.

—Siempre nos queda la Fox. Hace dos horas he hablado con Chuck Monahand, y estaría encantado de que charles con él. Es inofensivo, y tiene unos índices de audiencia bastante buenos.

—¿Nos dará las preguntas con antelación?

—Pues claro. Está dispuesto a todo.

—Me gusta. ¿Wayne?

Wayne hizo crujir los nudillos con fuerza suficiente como para romperlos.

—No tan deprisa —dijo—. ¿Qué urgencia tienes? Pues claro que estás atrincherado, pero deja que amaine la tormenta. Vamos a pensar dónde estaremos dentro de una semana.

—Yo diría que aquí mismo —replicó Barry—, encerrados con llave, devanándonos los sesos para decidir qué hacemos.

—Es que es un momento tan importante... —precisó el gobernador—. Me da mucha rabia dejar que pase.

—Deja que pase —dijo Wayne—. Ahora mismo tienes mala imagen, jefe; eso no hay quien lo arregle. Lo que nos hace falta es tiempo, mucho tiempo. Yo digo que bajemos la cabeza, esquivemos las balas y dejemos que la prensa se cebe en Koffee, la poli y el tribunal de apelación. Que pase un mes. Agradable no será, pero el reloj no se parará.

—Yo digo que vayamos a la Fox —comentó Barry.

—Y yo que no —replicó Wayne—. Propongo que nos montemos una misión comercial a China y pasemos diez días fuera. Así exploramos mercados extranjeros, más salidas para los productos texanos y más puestos de trabajo para nuestra gente.

—Ya lo hice hace tres meses —protestó Newton—. Odio la comida china.

—Darías una imagen de debilidad —repuso Barry—. Escaparse justo cuando surge la mayor noticia desde el último huracán. .. Mala idea.

—Estoy de acuerdo. No nos vamos.

—¿Así que puedo ir yo a China? —preguntó Wayne.

—No. ¿Qué hora es?

El gobernador llevaba un reloj de pulsera, y en el despacho había como mínimo tres relojes más. Aquella pregunta, al caer la tarde, solo podía significar una cosa. Barry se acercó al mueble bar y sacó una botella de bourbon Knob Creek.

El gobernador se sentó detrás de su gran escritorio y bebió un trago.

—¿Cuándo tendrá lugar la siguiente ejecución? —preguntó a Wayne.

Su abogado tecleó y miró fijamente su portátil.

—Dentro de dieciséis días.

—Vaya por Dios —dijo Barry.

—¿Quién es? —preguntó Newton.

—Drifty Tucker —contestó Wayne—. Hombre, blanco, cincuenta y un años, del condado de Panola. Mató a su mujer al pillarla en la cama con el vecino. También le disparó al vecino, ocho veces. Tuvo que recargar.

—¿Eso es delito? —preguntó Barry.

—Para mí no —respondió Newton—. ¿No ha alegado inocencia?

—No, demencia. Pero parece que lo que le ha fastidiado es lo de recargar.

—¿Podríamos hacer que lo suspendiese algún tribunal? —preguntó Newton—. Yo preferiría ahorrármelo.

—Lo estudiaré.

El gobernador bebió un poco más y sacudió la cabeza.

—Justo lo que nos falta ahora —masculló—: otra ejecución.

De repente, Wayne reaccionó como si le hubieran dado una bofetada.

—Fijaos en esto: Robbie Flak acaba de poner una demanda en el tribunal del estado del condado de Chester en la que cita a varios acusados, entre ellos el honorable Gilí Newton, gobernador. Cincuenta millones de dólares en concepto de daños y perjuicios por la ejecución indebida de Donté Drumm.

—No puede —dijo el gobernador.

—Pues acaba de hacerlo. Parece que ha mandado una copia por correo electrónico a todos los acusados, y a todos los periódicos del estado.

—Yo tengo inmunidad.

—Pues claro, pero te ha demandado igualmente.

Barry se sentó, y empezó a rascarse el pelo. El gobernador cerró los ojos y masculló algo para sus adentros. Wayne miraba el portátil, boquiabierto. Acababa de empeorar un día ya malo de por sí.

Capítulo 38

Keith estaba sentado en su despacho de la iglesia, con las manos detrás de la cabeza, los pies descalzos encima de la mesa, la mirada en el techo y la cabeza hecha un lío por todo lo que había pasado. Durante los últimos días se había acordado un par de veces de su familia, y de los asuntos de la iglesia, pero la idea de Travis Boyette suelto por la calle siempre daba al traste con tan agradables distracciones. Se había dicho infinidad de veces que él no había ayudado a Boyette a escapar, que ya rondaba por las calles de Topeka después de cumplir su condena, y que tenía derecho a reinsertarse en la sociedad. Era Boyette quien había tomado la decisión de irse de Anchor House e infringir la libertad condicional, ya antes de convencer a Keith de que le hiciera de chófer. Aun así, Keith vivía con un nudo en el estómago, un pinchazo constante que le aseguraba que había hecho algo mal.

Para descansar de Boyette, bajó los pies de la mesa y se volvió hacia su ordenador. En el monitor salía la web del capítulo de Kansas de la AADP, Americans Against the Death Penalty.[10] Decidió apuntarse. Pagó los veinticinco dólares de cuota anual con su tarjeta de crédito: ya era uno de los tres mil miembros, y como tal tenía derecho a la *newsletter,* a una revista mensual con las últimas novedades y a otras actualizaciones periódicas a cargo del personal de la asociación. Se reunían una vez al año en Wichita. Ya le harían llegar los datos exactos. Era la primera organización en la que se inscribía, aparte de la Iglesia.

Buscó por curiosidad webs de grupos contrarios a la pena de muerte en Texas, y encontró muchas. Reconoció los nombres de varios grupos que había visto en las noticias de los dos últimos días. Los abolicionistas texanos estaban aprovechando al máximo la ejecución de Drumm, y actividad no faltaba. Execution Watch, Students Against the Death Penalty, Texas Network Moratorium, TALK (Texans Against Legalized Killing), Texans for Alternatives to the Death Penalty...[11] Uno de los nombres que le sonaban era Death Penalty Focus.[12] Entró en su web, y le

[10] Americanos Contra la Pena de Muerte. *(N. del T.)*

[11] Observatorio de Ejecuciones, Estudiantes Contra la Pena de Muerte, Moratoria en Red de Texas, Texanos Contra el Asesinato Legalizado, Texanos a Favor de la Alternativa a la Pena de Muerte. *(N. del T.)*

[12] Foco en la Pena de Muerte. *(N. del T.)*

impresionó. La cuota de socio solo era de diez dólares. Sacó su tarjeta de crédito y se inscribió. Estaba disfrutando, sin pensar en Boyette.

El mayor y más antiguo de los grupos texanos era ATeXX, acrónimo de Abolish Texas Executions.[13] Aparte de impulsar muchas publicaciones sobre el tema del castigo capital, también presionaba al poder legislativo para que adoptase sus puntos de vista, organizaba grupos de apoyo a los reclusos de ambos sexos del corredor de la muerte, recaudaba fondos para defender a los acusados de delitos castigados con la muerte y trabajaba en red con decenas de otros grupos del país, pero lo más impresionante, al menos «en opinión de Keith, era que ayudaba a ambas familias, la de las víctimas y la del condenado. ATeXX tenía mil quinientos miembros y un presupuesto anual de dos millones de dólares, y la inscripción estaba abierta a todo el que estuviera dispuesto a pagar veinticinco dólares. Keith estaba de humor, y al cabo de un momento ya formaba parte de su tercer grupo.

Sesenta dólares después tenía la sensación de ser un abolicionista acreditado.

El silencio se rompió por el pitido de su intercomunicador.

—Hay una periodista al teléfono —anunció Charlotte Junger—. Creo que deberías hablar con ella.

—¿De dónde es?

—De Houston, y no te la quitarás de encima.

—Gracias.

Keith se puso al teléfono.

—Soy el reverendo Keith Schroeder.

—Reverendo Schroeder, me llamo Eliza Keene. Trabajo en el *Houston Chronicle.* —Tenía una voz dulce, y un hablar parsimonioso, con un acento nasal parecido al que Keith había oído en Slone—. Tengo unas preguntas sobre Travis Boyette.

Keith vio desfilar toda su vida ante él: titulares, polémicas, esposas, cárcel.

Su silencio fue bastante largo para convencer a la señorita Keene de que iba por buen camino.

—Muy bien —aceptó Keith.

¿Qué iba a decir? No podía mentir, negando que conocía a Boyette. Durante unas décimas de segundo se le ocurrió no hablar con ella, pero eso equivaldría a disparar más de una alarma.

—¿Le importa que grabe nuestra conversación? —preguntó ella cortésmente.

Sí. No. Ni idea.

[13] Abolid las Ejecuciones en Texas. *(N. del T.)*

—Pues... no —dijo Keith.

—Mejor, así no cometo ninguna inexactitud. Un momento. —Una pausa—. Ya está encendida la grabadora.

—De acuerdo —respondió Keith, pero solo porque parecía que era necesaria alguna respuesta de su parte. Decidió ganar tiempo, mientras intentaba ordenar sus ideas—. Oiga, señorita Keene... Es que no tengo por costumbre hablar con periodistas. ¿Hay alguna manera de verificar que sea reportera del *Houston Chronicle?*

—¿Tiene el ordenador encendido?

—Sí.

—Pues ahora mismo le mando mi currículo. También le mando una foto hecha delante del bufete de Robbie Flak, el jueves pasado, cuando el señor Flak y su equipo se marchaban. En la foto salen cuatro personas, una con chaqueta negra y alzacuello blanco. Me imagino que es usted.

Keith consultó el correo y abrió el archivo adjunto. Era él. Leyó el currículo por encima, a sabiendas de que no hacía falta.

—Parece buena persona —dijo Keith.

—A nosotros también nos lo pareció. ¿Es usted?

—Sí.

—¿Presenció la ejecución de Donté Drumm?

A Keith se le secó la boca. Gruñó y carraspeó.

—¿Por qué cree que presencié la ejecución?

—Hemos accedido al registro de la cárcel, y aparece como testigo del preso. Además, uno de los hombres que estaban de pie detrás de usted durante la ejecución era periodista, de otro periódico. Su nombre lo he encontrado yo, no él.

¿Qué habría aconsejado Elmo Laird en esa situación? Tal vez cortar la conversación. Keith no estaba seguro, pero sí impresionado. Si la señorita Keene tenía el registro de la cárcel, y una foto, ¿qué más podía haber encontrado? Le pudo la curiosidad.

—Pues entonces supongo que presencié la ejecución.

—¿Qué hace un pastor luterano de Topeka presenciando una ejecución en Texas? —preguntó ella.

Era lo mismo que se había preguntado Keith al menos mil veces. Soltó una risa forzada.

—Es una larga historia —respondió.

—¿Amigo de Donté Drumm?

—No.

—Travis Boyette estaba en una casa de reinserción de Topeka. Luego aparece en Slone, Texas. ¿Tiene usted idea de cómo llegó?

—Quizá.

—¿Su coche es un Subaru marrón con matrícula de Kansas LLZ787?

—Supongo que tiene usted una copia de mis papeles.

—Sí, y uno de nuestros reporteros vio el coche en Slone. Por Slone no pasa mucha gente de Kansas. ¿Hay alguna posibilidad de que Boyette hiciera autoestop con usted?

Otra risa, esta vez sincera.

—Bueno, está bien, señorita Keene, ¿qué quiere?

—La historia, reverendo Schroeder. Entera.

—Tardaríamos horas, y ahora mismo no estoy dispuesto a dedicarle tanto tiempo.

—¿Cuándo conoció a Travis Boyette?

—No hace ni una semana, el lunes pasado.

—¿Y él, en ese momento, reconoció haber asesinado a Nicole Yarber?

Del secreto de confesión seguro que no quedaba nada. Boyette había retransmitido su confesión al mundo entero. No seguían en pie muchos secretos. Aun así, ciertas cosas debían quedar en la intimidad. Keith no estaba obligado a responder a la pregunta, ni a ninguna otra, todo fuera dicho. No le daba miedo la verdad; de hecho, estaba decidido a no esconderla. Si era tan fácil seguir sus huellas, pronto llamarían otros reporteros. Más valía zanjarlo de una vez.

—Lo que estoy dispuesto a decir es lo siguiente, señorita Keene. Travis Boyette visitó nuestra iglesia el domingo de la semana pasada. Como tenía ganas de hablar, volvió al día siguiente. Él confió en mí, y acabamos desplazándonos a Slone, Texas, adonde llegamos el jueves pasado, hacia mediodía. Boyette estaba decidido a impedir la ejecución, porque Donté Drumm era inocente. Salió por la tele, admitió ser el asesino e hizo las declaraciones que todos hemos visto. El señor Flak me pidió que lo acompañara a Huntsville. Yo accedí a regañadientes, y una cosa llevó a la otra; conocí a Donté, y presencié la ejecución sin haberlo previsto en absoluto. La mañana siguiente, Boyette condujo al señor Flak y otras personas, yo entre ellas, al lugar de Missouri donde había enterrado a la chica. Después se puso enfermo, y me lo llevé a un hospital de Joplin, del que logró marcharse por su propio pie. Yo me fui a mi casa en coche, y desde entonces no he tenido ningún contacto con Boyette.

La reportera digirió todo aquello en silencio.

—Reverendo Schroeder, tengo unas mil preguntas.

—Y yo llego tarde a un entrenamiento de fútbol. Buenos días.

Keith colgó, y salió rápidamente del despacho.

Fordyce - ¡A por todas! tenía una franja de sesenta minutos en la hora de mayor audiencia del lunes por la noche. El acontecimiento había recibido una publicidad descarada durante todo el fin de semana. Sean Fordyce se dirigió al mundo en directo desde Slone, Texas, donde seguía yendo de acá para allá en busca de otro incendio, o con algo de suerte un cadáver o una bomba. La primera media hora era el espectáculo de Reeva, con muchas lágrimas y ganas de que se produjera la ejecución. Salían filmaciones de Nicole bailando cuando era niña en una función, y otras en las que daba brincos al borde del campo, animando a los Warriors. También salía un clip de Donté lesionando a un jugador. Y mucha Reeva, con la entrevista posterior a la ejecución como momento estelar. No había duda de que daba una imagen tonta, casi patética, y era obvio que Fordyce la hacía caer en la trampa. Salían primeros planos de ella hablando a grito pelado, justo antes de quedarse muda al ver por primera vez el vídeo de Boyette. El momento en que este último mostraba el anillo de graduación de Nicole afectaba visiblemente a Reeva, que a partir de entonces ya no salía más. En la segunda mitad, Fordyce pasaba un popurrí de vídeos y entrevistas, y no mostraba nada que no se supiera. Era un desastre. Resultaba irónico que un charlatán tan amigo de la pena de muerte airease una exclusiva sobre la ejecución de un inocente, pero a Sean Fordyce se le pasó por alto la ironía. A él, lo único que le importaba eran los índices de audiencia.

Keith y Dana lo vieron. Durante sus caóticas horas en Slone, y con el propio frenesí del viaje, Keith no había visto nada de la familia de Nicole. Había leído sobre Reeva en internet, pero no la había oído hablar. Al menos el programa de Fordyce servía para algo. Como no había tenido trato con Reeva, pudo compadecerse de ella sin dificultad.

Llevaba horas postergando una llamada telefónica. Mientras Dana preparaba a los niños para irse a dormir, él se retiró al dormitorio y llamó a Elmo Laird. Se disculpó por molestarlo en su casa, pero la situación estaba cambiando muy deprisa, y Keith consideraba importante la llamada. Elmo le dijo que no se preocupase. Después de que Keith le explicara en detalle la conversación con Eliza Keene, Elmo dio a entender que quizá hiciera bien en preocuparse.

—Probablemente no haya sido buena idea —fue su primera respuesta.

—Es que ella ya lo sabía, señor Laird: los datos, los papeles, la foto... Lo sabía todo. Habría sonado ridículo intentar negarlo.

—No tiene ninguna obligación de hablar con la prensa, ¿sabe?

—Ya lo sé, pero no estoy huyendo de nadie. Yo hice lo que hice. La verdad está sobre la mesa.

—Me doy cuenta, pastor, pero usted me ha contratado para asesorarlo.

—Lo siento. No entiendo de legalismos. Ahora mismo, todo esto de la ley, y de sus trámites interminables, me supera.

—Claro, es lo que suele pasarles a mis clientes. Por eso me contratan.

—¿O sea que la he fastidiado?

—No necesariamente, pero prepárese para que se arme la de Dios es Cristo, con perdón por la expresión, pastor. Yo preveo que saldrá en las noticias. No estoy seguro de que la historia de Drumm dé para muchos artículos más, pero está claro que la aparición de usted le dará un sesgo nuevo.

—Estoy hecho un lío, señor Laird. Ayúdeme. ¿En qué afectará a mi caso que salga en las noticias?

—Vamos, Keith, que lo de usted ni siquiera es un caso. No lo han acusado de nada, y es muy posible que no lo acusen nunca. Esta tarde he hablado con el fiscal del distrito; somos amigos, y aunque se ha quedado fascinado con su historia, no lo he visto impaciente por procesarlo. Tampoco es que lo haya desestimado... Mucho me temo que la clave volverá a ser Boyette. Ahora mismo, probablemente sea el prófugo más famoso del país. ¿Ha visto que hoy le han acusado por asesinato en Missouri?

—Lo he visto hace un par de horas —respondió Keith.

—Como su rostro sale en todas partes, es posible que lo cojan. A Kansas dudo que vuelva. Que se lo queden en Missouri. Si lo encierran antes de haber hecho daño a nadie, creo que el fiscal de nuestro distrito dará el asunto por zanjado.

—¿Y la publicidad sobre mi implicación?

—Ya veremos. Aquí, muchos le admirarán por lo que hizo. A mí no me parece que haya mucho margen para criticarlo por intentar salvar a Donté Drumm, y menos sabiendo lo que sabemos. Saldremos de esta, pero no más entrevistas, por favor.

—Descuide, señor Laird.

Capítulo 39

Después de cuatro horas de sueño irregular, Keith se levantó de la cama y fue a la cocina. Echó un vistazo a la CNN, sin observar nada nuevo, y abrió su portátil para ver qué sucedía en Houston. En Chron.com había varios artículos, empezando por Robbie y sus demandas. Flak salía en una foto, con papeles en la mano, subiendo al juzgado del condado de Chester. También lo citaban in extenso, con declaraciones previsibles sobre el hecho de perseguir hasta la tumba a los culpables de la injusta muerte de Donté Drumm. Respecto a los acusados, incluido el gobernador, no había comentarios.

El siguiente artículo explicaba las reacciones de varios grupos del estado contrarios a la pena de muerte, y Keith se enorgulleció de ver que los encabezaba ATeXX. Exigían una serie de reacciones drásticas: la moratoria habitual de las ejecuciones, que se investigase a la policía de Slone, al Tribunal Penal de Apelación de Texas, al concepto de clemencia del gobernador, al propio juicio, a Paul Koffee y su oficina, etc. El plan era manifestarse el martes a mediodía ante el Capitolio del estado de Austin, la Universidad Estatal Sam Houston de Huntsville, la Universidad del Sur de Texas y unos diez centros más.

El miembro de mayor antigüedad del Senado de Texas era un abogado negro de Houston, Rodger Ebbs, personaje batallador con mucho que decir sobre el tema. Ebbs exigía que el gobernador convocase una sesión urgente de la asamblea legislativa, para que se pudiera poner en marcha una investigación oficial sobre todos los aspectos del caso Drumm. Como vicepresidente del Comité de Finanzas del Senado, Ebbs gozaba de considerable influjo sobre todos los aspectos de los presupuestos del estado. Prometió suspender el gobierno del estado si no se celebraba una sesión especial. No hubo comentarios por parte del gobernador.

De pronto salía en las noticias Drifty Tucker, la siguiente persona en el calendario de ejecuciones. La fecha prevista era el 28 de noviembre, a algo más de dos semanas vista, y su caso, que llevaba una década en letargo, atraía grandes dosis de atención.

El artículo de Eliza Keene ocupaba el cuarto lugar de la lista. Al clicar sobre él, Keith se vio en la foto, con Robbie, Aaron y Martha Handler, todos muy serios, saliendo de la estación de trenes para el viaje a Huntsville. El titular rezaba: «Un pastor de Kansas presenció la ejecución de Drumm». Keene presentaba la historia a grandes rasgos, y atribuía a

Keith varias declaraciones. También ella había presenciado una ejecución, años atrás, y le intrigaba que pudiesen autorizar a alguien como testigo con tan poca antelación. En la cárcel, nadie hacía comentarios al respecto. Como era de prever, Keene se había puesto en contacto con el bufete Flak para que le dijeran unas palabras, pero no había encontrado a nadie dispuesto a hablar. Un inspector de Anchor House dijo que el reverendo Schroeder había pasado al menos dos veces durante la semana anterior, en busca de Boyette. Su firma constaba en el libro de registro. El supervisor de Boyette no decía ni pío. Aproximadamente la mitad del artículo hablaba de Keith y Boyette, y de su loca carrera hacia Texas para evitar la ejecución. Salía una foto más pequeña de este último, hecha el jueves anterior, cuando se dirigía a los reporteros. La segunda mitad del artículo daba un giro y se demoraba en los posibles problemas de Keith con la justicia. ¿Podían procesar al pastor por haber ayudado conscientemente a huir a un criminal, infringiendo así la libertad condicional? Para llegar al fondo del asunto, Keene había llamado a una serie de expertos, y citaba a un profesor de Derecho de la Universidad de Houston: «El acto en sí lo honra, pero está claro que infringe la ley. Ahora que Boyette anda suelto, sospecho que al pastor le convendría consultar a un abogado».

«Gracias, bocazas —se dijo Keith—. Ah, y según mi abogado la infracción no está tan clara. No te iría mal investigar un poco antes de salir en el periódico.»

También hablaba un abogado defensor criminalista de Houston: «Es posible que haya una infracción, pero a mí, desde una perspectiva general, este hombre me parece un héroe. Me encantaría defenderlo ante un jurado».

¿Un jurado? Elmo Laird tenía la esperanza de zanjarlo todo con una discreta autoinculpación, y un rápido tirón de orejas. Al menos así lo recordaba Keith. Para cubrir todos los puntos de vista, la señorita Keene había chateado con un ex fiscal de Texas, y lo citaba así: «Un delito es un delito, independientemente de las circunstancias. Yo no tendría ninguna benevolencia. El hecho de que sea pastor carece de importancia».

En el quinto artículo se seguía investigando ferozmente lo ocurrido en la oficina del gobernador durante las últimas horas previas a la ejecución. De momento, el equipo de periodistas no había logrado destapar a ningún miembro de dicha oficina que reconociese haber visto el vídeo en el que Boyette hacía su confesión. El correo electrónico había salido del bufete Flak a las 15.11; Robbie, obviamente, era el primero en facilitar los datos de su servidor. No así la oficina del gobernador, de la que no salía nada; sus más estrechos ayudantes, y otros que no lo eran tanto, se habían puesto de acuerdo para no decir palabra, aunque probablemente aquello no durase mucho: cuando empezaran las investigaciones, y saliesen las primeras citaciones, empezarían a echarse mutuamente las culpas.

A las seis y dos minutos de la mañana sonó el teléfono. En la identificación ponía «desconocido». Keith saltó sobre él, antes de que se

despertasen Dana y los niños. Un hombre con acento muy marcado, que podía ser francés, dijo buscar al reverendo Keith Schroeder.

—¿Y usted quién es?

—Me llamo Antoine Didier, y trabajo en *Le Monde*, un periódico de París. Me gustaría hablar sobre el asunto Drumm.

—Lo siento, pero no tengo nada que comentar. —Keith colgó, y esperó a que volviera a sonar. Así fue. Lo cogió y respondió de modo brusco—: Sin comentarios, señor.

Volvió a colgar. Dentro de la casa había cuatro teléfonos. Corrió a activar el **NO MOLESTAR** en los cuatro. En el dormitorio, Dana empezaba a despertarse.

—¿Quién llama? —preguntó, frotándose los ojos.

—Los franceses.

—¿Los qué?

—Levántate. Quizá hoy sea un día muy largo.

Lazarus Flint era el primer guardaparques negro del este de Texas. Llevaba más de treinta años supervisando el mantenimiento de Rush Point a orillas del Red River, y hacía nueve que él y sus dos subordinados cuidaban con paciencia el lugar sagrado al que la familia y los amigos de Nicole Yarber hacían sus excursiones, y en el que realizaban sus vigilias. Los había observado durante muchos años. De vez en cuando hacían acto de presencia, y se sentaban cerca de la cruz improvisada; y ahí, sentados, lloraban y encendían velas mirando constantemente el río, el río lejano, como si les hubiera quitado a Nicole. Como si albergasen la seguridad de que era allí donde descansaba. Una vez al año, en el aniversario de la desaparición de Nicole, su madre hacía su peregrinación anual a Rush Point, siempre rodeada de cámaras, y con grandes gemidos y aspavientos. Entonces encendían más velas, llenaban de flores el pie de la cruz y traían recuerdos, toscas obras de arte y carteles con mensajes. Se iban cuando ya era de noche, y siempre, al marcharse, rezaban en la cruz.

Lazarus, que era de Slone, nunca había creído que Donté fuera culpable. A un sobrino suyo lo habían metido en la cárcel por un allanamiento de morada con el que no tenía nada que ver, y Lazarus, como la mayoría de los negros de Slone, nunca se había fiado de la policía. «Se equivocaron de persona», había dicho muchas veces desde lejos, al ver la que armaban los parientes y amigos de Nicole.

El martes a primera hora, mucho antes de que llegasen los primeros visitantes a Rush Point, aparcó la camioneta cerca del santuario y empezó a desmantelar aquellos trastos de manera lenta y metódica. Arrancó la cruz del suelo. Con el paso de los años se habían ido sucediendo varias

cruces, cada una mayor que la anterior. Levantó el bloque de granito recubierto de cera donde ponían las velas. Había cuatro fotos de Nicole, dos plastificadas y las otras dos con marco de cristal. Una chica muy guapa, pensó al dejarlas en su camioneta. Una muerte horrible, pero la de Donté también lo fue. Recogió figuritas de porcelana de animadoras, tabletas de arcilla con mensajes impresos, obras de bronce sin ningún significado perceptible, desconcertantes óleos sobre tela y varios ramos de flores marchitas.

A su juicio, todo aquello no era más que basura.

«Qué desperdicio», se dijo al irse con la camioneta: de energías, de tiempo, de lágrimas, de emociones, de odio, de esperanza, de oraciones... La chica estaba a más de cinco horas de distancia, enterrada por otro en las colinas de Missouri. Nunca había estado cerca de Rush Point.

Paul Koffee entró en el despacho privado del juez Henry el martes a las doce y cuarto. Era la hora de comer, pero no se veían alimentos. El juez Henry se quedó detrás de su escritorio. Koffee se sentó en un sillón de cuero muy profundo, que ya conocía de sobra.

Koffee no había salido de su cabaña desde el viernes por la noche. Durante el lunes no había llamado a su despacho, y sus subordinados desconocían por completo su paradero. Sus dos comparecencias ante la justicia, ambas con el juez Henry, habían sido pospuestas. Se le veía demacrado, cansado y pálido, con ojeras todavía más marcadas. Su actitud jactanciosa de fiscal había desaparecido.

—¿Cómo te va, Paul? —empezó el juez, afablemente.

—He tenido días mejores.

—No me extraña. ¿Tú y tu plantilla seguís trabajando en la teoría de que Drumm y Boyette estaban confabulados?

—Le estamos dando algunas vueltas —dijo Koffee, mirando fijamente una ventana a su izquierda.

Le costaba mirar a los ojos. Al juez Henry no.

—Tal vez pueda ayudarte, Paul. Sabes tan bien como yo, y ahora mismo como todo el mundo, que esa ridícula teoría solo es un esfuerzo enfermizo, torpe y desesperado para salvar tu culo. Escúchame, Paul: tu culo ya no hay quien lo salve; ya no te puede salvar nada, y si sales con la teoría del doble culpable tendrás que irte de la ciudad por culpa de las burlas. Lo peor es que solo servirá para crear más tensión. No colará, Paul. No insistas. No presentes nada, porque lo desestimaré inmediatamente. Olvídalo, Paul. Ahora mismo, lo mejor es que te olvides de todo lo relacionado con tu oficina.

—¿Me estás pidiendo que dimita?

—Sí. Inmediatamente. Saldrás deshonrado de la profesión. Acéptalo, Paul. Mientras no te vayas, los negros seguirán en la calle.

—¿Y si no quiero dimitir?

—Yo no puedo obligarte, pero puedo hacer que te arrepientas. Soy tu juez, Paul; la última palabra, en cualquier instancia y en cualquier caso, la tengo yo. Presido todos los juicios. Mientras sigas siendo el fiscal del distrito, tu oficina no conseguirá nada de mí. No presentes ni una sola moción, porque no la estudiaré; no proceses a nadie, porque lo anularé; no solicites ningún juicio, porque esa semana estaré muy ocupado. Nada, Paul, nada. Tú y tu personal no podréis hacer nada.

Koffee respiraba por la boca, mirando al juez con rostro ceñudo mientras intentaba digerir aquellas palabras.

—Eso es muy severo, señor juez.

—Si es lo que hace falta para que renuncies al cargo...

—Podría presentar una queja.

El juez Henry se rió.

—Tengo ochenta y un años, y estoy a punto de jubilarme. Me da igual.

Koffee se levantó despacio, y se acercó a una ventana. Habló de espaldas al juez.

—A mí también, Elias, si quieres que te diga la verdad. Yo solo quiero irme y descansar lejos de aquí. Solo tengo cincuenta y seis años. Aún soy bastante joven para dedicarme a otra cosa. —Se produjo una larga pausa, mientras frotaba un recuadro de cristal con el dedo—. ¡Dios mío! Parece mentira. ¿Cómo ha podido pasar?

—Por descuido de todos. Deficiente labor policial. Cuando no hay pruebas, la manera más fácil de resolver un delito es conseguir una confesión.

Koffee se volvió y dio unos pasos hacia el borde de la mesa. Tenía los ojos empañados y le temblaban las manos.

—No puedo mentir. Me encuentro fatal.

—Lo entiendo. Seguro que yo, en tus circunstancias, estaría igual.

Koffee se miró un buen rato los pies.

—Si no hay más remedio, dimito, Elias. Supongo que eso implica elecciones especiales.

—Sí, a la larga, pero te propongo una cosa: cuando dimitas, deja al frente a Grimshaw, que es tu mejor ayudante. Convoca al gran jurado y encausa a Boyette por el crimen. Cuanto antes, mejor. Es un acto de un simbolismo maravilloso: nosotros, el sistema judicial, reconocemos de facto nuestro error, y ahora tratamos de rectificarlo procesando al verdadero asesino. Reconocerlo servirá de mucho para calmar los ánimos en Slone.

Koffee asintió con la cabeza y dio la mano al juez.

El despacho de Keith en St. Mark recibió muchas llamadas a lo largo del día. Todas ellas fueron interceptadas por Charlotte Junger, que explicó que el reverendo no estaba disponible para hacer comentarios. Finalmente, a última hora de la tarde, llegó Keith. Llevaba todo el día escondido en el hospital, visitando a los enfermos, muy lejos de teléfonos y reporteros entrometidos.

A petición de Keith, Charlotte había tomado nota de toda la gente que llamaba. El reverendo la estudió, encerrado con llave en su despacho, con el teléfono desconectado. Eran reporteros de todas partes, de San Diego a Boston, y de Miami a Portland. Seis de los treinta y nueve eran de periódicos europeos, y once de Texas. Uno dijo ser de Chile, aunque Charlotte no estaba muy segura, por el acento. También habían llamado tres feligreses de St. Mark para quejarse; no les gustaba que acusaran a su pastor de haber infringido la ley, cosa que él, para colmo, parecía admitir. Otros dos feligreses llamaron para expresar su admiración y su respaldo. Con todo, la noticia aún no había llegado al periódico de la mañana de Topeka. Lo haría al día siguiente. Keith esperaba ver la misma foto por toda su ciudad natal.

Luke, su hijo de seis años, tenía un partido nocturno de fútbol, y al ser martes la familia Schroeder comió en su pizzería favorita. Los niños se acostaron a las nueve y media, y Keith y Dana a las diez. Discutieron sobre si apagar los teléfonos, pero al final estuvieron de acuerdo en desactivar el NO MOLESTAR y esperar que hubiera suerte. Si llamaba un reportero, los silenciarían. A las once y doce minutos sonó el teléfono. Lo cogió rápidamente Keith, que aún estaba despierto.

—¿Diga? —respondió.

—Pastor, pastor, ¿cómo estamos?

Era Travis Boyette. En previsión de algo tan improbable, Keith había enchufado a su teléfono una pequeña grabadora. Pulsó «Grabar».

—Hola, Travis —dijo.

Dana se puso en movimiento. Bajó velozmente de la cama, encendió una luz, cogió su móvil y empezó a marcar el número del detective Lang, a quien habían visto dos veces.

—¿Qué ha estado haciendo? —preguntó Keith.

Dos amigos de toda la vida. Lang le había pedido que entretuviera al máximo a Boyette.

—Ir de un lado para otro. No puedo quedarme mucho tiempo en ningún sitio.

Boyette hablaba despacio, con voz pastosa.

—¿Sigue en Missouri?

—No, qué va, de Missouri me fui antes que usted, pastor. Voy de aquí para allí.

—Se olvidó el bastón, Travis. Se lo dejó sobre la cama. ¿Por qué?

—No lo necesito. No lo he necesitado nunca. Exageré un poco. Perdóneme, pastor, por favor. Tengo un tumor, pero se me declaró hace mucho tiempo. Un meningioma, no un glioblastoma. Nivel uno. Benigno. De vez en cuando me da mala vida, el jodido, pero dudo que me mate. El bastón era un arma, pastor; lo usaba como autodefensa. Cuando vives en una casa de reinserción con una pandilla de matones, nunca sabes cuándo necesitarás un arma.

De fondo se oía música country. Probablemente estuviera en un bar cutre.

—Pero si cojeaba...

—Vamos, pastor, que algo tienes que cojear si usas bastón, ¿no le parece?

—Pues no lo sé, Travis. Hay gente que lo está buscando.

—La historia de mi vida. Nunca me encontrarán. Como nunca encontraron a Nicole. ¿Ya la han enterrado, pastor?

—No. El funeral es el jueves. El de Donté es mañana.

—Quizá vaya al de Nicole y lo vea de extranjis. ¿Qué le parece, pastor?

Una idea genial. Además de cogerlo, probablemente le dieran una paliza.

—A mí bien, Travis. Si hay un entierro es por usted. Parece lo indicado.

—¿Cómo está esa mujer tan mona que tiene, pastor? Seguro que se divierten, usted y ella. Es una preciosidad.

—Ya vale, Travis. —Que no colgase—. ¿Ha pensado mucho en Donté Drumm?

—La verdad es que no. Deberíamos haber previsto que no nos escucharían.

—Si hubiera ido antes, lo habrían escuchado, Travis. Si hubiéramos encontrado el cadáver en primer lugar, no habría habido ejecución.

—Aún me echa la culpa, ¿eh?

—¿A quién si no, Travis? Supongo que todavía es la víctima, ¿no?

—No sé qué soy, pero le diré una cosa, pastor: tengo que encontrar a una mujer. ¿Me entiende?

—Escúcheme, Travis: si me dice dónde está, voy a buscarlo y lo traigo a Topeka. Saldré ahora mismo. Haremos otro viajecito los dos juntos. Me da igual donde esté. Lo encerrarán aquí, y luego lo extraditarán a

Missouri. Pórtese bien, por una vez; así no saldrá nadie perjudicado, Travis. Vamos, hombre.

—A mí no me gusta la cárcel, pastor. La conozco bastante para saberlo.

—Pero está cansado de hacer daño a la gente, Travis. Yo lo sé. Me lo dijo usted.

—Supongo. Tengo que irme, pastor.

—Llámeme a cualquier hora, Travis. No localizo las llamadas. Solo quiero hablar con usted.

La llamada se había cortado.

Una hora más tarde, el detective Lang estaba en casa de los Schroeder, escuchando la grabación. Habían conseguido seguir el rastro telefónico hasta el dueño de un móvil robado de Lincoln, Nebraska.

Capítulo 40

En principio, las honras fúnebres de Donté Drumm tenían que celebrarse en el santuario de la Iglesia Metodista Africana Bethel, cuyo aforo medio era de doscientas cincuenta personas; sin embargo, embutiendo sillas plegables en todos los resquicios, llenando al máximo el coro elevado y haciendo que los hombres jóvenes formasen una doble hilera contra la pared, la capacidad podía aumentar hasta trescientas cincuenta. El martes por la noche, al anunciarse que no se reanudarían las clases, hubo una serie de llamadas telefónicas y se cambiaron los planes: la ceremonia fue trasladada al gimnasio del instituto, con capacidad para dos mil personas. Se programó para la una del mediodía, justo antes del entierro de Donté, que sería sepultado en el cementerio de Greenwood, junto a su padre.

A las doce ya eran como mínimo dos mil los ocupantes del gimnasio, y había más gente fuera, esperando pacientemente el momento de entrar. El ataúd de Donté estaba en una esquina, bajo un tablero y una portería, rodeado de un profuso mar de bonitos arreglos florales. Sobre el ataúd, en una pantalla, el rostro hermoso y sonriente de Donté recibía a los que habían acudido a despedirse de él. Su familia ocupaba la primera fila, en sillas plegables, y resistió animosamente la entrada de la multitud, saludando a los amigos, abrazándose a desconocidos e intentando no perder la compostura. Al lado de las flores, un coro de la iglesia de Donté cantaba espirituales reconfortantes, a boca cerrada. Daphne Dellmore, una solterona beata que en sus tiempos había intentado infructuosamente enseñar los principios del piano a Donté Drumm, acompañaba al coro en un viejo piano vertical Baldwin. A la derecha del ataúd había un pequeño estrado, con un podio y un micrófono, y delante, en varias hileras de sillas plegables, estaban los Warriors de Slone: todos los jugadores, con sus entrenadores y preparadores. Llevaban orgullosamente sus camisetas azules. Aparte de los jugadores, había unas cuantas caras blancas diseminadas por la multitud, aunque no eran muchas.

A los medios de comunicación se los había puesto literalmente en vereda. Con Marvin Drumm como severo director, reporteros y cámaras se apretujaban en el otro extremo del edificio, debajo del tablero contrario, separados del resto por una hilera de sillas unidas con cinta amarilla de la policía. Al lado de la cinta, varios jóvenes negros corpulentos, con traje oscuro, vigilaban a los reporteros, que tenían instrucciones de no hacer el menor ruido. Cualquier incumplimiento

provocaría la expulsión, y muy probablemente la fractura de una pierna en el aparcamiento. La familia estaba tan harta de los reporteros como casi toda la ciudad.

Roberta había tomado la sabia decisión de cerrar el ataúd. No quería que la última imagen de Donté fuera la de un cuerpo sin vida. Consciente de que lo vería mucha gente, prefería un Donté que sonriese.

A la una y veinte ya no cabía ni un alfiler. Las puertas del gimnasio estaban cerradas. El coro enmudeció. Subió al podio el reverendo Johnny Canty.

—Estamos aquí para celebrar una vida —dijo—, no para llorar una muerte.

Sonaba bien, y hubo muchos «amén», pero el ambiente distaba mucho del de una celebración. Se respiraba una gran pena, pero no la que causa la pérdida de una persona, sino la que nace de la rabia y la injusticia.

El primero en rezar fue el reverendo Wilbur Woods, el pastor blanco de la Primera Iglesia Metodista Unida de Slone. Cedric Drumm lo había invitado por teléfono, y él había aceptado de inmediato. Fue una hermosa oración, que hizo hincapié en el amor y el perdón, pero sobre todo en la justicia. Los oprimidos no lo serán siempre. Algún día, los culpables de las injusticias deberán hacer frente a su vez a la justicia. El reverendo Woods tenía una voz suave, pero potente, y sus palabras calmaron a la muchedumbre. Ver a un pastor blanco en el estrado, con los ojos cerrados, los brazos en alto y el alma al desnudo, a la vista de todos, aplacó muchas emociones en carne viva, aunque solo fuera de modo pasajero.

Donté nunca había hablado de su funeral. En consecuencia, fue su madre quien eligió la música, a los oradores y el orden de la ceremonia, que reflejaría la sólida fe cristiana de su familia. Aunque Donté dijera haber perdido la fe, su madre nunca lo había creído.

Cuando el coro cantó *Just a Closer Walk with Thee* aparecieron las primeras lágrimas; hubo más de una crisis, sonoros estallidos de emoción seguidos por llantos y lamentaciones. Una vez serenados los ánimos, siguieron dos panegíricos. El primero lo pronunció uno de los compañeros de equipo de Donté, un joven que ahora era médico en Dallas. El segundo corrió a cargo de Robbie Flak. Cuando Robbie se acercó al estrado, el público se levantó enseguida y le dedicó un aplauso contenido. Era una ceremonia religiosa. Estaba mal visto aplaudir y gritar, pero hay cosas que no pueden evitarse. Robbie se quedó un buen rato sobre el escenario, asintiendo con la cabeza, secándose las lágrimas, recibiendo la admiración de los asistentes y lamentando tener que estar donde estaba.

Para ser un hombre que llevaba varios días despotricando contra el mundo entero, y demandando a cualquier persona que se cruzaba en su camino, sus comentarios destacaron por su mansedumbre. El nunca había

entendido lo del amor y el perdón. Su motor eran las represalias. Aun así, intuyó que convenía rebajar sus impulsos pugilísticos, al menos de momento, e intentar ser amable. Le costó. Habló de Donté en la cárcel, de las muchas visitas que recibía, e incluso fue capaz de hacer reír a la gente al explicar cómo había descrito Donté lo que se comía en el corredor de la muerte. También dio un toque humorístico a la lectura de dos cartas de Donté. Acabó describiendo sus últimos momentos con él.

—El último deseo de Donté —dijo— fue que algún día, cuando se supiera la verdad y se identificase al asesino de Nicole, el día en que él fuera exculpado, y su nombre quedase rehabilitado para siempre, su familia y sus amigos se reunieran delante de su tumba, en el cementerio, y celebraran una fiesta para decirle al mundo entero que Donté Drumm es inocente. ¡Donté, estamos planeando la fiesta!

Emmitt, el hijo de catorce años de Cedric, leyó una carta de la familia, una despedida larga y desgarradora, y lo hizo con una compostura pasmosa. Después de otro himno, el reverendo Canty predicó durante una hora.

Keith y Dana vieron el funeral en directo, por cable, en casa de la madre de Dana, en Lawrence, Kansas, la ciudad de su juventud. El padre de Dana ya había fallecido. Su madre se había jubilado como profesora de contabilidad de la Universidad de Kansas. Tras dejar a los niños en la escuela, Keith y Dana decidieron coger el coche y hacer una excursión fuera de la ciudad. Por la iglesia pasaban muchos reporteros, y sonaban constantemente los teléfonos. La foto de Keith, Robbie, Martha y Aaron salía en primera página del periódico de la mañana de Topeka. Keith estaba cansado de tanta atención y tantas preguntas. Para colmo, Boyette andaba por ahí con fantasías sobre su mujer, y Keith quería tenerla cerca.

Billie, su suegra, se ofreció a preparar la comida, propuesta que fue inmediatamente aceptada.

—Me parece increíble que hayas estado allí, Keith —decía todo el rato Billie mientras miraban el funeral.

—A mí también, a mí también.

Quedaba muy lejos, en la distancia y en el tiempo. Aun así, a Keith le bastaba con cerrar los ojos para oler el desinfectante con el que limpiaban la celda de detención donde había esperado Donté, y para oír cortarse la respiración de sus familiares en el momento en que, apartadas las cortinas, lo habían visto en la camilla, con los tubos en las venas.

Al ver el funeral, se le empañaron los ojos por el cálido recibimiento de que era objeto Robbie, y lloró cuando el sobrino de Donté le dijo adiós. Por primera vez desde su salida de Texas, Keith sintió el impulso de volver.

Donté recibió sepultura en la ladera de una colina larga y baja del cementerio de Greenwood, donde se enterraba a casi todos los negros de Slone. La tarde se había nublado, y hacía frío. Durante los últimos cincuenta metros, en los que el ataúd ya pesaba mucho a los portadores del féretro, llevó la delantera un grupo de tambores cuyo ritmo, regular y perfecto, resonaba en el aire húmedo. La familia siguió al ataúd hasta que fue depositado cuidadosamente en lo alto de la sepultura, momento en que tomaron asiento en unas sillas forradas de terciopelo, a pocos centímetros de la tierra recién removida. El cortejo fúnebre formó un estrecho círculo en torno al pabellón fúnebre, de color morado. El reverendo Canty pronunció unas palabras, leyó algunos pasajes de las Escrituras y se despidió por última vez de su hermano caído. Donté fue depositado al lado de su padre.

Transcurrida una hora, la gente empezó a dispersarse. Roberta y la familia se quedaron bajo el pabellón, contemplando el ataúd en el fondo de la fosa y la tierra esparcida sobre él. Robbie se quedó con ellos, como única persona ajena a la familia.

El miércoles, a las siete de la tarde, el ayuntamiento de Slone se reunió en sesión ejecutiva para hablar sobre el futuro del detective Drew Kerber, que fue informado de la reunión pero no invitado a ella. La puerta estaba cerrada con llave. Los únicos presentes eran los seis concejales, el alcalde, el fiscal de la ciudad y un secretario. El único concejal negro, de apellido Varner, empezó exigiendo que se despidiera de inmediato a Kerber y que el consistorio aprobase por unanimidad una resolución donde se condenara a sí mismo por cómo había gestionado todo lo relativo a Donté Drumm. Enseguida quedó claro que no habría unanimidad en nada. Finalmente, no sin dificultades, la corporación municipal decidió aplazar la aprobación de cualquier resolución, aunque fuese por un plazo breve. Eran temas delicados, que resolverían paso a paso.

El fiscal de la ciudad desaconsejó el despido inmediato de Kerber. De todos era sabido que el señor Flak había interpuesto una demanda colosal contra el ayuntamiento, y despedir a Kerber equivaldría a un reconocimiento de culpa.

—¿Podríamos ofrecerle una jubilación anticipada?

—Solo lleva aquí dieciséis años. No cumple los requisitos.

—En la policía no podemos mantenerlo.

—¿Podríamos trasladarlo un año o dos al Departamento de Parques y Recreo?

—Sería ignorar lo que hizo en el caso Drumm.

—Sí, es verdad. Hay que despedirlo.

—Por otra parte, supongo que nosotros, el ayuntamiento, tendremos pensado impugnar las acusaciones de la demanda. ¿Alegaremos en serio que no somos responsables de nada?

—Es la postura inicial de los letrados de nuestra compañía de seguros.

—Pues será cuestión de echarlos, y de buscar abogados con sentido común.

—Lo que tenemos que hacer es admitir que nuestra policía se equivocó, y llegar a un acuerdo. Cuanto antes, mejor.

—¿Por qué estás tan seguro de que la policía se equivocó?

—¿Tú lees la prensa? ¿Tienes televisor?

—A mí no me parece tan claro.

—Será porque nunca has sabido ver lo evidente.

—Me ofendes.

—Oféndete todo lo que quieras. Si te parece que tendríamos que defender al consistorio contra la familia Drumm, es que eres un incompetente y deberías dimitir.

—Pues mira, igual dimito.

—Genial. Y llévate a Drew Kerber.

—Kerber tiene un largo historial de mal comportamiento. No deberían haberlo contratado. Deberían haberlo expulsado hace años. Que siga donde está es culpa del ayuntamiento. Seguro que lo dicen en el juicio, ¿no?

—¡Pues claro!

—¿Juicio? ¿Aquí hay alguien que esté a favor de ir a juicio? Pues tendrían que hacerle un test de inteligencia.

El debate se les fue de las manos durante dos horas. A veces parecía que hablaran seis personas a la vez. Se oyeron amenazas, improperios, muchos insultos, cambios bruscos de postura, y no hubo consenso, pese al sentir general de que el ayuntamiento debería hacer todo lo posible para no ir a juicio.

Finalmente votaron: tres a favor de cesar a Kerber, y tres de esperar a ver qué pasaba. El voto de calidad correspondía al alcalde, que votó por desembarazarse de él. En el interrogatorio maratoniano cuyo fruto fue la aciaga confesión de Donté habían participado los detectives Jim Morrissey y Nick Needham, pero ambos se habían ido de Slone para incorporarse a la policía de alguna ciudad más grande. Nueve años antes, Joe Radford, el comisario, solo era comisario adjunto, y como tal apenas había intervenido en la investigación del caso Yarber. La moción por expulsarlo también a él no prosperó, porque no hubo nadie que la secundase.

Acto seguido, Varner sacó el tema del ataque con gases lacrimógenos en el parque Civitan el jueves por la noche, y exigió que la ciudad condenara su uso. Tras otra hora de acaloradas discusiones, decidieron aplazar el debate.

El miércoles, entrada la noche, las calles estaban despejadas y tranquilas. Después de una semana de manifestaciones, fiestas y, en algunos casos, conductas delictivas, los manifestantes, protestantes, guerrilleros, luchadores o como se llamasen estaban cansados. Aunque quemasen toda la ciudad, y trastornasen su ritmo de vida durante un año entero, Donté seguiría descansando plácidamente en el cementerio de Greenwood. En el parque Washington se reunieron unos cuantos a beber cerveza y escuchar música, pero ni siquiera a ellos les interesaba ya tirar piedras e insultar a la policía.

A medianoche se dieron las órdenes, y la Guardia Nacional salió de Slone con rapidez y también con sigilo.

Capítulo 41

La convocatoria del obispo llegó el jueves a primera hora por correo electrónico, y fue confirmada por una breve conversación telefónica en la que no se habló de nada importante. A las nueve de la mañana, Keith y Dana iban otra vez en coche, esta vez hacia el sudoeste por la interestatal 35, en dirección a Wichita. Mientras conducía, Keith recordó que hacía solo una semana que había hecho el mismo viaje en el mismo coche y con la misma emisora de radio, pero con un pasajero muy distinto. Al final había convencido a Dana de que Boyette estaba lo bastante loco como para seguirla. Teniendo en cuenta que lo habían detenido un sinfín de veces, no era el más habilidoso de los criminales al acecho. Mientras no lo pillasen, Keith no pensaba perder de vista a su esposa.

Keith tenía abandonado su despacho, y también la iglesia. Las obras de beneficencia de Dana, y sus agendas sin un solo hueco, habían quedado al margen. En esos momentos solo importaba la familia. Si hubieran tenido la flexibilidad y el dinero necesarios, Keith y Dana habrían cogido a los niños y habrían salido para un largo viaje. Ella estaba preocupada por su marido. Keith había presenciado un acontecimiento turbador como pocos, una tragedia que lo perseguiría siempre, y aunque le hubiera resultado del todo imposible impedirla, o intervenir en ella de algún modo, no dejaba de pesar en su conciencia. Ya le había explicado muchas veces lo sucio que se había sentido después de la ejecución, y sus ganas de irse a algún sitio y darse una buena ducha, para limpiarse de sudor, suciedad, cansancio y complicidad. No dormía, no comía, y aunque con los niños se esforzaba al máximo por seguir con las bromas y los juegos de siempre, resultaba algo forzado. Tenía una actitud distante, y con el paso de los días Dana empezaba a darse cuenta de que no conseguía superarlo. Era como si se hubiera olvidado de la iglesia. No había comentado nada de ningún sermón, ni de nada relativo al domingo siguiente. Tenía un montón de mensajes telefónicos sobre la mesa, pendientes de respuesta. Alegando migraña, había endilgado la cena del miércoles a su pastor asistente. El nunca había tenido migraña, ni se había fingido nunca enfermo, ni le había pedido nunca a nadie que fuera su sustituto en alguna situación. Cuando no leía sobre el caso Drumm, y no investigaba sobre la pena de muerte, miraba las noticias por cable, sin importarle que se repitieran una y otra vez determinados reportajes. Algo se estaba avecinando.

El obispo, que se llamaba Simón Priester, era una verdadera bola humana, un viejo enorme casado con la Iglesia, que no tenía absolutamente nada más que hacer salvo controlar bien de cerca a todos sus subordinados. Aunque no llegaba a los cincuenta y cinco años, Priester parecía mucho mayor, tanto por su aspecto como por su comportamiento. Su único pelo eran dos manchas blancas sobre las orejas. Su abdomen, grotesco y pronunciado, le colgaba burdamente por encima de las caderas. Nunca había tenido esposa que le regañase por su peso, o que se cerciorase de que sus calcetines hacían juego, o que pusiera algún remedio a las manchas de sus camisas. Hablaba despacio y en voz baja, casi siempre con las manos unidas por delante, como si esperase que todas sus palabras vinieran de lo alto. A sus espaldas lo llamaban «el Monje», por lo general de modo cariñoso, aunque no faltaban ejemplos de lo contrario. Dos veces al año —el segundo domingo de marzo y el tercero de septiembre—, el Monje insistía en pronunciar un sermón en la iglesia de St. Mark de Topeka. Era de los que aburren hasta a las piedras. Los pocos que acudían a escucharlo eran los más valientes de la grey, pero incluso a ellos tenían que persuadirlos con palabras halagüeñas Keith, Dana y el resto del personal. La escasa asistencia tenía muy preocupado al Monje por la salud de St. Mark. «Si te contase...», pensaba Keith, sin imaginarse un público más nutrido en ninguna otra iglesia de las giras del Monje.

La reunión no era urgente, aunque el primer correo electrónico empezaba así: «Querido Keith: estoy profundamente preocupado...». Simón había propuesto que comieran juntos —su pasatiempo favorito— algún día de la semana siguiente, pero Keith tenía poco más que hacer, y a decir verdad un viaje a Wichita le proporcionaría una excusa para salir de la ciudad y pasar el día con Dana.

—Seguro que ya has visto esto —dijo Simón, una vez debidamente acomodados en torno a una mesa pequeña, con café y cruasanes congelados.

Era una copia de un editorial de la edición matutina del periódico de Topeka, un texto que Keith había leído tres veces antes de que amaneciera.

—Sí —dijo Keith.

Con el Monje siempre era más seguro escatimar las palabras al máximo. Tenía una gran habilidad para coger las palabras sueltas, juntarlas y colgártelas al cuello.

—No me malinterpretes, Keith —dijo el Monje con las manos juntas, tras dar tal mordisco al cruasán que casi se lo terminó, salvo un trozo que le quedó pegado al labio inferior—. Estamos muy orgullosos de ti. ¡Qué valor! Echando todas las precauciones por la borda, corriste a una zona de guerra para salvar la vida a un hombre. La verdad es que es de lo más aleccionador.

—Gracias, Simón, pero yo no recuerdo haberme sentido tan valiente. Lo único que hice fue reaccionar.

—Claro, claro, pero debiste de pasar mucho miedo. ¿Cómo fue, Keith? La violencia, el corredor de la muerte, estar con Boyette... Debió de ser horrible.

Lo que menos le apetecía a Keith era contárselo, pero al Monje se le veía con tantas ganas...

—Vamos, Simón, ya lo has leído en el periódico —trató de protestar—. Ya sabes qué pasó.

—Dame ese gusto, Keith. ¿Qué sucedió de verdad?

Así que Keith se aburrió a sí mismo complaciendo al Monje, el cual salpicaba el relato cada quince segundos con un estupefacto «increíble», o un «vaya, vaya» acompañado por chasquidos de la lengua. En un momento dado sacudió la cabeza y se le cayó del labio el trocito de cruasán, que fue a parar al café sin que él lo advirtiera. Para aquella versión, Keith eligió como capítulo final la escalofriante llamada telefónica de Boyette.

—Vaya, vaya.

Como era típico en el Monje, empezaban por lo desagradable (el editorial), pasaban a lo placentero (el valeroso viaje de Keith hacia el sur) y viraban de golpe, una vez más, al verdadero objetivo de la reunión. Los dos primeros párrafos del editorial del periódico felicitaban a Keith por su valor, pero era un simple ejercicio de calentamiento. El resto lo reprendía por haber infringido la ley de manera consciente, aunque a los editores les costase tanto como a los abogados aclarar la naturaleza exacta de la infracción.

—Me imagino que estarás recibiendo asesoría jurídica de primera —dijo el Monje, que evidentemente tenía muchas ganas de dar su versión de tan necesarios consejos; solo faltaba que se lo pidiera Keith.

—Tengo un buen abogado.

—¿Y...?

—Vamos, Simón, ya sabes lo que es la confidencialidad en las relaciones.

La sobrecargada columna vertebral del Monje logró erguirse.

—Por supuesto —dijo tras la reprimenda—. No quería ser indiscreto, pero este es un tema que nos interesa, Keith. Se está insinuando que podría haber una investigación criminal, que tú podrías estar metido en una buena, por decirlo de algún modo, y todas esas cosas. No es precisamente algo privado.

—Mira, Simón, yo soy culpable de algo; lo hice y punto. A mi abogado le parece que algún día quizá tenga que autoinculparme de un vago cargo

de obstrucción a la justicia. Sin cárcel. Una pequeña multa. Al final se borrarían los antecedentes, y ya está.

El Monje se acabó el resto de cruasán que le había caído en el café con un mordisco salvaje, y estuvo un rato rumiando sobre el tema. Después se remojó la boca con un sorbo de café y se la limpió con una servilleta de papel.

—Supongamos que te declaras culpable de algo, Keith —dijo cuando ya no quedó rastro de nada—. ¿Qué esperarías de la Iglesia?

—Nada.

—¿Nada?

—Tenía dos opciones, Simón: jugar sobre seguro, quedarme en Kansas y esperar que hubiera suerte, o actuar como actué. Imagínate por un momento que hubiera hecho otra cosa; que, sabiendo la verdad sobre quién había matado a la chica, hubiera sido demasiado tímido para moverme. Ejecutan a un inocente, encuentran el cadáver, y yo me paso el resto de mi vida sintiéndome culpable por no haber intentado intervenir. ¿Tú qué habrías hecho, Simón?

—Te admiramos, Keith, de verdad —repuso suavemente el Monje, esquivando por completo la pregunta—. Pero lo que nos preocupa es la idea de que intervenga la justicia; de que se acuse de un delito a uno de nuestros pastores, y de una manera muy pública.

El Monje usaba con frecuencia la primera persona del plural para remachar sus argumentos, como si todos los líderes importantes del mundo cristiano estuviesen centrados en el tema urgente que ocupaba su agenda.

—¿Y si me declaro culpable? —preguntó Keith.

—En lo posible, habría que evitarlo.

—¿Y si no tengo más remedio?

El Monje desplazó un poco su voluminoso cuerpo, se estiró el fofo lóbulo de la oreja izquierda y volvió a juntar las manos, como si fuera a rezar.

—Según la política de nuestro sínodo, habría que iniciar trámites disciplinarios. Lo exigiría cualquier sentencia por delito, Keith. Seguro que lo entiendes. No podemos dejar que nuestros pastores vayan a juicio con sus abogados, comparezcan ante el juez, se declaren culpables y se les aplique la sentencia, con todos los medios de comunicación alborotados; y menos en un caso así. Piensa en la Iglesia, Keith.

—¿Cómo se me castigaría?

—Es todo prematuro, Keith. Ya lo pensaremos a su debido tiempo. Yo solo quería tener una primera conversación.

—A ver si me queda claro, Simón. Tengo muchas posibilidades de que me sancionen, suspendiéndome, dándome de baja o apartándome del sacerdocio, por haber hecho algo que a ti te parece admirable y a la Iglesia la llena de orgullo. ¿Es así?

—Sí, Keith, pero no nos precipitemos. Si puedes impedir que te procesen, evitamos el problema.

—Y todos contentos.

—Algo así. En todo caso, mantennos informados. Preferimos que nos des tú la noticia a que nos la dé el periódico.

Keith asintió, pero ya pensaba en otra cosa.

Las clases del instituto se reanudaron sin incidentes el jueves por la mañana. Al llegar, los alumnos fueron recibidos por el equipo de fútbol americano, que volvía a llevar sus camisetas. También estaban los entrenadores y las animadoras, en la entrada principal, sonriendo, dando la mano e intentando crear un clima de reconciliación. Dentro, en el vestíbulo, Roberta, Cedric, Marvin y Andrea conversaban con los alumnos y los profesores.

Nicole Yarber fue enterrada en una ceremonia privada el jueves a las cuatro de la tarde, transcurrida una semana casi exacta desde la ejecución de Donté Drumm. No hubo funeral, ni honras fúnebres formales. Reeva no se sentía con ánimos. Dos amigos íntimos le habían señalado que una ceremonia amplia y ostentosa solo estaría concurrida si se dejaba entrar a los reporteros. Por otra parte, la Primera Iglesia Baptista no tenía santuario, y la idea de que se lo prestase una confesión rival no era muy seductora.

La fuerte presencia policial mantuvo a las cámaras muy alejadas. Reeva estaba harta de aquella gente. Por primera vez en nueve años, huía de la publicidad. Ella y Wallis invitaron a cien familiares y amigos, que en muy pocos casos faltaron. Hubo algunas ausencias llamativas. Se excluyó al padre de Nicole por no haberse tomado la molestia de asistir a la ejecución, aunque, en retrospectiva, Reeva tenía que reconocer que ella también habría preferido no asistir. En el mundo de Reeva se habían complicado mucho las cosas, y en esos momentos no parecía apropiado invitar a Cliff Yarber. Más tarde se arrepentiría; no así de la exclusión de Drew Kerber y Paul Koffee, dos hombres a quienes ahora odiaba. La habían engañado, traicionado y herido tan profundamente que nunca se recuperaría.

Como artífices de la condena errónea, Kerber y Koffee tenían una lista de víctimas que no dejaba de crecer, y a la que se habían incorporado Reeva y su familia.

El hermano Ronnie, tan cansado de Reeva como de los medios de comunicación, presidió el acto con el comedimiento y la dignidad que

requería la ocasión. Mientras hablaba y leía la Biblia, reparó en las caras de perplejidad y estupor de los asistentes. Todos eran blancos, y ninguno había tenido la menor duda de que los restos del ataúd de bronce situado ante ellos se los había llevado años antes el Red River. Si alguno de ellos había llegado a sentir un ápice de compasión por Donté Drumm y su familia, no se lo habían dicho a su pastor. Les había encantado la idea del castigo y de la ejecución, tanto como a él mismo. El hermano Ronnie estaba intentando hacer las paces con Dios, y hallar perdón. Se preguntó cuántos de los presentes hacían lo mismo. A pesar de todo, como no quería ofender a nadie, y menos que nadie a Reeva, su mensaje fue más positivo. Él no había conocido a Nicole, pero logró contar su vida con anécdotas que sabía a través de sus amistades. Aseguró a su público que durante todos esos años Nicole había estado en el cielo, con su Padre; y dado que en el cielo no hay tristeza, permanecía ajena al sufrimiento de los seres queridos a quienes había dejado atrás.

Un himno, un solo, otra lectura bíblica, y en menos de una hora se acabó la ceremonia. Por fin Nicole Yarber recibía la debida sepultura.

Paul Koffee esperó a que anocheciese para entrar disimuladamente en su despacho. Escribió a máquina una escueta carta de dimisión, y se la envió por correo electrónico al juez Henry, con copia al secretario del tribunal. Después redactó una explicación algo más larga para sus subordinados, y la mandó también por correo electrónico sin molestarse en revisarla. Tras meter a toda prisa en una caja el contenido del cajón central de su escritorio, cogió todos los objetos de valor que pudiera llevarse, y al cabo de una hora salió por última vez de su despacho.

Tenía el coche lleno. Iba hacia el oeste: un largo viaje, con Alaska como destino más probable. No tenía itinerario, ni planes dignos de ese nombre; tampoco ganas de volver a Slone en un futuro próximo. Lo ideal sería no volver nunca, aunque el encarnizamiento de Flak, como bien sabía, imposibilitaba esa opción. Lo obligarían a regresar para ser sometido a toda clase de insultos: arduas declaraciones que durarían varios días, probablemente una entrevista con un comité de disciplina del colegio de abogados del estado, y tal vez el suplicio de ser castigado por investigadores federales. Su futuro no era nada halagüeño. Estaba bastante seguro de que no le esperaba la cárcel, pero también era consciente de que no podría sobrevivir, ni económica ni profesionalmente.

Paul Koffee estaba en la ruina y lo sabía.

Capítulo 42

Todas las tiendas del centro comercial cerraban a las nueve de la noche. A las nueve y cuarto, Lilly Reed apagó las cajas registradoras, marcó en el reloj de fichar, encendió el sistema de alarma y cerró con llave las dos puertas de la tienda de ropa femenina de la que era gerente adjunta. Salió del centro por una puerta de servicio, y caminó rápidamente hacia su coche, un Volkswagen Beetle, aparcado en una zona reservada para empleados. Tenía prisa: su novio la esperaba en un bar deportivo, a casi un kilómetro de camino. Al abrir la puerta del coche, notó que algo se movía a sus espaldas, y oyó un paso.

—Hola, Lilly —dijo una extraña voz de hombre.

Lilly supo enseguida que tenía problemas. Al volverse, vislumbró una pistola negra, vio una cara que no olvidaría nunca e intentó gritar. Él, con una rapidez increíble, le puso una mano en la boca.

—Sube al coche —le ordenó, empujándola.

Dio un portazo, la abofeteó en la cara con gran fuerza y le metió el cañón de la pistola en la oreja izquierda.

—No hagas ruido —susurró—. Y baja la cabeza.

Lilly obedeció, casi demasiado horrorizada para moverse. Él puso el motor en marcha.

Enrico Munez llevaba media hora dormitando, mientras esperaba a que su mujer acabara el trabajo en un local familiar de la zona de restaurantes del centro comercial. Estaba aparcado entre dos coches, en una fila de vehículos vacíos. Cuando vio el ataque aún estaba adormecido, apoltronado en el asiento. El agresor apareció como por arte de magia. Sabía lo que hacía. Enseñó la pistola, pero sin agitarla. Redujo a la chica, demasiado atónita para reaccionar. En cuanto el Beetle se puso en movimiento, con el agresor al volante, Enrico reaccionó instintivamente. Encendió el motor de su camioneta, puso marcha atrás y luego aceleró en sentido contrario. Pilló al Beetle justo cuando giraba al final del pasillo y, consciente de la gravedad de la situación, no vaciló en estrellarse contra él. Logró evitar la puerta del copiloto, donde estaba la chica. Chocó contra la rueda delantera derecha. Justo después del impacto, pensó en la pistola, y se dio cuenta de que se había dejado la suya en casa. Entonces metió la mano por debajo del asiento, cogió un bate de béisbol serrado que llevaba por si las moscas y saltó sobre el Beetle. En el momento en

que el hombre salía, Enrico le golpeó con el bate la parte de atrás de su lisa y reluciente cabeza. Más tarde contó a sus amigos que había sido como aplastar un melón.

El hombre se debatía en el asfalto. Enrico remató la faena con otro golpe. La pistola era de juguete, aunque parecía de verdad. Lilly estaba histérica; en conjunto, el episodio no duró ni un minuto, pero ella ya se estaba preparando para una pesadilla. Salió del coche como pudo y echó a correr. El ruido atrajo a otras personas. En cuestión de minutos llegó la seguridad del centro comercial, seguida por la policía y por una ambulancia. Tras dejar en sus manos al detenido, que aún estaba en el suelo, Enrico empezó a contar lo sucedido.

El agresor no tenía cartera, identificación ni nada en los bolsillos, salvo doscientos treinta dólares en efectivo. Se negó a decir su nombre. En el hospital, las radiografías revelaron una fisura del cráneo muy fina, debida a Enrico, y un tumor cerebral del tamaño de un huevo. Una vez hechas las curas, se quedó encerrado en una habitación. Los investigadores le tomaron las huellas, y los detectives trataron de interrogarlo, pero él, herido y sedado, no les dijo nada. Fueron varios los policías y detectives que entraron y salieron de la habitación, hasta que uno ató cabos.

—Creo que es aquel tío, Boyette —susurró.

De pronto, todos estaban de acuerdo. El hombre, sin embargo, lo negó. Dos horas más tarde reconocieron las huellas, y confirmaron su identidad.

Diez horas antes, al otro lado del mundo, dos helicópteros Black Hawk chocaban sobre el desierto cerca de Faluya, en el centro de Irak, provocando la muerte de diecinueve integrantes de una unidad texana de la Guardia Nacional. La tragedia vino al dedo al gobernador Newton. Con la aquiescencia casi eufórica de Barry y de Wayne, se convino en que el gobernador saliera enseguida para Irak e hiciera una demostración de verdadera autoridad en la guerra contra el terror. El viaje también serviría para situarlo en un escenario de mayor alcance, y para conseguir imágenes que se pudieran usar en el futuro, pero lo más importante de todo era largarse de Texas.

—Anoche cogieron a Boyette —dijo Wayne, mirando su portátil—. Asaltó a una chica a la salida de un centro comercial de Overland Park, Kansas. No hubo agresión sexual. Está encarcelado.

—¿Estaba en Kansas? —preguntó el gobernador.

—Sí. Muy listo, el chico.

El gobernador sacudió la cabeza con incredulidad.

—Cincuenta estados, y se queda en Kansas. Qué tarado. ¿Qué se sabe de Slone?

—Toda la Guardia se ha ido de la ciudad —informó Barry—. Anoche dimitió el fiscal del distrito. Ya están enterrados todos los cadáveres. Las calles están tranquilas, y no hay incendios. Ayer empezaron otra vez las clases, sin incidentes, y esta noche juega fuera el equipo de fútbol americano, contra Lufkin. ¡Warriors, Warriors!

El gobernador cogió un informe. El portátil de Barry echaba humo. Los tres estaban demacrados, agotados, irritables y con algo de resaca. Bebían litros de café y se mordían las uñas; nunca habían pensado que un viaje a Irak podría entusiasmarlos hasta aquel extremo.

—Dentro de doce días tenemos una ejecución, señores —dijo el gobernador—. ¿Cuál es el plan?

—Lo tengo todo previsto —contestó orgulloso Wayne—. El otro día me tomé unas copas con un secretario judicial titular del tribunal de apelaciones. Ellos, obviamente, preferirían aplazar un poco la siguiente. Yo le dije que nosotros tampoco tenemos prisa. Al abogado de Drifty Tucker se le ha hecho saber que convendría que presentase algo, lo que fuera; que se invente cualquier razón disparatada para pedir el indulto y lo tramite antes de las cinco de la tarde, si puede ser. El tribunal se mostrará más interesado de lo habitual por el caso de Tucker, y dictará una orden; sin fallo adjunto, pero la ejecución quedará pospuesta hasta un futuro indeterminado. Enterrarán el caso Tucker. Lo más probable es que algún día lea él nuestras necrológicas.

—Estupendo —dijo el gobernador, sonriente—. ¿Y cuándo es la siguiente?

—No hay ninguna hasta julio, dentro de ocho meses.

—Ocho meses. Uau.

—Sí, hemos tenido suerte.

El gobernador miró a Barry.

—¿Qué tal la mañana?

—¿Aquí o a nivel nacional?

—Las dos cosas.

—Aquí, la gran noticia son los Black Hawks de Irak, claro, pero Drumm aún sale en primera plana. Ayer enterraron a la chica: portada en una docena de periódicos. Más editoriales. Todo el mundo quiere una moratoria. Los de la pena de muerte andan como locos. Prevén que veinticinco mil personas asistirán el domingo, aquí, a una concentración.

—¿Dónde?

—En el Capitolio, al otro lado de la calle. Será un zoo.

—Y nosotros tan ricamente en Faluya —dijo el gobernador.

—Estoy impaciente —respondió Wayne.

—A nivel nacional —siguió explicando Barry—, más de lo mismo. La izquierda despotricando, y de la derecha poca cosa. Los gobernadores de Ohio y Pensilvania hablan abiertamente de moratorias hasta que se pueda estudiar más a fondo la pena de muerte.

—Está muy bien —masculló Newton.

—Mucho ruido de los abolicionistas, pero empieza a sonar todo igual. Exageran todos tanto, que los gritos acaban siendo monótonos.

—¿Y las encuestas?

Barry se levantó para estirar las piernas.

—Esta mañana, a primera hora, he hablado con Wilson, y hemos perdido diez puntos sobre el tema, aunque el sesenta y uno por ciento de los votantes censados en Texas sigue estando a favor. Parece que la apuesta la he ganado yo, chicos. A pagar. La sorpresa la da la cuestión de la moratoria. El sesenta y uno por ciento quiere la pena de muerte, pero casi el cincuenta por ciento ve bien algún tipo de aplazamiento.

—Ya bajará —dijo Wayne con autoridad—. Que se les pase la conmoción. Esperad a que entren en otra casa y asesinen a una familia inocente, y veréis cómo todo el mundo se olvida de Drumm. Se olvidarán de la moratoria, y se acordarán de por qué estaban a favor de la pena de muerte.

El gobernador se levantó y fue a su ventana favorita. Abajo, en la calle, había manifestantes con pancartas, desfilando por la acera. Parecía que estuvieran en todas partes: delante de la Mansión del Gobernador, en todos los céspedes del Capitolio y frente a la entrada del tribunal de apelaciones, con pancartas que decían: CERRAMOS A LAS CINCO, VETE A LA MIERDA. Desde hippies mayores hasta los de Students Against the Death Penalty, cruzando todas las fronteras étnicas y sociales. Él los odiaba. No eran los suyos.

—He tomado una decisión, señores —dijo con gravedad—. Yo no estoy a favor de una moratoria, ni convocaré una sesión especial de la asamblea legislativa para debatirla. Sería dar un espectáculo. Bastante se nos viene ya encima. No nos conviene que el poder legislativo monte otro circo.

—Tenemos que informar a los medios —observó Barry.

—Preparad una declaración, y que salga cuando ya hayamos despegado para Irak.

El viernes por la tarde, Keith fue al bufete de Elmo Laird para una breve reunión. Dana no podía ir, porque estaba ocupándose de los niños, y en el fondo tampoco tenía ganas. Con Boyette en prisión preventiva, Keith estuvo dispuesto a dejarla sola, y ella necesitaba estar unas horas sin su marido.

Se estaba hablando mucho de la última agresión de Boyette y de su posterior arresto, y Keith no siempre salía bien parado. Se reprodujeron unas declaraciones del padre de Lilly, en las que decía: «Parte de la culpa la tiene aquel pastor luterano de Topeka». Era un enfoque de la noticia que iba cobrando fuerza. A la luz de los antecedentes de Boyette, la familia de Lilly Reed sentía alivio por que la agresión no hubiera ido a más, pero también rabia por que un violador profesional como él anduviera suelto y pudiera traumatizar a su hija. Las primeras noticias al respecto le daban un sesgo que hacía que se interpretase como que Keith había sacado a Boyette de la cárcel y se había escapado con él a Texas.

Elmo le explicó que había hablado con el fiscal del distrito, y que, aunque no había planes inmediatos de encausar a Keith, la situación era poco clara. No se habían tomado decisiones. Varios periodistas habían llamado al fiscal, que era el blanco de críticas.

—¿Usted cómo lo ve? —preguntó Keith.

—El mismo plan, Keith. Seguiré hablando con el fiscal del distrito, y si él da algún paso, prepararemos un acuerdo de aceptación de culpabilidad, con multa pero sin cárcel.

—Si me declaro culpable, probablemente me espere algún tipo de medida disciplinaria por parte de la Iglesia.

—¿Grave?

—Ahora mismo no hay nada claro.

Quedaron en verse unos días más tarde. Keith fue en coche a St. Mark, y se encerró con llave en su despacho. No tenía ni idea de cuál sería el tema del sermón del domingo, ni estaba de humor para ponerse a prepararlo. Tenía un montón de mensajes telefónicos sobre la mesa, en su mayoría de reporteros. El Monje había llamado hacía una hora. Keith se sintió en la obligación de averiguar para qué. Hablaron unos minutos, que a Keith le bastaron para captar el mensaje. La Iglesia estaba muy preocupada con la publicidad, y con la posibilidad de que uno de sus pastores tuviera que responder ante la justicia. Fue una conversación breve, que acabó con el acuerdo de que Keith iría a Wichita el jueves siguiente para otra reunión con el Monje.

Más tarde, mientras ordenaba la mesa y se preparaba para irse de fin de semana, su secretaria le avisó que tenía al teléfono a un hombre de Abolish Texas Executions. Keith se sentó y se puso al aparato. Se llamaba Terry Mueller, y era director ejecutivo de ATeXX. Empezó dando las gracias a Keith por haberse unido a la organización. Estaban encantados de tenerlo a bordo, sobre todo por su participación en el caso Drumm.

—¿Así que usted estaba allí cuando murió? —preguntó Mueller.

Se notaba que estaba intrigado, y que quería algún detalle. Keith resumió rápidamente lo esencial de la historia, y para cambiar de tema preguntó por ATeXX y sus actividades del momento. Durante la

conversación, Mueller comentó que era miembro de la Iglesia Luterana Unida de Austin.

—Es una iglesia independiente que nació hace una década a partir del sínodo de Missouri —explicó—. Está en el centro, cerca del Capitolio, y tiene una congregación muy activa. Nos encantaría que viniera a hablar alguna vez.

—Muy amable —contestó Keith.

La idea de que se interesaran por él como orador le pilló desprevenido.

Después de colgar, entró en la web de la iglesia y mató una hora. La Iglesia Luterana Unida estaba bien consolidada, con más de cuatro mil miembros, y tenía una capilla imponente, de granito rojo de Texas, idéntico al del edificio del Capitolio del estado. Era una iglesia activa en lo político y en lo social, con talleres y conferencias que iban desde cómo hacer que en Austin no durmiera nadie en la calle hasta la lucha contra la persecución de los cristianos en Indonesia.

Su pastor titular estaba a punto de jubilarse.

Capítulo 43

Los Schroeder celebraron el día de Acción de Gracias en Lawrence, con la madre de Dana. El día siguiente, a primera hora, Keith y Dana dejaron a los niños en casa de su abuela y cogieron un avión en Kansas City para Dallas, donde alquilaron un coche. En tres horas llegaron a Slone. Pasearon por la ciudad en busca de los puntos de interés: la iglesia baptista, el campo de fútbol americano (con nueva tribuna de prensa en construcción), los restos chamuscados de unos cuantos edificios vacíos, el juzgado y el bufete de Robbie, en la antigua estación de trenes. Slone parecía muy tranquila; en la calle Mayor, varias brigadas del ayuntamiento disponían los adornos de Navidad.

La primera visita de Keith, dos semanas antes, le había dejado pocos recuerdos sobre la ciudad en sí. Describió a Dana la omnipresencia del humo y el constante ulular de las sirenas, pero en retrospectiva se daba cuenta de que en su estado de shock lo había visto todo borroso. Entonces la idea de volver no había pasado ni remotamente por su cabeza. Tenía a Boyette a su cargo, había una ejecución pendiente, un cadáver que localizar y reporteros por todas partes. Era un caos, una locura, y su percepción de las cosas tenía un límite. Ahora, al conducir por las calles arboladas de la ciudad, le costó creer que Slone hubiera estado ocupada por la Guardia Nacional hacía tan poco tiempo.

El banquete empezó hacia las cinco. Como la temperatura rondaba los veinte grados, se quedaron junto a la piscina, donde Robbie había puesto mesas y sillas alquiladas para la ocasión. Estaba todo su bufete, con sus cónyuges y sus parejas. El juez Henry y su mujer llegaron temprano. El clan de los Drumm, integrado como mínimo por veinte personas —niños pequeños incluidos—, llegó en una sola tanda.

Keith se sentó al lado de Roberta. Pese a haber coincidido en la misma sala en el momento de la muerte de Donté, en realidad no se habían presentado. ¿Qué decir? Al principio la conversación fue incómoda, pero no tardó en salir el tema de los nietos. Roberta sonreía con frecuencia, aunque se notaba que pensaba en otra cosa. Dos semanas después de perder a Donté, la familia seguía de luto, aunque se esforzó mucho por disfrutar del momento. Robbie hizo un brindis, un largo tributo a la amistad y un breve recordatorio de Donté. Estaba muy agradecido a Keith y Dana por haber podido venir desde Kansas. Hubo algunos aplausos. En el seno de la familia Drumm, la loca carrera de Keith hacia el sur para impedir la ejecución ya era una leyenda. Después

de que Robbie se sentara, fue el juez Henry quien se levantó y dio unos golpecitos a su copa de vino. Su brindis estuvo dedicado al valor de Roberta y su familia, y concluyó con la observación de que siempre queda algo bueno de todas las tragedias. Terminados los discursos, los camareros empezaron a servir gruesos solomillos bañados en salsa de setas, con tantos acompañamientos que a duras penas cabían en el plato. Estuvieron comiendo hasta bien entrada la noche, y aunque Roberta solo bebió té, el resto de los adultos disfrutó con el vino de calidad que había traído Robbie para la ocasión.

Keith y Dana durmieron en la habitación de invitados, y a la mañana siguiente salieron temprano a desayunar en un bar de la calle Mayor famoso por sus gofres de pacana. Después cogieron otra vez el coche. Siguiendo las indicaciones de Robbie, encontraron el cementerio de Greenwood, detrás de una iglesia, donde se acababa la ciudad. «Os será fácil encontrar la tumba —había dicho Robbie—. Solo tenéis que seguir el camino hasta que encontréis tierra fresca.» El camino era de hierba, que se veía muy pisada. Delante había un grupo de unos diez peregrinos cogidos de la mano, que rezaban en torno a la tumba. Keith y Dana fingieron buscar otras lápidas, mientras esperaban a que se fueran.

La tumba de Donté era un pulcro montón de tierra roja circundado por decenas de ramos de flores. En su lápida, de gran tamaño, ponía: «Donté Lamar Drumm, nacido el 2 de septiembre de 1980 e injustamente ejecutado por el estado de Texas el 8 de noviembre de 2007. Aquí yace UN HOMBRE INOCENTE». En el centro había una foto grabada en color, de veinte por veinticinco, en la que Donté aparecía con hombreras y jersey azul, a punto para salir a jugar. Keith se arrodilló junto a la lápida, cerró los ojos y rezó una larga oración. Dana miraba. Sus sentimientos eran una mezcla de pena por aquella muerte trágica, de compasión por su marido y de permanente confusión por lo que estaban haciendo.

Antes de irse, Keith fotografió rápidamente la tumba. Quería un recuerdo, algo que poner encima de su mesa.

La sala de reuniones de la estación de tren no había cambiado. Aquel sábado por la mañana, Robbie y Carlos trajinaban con carpetas y montañas de papeles desperdigados entre vasos de café de plástico y envoltorios vacíos de pastas. Robbie se lo enseñó todo a Dana, y la obsequió con una historia rimbombante que Keith había conseguido ahorrarse en su primera visita.

Se habían despedido por primera vez en el bosque de Roop's Mountain, cuando no estaban seguros de volver a verse. Ahora, dos semanas más tarde, al abrazarse, tuvieron la certeza de que no sería la última vez. Robbie volvió a dar las gracias a Keith por su heroico esfuerzo. Keith protestó, diciendo que el verdadero héroe era Robbie. Los dos estuvieron de acuerdo en que no habían hecho bastante, aun sabiendo que habían hecho todo lo posible.

Tardaron siete horas en llegar a Austin en el coche.

El domingo, cuando Keith tomó la palabra, la Iglesia Luterana Unida estaba a reventar. Contó su descabellado viaje a Slone, y luego a Huntsville, a la cámara de ejecuciones. Se explayó sobre la pena de muerte, que atacó por todos los flancos, y tuvo la clara impresión de estar predicando a conversos.

Dado que oficialmente era un sermón de prueba, la iglesia cargaba con todos los gastos del viaje. Después de la ceremonia, Keith y Dana comieron con el comité de selección de pastores y con el reverendo doctor Marcus Collins, el pastor titular, que se jubilaba entre la veneración de los suyos. Durante el almuerzo quedó claro que la iglesia estaba prendada de los Schroeder. Más tarde, en el momento de los largos adioses, el doctor Collins le susurró algo a Keith:

—Aquí estará de maravilla.

Epílogo

El 22 de diciembre, el gran jurado del condado de Chester, convocado —cosa rara— en sábado, encausó a Travis Boyette por el rapto, agresión sexual y asesinato de Nicole Yarber. El fiscal provisional del distrito, Mike Grimshaw, había entrado a desempeñar el cargo con órdenes estrictas del juez Henry de que obtuviera el acta de acusación.

Era un día elegido a conciencia por el juez Henry para que coincidiese con el noveno aniversario de la detención de Donté Drumm. A la una del mediodía llegó mucha gente a la sala para una vista poco frecuente. Robbie había elevado la petición de que se declarase inocente a Donté y se le absolviese, y el estado, por mediación de Grimshaw, no la impugnó. El juez Henry quería que se informase del acontecimiento y se le diera publicidad, pero detestaba la idea de tener cámaras en su sala, y así, aunque hubo varios reporteros entre los presentes, ninguno llevaba cámara.

Fue otro de los espectáculos de Robbie Flak, que a lo largo de una hora repasó los hechos como si no los conociera nadie, subrayando los errores, mentiras, manipulaciones y demás. Como el desenlace de la vista estaba claro, se abstuvo de fustigar a nadie. Al final de su intervención, Mike Grimshaw se levantó.

—Señoría —anunció—, el estado de Texas no discute ninguna de las afirmaciones del señor Flak.

A continuación, el juez Henry leyó una breve orden, preparada a todas luces mucho antes de la vista, cuya última frase rezaba así: «Ante lo claro y convincente de las pruebas, este tribunal resuelve que el acusado, Donté L. Drumm, no es culpable de todas las acusaciones, es inocente por completo de todas las acusaciones, y por lo tanto queda total y absolutamente exculpado. De parte de este tribunal, y del estado de Texas, presento disculpas sinceras, y del todo insuficientes, a la familia Drumm». Después firmó la orden con gran dramatismo, antes de entregársela a Robbie. Tal como estipulaba el guión, este se acercó a la baranda y se la dio a Roberta Drumm, que estaba en la primera fila.

El Tribunal Penal de Apelación de Texas seguía en su búnker. Un topo había empezado a susurrar, y en cuanto se supo algo del «juez de guardia» la noticia salió en primera plana. A pesar de que era cierto que

el tribunal cerraba a las cinco de la tarde, incluso los días en que había ejecución, su presidente, Prudlowe, asignaba a uno de los nueve jueces la labor de juez de guardia, físicamente presente en el interior del edificio, con el deber de supervisar las apelaciones de última hora. En teoría, los abogados que tenían poco tiempo podían llamar por teléfono al juez de guardia y obtener algún tipo de respuesta del tribunal. Era una idea sensata, que ya se aplicaba en otros tribunales con responsabilidad de vida o muerte. La noticia, sin embargo, estalló al saberse que los letrados texanos expertos en pena de muerte no sabían nada sobre el uso de jueces de guardia por el tribunal. Su existencia era mantenida en secreto por el propio tribunal. En consecuencia, a las 17.07 del día de la ejecución de Donté, cuando Cicely Avis llegó al Tribunal Penal de Apelación de Texas y usó la mano con la que no sujetaba la caja de papeles para aporrear la puerta cerrada con llave, lo cierto era que en el piso de arriba había un juez, supuestamente de guardia.

El tribunal anunció que adoptaría la tramitación electrónica de todas las peticiones y alegatos, pero negó que este cambio de proceder fuera consecuencia del caso Drumm.

La Comisión sobre Conducta Judicial del estado presentó una queja contra Prudlowe. Pasarían dos años antes de que dicha comisión resolviera que, si bien la conducta del juez había sido poco profesional, carecía de perjuicios graves, y por lo tanto el juez debía conservar su puesto.

Junto con la petición no tramitada iba la declaración jurada con la firma de Joey Gamble, supuestamente el único testigo presencial del juicio. Los expertos en jurisprudencia analizaron la importancia de su retractación de última hora, y lo que debería haber hecho —o habría hecho— con ella el tribunal.

Joey se fue de Slone, y luego de Texas. Al culparse de lo ocurrido a Donté, solo le consolaba la botella.

El 28 de diciembre, último viernes de 2007, a las cuatro y media de la tarde, Keith y Dana entraron en una sala vacía del juzgado de Topeka, donde los esperaba Elmo Laird. También se presentó Matthew Burns, para darles su apoyo moral, aunque Keith no lo necesitase. Apareció un juez, y luego un ayudante de fiscal. En menos de diez minutos, Keith se declaró culpable de obstrucción a la justicia. Fue multado con mil dólares y condenado a un año de libertad a prueba y otro de libertad condicional no vigilada. Elmo Laird confiaba en que en el plazo de tres años sus antecedentes quedarían eliminados.

Cuando el juez le preguntó si tenía algo que decir, Keith contestó:

—Sí, señoría. Si se me presentase la oportunidad, volvería a hacer lo mismo.

A lo que el juez respondió:

—Dios lo bendiga.

Tal como era de prever, el Monje informó a Keith de que se le daba inmediatamente de baja. Keith le dijo que no se preocupase, que ya dimitía él. El domingo anunció a sus feligreses de St. Mark que se marchaba, para ser pastor titular de la Iglesia Luterana Unida de Austin, Texas.

Ahora Travis Boyette se enfrentaba a cadena perpetua en Kansas, pena de muerte en Missouri y pena de muerte en Texas. Los tres estados estuvieron un año discutiendo —con frecuencia de manera pública— qué hacer con él. Cuando Boyette dijo a un juez de Kansas que a Nicole la había estrangulado en Missouri, el juez ordenó su traslado al condado de Newton. Dado que había confesado repetidas veces, Boyette no quiso defenderse en juicio. Dieciséis meses después de su viaje a Slone, fue condenado a morir por inyección letal y enviado al correccional de Potosi.

Paul Koffee acabó siendo expulsado de la profesión por una comisión estatal de ética. Se fue de Slone y se hizo fiador judicial en Waco. Drew Kerber se declaró en quiebra y se marchó con su familia a Texas City, donde encontró trabajo en una plataforma petrolífera.

Martha Handler fue la primera en publicar, y lo hizo con el primer libro de lo que prometía ser todo un alud sobre el caso Drumm. Estuvo casi un año en la lista de los más vendidos. Su relación con Robbie y la familia Drumm se agrió por desavenencias sobre el reparto del dinero.

El procesamiento de Travis Boyette y la absolución de Donté Drumm aumentaron todavía más la presión sobre el gobernador Gilí Newton para que convocase a la cámara legislativa en Austin con el fin de debatir las consecuencias de la ejecución. El gobernador y sus asesores habían tenido la esperanza de que el paso del tiempo hiciera disminuir el interés por el tema, pero no fue así. Los contrarios a la pena de muerte ponían más empeño que nunca, aguzaban sus tácticas y recibían el apoyo de gran parte de la prensa nacional. El grupo negro de parlamentarios, encabezado por el senador Rodger Ebbs, de Houston, hacía oír su voz más que nunca. Cada vez parecía más posible que cumplieran su promesa de suspender el gobierno del estado hasta que se celebrase una sesión especial. Por otra parte, las encuestas no respaldaban la postura del gobernador. Una clara mayoría de texanos deseaba que el estado examinase atentamente la cuestión de las ejecuciones. Los ciudadanos seguían estando a favor de la pena de muerte por un amplio margen, pero querían garantías de que su uso se limitara a quienes fueran realmente culpables. La idea de una moratoria era objeto de debates muy generalizados, y poco a poco iba ganando apoyo.

Al final fueron más fuertes las encuestas, y el gobernador Newton convocó al Capitolio a los treinta y un senadores y a los ciento cincuenta

parlamentarios. Al ser él quien marcaba los límites de lo que podría debatirse, el orden del día quedó así: primero, una resolución sobre Drumm; segundo, una moratoria en las ejecuciones; y tercero, la creación de una comisión de inocencia para estudiar los problemas. Tardaron tres días en aprobar la resolución, que en su redactado final declaraba absuelto de toda culpa a Donté y concedía un millón de dólares a su familia. En la propuesta inicial, avalada por todos los miembros del grupo negro de parlamentarios, la cantidad solicitada eran veinte millones, pero el proceso legislativo la dejó en uno solo. El gobernador, un águila de las finanzas conocido por su tacañería —al menos en campaña—, expresó como siempre su preocupación por «el gasto excesivo del gobierno». Cuando el *Houston Chronicle* publicó la notica en portada, desveló que el gobernador y su personal se habían gastado más de cuatrocientos mil dólares en su reciente viaje a Faluya para luchar contra el terror.

La propuesta de moratoria desencadenó una guerra política. En su redactado original, pedía suspender todas las ejecuciones durante dos años, plazo en el que se estudiaría la pena de muerte desde todos los ángulos posibles, y por todo tipo de comisiones y de expertos. Las sesiones del comité fueron televisadas. Entre los testigos había jueces jubilados, activistas radicales, investigadores conocidos y hasta tres hombres absueltos después de varios años en el corredor de la muerte. Las bulliciosas manifestaciones frente al Capitolio eran prácticamente diarias. Hubo varios brotes de violencia, porque los defensores de la pena de muerte se acercaban demasiado a sus adversarios. El circo que tanto temía el gobernador había llegado a la ciudad.

Desde el principio de la polémica sobre la moratoria en el Senado, la Cámara de Representantes empezó a trabajar en lo que al principio se llamó Comisión Donté Drumm sobre la Inocencia. Se concibió como una comisión a tiempo completo, con nueve miembros que estudiarían las raíces de las condenas injustas y se esforzarían por subsanar los problemas. En aquel momento, el número de absoluciones en Texas ascendía a treinta y tres, casi todas por pruebas de ADN, con una proporción alarmante en el condado de Dallas. Hubo otra serie de sesiones del comité, en las que no faltaron testigos entusiastas.

Tras instalarse a fines de enero en su nueva casa, Keith y Dana fueron a menudo al Capitolio, para asistir a los debates. Participaron en varias manifestaciones, y vieron cómo la asamblea legislativa se resentía del complejísimo proceso de abordar un problema importante. Como la mayoría de los observadores, pronto tuvieron la impresión de que nada cambiaría.

Mientras se eternizaba la sesión especial, empezó a aparecer en las noticias el nombre de Adam Flores. Tras veintisiete años en el corredor de la muerte, su ejecución estaba programada para el 1 de julio. Antaño, Flores había sido un traficante de drogas de poca monta que, en una mala noche, había matado a otro tan insignificante como él. Sus apelaciones eran historia. No tenía abogado.

La asamblea legislativa suspendió sus actividades a finales de marzo, y volvió a reunirse durante la primera semana de mayo. Tras varios meses de feroces luchas intestinas, lo obvio prevaleció. Había llegado el momento de olvidarse de aquella pequeña guerra y de volver a casa. En la votación final, la moratoria quedó descartada por diecinueve votos contra doce, sin ningún voto tránsfuga. Dos horas más tarde, la Cámara de Representantes arrojó setenta y siete votos en contra y setenta y tres a favor de crear la comisión de inocencia.

El 1 de julio, Adam Flores fue acompañado a Huntsville y recibido por el director, Ben Jeter. Lo pusieron en la celda de detención, donde habló con el capellán de la cárcel. Comió por última vez (bagre frito), y rezó su última oración. A las seis en punto de la tarde hizo el corto recorrido hasta la cámara de ejecuciones, y veinte minutos más tarde lo declararon muerto. No hubo testigos, ni de su lado ni del de la víctima. Como nadie reclamaba su cadáver, Adam Flores fue enterrado en el cementerio de la cárcel, junto a otros muchos reclusos del corredor de la muerte a quienes no reclamaba nadie.

Nota del autor

Mi más sentida gratitud a David Dow, del Texas Defender Service, por su tiempo, sus consejos y conocimientos, y por el duro trabajo de leer el manuscrito y ofrecerme sus sugerencias. David es un abogado de prestigio, experto en la pena de muerte, pero también es profesor de Derecho y escritor de éxito. Sin su ayuda me habría visto obligado a investigar por mi cuenta, perspectiva que me sigue asustando y que debería asustar a mis lectores.

El director de la Unidad de las Paredes de Huntsville es C. T. O'Reilly, un texano pintoresco que me enseñó aquella cárcel y contestó a todas las preguntas habidas y por haber. A él y a su ayudante de confianza, Michelle Lyons, les agradezco su hospitalidad y su buena disposición.

Doy también las gracias a Neal Kassell, Tom Leland, Renee, Ty y Gail.

Es posible que algunos lectores más observadores de la cuenta encuentren un par de datos que les parezcan erróneos y se planteen escribirme para señalar mis deficiencias. Mejor que se guarden el papel. En este libro hay errores, como siempre, y mientras siga odiando la investigación y me guste adornar algún que otro dato, me temo que seguirá habiéndolos. Tengo la esperanza de que sean realmente insignificantes.

Título original: The Confession
Primera edición: octubre, 2011
B27O11S11S
© 2010, Belfry Holdings, Inc.
©2011, Random House Mondadori, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España
ISBN: 978-84-01-33961-5
Depósito legal: 332872/11